



**54**

**ESPIONAJE - CIENCIA - FICCION**

PROYECTO

EWYA

Made in Cuba

**JUAN CARLOS RELOBA  
Y RODOLFO PEREZ VALERO**

**CONFRONTACION**



**JUAN CARLOS RELOBA  
Y RODOLFO PEREZ VALERO  
CONFRONTACION**

---



**EDITORIAL LETRAS CUBANAS  
CIUDAD DE LA HABANA, CUBA, 1985**

Entretejando métodos de exposición propios de la novela problema, la de espionaje y la policíaca de aventuras —fundamentalmente—, los autores incursionan en una trama donde se unen la ciencia ficción y el tema de contraespionaje. Un descubrimiento científico cubano desencadena la codicia de dos consorcios transnacionales y los hechos que surgen y provocan la inevitable «confrontación» entre las partes.

---

COLECCIÓN: RADAR 54



---

Juan Carlos Reloba y Rodolfo Pérez Valero

# CONFRONTACIÓN

---



ePub r1.0  
ePub2.0

Primera mención de novela del Concurso Aniversario del Triunfo de la Revolución 1982, del  
MININT

JURADO

Manuel Cofiño  
Lisandro Otero  
Guillermo Castañeda

Edición: Rigoberto Monzón Llambía  
Cubierta: Régulo Cabrera  
Corrección: Sonia Carreras Jaime

© Juan Carlos Reloba, 1985  
© Rodolfo Pérez Valero, 1985  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Letras Cubanas, 1985

Este libro ha sido procesado en el combinado poligráfico «Alfredo López», del Ministerio de  
Culturas. Terminado en el mes de Enero de 1985

**11-10-07**

EDITORIAL LETRAS CUBANAS  
Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly 4, esquina a Tacón  
La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ  
ePub base r2.1





—ewya\_#028(18)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ®  
©RiverDry 19.03.2022

Nuestro mayor agradecimiento a los compañeros Isabel Ramos Pereira y Antonio Veloso Campos por la valiosa colaboración aportada a esta novela.

Nuestra gratitud además para Eduardo Bautista, licenciado en Economía, y Ricardo García León, de la Comisión Nacional de la Unión de Cazadores de Cuba. Y muy en particular a Miguel Ángel Jiménez, investigador de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

*A los jóvenes  
y con ellos al futuro,  
nuestro futuro.*

## Prólogo

*Si el hombre pudiera hablar, quizás contaría cómo, a finales de esa mañana, la llamó para anunciarle su próxima visita. Que luego se dio un baño y, al pasar hacia la cocina, descubrió cerca de la puerta una postal, enviada por su hijo desde Palestina, Afirmaría que, al leerla, se sintió contento. Pero ocultaría que cierta tristeza lo embargó también.*

*Diría, quizás, que fue hasta la cocina y no tuvo ánimo para comer. Que se contentó con una taza de café antes de dirigirse a su cuarto y escoger entre sus ropas sencillas la combinación color gris claro, de verano.*

*Probablemente no especificaría cómo, en todo momento, se había sentido preocupado. Explicaría que se vistió, se contempló en el espejo mientras se peinaba los escasos cabellos y se echó agua de colonia en el rostro recién afeitado, como era su costumbre desde la ya lejana juventud.*

*Se callaría, muy de seguro, que, preparado ya para salir, fue a su escritorio, abrió la gaveta inferior y sacó de ella un objeto pequeño, semejante a un frasquito de perfume, y lo guardó en el bolsillo izquierdo de la combinación, pegado a su pecho.*

*Sí contaría, en cambio, que tomó el elevador y, al salir a Galiano, aprovechó la sombra de los portales del América para protegerse del fuerte sol veraniego.*

*Informaría cómo caminó despacio —tenía tiempo— hasta el parque Fe del Valle y cómo estuvo a punto de comprarle un clavel a la florista de siempre, junto a la entrada del Metro.*

*Diría que bajó las escaleras y, en el primer descanso, al echar la moneda en la ranura, miró atrás, pues acababa de presentir que era vigilado. Admitiría, finalmente, no notar nada anormal y que continuó su descenso hasta el andén, donde, como en ocasiones hacía, contempló la enorme reproducción de El rapto de las mulatas. No reconocería, probablemente, que por estar preocupado, le fue imposible esa vez disfrutar de la obra de arte.*

*Continuaría contando cómo el tren llegó a los pocos segundos y que, al entrar en él, no se apuró en tomar asiento, pues se bajaría en la próxima parada. Añadiría que al detenerse en la estación de la Academia de Ciencias buscó la escalera rodante para descender hasta el ramal B y esperó en el andén, rodeado de las Floras de Portocarrero.*

*Diría que esta vez tampoco se sentó mientras el tren se deslizaba veloz por el túnel y, por esa razón, fue de los primeros en subir a la calle cuando llegaron a la parada de la estación Arsenal, junto a la Terminal de Ferrocarriles.*

*Afirmaría que, sin prisa, cruzó Egido y tomó por Curazao hasta alcanzar el edificio Colonial, entró, saludó al portero y pisó la alfombra para llamar el elevador.*

*Recordaría, quizás, que intercambió unas palabras con el portero acerca de la demora en llegar del aparato y, al mirar casualmente hacia la puerta principal, vio acercarse al hombre y le pareció haber notado esas ropas de colores chillones cuando esperaba el tren en el Metro. Convendría en que se ocultó y sólo se acercó al hombre cuando éste se encontraba ya ante el elevador. Aceptaría que el sujeto le resultó desconocido, aunque tenía un no sé qué familiar en el rostro, y al abrirse el ascensor entraron ambos.*

*Diría que el hombre se quedó en el tercer piso mientras él volvía a oprimir el botón del sexto cuando la puerta se cerró. Confesaría haberse extrañado mucho cuando el elevador se detuvo antes del sexto piso y la puerta comenzó a abrirse.*

*Y reconocería, por último, cómo nunca llegó a comprender aquel destello luminoso que le golpeó el pecho como un latigazo y lo hizo caer de bruces, violentamente, contra el suelo.*

*Si el hombre pudiera hablar, contaría esta historia.*

*Pero los muertos no hablan.*

## *Primera parte*

### **Encuesta sobre un crimen (1)**

#### **EL DÍA DEL CRIMEN**

**3:50 p.m.**

El lanzador del equipo cubano recibió una pelota nueva, pero no estuvo conforme. La sostuvo unos segundos, sopesándola, y terminó por devolvérsela al receptor.

Para Emilio Serrano, sentado en las gradas de tercera base junto a su novia y el grupo de amigos que los acompañaba, siempre aquello había resultado un misterio. Si, al parecer, todas las pelotas eran exactas entre sí, ¿qué le encontraban los lanzadores a una en particular para rechazarla? ¿El peso distinto? ¿La simetría de las costuras? ¿La suavidad o aspereza del cuero que las cubría? Quizás todo ello influyera, pensó. Pero habría que ponerse en el lugar del lanzador para saberlo. Y Emilio no sentía el menor deseo de cambiar su cómoda posición en la gradería por la de aquel jugador del equipo cubano, al menos en ese momento.

La situación era difícil. Los italianos habían llenado las bases en la séptima entrada y, aunque había dos outs, tenían en turno al cuarto bateador del equipo, un atleta corpulento que ya había conectado con fortaleza durante el juego. La ventaja de una sola carrera de los cubanos peligraba y todos los espectadores que llenaban el estadio Latinoamericano así lo comprendían y comentaban entre sí.

Emilio sintió la necesidad de imitarlos, pero se contuvo al mirar a su novia. Ivette observaba el juego sin interés, con los ojos entornados de

aburrimento. Emilio decidió no molestarla. Sabía que Ivette sólo había ido al estadio para acatar los deseos del grupo y no porque le gustara el béisbol. Incluso se opuso a la idea cuando Emilio, al reunirse con las otras parejas, la sugirió. Era mejor evitar un nuevo disgusto entre ambos, razonó el joven y volvió su atención al terreno.

El lanzador terminó de frotar la pelota y se inclinó para observar las señas antes de lanzarla. Cuando lo hizo, la esfera salió de su mano sin mucha velocidad, en línea recta. Parecía un regalo y el bateador no dudó en tirarle con toda su fuerza. Sin embargo, el resultado no fue el que esperaba.

La bola, pellizcada por el bate, se elevó con un extraño giro hada atrás y fue capturada por el receptor, quien apenas tuvo que moverse de su posición para lograrlo. Era el tercer out de la entrada y, mientras los jugadores italianos salían al terreno entristecidos, el estadio se convirtió en un estallido de risas y gritos.

—¡Le tiró una *knuckle*...! —exclamó Emilio.

Ivette enarcó una ceja, indiferente.

—¿Una qué?

—Una bola de engaño. Se tira con los nudillos y la pelota sale sin rotación —aclaró Emilio y añadió—. Es muy difícil de batear.

—¡Vaya...! —suspiró Ivette—. No sé qué le ven de interesante.

—Eso mismo digo yo —apoyó Rosa, la prima de la joven mirándolos desde la grada inferior.

—Atiende al juego, Rosi —pidió Arturo y, dirigiéndose a Emilio, comentó—: No les interesa porque no lo entienden, ¿verdad?

Emilio asintió despacio.

Sí, aquella podía ser la explicación. Pero no en el caso de Ivette. Las cosas no marchaban bien con su novia. Estaba seguro de que ella le hubiera llevado la contraria aunque se tratara de cualquier otra cosa. Ya casi nunca estaban de acuerdo.

Por cualquier motivo, Ivette entablaba una discusión. Hacía apenas unos minutos, en lo más interesante del partido, trató de que el grupo aprobara la idea de marcharse a otra competencia de la Olimpiada. Nadie quiso irse y Emilio, para consolarla, le dijo que faltaban apenas dos horas para que él entrara en la guardia operativa y que no daría tiempo para trasladarse de

estadio. Entonces, Ivette se había empeñado en acompañarlo, a pesar de que sabía la respuesta de antemano: en el Departamento de Criminalística no permitían civiles y mucho menos durante la guardia.

Aquello costó un nuevo disgusto entre ellos. Y Emilio sintió más que nunca que algo los estaba separando irremediabilmente.

La voz de Nereida, sentada a su izquierda, lo sacó de sus pensamientos. La muchacha señaló hacia la cinta de aviso que rodeaba el jardín central, encima del muro, y advirtió:

—Acaba de borrarse tu nombre, Emilio. Alguien te está esperando en la puerta número Cuatro... Mira, van a repetirlo otra vez.

Era cierto. En el centro de la cinta apareció el nombre de Emilio mientras por los altavoces solicitaban su presencia en el lugar dicho por Nereida.

—¿Para qué será? —preguntó Ivette con cara de sospecha.

—No sé —respondió Emilio y se puso de pie—. Voy a averiguarlo.

—Vaya, ni siquiera aquí te dejan en paz...

Pero ya el joven no escuchó el comentario de su novia. Acababa de bajar los peldaños del pasillo y se encaminaba a la salida.

En el recibidor, las diferentes pizarras informaban sobre los últimos resultados de las competencias olímpicas. Sin apenas detenerse, Emilio Serrano alcanzó a leer que Cuba había ganado otra medalla de oro en natación, esta vez en los 400 metros combinados individual, y medalla de plata en dos remos cortos sin timonel. Algo entretenido, iba a seguir de largo hasta la puerta Cuatro cuando una mano femenina lo detuvo por un brazo.

—¡Marusha...! —exclamó sorprendido—. ¿Eras tú quien me llamaba?

Una joven alta, de cabello muy negro y lacio, asintió aliviada antes de decir:

—Menos mal que estabas aquí. Si no, hubiera tenido que seguir buscándote por todos los estadios.

—¿Pasa algo? No entro de guardia hasta las seis y...

—Lo sé —interrumpió la muchacha—. Pero le pedí a tu jefe que te dejara entrar antes. Hay un caso... Un crimen en La Habana Vieja. Me designaron como oficial investigadora y, como nunca hemos trabajado juntos, pensé que te gustaría estar al frente de los peritos...

—¡Claro que sí! Pensaste bien —se entusiasmó Emilio—. Pero, dime, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Fácil —sonrió Marusha—: Tiempo de olimpiada, Emilio Serrano en su tarde libre y un encuentro importante de pelota... ¿En qué otro lugar podías estar?

Emilio levantó el índice.

—Excelente deducción.

Marusha negó varias veces, sonriendo.

—Nada de eso. Simplemente, te conozco.

—Bueno, está bien —convino Emilio y chasqueó los dedos—. Espérame aquí, sin moverte. Voy a avisarle al grupo y vuelvo enseguida.

Y echó a andar por el pasillo. Pensaba en lo que diría Ivette al enterarse de que la dejaría con los amigos en el estadio, cuando la voz de Marusha lo detuvo.

—Tenemos un carro del Departamento en el parqueo. Está esperándonos.

Emilio se volvió, ya a punto de perderse de vista, y gritó:

—Dile que regrese. Nos vamos en mi moto.

#### **4:05 p.m.**

Otto Düster se asomó a la ventana de su habitación en el hotel Lido. Desde hacía cuatro días ése era su único entretenimiento: ver pasar los autos por la calle Consulado. Ni siquiera podía darse el lujo de bajar al vestíbulo a disfrutar de la televisión. Las órdenes que había recibido eran precisas: llegar a Cuba, hospedarse, llamar al contacto, informarle el número de teléfono y la habitación del hotel donde se encontraba y esperar su aviso. Sólo entonces comenzaría la segunda fase del plan.

Regresó a la cama y se tendió en ella, mirando al techo. Había seguido todas las indicaciones. En el asunto del hospedaje perdió un poco de tiempo, pero al fin encontró un hotel bastante barato: el Lido. Precisamente lo que él buscaba. En cuanto a la comida también tuvo suerte. Por las mañanas, muy temprano, cuando más improbable era que lo llamaran por teléfono, salía del hotel y se llegaba hasta la pequeña cafetería de Consulado y Virtudes y allí

desayunaba un batido de piña —¡excelente y muy rara fruta!— y compraba cuatro hamburguesas: dos para el almuerzo y dos para la cena.

O sea, en cuanto a los gastos, se sentía un hombre afortunado.

Pero el tedio... Eso ya era otra cosa.

Recordó su reciente misión en Checoslovaquia. Allí también había sentido mal humor, aburrimiento y soledad. Pero al menos tenía una tarea: vigilar a una persona. En general, había sido un trabajo más especializado, para el cual necesitó equipos, habilidad y experiencia. Y en el que, además, tuvo éxito. El viejo Sturgeon lo gratificó con generosidad y hasta lo calificó de ser su mejor agente. Por eso, le dijo, lo enviaba a Cuba.

Pero esta misión consistía en... esperar. Esperar un aviso encerrado en un hotel. Sin siquiera tener una chica con quien divertirse.

Era cierto que las habitaciones del Lido costaban barato. Pero no había en ellas ni un televisor viejo de cajón. Ni un aparato de radio. ¡Y Cuba se hallaba en olimpiada! Decenas de competencias se producían cada día y él debía contentarse con ver pasar los automóviles bajo su ventana.

Pero, ¿qué iba a hacer? Antes de salir hacia el trópico estuvo dudando si comprarse o no un televisor de pulsera, de uso, que le vendía un traficante — el mismo que le falsificaba los recibos de gastos en lujosos hoteles y restaurantes—. En verdad se veía bastante bien. Y se lo vendía barato, porque no era tridimensional. Pero, finalmente, había resuelto no derrochar el dinero en esa forma. ¡Qué rayos!

Y ahora lamentaba aquella decisión.

Al menos en el televisor de pulsera hubiera podido ver los partidos olímpicos de baloncesto, o los de polo acuático. O quizás los de tenis de mesa.

Por un momento trató de imaginarse de qué tamaño se vería la pelotica de tenis de mesa... Si es que se llegaba a ver. Pero ni siquiera el chiste que se intentó hacer a sí mismo lo hizo sonreír. La realidad era muy dura: estaba gastando el vigor que le quedaba, en habitaciones de cualquier hotel, con tal de asegurar una vejez sobria, pero tranquila.

Como tantas otras veces, al inicio de una operación, Düster había ido perdiendo la confianza en sí mismo, en el trabajo que realizaba. ¿Acaso

valdrían la pena esos sacrificios a cambio del dinero que podría recibir, en caso de tener éxito?

¡Oh, Dios! ¡Cuatro días!

Düster se alisó los cabellos, se levantó de la cama y fue hasta la ventana, para ver cómo pasaban los autos por la calle Consulado.

#### **4:21 p.m.**

La moto dejó atrás la calle Paula y continuó veloz por Egido. Sobrepasó la bella y antigua Estación de Ferrocarriles, la calle Arsenal, con su entrada al Metro y torció por Merced para incorporarse casi de inmediato a Curazao.

Un auto del Laboratorio Nacional de Criminalística y dos agentes de la policía le sirvieron de referencia a Emilio, para comprobar que la entrada al bloque B del edificio Colonial era por esa calle. Aminoró la velocidad y se aproximó a la acera, junto al auto.

Ya uno de los agentes se acercaba, con intención de avisarle que no podían estacionar allí, cuando Marusha mostró su credencial.

—Teniente Ángela Marín —se identificó—. Estamos a cargo del caso.

El policía se cuadró de inmediato.

—Ordene —dijo—. Estamos tratando de preservar el lugar. Ya los peritos están adentro.

Emilio ajustó su casco al timón de la moto. Cuando Marusha fue a entregarle el que llevaba, se quedó mirando el rostro del joven.

—Todavía ese mechón de pelo no quiere estarse tranquilo, ¿eh? —reprochó mientras su mano levantaba algunos indomables cabellos de Emilio que le caían sobre los ojos—. Es tan caprichoso como su dueño.

—¿Yo, caprichoso? —replicó Emilio mientras sujetaba el otro casco al timón—. ¿Cuándo he dejado de hacer caso a algo que tú me hayas dicho?

—Casi nunca —dijo la muchacha y sonrió—. Vamos, éste será nuestro primer caso juntos.

Los dos jóvenes avanzaron hacia la entrada del edificio y, después de saludar a los agentes que la cuidaban, abrieron la puerta de cristales y penetraron en el inmueble.

El Colonial fue levantado gracias a un convenio cubano-sueco, patrocinado por la UNESCO, y en él participaron especialistas de la compañía constructora Miljö con sede en Estocolmo, y arquitectos y obreros cubanos.

Se había fabricado unos diez años atrás, según recordaba Emilio, como parte del Plan Mayor de Remodelación de la Ciudad, en sus zonas no restaurables, gracias al cual se demolían los edificios viejos y se construían otros modernos, pero manteniendo en su exterior una apariencia vetusta que armonizaba con las edificaciones colindantes.

Situado entre las calles Jesús María, Picota, Merced y Curazao, el inmueble ocupa toda una manzana y está compuesto por cuatro bloques de oficinas y apartamentos, uno en cada esquina, además de un complejo comercial en el centro, con barbería y peluquería, oficina de correos, tienda, mercado, bar y cafetería.

Emilio y Marusha dejaron atrás la puerta de cristales y avanzaron por un ancho pasillo que desembocó en el recibidor. Inmediatamente a la derecha, en el salón, se hallaba un mostrador semicircular para uso del portero y, al final, una escalera que llevaba al sótano. Hacia el fondo, en línea recta con la puerta de entrada, estaba el elevador. Los dos jóvenes se llevaron una visión de conjunto del lugar.

A la izquierda de ellos se veía una escalera que ascendía a los pisos superiores, resguardada por una reja. Más hacia el centro se encontraban varios muebles de mimbre, entre ellos un sofá cubierto de cojines.

Cuando Marusha y Emilio penetraron en el recibidor, ya el equipo de peritos se hallaba realizando sus labores. Un agente fotografiaba y otro filmaba los sitios relevantes del recinto. Monzón y Sánchez, dos expertos, en trazología, saludaron a Emilio al verlo llegar, y continuaron su trabajo. Uno de los policías que se encontraba ante el elevador, al levantar la vista, descubrió a la pareja que entraba y se acercó de inmediato.

—Buenas, teniente —saludó dirigiéndose a Marusha—. Soy el sargento Álvarez. Me comunicaron del DIP que usted es la oficial investigadora del caso. A sus órdenes.

—¿Dónde fue hallado el cadáver? —inquirió la muchacha.

—En el elevador. Vengan por aquí —pidió el agente y los guió.

Marusha y Emilio lo siguieron. Los peritos se apartaron para dejarlos llegar. Cuando se aproximaban a la puerta del elevador, un hombre se irguió y avanzó al encuentro de Emilio. Era un mulato bajito y gordo.

—Hola, jefe. ¿Llega tarde? —le dijo.

—No, al revés: llego temprano, Salazar —respondió el joven palmeándole amistosamente el hombro—. No me tocaba entrar hasta dentro de una hora, pero... ya tú ves. ¿Cómo está eso?

—Miren ustedes mismos —invitó el forense y se echó a un lado.

Sobre el piso del elevador, con la mirada fija en el techo se encontraba el cadáver de un hombre canoso, de más de cincuenta años. Vestía una combinación de verano y, bajo su cuerpo, se advertía un reducido charco de sangre.

Después de examinar el recinto con la mirada, Emilio se dirigió a los peritos:

—Quiero el informe preliminar lo más rápido posible —dijo.

—¿Quién descubrió el cadáver? —preguntó Marusha.

—Yo —respondió una voz, alejada del elevador.

La muchacha se volvió para encontrarse con un hombre alto y viejo, algo encorvado. Y pensó que le recordaba a alguien, pero no pudo precisar a quién.

—Nicolás García, para lo que ustedes necesiten, compañera —aseguró el hombre mientras Marusha se le acercaba—. Soy el portero del edificio.

El viejo indicó para los dos butacones y, después que la joven se hubo sentado, él la imitó.

Con suaves movimientos, Marusha extrajo una libreta de notas de su cartera y alzó el rostro.

—¿En este bloque B hay oficinas o apartamentos de vivienda?

—Las dos cosas, compañera, las dos cosas. En los pisos uno y dos hay oficinas. Del tercero al sexto son apartamentos. Un solo apartamento en cada piso. A estas horas las oficinas ya están cerradas.

La muchacha tomó nota antes de preguntar:

—¿Y los vecinos?

—Todos son artistas. Y salvo los del quinto piso, los Santander, que se hallan de gira por el extranjero, todos los demás están ahora en sus

apartamentos. De allá arriba sólo se puede bajar por ese elevador o por la escalera, que también da al recibidor —el hombre señaló con el pulgar hacia sus espaldas—. Como usted puede ver, tiene reja con cerradura electrónica. Y está cerrada.

Después de comprobarlo con la mirada y asentir, Marusha se volvió hacia el grupo de agentes que se hallaba en el elevador.

—Álvarez —llamó y, cuando el sargento levantó la vista, le dijo—: Comunique a los vecinos de este bloque que no salgan de los apartamentos hasta que se les avise.

El policía asintió y se dirigió<sup>1</sup> al mostrador del portero, donde se hallaba el teléfono. Marusha miró de huevo a Nicolás. El hombre le daba la extraña impresión de que siempre hubiera sido viejo. ¿A quién le recordaba?

—Dígame, Nicolás, ¿a qué hora y cómo encontró el cadáver?

—Bueno, mire usted, compañera, el muerto no lo vi yo, sino Myrna, la vecina del sexto piso, y ella me avisó por teléfono. Entonces yo hice bajar el elevador, porque Myrna estaba muy histérica. Cuando el elevador se abrió aquí abajo y vi lo grave que era el asunto, y como me pareció que el hombre ya estaba muerto, no toqué nada y llamé a la policía.

Marusha lo había estado observando mientras hablaba. Nicolás vestía camisa blanca y pantalón negro, con el cinturón tan apretado que le formaba pliegues en la faja del pantalón..

—Dijo usted Myrna. ¿Quién es ella?—

—Una muchacha griega que está pasando un curso de ballet en Cuba. Hace unos cuatro meses que vive aquí. El hombre que mataron la visitaba.

—¿Cómo dijo? —preguntó Marusha como si, sencillamente, no hubiera escuchado bien—. ¿Ese hombre?

—Sí, yo lo había visto otras veces. Se llamaba Ariel y, desde hace alrededor de un mes, visitaba a Myrna.

—¿Y estaba Ariel relacionado con el ballet? ¿La visitaba por eso?

Nicolás parpadeó antes de responder con cierta duda:

—No sé, compañera; pero creo que no, que ellos eran amigos y no tenía eso nada que ver con el ballet ni... —calló de pronto, como si no encontrara las palabras adecuadas, y añadió—: Es que yo hablaba muy poco con él

cuando venía al edificio. Hoy mismo, por ejemplo, al verlo ante el elevador, hice el comentario de que el aparato se estaba demorando mucho en bajar.

Los ojos de Marusha se achicaron cuando preguntó:

—¿Había alguien más en el vestíbulo?

—No —dijo el hombre negando con la cabeza—. Yo solo.

Marusha se fijó en el pelo canoso y recordó. Nicolás se le parecía por momentos a su propio abuelo paterno, quien murió siendo ella una niña y del que conservaba una imagen algo vaga. Pero era sólo cierto parecido físico, pues su abuelo poseía más vitalidad. Nicolás, en cambio, tenía todas las características del viejo solterón, cansado, que no sabía qué hacer el día en que le llegara el retiro.

La muchacha iba a iniciar otra pregunta cuando percibió que, detrás de Nicolás, alguien le hacía señas. Era Emilio.

—Perdone, Nicolás —dijo la muchacha y se levantó—. Espéreme aquí — y se dirigió hacia su compañero de investigación.

Cuando llegó a su lado, él la tomó del brazo y la llevó aparte.

—Escucha esto —le dijo—. Se le encontró la tarjeta de identidad al cadáver. Se llamaba Ariel Guzmán. Trabajaba en el Instituto de Biotecnología y vivía en el edificio América, en Galiano.

—¿Ya saben cuándo lo mataron?

—Sí —respondió el joven—. Hace menos de dos horas. Murió en el mismo elevador. No hay huellas de arrastramiento.

La muchacha bajó la vista y quedó pensativa. Se preguntó si alguien tomaría el elevador con la víctima.

—Tuvo que ser al abrirse el elevador en uno de los pisos —dijo finalmente.

—No es un caso común, Maru. Fue asesinado con un arma de fuego, posiblemente calibre 22. Y tú sabes el control que hay sobre las armas de fuego.

La muchacha entreabrió los labios para hablar, pero él no la dejó.

—Sí, ya hice la consulta a la Sección de Balística sobre un posible robo o pérdida de arma calibre 22.

Marusha sonrió.

—¿Estás aprendiendo a leerme el pensamiento? —dijo.

—Es una enfermedad profesional: querer adivinar lo que piensa el otro. Me pareció que ibas a hablar del arma. Quiero decirte que le dispararon de frente y desde cierta distancia, no a quemarropa.

—Entonces el asesino no le disparó desde el mismo elevador, sino desde afuera estando la puerta abierta.

—Sí, pero hay algo más —aseguró Emilio—. El cadáver ha sido registrado. Buscaban algo en él. Por ahí podremos llegar al móvil.

—¿Robo, quizás?

—No. Al menos no un robo común, pues el cadáver tiene dinero en la chaqueta. Pero hay algo interesante: en un bolsillo se encontraron ciertos fragmentos.

—¿Fragmentos de qué?

—No sé —dijo Emilio—, El perito se los lleva para el laboratorio. Los fragmentos son parte de un objeto desconocido. Pudiera ser ese objeto lo que el asesino quería obtener.

—Bueno, hay que esperar la respuesta del laboratorio. ¿Tenemos más datos?

—Sí, uno y muy extraño. La rigidez en el pecho del cadáver es diferente de la del resto del cuerpo y no corresponde con el tiempo que lleva muerto.

—¿Por qué?

—El médico no supo responder de inmediato. Dice que parecía como si el tórax hubiera perdido temperatura con más rapidez. Ya ordené que se llevaran el cadáver y le practicasen la autopsia.

En un gesto inconsciente de su mano, Marusha echó sus negros cabellos hacia atrás. Luego buscó las primeras hojas de su libreta de notas y comenzó a informar al joven sobre los datos que había obtenido de Nicolás.

Minutos después ambos jóvenes se dirigieron a donde los esperaba el portero y se sentaron en el sofá del recibidor. El hombre los recibió con una expresión que intentaba ser una sonrisa.

—Nicolás —pidió la muchacha—, háblenos de los ocupantes del edificio.

—Sí, sí, cómo no, compañera —comenzó, en lo que Marusha definió mentalmente como un esfuerzo porque ellos vieran lo dispuesto que él estaba a cooperar con la policía—. Como ya le dije, el primero y el segundo piso los ocupan unas oficinas del Ministerio del Azúcar. En este horario no trabajan.

Nadie se quedó ahí. Están vacías. El tercero está habitado por un matrimonio de actores de teatro: Fernando Montecassino y Gladys Almodóvar, con su hijo de meses.

Marusha levantó la vista de su libreta de anotaciones —¿Gladys Almodóvar? —repitió sorprendida—. ¿La famosa actriz?

—Sí, ella. Y el cuarto piso lo ocupa Esteban Quiroz, el crítico y guionista de ballet.

Emilio se volvió hacia la muchacha y ambos cruzaron una mirada de inteligencia. Ella le había contado en cierta ocasión que, siendo una adolescente, cuando estudiaba ballet en la Escuela de Arte de Baracoa, participó en un ballet cuyo guión fue escrito por el conocido especialista. Y ahora se lo encontraba como inquilino de un edificio donde se acababa de cometer un asesinato.

—El quinto piso es el del matrimonio Santander, los cantantes de ópera. Pero ellos están fuera de Cuba, en una actuación. El sexto lo ocupa Myrna, la bailarina.

—¿Usted se fijó si el elevador se detuvo en algún piso antes de llegar al sexto?

—No, compañera —respondió el portero, evadiendo mirar de frente a la muchacha—. Pero de todas maneras eso se pudiera saber con los videos.

Emilio, sorprendido, se inclinó hacia Nicolás.

—¿Qué videos? —preguntó.

—Los videos, compañero. ¿Ustedes no lo sabían? La culpa es mía por no habérselo dicho. Cuando se inauguró el Colonial, en este bloque nada más que había oficinas del Ministerio del Azúcar y ellos pusieron siete cámaras, una para cada puerta de acceso al elevador. En los televisores se ven esas puertas y una sección de las puertas de los apartamentos.

—¿Y dónde están los televisores?

—En mi mostrador —dijo Nicolás y señaló hacia el mueble—. Después, el MINAZ fue quitando las oficinas y sólo dejaron las dos de los primeros pisos. He oído decir que también se las van a llevar. Ese día me tendré que ir yo, pues soy trabajador del MINAZ. Con el cariño que le tengo al Colonial. Bueno, el tercero, cuarto y quinto se los alquilaron a estos artistas, porque el

edificio pertenece ahora al sindicato de ellos. El sexto lo tienen para los artistas extranjeros que vienen a estudiar o pasar un tiempo en Cuba.

—Dice usted, Nicolás, que los apartamentos sólo tienen la salida del elevador y la de la escalera que baja hasta aquí, esa de la reja —quiso corroborar Marusha, y al tener respuesta afirmativa del hombre, le pidió—: Por favor, reordene los videos de las siete cámaras... ¡Ah!, y avise por teléfono a Myrna que vamos a subir a hablar con ella.

Todavía el hombre estaba diciendo «Sí, cómo no, compañera» cuando Marusha y Emilio entraban en el elevador. En cuanto se cerró la puerta, Emilio se volvió a la muchacha.

—A Ariel lo mataron cuando se abrió el elevador en algún piso entre el recibidor y el sexto.

—Incluyendo el recibidor y el sexto piso —rectificó Marusha golpeando suavemente con su lápiz en el hombro del joven—. ¿Por qué descartar a Myrna, o al mismo Nicolás?

Emilio le sujetó la mano con que ella sostenía el lápiz.

—Porque de haber sido Nicolás, jovencita, no hubiera dicho lo de los videos. ¿Eh?

—Es posible.

—¿Y anotaste las dos incógnitas más difíciles? —preguntó él soltándole la mano.

Marusha buscó en su libreta.

—«Fragmentos de un objeto que no aparece: posible motivo de asesinato por robo» y «mayor rigidez cadavérica en el pecho». ¿Complacido?

—Trabajar con un «primer expediente» es insoportable —bromeó Emilio dándole la espalda.

—Pudiera decir lo mismo —replicó la muchacha—, Pero a mí no me molesta.

**5:08 p.m.**

El elevador se detuvo en el sexto piso y, al abrirse, Marusha y Emilio pasaron a un pequeño recibidor. Emilia oprimió el timbre de la puerta del apartamento. El elevador se cerró y Marusha aprovechó la ocasión para

señalarle a su compañero la cámara que se veía en un ángulo del techo, algo inclinada hacia el elevador.

La puerta del apartamento se abrió y Emilio quedó gratamente sorprendido. Les había abierto una muchacha de unos veintitrés o veinticuatro años, alta, delgada, con el pelo corto y rubio, probablemente teñido. Y era muy bella. De una belleza quizás algo fría, pero, de todas formas bella.

—Pasen —dijo la joven—. Me avisaron que ustedes venían Siéntense.

Los dos investigadores entraron en la sala y ocuparon sendos sillones, que la rubia les brindó. Emilio se fijó en que el apartamento transmitía cierta soledad. Se percibía que no era habitado con sentido de permanencia. Las paredes estaban casi desnudas. No había calor de hogar allí.

—Su nombre es... —comenzó Marusha dejando la frase sin concluir.

—Myrna, Myrna Andreopoulos. Yo sé nada. El ascensor se abrió y yo me asusté al ver...

La rubia no pudo continuar. Bajó la cabeza y se llevó una mano temblorosa a la boca.

Marusha se acomodó en el asiento dando tiempo a que se recuperara.

—¿Usted estaba en la sala en ese momento? —le preguntó restándole importancia al hecho.

Myrna llevaba un vestido rojo, ceñido al cuerpo. Emilio observó cómo le realizaba la esbelta figura, cuando la joven respondió despacio, en dificultoso español.

—Yo esperaba a Ariel. Él había llamado por teléfono y dijo que venía. Yo estaba en la cocina, preparando una merienda. Cuando escuché el timbre que avisa la llegada del ascensor vine hacia acá, abrí la puerta... y lo vi. Estaba muerto.

—¿Y usted que hizo entonces? —quiso precisar Marusha.

—Llamé al señor Nicolás y le pedí ayuda. Yo estaba muy nerviosa y, además, Nicolás se demoró tanto en contestar...

Emilio cruzó una mirada de inteligencia con Marusha antes de insistir:

—¿Se demoró?

—Nicolás no contestó rápido al teléfono. Yo creí que fue una eternidad.

—¿Es usted europea? —preguntó Marusha.

Myrna se acomodó en su asiento. Emilio creyó descubrir que se sentaba con estudiado descuido, para que se apreciaran mejor sus formas.

—Sí. Soy griega. Estoy en Cuba recibiendo un curso práctico de la Escuela Cubana de Ballet.

Emilio pensó que era realmente bella. Que su rostro expresaba ingenuidad con fugaces atisbos de astucia.

—Myrna —continuó Marusha—, ¿cuál era su relación con Ariel Guzmán?

—Ariel era mi amigo. Nos conocimos en el ballet. Hicimos una buena amistad. Él me visitaba algunas veces nada más.

—¿Y qué sabe usted de su vida?

La rubia se encogió de hombros y titubeó al responder:

—Nada. Que era viudo y tenía un hijo que trabajaba en el extranjero... Ariel era una buena persona.

Los negros ojos de Marusha miraron intrigados a la joven.

—¿Nada más? Sobre sus vecinos, su trabajo...

Myrna se levantó del asiento.

—Sé que trabajaba en un instituto científico —afirmó mientras se dirigía a un barcito colocado en la esquina derecha de la sala—. Pero no sé más —se sirvió un trago—. ¿Desean ustedes? —brindó a los investigadores y, al no aceptar estos, regresó a su asiento—. Excúsenme por beber. Es que me tranquiliza.

Emilio se echó bacía adelante en su asiento.

—¿Tiene usted idea de quién lo pueda babor matado? —preguntó.

El vaso tembló en la mano de la griega.

—No —aseguró sin mucha convicción—. No sé.

—¿Llevaba él algo de valor? —insistió Emilio—. ¿Dinero? ¿Joyas?

—No sé. No creo. Él parecía vivir sólo con su sueldo.

Emilio había estado analizando el desenvolvimiento de la muchacha. No había duda de que poseía buenos modales. Pero, para un observador como él, no pasaba inadvertido que eran modales muy estudiados, ficticios, quizás aprendidos en manuales de educación social.

Marusha miró de nuevo a la joven.

—Cuando se abrió el elevador —dijo—, ¿se acercó usted al cadáver?

La rubia tuvo que vencer cierta turbación para contestar:

—Sí... Un poco.

Ya Emilio se había percatado de que la mirada de Myrna se iba haciendo cada vez más indecisa, más nerviosa.

—¿Notó algo extraño? —se interesó Marusha.

—¿Cómo?

—Sí, al abrirse el elevador, cuando se acercó a mirar.

—No sé... —comenzó la griega y, de pronto, pareció recordar—: Sí. Había un olor raro. Picaba. Un olor picante, seco.

Emilio comprendió que Myrna no era rápida al contestar. Y aunque pudiera estar fingiendo torpeza para darse tiempo, estaba claro para él que la rubia acostumbraba de seguro deslumbrar mucho más con su belleza que con su inteligencia. Estaba consciente de ser bella.

—Bueno, eso es todo —dijo Marusha—. Por favor, no salga del apartamento hasta que no le avisemos —y se puso de pie—. ¡Ah! Una última pregunta: ¿alguien podía haberse enterado de que él la iba a visitar?

—No —respondió Myrna, y Emilio creyó notar sinceridad en sus palabras—. Ariel me lo dijo por teléfono.

—Muy bien —concluyó la investigadora—. Gracias.

Cuándo abordaron el elevador y se cerró la puerta, Emilio se volvió hacia Marusha y soltó la interrogación que había tenido guardada.

—¿Qué relación había verdaderamente entre Myrna y Ariel, de mucha más edad que ella? ¿Amor?

Pero, ya antes de terminar su pregunta, al contemplar a Marusha, el joven quedó impresionado. Su figura poseía un porte, una elegancia que lo inmovilizó. Tal parecía que se hubiera embellecido para opacar a Myrna. Observó sus ojos negros, intensos, la tez trigueña, el cabello que le caía sobre los hombros... Emilio, aunque sintió que acababa de hacer un descubrimiento, no pudo definirlo.

—¿Cómo dices? —le preguntó Marusha y Emilio creyó ver en su mirada que la muchacha había sorprendido su turbación.

—Que si habría amor entre ellos —respondió lo más rápido y normal que pudo.

—Si es así —dijo la joven y bajó la vista—, ella trató de que no lo supiéramos.

Emilio clavó la mirada en la puerta del elevador sin lograr comprender qué le había sucedido. Y no quiso quedar en silencio.

—Ella no es convincente —afirmó, recordando a Myrna— Hay mucha duda en sus palabras. Como si estuviera analizando lo que debía decir y lo que debía callarse.

Marusha se golpeó varias veces con la libretica en la palma de la mano mientras pensaba en voz alta:

—Es improbable que mienta conociendo lo de los videos. No, estoy segura: a Ariel lo deben de haber asesinado antes de llegar al sexto piso.

—Ahora hay algo más que me preocupa: ¿por qué se habrá demorado Nicolás en responder al teléfono?

Emilio soltó la pregunta sin dejar de mirar a la puerta cerrada del elevador. La investigación no era fácil y le ocupaba sus pensamientos. Sin embargo, a pesar de no saber por qué motivo ni tener tiempo para pensar en ello, comprendió que, en alguna medida, había acabado de descubrir una nueva Marusha.

## **5:20 p.m.**

—En cuanto reciban la bala que les enviará el forense, procésenla y comuníquenme lo que encuentren —dijo Emilio y colgó el teléfono. Se volvió hacia Marusha que, a su lado, lo miraba atentamente y explicó en voz baja—: Dicen los peritos que no hay reportado robo o pérdida de arma calibre 22 —se dirigió a Nicolás, que esperaba sentado en uno de los butacones del recibidor—: Por favor, ¿podiera ponernos los videos?

Con la mayor rapidez que le permitieron sus años, Nicolás se acercó al mostrador semicircular y entró en él. Marusha y Emilio lo siguieron. Debajo de la tabla superior se hallaban colocadas las siete pantallas de los televisores, cada una con su identificación: *Recibidor, primer piso, segundo piso, tercer piso, cuarto piso, quinto piso y sexto piso*. Las seis últimas imágenes mostraban una puerta de acceso al elevador cerrada, el recinto intermedio y una sección de la puerta del apartamento. Sólo la primera pantalla, la del

recibidor, se diferenciaba del resto al exhibir la puerta que daba al elevador y una zona del piso de granito.

Nicolás se sentó ante los controles. Marusha y Emilio se quedaron de pie, tras él.

—¿Los pongo ya? —preguntó el hombre, en su acostumbrado tono solícito, y Marusha asintió con un movimiento de la mano.

En apariencia, nada sucedió en los televisores. Las imágenes continuaron mostrando sus correspondientes puertas. Y así se mantuvieron alrededor de medio minuto. De pronto, en la pantalla destinada al recibidor, surgió la figura de un hombre vestido con una combinación de verano, que se acercó y quedó de pie sobre la alfombrilla, ante el ascensor.

—Ariel Guzmán —dijo Marusha y cruzó los brazos después de recibir una mirada de asentimiento de Emilio.

—Sí, es él —aseguró Nicolás.

En la pantalla, el hombre se volvió como si se dirigiera a alguien. Y habló.

Marusha miró significativamente a Emilio. Nicolás detuvo los videos.

—Eso fue conmigo —afirmó sin volver la cabeza—. Yo le dije que el elevador se estaba demorando y él me dijo... creo..., me dijo que hacía días que estaba así... o algo parecido. No recuerdo,

—Está bien —convino Marusha—. Siga.

La imagen del primer televisor recobró el movimiento. En la pantalla, Ariel miró hacia atrás, en una forma que Marusha consideró recelosa, y luego se retiró del ángulo de toma de la cámara. La puerta del elevador se mostró desierta.

—¿Qué pasó? —preguntó la muchacha.

—Parece que se echó a un lado —sugirió Nicolás con cierta turbación—. No sé.

Entonces la imagen de otro hombre entró **en la pantalla**. Se paró ante el elevador.

—Detenga el video —ordenó excitado Emilio, y Nicolás lo obedeció rápidamente—. ¿Quién es ese hombre?

Lo estaba viendo de perfil. Era joven y de mediana estatura. Vestía camisa verde y pantalón naranja. Marusha pensó que, a pesar de los chillones

colores, la ropa cortada a la moda lo mantenía dentro de cierta forma discutida de elegancia.

—No sé quién es, compañero —admitió Nicolás evidentemente desconcertado—. No vive aquí. Nunca lo he visto.

—Pero, ¿usted no lo vio cuando entró? —inquirió Emilio sin ocultar su extrañeza.

—Es que yo, compañero... yo no estaba en el recibidor en ese momento.

—¿Cómo dice?! —exclamó Emilio mientras cambiaba una instantánea mirada de sorpresa con Marusha.

El portero mantuvo la vista fija en los controles y les tocó nerviosamente, uno por uno, al explicar:

—Miren, compañeros. Esteban me avisó que el aire acondicionado estaba malo y yo bajé al sótano a arreglarlo —Nicolás iba a mirar hacia atrás, pero contuvo el gesto y continuó una supuesta revisión de los controles—. Ya un rato antes Fernando me había avisado que el aire no enfriaba bien y yo había bajado a arreglarlo. Por eso, al avisarme Esteban después, yo bajé enseguida a ver el equipo. Cuando hablé con Ariel estaba a punto de bajar al sótano.

—¿Por qué no lo informó antes? —criticó Marusha.

—Se me olvidó, compañera. Además, como vi a Ariel entrar y esperar ante el elevador, pensé que había subido solo.

Marusha se acercó a la silla de Nicolás.

—Cuando Myrna lo llamó para avisarle lo del cadáver —dijo—, ¿usted ya había regresado del sótano?

—No. Cuando subía las escaleras oí el timbre, me apuré y cogí el teléfono, pero no sé desde cuándo podía haber estado sonando.

Emilio percibió el gesto de desaprobación de Marusha al separarse de la silla ocupada por Nicolás.

—Siga con el video —indicó el joven investigador.

En la pantalla, Ariel se acercó de nuevo a la puerta que daba al elevador. El desconocido, al verlo, quedó de frente a la cámara. Marusha estudió su rostro. No era bien parecido, pero tampoco llegaba a ser feo. El bigote, que usaba también a la moda, le aumentaba la expresividad del rostro y lo ayudaba en su apariencia general.

Cuando se abrió el elevador, penetraron en él los dos hombres y la puerta se cerró. Nicolás señaló entonces hacia el televisor correspondiente al primer piso. Pero nada sucedió. Tampoco en el del siguiente piso. Varios segundos después, en la pantalla del tercero se abrió la puerta del elevador.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Emilio.

—Fernando y Gladys —respondió el portero—. Los actores.

Ya el desconocido había abandonado el elevador y tocaba a la puerta del apartamento. De inmediato se le vio hablando como para que lo escucharan adentro. Y él mismo abrió la puerta. Se volvió hacia Ariel Guzmán, le dijo unas palabras y entró en el apartamento, dejando la puerta abierta. El elevador se cerró.

Los siete televisores mantuvieron una aparente inmovilidad hasta que el del sexto piso inició un movimiento: la puerta del elevador se abrió en él. Y se vio a Ariel tirado sobre un pequeño charco de sangre. De nuevo la apariencia del tiempo detenido, hasta que se abrió la puerta del apartamento y Myrna apareció de espalda. Entró en el elevador y se inclinó sobre el cuerpo de Ariel. La puerta del elevador se fue cerrando y ella se volvió, claramente sorprendida, pero sin tiempo ya de evitarlo. Apenas se cerró cuando comenzó a abrirse de nuevo y la griega salió con las manos a los lados del rostro.

—¡Detenga la imagen! —ordenó Emilio y, acercándose a Marusha, le dijo casi al oído—: ¿Habría sido Myrna quien lo registró? Cuando se agachó sobre el muerto ella misma tapaba la cámara. Sin embargo, sale con las manos vacías.

—Sí —convino Marusha también en voz muy queda—, pero si se trataba de un objeto pequeño lo pudo guardar en el bolsillo de su vestido.

Emilio asintió con la cabeza.

—Siga, Nicolás —dijo.

La pantalla del sexto piso mostró a Myrna entrando en su apartamento y el elevador cerrándose hasta quedar la imagen igual a la del resto de los televisores. Y así se mantuvo un tiempo. Quizás varios minutos.

—Ahí ella me estaba llamando y yo subía del sótano. Entonces cogí el teléfono —explicó el portero—. Después yo llamé el elevador y... Mírenme ahí.

En el televisor de la planta bajo se vio a Nicolás acercarse a la puerta del elevador y oprimir el botón. Después de unos segundos de espera, se abrió la puerta y el cuerpo de Ariel se mostró en igual posición.

En la pantalla pudo comprobarse que Nicolás no se le aproximó. Quedó unos instantes examinando con la vista el cadáver y, luego, tocó algo en la pared interna del elevador. De inmediato se alejó y desapareció de la imagen.

—Lo que hice fue para desconectar el elevador y dejar la puerta abierta —aclaró—. Entonces vine al teléfono y llamé a la policía.

—Muy bien, Nicolás, gracias —dijo Marusha y, a una señal que le hizo a Emilio, salieron ambos de detrás del mostrador.

Emilio tomó a Marusha por el brazo a través del salón mientras le hablaba en tono confidencial:

—Suicidio no es, pues el disparo está hecho desde lejos y además, no apareció el arma. Tiene que ser asesinato, pero, ¿cómo lo mataron si nosotros vimos en el video que Ariel sigue solo en el elevador, cuando el otro hombre se baja en el tercero? Después el elevador no para en el cuarto ni en el quinto piso. Y, sin embargo, Ariel aparece muerto en el sexto.

—No me lo explico —reconoció la muchacha y, al notar que Emilio la guiaba por el brazo, lo miró—: ¿A dónde me lleva el jefe de los peritos?

—Al elevador. Manolito está examinándolo y, cuando veíamos el video, me indicó que había terminado de revisarlo. ¿Viste algo, Manolito?

Manolito, a pesar del diminutivo, era un negro de más de seis pies de estatura. Tenía un maletín carmelita en la mano y los esperaba, en la puerta del elevador.

—Es un aparato neumático, Emilio —dijo—. Lo más moderno en elevadores. Pero un poco delicado. Cualquier bobería y hay que arreglarlo. Lo revisé de punta a cabo, y nada.

—Dime, Manolito —intervino Marusha—, ¿no pudieron haber disparado desde afuera a través de alguna pequeña abertura?

—¡Qué va! Estos elevadores neumáticos sólo funcionan cuando las puertas están herméticamente cerradas. Eso que tú dices es imposible. Ni lo pienses.

—Gracias. Te lo pregunté por despejar una posibilidad —se volvió a Emilio—: Vamos al tercero. Tenemos que establecer la identidad del hombre

que subió con Ariel y se quedó allí. Y también debemos tratar de averiguar qué habló con él.

El joven entró y marcó el botón del tercer piso.

—Oye, Emilio, ¿cómo lo habrán podido registrar entre el tercero y el sexto si el elevador no se abrió?

—Myrna pudo haberlo registrado después de muerto, cuando se agachó sobre el cadáver.

—Aun así —continuó Marusha mientras la puerta del elevador se cerraba—, no tenemos ni la más mínima idea de cómo lo pudieron haber matado. Ni cuándo. Ni dónde.

—He estado pensando en Nicolás.

—Yo también —aseguró la muchacha—. Él no estaba en el recibidor cuando Ariel subió ni cuando apareció muerto minutos después. ¿Estaría realmente en el sótano arreglando el aire acondicionado? Por otra parte, ¿sería Myrna quien registró a Ariel?

—Maru —se volvió Emilio hacia ella—, nosotros pensábamos que no habría caso que se nos resistiera el día en que trabajáramos los dos juntos. Y cuando llega la ocasión nos cae, nada más y nada menos, el de un hombre que aparece muerto después de estar absolutamente solo en un elevador: algo prácticamente imposible.

—Esto no va a ser fácil de resolver —afirmó Marusha mirándolo a los ojos—. Tu novia va a tener que esperar bastante para volver a pasear contigo.

Emilio se encogió de hombros y de inmediato se dio cuenta de que, a diferencia de otras ocasiones, no sentía la necesidad de ver a su novia en la primera coyuntura que le ofreciera su trabajo.

### **5:43 p.m.**

—Fernando Montecassino —dijo el hombre y extendió su mano hacia la pareja de investigadores—. Estoy a la entera disposición de ustedes —era alto. Vestía pantalón azul oscuro y camisa blanca de mangas largas. Pero había algo en él que daba una apariencia gris—. Pasen, por favor. No hagan transiciones. Pasen y tomen asiento.

Sus movimientos parecían haber sido ensayados de antemano. Marusha recordó cuando recibía las primeras clases de ballet y le enseñaban cómo colocar el brazo, cómo levantar la pierna.

Al entrar vieron al otro hombre. Estaba sentado en una butaca de gomaespuma en una esquina de la sala. Era más joven, tenía bigote y usaba pantalón naranja y camisa verde. Marusha reconoció enseguida al desconocido que había entrado con Ariel en el elevador. Miró a Emilio y comprendió que éste también se había dado cuenta.

—Siéntense —repitió Fernando Montecassino y señaló para dos sillones de mimbre.

Al sentarse, Marusha reparó en que el apartamento estaba algo recargado de adornos, aunque sin llegar al mal gusto. En conjunto tenía la misma apariencia gris que Fernando. Sin embargo, en algunos rincones se observaban destellos de colores más vivos: en una lamparita, en una flor dentro de un búcaro...

—Gladys, mi esposa, está ocupada con el recién nacido —informó Fernando con una voz que a Marusha se le antojó extraña, fuera de lo normal. El hombre se encontraba recostado a una chimenea de utilería, algo deteriorada—. Nuestro bebé es ahora el superobjetivo de Gladys, pero ella vendrá dentro de unos instantes —señaló hacia el desconocido, sentado en el rincón—. Él es nuestro colega y amigo Daniel Cárdenas, del Teatro Musical Nacional. Eximio actor y cantante de *music hall*. Casualmente, hoy ha venido a hacernos la visita y a conocer al primogénito.

Marusha sonrió como diciendo: «¡Ah, qué bien!» Pero, mientras tanto, se preguntaba si habría alguna relación entre la visita de Cárdenas y la muerte de Ariel Guzmán.

—Si —reafirmó Cárdenas—, es que cuando el niño nació yo estaba de gira por Santiago de Cuba y no pude venir antes.

—El niño, el niño —dijo Fernando en actitud de hombre conocedor y algo cansado de todo—. Fernandito es el suceso principal en esta casa. Nos ha cambiado totalmente la existencia —comenzó a preparar su pipa—. Yo y mi esposa, como actores que somos del Teatro Nacional de Cuba, siempre hemos ofrecido múltiples actuaciones en el extranjero. Pero ahora, con el bebé, todo se torna diferente —la encendió y dio una o dos chupadas—. Nos

hemos visto obligados a hacer un punto de giro en nuestras vidas profesionales. Hace muy poco declinamos una invitación para el Festival de Teatro Europeo, que nos enviaron especialmente. ¡Ah!, he ahí por qué los Santander no han deseado tener descendencia. Ahora los invitaron a cantar en Italia y hacia allá se dirigieron. Ellos, como se dice en la calle, «no tienen gatitos ni perritos» que cuidar.

—¿Son los que viven en el quinto piso? —puntualizó Emilio.

—Exactamente, joven, exactamente.

—Buenas —se escuchó de improviso una diáfana y agradable voz femenina, y todos miraron hacia el pasillo que conducía a las habitaciones.

Allí se encontraba una mujer con el pelo teñido de rojo. Llevaba un vestido rosado, común, sencillo. No era una mujer bonita, pero sí atractiva. Y se percibía una fuerte personalidad en ella. Marusha, al observar su rostro, recordó de inmediato sus actuaciones en teatro y televisión. Se trataba de Gladys Almodóvar. Y traía a su hijito dormido en los brazos.

—Discúlpenme esta facha —dijo la mujer y su voz resonó más clara aún—. Es que Fernandito me tiene loca. Esto nos pasa a las que somos madres un poquito pasadas de edad, ¿eh? Pero es tan lindo tener un hijo.

Marusha, al verla, comprendió a qué se debían esos rincones de luz y colores en el apartamento. Gladys, con extrema sencillez, acababa de hacer una entrada plena de simpatía y optimismo.

—Amor —le dijo Fernando—, los compañeros tienen la tarea de entrevistarnos debido al desagradable asunto ocurrido hoy en el edificio. Ese hombre que asesinaron... ¿comprendes?

—¿Ustedes lo conocían? —preguntó enseguida Emilio.

Gladys comenzó a mecer al niño en sus brazos para mantenerlo dormido.

—Sí, de vista —afirmó sin dejar de mirar la carita de su hijo, que asomaba entre el pañal—. Él visitaba a Myrna, una joven que vive en el sexto piso.

Fernando Montecassino levantó la ceja izquierda al mirar elocuentemente a su esposa.

—Amor —dijo—, creo que lo más correcto es que les informemos de todo lo que está en nuestro conocimiento. Por ejemplo, lo primero es esa señorita, Myrna Andreopoulos. Su moral no nos satisface. Ella...

—Fernando —lo interrumpió su esposa—, eso no tiene nada que ver con el problema. Esa muchacha hace su vida como ella cree que...

—¡Déjame improvisar, Gladys! Yo lo siento, pero no puedo estar de acuerdo con tu opinión. La vida es una cadena de acciones. Cualquier hecho puede ser sintomático de una forma de pensar, de una filosofía personal. Y los crímenes los cometen los seres humanos más imperfectos; los que carecen de los valores que pueden enaltecer al hombre. Los compañeros deben manejar toda la información.

—Fernando, cuando se te mete algo en la cabeza —dijo la mujer y se volvió hacia Marusha sonriendo con cierta complicidad—. A mí siempre me convence con esa forma de hablar.

Sin embargo, a la joven investigadora le resultó difícil aceptar que una mujer del temperamento de Gladys Almodóvar fuera muy fácil de convencer.

—¿Qué nos iba a decir usted? —le preguntó a Fernando.

—Que Myrna Andreopoulos, desde que se instaló en este edificio, se interrelacionó con Esteban Quiroz. Para ser más preciso: se hicieron amantes.

—¿Esteban Quiroz y Myrna? —preguntó— Emilio y captó una mirada rápida de Marusha.

—Aunque les resulte increíble, jóvenes. Eso es algo que ha estado ocurriendo en este edificio.

—¿Y qué tiene que ver eso, Fernan? Ella es soltera, Esteban también. Es la vida de ellos.

—Sí, amor —replicó Fernando Montecassino golpeando su pipa en el cenicero para vaciarla—, pero, ¿qué justificación tenía Quiroz para hacerlo? Él es un hombre de mi edad y no resulta correcto que lleve amoríos con una mujer tan joven y bonita —mantuvo aparentemente su atención en la limpieza de la pipa—. Él aprovecha su fama profesional en beneficio de sus asuntos personales. ¡Esa muchacha! ¡Es inadmisibile! Cada ser humano necesita poseer la medida del entorno y de él mismo. Quiroz se comporta y habla como un jovencito exaltado. Ya es un hombre maduro y debe darse su lugar, como hago yo.

Gladys dejó de mecer al niño.

—Vamos, Fernan, no es para tanto. Se vieron, se gustaron y ya. Además, eso de que hayan estado juntos tú te lo imaginas, pero, ¿nosotros qué

sabemos? —volviéndose hacia Marusha—: Yo no me he fijado tanto en ellos.

Fernando tomó de encima de la falsa chimenea un paquete de picadura.

—No te hagas la sueca, mi amor, no te hagas la sueca. ¿Ya se te ha olvidado que Esteban nos solicitó dos entradas para el teatro y llevó a Myrna a presenciar *Santa Camila de La Habana Vieja*? —se dirigió al otro actor—: Por cierto, Daniel, ¿no viste el trabajo que hice con el personaje de Boca Chula? Fue antológico.

Cárdenas, que se había mantenido en silencio en el rincón, pareció despertar de un letargo.

—¿Yo? Yo creo que... Seguro que estaba de gira entonces.

—Fernando —llamó Gladys con dulzura—, decías que Esteban y Myrna habían ido a la función.

—¡Ah, sí, amor! Tú, como representabas el papel de Camila, no habrás tenido la ocasión de distinguirlos entre el público. Pero en mis escenas de Boca Chula, en los instantes en que no tenía ningún parlamento, yo siempre aprovechaba para lanzar alguna mirada furtiva hacia el respetable con la idea de descubrir a los críticos. Tú sabes... para saber si debía esforzarme en la actuación o no. Y así los localicé esa noche. Ella, joven y rubia. Y él, muy orondo, a su lado. Es un impenitente viejo verde, como dicen en la calle.

—Fernando se fija en todo —intervino Gladys y Marusha la notó apenada—. Es un hombre de detalles.

—Sería valioso que conocieran —añadió Fernando— que un día Myrna Andreopoulos abandonó a Quiroz e inició similares relaciones con Ariel Guzmán, de más edad aun. Para ser más diáfanos: también fueron amantes.

Emilio mostró sorpresa.

—¿Myrna y Ariel Guzmán?

—Asombroso, pero verdadero, joven.

—Fernando, ¿cómo tú vas a decir eso? —reprochó Gladys—. A mí me parece que ellos eran amigos. Y para eso, ni siquiera muy amigos. Fernan —suavizó su tono—, cuando tú la coges con algo...

—«Fernan» nada, querida —replicó él, quien, al parecer, no había captado el cambio que se estaba produciendo en su esposa—. Ellos actuaban el resultado de una amistad, pero el subtexto era otro: una farsa. Debemos tener presente que estos jóvenes buscan esclarecer la verdad para realizar su

labor. Y haciendo memoria emotiva yo recuerdo que, cierto día, Esteban Quiroz sostuvo una reyerta con el occiso en el recibidor del edificio.

—¡Fernando! —exclamó Gladys en enérgica censura.

Fernando se volvió de pronto hacia ella y se encontró con la mirada intensa de la mujer, que no cesaba de mecer al niño en sus brazos. Gladys estaba soberbia, en la cumbre de su atractivo personal. Marusha pensó que ésa sí era la personalidad que había imaginado en la actriz. Fernando fue bajando la vista.

Marusha decidió intervenir en aras de la investigación.

—¿Una «reyerta» dijo usted?

—Bueno..., un fuerte intercambio de opiniones —aventuró el hombre, sin levantar la vista.

—¿Qué quiere decir con eso? —quiso precisar Emilio.

—Una discusión, joven —dijo Fernando—. Una simple discusión.

—Así que Esteban Quiroz discutió con Ariel en el recibidor —puntualizó Marusha—. ¿Y se supo el motivo?

—Lo ignoro —dijo Fernando en tono apagado.

—Eso fue una tontería —dijo de pronto la actriz con voz clara y casi alegre—. Después no hubo ningún otro problema entre Esteban y Ariel Guzmán.

Marusha, luego de recibir una señal que con la mano le hizo Emilio, se volvió hacia Daniel Cárdenas.

—¿Usted conocía a Ariel Guzmán? —le soltó.

Cárdenas quedó anonadado con la pregunta y, poco a poco, se fue recuperando.\

—¿Cómo?

—Que si conocía a Ariel.

Marusha notó que el joven actor se veía tenso. Quizás fuera por la investigación.

—No —respondió Cárdenas—. No.

—¿No? —insistió la muchacha.

—Quiero decir... Yo sólo lo vi hoy. Subí con él en el elevador.

—¡Ah!... ¿Puede explicarnos eso? —le pidió Marusha como si desconociera totalmente el hecho.

—Nada. Yo venía a ver a Fernando y a Gladys y coincidimos en el elevador.

—¿Quién llegó primero al edificio? —quiso precisar Marusha—. ¿Usted o él?

Cárdenas sonrió nervioso y se frotó las manos, como limpiándose una suciedad inexistente.

—Bueno, cuando yo entré en el recibidor, ya él estaba allí.

—¿Esperando el elevador?

—No... Quiero decir, no exactamente. Sí lo esperaba, pero no estaba frente a él.

Marusha recordó lo que habían observado en los videos.

—¿Usted llamó el elevador?

—No recuerdo. Creo que cuando llegué ante el elevador, ya bajaba. Parece que él lo había llamado.

—¿Conversaron algo? —inquirió la muchacha en un tono desprovisto de total importancia.

—Yo marqué el tercero y le pregunté a qué piso iba. Me dijo que al sexto. Lo marqué y él me dio las gracias... Pero ya.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y qué hizo al llegar a este piso?

Cárdenas comenzó a frotarse las manos de nuevo.

—Nada. Llegué y... Bueno, creo que hablé algo más con él. Le pedí que esperara hasta saber si había alguien aquí, pues, si no, tomaría otra vez el elevador para bajar después que él se quedara.

—¡Ah! —dijo Marusha sin apartar la vista del hombre.

Cárdenas pareció recordar y añadió:

—Cuando toqué a la puerta, Gladys, después de saber que era yo, me dijo que abriera y me sentara a esperar.

La actriz sintió las miradas de los dos investigadores sobre sí.

—Sí. Fernan se estaba bañando y yo le daba la comida al niño.

—¿Se demoró usted en salir? —le preguntó Marusha.

—Sí. Unos siete u ocho minutos.

—Cuando usted comprobó que estaban en el apartamento —dijo Marusha volviéndose hacia Daniel—, ¿entró?

—Sí, sí. Le dije a ese señor que gracias, que yo me quedaba aquí y entré.

—Entró, cerró y se sentó —quiso probar la muchacha mirando a Cárdenas...

El hombre examinaba sus manos, como si no fueran suyas.

—Si... Claro —dijo,

Marusha asintió como si aceptara toda la declaración, y se dirigió a Gladys y Fernando, alternativamente.

—Y ustedes, ¿saben algo de Ariel Guzmán?

—Lo que ya les hemos dicho —respondió Gladys, adelantándose a su marido.

—¿Y nada más, sobre su vida, su profesión? Según sabemos, se llamaba Ariel Guzmán, tenía un hijo y trabajaba en el Instituto Cubano de Biotecnología. ¿Tendrían algo que añadir?

Fernando se encogió de hombros.

—No, realmente No —aseguró.

Gladys, en cambio, se volvió hacia Cárdenas, que seguía en su rincón.

—Daniel —le dijo—, tu hermano sí debe conocerlo. Él trabaja allí, ¿no?

Emilio inmediatamente se puso alerta.

—¿Cómo?

—Sí, joven —aclaró la actriz en tono muy sereno y natural—, el hermano de Daniel, Gustavo, trabaja allí. A él sí le pudieran preguntar.

—¿Tiene un hermano en el Instituto? —le preguntó Emilio al joven actor. Éste empalideció visiblemente.

—Sí. Gustavo, Gustavo Cárdenas. Él es científico, bioquímico... Pero no tiene que ver... Yo no conocía a este hombre.

Emilio cambió una fugaz mirada con Marusha y se dirigió de nuevo a Daniel.

—¿Su hermano nunca le habló de él? ¿Nunca mencionó a Ariel Guzmán?

—Es que... Nuestras profesiones son tan diferentes... Y él debe de tener tantos compañeros allá... No, él nunca mencionó ese nombre.

Fernando Montecassino sonrió tal como Marusha recordaba que sonreían los hombres de experiencia en las malas películas.

—En ocasiones, nosotros los artistas —dijo en tono doctoral— somos unos desmemoriados casi absolutos.

Marusha aprovechó que Fernando la miraba.

—¿Usted llamó a Nicolás para algo hoy? —le preguntó.

—¿Yo? ¿A Nicolás? —sonrió, esta vez a la defensiva—. No.

—¿Seguro?

—Sí, Fernando —intervino Gladys, en voz muy queda y dulce, que en apariencia dirigía a su niño—, ¿No te acuerdas? Cuando lo del aire acondicionado.

Fernando dijo «¡Ah!» y levantó el dedo índice de la mano derecha. Se dirigió a la joven investigadora:

—Sí, muy cierto, muy cierto. Lo solicité porque el aire se tornó deficiente. Ésa fue la causa que me motivó a comunicarme con él.

El zumbido del teléfono llamó la atención de todos. Fernando respondió y luego se volvió a Emilio.

—Es para usted —dijo.

—Gracias —dijo el joven al tomar el aparato—. Sí, dime... sí... ¿Que no está? Imposible... Sí, bien —y colgó.

Marusha se puso de pie.

—Bueno —dijo la muchacha—. Por ahora hemos terminado. Gracias por su ayuda.

—Es nuestro deber, joven —afirmó Fernando al acompañarlos a la puerta.

Emilio oprimió el botón del elevador, que se abrió de inmediato.

—Por favor, no salgan del apartamento hasta que se les avise —indicó Marusha segundos antes que se cerrara la puerta del elevador.

Al quedar solos, Emilio se golpeó con el puño en la palma de la mano.

—¿Recuerdas que te dije que no había habido robo o pérdida de armas calibre 22? Pues me acaban de comunicar del laboratorio que ya estudiaron la bala y que el arma que la disparó no está registrada. O sea, que, teóricamente, no existe, pues todas las que hay en Cuba tienen sus datos computados en el registro. Y por las aduanas es imposible pasar armas sin que las descubran los detectores.

Marusha se recostó a la pared del elevador.

—¡Qué estreno el nuestro! Un crimen imposible de realizar: asesinan a un hombre que va solo, en un elevador herméticamente cerrado. Y con un arma que no existe. Lindo comienzo.

Emilio oprimió el botón del cuarto piso.

—Hay que corroborar lo que dijo Fernando sobre la discusión entre Ariel y Esteban —indicó—. Y también lo que dijo de que Myrna y Esteban habían sido amantes. Pudieran ser imaginaciones de él.

El elevador ascendía suavemente.

—Oye, Maru, resulta muy curioso que el hermano de Daniel Cárdenas trabaje en el mismo lugar que Ariel. Creo que es demasiada casualidad.

—¿Y te fijaste? Daniel no dijo que dejó la puerta del apartamento abierta cuando entró. ¡Qué extraño...!

—Sí, hay que investigar todo lo relacionado con este Daniel Cárdenas y su hermano.

## **6:12 p.m.**

Marusha tenía ante sí a un artista que admiraba desde muchos años atrás. Nunca había olvidado cuando, siendo una adolescente, participó en un ballet llamado *En el parque*, donde se narraba cómo, entre juegos, una niña y un niño conocían por primera vez y de forma candorosa la simple atracción del amor.

Esteban vestía ropa deportiva, combinada en diferentes tonos de carmelita y beige, con natural elegancia. Pero a Marusha le resultó curiosa la chaqueta que llevaba, demasiado gruesa quizás para la temperatura ambiente.

—Pasen, por favor —intentó sonreír Esteban a ambos jóvenes. La voz le salía acatarrada.

Al entrar, Marusha observó que el apartamento se diferenciaba mucho del de Gladys y Fernando. Éste exhibía pocos, pero bien elegidos adornos, colocados con sencillez y muy buen gusto: una foto de la Pavlova, un afiche que anunciaba una función de Alicia en *Giselle*...

Emilio y Marusha avanzaron hacia dos hermosas sillas de estilo Directorio. La muchacha se sentó e iba a abrir su libretica de notas cuando descubrió en la pared lateral varios patos disecados sobre un librero y, más a

la derecha, después de la ventana, una panoplia con escopetas de caza. Cruzó una rápida mirada con Emilio y, finalmente, se dirigió a Esteban, quien también había tomado asiento.

—¿Conocía usted a Ariel Guzmán?

El rostro del crítico se tornó adusto por un instante. Luego se suavizó.

—Ya lo había visto —aseguró el hombre—. Ese señor visitaba el sexto piso.

Emilio señaló con su dedo índice hacia arriba.

—¿A Myrna Andreopoulos? —puntualizó.

—Sí, a Myrna.

Marusha creyó percibir alguna intención al pronunciar el nombre de la bailarina, pero no pudo precisarla. Preguntó:

—¿Es cierto que usted tenía, digamos, alguna rivalidad con Ariel debido a Myrna?

—¡Incierto! ¡Totalmente incierto! —saltó Esteban y se puso de pie. La tez de su rostro perdió su color de momento. El hombre apretó los puños. Cuando se volvió a sentar tenía las mejillas coloradas—. Lo que sucedió fue —afirmó con voz contenida— que yo le gestioné una plaza a Myrna para el curso práctico de la Escuela Cubana de Ballet. Y cuando él la conoció, parece que le prohibió verme —Esteban concluyó sin mucha convicción—: Pero a mí eso no me afectó. No tuve nada contra Ariel.

—¿Dónde usted conoció a Myrna? —inquirió Marusha.

—En París, hará un año. Ella fue a ver un ballet basado en un guión mío, *El sueño del guerrillero* —sonrió forzosamente a los investigadores—. Ustedes saben, eran los momentos de más discusiones a favor y en contra del ultrarromanticismo en el extranjero y mi obra fue un detonante para la polémica. Las disputas fueron ácidas.

Marusha lo miraba como si el dato fuera noticia para ella. Sin embargo, la muchacha conocía perfectamente que *El sueño del guerrillero* había sido calificado como el ballet más controvertido de la década, un acontecimiento cultural que algunos hasta compararon con los atrevimientos de Diaghilev.

—En esos instante duros —continuó Esteban, y Marusha creyó percibir cierta nostalgia en sus palabras— Myrna me dio su apoyo. Ella opinaba, al igual que yo, que el ultrarromanticismo era una vía para expresar los

problemas del hombre contemporáneo de manera fidedigna, artística y, a la vez, popular. Porque el ultrarromanticismo no es un período, es un estado de ánimo, una actitud de amor ante la vida.

Marusha miró al rostro de Esteban. Sus últimas palabras le habían hecho recordar intensamente el ballet *En el parque*.

—He oído hablar de eso —afirmó.

—Myrna me estimulaba cuando yo decía que la técnica se debía usar para transmitir emoción, para desgarrar al espectador o hacerlo reír, pero sobre todo pensar. Y ella me apoyaba —se echó hacia atrás en el butacón. Dejó caer los hombros, como si perdiera fuerzas—. Bueno, en conclusión, también le gestioné el alquiler del apartamento en este edificio.

La joven investigadora asintió y, como si la duda hubiera llegado en ese mismo instante, preguntó:

—¿Las relaciones entre usted y Myrna eran solamente, digamos, profesionales?

Esteban se sentó ahora en el borde del asiento y se volvió hacia Emilio, buscando, pensó la muchacha, más comprensión para sus sentimientos.

—Cuando uno se encuentra a una mujer que razona de manera idéntica, es muy difícil separar la profesión de la vida —dijo el crítico y bajó la cabeza—. Sí, me enamoré de Myrna —levantó de nuevo la vista y se dirigió alternativamente a los dos investigadores—. Pero todo acabó cuando comprendí que era un sentimiento unilateral. De esa relación no queda nada.

Marusha y Emilio se miraron. Para ninguno de los dos había pasado inadvertido que el hombre estaba aún enamorado de Myrna Andreopoulos.

—¿Usted nunca consideró a Ariel como un rival? —preguntó la muchacha.

—No, nunca me importó que anduviera con ese viejo.

Marusha recibió el tono levemente despectivo.

—Pero, ¿es cierto que tuvo una discusión con Ariel en el recibidor? —insistió.

Esteban Quiroz levantó el rostro. Su mirada parecía sin vida.

—Sí, totalmente cierto —respiró profundo y recobró su aplomo y vitalidad—. Pero fue un asunto trivial —dijo y apoyó sus palabras con un gesto minimizador de la mano—. No tuvo nada que ver con Myrna. Días

antes yo iba a tomar el elevador y él ya estaba dentro. Le hice señas para que esperara, pero lo cerró y lo hizo subir —miró a Emilio—. Cuando nos encontramos, días después, discutimos por eso —se encogió nuevamente de hombros—. Como ustedes ven, no tiene nada que ver con Myrna. Además, fue un desagradable asunto sin importancia.

Marusha, como si fuera algo casual, paseó, su mirada por la sala y, de pronto, señaló hacia la panoplia.

—¡Qué bellas armas! —exclamó.

—Vengan a verlas —invitó Esteban y los jóvenes lo siguieron.

Al pasar junto a la ventana, Marusha miró afuera un segundo y luego se acercó a la panoplia. En la pared se exhibían cinco escopetas de caza.

—Están muy cuidadas y limpias —destacó la joven—. ¿Cuál usted prefiere?

Esteban Quiroz meditó un instante.

—Eso depende de mi estado de ánimo —dijo finalmente—. El día que me equivoco al elegir la escopeta soy incapaz de cobrar una sola pieza —se corrió hacia la esquina de la panoplia—. Ahora bien, mi preferida es esta Merkel —señaló una formidable *over and under* con un cañón *full* y otro modificado y gatillo con selector de fuego.

—Es hermosa —aseguró Marusha—. ¡Que tallado el de la madera de la culata! ¡Y el labrado del guardamonte...!

—¿Es usted aficionada a la caza?

—No, al ballet —aclaró la muchacha y añadió—: Las escopetas me gustan por un simple disfrute estético.

Emilio sonrió interiormente al recordar que una de las asignaturas en que Marusha siempre le tomó el primer lugar fue en tiro con fusil, pues esa trigueña bonita y delicada que tenía junto a él, disparaba con una precisión y rapidez asombrosas.

—¡El ballet! ¡Siempre el ballet! —exclamó Esteban abriendo los brazos con clara satisfacción—. La danza es todo, digo yo.

Emilio asintió con la cabeza y, de pronto, le preguntó—:

—¿Usted ha salido hoy del apartamento?

El hombre respondió al instante y sin dudar:

—No. Hace dos días que no salgo por culpa de la gripe. Por eso tengo puesta la chaqueta. Mientras, he aprovechado para ver algunos videos de ballets y estudiarlos.

—¿Tenía gripe? —inquirió Marusha.

—Sí, me sentía con escalofríos.

—¿Y por qué llamó entonces a Nicolás para que arreglara el aire? ¿Sentía calor?

—No. Debe de haber alguna equivocación —dijo el artista con aparente sinceridad—. Yo no he llamado a Nicolás para nada.

—¿Usted no le avisó que el aire funcionaba mal?

—No. Se lo aseguro.

El zumbido del teléfono hizo que Esteban fuera a responder la llamada.

—Es para ustedes —aclaró, después de informarse.

Marusha se acercó al aparato y lo tomó.

—Sí —dijo y escuchó—. Sí. Iremos.

Colgó. Le hizo una señal a Emilio.

—Bueno, muchas gracias —le dijo a Esteban y, junto con su compañero de investigación, se acercó a la puerta—. Recuerde no moverse de aquí hasta que le avisemos.

—No se preocupen. Estoy enfermo y no pienso salir.

Cuando el elevador se abrió, entraron los dos jóvenes. La puerta se fue cerrando con pereza.

—Daniel Cárdenas quiere vernos otra vez —anunció Marusha.

—¿Cárdenas?

—Sí. Dice que necesita comunicarnos algo importante.

—Estaba seguro de que él no había declarado todo lo que sabía.

—Oye, ¿y qué te parecen esas escopetas?

Emilio chasqueó los dedos con excitación.

—¡Muchacha...! Si estaba loco por salir para hablarte de eso —dijo con rapidez y añadió—: Escúchame. De las cinco escopetas que había en la panoplia, olvídate de las dos automáticas, pero no de la Baikal, la Merkel y la Purdey. A cualquiera de esas tres la puedes abrir e introducirle por la recámara un cañón suplementario son estrías... Un cañón dentro del otro, ¿comprendes? En ese caso dejaría de ser una escopeta de cartuchos para

convertirse en un fusil capaz de disparar balas calibre 22, como la que mató a Guzmán.

La muchacha abrió más los ojos.

—¿Tan fácil resulta?

—Sólo es necesario que el cañón al que le vas a hacer la adaptación sea cilíndrico. Estoy seguro de que la Purdey tenía un cañón de 26 pulgadas, característico de los que poseen el ánima cilíndrica. Pero, incluso, Esteban pudiera cambiar un cañón por otro que tuviera guardado, y hacerle la adaptación.

—Entonces, ¿tú crees que la discusión de Esteban con Ariel Guzmán fue realmente por causa de Myrna?

—Yo sólo te estoy señalando lo de las armas —aclaró él—. Pero, de todas formas, es evidente que está celoso y aún piensa en ella —y añadió—: Después de todo, es lógico.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque la griega es joven, atractiva.

Lo miró a los ojos.

—¿Te parece bonita? —se atrevió a preguntar.

—Es un tipo de belleza un poco fría —él hizo un breve ademán de insatisfacción—, que a mí no me dice nada. Pero está claro que a Esteban lo volvió loco.

Marusha se quedó pensativa.

—Hasta ahora —dijo— sólo podemos hacer conjeturas sobre las personas que vamos conociendo. Pero nada más.

El joven oficial marcó el botón del tercer piso. El elevador iba a empezar a moverse cuando él puso sus manos en los brazos de la muchacha.

—Mírame —le pidió y ella obedeció—. No te preocupes. Lo descubriremos todo.

—Me das confianza.

—¿Yo? —sonrió él—. ¿Yo, darle confianza al primer expediente de mi curso?

—No soy un expediente —murmuró Marusha—. Soy un ser humano. Y tú me das confianza.

Emilio soltó a la muchacha. Se encogió de hombros casi sonriendo, mientras negaba con la cabeza.

—Siempre te he visto tan segura, tan perfecta, que no puedo imaginarme que necesites apoyo.

—Las cosas no son tan simples, Emilio. Yo tampoco soy simple. Mira, a pesar de lo que te he dicho, estoy convencida de que lo vamos a resolver todo.

Él le tocó levemente la barbilla.

—¿No te decía yo que tú siempre has estado muy segura de ti misma?

Marusha levantó la vista. Había orgullo en su mirada.

—Eres muy inteligente —le dijo—. Pero no entiendes nada.

Emilio sonrió desconcertado.

—Vaya un estímulo para el compañero de investigación.

El elevador se abrió. Estaban de nuevo en el tercer piso.

—Vamos —dijo Marusha—. Hemos llegado.

### **6:37 p.m.**

Daniel Cárdenas estaba visiblemente nervioso. El joven actor se hallaba sentado en uno de los sillones de mimbre, y Marusha, en el otro, tomaba nota de su declaración. Fernando Montecassino se mantenía en lo que parecía ser su sitio preferido, de pie, junto a la falsa chimenea. Emilio ocupaba una de las butacas al lado de la investigadora. Gladys había corrido la otra silla y la había acercado al grupo. El niño dormía en su cuna, en el cuarto.

—Mi hermano Gustavo —decía Cárdenas— ha sido culpado recientemente de negligencia en el instituto donde trabaja. Parece que otro cambió algo de lugar y creyeron que fue él —la voz se le escuchaba rajada, imprecisa—. Gustavo creía que había sido... Ariel Guzmán, pero no tenía pruebas.

Gladys asintió.

—Yo sabía que Gustavo lo tenía que conocer.

Emilio se dirigió a Cárdenas.

—¿Tiene eso algo que ver con su visita a este edificio?

—Sí. Mi hermano, por un momento, temió que el asunto fuera a desembocar en... algo más delicado que una negligencia. Yo lo vi muy preocupado. Y como Ariel no me conocía, decidí por mi cuenta seguirlo. Gustavo no sabe nada de esto.

—¿Algo más delicado que una negligencia? —trató de concretar Marusha.

Cárdenas se movió inquieto en el sillón. Se pasó la mano por el rostro.

—Entiéndame —casi suplicó—. Puede haber sido una simple negligencia y a cualquier científico le pudo suceder. Pero las culpas apuntaban demasiado hacia mi hermano, tanto, que no dejaban lugar a duda. Sin embargo, él era inocente. Entonces comenzó a sospechar que hubiera, digamos, cierta premeditación, y quizás, algo más que un descuido.

—¿Un sabotaje? —inquirió la joven oficial.

Daniel Cárdenas movió la cabeza con cierta angustia en su rostro.

—Yo no sé —dijo—. Cualquier cosa. Por eso hace dos días que lo sigo. Cuando entró en el edificio esperé un poco y entré también —miró a la muchacha buscando comprensión y confianza en sus palabras—. Fui al elevador para ver hacia qué piso se había dirigido y en eso se me acercó. No sé por qué, se había apartado del elevador hacia un rincón. Quizás notó que lo seguía. No me quedó más remedio que subir con él.

Marusha lo miró fijamente.

—¿Hablaron algo del Instituto?

Cárdenas negó con un movimiento nervioso de la mano, que mantuvo por unos segundos.

—No, no. El resto sucedió tal como lo conté. Aproveché que conocía a Fernando y Gladys y me quedé en este piso.

Fernando Montecassino señaló al joven actor con su pipa.

—Ya me extrañaba a mí —le dijo en tono crítico— que te sintieras motivado por ver al niño.

—¡Fernando! —reconvino Gladys a su esposo y, con un simple movimiento de los párpados, le exigió calma.

Emilio hizo caso omiso del matrimonio. Le preguntó a Cárdenas:

—¿Por qué al entrar no cerró la puerta del apartamento?

Daniel señaló con imprecisión hacia la salida.

—Para poder ver en el panel de luces hasta dónde llegaba el elevador. Cuando se detuvo en el quinto, me despreocupé de eso. Así fue, se lo aseguro.

—¿En el sexto piso, no? —precisó Marusha.

—Sí, sí —afirmó rápido el hombre—. En el sexto.

Emilio llamó su atención.

—¿Su hermano dónde está ahora?

—Supongo que esté en el Instituto. En estos días trabajan hasta muy tarde.

Los dos oficiales intercambiaron una fugaz mirada y se pusieron de pie.

—Bueno —dijo Marusha—, no es necesario que les reitere que no salgan del apartamento. Más ahora con estos elementos que han surgido —miró a Cárdenas—. Hizo bien en contárnoslo. Lo debió haber dicho desde la primera entrevista.

El hombre bajó la cabeza.

—Tuve temor —alegó—. Yo no tengo nada que ver con lo que sucedió después.

—Entonces —dijo Emilio a modo de conclusión—, cualquier otra cosa que recuerden, nos avisan.

Se despidieron en la puerta. Al entrar en el elevador, la muchacha marcó el botón del recibidor.

—Hay que llamar al Instituto Cubano de Biotecnología —dijo— y preguntar por Gustavo Cárdenas. Tenemos que averiguar qué sucedió exactamente allá.

—Sí, Maru. Y esto parece ser algo más complicado que un asesinato por robo o celos.

Al abrirse el elevador en la planta baja, el sargento Álvarez se dirigió a Emilio.

—Teniente, hay una llamada para usted del laboratorio.

Emilio y Marusha se acercaron al mostrador y el joven oficial descolgó el teléfono.

La conversación duró, escasamente, un minuto.

Emilio tomó a Marusha por el brazo y fueron a sentarse en el sofá del recibidor.

—El forense confirma —dijo él— sus primeras apreciaciones: disparo hecho de frente, desde no muy cerca, muerte instantánea —inclinó la cabeza hacia la muchacha—. Los de trazología prometieron dar respuesta lo más rápido posible al asunto de si la bala puede haber sido disparada por fusil o pistola —señaló hacia la libreta que Marusha sostenía en las manos—. Y anota esto: en la camisa de Ariel hubo argenón 38.

—¿Qué es eso?

—Un gas irritante que se guarda en estado líquido, a altas presiones, y se usa en refrigeración. Me explicaron que de ahí podía provenir la rigidez en el pecho del muerto. Seguro que ése fue el olor picante que sintió Myrna.

La muchacha escribía con rapidez.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí. Las partículas. Últimamente, en ciertos países, el argenón 38 se utiliza en la construcción de termos.

—¿Termos?

—No los comunes y corrientes, por supuesto. Me refiero a termos especiales, minúsculos, que se emplean para transportar material biológico. Dicen los de trazología que las partículas encontradas pertenecen a uno de esos termos.

Marusha mostraba preocupación al mirar a Emilio.

—¿No te parece que esto puede tener relación directa con el asunto que nos contó Cárdenas, del Instituto Cubano de Biotecnología?

—Creo que estamos pensando lo mismo, Maru.

—Entonces, hay que llamar a la Seguridad del Estado —dijo ella.

## *Segunda parte*

### **Antecedentes de un crimen (1)**

#### **1**

Margaret Heinzl sonrió. Pero su sonrisa tenía algo de tristeza. Sentía una sensación indefinible, una especie de simpatía nostálgica, mientras escuchaba sin proponérselo al joven matrimonio suizo que viajaba junto a ella en el avión.

Discutían. Al parecer, existía divergencia sobre cómo distribuir el presupuesto —bastante restringido, según escuchó Margaret— y los lugares que debían visitar durante su estancia en Praga. Y, aunque hablaban muy rápido y en tono bajo, con intención quizás de desconcertar a la norteamericana, Margaret seguía sin dificultad aquella conversación que ni siquiera ponía a prueba su perfecto dominio del idioma alemán.

Se sabía el blanco de la curiosidad de la pareja desde que ésta subió a la nave en el aeropuerto de Kloten, durante una escala en Zurich, y entabló una breve charla con ella en un inglés académico.

Incluso se sintió motivo, poco después, de otra discusión.

La recién casada, una joven pecosa que, quizás por nadar en contra de la corriente, usaba gafas con aro de metal, había explicado a su marido lo caro que resultaría aquel tipo de quimono «de puro algodón natural» que llevaba puesto «la chica norteamericana». Por todo comentario, el muchacho, tan rubio y pecoso como ella, emitió un «jah» sin mucho interés en apariencia, mientras apenas conseguía apartar sus ojos del bello perfil de Margaret y del curioso efecto que la luz del sol, atravesando la ventanilla, lograba sobre su larga cabellera rojiza.

Cuando la rubia reparó en aquellas miradas admirativas, hizo que su marido sofocara otro «¡jah!», pero esta vez sin indiferencia, a juzgar por la expresión de dolor del muchacho y la mirada que lanzó sobre una parte enrojecida de su brazo, de la cual acababan de retirarse unos dedos largos y finos en forma de pinzas.

«Deja de mirarla», ordenó, para agregar después con cierto despecho: «Esa tela es demasiado ligera. No sé cómo puede usarla alguien con este tiempo tan horrible.» Y el joven obedeció. Aunque, de cuando en cuando, miraba de reojo hacia Margaret, no sin cerciorarse antes de que su pareja tenía clavados los lentes en alguno de los catálogos que se amontonaban sobre las rodillas de ambos.

Por supuesto, la joven suiza no se había percatado del sutil destello de envidia que provocaba en los ojos de su vecina. En realidad, nunca hubiera creído que aquella muchacha, que lucía prendas y ropas costosas, estaría dispuesta a cambiarse por ella sin dudarlo un segundo.

Margaret, en ese instante, hubiera dado cualquier cosa por ocupar su lugar, sentir sus emociones sencillas —hasta aquellos celos tontos de hacía unos segundos— y compartir amorosamente, con un joven como aquél, la inseguridad económica que podía acarrear un viaje de bodas.

Sin embargo, aquello le estaba vedado.

Y Margaret lo sabía.

Quizás por esa razón, volvió el rostro y dejó vagar la mirada a través de la ventanilla, hacia el largo camino de nubes de un blanco intenso que el avión seguía como si rodara sobre ellas.

Poco a poco, la nave penetró en la masa espumeante y quedó envuelta por ella. A Margaret le pareció entonces que se sumía en un mundo intemporal y, como siempre le pasaba en estos casos, se recogió en sí misma y deseó que todo permaneciera así durante mucho tiempo, tanto tal vez como ella misma no era capaz de definir.

No supo cuánto rato estuvo embelesada.

Regresó a la realidad cuando sintió el suave chasquido magnético que rodeó su cintura y una exclamación súbita de su compañera de viaje, que se dirigió a ella en inglés:

—¡Ya estamos en Praga!

Margaret asintió y le dedicó una breve sonrisa. Luego se quedó observando la extraña oscuridad que cubría el aeropuerto de Ruzyne, en contraste con el sol brillante que habían abandonado poco antes, sobre la barrera de nubes. Le desagradaba encontrar tormenta a su llegada.

Combatió su malestar prestando atención a la suave curva que comenzó a describir la nave, su aproximación a la canal de aterrizaje y, sobre todo, a algo que nunca dejaba de fascinarla: la atracción que sobre la larga aguja de metal en que viajaba, ahora con las alas plegándose, ejercía aquel túnel transparente, el mismo que más tarde serviría para impulsarla de nuevo hacia el espacio.

Sin saber por qué, le recordaba un curioso juego que poseyó cuando niña en el que las piezas, de formas diversas, eran atraídas y repelidas sucesivamente por un círculo translúcido que les cambiaba el color con su contacto. Se lo había regalado el tío Nakadai, al regreso de un viaje al Japón. En aquella oportunidad lo vio sonreír —casi nunca lo hacía— mientras contemplaba largamente su rostro infantil. Luego dijo, acariciándole el cabello: «Me recordó tus ojos, Maggy. Cambian de color según tus sentimientos.» Y agregó otra frase que careció de sentido para ella: «Quisiera que me miraras siempre así, con ese verde tan claro.»

La voz juvenil de la rubia volvió a sacarla de sí misma:

—¿No traje abrigo?

Margaret echó una mirada a sus ropas ligeras y negó con la cabeza.

La rubia puso cara de «ya lo suponía» y se ajustó su túnico azul oscuro, de fibra termutante. Atravesaban el túnel que los conducía desde la puerta del avión al edificio central cuando la joven suiza, dirigiéndose a su compañero, comentó en rápido alemán:

—Se va a morir de frío cuando salga del aeropuerto.

Y Margaret se contuvo para no echarse a reír.

Inesperadamente, su vecina se mostraba contenta —y hasta orgullosa— de encontrarse vestida con aquellas ropas sintéticas, muy comunes, pero protectoras. Todo lo contrario del endeble tejido de algodón que, por su parte, la cubría a ella.

Sin embargo, a pesar del augurio, Margaret no murió de frío.

Aguardó unos minutos en el edificio a que su estrecha valija fuera sacada de las entrañas del avión y, después de atravesar con ella al hombro el riguroso cuadro de control, salió a la amplia avenida en busca de un taxi.

Su breve estancia allí la convenció de que la primavera, por el contrario de lo que observó en España, se estaba abriendo paso con dificultad en la capital checoslovaca. Veía pasar continuamente a muchos viajeros y empleados que vestían ropas isotérmicas. Sin embargo su cuerpo aceptaba la baja temperatura como si fuera una caricia tonificante. Y nada más.

Desde que Margaret podía recordar, nunca había dejado de sentir una sensación agradable ante los fríos más excesivos, sin importar el lugar del mundo donde se encontrara. Al principio, esta facultad la había intrigado bastante. Sobre todo porque, a sus preguntas, el tío Nakadai oponía una sonrisa enigmática que no decía nada. Algún tiempo después dejó de preocuparse y adoptó esta particularidad de su cuerpo como un hecho natural, lo mismo que el ocasional cambio de color en sus ojos —muy ligado a sus estados de ánimo—, que podían pasar de un violeta pardusco a distintas tonalidades del verde.

Lo único que Margaret detestaba era la lluvia. Siempre la había odiado. La tranquilizaba que sus primeros pasos fuera del aeropuerto hubieran borrado el presagio de tormenta que la asaltó a su llegada, cuando la oscuridad reinante, insólita para aquella hora de la tarde, le dio la impresión falsa de que acababa de llover en Ruzyne.

Quizás por esa razón, se sentía alegre cuando, sentándose en la parte trasera del taxi, ordenó al chofer un complicado itinerario que abarcaba una buena parte de la ciudad. El chofer oyó con silenciosa admiración el idioma checo, carente de acento extranjero, que hablaba con fluidez la joven, a todas luces inglesa o norteamericana. Su sorpresa era evidente.

Pero si le hubieran dicho que Margaret apenas había demorado quince días en dominar tanto el checo como el eslovaco, conocer cabalmente la historia de la nación y aprender todo lo referente a la ciudad de Praga hasta en los más mínimos detalles, de seguro se hubiese echado a reír incrédulo.

La prodigiosa memoria de la joven registraba nítidamente, sin confusión alguna, desde la dirección de un pequeño comercio de antigüedades de la calle Uhelny hasta la famosa florería situada en el centro de Narodni, pasando

por la nutrida variedad de tiendas de la plaza Wenceslao. Aunque se trataba de su primera visita a Praga.

Durante el recorrido de casi veinte kilómetros hasta el centro de la ciudad, Margaret no dejó un momento de admirar la profusión de estilos arquitectónicos y la hermosa dignidad con que eran conservados en general todos los edificios. Para ella, hasta ese instante, las construcciones sólo habían sido frías fotos tridimensionales y hologramas coloristas. Sin embargo, poco a poco, comenzaba a explicarse el amor que encontró a cada paso, en muchos de los textos que leyó durante su etapa de información, cuando sus autores hablaban acerca de Praga.

Y al término de su viaje, ya frente al hotel Intercontinental, situado al extremo de la calle París, sintió que ella misma había comenzado a enamorarse de la Ciudad Dorada.

## 2

Hacía ya tres días que Otto Högelbrechten, agente de ventas de los trajes termutantes Werner-Müller, ocupaba una habitación en el hotel Devin de Bratislava. Sin embargo, no parecía estar atraído en lo más mínimo por la bella ciudad.

Al contrario de la mayoría de los huéspedes, no se había mostrado contrariado porque la habitación no tuviera vista al Danubio o, al menos, hacia el Castillo de Bratislava. Más bien se sintió complacido de que su ventanal diera a la ciudad. Él así lo había querido.

Después de todo no era un turista que quisiera conocer Eslovaquia. Es más, en realidad no vendía trajes ni se llamaba Högelbrechten. Su nombre era Otto Düster, trabajaba para la Texxon Group Inc., y su objetivo en la ciudad era el espionaje científico.

El mismo día de su llegada instaló su equipo. Colocó ante el ventanal una cámara Super Tsukahara Special 307 y la conectó al televisor que colgaba en la pared oeste del cuarto. Con el control remoto en sus manos se tiró sobre la cama a comprobar cómo en la pantalla se apreciaba nítidamente el ventanal diecisiete, en el quinto piso del modernísimo hotel Cosmos, a 650 metros de

distancia. Una vez más pensó que una Tsukahara era siempre una garantía. Y se dedicó a esperar.

Pero en tres días de atenta observación no había logrado nada.

Aquel científico a quien debía vigilar se limitaba a entrar en la habitación del Cosmos, cambiarse de ropa, perderse en dirección al cuarto de baño y dormir. Nunca escribir una carta o leer un informe que el pudiera quizás grabar con un hábil *close-up*, Ni siquiera marcar un número en el teléfono, del que pudiera tomar nota. Nada, en fin.

Y mientras, él, Otto Düster, había ido adquiriendo mal humor. Tres días encerrado solo en una habitación era demasiado tiempo. Como siempre, al inicio de cada nuevo caso, se preguntaba ahora si valdrían la pena esos renunciamentos a la vida por el pago que le sería dado al final, si todo salía bien.

Y como esto lo deprimía, prefirió disfrutar recordando que había hallado una fórmula de venganza contra sus jefes, que lo aliviaba en algo y hasta lo entretenía: Otto Düster alteraba las cifras de los gastos.

Si se hospedaba en el Imperial, de Viena, falsificaba el recibo, consignando que había sido en una suite aunque en realidad hubiera ocupado la más modesta habitación. Describía el auto alquilado como de gasolina cuando se trataba de un normal futomóvil. Desayunaba barato en el Carlton y anotaba haberlo hecho en el fabuloso restaurante del mirador sobre el viejo puente. Era divertido y, además, le dejaba algunos dividendos.

Siempre tenía a mano la aceptable excusa de que debía vigilar el objetivo dondequiera que éste fuera. Así Düster había hecho asentar en los libros, como gastos de operaciones por valor de ciento cinco coronas, una fastuosa cena en el comedor flotante del Cosmos. ¡Qué cara pondría el duro Sturgeon si supiera que, en realidad, había sido una despreocupada merienda de salchichón, mostaza y quizás una Pilsen —apenas siete coronas— en el Automat de la calle Konventna!

Era una manera de cobrar en parte los sinsabores nunca pagados de su profesión y de irse asegurando una vejez que avizoraba incierta.

Y ahora esta nueva misión. Si todo salía bien, ganaría los diez mil dólares estipulados en el contrato. Si fracasaba, el maldito Sturgeon no soltaría más de mil o mil quinientos por encima de los gastos. ¿Y qué eran mil quinientos

dólares por cinco días de encierro, soledad y amargura en una habitación de hotel dentro de un país sumamente riesgoso para su persona?

Si todo salía bien... ¡Bah! Llevaba ya tres días casi sin dormir. Saliendo sólo a comer en cualquier barato «paradito». Y el Congreso llegaba a su fin. Era la derrota. Tres días en que había dejado de vivir por ver vivir a otro. Tres días...

Un movimiento inesperado en la pantalla lo sacó de sus reflexiones. Düster quedó sorprendido. En esta ocasión dos hombres habían entrado en la habitación del Cosmos que él mantenía bajo observación, y mientras uno de ellos ocupaba asiento cerca de la mesita-escritorio, el otro fue al ventanal y, al parecer molesto por la luz del sol, oscureció los cristales hasta impedir la visión desde el exterior.

Düster lo conocía. Era el doctor Rigoberto Perea, mulato de unos treinta y cinco años, de rostro expresivo y rápido hablar. Y mientras se preguntaba quién pudiera ser el acompañante, Düster accionó el infrarrojo de su cámara con el control remoto, para continuar su vigilancia a través de los oscuros cristales.

Pero nada sucedió. En la pantalla se mantuvo el ventanal ensombrecido. El Cosmos, hotel de bastante reciente fabricación, además de poseer una barrera acústica que impedía la captación de conversaciones a distancia a través de cristales y paredes, mostraba unos ventanales diseñados para salvaguardar de ocasionales mirones la vida privada de sus huéspedes.

Rápidamente Düster fue a su chaqueta, extrajo un estuche y de él sacó unos espejuelos. Zafó el lente de la derecha y lo llevó hasta la cámara.

Una Tsukahara Special 307, normal o hasta Super, podía adquirirse en el mercado. Todo radicaba en que usted tuviera la cantidad de dinero que hacía falta para que pasara de la vidriera de exposición a sus manos. Por lo tanto, atravesar las fronteras con la cámara —junto con la máquina de escribir al dictado y el resto del equipaje— no resultaba sospechoso. Menos aún porque su dueño poseía una sólida leyenda de agente de ventas superestrella.

Pero tropezarse con un oscurecido ventanal a prueba de infrarrojos y, para obviar el obstáculo, sencillamente, quitarle un lente a los espejuelos y colocárselo a la Tsukahara, ya era otra cosa. Sobre todo si ese raro lente no sólo resultaba imposible de obtener en el mercado, sino que era

absolutamente desconocido entre los amantes de la fotografía y, algo más grave aún, entre estadistas, jefes de gobierno, y hasta ministros del Interior de naciones de primera línea.

En cuanto ajustó el lente se produjo el milagro: si miraba a través de su ventana, se encontraba con el oscuro ventanal diecisiete, impenetrable. Sin embargo, mirando al televisor podía observar con absoluta nitidez lo que sucedía dentro de la habitación del Cosmos.

Düster se sentó en el borde de la cama, atento.

Los dos hombres conversaban. ¿Quién sería el otro? Era más joven, y también poseía el emblema del evento en la solapa. Su rostro delataba a las claras su ascendencia indígena, probablemente de América Central. Ojos negros y rasgados, mirada inteligente y viva, labios gruesos, unos veintiocho o veintinueve años. Düster lo retrató. Y de inmediato sacó del maletín la lista de participantes en el Congreso. Sólo tres países centroamericanos habían enviado representación.

GUATEMALA: Tomás Araújo.

NICARAGUA: Carlos Romero y Jaime Link.

SALVADOR: Arturo Saavedra.

A los científicos nicaragüenses los conocía bien de cierta ocasión, en Stuttgart, donde trató de «trabajarlos» inútilmente. Y ninguno de los dos era ese hombre. A Saavedra, el eminente biólogo salvadoreño, nunca lo había visto. Pero poseía referencias de él: blanco, alto, de unos sesenta años. No existía confusión posible.

Tenía que ser el guatemalteco: Tomás Araújo.

De todas maneras ya poseía su retrato. Lo demás era cuestión de los procesadores.

Entonces sucedió algo que, de tan ansiado, lo puso en tensión: el cubano extrajo unas hojas de su maletín.

El tiempo que demoró Düster en hacerle un *big close-up* a los papeles se pudo haber medido en fracciones de segundo. En la pantalla se vio cómo Perea colocaba sobre la mesita un *open* de Cubana de Aviación, una tarjeta de Cedok, la agencia de turismo checoslovaca, y entregaba al presunto guatemalteco un pequeño *file*.

El disco de la Tsukahara se mantenía grabando. La labor de Düster se centró en seguir los movimientos de la mano de Araújo para evitar que las hojas del *file* salieran del campo de visión de la cámara. La posición en que el hombre sostenía el *file* abierto hacía muy difícil la lectura para Düster, pero él confiaba en encontrar luego, al revisar la grabación, algunos instantes, quizás fugaces, en que las hojas del documento resultaran legibles. Y eso le bastaría para el contacto.

Diez minutos después el guatemalteco concluyó su lectura y ambos científicos se enfrascaron en un intercambio de opiniones. Düster esperó pacientemente, pero no ocurrió nada más de interés. Al rato se vio en la pantalla a los dos hombres acercarse a la puerta. Perea cambió dos o tres palabras con Araújo, y luego éste se alejó, cerró la puerta y se dirigió al cuarto de baño. Düster, por su parte, aprovechó la oportunidad para buscar entre lo grabado una toma que le había parecido buena en el momento de captarla.

Quedó sorprendido.

Lo que descubrió en una lectura superficial fue algo imprevisto. Aquel documento no trataba de una investigación rutinaria. Su larga experiencia en espionaje científico le decía que lo que había logrado grabar era de primerísima magnitud.

Allí se hablaba sobre lo que podría ser un descubrimiento extraordinario.

Y esa información, por lo tanto, valía mucho dinero. Warren Sturgeon no le daría menos de veinte mil o treinta mil dólares por la revelación completa, lograda nada menos que en un peligroso país socialista.

Düster comprendió lo importante que sería para él obtener más datos, información suplementaria. Pero, ¿cómo? El Congreso había sido clausurado esa misma mañana. Los científicos comenzarían a regresar a sus respectivos países...

Había algo que rondaba su mente. Él lo sentía, pero no llegaba a apresarlo, a definirlo. *Algo*. Algo importante que estaba olvidando.

Minutos después Perea reapareció en la pantalla y comenzó a hacer sus maletas. Se iba. Sin dejar de observar los movimientos del cubano, Düster se esforzó en buscar en su memoria ese dato que estaba pasando por alto.

El científico abandonaba el Cosmos. Sin embargo, estaba claro que no se había despedido definitivamente de Araújo. ¿Seguirían juntos? ¿Por qué? ¿Qué rayos sería lo que olvidaba? Por experiencia sabía que se trataba de un dato fundamental. El cubano estaba concluyendo de empacar. ¿Cuál sería el indicio que se le escapaba?

Perea cerró su maleta y echó un último vistazo a su alrededor. Se dirigió a la mesita, y cuando guardaba el *file* y otros documentos en el portafolio, Düster, como un latigazo, sintió el golpe del recuerdo.

«La tarjeta de Cedok», se dijo en el instante en que el cubano abandonaba la habitación. Ése era el dato que su ejercitada memoria había registrado.

Era una clásica tarjeta de Cedok para excursiones turísticas de varios días. Él las conocía de otras ocasiones. Incluían pasaje y alojamiento. Perea se quedaba en el país, al menos por un corto tiempo. Iba a un centro turístico. Pero, ¿a cuál?

Lugar de descanso. En Checoslovaquia.

Düster apagó el televisor, y mientras procedía a desactivar su equipo para empacarlo, se sintió inclinado a pensar en alguna de las fuentes termales, de reconocidos poderes curativos, que abundaban en el país y extendían su fama por todo el orbe.

Deseó que se tratara de Plestany o alguno de los balnearios eslovacos. Porque, de ser uno de los checos, tendría que trasladarse en avión. Y Otto Düster, con cientos de horas de vuelo, sentía terror cada vez que abordaba uno de esos aparatos, ya fueran con control remoto o con pilotos propios.

Cuando tuvo sus maletas hechas, tomó de encima de la cama la lista de participantes del Congreso, fue al teléfono y estableció comunicación con el hotel Cosmos. Se identificó como el doctor Eckhard Wegehaupt, y preguntó al empleado de la carpeta el número de la habitación del doctor Rigoberto Perea, pues quería hacerle llegar unos materiales relacionados con el evento y no había tenido la posibilidad de localizarlo antes.

En perfecto alemán el hotelero le dijo que sí, que enseguida le informaría, y él se lo agradeció por anticipado.

Los minutos de demora fueron interminables.

Finalmente la voz del empleado se escuchó de nuevo, informando que lo lamentaba pues el doctor Peirrea —Peirrea, dijo— había abandonado el hotel

hacía sólo unos instantes. Pero que si el señor lo deseaba, le podían proporcionar la dirección que había dejado en previsión de casos como éste. Düster respiró aliviado después de anotar en su agenda lo que le transmitía el carpetero. Agradeció la atención y, casi sin pausa, colgó y estableció una nueva llamada.

El funcionario de CSA había apenas acabado de identificarse cuando Düster solicitó informes sobre los vuelos y sus horarios.

Quince minutos después, pulcramente vestido, Otto Düster abandonaba su habitación acompañado por el botones. Algo de buena suerte y llegaría con exactitud al aeropuerto. Dependía de lo que se demorara en la Oficina de Correos. Después de todo, se trataba de una gestión impostergable. Esa carta que acababa de preparar tenía que llegar a las manos de Margaret Heinzl, en el hotel Intercontinental de Praga.

En esta ocasión, más que nunca, necesitaba que fuera cierto todo lo que Sturgeon le había dicho sobre la muchacha. No ya su carácter excéntrico o su gusto por las cosas antiguas, sino la insólita memoria que ya comenzaba a ser leyenda entre los pocos que conocían su verdadera identidad de agente de Inteligencia. A ella pudiera estar sujeto el éxito total de la operación. Y Düster lo sabía.

Miró el reloj y apuró el paso. Sí, arribaría puntualmente al aeropuerto. Él mismo había insistido en no esperar el vuelo especial nocturno, mucho más confortable. Estaba precisado a subir a uno de esos malditos avionettos que lo hacían sudar frío y estremecerse de pies a cabeza durante el despegue o al aterrizar.

Se sintió molesto. Pero no había remedio. Era la forma más barata de llegar en avión a Karlovy Vary.

### 3

Disfrutó durante largo rato de la ducha helada. Lo que quizás para otra persona resultaría intolerable, a ella le producía una áspera caricia sobre la piel dejándole una grata sensación de frescura, muy semejante a la que sentía después de nadar por las mañanas en la piscina invernal de su casa en New Jersey.

Secretamente, aquél era uno de los motivos por los que había escogido el hotel Intercontinental: una ducha antigua, sólida, empotrada a un costado de la pared, sobre la amplia bañera, y aquel poderoso chorro de agua cuya temperatura podía graduarse a voluntad, con sólo abrir y cerrar las llaves. Nada de rombos de cristal, bombardeados en su interior desde todos los ángulos con agua de programación térmica, que terminaban por hacerla sentirse como un pez atormentado en una pecera.

Salió al cuarto sin secarse, envueltos sus largos cabellos rojos en la toalla. La alfombra de la habitación absorbía, sin huellas visibles, las gotas que bajaban de su cuerpo esbelto y duro, como el de una adolescente. Desde el centro del cuarto recorrió con la mirada los muebles y se felicitó una vez más por preferir aquel hotel al modernísimo y cercano Revolucni, edificado en la calle del mismo nombre.

En realidad, antes de notificar que elegiría habitaciones allí, había dudado entre él antiguo Ambassador y el Intercontinental. Y sólo triunfó este último por la vista que ofrecían sus ventanas hacia la ciudad, mucho mejor sobre la romántica Curiéovich que desde las alturas de la siempre atareada Vaclavské. En cuanto a los muebles, la elección estuvo casi pareja.

Tal vez se inclinó un poco más por los vetustos mobiliarios del Ambassador por recordarle los que poseía en su casa, ricos en estilos y formas, verdaderos muebles. Los había recolectado pacientemente, muchas veces uno por uno, en subastas de antigüedades y tiendas desconocidas de cualquier capital del mundo. Y todos eran fuertes, de maderas trabajadas a mano y forradas con telas suaves. Muebles sensibles al cuerpo humano, hechos a su medida y comodidad, sin un ligero asomo de plásticos vaporizados ni sofisticada electrónica en los lechos.

Claro, en sus gustos había tenido mucho que ver la influencia de Candice, su hermana. Ella adoraba los muebles antiguos. Y le legó el mismo sentimiento a la «pequeña Maggy», como se complacía en llamarla a pesar de que la diferencia de edad era mínima, apenas tres años.

Candice. Su muerte tan trágica, inesperada.

Margaret se acercó a la ventana y abrió el doble marco sin importarle la brisa demasiado fresca que comenzó a secarle el rostro. Cruzando los brazos, se recostó al antepecho de metal y cerró los ojos unos segundos. Sin poder

explicarse el motivo, cada vez le sucedía con mayor frecuencia algo que la aterraba. Cuando se sentía más despreocupada o, sencillamente, feliz como ahora, aparecía de súbito el recuerdo de su hermana. Y todo se empañaba con aquella imagen triste.

En este instante, sus ojos abiertos contemplaban un hermoso cuadro de la Ciudad Dorada sin apreciarlo. Veía grises, sin nitidez, los brillantes colores azules y rojos de las embarcaciones que se movían lentas por la corriente del Vltava, borrosas a las parejas de enamorados que se acodaban unidas sobre el puente Svatoplůka y desvaída el ala gótica del Castillo, silueteada en negro sobre el ciclo oscuro.

Todo lo que minutos antes, a su llegada a la habitación, la había hecho desear con fuerza ser en realidad Carol Howard, una simple turista norteamericana, tal como se acuñaba en su tarjeta de viaje, iba perdiendo sentido para ella.

Se apartó de la ventana y se dejó caer sobre la cama. Liberó sus cabellos de la toalla y, comenzando a frotarlos despacio, trató de pensar en otra cosa que la apartara de su pesimismo. Algo trivial, como la ropa que vestiría para bajar al restaurante del hotel, por ejemplo.

Sin embargo, la idea de salir del cuarto le desagradó. A pesar de que sentía hambre, su cansancio era mayor todavía. Durante su estancia de varias horas en España había estado caminando mucho por las calles y avenidas de Madrid, curioseando en tiendas ocultas donde vendían muebles de estilo o en comercios lujosos que ofrecían reproducciones. Por cierto, sin hallar en ellos nada que la convenciera.

Más tarde, ya en el aeropuerto de Barajas, cuando se disponía a entrar en la cafetería, una ancianita madrileña, muy simpática, le había pedido consejo sobre el itinerario de vuelos que debía seguir.

La mujer, cuyo rostro le había resultado extrañamente familiar, le dijo que iba a reunirse con dos de sus hijos en Tolouse, Francia. Y Margaret, encontrando ocasión propicia para practicar el español —uno de los treinta y ocho idiomas que dominaba a su antojo—, le indicó con detalle los cambios que debía hacer en el trayecto. Pero el favor la privó de entrar en la Cafetería. La anciana, agradecida por la gestión, la entretuvo más de la cuenta, hasta los minutos previos a la partida del avión de las aerolíneas checoslovacas,

contándole viejas anécdotas de cuando visitó California, unos cuantos años antes del Gran Desastre.

Margaret suspiró. Si, se sentía cansada. Demasiado. Arrojó la toalla sobre una butaca y, acercándose a la mesa lateral, se comunicó telefónicamente con el *room Service*. Ordenó una cena discreta, compuesta de platos tradicionales y un excelente vino húngaro. Después se acostó, cerró los ojos y durmió durante media hora.

Sin embargo, su sueño no era profundo. Bastó un solo toque del camarero en la puerta para que saltara de la cama, se envolviera en la toalla y se dispusiera a abrirle. Mientras el empleado llevaba el carrito hasta el centro de la habitación, Margaret descubrió encima de la bandeja un sobre de papel oscuro, semicubierto por una servilleta bordada.

—¿Es una carta? —preguntó Margaret señalándola.

—Sí, señorita. Iba a advertírselo —afirmó el camarero, quien se preguntaba cómo aquella joven podía resistir el aire que entraba por la ventana, abierta de par en par, con sólo una toalla cubriendo su cuerpo—. La acabamos de recibir en la carpeta. ¿Le cierro la ventana? —añadió.

Margaret se encogió de hombros. El empleado cerró la doble hoja de cristal y se retiró sin que Margaret lo advirtiera.

Su atención se concentraba en el sobre.

Sin apuro, se acercó a la bandeja y recogió la misiva. Tenía sello especial de Bratislava y había sido expedida aquel mismo día. La letra, laboriosa y aleteante como una abeja, decía bien claro su nombre supuesto y la dirección del hotel Intercontinental.

En fin, nada que pudiera extrañarle. Se trataba de algo parecido a lo que debía esperar desde, su llegada a Praga. Sólo que nunca pensó recibirla tan pronto.

La abrió.

En la parte interna tenía un corto rectángulo de papel, pegado en su centro, y sólo tres líneas escritas con la misma letra del sobre. Leyó:

Karlovy Vary  
Hotel Kriván  
*Otto.*

Tiró el sobre encima del carrito de metal. Luego, cada vez más contrariada, se quedó mirando con desprecio cómo surgía una diminuta llama en el centro del papel. El fuego creció hasta convertir la carta en una extraña espiral de ceniza, que se hizo polvo al contacto de uno de sus dedos.

Resultaba precavido el remitente, pensó. Y, sobre todo, muy inoportuno.

Margaret hizo rodar el carrito con un leve empujón de su pie descalzo. Acababa de perder el apetito.

#### 4

La superficie de la fuente circular estaba serena y, de pronto, una formidable columna de agua hirviente se elevó hasta rozar la torre de cristales que coronaba el edificio. El manantial Vridlo mostraba su potencia ante los visitantes de la colonada Gagarin.

—Ven —invitó Perea. Y Araújo y él llenaron sus jarritas con el agua curativa y bebieron. Para ellos era el segundo día de estancia en el balneario después del Congreso.

—Ahora, a caminar —dijo el guatemalteco—. Ya me conozco el tratamiento para la diabetes: tomar agua y caminar. Y el del páncreas: tomar más agua y caminar más.

Y atravesando la puerta de cristales reiniciaron su recorrido por las calles atestadas de personas, cada una de las cuales portaba su típica jarra con agua medicinal.

Karlovy Vary seguía siendo el mismo lugar romántico que había conocido diez años atrás, pensó Rigoberto Perea mientras avanzaban junto al río. El Teplá, que nunca se congelaba en invierno. Con sus aguas rojizas y humeantes, donde los vecinos acostumbraban sumergir ramas y objetos para sacarlos, al cabo del tiempo, cubiertos de diferentes sales minerales, convertidos en insólitos *souvenirs*. Las colonadas, esos largos paseos techados donde los pacientes podían caminar a pesar de la lluvia o de la nieve. Los espléndidos jardines donde más de una vez había robado una flor para que Dalia se la pusiera en el pelo.

Por aquel entonces él era un joven científico de veintiocho años que asistía a un seminario internacional en el salón de conferencias del hotel

Thermal. Ella, estudiante cubana que hacía su posgrado en la Universidad Carolina de Praga y que, por haber sido invitada, como oyente al evento, le servía de intérprete. El resto lo puso Karlovy Vary con sus construcciones medievales emergiendo del verde valle, sus calles antiguas, sus puentes y su leyenda.

Fue al segundo día de conocerse, sentados en un banco de la cotonada del Parque, cuando ella le contó el origen del lugar. Allí supo que siete siglos atrás el emperador Carlos IV, persiguiendo un ciervo, halló los manantiales. Y en señal de agradecimiento por las aguas curativas, le dio su nombre al hasta ese momento llamado pueblo de Vary, convirtiéndolo además en Ciudad Real.

Y al finalizar la historia las manos de ella estaban entre las de él.

Diez años habían transcurrido desde aquel día y ahora, caminando de nuevo por esas calles, Perea sintió la nostalgia del viajero.

—Cuando vayas a Cuba —dijo volviéndose hacia Araújo— debes hospedarte en mi casa. Te sentirás muy bien allí.

—No lo dudo, Rigoberto. Y te lo agradezco —respondió el guatemalteco, quien, con una sonrisa, agregó—: Así, de paso, dejaré de conocer a tu hija sólo por fotografías.

—Ya verás qué bien le vas a caer. Dalia y yo le hemos hablado a la niña mucho de ti.

—Dalia... ¿Sigue tan bonita como siempre? —preguntó y, sin aguardar respuesta, dijo como si recordara de pronto—: Por cierto, esta mañana, cuando te esperaba en el vestíbulo del hotel, ¿sabes a quién me pareció ver atravesar la calle? Pues nada menos que a Jana, la traductora que tuvimos en el Congreso.

—¿Con la que conversabas tanto?

—Sí. Quise saludarla, pero cuando salí del hotel se me perdió de vista.

Pasaban ante la blanca fachada del Astoria cuando el cubano advirtió, medio en broma, medio en serio:

—Recuerda que tienes un trabajo pendiente en La Habana. No te vayas a enamorar en Checoslovaquia.

Araújo inició una amistosa protesta.

—¿No me conoces? Yo soy un hombre de respeto —dijo y añadió—: Y si hay tiempo para el amor es que ha habido tiempo para el trabajo. ¿No crees?

—Sí, pero ten presente que mi proposición puedes tomarla como oficial. ¿Has pensado en ella?

—Por supuesto —contestó seriamente el guatemalteco— No he hecho otra cosa desde que hablamos en el hotel de Bratislava.

Entraron en la colonada del Parque y Perea señaló uno de los bancos. Caminaron hacia él en silencio mientras la suave luz del sol, al atravesar la baranda de hierro, dejaba un complicado encaje de sombras sobre sus ropas.

Ante ellos, por los senderos que surcaban el césped, paseaban algunos visitantes con sus jarras, conversando animadamente entre sí. En uno de los bancos que bordeaban el camino una anciana parloteaba sin cesar en búlgaro con una amiga y, de cuando en cuando, la golpeaba en el hombro y las dos reían.

Cerca de ellas, ocupando otro banco, un hombre se mostraba pensativo, con la mirada fija en una libretica de notas mientras sostenía una pluma en la mano, al parecer sin decidirse a emplearla. Un poco más lejos, junto a uno de los laguitos, un niño mostraba a sus padres lo que era capaz de correr sin ayuda.

—Te noto preocupado —señaló Perea—. ¿Piensas que no tendrás autorización en tu instituto o tienes tanto trabajo que...?

—Ni una cosa ni la otra —interrumpió a su amigo el joven—. Lo que me preocupa en realidad es en qué puedo ayudarte. Tienes un equipo científico tan bueno y el instituto donde trabajas posee tantos recursos, que no sé... ¿Por qué no me explicas un poco más? Todavía sigo sin saber en qué los puedo ayudar.

—Me parece que te subestimas. Con tu ayuda ganaríamos mucho tiempo, algo de lo que estamos escasos —repuso el científico cubano y comenzó—: La memoria descriptiva que leíste resume en buena medida casi tres años de estudio. Para llegar a obtener esa cepa, de cuya importancia no tengo que hablarte...

—Será una verdadera revolución —le interrumpió Araújo con entusiasmo.

—No lo dudamos —aceptó su amigo—, pero lo será en la medida que podamos resolver un problema que se nos presenta ahora. Se trata de la estabilidad del complejo multienzimático.

Araújo asintió. Como bioquímico, especializado en la rama microbiana, había logrado centrar sus estudios en la estabilidad de los procesos en que tomarán parte los complejos multienzimáticos. Ahora veía más claro dónde encajaba la ayuda que podía prestar. Aquellas enzimas que formaban el complejo y que realizaban la cadena de reacciones, no siempre se portaban tan dóciles.

—Hemos logrado obtener un complejo ideal —continuó Perea—, pero sólo en laboratorio hasta el momento. Cuando le añadimos a la cepa la información genética de cada una de las enzimas que lo componen, ya dentro de la levadura no logramos una estabilidad suficiente. Disminuye su rendimiento y, en fin, el resultado tiene una vida biológica corta.

—Comprendo. Pero, aun así, estoy seguro de que no tardarán en dar con la clave del asunto.

—Pero no tan rápido como necesitamos. Como comprenderás, eres el único con quien he hablado acerca de esto. Cuando me marche de aquí, iré directamente a Moscú para informar a la Comisión Científica del CIPEP sobre nuestros avances con la cepa. Y espero poder dar una fecha del resultado integral.

—Por supuesto, una fecha bien cercana.

—La más cercana posible. No sabes la magnitud de la industria tecnológica que aguarda ese resultado. Son muchos los factores que se preparan para la fase industrial. Es algo gigantesco.

—Me lo imagino —aseguró Araújo volviéndose hacia el cubano—. A muchos países les hace falta un descubrimiento como ése. Cuenta conmigo en lo que pueda hacer.

Perea estrechó la mano del joven.

—No esperaba otra cosa de ti —dijo—. ¿Cuándo nos encontraremos en La Habana?

—Lo más pronto posible —respondió Araújo—. Debo regresar a Guatemala, pedir la autorización y dejar algunas tareas a mi equipo científico. En menos de quince días espero tenerlo todo resuelto.

—¡Magnífico! —exclamó el cubano y súbitamente, mirando por sobre el hombro de su amigo, agregó—: Ahora ni una palabra más. ¿Sabes quién viene a saludarnos?

Araújo se encogió de hombros y miró en la dirección que señalaba su amigo. Una alegre sonrisa distendió sus labios mientras sus ojos rasgados mostraban sorpresa.

—¡Pero si es Jana! —dijo y tomando del brazo a Perea salieron ambos al encuentro de la joven.

—¡Rigoberto y Tomás! ¿Cómo están? —saludó una muchacha de baja estatura y ojos verdes que irradiaban una alegría contagiosa—. Pensé que ya habían dejado mi patria.

—No —repuso el cubano—, cuando terminó el Congreso vinimos de Bratislava para acá.

—Y no nos iremos de Checoslovaquia mientras haya muchachas tan bonitas como tú —concluyó Araújo.

—No diga, Tomás —fingió regañar la joven—. Yo recuerdo los momentos difíciles que pasé traduciendo a ustedes esas palabras extrañas de biología. Ahora, estoy con estos cineastas españoles que van a participar en el próximo festival. El trabajo con ellos es más fácil.

—¿Y trabajas todo el día? —inquirió el guatemalteco.

—¿Cómo?

—Quiero decir... Que si por la noche también estás ocupada.

—Hoy estoy libre —asintió ella con una alentadora sonrisa—. Los españoles van a una exhibición de filmes de Granada. Y yo, bueno... No sé que hacer.

—¡Ah!, porque, mira —dijo Araújo, como si se acordara en el momento—, esta noche hay baile en el Thermal.

—¿Usted me está invitando, Tomás? ¿A mí? ¿A bailar?

—Sí. Quiero bailar con la muchacha más linda de toda Checoslovaquia.

Los ojos de la joven se achicaron al mirar al guatemalteco.

—Tomás, Tomás —reprochó con lentitud—. Usted es muy simpático para ser tan mentiroso. Pero yo acepto —y su fingido regaño se transformó en sonrisa.

—¡Ah, qué bueno! —respiró aliviado Araújo—. ¿Dónde te recojo?

—Estoy en el Orlik. Allí a las ocho, ¿eh? Ahora me tengo que ir.

—Te voy a esperar en el vestíbulo, Jana.

La muchacha se alejaba ya con la delegación de España cuando se volvió hacia el joven científico.

—No se preocupe, Tomás. Allí estaré puntual.

Y el grupo se perdió entre los jardines, rumbo a las calles de la ciudad. Perea pasó un brazo por sobre el hombro de su colega y echaron a caminar hacia el Thermal.

—Bueno, amigo —le dijo—. Parece que las cosas te van a salir bien. Así que, ahora, un buen baño y a ponerse bonito.

—¡Qué difícil es eso último, hermano!

Los dos sonreían cuando pasaron ante la búlgara y su amiga, que continuaban su tan animada conversación. En los bancos, a los lados del camino, algunas personas trataban de disfrutar de la tenue luz del sol. Otros regresaban a los hoteles después de beber el agua y hacer las caminatas.

El hombre de la libreta en las rodillas, que aparentaba meditar lo que escribiría, oprimió el resorte de la pluma.

Su gesto no hubiera tenido la más mínima trascendencia de haberse tratado, en realidad, de una pluma normal. No, en ese caso nada importante hubiera ocurrido.

Pero siendo, como era, una pluma especial o, más correctamente, un minúsculo, supersensitivo y potente micrófono direccional, capaz de seleccionar una conversación dentro de una multitud a más de mil doscientos metros, los hechos cambiaban de forma radical.

Porque al oprimir el hombre el resorte, sentado en un tranquilo banco del jardín, el micrófono dejó de funcionar. Pero no sólo eso, sino que, instantáneamente, a unas cinco o seis cuerdas de allí, en su habitación del hotel Kriván, sobre la mesita del centro, la máquina de escribir se detuvo y un zumbido electrónico quedó flotando sobre el silencio.

En la pantalla del equipo unas líneas de caracteres luminosos se ofrecieron inmóviles:

*bueno amigo parece ke las cosas te ban a salir bien así ke aora  
un buen bagnio y a ponerse bonito ke difícil es eso último*

*ermano.*

Cuando desde su lejano asiento el hombre oprimió dos veces seguidas el resorte, la pantalla del equipo se oscureció y por la ranura superior se deslizó una hoja con el mismo texto, impreso, que cayó sobre otras cinco hojas anteriores: toda la conversación entre Perea y Araújo. Y cesó el zumbido.

Allá, en el jardín del Thermal, el hombre cerró la libreta y se guardó la pluma en el bolsillo. Con la uña del meñique, extrajo de su oreja el diminuto audífono, gracias al cual había escuchado la conversación.

Ahora sí podía dar esta fase del trabajo por concluida. Sólo restaba preparar y establecer, el contacto.

Cuando Otto Düster se alejó hacia el Kriván, también, imperceptiblemente, sonreía.

## 5

La terraza posterior del hotel Kriván se encontraba casi desierta. Un matrimonio de edad madura, conversaba al final de la cuarta hilera de mesitas, en la esquina opuesta a la que se sentaba Margaret. Era ésa toda la compañía de la muchacha, cuya copa acababa de llenar por tercera vez con champán un camarero pulcro y solícito.

Antes de retirarse, el empleado se preguntó una vez más cuál era el empeño de aquella joven extranjera en beber solitaria aquel vino — espantosamente caro— en ese lugar recorrido a ratos por una brisa fría, que hacía temblar las llamas de los candelabros. Sin embargo, Margaret dedicaba su atención a estos últimos, sin importarle un ápice la opinión que pudiera tener el camarero.

Su mirada de conocedora aquilataba las delicadas formas de los candelabros, muy antiguos. Quizás tanto como las más viejas construcciones del balneario. Cada mesita tenía en su centro uno semejante. Sostenían unas velas gruesas y rojas cuyas llamas, de manera discreta, sólo alumbraban tenuemente los macizos de plantas ornamentales que se elevaban desde el césped.

Era un rincón romántico el escogido por Margaret. Por encima de la balaustrada de mármol se contemplaba el laberinto de caminos, taraceados en el jardín del hotel, que llevaban hasta la amplia avenida de paseantes, interceptada cada cierta distancia por las famosas fuentes. Era un bello lugar Karlovy Vary. Y seguramente le hubiera gustado mucho a Candice...

Quizás si ella no hubiera puesto fin a su vida, todavía viajarían juntas. Y compartirían en aquel momento la misma mesita, con las goteantes velas rojas que parpadeaban sin llegar a apagarse.

Juntas habían recorrido muchos países desde que el tío Nakadai autorizó la petición de Candice para que «la pequeña Maggy» la acompañara. Casi treinta naciones. Fue una experiencia maravillosa para la chiquilla —tenía quince años la primera vez que subió a un avión— caminar por aquellos mundos curiosos, nunca vistos por ella. Lugares desconcertantes, de idiomas y costumbres distintos, por los que paseaba Candice con el mismo aire de reina que siempre tuvo, envidiada en secreto, ingenuamente, por la jovencita.

Pero su hermana estaba muerta.

Y Margaret continuaba sin explicarse las causas de aquel fin trágico, inesperado por completo.

Con el suicidio de Candice, la joven perdió a su única confidente y amiga. Se sintió condenada entonces a vagar por una casa gigantesca con la sola compañía de Yoko, una anciana sirvienta japonesa, y algunas visitas ocasionales del tío Nakadai, un hombre hermético que a veces entraba y salía de la residencia sin dirigirle más allá de dos frases.

Cierto día, Margaret tomó una decisión. Sabía que, de continuar viviendo en las mismas condiciones unos meses más, con aquella soledad que la desgarraba tanto como el recuerdo de su hermana, terminaría por enloquecer. Entonces esperó a su tío.

Durante las últimas visitas que había hecho a la casa, la joven lo había visto subir a la habitación de Candice y encerrarse allí. Venciendo sus emociones, Margaret optó por subir primero y aguardarlo en el cuarto. De esa manera, escondida, lo vio permanecer inmóvil, fijos los ojos oblicuos en un óleo que reproducía el rostro de Candice.

Esperó un buen rato —ni ella misma supo cuánto demoró— para hacer notar su presencia.

Entonces se sentó a su lado y le pidió sustituir a su hermana en aquellos viajes a cualquier lugar del mundo.

Después de escucharla, el anciano estuvo en silencio largos minutos. Apretaba los labios hasta convertirlos en una línea estrecha, bordeada de arrugas. Luego le hizo una pregunta a Margaret: «¿Sabes de qué se trata?» La muchacha le contestó que no y esperó una explicación, algo que no llegó en aquel momento. Nakadai se puso en pie y dijo sin mirarla, antes de marcharse de la casa: «Todo a su tiempo, Maggy. No te apures.» Y agregó enseguida, como para sí mismo: «De cualquier manera, este instante tenía que llegar.»

Y no habló nada más sobre el tema en sus siguientes visitas.

Tres meses más tarde, Margaret comprendió por qué Candice, a la llegada de ambas a cualquier hotel, pedía habitaciones separadas. Había comenzado a instruirse en lo que cambiaría totalmente su vida. Se iniciaba así en una profesión muy vieja, casi tanto como las guerras.

Y comenzó a viajar como ella ansiaba.

Sin embargo, no se libró de las dos cosas que la impulsaron a tomar su decisión. Los viajes continuos no la alejaban de su soledad y mucho menos del recuerdo de Candice. Llena de dudas, se preguntaba una y otra vez si lo que estaba haciendo tenía algún sentido.

Su angustia aumentó cuando supo que, de todas formas, aunque no hubiese elegido, ya había sido predestinada —no sabía por quién, ni cuándo— a sustituir a Candice.

De ello se enteró por el tío Nakadai, escuetamente, cuando Margaret, a su regreso del viaje anterior, se había negado a emprender uno nuevo. De las pocas palabras que pudo extraer del anciano sacó en conclusión que existía alguien más, una presencia desconocida —quizás la misma que extendía aquellos cheques cuantiosos, suficientes para cumplir el antojo más irracional— y que nadie, ni su tío ni ella, podían dar marcha atrás cuando les llegaba una orden emanada de aquel «ser supremo».

Y la orden había sido esta vez la de siempre: establecer contacto.

Margaret había perdido la cuenta de estos encuentros realizados en cualquier lugar del orbe.

Al principio tuvo una visión romántica, bastante deformada, de los mismos. Soñaba conocer personajes increíbles, héroes seguros de sí mismos,

apuestos y valientes, que afrontaban el peligro con una sonrisa despreciativa en los labios. Pero pronto cambió de opinión. Las personas que había conocido durante sus viajes, particularmente los hombres, estaban llenas de recelo, desconfianza y temor, como anunciaban sus miradas.

Poco a poco, Margaret fue dejando de esperar con ansiedad e intriga.

Ahora sólo esperaba —así, en grado positivo— sin anticipar un solo pensamiento para quien sería su contacto. Y mientras el camarero le llenaba su copa por cuarta vez, Margaret paseó sin apuro su mirada por la terraza, ahora un poco más nutrida.

El hombre a quien esperaba esa noche podía ser cualquiera de los que se encontraban allí: el señor de edad madura que se arrullaba con su esposa. O el individuo barbudo, francés en apariencia, que bebía su vino acodado en la baranda. O uno de los jóvenes que, en la mesa cercana, reían de algún chiste. O quizás...

—Buenas noches, señorita.

La voz, detrás de ella, la sorprendió. Pero se guardó mucho en demostrarlo.

Despacio, volvió el rostro.

Y aguardó.

—Discúlpeme —dijo el recién llegado—. No quisiera ser inoportuno.

Sonrió. Su sonrisa no desagradó a Margaret. Tampoco sus palabras. Eran corteses, desenvueltas, expresadas en inglés con fuerte acento germano.

—No me molesta —respondió la muchacha—. Dígame, ¿qué desea?

—Estaba observándola, ¿sabe? —continuó el visitante después de rodear la mesa, interponiéndola entre él y Margaret—. Tengo la impresión de haberla conocido antes... Hizo una pausa y a Margaret, de manera súbita, la asaltó la idea de que podía no ser quien esperaba. Su aspecto era el de un industrial acomodado, posiblemente alemán. Pero la segunda frase del hombre la sacó de duda:

—¿Ha estado alguna vez en Múnich?

Demoró unos segundos en contestar:

—No, nunca.

—Perdón. Entonces, ¿quizás en Hamburgo?

Margaret negó resuelta.

No podía dudar. München, Hamburgo. M. y H. Sus iniciales. Sin embargo, la joven había visto pocas veces aquel aplomo. Incluso la mirada del recién llegado... ¿Qué veía en ella? ¿Admiración? ¿Deseo? Terminó por herirla aquella sensualidad despiadada, cruda, en los ojos del hombre.

—¿No podría sentarme a su mesa? —preguntó el hombre—. Deseo invitarla a beber otra copa, si no se opone.

Margaret bajó los ojos hasta su copa y bebió un corto sorbo. Su índice jugueteó un momento entre las gotas heladas que cubrían el exterior del cristal. Luego, sin mirar al alemán, se puso en pie y dijo:

—Lo siento, gracias. Estaba a punto de retirarme.

—¿Quizás en otra oportunidad? ¿Mañana? —insistió el hombre.

—No sé —repuso la muchacha.

Margaret echó a andar sin prisa hacia la puerta que comunicaba el interior del hotel con la terraza.

De haber mirado hacia atrás, hubiese visto la reverencia de despedida que le dedicó su cortejante. Sólo que Margaret no necesitaba hacerlo para saber que Otto Düster, el hombre a quien había estado esperando durante dos noches seguidas en la terraza, acababa de leer mediante su breve inclinación, en la superficie helada de la copa, el número de una habitación en el hotel Kriván.

La muchacha, ya a solas en su cuarto, no disimuló su angustia.

¿Hasta cuándo soportaría aquellas farsas?, no cesaba de preguntarse mientras se dejaba caer en la butaca, recogía las piernas en el asiento y ponía la frente sobre las rodillas. Algo le apretaba el pecho, como si tuviera deseos de llorar. Sin embargo, las lágrimas no brotaban y sus ideas se tornaban confusas, con la excepción de una: no volvería a viajar más.

No sabía cómo, pero aquél tenía que ser su último viaje.

No podía seguir dejando de ser ella misma. No terminaría como Candice.

Sin poder explicárselo, la asaltaba el rostro lloroso de la hermana, pese a que sólo en una ocasión la había visto llorar. Fue una semana antes de que Candice decidiera quitarse la vida.

Aquella noche fue Margaret quien le abrió la puerta a Robert, el novio de su hermana. El muchacho venía a buscar a Candice para cenar junto con sus padres. Por eso se sorprendió cuando, unos minutos después, notó el ceño

fruncido del joven y sus ojos llenos de tristeza al abandonar la casa. Y sin la compañía de Candice.

Y Margaret sabía que Candice y Robert se amaban.

Algo había pasado para que su hermana decidiera separarse del joven. Algo relacionado con las cada vez más frecuentes «escapadas» de Candice. Aquellas súbitas desapariciones que duraban a veces un día completo.

Después de la última de ellas la vio encerrarse en el despacho del tío Nakadai. Y, a través de la puerta cerrada, a Margaret le pareció oír que discutían.

Todo resultaba enigmático y quedó sepultado junto con el cuerno de Candice, definitivamente, un día después de que Yoko, la sirvienta, rompió su mutismo habitual y comenzó a gritar cuando entró en el cuarto donde yacía el cadáver de la muchacha.

El recuerdo se hizo doloroso, irresistible.

Margaret apretó las palmas de sus manos contra los ojos y permaneció mucho tiempo así, completamente inmóvil.

Luego, agobiada por una determinación, caminó hasta la puerta del cuarto y describió el cierre magnético. Se llevó la mano al pecho mientras regresaba a la butaca y volvía a sentarse. Un medallón trabajado en plata apareció en su diestra. El dedo índice buscó un diminuto resorte en el borde y lo apretó.

«Será la última vez», se dijo.

Una pastilla redonda, de un color verde jade, comenzó a pulverizarse en la oquedad de su mano y una rara fragancia, que recordaba al incienso y al almizcle, impregnó la atmósfera climatizada del cuarto.

Margaret aspiró, muy cerca su mano del rostro. Al principio lo hacía casi desesperadamente, como si se tratara de un bálsamo. Después, su respiración se normalizó mientras sus pupilas se iban agrandando y la expresión se tornaba plácida, casi infantil.

Los rostros iban quedando atrás.

El lloroso y pálido de su hermana. El suplicante del tío Nakadai... El sonriente del alemán Otto, con su mirada lasciva. El suyo propio ante el espejo, lleno de dudas, angustiado...

Cuando, media hora más tarde, Düster abrió la puerta del cuarto sin dificultad, después de tomar todas las precauciones, la imagen que se ofreció

a sus astutos ojos lo tomó desprevenido.

Le costó gran trabajo reconocer a la muchacha con la que había conversado un rato antes, en la terraza del hotel. Era ella y no parecía serlo. Aquellos ojos fijos, con pupilas inmensas rodeadas por un iris color violeta, no decían absolutamente nada. Tampoco los labios parecían tener vida ni color alguno.

Y aquel extraño aroma...

Düster había oído hablar de él. Y tenía ante su vista los efectos en la persona de Margaret. Se trataba sin duda del peculiar olor del Kuang-Setsei, una exótica droga sólo utilizada por profesionales del espionaje. Y no por todos precisamente.

Se necesitaba un organismo apropiado, casi único en su esencia, para admitir aquella mezcla atroz que, en infinitas ocasiones, llevaba a la locura a quien osaba utilizarla.

Düster, aterrorizado, contuvo la respiración y corrió hacia la ventana. La abrió de un tirón y la mantuvo así un buen rato, hasta sentir que el aire viciado, de la habitación se eliminaba. Sólo entonces la cerró nuevamente. Luego se inclinó y graduó al máximo el climatizador. Se acercó a Margaret.

—¿Puedes oírme? —susurró en su oído.

No obtuvo respuesta. Ni tampoco la esperaba.

Se frotó las manos despacio, como un prestidigitador antes del acto de magia. Al momento extrajo de su bolsillo un videobox normal, de dos horas, y observó críticamente el viejo televisor que colgaba de la pared, como un cuadro más, a la altura de la butaca que ocupaba Margaret. No le ofrecía confianza aquel aparato, diferente de los modernos que brindaban los hoteles de lujo. Pero tendría que conformarse. Caminó hasta él, le introdujo el video y encendió el equipo.

Las figuras de la imagen reflejaron el quehacer de una orquesta sinfónica mientras unos tenues acordes anunciaron el primer movimiento del *Fausto* de Franz Liszt. Düster bajó el volumen y sintonizó el aparato hasta obtener la mayor nitidez, asegurándose de que la mirada fija de Margaret se encontraba en línea recta con la imagen. Cumplido esto, caminó hasta la cama y se sentó en el bordo.

Aquel videobox contenía toda la información, ya meticulosamente editada en un arduo trabajo.

Düster cerró los ojos para disfrutar mejor de la música.

No había nada como ella para sosegar el espíritu. Y Düster sentía la necesidad de tranquilizarse.

¿Había sido idea suya o, realmente, uno de los jóvenes sentados en la terraza se le quedó mirando después de marcharse Margaret? A Düster, eterno receloso, le había parecido que sí. Y tomó sus precauciones antes de subir al cuarto de la muchacha. Decidió beber una copa de vino junto con el pintor francés y conversar un rato con él. Sólo demoró en esto el tiempo imprescindible para que sus ojos semicerrados cataran disimuladamente los movimientos de los jóvenes, al parecer eslovacos.

Tenía amargas experiencias sobre el sistema de seguridad en los países socialistas. Muchas veces se había frustrado una labor de semanas por un diminuto descuido. Y pese a que nunca se había «quemado» como agente — motivo principal por el que gozaba de un contrato fijo con Sturgeon—, sí había pasado unos cuantos sustos durante sus actividades en ciertas capitales.

Ésta era la razón por la que Düster prefería operar en países de Europa Occidental, a pesar de que las primas por riesgos eran ínfimas y los precios de estancia —hoteles, restaurantes y vehículos, aun utilizando los más baratos, como siempre— se elevaran a cifras astronómicas, qué pateaban incesantemente el trasero de sus sagrados ahorros.

Pero ahora, según pensaba, sería distinto. Valía la pena el riesgo.

Düster esperaba sacar una larga tajada del presupuesto que tenía el viejo Sturgeon para estos casos. Si todo salía bien como hasta el momento, ingresaría en su cuenta privada no menos de treinta mil dólares, incluido por supuesto el tercio del contrato fijo. Y a todo eso debía agregarle los gastos ficticios de restaurante y demás.

Dejó escapar una risa corta. El *allegro* de la sinfonía palidecía de envidia ante su regocijo. Por supuesto, todo saldría perfectamente.

Su trabajo había sido brillante. Y *M. H.*, el «receptor» que le asignaron, no lo era menos. Según le aseguraron antes de su salida, se trataba de una verdadera joya. Alguien con una memoria fabulosa, que era incapaz de olvidar «ni siquiera la línea más diminuta de un plano arquitectónico, ni un

rostro aunque viera miles, ni una palabra escrita en árabe y apuntada al margen de un texto».

Düster movió la cabeza después de lanzar una breve mirada a Margaret. Le parecía irónico, paradójico, que en plena era de los adelantos tecnológicos para su oficio —un verdadero siglo de oro, según lo había calificado Sturgeon— hubiera que darse, en ocasiones, aquella mordedura de cola, un inesperado retroceso a los comienzos, cuando se confiaba sobre todo en la memoria del agente.

Como ahora pasaba, por ejemplo. Teniendo en cuenta el país en que trabajaban ambos, el método subliminal se convertía en el idóneo, el único seguro, para aquel que intentara burlar la minuciosa vigilancia que tenían los sistemas de detección checoslovacos.

Y si bien la memoria seguía siendo lo fundamental, había que recordar que ahora se empleaba de una forma *distinta*, acorde con los tiempos, como le gustaba pensar a Düster.

En aquel instante, los ojos de Margaret estaban captando un video normal en apariencia. Una orquesta sinfónica, un grupo de virtuosos interpretando música clásica. Todo muy sencillo, inofensivo. Incluso quedaría grabado en la joven como algo ya visto en años anteriores. Sin embargo, cada cierto tiempo, la cinta ajustada por Düster dejaba escapar una fugaz imagen, sólo perceptible para el ojo humano como un pequeño destello. Y allí se encontraba la información para ser registrada de inmediato, inconscientemente, en el cerebro de Margaret.

Si, por cualquier motivo, la muchacha resultaba detenida —detalle que no podía descartarse nunca—, no se encontraría un solo medio de contradecirla cuando mantuviera que no sabía nada. Y no se hallaría porque ella no estaría faltando a la verdad. La información archivada en su subconsciente siempre sería perfectamente desconocida para Margaret Heinzl. Pero sólo hasta llegar al lugar adecuado y aplicársele los medios precisos que le permitirían «transmitir» sus conocimientos.

Antes y por otros métodos, resultaría imposible.

Y Otto Düster estaba seguro de eso.

«No puede salir mal», pensó en el momento en que el video llegaba a su fin y un suave chasquido cortó el segundo movimiento de la sinfonía del

inmortal músico húngaro.

Se incorporó con cierta dificultad y fue hasta el televisor. Sentía un ligero calambre en las piernas, pero se lo achacó al frío del climatizador. Sacó el videobox del aparato y lo guardó en un bolsillo. Más tarde, en la tranquilidad de su cuarto, lo destruiría. Hizo algunas flexiones de piernas, pero el calambre persistió.

Movió la cabeza molesto.

No recordaba que le hubiera sucedido aquello en otra ocasión. ¿Se estaría poniendo viejo? Sonrió ante la idea. Bien, era la primera vez. Cierto. Pero ya iba siendo hora de que pensara en el retiro. ¿Cuántos años podría seguir en el oficio? Düster no lo sabía. Pero su escala de medir ese tiempo estaba relacionada con cierta cantidad en su cuenta bancaria. Y aún no había llegado a ella.

Quizás, después de esta misión...

Pensando en ello, se volvió a Margaret.

Hasta ese instante, la joven había sido para él un instrumento más en su labor, tal como sucedía con la excelente cámara y equipos fotográficos que trajo o el portentoso micrófono direccional que poseía.

Sin embargo, ahora que su trabajo había terminado, no pudo evitar contemplarla con intensidad. Los ojos de Düster tenían un brillo que hubiera asustado a Margaret de haber podido verlo.

Pocas veces en su vida había visto una belleza semejante.

Los cabellos de la muchacha le caían desordenados sobre los hombros otorgándole al rostro un matiz de arrogante fiereza. Sus rasgos eran perfectos, atractivos, a pesar de la inmovilidad y palidez que mostraban. Düster reparó en el ancho quimono entreabierto. Dejaba ver la piel tersa y elástica, como la corteza de una fruta, del comienzo de los senos. Ni en sus sueños más descabellados —por lo regular inducidos por la droga que consumía— había el alemán disfrutado con la contemplación de un pecho femenino tan hermoso.

Sin proponérselo, dio un paso hacia ella.

Pero se detuvo.

Y recordó.

Su memoria le brindó una rigurosa advertencia sobre aquel detalle. Si por casualidad o no, sus dedos tocaban un solo cabello de la muchacha —especie de virgen o sacerdotisa del espionaje— su jefe, Warren Sturgeon, se encargaría de buscarlo. Y lo encontraría aunque se escondiera debajo de una piedra en alguna de las islas de la Micronesia.

Y después...

Otto Düster no quiso ni imaginarlo. Su cuerpo podría aparecer desmenuzado por los cuatro puntos cardinales. Y el alemán, sobre todas las cosas —más incluso que su cuenta en el banco—, amaba demasiado su cuerpo.

Retrocedió hasta sentir la puerta en sus espaldas. Se consoló pensando que, si Margaret despertaba de una forma brusca o violenta y no cuando pasara el efecto del Kuang-Setsei, corría el riesgo de que todo el trabajo se perdiera.

Y junto con él los treinta mil dólares que calculaba cobrar a su regreso.

«Treinta mil dólares», pensó.

Pero sólo él sabía que era un pretexto. Realmente, contemplando el cuerpo juvenil, había comprendido desde el principio la verdad. Se estaba poniendo viejo.

Viejo y solitario como un lobo de estepa. Pero tan cauteloso también.

Dejando de filosofar, Düster pegó el oído a la puerta y escuchó. Luego, cerciorado de su impunidad, entreabrió y observó ambos lados del pasillo antes de salir y cerrar tras de sí con un leve tirón.

El contacto acababa de llegar a su término.

## 6

La habitación era algo estrecha, con una curiosa forma circular al fondo. Frente al asiento de Margaret Heinzl se alineaban algunos aparatos electrónicos, adosados a la pared. Uno de ellos, a la altura de los ojos de la muchacha, semejaba una pantalla gigante de color ámbar por la cual viajaban sin tregua, zigzagueantes, cientos de puntos rojos. Nakadai los observó un momento y se inclinó sobre Margaret, acercando su rostro al de ella.

—¿Te sientes bien? —preguntó, y a Warren Sturgeon, sentado unos metros detrás, le pareció sorprender un matiz cálido en las palabras, algo muy alejado del tono gris e impersonal que siempre tenía la voz del científico.

Margaret asintió ligeramente. Apenas se notaba su respiración. Yacía rígida, inmóvil en la gran silla de metal, y sólo sus manos parecían tener vida independiente. Cerca de los dos paneles, en los extremos de ambos brazos del asiento, sus dedos acariciaban varias hileras de botones.

Sturgeon tosió impaciente, pero Nakadai ni siquiera miró hacia él. Volvió a inclinarse y comenzó a deslizar su mano derecha por el cabello de Margaret hasta encontrar lo que buscaba. La aguja era de oro y su afilada punta se clavaba muy cerca de la sien izquierda de Margaret. Despacio, las uñas del científico japonés hicieron girar la aguja que penetró un poco más en la piel. Luego repitió la misma operación con otras tres que, con suaves destellos plateados, sobresalían entre el cabello recogido de la joven.

Y el efecto fue instantáneo.

La pantalla se iluminó con suavidad. Las miradas de Sturgeon y Nakadai se clavaron en ella mientras el sinfín de diminutos puntos rojos se organizaba. Gradualmente, cada vez más rápido, los puntos se fueron agrupando hasta formar palabras, luego frases y, por último, párrafos completos que ascendían hacia el margen superior y cuyo sentido escapaba de la comprensión de Sturgeon.

El hombre de hierro de la Texxon desconocía el idioma español. Siempre lo había considerado «algo propio de indios y negros», como le gustaba dictaminar. Sin embargo, no resultaba lo mismo, al parecer, para Nakadai. El científico seguía con interés creciente cada línea y, sin apartar su vista de la pantalla, retrocedió hasta sentarse junto a Sturgeon.

Mientras los párrafos se iban sucediendo unos a otros, Sturgeon tuvo ocasión de maldecirse muchas veces por su insistencia. Casi había obligado al japonés para que le permitiera presenciar, desde el comienzo, la «proyección» de los documentos que obtuvo Otto Düster en Checoslovaquia. Tanta era la importancia que tenían para él.

El alemán había prometido mucho. Según le adelantó por el canal del satélite privado desde París, la información que viajaba con Margaret Heinz

podía tener un valor incalculable. Y esta afirmación despertaba una mezcla de sentimientos encontrados en Sturgeon.

En principio se alegraba: la obtención de secretos del enemigo siempre originaba en él la misma excitación. Pero, a la vez, temía que estos secretos no fueran ya de su dominio. Tenía razones muy particulares para desear que la información recibida no resultara nueva. De serlo, equivaldría a tener que reconocer una equivocación por su parte, cierto descuido. Y no podía prever cómo lo tomaría Fielding.

Porque si algo sabía era que Wilbur T. Fielding, el presidente de la Texxon Group Inc., no admitía negligencias. Y, de presentarse ante él con un error de insospechada magnitud, podía peligrar su alto puesto en el consorcio. ¿Cómo evadir la suspicacia de aquel hombre, verdadera máquina eficiente que gobernaba la corporación más poderosa del mundo? No lo intentaría siquiera. Pero, claro, podía estar partiendo un cabello en dos mitades y resultar todo una falsa alarma. Lo más seguro sería que la información obtenida por Düster se encontrara archivada en una de las computadoras, en los sótanos de The Gold Pyramid.

Y él se vería libre de enfrentarse con Fielding.

Pero, ¿y si no era así?

Comenzó a sentirse nervioso. Tanto como en sus primeras peleas en Michigan, su ciudad natal, cuando practicaba boxeo en la juventud.

Miró de reojo al japonés y no pudo evitar admirarlo por su ecuanimidad. Que recordara, nunca había visto perder la calma a Nakadai. Podía enojarse—algo que había sucedido varias veces en su presencia—, pero su expresión apacible no se alteraba jamás, como si tuviera una máscara apergaminada y seca sobre su verdadero rostro.

Por eso su sorpresa no tuvo límites al presenciar una transformación en el rostro del científico. Los rasgados ojos de Nakadai, fijos en la pantalla, se habían achicado hasta parecer dos líneas bordeadas de arrugas mientras su boca entreabierta dejaba ver los dientes superiores en una patética mueca, tan absurda que a Sturgeon se le antojó de desamparo en lugar de asombro.

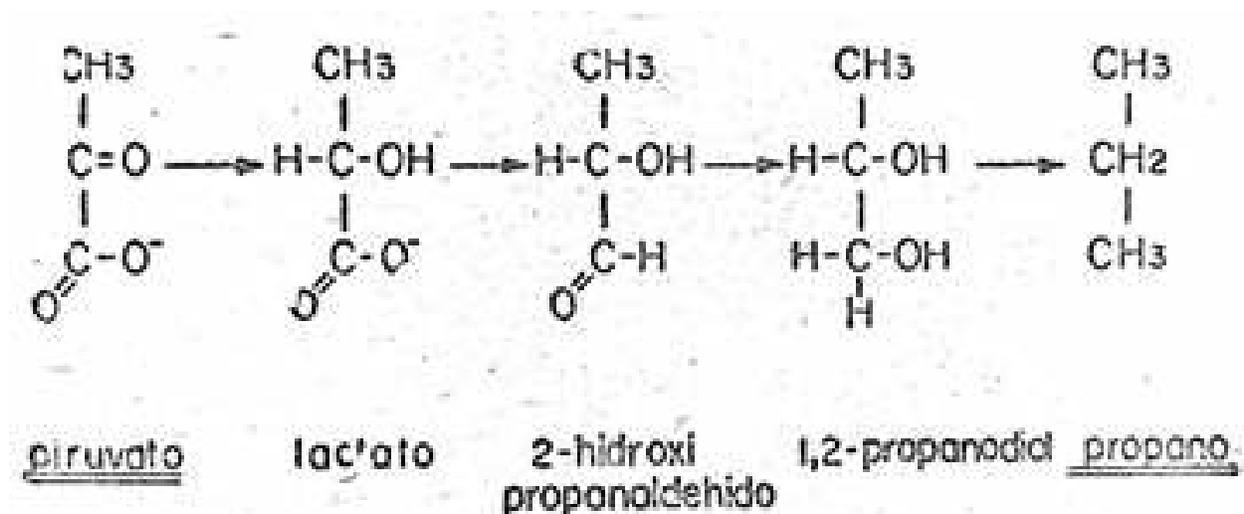
—¿Qué sucede? —preguntó incrédulo.

Nakadai volvió el rostro hacia él y, por toda respuesta, señaló la pantalla. Pero a Warren Sturgeon le dijo muy poco —nada realmente— lo que observó

en ella.

Esta vez no se trataba de frases en un idioma desconocido, de las que pudiera quizás extraer alguna palabra. Ni siquiera una de las claves en que transmitían sus espías desde algún lugar del mundo. Se trataba de un lenguaje poco común, algo que marginaba a los no entendidos. Y Sturgeon no estaba iniciado en la terminología científica.

La pantalla mostraba una secuencia de reacciones:



La imagen se borró suavemente al cabo de varios segundos.

Sturgeon no pudo contenerse.

—Pero... ¿qué diablos es eso?

Nakadai lo miró impasible, recuperado de su asombro. Levantó una de sus huesudas manos ante Sturgeon reclamando silencio y se incorporó de su asiento.

A duras penas, Sturgeon se contuvo. El gesto del japonés le había hecho recordar el lugar donde se hallaba. Tanto allí, en la pequeña sala de equipos sofisticados, como en el resto del gigantesco edificio de Jersey City donde se encontraba el Instituto de Investigaciones Científicas de la Texxon, imperaba el orden. Y gritar allí era romperlo, pisotearlo. Algo inconcebible para el asiático, frágil en apariencia, que gobernaba con mano férrea aquellos cuarenta mil metros cuadrados de silencio.

Sturgeon optó por callar. Observó a Nakadai encaminarse al equipo de grabación y regresar con varias hojas crujientes en sus manos. Pero si esperaba una explicación por parte del japonés, tendría que resignarse. Así lo

comprendió cuando vio al científico acercarse las cuartillas al rostro y comenzar a leerlas abstraído. Con una mueca de disgusto, Sturgeon miró hacia la pantalla.

Los puntos cubrían el centro de la imagen. De allí partieron en todas direcciones para formar, rasgo a rasgo, un rostro masculino. Warren Sturgeon lo examinó con curiosidad. Pero sólo le recordó, de manera lejana, la caricatura de un indiecito vista por él en un folleto de turismo.

—¿Mexicano? —preguntó en voz baja.

Nakadai dirigió la vista de los papeles a la pantalla y se encogió de hombros.

—No puedo asegurarlo, caballero.

Y regresó a la lectura mientras la imagen se borraba. En ella se formó de inmediato otro rostro, pero éste sí fue reconocido de inmediato por Sturgeon.

«El doctor Rigoberto Perea», se dijo y sintió una gran ansiedad.

Aunque, con toda seguridad, el bioquímico cubano jamás había oído hablar de Sturgeon, éste se había mantenido durante muchos años bien informado sobre las actividades y descubrimientos que se realizaban en el Instituto Cubano de Biotecnología.

La fuente de información para Sturgeon había sido, hasta ese momento, Ariel Guzmán, un trabajador del Instituto. El vicepresidente de Inteligencia de la Texxon mantenía contacto con Guzmán desde varios años atrás. Sin embargo, hacía ya algún tiempo que las informaciones de Guzmán eran cada vez más esporádicas. Incluso, cuando llegaban, por lo regular no eran más que breves notas, sin interés apenas. Los expertos de Sturgeon en documentación científica no tardaron en comunicárselo a su jefe, pero éste demoró en tomar una determinación. Temía que la Seguridad cubana estuviera detrás del asunto y quería comprobarlo.

Su oportunidad llegó cuando supo que se celebraría un congreso científico de importancia en Bratislava, al cual habían sido invitados los bioquímicos cubanos. Entonces, dispuso el envío de su mejor agente, Otto Düster, hacia Checoslovaquia. Y para afianzar el éxito de la tarea decidió que fuera Margaret Heinzl la encargada de traer la información que se pudiera obtener. Sturgeon no quería correr riesgos.

Y los resultados estaban ante su vista, en las hojas que leía con interés y sin comentarios el doctor Hiroshi Nakadai. De ellos dependían muchas cosas. Por esa razón, Sturgeon apenas podía controlar su impaciencia cuando, de manera brusca, la pantalla se oscureció y los puntos rojos cayeron como plomos al margen inferior.

Sin apuro, Nakadai dobló las hojas y las guardó en un bolsillo de su bata blanca. De no saber que era imposible, Sturgeon hubiera jurado que el japonés levitaba sobre el piso de granito cuando se dirigió hacia los equipos y comenzó a desconectarlos. Tan lentos le parecieron los movimientos del científico a sus nervios excitados. Pero Nakadai no parecía tenerlo en cuenta.

Sin prisa, se inclinó sobre Margaret y comenzó a extraerle con todo cuidado cada una de las agujas. El cuerpo de la joven se distendió. Parpadeó varias veces antes de preguntar:

—¿Cómo... salió todo?

—Bien. Muy bien.

—¿No habrá que repetirlo? —su voz tembló al decir la última palabra.

—No. Y no hables —ordenó Nakadai—. Cierra los ojos.

El japonés abrió un estuche plano, parecido a una cigarrera de lujo, y guardó en él las agujas. Después extrajo de una cubeta esterilizada otra aguja de oro, pero mucho más pequeña y fina. La examinó un momento a la luz de la lámpara y luego, con los movimientos lentos y precisos de un relojero, la acercó a la diminuta oreja de Margaret y la clavó en su borde interno. Cuando la joven apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, el científico fue hasta la pared y oprimió un botón disimulado por una cortina.

Casi al instante se abrió la puerta lateral y entró una mujer. Su corpulencia llamó la atención de Sturgeon. Sus hombros eran tan anchos y los brazos tan musculosos que hacían aparecer la bata blanca que vestía como si fuera un ajustado pulóver. Observándola, Sturgeon razonó que no hubiera querido nunca, ni en sus buenos tiempos, habérselas visto con ella dentro de un ring de boxeo.

—Pase, Ingrid —dijo Nakadai en tono cortés y agregó—: Por favor, atiéndala y llévela al cuarto de reposo.

Ingrid hizo una ligera reverencia y salió de la habitación. Cuando regresó, portando en sus manos enormes una silla de ruedas, ya Nakadai había sacado

de la reproductora el videobox grabado y el resto de los papeles impresos. Mientras guardaba todo en sus insondables bolsillos, pareció reparar en la presencia de Sturgeon.

—¿Complacido caballero? —preguntó con un sutil destello irónico en sus ojos.

Sin levantarse de la silla, Sturgeon respondió:

—Usted sabe que no.

Nakadai no replicó. Con una ligera y rápida inclinación del torso señaló hacia la puerta invitando a Sturgeon a precederlo.

Ambos salieron al pasillo.

En silencio, caminaron por un verdadero laberinto de salas y cortos pasadizos sin cruzarse con nadie. Daba la impresión de que aquella parte del edificio estaba deshabitada. Finalmente, se detuvieron frente a una puerta de color castaño oscuro que contrastaba con el blanco de las paredes. El japonés la abrió sin dificultad después de apoyar la yema del dedo índice contra una chapa metálica incrustada en la madera.

—Entre y acomódese, por favor —dijo Nakadai y, con un cortés ademán, mostró las dos pequeñas butacas y el no menos reducido sofá que componían casi todo el mobiliario de la habitación.

Sturgeon disimuló una sonrisa irónica.

Entrar no resultaba difícil, pensó. Pero «acomodarse» sería poco menos que imposible. Siempre le habían parecido endebles, incapaces de contener su pesado cuerpo, aquellos muebles sencillos, de madera labrada, que el científico hizo traer de Japón veinte años atrás.

Se sentó en el borde de una butaca, frente a la mesa de despacho, mientras Nakadai guardaba en una caja fuerte empotrada en la pared el video recién grabado.

—Usted dirá, caballero.

Nakadai se colocó de pie, detrás de la mesa.

Su acento era frío. Sin abandonar sus modales corteses, se notaba que la presencia de Sturgeon lo molestaba. Entre los dos funcionarios de la Texxon jamás hubo simpatía. Pero nunca como ahora, Sturgeon percibió la intencional barrera del asiático.

—Seré breve —dijo—. Sólo necesito saber dos cosas.

—Muy bien. ¿La primera?

—¿Son importantes esos documentos?

Nakadai demoró unos segundos en contestar.

—Creo que sí.

—¿Cree? No basta con creer. Usted puede asegurarlo.

—¿Qué le hace pensar eso?

Sturgeon sonrió apenas.

—Digamos que lo sé.

El científico escrutó el rostro de Sturgeon. No, no le resultaría fácil deshacerse de aquel hombre. Intuía que el vicepresidente de Inteligencia e Información no se iría de allí sin obtener lo suyo. Se sentó y, poniendo los codos sobre la mesa, renunció a su hermetismo.

—No puedo asegurar nada, caballero —dijo—. En este momento, después de haber leído superficialmente los papeles, todo me parece aún una broma.

—¿Una broma dice?

Nakadai asintió.

—Por supuesto, una broma de carácter científico.

—¿De los cubanos?

—Tiene razón —admitió el japonés—. Es lo único que me hace dudar que lo sea. Mire —extendió los papeles sobre la superficie de madera y escogió uno de ellos—, ¿ve esta secuencia? De ser cierta, el doctor Perea habría logrado algo sorprendente, insólito para la rama de la bioquímica. No conozco un solo organismo vivo que sea capaz de realizar esta cadena de reacciones a partir del piruvato.

—¿Del qué...?

—Del piruvato. Una sustancia que se forma durante el proceso de degradación de la glucosa.

Warren Sturgeon apretó los labios. Aunque el rostro impenetrable de Nakadai no lo demostrara, le parecía percibir cierto matiz burlón en sus frases. Decidió no darse por enterado. Buscó el tono más amable que pudo encontrar y pidió:

—¿No podría explicármelo de una manera más digerible?

—Trataré —prometió el asiático—. ¿Sabe lo que es una cepa de levadura?

—Es algo así como un cultivo de laboratorio, ¿no?

—Correcto, caballero. Debe de saber entonces que esa levadura le ha sido muy útil al hombre desde que aprendió a utilizarla. Por ejemplo, el vino que usted bebe..., perdón, *bebía* en las comidas, se obtiene gracias a la fermentación de la uva. Y esta fermentación la provoca la levadura, un sencillo cultivo de ese microorganismo. Lo mismo sucede con el alcohol etílico para los licores..., como el whisky.

Warren Sturgeon enrojeció.

La ironía del asiático se le había clavado como un agujón. Nakadai, como el resto de los directivos del consorcio, estaba al tanto de su vieja afección hepática que lo había convertido en un abstemio a la fuerza, después de haber trasegado una piscina olímpica de alcohol. Pero se controló y decidió pasar por alto la referencia al vino y al whisky por parte del japonés.

—Pero de las levaduras no sólo se aprovecha este aspecto —continuó el científico, inmutable—. Durante los procesos tiende a crecer. Se multiplica y da lugar a la biomasa. Con ella, cuando se trabaja industrialmente, se puede alimentar al ganado, las aves e incluso al hombre. Como usted sabe, nuestra rama colateral de alimentos produce una gran variedad de carnes a partir de la proteína unicelular. Y no difieren mucho en el sabor de las carnes habituales ni tampoco en sus valores nutritivos. Por supuesto, eso exige una elaboración industrial cuidadosa.

—Como la que tenemos —apuntó Sturgeon, quien había estudiado los informes del último consejo directivo—. Sé que estamos compitiendo incluso con Multilever Foods. Y con éxito. No dudo que terminaremos por desplazarla del mercado internacional.

Por primera vez, Nakadai esbozó una sonrisa.

—No lo dude —afirmó con placer—. Aquí, en nuestros laboratorios, hemos creado todas las condiciones para lograrlo. La Multilever, como gran productora de alimentos, se ha dormido un poco en los laureles. Y nosotros nos estamos aprovechando de eso.

—Estoy al tanto, por supuesto —dijo Sturgeon. Creía necesario cortar en su inicio la exposición vanidosa que se avecinaba, para regresar a sus

intereses—: Todo lo que me ha explicado resulta importante para mí. Pero aún no veo la relación con lo que nos ocupa. ¿Qué puede haber inventado ese mestizo cubano que no tengamos ahora nosotros?

Nakadai achicó sus ojillos hasta convertirlos en una ranura.

—¿Por qué discrimina? —preguntó volviendo al mismo tono frío de siempre—. Recuerde que no está hablando con un descendiente de sajones, como usted.

—Disculpe. No quise ofenderlo.

—No me ofende. Sencillamente compruebo que no ha perdido usted la manía de subestimar en ciertas ocasiones. Usted sabe muy bien, mejor que yo quizás, que no existe enemigo pequeño. ¿No recuerda acaso lo que sucedió con el gasol, hace tres años?

—Por supuesto. Lo recuerdo. Y también usted recordará que, en este mismo despacho, le advertí lo que iba a suceder con mucha anticipación.

Ahora había sido Sturgeon quien acababa de agujonear al japonés. Y se sentía satisfecho de haber podido devolverle la dosis.

Tres años atrás, Sturgeon había tenido noticias, por medio de su agente en Cuba, que el Instituto Cubano de Biotecnología se preparaba para aumentar considerablemente la producción de alcohol. Y cuando aquello, el gasol —mezcla de gasolina y alcohol—, se hallaba en plena crisis creada artificialmente por la Texxon con la finalidad de aumentar los precios en el mercado. Hiroshi Nakadai fue vapuleado de lo lindo a consecuencia de esto durante varias reuniones de los directivos. En especial, aunque con distintos motivos, por Fielding y por Meyer, los dos más altos funcionarios.

—Es cierto —concedió Nakadai—. Usted me puso sobre aviso. Pero ya era imposible hacer nada. Los cubanos habían logrado obtener una cepa superproductora de alcohol y nadie parece comprender que eso no se logra en una semana. Nos costó mucho trabajo obtener una de similares características en nuestro Instituto. Fue un verdadero dolor de cabeza.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —repitió Nakadai. Hizo una pausa y movió la cabeza como apenado antes de decir—: Creo que *ahora*, nuestro dolor de cabeza será mayor.

—¿Por qué?

—De ser cierto esto —advirtió señalando los documentos—, los cubanos han obtenido en su Instituto un mutante increíble, fuera de nuestras posibilidades.

—¿Otra cepa productora de alcohol?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es? Ellos no pueden haber obtenido nada que la Texxon no tenga ya en el mercado.

—No se equivoca usted. La Texxon lo produce hace mucho tiempo. Y, además, comercia con él en grandes cantidades.

—¿De qué se trata?

—Del propano. Tienen una cepa productora de gas propano.

Sturgeon se encogió de hombros. De momento no comprendió la preocupación del científico.

—Bien —dijo—. ¿Por qué asustarnos entonces? Si nosotros lo producimos, será cosa de jugar con los precios cuando los cubanos comiencen a procesarlo.

Nakadai miró fijamente a Sturgeon. Admitía que el hombre buscara la especialización. Incluso siempre abogaba por ella. Pero consideraba ilógico que el ser humano ignorara todo lo demás para limitarse a un problema determinado. Y, para su concepto, Sturgeon era un hombre especializado, pero casi un analfabeto en otras cuestiones no menos importantes. Acababa de comprobarlo.

—Existe una pequeña diferencia, caballero —dijo en tono apacible sin dejar traslucir el enojo que sentía—: Mientras el propano que nosotros comercializamos se extrae del petróleo, una sustancia cada vez más escasa en nuestro planeta, los cubanos podrán obtenerlo del jugo de la caña de azúcar con sólo aplicarle esta levadura. Como usted conoce, la caña de azúcar es una planta de fácil cultivo en muchos lugares del mundo. ¿Comprende ahora?

Sí, Sturgeon comprendía. La verdad le había llegado antes de que el japonés terminara su explicación.

Cuando se hubieran agotado todas las reservas de petróleo, los cubanos, y con ellos seguramente docenas de países, seguirían produciendo gas propano como si no pasara nada. Eso significaba muchas cosas. Entre ellas, seguir

moviendo el transporte con motores de combustión interna. Y a un costo poco menos que risible, en comparación con los precios actuales del gas.

—Ya veo —dijo.

—Pero el «dolor de cabeza» no termina ahí —adelantó Nakadai—. Según leo en este documento, la cepa genera una enorme cantidad de biomasa con un alto contenido proteico. Como podrá imaginar, esta cualidad será bien aprovechada por los países miembros del CIPEP, nuestros verdaderos rivales en la producción de alimentos.

Sturgeon no necesitaba esforzar la imaginación para suponer el golpe que recibiría la transnacional en un plazo más o menos breve. Y todo por culpa de la desinformación de Ariel Guzmán. Pero ya vería cómo ajustarle las cuentas. Tendría que pensar en él a la hora de elaborar un plan.

Porque era necesario un plan para contrarrestar la jugada de los cubanos. Y rápido. Pondría a todos sus analistas a pensar de inmediato. De otra manera, no podría presentarse ante Wilbur T. Fielding, y Sturgeon lo sabía.

7

CONFIDENCIAL EN PRIMER GRADO

ALTO SECRETO

A: Kurt Hoffman (jefe de Control en Multilever)

DE: Gertrudis Monforte (agente 231-A, Europa 2)

(Vía lacrada: *utilice traductor personal*)

Muy señor mío:

Ante todo deseo que disculpe la tardanza de este informe. Piense que no se debe a un fatuo regodeo en el éxito de mi gestión o a una negligencia sin excusas, sino más bien al celo con que siempre laboro.

Como ya sabrá por medio de Mendoza, nuestro enlace, llevó a cabo con toda limpieza la tarea a mí encomendada en Madrid. Pero si he demorado los detalles que a continuación le brindaré, ha sido por motivos que estimo importantes y, además, de toda *urgencia* e *interés* para su conocimiento. Tomando en cuenta esto último, trataré de resumir lo más que pueda los

hechos y usted, señor, los sabrá complementar con los recortes y fotos que de la prensa madrileña me he permitido adjuntarle en el sobre.

A mi llegada a Madrid, contacté inmediatamente con Cifar. Estudié toda la información sobre Gonzalo Corona y pedí que se averiguaran los datos más exhaustivos sobre sus hábitos, costumbres, vicios y, en fin, todo lo que se relacionara con su vida privada. En esto me ayudó mucho Cifar, un mocito muy despierto al que hay que seguir de cerca, señor: tiene cerebro.

Después de analizarlo todo, opté por la variante de «accidente» y no por la de «suicidio», tal como usted me había sugerido. La situación política tuvo mucho que ver en esta decisión. Un suicidio, por muy bien que se hiciera, hubiera podido despertar incredulidad entre los hombres cercanos a Corona en el Sindicato y éstos comenzar a levantar polvo en torno a ese veredicto: hubiera sido de esperar la reacción de algunos en el Gobierno español, los que simpatizan y apoyan las ideas de nacionalización de muchas empresas y capitales extranjeros, incluyendo, por supuesto, a la MULTILEVER, que aprovecharían la situación a su antojo y causaríamos de esa manera un mal mayor que el que tratábamos de evitar. Así pues, como le decía, preferí trabajar sobre un accidente.

Y no me arrepiento, señor. Lo confieso: resultó más fácil de lo que esperaba.

El tontuelo de Corona, pese al poder que tenía como dirigente de la Central Sindical más relevante de España y al dinero de los afiliados que le entraba por millones, se empeñaba en vivir casi en la miseria y en manejar un fotorrécorder viejo y destartado que conducía, para colmo, personalmente. Esta estupidez le costó la vida. Y piense en ello, señor: de haber vivido como Dios manda, con coche de gasolina al menos, no se hubiera facilitado tanto nuestra tarea. Pero la Providencia es sabia y, sencillamente, estaba de nuestra parte.

Volviendo al tema, me limité durante un tiempo a seguir su itinerario habitual con todo rigor y, al cabo, le sugerí una idea a *Cifar*, quien la complementó maravillosamente (ya le digo, señor: ojo con ese mocito, que vale mucho y sabe hacer miles de cosas). Aprovechando que Corona parqueaba su coche donde lo hacían todos (hasta en eso hacía gala de sus ínfulas proletarias, ya que el edificio de la Central dirigida por él tiene estacionamiento privado). *Cifar* llegó con prudencia hasta su coche y trabajó como quiso el conductor de energía de las células fotosensibles. Pero no trató de desactivarlo por

completo, no. Nada de chapucerías. *Cifar* le graduó la carga sin alterar el indicador, sólo para que tuviera la energía justa, la más adecuada, para llegar a quince minutos de la casa donde vive su dueño. Si por casualidad, durante la primera vez, no tomaba ese camino —algo muy raro, según sus hábitos—, todo quedaría como una dificultad más del trasto que manejaba. Pero si, como era normal, se marchaba a su casa, entonces, señor, durante el camino lo seguiría *Cifar*, nuestro mocito, listo para prestarle ayuda.

Y así resultó, señor. Según *Cifar*, bastó un solo golpe en la cabeza de Corona y un leve arreglo en su coche para llevarlo al sitio escogido y despeñarlo por un hermoso barranco (si me permite, le sugiero una mirada a la foto del periódico donde se muestra el coche después del accidente. Cuando lo haga, piense que Corona estaba peor y acertará).

Eso sí, debo confesar que sentí mucho no poder darle fin a la tarea por mí misma, pero hay labores que ya dejan de ser apropiadas para las débiles fuerzas de una anciana como yo. Entonces se hace necesario, con dolor, dejar paso a la pujante juventud. Es una lástima que los años lleguen a invalidarnos en ocasiones. Pero, ¿qué se puede hacer? No me quejo. A Dios gracias, conservo la salud indispensable y, con su favor, espero seguir siendo útil por largo tiempo. Pero basta de lamentaciones, que de seguro lo aburren, y pasemos a contarle lo que motivó la demora de este informe. Concluida mi misión, me dirigí al aeropuerto de Barajas con el fin de regresar a mi retiro en Tolouse (ya sabe: mis mimbres, la preciosa huerta que cultivo y esas orquídeas de las que le he hablado).

Pero todo se trastornó al ver allí a una personita que no nos era desconocida. Y en el «nos» lo incluyo a usted, señor. ¿Recuerda el caso «Richstein»? Por supuesto que sí. A pesar de que logramos en aquella oportunidad eliminar al suizo y apropiarnos de la información documental que llevaba, demoramos un poco en explicarnos cómo la Texxon había logrado obtenerla antes que nosotros. Debido a eso, el monstruo nos ganó la partida y la subsidiaria de la Nielsen Group pasó a ser controlada por Wilbur T. Fielding. Y todo, gracias a la persona de quien le hablo y a su memoria que, según dicen, es fabulosa... ¿Ya sabe quién es? Claro: es la mayor carta de triunfo de Sturgeon, ese trapacero.

Es una chica muy bella, en honor a la verdad. Y de su memoria, todo lo que se habla debe de ser cierto: ¿sabe usted, señor, que estuvo a punto de reconocirme, a pesar de que sólo me había visto una vez, durante un segundo y mezclada con docenas de huéspedes, en el recibidor del hotel donde se hospedaba Richstein?

Sí, tiene muchas virtudes esta mocita. Pero... ¡qué poco respeto para el oficio! Bueno, no quiero adelantarle nada: juzgará usted por sí mismo, señor. De inmediato, al ver a esa chica en Barajas, decidí correr el riesgo de que me reconociera antes de quedarme con la sospecha de su estancia allí. Me presenté como una inexperta viajera y le pedí consejo acerca de los itinerarios de vuelo. Y enseguida se entregó en mis manos. Por supuesto, no me refiero a su verdadera identidad, pero sí a su leyenda, lo que más me interesaba. Viajaba con una tarjeta a nombre de Carol Howard, como turista norteamericana. ¿Y sabe a dónde se dirigía? Nada menos que hacia Checoslovaquia. Calcule el resto, señor. Me pegué a ella como una lapa y aproveché toda la locuacidad de la que he sido acusada siempre por mis enemigos, aunque injustamente: Dios y usted saben bien que sólo hablo lo necesario, señor. Pero no quiero desviarme. No me equivocaba al suponer que la mocita tenía algo gordo por delante y creo que hice bien en aplazar mi regreso al amado refugio.

Por supuesto, no quise correr riesgos. Y menos con la memoria que se gasta esa chica. Tuve que aguardar en Madrid un par de días hasta que pude cambiar aceptablemente mi imagen exterior. Entonces saqué pasaje para ese país comunista que, por cierto, nunca antes había visitado. *Cifar* se ocupó de obtener para ambos las falsas tarjetas de viaje (ese chico es oro molido), ya que logré convencerlo para que me acompañara como sobrino; de esa manera endurecía mi leyenda de turista española. Así pues, me puse en camino hacia Praga. Al principio esperaba una gran oposición, algo que retara mis facultades y las obligara a ejercitarse. Pero fui decepcionada en este aspecto. La pista que dejó esa chica, la hubiera podido seguir un principiante.

Ya en el mismo aeropuerto de Ruzyne bastó una ligera indagación entre algunos de los taxistas que trabajan allí, para enterarme de que uno de ellos había comentado la admiración que sintió por una turista, al parecer norteamericana, cuando la oyó hablar el checo sin sombra de acento

extranjero. Por supuesto, es un detalle que no despertaría sospechas en la Seguridad checoslovaca de no tener un antecedente la muchacha, pero evidencia falta de profesionalismo. Al parecer, no pudo contenerse e hizo gala de su facilidad para los malditos idiomas...

Pero bien, aproveché este error para enterarme de que se había alojado en el hotel Intercontinental. Y allí, ¡Cristo bendito! ¡Qué falta de rigor! Se exhibió, envuelta en una toalla, delante de un infeliz camarero, quien todavía se está preguntando cómo podía estar así en una habitación con las ventanas abiertas, sin calefacción.

Por supuesto, localicé al camarero por medio de *Cifar* y luego, con mucho tacto, le arranqué un buen dato: junto con la cena, le había llevado una carta a la señorita. Al otro día de recibirla, la chica desapareció del hotel y no regresó hasta pasados dos días. Yo llevaba entonces un día en Praga y preferí no dejarme ver por ella, pero mientras tanto no perdí el tiempo.

Consultando guías de turismo por aquí, indagando por allá y leyendo religiosamente todos los semanarios que se editan en inglés y francés en Praga, me enteré de algunas cosas que resultaron muy sugerentes. Analícelas usted mismo, señor. En Checoslovaquia, durante esa semana, se celebraron algunos eventos internacionales de importancia: un concurso de ilustraciones para libros infantiles en Praga, una feria de maquinarias agrícolas en Piestany y un congreso científico en Bratislava. Descarté las dos primeras actividades (no creo que al lobo de Sturgeon, por muy lobo que sea, le interesen los dibujos de la Caperucita Roja, y menos todavía la mejor forma de arar la tierra) y me quedé con la tercera. Y creo que acerté, señor.

Envié a *Cifar* a Bratislava y llegó con la noticia de que a los participantes en el congreso los habían agasajado con una semana de estancia en Karlovy Vary. Esperé impaciente a que la belleza levantara el vuelo de Praga, nos fuimos al balneario y, gracias a las fotos que *Cifar* obtuvo de la chica en el hotel, supe que había pasado su tiempo de ausencia en el Kriván. Allí estuvo varias noches en la terraza, siempre sola, bebiendo champán de marca bajo una fría brisa (a propósito, la primavera, en esta parte de Europa, se ha portado como una holgazana). Por supuesto, nuestra mocita esperaba a alguien. Pero, ¿a quién?

Eso no lo pude saber, aunque me dejo de llamar Gertrudis Montarte y Ruiz si su espera no estaba relacionada con el evento científico.

Y me permito sugerirle, señor, que busque en esa dirección. No creo que se defraude.

Ahora sólo me queda ponerle en antecedentes de algo. Para ello cuento con su comprensión y generosidad habituales. Este viaje extra significó para mi peculio particular ciertos gastos: una insignificancia de algunas pesetas, si se compara con la información que logré obtener.

La lista rigurosa de estos gastos me he permitido enviársela junto con este informe. Si lo tiene a bien, puede sumarla al resto que aún no he cobrado por la tarea principal en Madrid. Desde ahora, le adelanto mis más expresivas gracias y el deseo de que Dios le conserve la salud y el bienestar como hasta ahora.

En espera de poder ofrecerle de nuevo mis humildes servicios, queda de usted, infinitamente agradecida, su segura servidora,

*Gertrudis Monforte.*

## 8

Wilbur T. Fielding. Esperas arrellanado en el mullido butacón de tu escritorio el aviso de Sheila para ir a grabar. Es el momento más deseado del día. ¿Qué tema grabarás hoy? A ver, Wilbur...

Pudiera ser —¿no crees?— aquella genial maniobra que te hizo alcanzar la tan ansiada presidencia de la Texxon Group Inc. ¿Recuerdas? ¡Cómo no acordarte de tu obra maestra! ¡Qué bella historia, Wilbur!

Una vida de tantos triunfos como la tuya no podía quedar en el olvido. Porque tú —¿no es así?— vienes siendo un héroe, un guerrero como cualquier otro del pasado, famoso por sus conquistas. Dominas, no ya regiones o pueblos, sino naciones completas. Las sometes económicamente. Entonces, las posees. Con gobernantes y todo. A los 40 años ya eres grande. Eres un dios, Wilbur.

Ha sido una idea excelente escribir tus memorias.

Eras muy pequeño cuando la gran fusión de las corporaciones del este. Allí se unieron la Bichtel, la Texxon Super Oil, la Pershin Co., la Atlantic York, la McConnell Aircraft, la Universal Electric and Electronic Co., y doscientas veinticinco empresas menores en lo que fue, es y será la más poderosa corporación de todos los tiempos: la Texxon Group Inc.

Tu abuelo ocupó, por derecho propio, la vicepresidencia primera de la empresa. ¡Ah, Wilbur! ¡Qué vida! Una familia de clase. Buena cuna. Excelente educación. Riqueza. Todos los ingredientes que atraen a los seres inferiores. Tus memorias serán un total éxito.

Hasta la muerte accidental de tus padres te benefició. Huérfano. Eso le da un ligero toque sentimental a tu vida. Encantador. Abuelito se ocupó de ti con cariño.

Hiciste muy bien en ocultar la verdad en las grabaciones. Porque no era elegante que se conociera el odio que te inspiraba ese viejo que sólo sabía verte como un futuro ejecutivo, pero no como un niño o un joven, y jamás como un nieto. /

Él fue quien te enseñó que para llegar arriba era necesario no sentir como los demás. No tener sus bajas pasiones. Nada debía preocuparte. Y todo, interesarte. Que todo estuviera debajo de ti. Y debajo de ti estaría el mundo.

Cambias de posición en el asiento. Sheila debe de estar a punto de enviarte el aviso para grabar. Esta Sheila. Cómo te cuida. A veces has sentido necesidad de quitarte el reloj de pulsera que te ata a ella. Sin embargo, ahí está el sentido común para recordarte que todo triunfo implica sacrificio. ¿Cómo ser perfecto si no llevas una vida rigurosamente controlada?

Por eso ahí se ha quedado tranquilo el bendito reloj como un cordón umbilical. Transmitiéndole continuamente tu temperatura, la presión arterial, la rapidez de tus reflejos. En fin, el funcionamiento de tu atlético cuerpo.

Nadie mejor que Sheila te puede conocer. Nadie mejor que ella para aconsejarte si debes asistir a una reunión en ese momento o más tarde, o aceptar una cita o ir a grabar. ¿Que Sheila te dice que es la mejor hora para meditar? Pues meditas. ¿Que te recuestes en el butacón y descanses? Eso haces. Sheila programa desde tus comidas hasta tus relaciones íntimas con Brigitte. Ése es uno de los precios del poder.

Paseas tu mirada por la oficina. Impresionante lugar. Apropiado para las decisiones que allí se toman. Es el Olimpo de los negocios. El sitio de los elegidos.

Sí, quizás hoy hables sobre tu ascensión al cargo de presidente. Es cierto que fue genial. El asunto era difícil. Pero lo lograste.

Fue excelente tu jugada, Wilbur. Pero no negarás que tenías un naipe escondido en la manga: el diagnóstico del médico. Tú lo sabías. Tu buena suma te costó la información sobre Rosenfield.

Pero lograste tu objetivo. Actuaste brillantemente. Y lo lograste.

¡Eres un tipo con suerte! Aprovechaste una situación favorable. La reunión del Consejo de Accionistas. En Hawai. Tú sabías que entre otros tópicos, allí se discutiría el asunto de la presidencia de los Estados Unidos. Las elecciones estaban próximas. La responsabilidad, como ya era tradicional, recaía sobre la Texxon. Había que elegir al candidato entre los ejecutivos de la corporación. Los Estados Unidos necesitaban un nuevo presidente para otro período, y tocaba a la Texxon designar el hombre para ese puesto. ¡Qué coyuntura, Wilbur! Actuaste con rapidez. No desperdiciaste la oportunidad.

Allí en Hawai tuviste la «feliz idea» de proponer a Fred McEwan, el vicepresidente primero de la corporación, para el puesto supremo de los Estados Unidos. Rosenfield, por entonces presidente de la Texxon, estuvo de acuerdo y hasta, pudiéramos decir, agradeció el gesto tuyo por su preferido McEwan.

Pobre viejo Rosenfield. No se dio cuenta de nada. McEwan sí sospechaba. Pero en ese momento no pudo comprender en qué se perjudicaba. Cuando el resto de los ejecutivos —previamente «aconsejados» por ti— levantó la mano en señal de aprobación, el viejo se emocionó y abrazó a su discípulo.

El resto del plan se desarrolló de forma mecánica, como estaba previsto. Tú, a la sazón vicepresidente de Ventas, pasaste por acuerdo unánime a ocupar la vacante dejada por McEwan. Así, de la noche a la mañana te convertiste en vicepresidente primero de la Texxon Group Inc.

Ese hecho, por sí solo, quizás no hubiera tenido importancia vital. Pero tú conocías, gracias al doctor, que al viejo Rosenfield le quedaba poco tiempo

en el mundo de los vivos, y ni él mismo lo sabía.

Cuando Thomas Rosenfield tuvo que abandonar la presidencia de la corporación por prescripción facultativa, ya todo estaba hecho. Fred McEwan se encontraba lejos de la Texxon, ocupando el cargo supremo de la nación. ¿Quién mejor que tú entonces para sustituir a Rosenfield?

Fue genial. Te deshiciste de Fred McEwan relegándolo al ineficaz puesto de presidente de los Estados Unidos mientras tú quedabas como presidente de la mayor corporación que ha existido jamás sobre la tierra: la Texxon Group Inc.

Un tenue zumbido y se activa la pantalla con letras luminosas. Es Sheila.

*Señor, Warren Sturgeon ha pedido una reunión urgente con usted. Yo lo cité para dentro de una hora y treinta minutos.*

—¿Informó cuál era el motivo de la cita? —le preguntas.

*Sólo dijo que era top confidencial, señor.*

—Muy bien, Sheila.

Te echas hacia atrás en el asiento. Si Sturgeon dice que es urgente, es urgente.

¿Qué asunto querrá plantearte? Él no te ha informado que estuviera trabajando en un caso particular. Se trata, entonces, de algo eventual. Y reciente. ¿Cómo ponerte al día? No puedes recibirlo ignorando por completo los hechos. Tienes que conocer, al menos, los antecedentes. ¿Cómo averiguarlos?

Hay un medio que podría resultar.

—Sheila —llamas.

Cuando te responde, le pides que te comunique de inmediato con Dust Cagney en el archivo. Segundos después te avisa:

*El señor Dust Cagney espera por usted. Hable, señor.*

Las palabras desaparecen y un cansado rostro de cutis blanco y arrugado ocupa la pantalla.

—¿Cómo estás, Dust? ¿Qué tal de salud? —le preguntas por formulismo. Tú sabes que te teme. Pero es bueno que él crea que lo estimas. En realidad te importa un comino.

—Bien, señor Fielding. Un poco de dolor en los huesos. Es la edad —el viejo de la pantalla te finge una sonrisa y se queda a mitad del intento—. La labor aquí abajo no es la misma que en los viejos tiempos, cuando...

—Tú lo has dicho. Los tiempos cambian —le interrumpes su discurso como sin darte cuenta, casi mostrando tu acuerdo con él—. Aquí arriba las cosas tampoco son fáciles, Dust. Muchos problemas.

—Sí, señor —afirma el viejo sin convicción.

—Por cierto, Sturgeon y yo hemos estado hablando de ti. De tu eficiencia en el archivo. De lo bien que organizas el trabajo.

—Trato de hacerlo lo mejor posible, señor.

—Esas cosas se tienen en cuenta, Dust. Se tienen en cuenta —aseguras con total ambigüedad, y añades, como quien adelanta una futura felicitación —: Has sido muy útil en el caso que estoy trabajando con Sturgeon. Muy útil.

—Hago el esfuerzo, señor —aceptó Cagney, algo confuso.

—Bueno, los problemas me reclaman —dices, casi lamentando no poder continuar la conversación—. Te he llamado porque necesito unos datos con toda urgencia.

—Dígame, señor. Dígame —te pide, deseoso de agradar.

Ya está en tus manos. Has logrado de él el estado de ánimo que buscabas. Ahora, más enérgico, le ordenas

—Envíame de inmediato todos los informes sobre el caso que hemos trabajado Sturgeon y yo últimamente. Es urgente.

—Pero, señor... —titubea el viejo—. No va a ser fácil, porque...

—Los quiero en cinco minutos —le interrumpes secamente—. Hasta luego, Dust.

Cagney, confuso, va a comenzar a darse cuenta de que debe despedirse, cuando dices:

—Ya, Sheila.

Y el rostro se borra de la pantalla para que surjan las palabras.

*¿Desea algo más, señor?*

—Sí, Sheila. Dentro de cinco minutos recepcione una información que le proporcionará Dust Cagney. Clasifíquela y envíemela por orden de actualidad. Tómese treinta segundos para eso.

*Sí, señor.*

Cinco minutos y quince segundos después, el zumbido te alerta. Cuatro hojas escritas acaban de resbalar por la abertura junto a la pantalla. Las tomas. Y te enfrascas en su estudio.

En quince segundos más recibes veintiocho hojas a diferentes intervalos, y la pantalla se ilumina.

*Eso es todo, señor.*

—Avíseme cuando llegue Sturgeon, Sheila —dices.

*Sí, señor.*

Una hora y diez minutos. Has estado ese tiempo en el análisis de los informes. Todos versan sobre el Instituto Cubano de Biotecnología. O Biotec-4, para la Inteligencia de la Texxon. Sturgeon se ha estado ocupando últimamente de este instituto. Pero nada importante has hallado en los informes de Cagney.

Por medio de la pantalla Sheila te avisa que Sturgeon ha llegado.

—Que pase —le indicas.

Warren Sturgeon siempre te ha parecido un tipo sin clase. Ahora lo ves entrar, con su corpachón y su nariz aplastada, y no puedes menos que reprobarle mentalmente su falta de refinamiento. Cierto que es orgulloso. Pero al caminar te recuerda un caballo pisoteando flores en un jardín.

—Hola, Fielding —te saluda con su voz ronca.

—Hola, Warren. Toma asiento.

Le indicas para un butacón al costado del escritorio, y allí se sienta. Ese hombre te odia y te admira. Te admira porque a pesar de su astucia siempre tu inteligencia lo ha hecho sentirse inferior. Te odia por la misma causa.

Sturgeon, sin un cerebro rector como el tuyo, habría caído en excesos. Pero ese hombre irascible y violento que sabe ser también mañoso y hábil, es tu mano derecha. Gracias a su eficiencia, la Texxon ha logrado sobrevivir a varios momentos de crisis.

En el fondo tú lo consideras. Porque hay algo que te une a él. Y es que, para ambos, lo más importante es mantenerse en el puesto. A toda costa. Aunque fuera necesario para ello otro Gran Desastre.

—¿Cómo andan los asuntos, Warren? —le preguntas como si él no te hubiera pedido una cita urgente—, ¿Hay problemas?

Con expresión contrariada Sturgeon abandona el butacón y te entrega un *file*.

—Échele una ojeada a esto, por favor —dice, y se sienta de nuevo.

Abres el *file*. Te creías preparado para cualquier noticia. Pero desde que has comenzado a leer, la sorpresa se ha apoderado de ti. Estás perplejo. El informe que lees resulta alarmante. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? Y los científicos de la Texxon, ¿no lo habían previsto? ¿Qué demonios le sucedía a Nakadai?

Miras a Sturgeon. A Nakadai le ajustarás las cuentas en otro momento. Ahora es necesario actuar con inteligencia, precisión y rapidez. Y tú eres capaz.

—Warren. ¿Cómo obtuviste esto?

—Es largo de contar.

—Cuéntamelo.

Sturgeon se mueve incómodo en su asiento. Su duro rostro no te oculta que le irrita tener que hablar del asunto.

—No sé si usted recuerda que tenemos un hombre en Biotec-4 —dice, y no te mira a los ojos. Tú, con un gesto rápido de la mano le demuestras que estás al día—. Bien, pues yo había notado que sus informaciones se demoraban demasiado. Y los datos que nos suministraba no estaban actualizados. Por otras vías comprobamos que el doctor Rigoberto Perea estaba muy activo últimamente. Viajaba a otros institutos, consultaba a diferentes especialistas. Perea trabaja en Biotec-4. Y sin embargo, nuestro hombre no nos había informado nada sobre las investigaciones de este científico. Por lo que decidimos tirarle un chequeo especial a Perea aprovechando su asistencia a un congreso en Checoslovaquia. Allí obtuvimos esto.

—Buen trabajo —le dices—. ¿No crees?

—Sí —responde, a la expectativa—. El hombre que envié es un especialista.

Te echas hacia atrás en el butacón casi con inocencia. Comienzas a esbozar una sonrisa antes de que tu rostro se endurezca y suelte la pregunta:

—¿Tú también eres un especialista, Warren?

Sturgeon, sorprendido, aprieta con sus manos los brazos del butacón.

—No entiendo, señor.

—Por lo menos, el cargo que ocupas es para un especialista. Y sin embargo, te has comportado como un principiante.

—Usted es injusto, Fielding. El informe es bueno.

—El informe, sí. Pero ¿qué hay del trabajo de *Salesman*?

Lo has paralizado en el asiento. Lo menos que esperaba es que estuvieras tan al corriente de Ariel Guzmán, el hombre de la Texxon en Biotec-4, que pudieras nombrarlo por su seudónimo. Sabes que Sturgeon tiene dispuesto en el archivo que nadie entregue informes sin su autorización. Pobre Dust Cagney. Seguro que Sturgeon le hace una visita más tarde.

—Bueno, Warren —insistes—. ¿Crees que es bueno el trabajo de *Salesman*? Dos mensajes el año antepasado. Carentes de interés. Nada el año pasado. Nada este año.

—Él era un buen agente.

—Sí, hace diez años. ¿Y de entonces para acá? Seis mensajes en los últimos cinco años. Con informaciones totalmente atrasadas o insulsas. ¿Y tú has esperado hasta ahora para hacer algo? ¿Has esperado a que suceda *esto*?

—Creí que *Salesman* tenía dificultades con la comunicación.

—¿Y no te extrañó, que desde el año pasado no fuera a recoger su asignación?

Sturgeon se encoge de hombros, evasivo. Está en un aprieto.

—Por supuesto que sospeché —se defiende—. Por eso le tiré el chequeo a Perea. Ahora no hay duda. *Salesman* ha estado escondiendo la información.

—¿No demoraste demasiado en averiguarlo?

—Quizás.

—Quizás —repites incisivo.

—Aguarde, Fielding —comienza Sturgeon tratando de recobrar el aplomo—, le diré algo. Antes de recibir los datos que aparecen en el *file*, hice estudiar la personalidad de *Salesman* a fondo. Se hizo un análisis de...

—¿Y...? —le interrumpes, escéptico.

—Los resultados arrojaron que ese hombre no ha delatado su trabajo a la Seguridad cubana. No es del tipo de gente que lo hace, porque en el fondo es

un cobarde. Lo que le sucede es que no quiere seguir trabajando para nosotros. Quizás tiene miedo.

—¿Miedo a los órganos de seguridad de su país?

—Sí.

—¿Más que a nosotros?

—Sí.

—¿Y quién puede ser el culpable de eso?

—Yo. Pero...

Ahora puedes presionarlo. Violentarlo. Es necesario que Sturgeon reaccione con todo vigor y astucia. Hay que eliminar la amenaza que pende sobre la corporación. Tú puedes dirigirlo. Pero él tiene que proyectar las acciones. Y ejecutarlas. Conmínalo. Está a punto.

—¿Pero...? —le dices.

—Ya le informé, Fielding, que he estado estudiando a *Salesman*. Pues bien, toda su familia la constituyen él y su hijo.

—¿Y...?

—Que el hijo, Eduardo Guzmán, es ingeniero industrial y en la actualidad forma parte de un grupo de especialistas cubanos que trabaja en Palestina. Eso lo hace vulnerable a cualquier posible acción nuestra. ¿Comprende?

—¿Puedes presentarme un plan completo?

—¿Cuándo?

—Mañana a las ocho de la mañana. Aquí en mi oficina.

—Sí, señor.

Te echas hacia atrás en el asiento—. Sabes que lo hará. Pasará toda la noche en vela, estudiando posibilidades junto con sus analistas. Escogerá una, sin importar lo costosa o agresiva que sea. La desarrollará. Te la traerá por la mañana, a las ocho, a tu oficina. Y será la mejor.

Te aproximas al escritorio.

—Sheila.

En la pantalla se forman las palabras.

*Sí, señor.*

—Cite para mañana, a las diez y treinta de la mañana, a los ejecutivos que voy a nombrarle.

*Diga, señor.*

—Avner Meyer, vicepresidente primero.

*Sí, señor.*

—Robert Menotti, vicepresidente de Imagen Pública.

*Sí, señor.*

—Martin Duncan, vicepresidente de Pronóstico y Desarrollo de Mercado.

*Sí, señor.*

—Hiroshi Nakadai, vicepresidente de Investigación Científica.

*Sí, señor,*

—Ernst Binder, vicepresidente de Producción.

*Sí, señor.*

—Además, irá él señor Warren Sturgeon, que lo sabe desde ahora, Sheila.  
Es todo.

*Sí, señor.*

Te vuelves hacia Sturgeon, y lacónicamente le comunicas:

—Te espero mañana aquí, a las ocho.

—A esa hora estaré con el plan completo —dice, a la vez que se pone de pie.

Ahora más que nunca te admira. Más que nunca te odia.

—Espero que tengas algo en cuenta —le adviertes.

—¿Qué? —responde como un resorte.

—Que ningún plan funcionará sin la participación de *Salesman*.

—Lo sé.

—¿Y sabes qué hacer para que coopere?

—Lo pensaré. ¿Puedo marcharme ahora?

—Sí

Sonríes. El orgullo ha trabajado en él. Ya está preparado para desarrollar su tarea con la máxima eficiencia. Y a no cejar hasta el triunfo.

Cuando está cercano a la puerta lo llamas.

—Warren. ¿Sabes lo que *esto* puede significar para nosotros?

—No me subestime, Fielding. Lo sé.

Percibes cómo sus dedos se crispan sobre el pomo de la puerta.

—Lo sé —repite, y se marcha cerrando la puerta con sospechosa suavidad.

Tratas de relajarte. Ha sido difícil la entrevista. Sobre todo después de conocer la gravedad del asunto. Pero has logrado tu objetivo. Sturgeon actuará con la rapidez y la astucia de la fiera en el asalto.

Ahora debes irte preparando para la reunión de mañana. Sabes que Avner Meyer, tu vicepresidente, va a hacer lo posible porque la responsabilidad de todo, caiga sobre tus hombros. Se acercan los momentos más difíciles desde que asumiste la presidencia de la Texxon. Es una situación extrema. Peligrosa.

El zumbido te saca de tus reflexiones. Las letras se iluminan en la pantalla.

*Señor, está usted algo deprimido.*

Recobras de inmediato tu compostura en el asiento. Respiras hondo.

—Tiene razón, Sheila —dices—. ¿Qué me aconseja?

*Vaya a su estudio, señor. Acuéstese en el diván. Pero no dicte sus memorias. Olvídelas por hoy. Yo me ocuparé de proporcionarle un ambiente que lo reanimará.*

La obedeces. Te alejas del escritorio en dirección opuesta a la puerta de entrada. Cuando estás llegando a la bella pared de madera barnizada, uno de los paneles se abre, indudablemente accionado por Sheila. La luz de la habitación en que entras se enciende no bien traspasas el umbral. La puerta se cierra tras de ti. El color amarillo de las paredes acolchadas te transmite serenidad. Vas al diván y te tiendes en él. Una nueva pantalla queda cercana, a tu izquierda.

—Sheila —llamas.

Te tranquiliza ver surgir las letras luminosas.

*Sí, señor.*

—Mañana tengo una cita a las ocho con Warren Sturgeon. No le permita entrar hasta que compruebe que estoy en óptimas condiciones.

*Por supuesto, señor.*

—También esperaré su aviso para asistir después a la reunión.

*Muy bien, señor.*

—Eso es todo.

*¿Me permite una sugerencia?*

A pesar de tu cansancio, prestas atención. Sheila nunca te ha propuesto nada que no necesitaras realmente.

—Diga, Sheila.

*Olvide todo hasta mañana, señor. Descanse durante una hora en el ambiente que le crearé. Luego vaya a la casa. Tome un baño y haga que le sirvan una buena cena.*

—¿Y para después que me aconseja? ¿Ver la televisión?

*No, señor. Algo más eficaz para hacerle olvidar sus problemas y preocupaciones.*

—¿Qué es, Sheila?

*Disfrute con Brigitte, señor. Disfrute con ella.*

—Lo haré.

*De lo demás me ocupo yo. Estaré al tanto de sus reacciones en la casa y actuaré en caso de que usted lo necesite. También atenderé los asuntos que puedan surgir en la oficina. Déjelo todo en mis manos.*

—Gracias.

*Ahora, relájese.*

Comienzas a aflojar tus músculos cuando la luz se apaga. Unos aplausos se escuchan desde todos los ángulos. Varias pantallas se iluminan en el recinto.

En la que tienes ante ti ves tu figura tridimensional. Es el día en que ocupaste la presidencia de la Texxon. Se oyen aclamaciones y tu nombre repetido: Fielding. Fielding. Una multitud parece corear: Wil-bur-Fiel-ding. Wil-bur-Fiel-ding.

En la pantalla a tu derecha te ves, altivo, recibiendo de manos de un viejo encopetado aquel premio sueco de la paz. Wil-bur-Fiel-ding. Ensordecedores aplausos.

Te vuelves hacia atrás y te ves en una ceremonia de inauguración. Estás colocando la primera piedra en la gran fábrica de misiles Black Dawn, perteneciente a tu corporación. Las voces gritan: Wil-bur-Fiel-ding-Wil-bur-Fiel-ding.

A tu izquierda estás, magnífico, el día en que te visitó McEwan: el presidente de los Estados Unidos. Los aplausos truenan en el recinto. Las voces chillan en descontrolada histeria: Wil-bur-Fiel-ding-Wil-bur-Fiel-ding.

Y en medio de todo, tú, sobre el diván, vas creciendo, llenándote, ocupando la habitación, más aún, tu oficina, aumentando, más y más, con esos aplausos, y colmas el edificio, y más, con esos gritos, la ciudad, te adueñas de ella, toda, y más, tu imagen enorme, gigantesca, el país, te apoderas de él, con tu figura colosal, desmedida, que se desarrolla, más y más, con cada grito, con los aplausos, con tu fuerza, y llegas a abrazar al mundo, con tu belleza, te posesionas de él con tu cuerpo universal, lo cubres, tú y el mundo, y más, lo oprimes, suave, Wilbur, con los chillidos, y más, firme, Wilbur, tuyo, el mundo, duro, Wilbur, más y más, fuerte, Wilbur, fuerte y fuerte, más y más, Wilbur, Wilbur, Wilbur...

¡TODO! ¡TODO! Wilbur... Wilbur... Wilbur... Te pierdes, Wilbur... Menos, Wilbur... Ya, Wilbur... Ya.

Eres feliz. Se van apagando las imágenes. No hay aplausos ni gritos. Estás totalmente relajado. Sólo hay silencio. Todo apagado. Qué agradable sopor, Wilbur. Qué agradable. Fuiste feliz. Irás a casa. Todo sereno, Wilbur. Te darás un baño y comerás bien. Todo apacible. Y después a dormir. Todo normal.

Hoy, Wilbur, ya no necesitas ver a Brigitte.

Kurt Hoffman levantó la vista del informe y la clavó pensativo en las cortinas de su despacho. Lo que acababa de leer podía transformar de un tirón sus planes del día. De tener valor ciertas sugerencias anotadas allí, tendría que cancelar su viaje a la sede de la Multilever en Bruselas y apenas unos minutos antes, había dado órdenes para que alistarán su jet particular.

Consultó su reloj. Disponía aún de dos horas para descifrar la utilidad del informe. Provenía éste de su agente de misiones especiales Gertrudis Monforte y, después de leer una primera parte aburrida —ya que sabía los pormenores de lo ocurrido en Madrid—, se encontró súbitamente interesado por los últimos párrafos escritos por la vieja.

Y eran precisamente los que le ofrecían dudas.

Para empezar, tenía en su poder el criterio del enlace entre ambos, Julián Mendoza. Y la opinión de éste no favorecía mucho a Gertrudis en algunos aspectos.

Claro, no se refería a la misión principal, calificada por Mendoza de «brillante», sino al comportamiento «indigno» de la agente durante su estancia en España. Según Mendoza, la vieja vivió un romance tan apasionado con el joven agente *Cifar* que pudo poner en peligro el éxito de la operación. Y agregaba que, más tarde, «decidieron continuar sus desafortunados amoríos nada menos que en Checoslovaquia».

—Vieja arpía —se dijo Hoffman y sonrió.

Recordaba las recomendaciones entre líneas, hechas por Gertrudis en su informe, acerca de *Cifar*: «Un mocito muy despierto», «Tiene cerebro...».

Terminó por echarse a reír cuando su mirada se detuvo en la frase: «Vale mucho y sabe hacer miles de cosas.»

Por supuesto, Hoffman no se creía un moralista, aunque presumía de tener arraigados ciertos conceptos éticos. Le parecía que la conducta de Gertrudis Monforte, en realidad, podía verse impropia para sus canas, si es que las dejaba brotar en su color natural. Sin embargo, por otra parte, tenía como costumbre evaluar las actitudes de acuerdo con los resultados

concretos, buscando ese aspecto práctico en el cual había sido educado y que siempre, inevitablemente, debía conducir al éxito.

Y había un hecho inobjetable: ambos, tanto la dama como su galán, habían triunfado.

Entre los dos apartaron del camino de la Multilever a un peligroso enemigo. Con la eliminación física de Corona, un líder de mucho prestigio dentro de la clase obrera, los que abogaban por completar la nacionalización de las empresas y capitales extranjeros en España acababan de sufrir un duro golpe. Transitorio, desde luego. Eso lo comprendía Hoffman. Pero los demoraría en su reorganización y la Multilever ganaría tiempo.

Ésta parte estaba lograda y no le preocupaba.

Lo que le hacía meditar y estaba a punto de retrasar su viaje a Europa, era el párrafo en que la vieja justificaba su viaje a Checoslovaquia.

Analizando fríamente —y Hoffman sabía hacerlo—, no estimaba que Mendoza tuviera razón. El cerebro de Gertrudis siempre había sido lúcido. Y no creía que por un enamoramiento repentino se arriesgara a mentirle con el único propósito de pasar una luna de miel a su costa con el «mocito de oro». Esto había que descartarlo. Más bien, pensaba que su agente había decidido combinar lo útil con lo agradable.

Y, ¿qué era lo útil?

Hoffman alargó su mano derecha y eligió un creyón rojo de la lapicera. Con mucho cuidado, comenzó a subrayar líneas entre párrafos y luego desplegó las hojas del informe ante sí, sobre la superficie de la mesa. Leyó sólo lo marcado y despreció el resto. Entonces pudo ver «lo útil» más claro, aunque paradójicamente se tornara nebuloso al tratar de definirlo.

¿Qué se traería Sturgeon al enviar a su agente estrella a Checoslovaquia? ¿Tendría razón Gertrudis cuando le indicaba el nexo de la muchacha con aquel congreso científico? Y, de ser así, ¿qué importancia tenía para la Multilever este hecho?

Hoffman soltó el creyón sobre la mesa. No ignoraba que la rivalidad entre las transnacionales Texxon y Multilever se había agudizado mucho últimamente. Incluso, su vicepresidente de Ventas en Europa lo había estado alertando sobre las maniobras que la Texxon fraguaba.

Sus objetivos eran muy claros: desplazar en el mercado de alimentos a la Multilever para, en un plazo más o menos corto, asimilarla. Ese pulpo insaciable que se llamaba Wilbur T. Fielding no descansaría hasta lograrlo. Y cada vez resultaba más difícil competir con él en América.

Pese a que su rama básica era la energía y no los alimentos, como era el caso de la Multilever, la Texxon había ido cambiando su estilo bajo la dirección de Fielding. Hoffman no desconocía que a su rival —parafraseando cierta expresión común— nada comerciable le era ajeno.

Conducida por Fielding, la Texxon se había dado primero a la tarea de ofrecer mucho más baratos los artículos eléctricos que, en una de sus ramas colaterales, fabricaba la Multilever. Y la diferencia en calidad era mínima. Con esta medida se perdieron varios mercados importantes. Fue el primer zarpazo de Fielding y a éste le siguieron otros: fottomóviles más ligeros y eficientes; artículos de vestir novedosos; computadoras de cuarta generación más audaces, con sistemas para archivar la información por medio del láser... En fin, la poda de todas las ramas del árbol de la Multilever hasta arrinconarla contra su añoso tronco, ya descortezado: los alimentos.

Y ahora, incursionaba con éxito en este dominio no sólo en América, sino también —por qué negarlo— en Europa Occidental.

Kurt Hoffman apretó los párpados con fuerza y se preguntó una vez más hasta dónde llegaba su responsabilidad en lo que estaba ocurriendo. Y la respuesta, como siempre, lo dejó tranquilo consigo mismo, pero no satisfecho.

Como jefe de Control de la Multilever, le había advertido infinitas veces a su presidente, Allan Dickens, sobre la absoluta necesidad de invertir sumas más importantes en la investigación científica. Pero el Gran Viejo, como era llamado por todos, era incommovible en ese aspecto.

Dickens, al final de cada año y durante la discusión del presupuesto, decidía invertir muy poco en los renglones científicos, si se comparaba con las elevadas cantidades que destinaba a otras empresas productivas. Y ésa era la situación. Sin desarrollo científico no podían conseguirse innovaciones tecnológicas. Y Dickens no parecía darse cuenta de esta verdad. Creía que todo podía resolverse a la antigua usanza, cuando la Multilever asimilaba constantemente a sus competidores y, despejando el camino sin piedad, podía

darse el lujo de hallar ridículo un aumento de los gastos para «el almacén de probetas», como le gustaba designar a los laboratorios del consorcio.

Desde luego, por encima de Dickens estaban los accionistas, verdaderos dueños de la Multilever. Ellos exigirían, después de analizar los resultados. Y lo que Hoffman había callado con habilidad en la última reunión, llegaría a explotar irremediabilmente.

Hoffman se recriminaba muchas veces por haber guardado silencio ante los principales accionistas. Hubiera sido fácil salvar su pellejo para el futuro, mantener la posición alcanzada aunque el Gran Viejo se fuera al infierno con su falta de previsión y sentido común. Pero el jefe de Control de la Multilever no lo hizo. Para colmo, había mentido en cuanto al proyecto de oferta y demanda en Europa Occidental durante el próximo año.

¿Los motivos?

Podían explicarse con una sola palabra: agradecimiento. El ahora poderoso jefe de Control de la Multilever no podía olvidar que, de no ser por el Gran Viejo, jamás hubiera escalado una posición tan alta en la escala social.

Había sido Dickens quien, como vicepresidente de Inversiones en aquella época, había descubierto las imperceptibles pero constantes fugas de capital controlado por computación. Pero no armó revuelo. Personalmente, como hacía casi siempre, investigó paso a paso hasta llegar a un oscuro operador de segunda categoría que utilizaba su computadora para robar. El empleado se nombraba Kurt Hoffman y no mostró temor alguno cuando su jefe lo acusó de ser el autor de las faltas de dinero.

Hoffman, intuyendo de inmediato con ese olfato certero que poseía, que Dickens estaba mucho más interesado en saber que en castigar, no tuvo reparos en contarle su «método» en cuanto el viejo se lo pidió.

La artimaña se basaba en un hecho concreto: la información en una computadora existe puramente por anotaciones magnéticas y electrónicas, sin equivalente de la escritura personal que identifique quién hizo e ingresó los datos. Para comprobar una cosa con otra, se requeriría una complicada y tediosa verificación que determinara la persona y fecha para cada documento. Teniendo en cuenta que el volumen de los mismos en el consorcio era inmenso y que, además, la información siempre se encontraría desfasada con

respecto a los documentos originales, Hoffman lograba crear la impresión de que sus números totales cuadraban. De esa manera intercaló con impunidad docenas de cheques incorrectos y hasta un par de compañías fantasmas que abastecían regularmente sus bolsillos.

Hoffman relató con desfachatez su maniobra a Dickens por dos motivos. En primer lugar, si lo llevaban ante los tribunales, sería muy difícil probarle el delito —Kurt era uno de los cien empleados que tenían acceso a las computadoras— y casi imposible obtener una condena. Y, en segundo lugar, pero mucho más importante, estaba el hecho de que jamás la Multilever desacreditaría ante el mundo el costoso andamiaje electrónico que controlaba sus miles de millones de dólares en inversión. Y la grieta en el sistema se haría pública en cuanto lo acusaran a él.

Por eso Hoffman, dando por sentado que sólo lo despedirían, exigió al viejo una carta de recomendación para buscar empleo en otro lugar.

Grande fue su desconcierto al notar que Dickens acogía el chantaje con una sonrisa, y más aún cuando, palmeándole el hombro, le dijo: «Creo, joven, que usted ha padecido por nuestra parte una lamentable subutilización. Tiene usted audacia y talento, y eso no se compra en un drugstore. Lo espero mañana temprano en mi despacho.»

Por supuesto, Hoffman asistió puntualmente. Y, a partir de ese momento, se convirtió en la mano derecha del Gran Viejo hasta llegar ambos a la cúspide de la Multilever.

Tenía mucho que agradecerle a Dickens.

Bajo su protección había aprendido todo lo que sabía. Sólo que sus conocimientos rebasaban ya los de su maestro.

Pero, ¿debía por eso traicionarlo?

Como jefe de Control —un término vago, creado especialmente para él—, su poder era casi ilimitado dentro y fuera del consorcio. En sus manos descansaban las puntas de miles de hilos invisibles, cuyos otros extremos se desperdigaban por todo el mundo. De sólo quererlo, Hoffman tiraba de uno de esos hilos y cualquier persona podía morir bajo las ruedas de un auto, ser espía en sus momentos más íntimos o resultar silenciada por el chantaje.

Sí, su poder era grande. Y también se había endurecido. Pero, a pesar de la frialdad despiadada de sus razonamientos, de la poca confianza que le

inspiraban las órdenes de Dickens, Kurt Hoffman no quería ser el primero en ponerle una zancadilla al Gran Viejo.

Para distraer su pesimismo, Hoffman se puso de pie, recogió el original en español del informe y lo llevó a la otra habitación. Después de guardarlo en su archivo, donde no podía hurgar nadie excepto él, regresó a su mesa y echó una mirada sobre las hojas en inglés que el traductor electrónico le había facilitado. Fue entonces cuando reparó en uno de los subrayados del informe. Era negro y, por tanto, no había sido realizado por su mano.

Pertenecía al original de Gertrudis Monforte y destacaba la palabra «urgencia».

¿Tendría razón su agente o sería, después de todo, una exageración de su carácter latino?, se preguntó Hoffman. Tenía que definirlo. Y sin tomarse demasiado tiempo. Su avión particular ya se encontraría listo para llevarlo a Bruselas.

Siempre en estos casos, Hoffman prefería confiar en su intuición. Y la dejó libre, tal como un sabueso hace con su olfato.

A los pocos minutos, hacía uso del teléfono para cancelar los preparativos del viaje y, de inmediato, oprimía la tecla especial que marcaba de un tirón los nueve dígitos de la residencia de su jefe.

Allan Dickens sería una consulta inapreciable en este caso. Nadie como él para conocer al solapado Warren Sturgeon. Y Hoffman estaba seguro de encontrarlo en su casa: en esa semana, convalecía de una fractura en la pierna derecha y estaba imposibilitado de viajar.

Tuvo que aguardar medio minuto antes de obtener respuesta y, cuando comunicó, la experiencia le resultó extraña. Al encenderse la pantalla no fue el rostro del presidente de la Multilever lo que se definió ante sus ojos.

La imagen estaba ocupada casi por completo por una boca femenina, de labios un tanto gruesos pero bien dibujados. Una capa de pintura muy roja cubría aquellos labios que se unieron de pronto, formando un beso, para luego abrirse en una sonrisa blanca, perfecta.

Kurt Hoffman dilató la imagen y se encontró con la expresión burlona de Elaine Dickens, la joven esposa de su jefe.

—¿Te gustó la broma, niño? —preguntó sonriente. Hoffman se contuvo.

Había aprendido que su mejor arma contra Elaine era la indiferencia. Debido a eso, se controló y pidió con naturalidad:

—Pásele la llamada a su esposo, por favor.

Elaine se echó a reír.

—¿Por qué esa prisa? Mi marido es feo... ¿Prefieres conversar con él antes que conmigo?

—Por favor... —reiteró Hoffman.

—Creo que estás perdiendo el sentido del humor, muchachito.

A su pesar, la ironía siempre le hacía daño a Hoffman.

—Y usted el del pudor —respondió—. ¿Por qué no se viste antes de contestar al teléfono?

Elaine sonrió como si acabara de hacer una travesura.

—Si alguno de los dos ha perdido algo, ése eres tú. Por lo menos la vista. Estoy vestida, niño. Mi trusa es nueva. Exclusiva. Y te la mostraré, ya que no verás otra igual...

Elaine se apartó unos pasos e inició un giro del cuerpo, pero Hoffman interrumpió la emisión de imagen.

Al poco rato, la voz de la muchacha dijo:

—Está bien, niño. Te voy a poner con tu papá.

Y, casi al instante, el tono grave de Dickens preguntó:

—¿Kurt...?

Hoffman accionó de nuevo el emisor. Dickens, con los hombros huesudos cubiertos por una bata de seda, recibía la llamada en su despacho privado. Un lienzo de Gauguin, situado a sus espaldas, enmarcaba con ardientes colores su largo cabello blanco.

—¿Qué pasaba con la imagen? —preguntó.

—No me lo explico, señor.

—Anjá. Entonces tu teléfono, debe de estar roto, como mi pierna —sonrió Dickens y agregó extrañado—: Creí que partías hoy hacia Bruselas. ¿Sucede algo?

Hoffman asintió.

—¿Urgente?

—Eso creo. ¿Puedo ir a verlo?

—Por supuesto; cuando quieras.

—Estaré allí dentro de media hora, señor.

Dickens lanzó una mirada penetrante a la pantalla, como buscando alguna impresión en el rostro de Hoffman. Luego dijo:

—Bien, Kurt. Te espero.

Y cortó la comunicación.

Hoffman abrió su maletín, introdujo en él la copia del informe y, veinticinco minutos después, su Rolls Royce blindado color arena se adentraba por el camino en ascenso que llevaba hasta la residencia de su jefe.

Contra su costumbre, Hoffman abandonó el camino principal y se introdujo por un sendero bordeado de cipreses que conducía al terreno de golf, a un costado de la residencia. Suponiendo que Elaine se encontraría en la piscina, dejó el auto en el extremo opuesto y atravesó a pie el cuidado césped. Con esa medida, pensó que evitaría tropezarse con la joven.

Sin embargo, no consiguió sus propósitos.

Acababa de llegar a la terraza cuando la esposa de su jefe surgió detrás de un macizo de plantas ornamentales.

—¡Sorpresa! —dijo.

Su expresión era tan burlona como la de un rato antes, pero el brillo de sus ojos oscuros delataba otras intenciones.

Fáciles de descifrar para Hoffman.

—¿No querías verme?

—Francamente, no —respondió, tratando de mirar con frialdad a la muchacha.

—Pues yo sí quería verte —repuso Elaine acercándose unos pasos—. ¿No te gusta mi trusa?

Llevó las manos a las dos franjas transparentes que descendían desde su cuello, semiocultas por el largo cabello negro.

—Se parece a usted —observó Hoffman.

Elaine se pegó a él despacio. En ese momento, el jefe de Control de la Multilever se sentía tan indefenso como el último de sus subordinados cuando recibía alguna citación en su oficina. Dejó que ella lo abrazara y trató de pensar en otra cosa cuando los labios de la joven se apretaron contra los suyos.

El beso duró varios segundos. Al cabo, Elaine se apartó. Ya no quedaba ironía en sus ojos. Sólo rencor. Tanto que sobrecogió a Hoffman.

—¿Eres de piedra? —preguntó.

Hoffman sacó su pañuelo, y dijo:

—Espero que haya terminado. ¿Me equivoco?

Elaine llevó una mano a la mejilla como si hubiera recibido una bofetada. Luego retrocedió mirando con odio a Hoffman, dio media vuelta y se alejó de prisa, rumbo a la piscina.

Hoffman se pasó varias veces el pañuelo por su boca, lo guardó y, abriendo la puerta posterior de la terraza, entró en la sala de la residencia.

—Sube, Kurt. Te esperaba.

Hoffman levantó la vista.

Dickens se encontraba acodado al pasamano de la escalera, en el segundo piso. Su mano derecha sostenía un ligero bastón metálico. Hoffman subió la escalera y se reunió con su jefe, quien, a manera de saludo, le oprimió un hombro con afecto.

—Observé que dejaste el auto lejos —dijo Dickens señalando una hilera de pantallas adosadas a la pared.

—Quise caminar un poco, señor.

El viejo no dijo nada más y ambos entraron en su despacho.

Como sabía Hoffman, el refugio privado de su jefe tenía un valor incalculable. Y éste no consistía tan sólo en los costosos sistemas de protección contra robos, ni en el elevado precio del complejo electrónico — una maravilla de la sofisticación— que impedía el uso de micrófonos, láser-visión o cualquier otra técnica conocida de espionaje.

Se trataba de algo que sí estaba a la vista de cualquiera: la decoración. Allan Dickens había invertido casi siete millones de dólares sólo en lienzos de artistas famosos. A esta cantidad habría que añadir dos millones más en innumerables objetos de arte, obras maestras en oro, plata y marfil que representaban todas las épocas y culturas.

A pesar de eso, el enorme despacho no daba la impresión de una sala de museo, fría e impersonal. Al contrario. El conjunto de muebles y pinturas brindaba a primera vista una sensación agradable de belleza y comodidad.

Dickens hizo que la puerta se deslizara hasta cerrarse con un chasquido hermético y dijo:

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Kurt Hoffman lo siguió hasta un ángulo de las paredes, cercano al ventanal. Allí, a la altura de los ojos, colgaba un cuadro con marco dorado. Dickens corrió las cortinas y dejó que la luz bañara el lienzo.

—¿Qué te parece?

Hoffman no contestó. Aunque no era un gran conocedor, quedó impresionado mirando aquel rostro de mujer, tosco como el de una hortelana, cuyos ojillos taciturnos lo miraban desde varios siglos atrás.

—Es un Rembrandt —definió Dickens con orgullo y añadió—: Fue un enredo traerlo desde Inglaterra, donde vive el que era su dueño. Te contaré...

Pero Hoffman dejó de escucharlo.

Una cólera profunda se lo impedía.

Mientras la fuerza de la Multilever se minaba por la pobre inversión científica, el Gran Viejo se daba el gusto de gastar cualquier suma, no importa lo descabellada que fuera, para rodearse de belleza.

Bien era cierto que esta vez se trataba de su dinero y podía hacer con él lo que le diera la gana. Pero el otro no le pertenecía. Y lo invertía mal. Fríamente, mientras escuchaba la voz de su jefe, Hoffman se prometió que no saldría de allí sin hablarle de nuevo del asunto.

—Pero me salí con la mía —terminaba el viejo—. ¿No vale la pena?

Hoffman lo miró a la cara, algo que no había hecho para no delatar la rabia que sentía. Pero la frase que iba a decir quedó trunca en sus labios. Había encontrado un detalle en las facciones de Dickens que traicionaba el aspecto austero y patriarcal que ofrecían de ordinario.

Allan Dickens tenía los labios manchados de pintura roja. Tan roja como la que cubría la boca de Elaine.

—Creía que me estabas atendiendo, hijo.

—Lo atiando, señor.

Dickens sonrió.

—No mientas, Kurt —reprochó el viejo. Se llevó una huesuda mano a la boca y la pasó con fuerza por ella. Luego añadió—: No se cae con facilidad, ¿comprendes?

Hoffman enrojeció.

—Entonces...

—Por supuesto, Kurt. Tú también la tienes. No, no expliques nada. No es necesario. Lo vi todo desde aquí.

Dickens se acercó al ventanal y señaló abajo, hacía la terraza. Hoffman observó que, en sentido contrario y mucho más distante, la mayor parte de la piscina quedaba a la vista. En ese momento, Elaine terminaba de cruzar un sendero bordeado de césped y se detenía frente a un hombre, a pocos pasos del agua.

Hoffman trató de reconocerlo, pero sólo pudo ver cómo se despojaba de la ropa y quedaba en trusa junto a la muchacha. Era delgado, pero musculoso, y muy joven a juzgar por la elasticidad de su cuerpo.

Dickens lo sacó de dudas:

—Es su nuevo amigo —explicó—. Se llama Sadd Cleans, ¿no te dice nada el nombre? —

Hoffman asintió.

Por supuesto que le decía mucho. Se trataba de un cantante de moda, y el jefe de Control de la Multilever se había preocupado por averiguar su vida y milagros desde que salió por primera vez con la esposa de su jefe. Y no era una excepción. Se había impuesto esa tarea con cada «nuevo amigo» de Elaine desde que descubrió que uno de ellos, el número cuatro o cinco en la lista de la muchacha, no resultaba tan inofensivo como quería dar a entender. En aquella oportunidad, Elaine había sido víctima de un chantaje holográfico y hubo que eliminar del mundo de los vivos a su pícaro galán.

Sin embargo, éste no era el caso de Sadd Cleans. Según le habían informado sus agentes, se trataba de alguien que sacaba mucho partido de su voz, manejaba una gran fortuna y varios autos de lujo mientras era asediado por la mitad de las jóvenes de Norteamérica. Hoffman se preguntó qué diablos hacía en esa casa. Y no porque Elaine fuera una mujer despreciable, ni mucho menos. El sentido de su pregunta se dirigía a la quiebra de autoridad que significaba el hecho para su jefe.

El Gran Viejo jamás había permitido tal libertad a Elaine. Hoffman sabía que consideraba a su hogar como un santuario, donde nada debía encontrarse fuera de lugar. Y Sadd Cleans lo estaba.

—Como sabrás, hace un par de meses que salen juntos —dijo Dickens en tono normal, como si estuviera comentando el tiempo. Cerró las cortinas y, señalándole una butaca a Hoffman, se sentó frente a él—. No puedo estar mucho rato de pie, hijo. La fractura soldó mal —extendió la pierna y la colocó sobre una mesita repleta de cojines. Luego le mostró a Hoffman dos puntos rojizos a la altura de la rodilla y explicó—: Hubo que «encolar» los huesos de nuevo, pero dentro de dos o tres días podré caminar sin el bastón.

—Me alegro, señor.

—Con la edad, los huesos no se componen muy fácil... Pero, ¿qué te decía...? ¡Ah, sí! Quería pedirte que no te avergonzaras. De sobra sé que, posiblemente, eres el único hombre en Las Vegas que no se ha acostado con Elaine...

—Señor...

Dickens levantó una mano autoritaria. No soportaba que lo interrumpieran cuando hablaba.

—Existen cosas, Kurt, que sólo se admiten cuando uno es viejo. O muy tonto. Yo soy muy viejo, hijo.

Hoffman se puso alerta.

Conocía lo suficiente a su jefe como para saber de sobra que guardaba una carta oculta en la manga. Al menos, el tono empleado se lo anunciaba. Pero, ¿de qué podía tratarse?

Kurt Hoffman no hallaba la respuesta.

Pese a haber estudiado a fondo los informes sobre Sadd Cleans, no notaba grandes diferencias entre él y la mayoría de los anteriores amantes de Elaine Dickens.

Y éstos podían contarse por docenas, lo cual para nadie en Las Vegas o en Bruselas resultaba un secreto. Sin embargo, con la excepción de Dickens, Hoffman y la propia Elaine, no se conocía el verdadero motivo de que la joven cometiera sus constantes adulterios.

La historia era muy simple, melodramática, y no tenía que ver para nada con los años que albergaba en su duro pellejo Allan Dickens, pese a que muchos pudieran pensarlo.

El Gran Viejo había conocido a Elaine cinco años atrás, durante una reunión de directivos de compañías independientes entre sí, aunque

relacionadas con la rama de los alimentos. La cita, en el lujoso hotel Sheraton, con el clima agradable de La Florida, había sido propuesta y subvencionada por la Multilever, la cual había enviado a su presidente, Allan Dickens, con el propósito de convencer y lograr que el grupo de magnates se uniera al consorcio.

Uno de los más recalcitrantes enemigos de la unión, Lutero Bartle, había llevado consigo a su familia tal como hicieron muchos de sus colegas. De esa manera fue como, durante un almuerzo, el señor Bartle le presentó ocasionalmente su hija, casi una niña, al libidinoso Dickens, quien quedó prendado de inmediato de la hermosa muchacha.

A partir de ese instante, quiso obtenerla a toda costa. Pero de querer a poder existe una buena distancia. Sobre todo para un pretendiente que le lleva más de cincuenta años a la dama y con la agravante de que ésta era la hija de un hombre rico.

Más, esto no arredró a Dickens. Y un hecho vino en su ayuda.

Mientras Bartle votaba en contra de la unión con la Multilever —la cual fue aprobada por mayoría— y se separaba del resto de los productores para continuar independiente, no se le llegó a ocurrir que también había votado por su ruina más absoluta, tanto financiera como moral. A los pocos meses, el magnate comenzó a sufrir descalabros y pérdidas, con una rapidez alucinante: sus productos —el señor Bartle comerciaba con alimentos para animales domésticos— se quedaban en los *groceries* y tiendas especializadas, como si todos los perros y gatos de Norteamérica le hubieran declarado un boicot de mutuo acuerdo. Pronto la situación se le hizo insostenible. Y el señor Bartle sólo comenzó a explicarse su tragedia cuando una mañana se presentó en su residencia de New Orleans un joven impecablemente vestido de gris, con una gran sonrisa y una propuesta.

El visitante era Kurt Hoffman y le propuso ayuda económica suficiente para levantar el negocio y evitar la ruina. El empréstito —que ya le había sido negado por los principales bancos— venía a título personal de Allan Dickens y no tenía nada que ver, según aseguró el joven, con los intereses de la Multilever.

Inclinando su cabeza por primera vez, el señor Bartle agradeció el gesto y aceptó además una invitación a nombre de Dickens para pasar un fin de

semana jugando golf en su residencia de Las Vegas. Por supuesto, el agasajo se hacía especialmente extensivo para la joven Elaine, quien no podía dejar de ir al *week end*.

Al asistir, el señor Bartle inclinó la cabeza por segunda vez y la mantuvo así hasta su muerte, ocurrida poco después de realizarse la boda de su hija con Allan Dickens. Al cabo del tiempo, fue la única solución que encontró el ex magnate para evitar que su hermosa hija terminara como *sexy-girl* en un cabaret de tercera categoría.

Para Elaine, el matrimonio significó dos cosas: el comienzo de una vida deslumbrante, llena de lujos increíbles a los que no estaba acostumbrada debido al puritanismo de su padre, y la atención de un marido poco molesto que adivinaba hasta sus gustos más ocultos. También fue para ella una especie de pago a una deuda sentimental: no olvidaba que había sido Dickens quien trató de salvar a su padre de la bancarrota.

Sin embargo, la verdad le llegó una noche, envuelta en la voz, melosa y tartamudeante por la borrachera, de su mejor amiga, cuando ambas compartían una fiesta de pocas parejas y mucho whisky a bordo del yate recién estrenado de Elaine.

Envidiosa, la amiga le descubrió algo que, hasta ese momento, sólo había sido un secreto para Elaine: el viejo Dickens la había obtenido a costa de arruinar hasta el último centavo a su padre. Al saberlo, la joven, que había bebido más de la cuenta, tomó una resolución y salió a cubierta.

Sólo la vieron saltar por la borda y hundirse con rapidez en el mar dos hombres: Kurt Hoffman y Allan Dickens, quienes, como buenos abstemios, se habían apartado de sus pegajosos invitados para tomar el fresco cerca de la popa.

De cierta manera, fue una suerte para Elaine que Hoffman resultara un nadador bueno y resistente. Gracias a él salvó la vida. Aunque nunca estuvo segura de querer recuperarla realmente.

Pero, en definitiva, fue una Elaine la que saltó al agua y otra la que rescató Kurt Hoffman. A partir de ese momento, su actitud pasiva cambió por completo hacia el mundo en general y hacia Dickens en particular. Y, para demostrarlo, esa misma noche hizo el amor con uno de los camareros de la embarcación.

Fue el primer adulterio en la lista de Elaine.

Y por ella habían pasado cuatro años y varias docenas de amantes —los segundas bien a la vista, para vengarse de Dickens—, pero en lo esencial su desenfreno tenía un límite: la residencia de su marido. Fuera de ella se le permitía todo, aunque bajo control de observación; dentro, casi nada, sólo lo que le parecía bien, al Gran Viejo.

De ahí que Hoffman se preguntara extrañado a qué obedecía este cambio en las ideas de su jefe, quien estaba admitiendo que Elaine compartiera su piscina con aquel cantante de moda.

—Soy muy viejo —repetía Dickens en ese momento y añadió—: pero no tengo un pelo de tonto, hijo.

Hoffman lo vio colocar la punta del bastón en el suelo e inclinarse hacia él como para comunicarle un secreto.

—Con respecto a este muchacho que la acompaña ahora, me siento tranquilo —sonrió enigmático—. Es más: prefiero que salga con él y no con otro.

—No entiendo, señor.

—Lo entenderás, Kurt. No te apures —Dickens volvió a sonreír y, decididamente, su sonrisa no agradó a Hoffman—. ¿Recuerdas la investigación que ordené que le hicieras?

—Por supuesto. Conservo el informe.

—Lo leí, Kurt. Era excelente. Pero le faltaba un detalle. Algo sin importancia, excepto para tres personas: Elaine, ese muchacho y yo.

—No sé a qué se refiere, señor.

—Verás, verás. Me llamó la atención la historia de ese joven: es famoso, bien parecido, millones de fanáticas lo asedian... Incluso fue declarado Sex —Símbol de América... Por supuesto, te estoy contando algo que sabes: lo leí en tu informe. Pero me pregunté la razón por la que este cantante hacía vida de ermitaño, aislado de otros artistas y sin relacionarse apenas con las bellas mujeres que le proporciona su profesión...

Dickens hizo una pausa y Hoffman se preguntó qué podía traerse entre manos su jefe que él mismo no supiera.

—¿No te llamó la atención este punto? —preguntó el viejo y agregó ante el silencio de Hoffman—: A mí sí. Y, para salir de duda, hice algo: soborné a

su siquiatra. De esa manera me enteré del detalle que te dije. No, no pienses mal del muchacho. Es sano, sin pizca de extravagancia sexual: «Un joven de procedencia campesina, del Oeste», tal como decía en tu informe. Sólo que la ciudad lo ha golpeado un poco. La palabra del siquiatra fue «trauma», según creo. En fin, nada grave. Pero su problema lo convierte en alguien tan inofensivo para el amor como pudiera serlo... un canario castrado.

De súbito, Dickens se echó a reír. Y, verdaderamente, hacía mucho tiempo que Hoffman no lo veía reír de esa manera, hasta que las lágrimas rodaran por sus mejillas. La paciencia de Hoffman comenzó a ponerse a prueba al oírlo repetir entre carcajadas, una y otra vez, el calificativo para Sadd Cleans.

—Sí, «un canario castrado». Podrá cantar —sentenció pasando una mano por su rostro—, pero nada más...

Se recostó en la butaca, exhausto. Su respiración cobró un sonido asmático mientras se normalizaba. Al cabo de unos segundos, cuando abrió los ojos y habló a Hoffman, su tono era el mismo de siempre.

—Perdona, Kurt. Pero no resistí la tentación de cogerte en falta. Eres demasiado eficaz. Es tu defecto.

—Tiene razón en lo primero, señor —admitió Hoffman—. Pasé un detalle por alto. Le prometo que no volverá a suceder.

Dickens sonrió y dio un manotazo, como si apartara la densa seriedad de su subalterno. Luego movió la cabeza y dijo:

—Bien, Kurt. Creo que hemos chapoteado de lo lindo en el fango. Pero, aunque divertido, es ajeno a tu visita. Entiendo que se trata de algo urgente, ¿no es eso?

—Exacto, señor.

—Muy bien —suspiró Dickens—. Vamos al grano entonces. Te escucho.

Elaine rodeó la piscina y se sentó junto a Sadd Cleans en el césped, bajo una gigantesca sombrilla de franjas rojas y azules. Sadd se volvió hacia ella y sonrió. La muchacha se pasó el índice por los labios, ahora sin una gota de pintura, y dijo:

—Están en el despacho. Debe de ser algo importante. Kurt acaba de suspender su viaje a Europa.

Sadd asintió.

—¿Todo... está bien? —preguntó.

—Sí, todo —aseguró Elaine—. Ya activé las bandas, si es lo que te preocupa.

—No he dicho que me preocupara.

Elaine lo miró un segundo. El rostro del muchacho mostraba indolencia, si es que mostraba algo.

—Pues sí. Lo hice —continuó, expresando repugnancia antes de pasarse el dorso de la mano por la boca—. Al viejo primero. Después de la llamada de Kurt, subí a su despacho y dejé que me sorprendiera allí. Fue desagradable. No sabes cuánto...

—Comprendo.

—Me besó una sola vez, pero fue suficiente. ¡Oh, Dios! Creo que nunca odiaré a alguien de esta manera...

Elaine se volvió hacia el bar rodante que se hallaba a su lado, oprimió un resorte y la parte superior se abrió en dos mitades, dejando a la vista varias botellas y vasos junto a una cubeta de hielo.

—¿Quieres uno? —preguntó mirando a Sadd.

—No, gracias.

—Pues yo sí —vertió dos dedos de whisky y le añadió hielo en abundancia—. No tengo que cuidarme la voz como tú. Bebo a cualquier hora y no me importa lo que piensen.

Sadd la miró beber y dijo desaprobador:

—Estás alterada, Ely. ¿Te pasa algo?

—No, nada. Es ese estúpido de Kurt. Siempre me saca de quicio. Es tan seco y frío que da asco.

—¿Algún inconveniente?

Elaine sacudió el vaso.

—Nada de eso. Todo salió bien. Sólo, que lo odio.

—¿Como a tu marido?

—Los odio a los dos. Quisiera verlos destruidos, sin un centavo, tal como murió mi padre. Por esa razón estoy haciendo esto, Sadd. Quiero vengarme.

—Es una buena razón, Ely.

Elaine bebió un buen sorbo y preguntó:

—¿Y tú? ¿Por qué lo haces? —vio que Sadd apretó los labios—. ¿Te pagan?

—No. Por lo menos, no de la forma que imaginas.

—¿Te obligan entonces?

—Me utilizan. Es todo —dijo y apretó los labios de nuevo. Elaine apuró el contenido del vaso y lo colocó sobre el mueble. Caminó hasta el borde de la piscina sin apartar la mirada del agua, espejeante bajo el sol de la mañana. Luego se volvió a Sadd y dijo:

—Prefieres no hablar de eso, ¿no es así?

Sadd asintió.

—Bien, entonces, ¿qué te parece si nadamos un rato?

El lienzo de Rubens mostraba un angelote gordo y rosado que, con expresión irónica, susurraba algo al oído de una ninfa cubierta de tules, tan gorda y rosada como su informante, pero con mirada bovina. Allan Dickens parecía estudiar los escorzos, como tratando de adivinar qué secretos podía soplar en la diminuta oreja de la ninfa aquel ángel travieso. Sin embargo, sus ojos mostraron perplejidad cuando los apartó del cuadro para dirigirlos hacia Hoffman.

—Esto no presagia nada bueno, Kurt —dijo, mostrando el informe que le había entregado su subalterno, enrollado en la mano derecha.

Hoffman tosió ligeramente.

—Pienso lo mismo, señor.

—Warren Sturgeon jamás ha hecho algo por gusto —cojeó unos pasos hasta regresar a su butaca y acomodarse en ella. Recostó su blanca cabeza en el respaldo—. Y no creo que sea ésta la primera vez que lo haga. ¿Te merece confianza tu agente?

—Es muy eficiente, señor —contestó Hoffman evasivo.

—Bien. Entonces partiremos de que lo que dice es cierto. Esto nos trae varias incógnitas. Y tendremos que despejarlas como en una ecuación si queremos llegar a la verdad.

—Permítame recordarle que mis sistemas de información no han arrojado nada sobre esto anteriormente...

Dickens sonrió.

—Lo cual nos lleva a Sturgeon y sólo a él, ¿no es cierto? Adivino tu pensamiento, Kurt. Sí, ya sé lo que me dirás: también la orden de mandar un agente a Checoslovaquia, a ese congreso científico, podía haber partido de Fielding o de Meyer, quienes permanecen inexpugnables para tus excelentes sistemas de información.

—Hasta el momento, señor.

—Por supuesto, Kurt. Supongo que, algún día, como la hormiguita del cuento infantil, logres penetrar por alguna grieta y observes el mundo de ellos dos.

Kurt Hoffman enrojeció visiblemente.

—Es difícil. Fielding vive completamente solo, en una casa automatizada, a prueba de cualquier medio de escucha o visión. No se le conocen amantes ni amigos y jamás visita a nadie. Se comunica con una computadora que lo cuida como si se tratara de un niño, incluso cuando se enferma. Él la llama Sheila. Hemos tratado de interferir esta comunicación, pero ha sido imposible: la clave que emplea es única y no podemos llegar a ella. En el caso de Meyer...

—Es más difícil aún, ¿no?

—Exacto, señor. Ese judío es mucho más hermético: no se dice ni a sí mismo lo que piensa. Ni siquiera confía en una computadora como lo hace Fielding. La única persona cercana a él, la esposa, permanece al margen de sus actividades. Uno de nuestros agentes logró entablar amistad con ella y, en cierta ocasión, le preguntó a qué se dedicaba su marido. La respuesta fue desconcertante. La señora Meyer cree que su esposo es un simple asesor de la industria bélica de la Texxon.

—Anjá —gruñó Dickens—. Y, en el caso de Sturgeon, ¿qué puedes decirme?

Los ojos de Hoffman sonrieron.

—Sólo tiene un punto vulnerable. Y usted sabe cuál es.

—¿Continúa siendo una urraca?

—No ha perdido esa manía, señor. Hay unos sótanos en The Gold Pyramid que, de no tener computadoras, se habrían hundido hace rato por los papeles que Sturgeon hubiera almacenado en ellos.

Dickens lanzó una carcajada corta. Extendió sus manos, como si ofreciera algo en ellas a Hoffman, y dijo:

—Muy bien. Suponiendo que la orden haya partido de Sturgeon, ahí tienes la solución. Creo que ya has hurgado en esos sótanos otras veces, ¿no es así?

—Saldrá caro, señor.

Dickens abrió los ojos, falsamente sorprendido.

—¿Me acusas de avaro, Kurt?

—No he querido decir eso. Sólo quería advertirle que nuestro agente en ese lugar pide sumas fabulosas, fuera de cualquier pronóstico.

—Aun así creo que vale la pena. Tienes el presupuesto más alto de la Multilever: úsalo. Activa todos tus agentes.

Dickens se puso de pie y quedó frente a Hoffman, apoyado en su bastón.

—Debes quedarte aquí, por ahora —advirtió—. Delega en alguien tus asuntos en Bruselas.

—Entendido, señor.

—Lo demás, sabes cómo hacerlo.

## 10

Si usted cruza el East River por el Brooklyn Bridge tendrá que fijarse necesariamente en un edificio que sobresale entre los demás rascacielos de New York. Es The Gold Pyramid.

Enclavado en el Downtown-Manhattan, The Gold Pyramid es visita obligada de cuanto turista llega a la ciudad. La propaganda lo ha convertido en una leyenda. Los anuncios hablan del inmueble de 170 pisos como *the best one*. Los neoyorkinos, conocedores de su peligrosidad e inoperancia, son menos cariñosos con la mole dorada y la llaman *The Dung*. Lo cierto es que resulta el edificio más visitado de New York.

Mientras usted, cómodamente instalado en una mesa y disfrutando de la vista de la ciudad asciende hacia el cielo en la cafetería-elevador, la joven

guía puede comunicarle que se dirigen al mirador del piso 168.

La bella empleada, además, le explicará que The Gold Pyramid fue levantado veinte años atrás, que es todavía uno de los pocos superrascacielos contruidos totalmente de plástico y aluminio y que sería capaz de albergar a más de cien mil personas.

Quizás también escuche que fue armado en tiempo récord de cinco meses, y que se inauguró en Thanksgiving Day, fecha en la cual se acostumbra cada año ofrecer oficios religiosos en su Roof Terrace, ya que es «el sitio del mundo moderno que más cerca se halla del Todopoderoso».

Y esa frase, en realidad, es la única totalmente cierta de toda la información: la oficina de Wilbur T. Fielding se encuentra en el piso 160. Y, para muchos, Fielding es la cumbre del poder humano.

Es que la guía nunca le dirá que desde ese edificio se dictan las disposiciones que dominan la casi totalidad del mundo capitalista. Porque en The Gold Pyramid radica el Centro de Control de la TGI.

La Texxon Group Inc. es un monstruoso conjunto de consorcios. Sus ventas en los últimos seis meses del año pasado ascendieron a 695 mil 500 millones de dólares: más que el producto bruto de todos los países capitalistas de América Latina.

Posee empresas subsidiarias en sesenta y cuatro naciones. Su nómina alcanza a 2 millones 105 mil 500 trabajadores, la mayoría de los cuales vive fuera de los Estados Unidos y recibe un sueldo veinte veces inferior a un empleado norteamericano.

No hace todavía un siglo, la Texxon Super Oil de New England era un monopolio petrolero. Al fusionarse con otros grandes consorcios y convertirse en la TGI, la energía continuó siendo su columna vertebral. La Texxon Energy Division se dedica —sin contar la extracción, refinamiento y venta del cada día más agotado petróleo— a la construcción de centrales nucleares, hidroeléctricas, acumuladores de celdas fotosensibles y al aprovechamiento de otras fuentes de energía.

Pero la Texxon Group Inc. también ha tenido un amplio desarrollo horizontal. Es conocido el slogan de «Usted alguna vez ha usado Texxon», que hace alusión a lo variado de sus productos. Porque la TGI lo mismo ofrece champú para perros que un satélite de fines múltiples.

Para ello están la Texxon Aircraft and Space Division —la rama más poderosa después de la energética—, la Chemical Division, la Electronic Division, la Steel Division, la Foods Division y decenas de consorcios más dedicados a la minería, armas, motores textiles, medicamentos, computadoras y todos aquellos renglones de la producción mundial que sirvan al hombre para vivir o matar, pero que produzcan dinero.

La Texxon Group Incorporaron, como institución, es en realidad un superestado supranacional. Posee una perfecta estructura de gobierno. Sólo carece de ejército. Pero eso es parte de su campaña de Imagen Pública, que intenta situarla alejada de los hechos violentos.

Cuando lo necesita, utiliza las fuerzas armadas de los Estados Unidos y otros países de sus zonas de influencia, que son las que se encargan de reprimir los movimientos populares, cada vez más frecuentes.

De una forma u otra, la TGI domina o presiona en todo el mundo capitalista.

Por eso no es extraño escuchar decir a cualquier creyente que «sólo Dios y la Texxon tienen tanto poder».

Y el centro de ese poder radica en The Gold Pyramid. Sobre todo en los pisos superiores, donde se hallan las oficinas de los más altos directivos.

Si usted visitara el edificio un día como hoy, la muchacha tampoco le informaría que, dos pisos más abajo del mirador, en el 166, donde se halla el gigantesco ventanal de cristales sombreados, se podría apreciar una inusual actividad.

En el salón de reuniones de la TGI se encontraban los más altos directivos de la corporación. Desde Avner Meyer, su vicepresidente primero, hasta Hiroshi Nakadai, pasando por Ernst Binder y Martin Duncan. En esta ocasión no había asesores ni sirvientes. Se trataba de una reunión *top secret* con los vicepresidentes.

Y todos esperaban la llegada de Fielding.

Junto al ventanal y, aparentemente, observando el gris y geométrico paisaje neoyorkino, se hallaban el grueso Robert Menotti, vicepresidente de Imagen Pública; y Warren Sturgeon.

Cuando Menotti extendió la mano, como señalando hacia el lejano U. B. C. Building, no llegó a comentar nada sobre el singular edificio.

—Necesito tu ayuda, Warren —fue lo que dijo.

Se veía deprimido. Además de estar sufriendo un resfriado, ese hombre tenía otros problemas. Sturgeon, en cambio, parecía centrar su atención en la puerta por donde debía entrar Fielding y hacia donde miraba con disimulo de vez en cuando.

—Se trata de Junior, mi hijo —insistió Menotti.

—Yo lo vi, no hace mucho, piloteando su auto de carreras —afirmó Sturgeon por decir algo—. Me pareció que gozaba de buena salud.

—Te equivocas, Warren. A quien viste fue a Salvatore.

—¿Cómo?

—Junior está mal —aseguró Menotti abatido—. Últimamente he tenido que usar un doble. Se trata de Salvatore, un muchacho que se le parece mucho. ¿Te das cuenta? Es que un hombre de mi posición no puede darse el lujo de que su hijo sea un guiñapo humano, Warren. Tienes que ayudarme — y añadió en voz baja—: Junior es un ostricher.

Sturgeon miró incrédulo a Menotti. Y esta vez sí le prestó atención.

—¿Un ostricher, dijiste? Pero, diablos, ¿cómo es posible, Robert? ¿Cómo has dejado que le suceda eso a tu propio hijo?

—No sé. La campaña que hicimos fue muy fuerte. Me descuidé con Junior. Y ahora no sé cómo sacarlo de eso.

Warren Sturgeon miró al hombre con cierta compasión. El movimiento de los ostrichers aglutinaba a una buena parte de la juventud norteamericana. Sus simpatizantes se caracterizaban por un total desinterés por la vida y un continuo intento de evasión de la realidad. Y para lograr ese fin no dudaban en acudir a la droga.

Sin preocupaciones ni deseos, un ostricher tampoco pensaba en política. Sturgeon sabía que la Texxon, en general, había tenido que ver con el desarrollo de ese movimiento. Y en particular, su vicepresidente de Imagen Pública, Robert Menotti.

«Qué ironía», pensó Sturgeon.

—Cuenta conmigo. Iré por tu casa —le prometió a Menotti en el instante en que la puerta del salón se abría y Wilbur T. Fielding aparecía en el umbral.

El silencio se hizo de inmediato entre todos.

—Buenos días, señores —saludó Fielding, vistiendo un elegante traje azul, muy bien cortado, que realizaba su atlética figura.

«Narcisista», pensó Avner Meyer mientras respondía con un hipócrita «Buenos días» al saludo de su jefe. Los demás ejecutivos, después de saludar, se dirigieron calladamente a la mesa.

La decoración del salón de reuniones era muy sobria. Las paredes lucían un discreto azul pálido que hacía juego con la tapicería de los asientos, de un azul algo más subido. No había lámparas. La luz se difundía muy pareja, ilocalizable, con el novedoso sistema Magic Light, que contribuía a lograr un innegable ambiente de serenidad.

El mobiliario consistía sólo en una gran mesa en forma de herradura, en cuyo vértice exterior se sentó Fielding. Los vicepresidentes tomaron asiento en sus respectivos lugares. A la izquierda de Fielding Sturgeon, Binder y Nakadai. A su derecha: Meyer, Menotti y Duncan.

Wilbur T. Fielding tenía muy estudiado lo que debía suceder esa mañana. La lucha sería enconada. Fielding paseó la mirada por su alrededor, analizando la situación. ¿Quién a favor? ¿Quién en contra? Habría que ver, uno por uno.

Ahí, inmediatamente a la izquierda, se encuentra Warren Sturgeon, el calvo Sturgeon, con presión demasiado enérgica en su rostro. Sturgeon estuvo temprano en la oficina. Entre tú y él estudiaron el plan que presentarían a los demás. Warren también se está jugando el puesto y no tiene otra opción que apoyarte en todas tus proposiciones.

Más allá de Sturgeon está Ernst Binder. Con sus sesenta y siete años es el más viejo de todos. Alto, muy delgado, de antiguos espejuelos de metal, viste sobriamente un traje pasado de moda. Imperdonable. A Binder le llaman «el corcho», porque se mantiene como vicepresidente de Producción desde los comienzos del viejo Rosenfield. Es, sobre todo, un tecnócrata. Quizás por eso lleva tantos años en su cargo. Se sabe al dedillo todo lo relativo a Producción. Binder te apoyó en la maniobra contra McEwan y en cada una de tus escaramuzas posteriores, así que ahora debe de estar a tu lado. Buen muchacho este Binder.

Después de Binder, al extremo de la herradura, se halla Hiroshi Nakadai, el vicepresidente de Investigaciones Científicas. A Nakadai, con su rostro

amarillento y reseco, lo has utilizado porque es un fanático de las investigaciones y llega a ponerlas por encima de todo, incluyendo la vida humana. Aunque es cierto que con la edad se ha vuelto un sentimental. Observándolo comprendes que nunca has simpatizado mucho con el japonés, aunque lo respetas como buen científico. Bueno, Nakadai está precisado a apoyarte, pues es también culpable de lo sucedido. Hay que ver cómo explica el asunto a los demás.

Frente a Nakadai, en la punta de la herradura que queda a tu derecha y fumando como un loco cigarros artificiales, está Martin Duncan. Sorprende tu mirada y sonrío. Duncan sonrío siempre. Con sus treinta y cuatro años es el más joven y el más nervioso de todos. Hizo una meteórica carrera en la Texxon Electronic Division, que lo llevó a ocupar, desde hace dos años, la vicepresidencia de Pronóstico y Desarrollo del Mercado. Siempre lo has visto secundarte.

Aunque... bueno, hay algo en él que no te convence. Quizás te dé su apoyo nuevamente.

A su lado, más hacia ti y con una fuerte gripe, está Robert Menotti. El alto y grueso Menotti. Con sus cuarenta y ocho años es un militar retirado, como Meyer. Menotti pertenecía a la Oficina de Prensa del Pentágono. Ahora es vicepresidente de Imagen Pública de la corporación. Tú lo tienes bien calado: ambicioso, pero no brillante. Sin embargo, es exigente con su trabajo y, como tal, no perdona las chapucerías. Menotti, cuando se entere, pensará que esto que le ha sucedido a la Texxon es un mal trabajo tuyo. No hay que esperar nada de él. Como viene también del Pentágono, de seguro cerrará filas junto a Meyer.

Avner Meyer. Ahí lo tienes. Sentado entre Menotti y tú. Delgado. Con su baja estatura, sus cincuenta años y su pelo negro peinado hacia atrás. Judío de los mil demonios. Tan tranquilo como puede serlo un muelle comprimido dispuesto a soltarse en cualquier momento. Es general retirado de la Air Force. Antes de ser vicepresidente primero era presidente de la Texxon Aircraft and Space Division y no puedes negar que aprovechó bien el cargo.

Cuando McEwan llegó a presidente de los Estados Unidos, Meyer lo convenció para que colocara a Floyd Sullivan, entonces vicepresidente de la Aircraft and Space, en el cargo de secretario de Defensa de la nación.

A partir de ese momento la Aircraft and Space Division logró ventajosísimos contratos dentro del Complejo Militar Industrial, entre ellos el de la fabricación de dieciocho aviones-radares Feeler N-III a un precio de 560 millones de dólares cada uno y toda una serie de satélites World Walker por valor de 5 000 millones de dólares. Hábil el judío.

Así la Aircraft and Space Division se convirtió en la segunda rama de importancia de la TGI, después de la Energy Division, controlada especialmente por ti mismo.

Este Meyer es un hueso duro de roer. Tiene muy buenas amistades en el grupo financiero Mayor Guaranty Trust, de New York, que controla más del 65 por ciento de las acciones de la TGI. Todo esto lo ha convertido en el más fuerte contrincante tuyo para la presidencia de la corporación. Y ésta va a ser la oportunidad que ha estado esperando durante largo tiempo para hacerte la guerra.

Bien, ha llegado el momento. Todos te miran, expectantes. En la pantalla, que tienes ante ti, en letras luminosas, se mantiene un mensaje de Sheila:

*Estoy preparada, señor.*

Es hora de empezar la batalla. Sonríes y, con el mayor aplomo, te diriges a los vicepresidentes:

—Señores, hoy vamos a hablar de energía.

Como movidas por un resorte, las manos de Binder, Duncan, Menotti y Meyer manipulan sus diferentes ordenadores. En apariencia, nada ha sucedido. Pero con esos casi imperceptibles movimientos cada uno de ellos ha puesto a funcionar a los principales asesores de sus respectivas oficinas, con un objetivo muy claro: todo sobre energía.

—Hoy día —comenzó Fielding como si no hubiera advertido nada— los campeones de la energía en el mundo son nuestra Texxon y el Consejo Industrial de Países de Economía Planificada. Y para ambos, el problema número uno es el de la energía para los vehículos de mediano y de pequeño tamaño. La Texxon, además del petróleo, ha incursionado en el etanol o alcohol etílico, ya que puede utilizarse en las nuevas modalidades de motores de combustión interna no contaminantes del ambiente.

Fielding echó una rápida mirada a los rostros de los oyentes, pero no pudo percibir en ellos qué efecto estaban causando sus palabras. Y, mostrando una sonrisa de hombre seguro de sí mismo, decidió continuar;

—El etanol —dijo— tiene la gran ventaja de que no se agota, porque proviene de una fuente renovable: la caña de azúcar y otras fuentes naturales ricas en carbohidratos. De ahí que desde hace tiempo se venga usando etanol mezclado con gasolina: gasol —y miró paulatinamente a todos antes de añadir—: Por eso, con la creciente escasez de petróleo, la Texxon se ha visto *obligada* al estudio y producción de motores de etanol.

—Según los archivos de esta vicepresidencia —señaló Meyer, para quien el énfasis que puso Fielding al decir *obligada* no pasó inadvertido—, este discurso suyo se parece al del 23 de noviembre, hace tres años, aquí mismo, tanto como una gota de etanol a otra:

—Exactamente, es posible. La energía siempre nos ha preocupado —replicó Fielding lamentando la comunicación tan inmediata que tenían todos con sus asesores. Y haciendo caso omiso de la ironía de Meyer, continuó—: Este asunto del etanol ha implicado también una investigación sobre las cepas de levadura que lo producen, con la intención de mejorarlas y hacerlas más productivas y resistentes a distintas condiciones climáticas. La Texxon y el CIPEP han estado en continua competencia tanto en la obtención de cepas de levadura que produzcan más etanol como en el perfeccionamiento de los motores que lo utilizan.

Fielding hizo una pausa para tomar un poco de agua del vaso que tenía a su derecha. En realidad se estaba preparando para entrar en el nudo del problema.

—Por otra parte —prosiguió, luego de consultar en su pantalla los datos que Sheila le proporcionaba—, tenemos el propano, excelente combustible gaseoso. Su punto de ebullición es de menos de 37 °C. Pero en tanques a presión puede mantenerse líquido a temperatura ambiente. Resulta entonces muy bueno para motores de automóviles, por ejemplo.

Martin Duncan apenas lo dejó terminar para, atropelladamente, señalarle:

—Pero el propano está en el gas natural, es uno de sus principales componentes y también se extrae del petróleo. En vista de eso, señor, hay que tener en cuenta la escasez progresiva del petróleo y que los mayores

yacimientos de gas natural están en países del CIPEP. Eso hace que los motores de propano, al igual que los de gasolina, no sean muy populares en nuestros mercados, debido a los altos precios, ¿no es así?

—Efectivamente —respondió Fielding—. Hay algo que afecta a todo el mundo. Es que tanto el petróleo como el gas natural son fuentes no renovables de energía. Esto quiere decir, señores, que se acaban. Por lo tanto, el problema del combustible para motores de vehículos medianos y pequeños constituye una preocupación para nosotros —y añadió cautelosamente, sabiendo que entraba en terreno cenagoso—: Pero también los científicos del CIPEP han trabajado en este sentido.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Meyer al instante.

—Que «hasta hoy» hemos estado enfrascados en una especie de guerra científica en la que mutuamente nos hemos aventajado en ocasiones.

—Usted dice «hasta hoy» —objetó Meyer, al cual no había escapado cierta insinuación de Fielding—. ¿Quiere decir que algo ha cambiado «hoy»?

—Lamentablemente, sí. El señor Nakadai les explicará. Adelante.

Todos dirigieron sus miradas hacia el japonés. Hasta Ernst Binder, que no acostumbraba intervenir, salvo cuando se le requería, se volvió completamente hacia su izquierda, para escuchar mejor al científico.

—Gracias al vicepresidente de Inteligencia e Información —comenzó Nakadai con voz monótona, y Sturgeon endureció el rostro—, hemos tenido noticias de que los investigadores del Instituto Cubano de Biotecnología obtuvieron una cepa deficiente en la enzima piruvato descarboxilasa. Posteriormente, por medio de la ingeniería genética, los cubanos le introdujeron a la cepa la información correspondiente a las enzimas que catalizan las reacciones de reducción necesarias para transformar el piruvato en propano. Estas enzimas forman un complejo multienzimático, al que denominaron piruvato reductasa, y viene siendo como el corazón del invento. O sea, señores, que esta cepa, a partir de las mieles o del jugo de la caña, produce propano.

—¿Cómo?! —exclamaron Duncan y Menotti al mismo tiempo.

Avner Meyer, que esperaba escuchar algo parecido, se limitó a pasarse la mano por el pelo, alisándose. Ernst Binder quedó inmóvil. Como si no diera crédito a lo que estaba oyendo. Sturgeon mantuvo su férrea expresión, en

clara actitud de desvincularse de los asuntos científicos. Fielding mostraba una serena sonrisa, que estaba muy lejos de reflejar la preocupación que bullía en su interior.

—Además —prosiguió Nakadai imperturbable y decidido a decirlo todo de una vez—, también lograron que esa cepa posea un patrón de aminoácidos esenciales de acuerdo con las necesidades del ser humano, que su biomasa tenga un alto valor proteico en calidad y cantidad.

—¡Mi Dios! —soltó Meyer sin poder contenerse y, lleno de rabia, se dirigió al japonés—: Dígame, señor Hiroshi Nakadai, ¿usted y sus científicos estaban jugando a la Guerra de las Estrellas?

—No, señor. Nosotros estábamos trabajando sobre cepas con otras ventajas.

—Pero, ¡rayos! —protestó Meyer al golpear con su puño sobre la mesa—. Esto que lograron no es una ventaja. Es un triunfo. Un triunfo científico. ¡Sobre nosotros!

Si algo se alteró en Nakadai fue que el color amarillento del rostro palideció algo cuando su voz monocorde replicó:

—Estoy en el deber de informarle, señor Avner Meyer, porque usted parece desconocerlo, que la guerra científica es así. También debe usted saber que el Instituto Cubano de Biotecnología es la institución número uno del CIPEP en su rama de especialización: microorganismos que trabajan con las mieles. Y por tanto, una de las dos mejores del mundo.

—La mejor del mundo —rectificó Meyer con un gesto de desprecio de su mano, que concluyó señalando al japonés—. Ustedes han permitido que así suceda.

—Si el señor Meyer prefiere verlo de esa manera... —dijo imperturbable Nakadai—. Nosotros teníamos decenas de científicos trabajando en otras cepas aquí y en otros países. En Australia, por ejemplo, estaban muy adelantados en el asunto del alcohol etílico. Pero los cubanos son los primeros productores mundiales de azúcar de caña. Investigan mucho. Deben de haber invertido unos cinco o seis años, como mínimo, en el descubrimiento.

—Ustedes los subestimaron —reprochó Meyer en lo que todos tomaron por su dictamen final—. Y he aquí las consecuencias.

—¿Y cuáles pueden ser esas consecuencias? —inquirió Duncan, cuyo cenicero había aumentado, de forma increíble, su volumen de colillas en los últimos minutos—. ¿Qué pudiera hacer Cuba con ese descubrimiento?

—Patentarlo —respondió Fielding penosamente—. Así tendrían el derecho a usarlo sólo ellos y los países a quienes vendan la patente.

Menotti, cuya gripe parecía haber empeorado a partir de escuchar las malas noticias, se inclinó hacia Fielding para preguntar:

—¿Y cómo nos veríamos afectados nosotros? ¿En qué medida?

—Cuba resolvería su consumo de combustible de esa manera. Pero eso sería lo que menos nos perjudicaría. Cuba puede brindar la patente a los demás países miembros del CIPEP.

—Pero, ¡cielos! —exclamó Duncan tirando nerviosamente la colilla al piso—. Eso nos haría una competencia en el mercado que nos sería muy difícil de contrarrestar.

—No te alteres, Martin —le aconsejó con aparente calma Avner Meyer, quien acababa de recibir nuevas informaciones de sus asesores—. Eso no es lo peor. Porque, además, Cuba puede dejar la patente a disposición de los países pobres que tengan posibilidades de producir caña de azúcar. No olvides que Cuba ocupa la presidencia de la EXAZCAR, que agrupa a los países exportadores del Caribe. Así Cuba ofrece la cepa del propano, el CIPEP la tecnología, y muchos países pobres resuelven el problema del combustible sin nosotros. En vez de importarlo, lo producirían. Pudiéramos decir que obtendrían el combustible cultivándolo.

Menotti, evitando tener que dirigirse a alguien en particular, mostró su inquietud:

—Yo quisiera que se me informara, si estamos hablando de un hecho consumado.

Sturgeon miró de reojo a Fielding y éste, a su vez, hizo una seña casi imperceptible a Nakadai.

—No —aseguró el japonés—. El complejo multienzimático que produce el propano está presentando problemas de estabilidad. Según creo, los cubanos pueden demorar cuatro o cinco meses en solucionar ese problema. Quizás más.

—¿Y puede usted decirme cuáles son los requisitos para patentar? — insistió Menotti.

—Para patentar microorganismos, la Organización Mundial de Patentes Industriales exige documentos detallando el proceso de obtención y el propio microorganismo. Así se hace la PCI, la patente computadorizada internacional que impide el robo, la falsificación o el uso de la cepa sin permiso en cualquier sitio del mundo.

—Ya entiendo —afirmó Menotti y, después de cerrar sus afiebrados ojos, los volvió a abrir para hacer la pregunta que estaba en la mente de algunos de ellos—: ¿Qué posibilidades, señor Nakadai, tenemos nosotros de obtener la cepa en laboratorio y patentar antes?

La respuesta del japonés fue concisa:

—Ninguna —dijo.

La información cayó como un balde de agua helada, congelando las esperanzas de Binder, Duncan y Menotti.

Avner Meyer, quien desde rato antes había tomado conciencia de la situación, terminó de preparar su ataque. Y lo comenzó:

—Debo entender —dijo— que dentro de cierto tiempo, el propano de origen vegetal sustituirá al petróleo y sus derivados como combustible —y dirigiéndose a Binder a través de la mesa, le preguntó—: Ernst, ¿en qué situación estamos actualmente en cuanto a Producción?

El viejo Binder se quitó los espejuelos, sacó su pañuelo y comenzó a limpiar los lentes.

—Nosotros producimos tecnología para extraer el petróleo —informó—, refinarlo, transportarlo, etc. Y vendemos esa tecnología. Nuestras líneas de producción de vehículos con motores de combustión se basan en el petróleo o sus derivados. Producimos motores de propano, pero en cantidades limitadas, según la poca demanda. También, desde hace un tiempo, debido a la creciente escasez de petróleo, producimos motores de gasol y estamos aumentando la fabricación de motores de etanol.

—¿Y en qué situación quedaríamos si el propano se convirtiera en el combustible universal? —inquirió el judío.

—En ese caso, la mayor parte de nuestra tecnología en esa rama quedaría obsoleta.

—Lo que nos situaría en igualdad de condiciones con cualquier otro consorcio —intervino Fielding, al percatarse de que la discusión se estaba acercando al campo que él trataba de evitar.

—Perdón, señor —se opuso Binder sin dejar de limpiar excesivamente los cristales de sus gafas—. Con otro consorcio, sí. Pero, ¿la producción del CIPEP? Nosotros nos acabamos de enterar ahora de la existencia de esa cepa. Pero Cuba pertenece al CIPEP. ¿No creen ustedes que ellos deben de estar preparándose en secreto, desde hace tiempo, para la producción de propano? Cuando Cuba patente, los productores del CIPEP ofrecerán su tecnología perfeccionada para la obtención del propano de origen vegetal y la biomasa, y se presentarán con motores de propano de altísima calidad.

—Así será, así será —aseveró inquieto Duncan—. Y todos los países que se veían obligados a comprarnos ya no lo harán, ¿no es así? La ventaja tecnológica que nos llevará el CIPEP en cuanto al propano será muy difícil de superar, si no imposible.

—Esto resulta paradójico —dijo Menotti con una risa triste que casi termina en tos—. Me refería al otro aspecto de la cepa: el de la biomasa. Desde hace unos años mantenemos casi una guerra para desplazar los productos Multilever del mercado norteamericano, eurooccidental y de otras regiones bajo nuestra influencia. Yo he dirigido personalmente una gran campaña publicitaria a favor de los productos de la Texxon Foods Division. Y ahora, gracias a la tecnología, no será la Texxon ni la Multilever, sino el CIPEP quien inundará el mercado con sus alimentos a bajos precios.

Avner Meyer se volvió a su derecha, a Menotti.

—Hay alejo que has olvidado, Robert —le advirtió—. Los alimentos dejarán de ser una posibilidad de presión política sobre determinados países —e inclinándose hacia adelante en la mesa, le preguntó a Duncan—: ¿Cómo se comportará el mercado, Martin?

Duncan dio una última chupada a su cigarro artificial, lo echó al cenicero y se ocupó de su reloj. Mientras los demás vicepresidentes se conformaban con su ordenador de pantalla standard, que los comunicaba con los asesores, Martin Duncan no perdía oportunidad de recordar que provenía de la Electronic Division. Por medio de su reloj, pedía obtener datos directamente del ordenador de la Texxon en Wall Street, del que poseían en la bolsa de

valores de Londres o de cualquier otro que la corporación mantenía instalado en los principales centros financieros del mundo. En este caso practicó un fugaz recorrido por las más importantes capitales de América, Europa, Asia y África. Y después de procesar los datos obtenidos en una operación que le llevó tres minutos escasos, se volvió hacia Meyer.

—Con la inmensa necesidad mundial de combustible y alimentos —le informó— no pasarán cuatro años a partir de que se patente la cepa para que el mercado cambie diametralmente. Se cultivará caña de azúcar donde se pueda. Así resolverían algunos países su déficit de combustible y alimentos. Las regiones tradicionales de fuentes energéticas como, por ejemplo, el Medio Oriente, transferirían su importancia a zonas productoras de caña, principalmente el Caribe. El azúcar, ¿no es así?, subiría de precio. La EXAZCAR y el resto de los productores de azúcar del mundo podrían destinar entre un treinta y un treinta y cinco por ciento de la producción al propano y los alimentos —y concluyó, a punto de llevarse un nuevo cigarro a los labios—: Para esa época, señores, no habrá muchos que se gasten un maldito dólar en petróleo o etanol de la Texxon ni en alimentos Texxon o Multilever.

Avner Meyer se alisó los negros cabellos con su delgada mano. Había llevado la reunión al punto donde quería. Él no dudaba, pues así lo había visto, que Sturgeon y Nakadai apoyaban a Fielding. Pero, ¿y Binder, Menotti y Duncan? Para ellos debía quedar bien claro que Fielding, como presidente, estaba resultando un incapaz. Él se ocuparía de que así fuera.

—Señores —dijo—, resulta evidente. Este golpe a la Texxon en el plano de la ciencia y la tecnología es inesperado y puede traer consecuencias catastróficas. Nosotros podemos cambiar gobiernos, pero no nos podemos dar el lujo de ser superados tecnológicamente. Eso es inaceptable.

—Perdón, señor —le interrumpió Nakadai al sentirse aludido—. Usted se niega a entender que la guerra científica entre corporaciones es así.

Meyer no se molestó en mirar al japonés. Su discurso estaba dirigido alternativamente a su derecha: a Menotti y Duncan, y al frente: Ernst Binder.

—Estamos en guerra perpetua contra las otras corporaciones —prosiguió el judío—. Pero no nos dejemos engañar. Nuestro mayor enemigo es el Consejo Industrial de Países de Economía Planificada. Y hoy lo podemos

constatar una vez más y de forma dolorosa. Este descubrimiento va a permitir a muchas naciones reducir o eliminar sus importaciones de petróleo y cortar la compra de tecnología a la Texxon. Nuestros mercados tradicionales se afectarán.

—Indudablemente, así será —corroboró Duncan.

Meyer asintió mirándolo. Luego se volvió hacia Binder para afirmar:

—Algunos son países con ciertas discrepancias políticas con nosotros, pero que dependen todavía de nuestra tecnología y se ven obligados a seguir comprándonos. Esta cepa les permitirá prescindir de esa tecnología en la rama del combustible. Ellos mismos producirán propano y el CIPEP proporcionará la tecnología. Estoy seguro. Y lo mismo sucederá con los alimentos. Hasta Europa Occidental comprará tecnología y alimentos al CIPEP.

—No tiene por qué ser así —intervino Sturgeon con su voz fuerte y resonante—. Hay naciones a las que podemos presionar para que eso no suceda.

—Usted está todavía en la época de las cavernas, mi querido Warren —replicó Meyer en un tono suave pero firme—. A los países que están en nuestra esfera de influencia puede que los conminemos a seguir utilizando nuestra tecnología. Pero indudablemente esto provocará protestas populares y problemas sociales, pues tendrán que pagar caro lo que otros obtienen barato.

—Terrible para el mercado —soltó Duncan como hablando consigo mismo.

—Terrible —repitió Meyer oportunamente—. ¿Y cómo aliviar nuestras pérdidas? ¿Rebajando los sueldos a los millones de obreros de la Texxon en todo el mundo? ¡Cuidado! Si otras veces se han rebelado, esta vez no dudarán en hacerlo —y fue volviendo lentamente su mirada hacia Fielding mientras decía—. Este golpe en la tecnología es inadmisibile y alguien tiene que asumir la responsabilidad. Nosotros, a diferencia de otras corporaciones menores ya podemos permitirnos hasta que nos nacionalicen una industria en cualquier república. A fin de cuentas tienen que seguir comprándonos la tecnología para que la fábrica les funcione y se mantenga al día. Pero por lo mismo no podemos darnos el lujo de dejarnos aventajar científica y tecnológicamente.

—¿A dónde quiere usted llegar, Meyer? —protestó Fielding, que sabía bien a donde apuntaba el judío, y, de inmediato, con voz persuasiva, se dirigió a Binder, Duncan y Menotti—: Señores, ustedes son testigos de cuánto hemos velado desde nuestro cargo por el continuo desarrollo científico y tecnológico de la Texxon.

—Palabras —impugnó Meyer con todo su delgado cuerpo en tensión—. Sólo palabras. Nos enfrentamos hoy a un gravísimo problema, debido quizás a falta de previsión. Además de las pérdidas económicas, esto será una pérdida irreparable de autoridad y prestigio. La Texxon Group Inc. quizás sobreviva a este problema. Pero dejará de ser la primera corporación del mundo. Y casi todos los que estamos aquí tendremos que pagar por este error. Casi todos.

Hasta el impasible Nakadai miró a Fielding en espera de una reacción defensiva. Sturgeon, aún sin perder el aplomo, también se volvió hacia el presidente. Fielding, sintiendo todas las miradas sobre sí, creyó que era el momento oportuno para un contraataque y su rostro, que había expresado aburrimiento ante tanta perorata, supuestamente insulsa, mostró repentina irritación.

—Basta ya —gritó golpeando sobre la mesa como el mismo Meyer había hecho antes—. No podemos permitir discursos derrotistas. Fuimos honestos y presentamos una situación —y agregó con toda la seguridad que era capaz de fingir—. Pero tenemos una salida para ella.

—Perdón —dijo Martin Duncan—, pero yo me pregunto: ¿qué solución puede haber si ya el señor Nakadai reconoció que era imposible obtener la cepa en el laboratorio?

—No obtendremos la cepa en laboratorio —aclaró Fielding, y aseguró—: Pero la obtendremos. Warren tiene un proyecto que, en principio, yo he aceptado.

Las miradas se encontraron con el rostro de Sturgeon, más endurecido aún.

—Voy a ser breve —comenzó el vicepresidente de Inteligencia e Información—. Poseemos un hombre en un puesto clave, cercano a donde se producen los experimentos. Labora en el Instituto Cubano de Biotecnología. Vamos a activarlo y él obtendrá la cepa. Por medio de un enlace que

situaremos en Cuba, mantendremos comunicación constante con él. Para traer la cepa enviaremos un custodio, que será un agente de demostrada experiencia. Es todo.

Avner Meyer se echó hacia atrás en su asiento y, mirando retadoramente a Sturgeon, le dijo:

—Ha sido usted demasiado parco en su exposición, señor vicepresidente.

—En estos casos es mejor así. He informado sólo lo necesario. El resto es puro tecnicismo.

—Perdone —dijo Meyer inclinándose rápidamente sobre la mesa—. Cuando usted dice «puro tecnicismo», ¿se refiere a detalles como por qué el hombre clave no nos advirtió sobre el descubrimiento cubano desde mucho antes?

El rostro de Sturgeon no perdió su expresión a pesar de las gotas de sudor que aparecieron en él cuando respondió:

—Por determinadas coyunturas que no vienen al caso explicar aquí, él ha estado algo alejado de nosotros.

—¿Y qué seguridad podemos tener —insistió el judío— de que otras «determinadas coyunturas» no hagan que el plan fracase?

—El plan es bueno en un noventa y nueve por ciento.

—¿Y cuál— es el otro uno por ciento?

—Prácticamente no existe —afirmó Sturgeon atreviéndose hasta a sonreír—. El plan es perfecto. El uno por ciento lo dejamos para los imprevistos.

Meyer sonrió también, pero mucho más ampliamente.

—Tampoco debió haberlos en cuanto al etanol... Y mire usted.

Fielding se volvió a su derecha y miró intensamente al judío.

—Por favor, Meyer —dijo—. Seamos realistas. El plan es bueno. Yo lo garantizo. ¿Qué tiene usted en contra?

Avner Meyer, con calma, se echó hacia atrás en el asiento.

—Señores —dijo paseando la vista por los vicepresidentes—. He llegado a este puesto que hoy ocupo por preocuparme por la Texxon —y su recorrido visual terminó sobre Fielding—. Y eso hago ahora.

El silencio se adueñó de la sala. El duelo estaba establecido.

Menotti rompió la tensión al dirigirse a Sturgeon.

—Como vicepresidente de Imagen Pública hay algo que me preocupa —dijo, interesado en mostrar tanta «preocupación por la Texxon» como Meyer—. ¿Habrá muertes?

—Ninguna. Ni sangre siquiera.

—¡Ah! —suspiró Menotti y, después de toser inevitablemente, inquirió con voz ronca—: ¿Y qué posibilidades hay de que capturen al hombre... luego de entregarnos la cepa?

Sturgeon sonrió de nuevo en un alarde de confianza.

—Él mismo se esforzará más que nadie para que todo salga a la perfección —dijo—. Pues si es descubierto, la pasará mal. Pero puede lograrlo y quedar a salvo. De todas formas es necesario orquestar una campaña publicitaria sobre los gastos de la Texxon en investigaciones científicas, para justificar el que patentemos la cepa. En ese caso tendremos que vernos, Menotti —concluyó mirándolo fijamente.

Menotti recordó la conversación que tuvo con Sturgeon en el ventanal. Resultaba muy importante para él que el vicepresidente de Inteligencia e Información visitara su casa. Allí podría, plantearle el problema de su hijo Junior y la ayuda, que requería de él.

—Yo considero que está muy bien —afirmó y se volvió hacia Meyer—. Bueno, en principio el plan no parece malo.

El judío lo fulminó con la mirada.

—¿Es que acaso tenemos alguna otra opción?

—No, Meyer —reconoció Fielding—. No la hay. Ni creemos que la haya. Es este plan o nada.

—Bueno, si *a estas alturas* no hay otra solución —dijo Meyer con ironía—, el plan me parece el mejor.

—Pasemos entonces a votar —sugirió Fielding.

Bien sabía que después de la aceptación por parte de Meyer, el plan sería aprobado por unanimidad. El presidente de la TGI había salvado el primer escollo. Pero estaba convencido de que no sería el más peligroso de la reunión.

Sadd Cleans sintió asco cuando conectó la máquina. Siempre le sucedía igual con sólo poner sus manos sobre aquella caja chata, negruzca, con pico metálico parecido al de un pulpo, que emitía chillidos rasgados, capaces de crisar los nervios de cualquiera, incluyendo los de sus inventores. Aunque Sadd ignoraba quiénes habían sido los que engendraron el equipo. Ni siquiera tenía marca visible. Sólo sabía que se trataba de una patente secreta de la Texxon y la llamaba por el apodo que Dean Lewis, su manager y director artístico, le puso: «El beso de Judas».

Pero la repulsión de Sadd no se debía a la máquina en sí. Era su significado lo que hacía que la odiara.

Abrió la tapa superior y puso con cuidado, una sobre otra y con una placa de plástico por en medio, las cuatro bandas rectangulares que le acababa de entregar Elaine Dickens. Luego bajó la tapa y, antes de poner en marcha el mecanismo, corrió las cortinas de la ventana. Aunque la habitación del hotel MGM donde se hospedaba era de las más altas, no quería exponerse a la vista de algún mirón ocasional.

Apretó la tecla del equipo y los chirridos no se hicieron esperar. En esta ocasión sonaron tan altos que temió que se despertara Elaine, quien dormía en un sofá de la sala. Caminó hasta la puerta divisoria, la cerró y le pasó el seguro.

Sadd se sentó frente a la máquina. Los chirridos eran insoportables. Pero debía estar atento para desconectar en el momento preciso. Buscó en la gaveta de la mesa hasta encontrar su pipa. Sacudió la cazoleta, tan diminuta como un dedal, y le echó dentro picadura de algas. Espolvoreó un poco de Lucysky y amasó la mezcla con su dedo índice.

¿Hasta qué punto —se preguntaba Sadd— había caído como ser humano? ¿Cuál era el límite de envilecimiento de una persona? ¿Sería infinita la degradación o, por el contrario, existiría un límite que la contuviera finalmente? De cualquier forma, Sadd no veía el fin. Pero sentía que, poco a poco, algo iba muriendo en él. Y, aunque no pudiera definirlo, *sabía* que ese *algo* era importante y que estaba relacionado con lo más puro de su niñez y juventud en Oklahoma.

Miró la máquina con odio. En realidad, Sadd ignoraba su principio tecnológico. Y tampoco le interesaba saberlo. De las operaciones que debía

realizar sólo conocía al dedillo lo que le había explicado Dean Lewis.

Debía entregar a Elaine Dickens las cuadrículas transparentes, casi impalpables, con la indicación de que las pegara una frente a la otra en las cuatro paredes del despacho de su marido. Elaine prefería colocarlas sobre los lienzos de pintores famosos que atesoraba Dickens. Decía que era imposible notarlas de esa manera. Luego Sadd le facilitaba el lápiz labial que, al impregnarse en la boca de la persona elegida y ésta comenzar a hablar, accionaba de inmediato la superficie de las bandas. Era la única solución, según le explicó Lewis, de penetrar en un recinto a prueba de micrófonos normales o teledirigidos, repleto de equipos antiespías sofisticados. «El beso de Judas» era una innovación dentro del terreno del espionaje.

Sadd debía esperar a que Elaine le devolviera las cuadrículas antes de las veinticuatro horas de haber sido pegadas. Después tenía que operar con rapidez. Las echaba en una cuba, junto con un líquido verdoso, y contaba dos minutos antes de ir las sacando por su orden. De alterar este proceso, podían desintegrarse. Más tarde venía el secado de las bandas, completamente a oscuras, para enseguida introducirlas en la máquina. Y empezar a oír chirridos.

Sadd encendió la pipa. Veinticinco minutos de chirridos era mucho tiempo. Absorbió una gran bocanada de humo que le hizo toser varias veces. Sin embargo, se llevó la pipa a la boca de nuevo y aspiró. Casi al momento el ruido de la máquina se atenuó. Incluso, después de otro par de fumadas, dejó de disgustarle. Le recordaba la nostálgica llamada de amor de los grillos en la pradera, cuando al anochecer, después de conducir durante todo el día el ganado, acampaba junto con su padre frente a una fogata y sacaba su armónica. Siempre el coro de grillos había acompañado al instrumento. Y a su propia voz juvenil cuando entonaba las viejas canciones que los vaqueros le pedían.

¡Cristo...! Aquello sí era vida... Sentir la fortaleza del lomo de *Mister Red*, su primer caballo, mientras le hundía los talones en los costados para que galopara más rápido, sobre la hierba de la pradera. Irse bien lejos, hasta el río que limitaba las propiedades en la granja de sus padres, y hundirse en las aguas frescas, translúcidas, nadar hasta el cansancio... Llevar las reses al abrevadero ayudado por sus hermanos mayores y, después, dejarlas allí sin

temor para ir en pandilla a ver pescar a Larry Goldfinger, un raro ermitaño que vivía en tierra de nadie y capturaba los peces con las manos, ante los ojos asombrados de los muchachos... Derribar a lazo las reses y sujetarlas por los cuernos puntiagudos mientras su padre las marcaba con un hierro candente... Husmear el olor a cuero quemado en las mañanas de invierno, cubierto su chaquetón por la nieve...

Regresar a la granja ya no era una obsesión para Sadd. Era, sencillamente, un sueño. Y, como todo sueño, algo imposible. El camino de vuelta estaba cortado. No sabía cómo, pero lo estaba. Y él no era ajeno a este hecho.

Por supuesto, Sadd no se consideraba el único culpable de que su vida se enredara de aquella manera. Quizás, dentro del montón de cosas que podía definir, se encontraba la insistencia de sus padres para que estudiara leyes en la universidad del Estado. Lo apartaron de lo que consideraba su mundo para introducirlo en uno nuevo. Nadie sabía cuánto trabajo le había costado acostumbrarse... Sentía el desprecio de los demás estudiantes, quienes conocían su origen campesino y se burlaban cruelmente de su acento. Sólo hallaba consuelo en las vacaciones y, también, en su armónica. Después, en otras cosas que se relacionaron con la música.

Una tarde, durante una fiesta de fin de curso, Sadd Cleans cantó varias canciones campesinas, auténtica *country music* que en su voz y acento dejaron atónitos a quienes lo escuchaban, alumnos y profesores sobre todo, así como algunos invitados. Entre estos últimos se encontraba un joven alto, muy serio, de cabellos y barba encanecidos prematuramente. Se trataba de Edgar Kramer, un dirigente estudiantil de las universidades norteamericanas. Al término del acto, Kramer abordó a Sadd y le propuso integrarse a una agrupación artística que recorrería varios Estados de la Unión. El propósito de la gira era apoyar con fuerza el movimiento para el Tercer Paso del Desarme. Estarían respaldados por los jóvenes del mundo entero, tal como se había acordado en el último Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, y se le asestaría —Kramer no lo dudaba— un fuerte golpe al aumento de las armas convencionales en Norteamérica.

Sadd Cleans nunca había oído hablar de Kramer, ni de política, ni siquiera de desarme. Sin embargo, la personalidad magnética del dirigente lo

impactó. Fue la primera ocasión en que faltó a la granja durante las vacaciones. Y también su primer paso de adulto en la vida.

Con la amistad de Kramer, oyendo sus frases cargadas de conceptos, leyendo los libros aconsejados por él, Sadd Cleans se inició en otro mundo, muy lejano de su sencillo y práctico Oklahoma o de la odiada mediocridad de sus compañeros de estudios. Pero solamente *se inició* en ese mundo: no tuvo mucho tiempo —ni siquiera el mínimo— para llegar a comprenderlo.

En algo menos de tres meses, Sadd compuso varias canciones, entre ellas una dedicada al Gran Desastre, que fue cantada por millones de jóvenes norteamericanos. En casi todas atacaba la guerra y el armamentismo que propugnaba su país. Sin embargo, un hecho trágico vino a desvincularlo de sus incipientes ideas y terminó por desorientarlo por completo.

Aconsejado por Kramer, aceptó la oferta de un canal televisivo que, súbitamente interesado en divulgar su voz, le propuso grabar tres videos y transmitirlos de costa a costa. Sadd grabó los tres programas, pero en realidad sólo hizo falta el primero para lograr un éxito fabuloso.

Comenzaron a lloverle docenas de ofertas por parte de empresarios de cine y televisión. Lo asediaban con contratos increíbles cuando salía de las aulas y se dirigía a cualquier lugar, lo llamaban por teléfono a todas horas en el apartamento donde se alojaba y hasta llegaron a irrumpir en éste de forma violenta. Todo esto aturdió al joven campesino que seguía viviendo en Sadd. Y cuando buscó el consejo de Kramer, no pudo hallar a su amigo en ningún lugar de la ciudad. Tres días más tarde a partir de su búsqueda, el cadáver de Kramer apareció en un bosque en las afueras, asesinado al parecer por un asaltante. La muerte de Kramer resultó un duro golpe para Sadd Cleans.

Sin apoyo, totalmente abatido, recibió la visita de cierto individuo que se presentó como amigo de Edgar Kramer durante los funerales del dirigente estudiantil. Dean Lewis no tardó en ganarse la confianza de Sadd. Con enérgica familiaridad logró que el joven actuara durante una semana en un teatro de Hollywood y obtuvo para él un contrato millonario con una de las firmas disqueras más poderosas del país. Sin advertirlo siquiera, Sadd se había puesto en las manos de Dean Lewis, quien lo condujo «hacia el triunfo definitivo», como le gustaba decir al manager en toda ocasión.

Pero en este camino, Sadd Cleans hubo de hacer concesiones. La primera de ellas fue de carácter ético. Para empezar, Lewis le pidió que cambiara su repertorio de canciones. Sadd debía cantar y componer canciones ligeras, fáciles de escuchar y entender, sin abandonar su estilo folklórico y acento campesino.

Sadd se negó de plano: no podía cantar y mucho menos componer el tipo de música vacía que le estaba pidiendo Lewis. Pero éste le mostró el último contrato firmado por el muchacho y, en particular, una de las cláusulas. Luego, sonriendo para imprimirle confianza, le aseguró que no debía preocuparse por las canciones: él, Lewis, se encargaría de proporcionárselas. Serían lindas canciones, pegarían rápido en el público juvenil y se encontrarían a nombre de Sadd sin problemas, obteniendo por ellas muchísimo dinero. El éxito estaba garantizado. Sadd Cleans, escuchándolo, tuvo miedo. Mucho miedo. Y esto lo hizo acceder. Con ello daba su segundo paso de adulto en la vida, pero esta vez en falso.

Fue el principio de todo, aunque, ¿quién podía asegurar que lo fuera? Desde que estrenó la primera canción que le trajo Lewis, hasta ahora, en que vigilaba el cese de los chillidos de la máquina mientras fumaba indolente una droga, las acciones se habían tornado confusas para Sadd. Su vida no le pertenecía, era manipulada por otros que disponían de ella a su antojo. Y lo peor de todo: había perdido el deseo de escapar. Al menos, físicamente.

Comenzaba a cargar de nuevo su pipa cuando la tecla saltó de su lugar y se iluminó un listón del equipo. Sadd dejó la pipa sobre la mesa y desconectó la máquina. Abrió en dos el cono metálico —el repulsivo pico del pulpo—, sacó un carrete de celulosa, muy compacto, e introdujo su extremo libre en un microprocesador como si se tratara de una máquina de sumar antigua. Puso en marcha la computadora. Luego se ocupó de las cuadrículas. Debía sacarlas de prisa para evitar que se desmenuzaran dentro del equipo.

Cuando terminó de extraerlas, ya junto a la computadora se alineaban seis hojas de papel, escritas con muy poco espacio entre los renglones. Las recogió y comenzó a leerlas.

A medida que avanzaba en la lectura, su rostro abandonaba la pasividad y el desinterés. En aquellas hojas se hablaba de él, de sus relaciones con Elaine, y de... su siquiata.

—¿Sadd? —la voz de Elaine en la sala lo apartó de la lectura—. ¿Dónde estás?

Sadd se puso de pie, guardó las hojas dentro de la gaveta de la mesa e hizo otro tanto con las últimas que había arrojado la computadora. La apagó y abrió la puerta del cuarto.

Cerró a su espalda y observó el rostro soñoliento de Elaine. Un rato antes, cuando la muchacha entró en la suite, Sadd se preguntó desconcertado de qué manera había logrado llegar hasta allí. Tal era el estado de embriaguez de Elaine Dickens que sólo atinó a darle el sobre con las cuadrículas y echarse en el sofá, donde al poco rato se quedó dormida.

—¿He dormido mucho? —preguntó mirando hacia el balcón, oscurecido por el crepúsculo.

—Un par de horas —contestó Sadd deteniéndose frente a ella.

Elaine se desperezó. Poniéndose en pie, recorrió con 1a mirada la sala. A Sadd le dio la impresión de que apenas sabía dónde se encontraba.

—¿Tienes algo de beber?

Sadd se dirigió hacia una mesita y regresó con media botella de ginebra y un vaso.

—No hay hielo —dijo—. Si quieres, llamo y se lo pido al camarero...

—¿Ginebra? —dijo Elaine con desprecio—. ¿Es lo único que tienes?

—Lo único. ¿Te encargo otra cosa?

—No, déjalo. Un trago de esto servirá.

Elaine se sirvió dos dedos de ginebra y bebió de un tirón. Su cara se contrajo, como si hubieran sido agujas de acero lo que acababa de pasar por su garganta.

—¡Qué porquería! —se lamentó. Pasó el dorso de la mano por los labios y dijo—: A propósito, ¿ya sabes de qué hablaron esos dos esta mañana?

—No lo sé.

El rostro de Sadd era inmutable.

—¿No?

—Las cuadrículas se velaron —mintió Sadd y se dejó caer en el sofá, cerca de la muchacha.

—¿Cómo...? No puede ser. En cuanto el viejo entró a bañarse las despegué y las traje. No perdí tiempo...

—No he dicho que sea tu culpa.

—No entiendo...

—Se velaron, eso es todo. Quizás haya sido el líquido.

Elaine se puso de pie y miró al cantante a los ojos.

—Entonces... ¿Todo fue por gusto? ¿Tuve que besar a esos dos bichos por gusto? —dijo incrédula—. ¿No me estarás ocultando algo, Sadd? ¿Seguro?

Sadd Cleans intentó sonreír. Y lo consiguió.

—Seguro, Ely. ¿Por qué iba a hacerlo?

Elaine se sentó en una esquina

—Sí. Es cierto —dijo—. No tienes por qué hacerlo.

## 12

Como había calculado Fielding, el escueto plan presentado por Sturgeon para apropiarse de la cepa descubierta por los cubanos había sido aprobado por unanimidad.

Los vicepresidentes, después de liberar tensiones al votar, comentaban sobre la difícil situación. Fielding, por su parte, se preparaba para encarar lo que debía ser el punto más candente de la reunión.

El ambiente se hallaba en aparente calma cuando Menotti pidió la palabra.

—Hay algo que me preocupa —dijo—. Aquí se informó que la cepa cubana tiene dificultades en la estabilidad del complejo multienzimático. Y yo me pregunto: ¿si obtenemos la cepa podremos lograr esa estabilidad?

Con sus ojillos entrecerrados, Nakadai miró imperceptiblemente a Fielding antes de contestar.

—Por supuesto. La obtención de la cepa será nuestro punto de partida para lograrlo.

—Espere —saltó Avner Meyer—. Esto quiere decir que comenzará otro período de competencia entre nosotros y los cubanos. ¿Y qué posibilidad tendremos de estabilizar el complejo multienzimático antes que ellos?

—Estaremos en igualdad de condiciones —aseguró Fielding temiendo algún titubeo por parte de Nakadai—. Tendremos las mismas posibilidades.

—¿Las mismas que el primer instituto del mundo en su rama?

—Señor Meyer —replicó el japonés, quien sin esfuerzo mantenía su rostro impassible—. Yo sólo dije que era uno de los dos mejores del mundo.

—Perdón, es cierto —sonrió el judío—. Eso es lo que usted dijo. Además, a *estas alturas* tampoco tenemos otra opción. Por lo tanto, estoy *seguro* de que nuestro vicepresidente de Investigaciones Científicas lo logrará.

—Señores —terció nuevamente Fielding—, lo lograremos —y de pronto su voz se suavizó, se hizo más íntima, como si conversara un asunto personal con un viejo y confiable amigo—: Hay algo que he analizado con profundidad y que quiero compartir con ustedes. Sé que obtendremos la cepa, lograremos la estabilización de las enzimas y, acto seguido, la patentaremos. Entonces, ustedes estarán de acuerdo conmigo en que debemos ser los únicos productores de propano del mundo y nunca cederemos los derechos a nadie, a ningún precio. ¿No?

Los vicepresidentes, de una forma u otra, mostraron su conformidad. Meyer se mantuvo expectante. Fielding observó su actitud y se preocupó. Estaba preparando el terreno para su planteamiento.

—Antes de lanzarnos a la producción hay que tener en cuenta algunas cosas —continuó—. La Texxon posee plantaciones de caña de azúcar en otros países para ir produciendo el etanol que sustituirá gradualmente al petróleo, la gasolina y al mismo gasol. Pero la Texxon no tiene suficientes plantaciones como para encarar de pronto una producción de propano a escala mundial. Por lo mismo, tendríamos que comprar jugo de caña o mieles en el mercado, y la EXAZCAR se beneficiaría con el lógico aumento de los precios.

Avner Meyer, silencioso en su asiento, se preguntaba cuál sería el propósito de la disertación del presidente.

—Por otra parte —agregó Fielding—, cuando la Texxon comience a producir propano y éste sea el combustible universal, muchos países podrán comprar motores del CIPEP, que en la actualidad, debido a la ventaja del tiempo que nos llevan, deben ser mejores que los nuestros —y de la forma más persuasiva que le era posible, sonrió a todos al decir—. Por eso propongo demorar la producción de la cepa y estimular a los países que están

en zonas de nuestra influencia, para que cultiven caña de azúcar, además de emprender un estudio de los motores de propano para mejorar su tecnología y poder superar a los del CIPEP. Esto nos daría tiempo para acondicionar la industria de la Texxon para la nueva producción que se avecina. También podemos montar una buena campaña publicitaria. Y cuando todo esté listo: el propano.

—¿Demorar la producción de propano? —inquirió Meyer, que ya se sentía sobre la pista—. ¿Por cuánto tiempo?

Fielding se encogió de hombros para restar importancia al hecho.

—Alrededor de seis u ocho años —dijo.

Los murmullos en la sala no se hicieron esperar. Las muestras de asombro de Duncan y Menotti fueron sinceras. Ernst Binder, más que asombrado, se sintió extrañado ante tal planteamiento. No lo entendía. Sturgeon y Nakadai se mantuvieron muy serenos en apariencia, en muestra de solidaridad con el presidente. /

Pero Avner Meyer ya lo había comprendido todo. Los datos que estaba recibiendo de sus asesores se lo confirmaban. Y no estaba dispuesto a permitirlo. Era su gran oportunidad para derrocar a Fielding y él iba a aprovecharla. De inmediato se dirigió a Nakadai:

—¿A cuánto asciende el gasto, hasta hoy, del programa de investigaciones científicas para mejorar las cepas productoras de etanol?

El rostro amarillento del japonés palideció. Sus ojos estuvieron a punto de ir a buscar el apoyo de Fielding.

—No sé —respondió sin la serenidad que le era característica—. No poseo el dato exacto en este momento.

—¿Será mayor de mil millones de dólares? —insistió Meyer sin darle tregua.

Nakadai tragó en seco. Esta vez sí miró al presidente antes de responder:

—Señor Meyer, es posible que algo más.

El judío, con todo su delgado cuerpo en tensión, se volvió hacia Binder.

—Hace alrededor de tres años —le dijo— se dedicó una gran suma, algunos miles de millones de dólares, a destilerías y otras instalaciones que incrementarían la producción de etanol, y a la fabricación de motores de ese combustible. ¿No es así, Ernst?

—Cierto —respondió el viejo, quien comenzaba también a ver claro el asunto—. Ya están terminadas siete instalaciones para la obtención del etanol en el extranjero y está por concluir la construcción de una gran fábrica especializada en motores de etanol en los Estados Unidos.

—O sea —prosiguió Meyer con visible excitación—, que mientras el Instituto Cubano de Biotecnología estaba enfrascado en el proyecto de obtención de una cepa productora de propano, nosotros gastábamos miles de millones en el etanol.

Fielding hizo ademán de replicar, pero el judío no le dio tiempo.

—Vamos a suponer —continuó— que la cepa cubana no existe y que el etanol sigue siendo vital. Dime, Martin, de acuerdo con el mercado, ¿en cuánto tiempo se puede amortizar esa inversión que *hemos* hecho?

Duncan se deshizo rápidamente del cigarro que fumaba y se sumió en la manipulación de su reloj. No había transcurrido un minuto cuando levantó el rostro.

—Nunca antes de ocho años —dijo—. Quizás diez.

Meyer miró a través de la mesa de herradura.

—Ernst —preguntó—, ¿qué pasaría con esas instalaciones si patentamos la cepa y nos dedicamos de inmediato a la producción de propano?

Binder, con la seguridad profesional que lo caracterizaba, no titubeó en responder:

—Que a pesar de ser nuevas quedarían obsoletas en buena medida. Perderíamos casi todo lo invertido en ellas.

Meyer, sin perder un segundo, se volvió hacia Duncan.

—Martin, ¿qué pasaría en el mercado si patentamos la cepa y nos convertimos en los únicos superproductores de propano?

El nervioso vicepresidente de Pronóstico y Desarrollo del Mercado se ocupó nuevamente en obtener la predicción que le solicitaban. Esta vez demoró algo más de dos minutos antes de dar respuesta.

—No hay duda —dijo— de que si firmamos contratos de venta de propano a bajos precios, pero estableciéndole al comprador la condición de que adquiera nuestra tecnología y no otra, eliminaríamos en gran medida la competencia del CIPEP —y con un nuevo cigarro en la mano, añadió—: En la actualidad monopolizamos lo relacionado con el petróleo en gran parte del

mundo. Si también lo hacemos con el propano, seremos dueños de las mayores fuentes de combustible del planeta. El mercado será nuestro. ¿No? Y las ganancias, incalculables.

Avner Meyer se inclinó lentamente sobre la mesa y, mirando a todos con solemnidad, dijo.

—Señores, yo propongo que, de obtener la cepa, la pongamos de inmediato en explotación.

Menotti tuvo un inesperado acceso de tos al que nadie prestó atención. Sturgeon se pasó instintivamente el puño por la nariz, como en sus lejanos tiempos de aficionado al boxeo. Martin Duncan se aterrorizó al comprobar que se le habían acabado los cigarros. Hiroshi Nakadai entrecerró aún más los ojos de su apergaminado rostro, que había perdido en algo su proverbial condición de impasible. Ernst Binder se entretenía en limpiar otra vez los lentes de sus espejuelos.

Y Wilbur T. Fielding, mientras, trataba de encontrar en su mente la mejor salida posible. Y no era para menos.

Porque ya el maldito judío se había dado cuenta. Había recordado que tú, Wilbur, como presidente, estabas encargado de supervisar la Texxon Energy Division, por ser la rama principal de la corporación. Por ahí te atacaría. Porque fuiste tú quien aprobó el gigantesco y costoso programa para el incremento de la producción de etanol y motores de ese combustible.

Si ahora, por supuesta ineficacia en tu gobierno, los cubanos se adelantaban y tomaban desprevenida a la Texxon en un descubrimiento que dejaba atrás al etanol, las responsabilidades recaerían sobre ti.

Al tratar de que la cepa no se explote hasta dentro de diez años, te estás dando tiempo para amortizar parte de la fabulosa suma gastada. Gracias a la misma maniobra podrías quizás hacer olvidar con los años lo sucedido. Pero si ponen a producir la cepa en cuanto la patenten, todo el gasto inmenso e inútil se haría evidente. Y esa falta de previsión te costaría el puesto.

Porque en el lapso en que la Texxon Energy Division se reorganizara, la Texxon Aircraft and Space, con sus jugosos contratos con el Pentágono, sería la rama más productiva de toda la corporación. Y eso llevaría a Meyer, artífice del auge de la Aircraft, a la presidencia de la TGI.

Para cuando la Texxon Group Inc. fuera increíblemente poderosa gracias al propano, el presidente ya no serías tú, sino el maldito judío. Lo sabes de sobra. Y él también.

Estás precisado a demorar la producción de propano a toda costa. Pero la determinación final saldrá de la votación. ¿Qué actitud asumirá cada uno? Ya en este momento todos deben de saber que, en realidad, se va a votar por la continuidad o la caída tuya del poder.

Warren Sturgeon votará a favor de tu proposición: su vicepresidencia también está en juego. Nakadai tiene que apoyarte obligatoriamente: es el principal culpable. Ernst Binder, como en otras ocasiones, debe estar a tu lado. Duncan, por la forma en que ha planteado las cosas, se ve que está del lado de Meyer y debe votar en contra. ¡Es un hipócrita! Robert Menotti ha apoyado tradicionalmente a Meyer, por lo que debe expresarse en contra de tu proposición.

En total, a tu favor, tendrás el voto de Sturgeon, el de Nakadai, el de Binder y el tuyo propio. O sea, cuatro votos. En contra sólo votarán Meyer, Menotti y Duncan. Tres votos.

Serán cuatro contra tres. Y triunfarás.

Cuando el gordo Menotti logró contener a duras penas su acceso de tos y el silencio amenazaba con acrecentar la tensión reinante, Wilbur T. Fielding, con voz grave y serena, se dirigió a sus vicepresidentes.

—Señores —les dijo—. Todas las opiniones justas, o absurdas como alguna que he escuchado, han sido puestas a la consideración de ustedes. Es hora de elegir inteligentemente y en provecho, sobre todo, de la Texxon. Votemos, pues, por mi proposición de mantener inactiva la cepa alrededor de ocho años después de patentada.

Y para dar el ejemplo, levantó ceremoniosamente la mano.

A su izquierda, Sturgeon, sin pensarlo mucho, imitó el gesto. Desde el otro lado de la herradura Avner Meyer, en evidente muestra de desacuerdo, dejó descansar sus brazos sobre la mesa. Hiroshi Nakadai, parsimoniosamente, alzó la mano. Martin Duncan, quien desde meses antes había obtenido de las computadoras el pronóstico de que a la larga Meyer sustituiría a Fielding, decidió que era el momento de apoyar al judío y mantuvo sus brazos cruzados sobre el pecho.

Ernst Binder, «el corcho», quien instintivamente había secundado años antes a Fielding en su maniobra para alcanzar la presidencia, parecía dudar. Algo también en su instinto le decía ahora que Meyer sería el hombre del futuro. Y se decidió. Optó por continuar limpiando sus lentes.

Fielding quedó penosamente sorprendido. ¿Qué hacía el viejo Binder? ¿Lo abandonaba? ¿En ese momento? Era el fin.

Tras la dureza del rostro de Sturgeon se percibió perplejidad. Y el brazo en alto de Nakadai pareció estremecerse. Todo estaba perdido. Menotti votaría en contra.

Avner Meyer, sonriendo, se volvió a su derecha, donde estaba Menotti.

Pero la cosa no estaba resultando fácil para el acatarrado vicepresidente de Imagen Pública. Era cierto que él estaba a favor de Meyer. El judío incluso se había comprometido a ayudarlo en sus secretas aspiraciones de llegar a ser presidente de los Estados Unidos cuando cesara el mandato de McEwan.

Pero estaba Junior. Tarde o temprano se descubriría la falsedad de Salvatore. Y el hecho de usar un doble para ocultar un hijo que más que un hombre parecía un despojo humano, no sólo cortaría de golpe sus aspiraciones de llegar a la Casa Blanca, sino que podía costarle su vicepresidencia en la TGI.

Tenía que sacar con urgencia a Junior del movimiento de los ostrichers y rehabilitarlo como un muchacho normal.

Y Sturgeon, con todo su aparato de vigilancia, le había prometido ayudarlo.

Si apoyaba a Fielding, perdería temporalmente la posibilidad de ser presidente de los Estados Unidos. Si secundaba a Meyer, lo podría perder todo.

Y levantó su mano.

Avner Meyer quedó inmóvil sin poder explicarse lo que veía. A punto de satisfacer sus ambiciones de ocupar a toda costa la presidencia de la Texxon, todo se venía abajo... por un imbécil.

Sturgeon, quien había cifrado su última esperanza en la conversación que mantuvo con Menotti, respiró aliviado. Nakadai, incrédulo aún, miraba con sus ojillos entrecerrados la salvadora mano del vicepresidente de Imagen Pública. Duncan y Binder no entendían qué había sucedido.

Fielding, quien no recordaba haber sufrido un momento más amargo en su vida ni haber salido victorioso de él tan inesperadamente, comprendió, sí, que había triunfado y que debía concluir la reunión lo más pronto posible.

—Señores —dijo poniéndose en pie—, gracias por su voto de confianza. Los tendré al tanto de los acontecimientos.

Y con paso rápido y seguro abandonó el lugar.

Wilbur T. Fielding había ganado una gran batalla.

Y en ese salón del piso 166 de The Gold Pyramid, se acababa de firmar el proyecto de una terrible sentencia de diez años más de escasez, miseria y hambruna para una buena parte de la humanidad.

## *Tercera parte*

### **Encuesta sobre un crimen (2)**

#### **EL DÍA DEL CRIMEN**

**7:02 p.m.**

El sol enrojece las nubes que lo rodean en su imperceptible descenso hacia el horizonte. La luz que se esparce por la llanura es menos agresiva, más tenue, y no reverbera ya sobre la ancha cinta de asfalto de donde despegó el avión.

A la derecha de la pista, dos hangares y un edificio van suavizando el color de sus paredes. Un automóvil se encuentra estacionado a unos cien metros de la pista. Fuera de él se hallan dos personas: un hombre vestido con overol y una mujer. Ambos llevan miniaudífonos. Ella sostiene una cámara de video.

Un ruido creciente comienza lejano a la izquierda y se acerca tronante, a velocidad vertiginosa. Como una gran flecha plateada surge un Kot 12 e inicia una leve trepada impulsado por su motor de reacción.

La muchacha observa atenta el movimiento.

—Tony, ¿por qué no bajas ya? —pregunta impaciente.

En su miniaudífono se escucha, algo metálica, la inmediata réplica:

—Trata de grabarlo todo. Voy en barrena.

Ella da un paso hacia adelante. Es bonita y de pequeña estatura. Entre los finos rasgos de su rostro se destacan los grandes ojos y sus labios, muy atractivos.

—No, Tony... En barrena no —murmura con voz nerviosa, como si tuviera al hombre ante sí.

Mientras, el aparato ya cabrea a toda potencia y toma altura con un ángulo de trepada casi vertical. Alrededor de los tres mil pies de altura va disminuyendo su velocidad. Por el sonido del motor también se percibe que está al borde de la pérdida. Con suavidad, la nariz va bajando. El avión se embarca en una pérdida completa. Su nariz se hunde, todo el aparato se vuelve hacia su derecha y empieza a descender en barrena, dando rápidas vueltas sobre su eje, en busca de la tierra, como atraído por un enorme imán.

—¡Tony! —grita la muchacha separando la cámara de su rostro.

El avión continúa su peligroso acercamiento, más y más.

—¡Recupera ya, Ravelo! —advierde Carlos, el del overol.

—Voy —dice Tony.

En dos vueltas, muy cercano ya a la tierra, el avión sale de la barrena en una picada recta de ángulo pronunciado, que va buscando nivelación. El aparato se estabiliza y reanuda el vuelo recto hacia la izquierda. Lo que parecía descontrol se convierte en hábil maniobra.

Ileana y Carlos escuchan la voz de Tony:

—Dime ahora, viejo. ¿Cómo lo viste?

El del overol está entusiasmado.

—Oye, Ravelo, quiero decirte que recobraste en la altura mínima. Te quedó muy bien. Estás en forma, mi hermano.

—Ustedes están locos los dos —murmura Ileana mirando contrariada al amigo de Tony. Luego levanta la vista buscando el avión—. Mi amor, hazme caso —dice sin poder divisarlo—. Todo lo has hecho bien. ¿No estás satisfecho?

—No, no todo me salió bien —responde Tony—. A veces me fui de los parámetros. Pero ya voy a bajar. Después de esto último ya bajo.

La muchacha acaba de localizar el avión a lo lejos, más allá de los hangares.

—¿Que vas a hacer? —pregunta, inquieta.

—¿No te lo imaginas?

Los labios de la joven se entreabren por un instante.

—Ya sé, ya sé —dice—. Pero no te pegues mucho a la tierra. Tony. No es necesario. Piénsalo.

El sonido del motor se escucha creciente, pero el avión no se ve. El ruido aumenta. Viene de la izquierda.

La muchacha aprieta los puños.

—Sube, Tony —casi suplica—. No te pegues a la tierra.

De repente, en medio de un sostenido fragor, irrumpe el aparato ante la vista de Ileana y Carlos. La visión es impresionante. Viene a gran potencia, en vuelo invertido, paralelo a la pista, peligrosamente cercano a la tierra.

—¡Tony! —grita ella y su rostro se contrae. Cierra los ojos y aprieta los puños.

El avión avanza con todo el fuselaje volteado al revés: la cabina hacia abajo, el piloto de cabeza, colgado de los arneses y el cinturón.

—Cuida la altura, Ravelo —indica Carlos—. Estás a unos tres metros. Sube ya.

—Voy.

—Dale —insiste Carlos casi inconscientemente.

El avión se va separando con lentitud de la tierra a la que estuvo tan cercana. Va tomando altura hasta nivelarse con medio barril.

Ileana abre los ojos. Los brazos caen a lo largo de su cuerpo, mientras la cabeza se inclina hacia un lado. Respira profundo.

—Ya no puedo más —susurra.

—Ahora bajo, mi amor —afirma la voz de Tony. Y añade—: Dime, Carlos.

El del overol abre los brazos y sonrío hacia el cielo.

—¿Qué te voy a decir? Si no hubieras cambiado de profesión, a estas horas serías algo más que piloto de primera: instructor... o quién sabe.

La risa de Tony se escuchaba a través de los miniaudífonos:

—No seas exagerado, compadre.

Todavía a lo lejos, se ve el avión que comienza a descender en una maniobra de hoja seca, primero a la derecha, luego a la izquierda, hasta que ronza para entrar en la pista.

Ileana no levanta la mirada para verlo aterrizar. Carlos recoge el audífono de la muchacha y se aleja hacia las instalaciones.

Después que el aparato toca pista y pierde velocidad, carretea acercándose al hangar.

La joven, extenuada, abre la puerta derecha del auto y se sienta. Está pensativa. Se mantiene así largos minutos. Unos pasos cercanos la hacen volverse.

Antonio Ravelo es un hombre de complexión fuerte. Su rostro, agradable y varonil, de mirada inteligente, trae una sonrisa al aproximarse.

Ileana, al verlo, sonrío también, a su pesar.

El hombre siente una opresión en el pecho. Mentalmente critica su debilidad: la hermosura de la muchacha siempre lo sorprende. No puede acostumbrarse a esos labios. Sobre todo cuando, como ahora, están entreabiertos.

—Tony —comienza a decir Ileana al tenerlo cerca—, tú y tu avión me van a matar de...

Pero no puede terminar. Él se ha inclinado sobre su rostro y la besa. Ella cierra los ojos para disfrutar mejor la caricia. Es un beso que desata toda la tensión que él acumuló durante el vuelo, toda la inquietud que, mientras, se adueñó de ella.

Al separarse. Tony disfruta la certeza de haber estado besando esa boca que ahora observa y repasa con la mirada.

—Me gustas mucho —dice y se incorpora.

—Hay un aviso para ti —le comunica ella y, levantándose del asiento, sale del vehículo.

Mientras Ileana da un corto paseo para dejarlo solo, el hombre entra en el auto, ocupa el asiento del chofer y manipula el ordenador. El mensaje va surgiendo en la pantalla. Segundos después. Tony se vuelve hacia Ileana que, por discreción, se mantiene afuera, recostada al vehículo.

—Vamos, mi amor —le dice.

Cuando la muchacha monta, el auto, sale en busca de la carretera principal. Ha oscurecido y Tony se ve obligado a encender las luces.

—Creo —le dice— que no vamos a poder salir esta noche como habíamos pensado. Tengo trabajo.

Tony siente la mirada de reproche en silencio, durante unos segundos.

—¿Pero no me habías dicho —comienza ella— que tenías una semana de descanso?

—Ven acá, mi cielo —Tony le oprime cariñosamente, por un instante, la rodilla—. ¿Tú crees que si me escogen porque piensan que puedo hacer un buen trabajo, voy a decir que no? Todo lo contrario, me siento orgulloso de que me hayan elegido a mí. ¿No comprendes?

—Yo comprendo. Yo siempre tengo que comprender. Y ahora, ¿cuándo nos vemos otra vez?

—En cuanto termine éste caso, te llamo y voy corriendo a buscarte.

Ileana se mantiene callada. Ya es totalmente de noche. El auto, con sus luces que apartan las sombras, avanza veloz rumbo a la ciudad de La Habana.

—Tony —dice la muchacha—, presiento que esto se está acabando.

El hombre no disminuye la velocidad. Tal parece que no ha escuchado esas palabras. Pero en su interior se reprocha el haberse impresionado con la belleza de una muchacha de la cual no ha llegado a conocer, con profundidad, sus sentimientos.

—Yo no te puedo amarrar a mi lado —dice finalmente y hace silencio antes de añadir, en tono sincero—: Lo siento. Había pensado que todo podía tener arreglo, que íbamos bien.

—Es que te tengo y no te tengo, Tony. No podemos hacer un plan para una salida, porque no se nos da, sale mal.

El hombre disminuye la velocidad y el auto entra en el perímetro urbano. Se dirigen hacia el Vedado.

—Cuando tú me conociste —recuerda Tony— ya hacía mucho tiempo que yo trabajaba en esto. Y te pareció bien.

En la voz de la muchacha se percibe algo de molestia al decir:

—Sí, ése fue mi primer error.

—Perdona, Ileana —Tony detiene el vehículo ante un semáforo—. Tu primer error, tu único error quizás, es no tener algo en la vida que te obsesione. Entonces me comprenderías mucho mejor.

La luz verde se proyecta y el auto dobla a la derecha y avanza por la avenida de los Presidentes. La joven mira por la ventanilla hacia afuera.

—No creo que haya mujer alguna que resista tener un marido con tu profesión.

—Las hay. Casi todos mis compañeros están casados —asegura Tony y obliga al automóvil a incorporarse a la calle 17—. Oye, ¿tú no has pensado que también hay mujeres policías? Que sus compañeros son maestros, torneros, médicos... o qué sé yo. Y la comprenden. Se llevan bien y son felices.

—En la vida todo es posible —acepta la muchacha—. Pero hace falta mucho sacrificio.

—No. Quizás hace falta mucho amor.

Ileana se vuelve hacia él.

—Eso es lo último que hubiera esperado escuchar —asegura—. ¿Así que yo no estoy enamorada de ti?

El auto se detiene ante la casa de la joven.

—Disculpa por lo que te acabo de decir —Tony se inclina hacia ella—. Cuando termine este caso, te vengo a buscar.

La muchacha lo besa fugazmente y desciende del vehículo.

—Espera mi llamada —le dice—. Si no, no vengas. Te lo pido.

El hombre se queda mirándola. Es bella. Y presiente que es la última vez que vendrá a su casa.

—Está bien —acepta.

### **9:34 p.m.**

—...y fuimos al apartamento del cuarto piso, a entrevistar a Esteban Quiroz, el crítico de ballet —informó Marusha y Tony asintió—. A través de sus propias palabras se percibe que está enamorado de Myrna, la bailarina griega, y que sentía celos al ver que Ariel Guzmán la visitaba. Quiroz nos mostraba su colección de escopetas...

—¿Escopetas?

—Sí, profe —intervino Emilio—. Él es cazador. Estamos esperando respuesta del laboratorio para saber si la bala fue disparada por pistola o por fusil.

Los tres investigadores se hallaban sentados en el recibidor. Tony, atento a las palabras de los dos jóvenes, ocupaba un butacón. Marusha y Emilio estaban en el sofá.

Tony le indicó a la joven que continuara.

—Veíamos las armas cuando nos llamó Daniel Cárdenas desde el apartamento de Fernando y Gladys, los actores del tercer piso —explicó la muchacha—. Y al llegar nos confesó que su hermano Gustavo Cárdenas, que también trabaja en el Instituto Cubano de Biotecnología, había sido culpado por algo sucedido allá.

—¿Qué tipo de hecho? —inquirió Tony.

—Posiblemente un sabotaje —puntualizó Marusha—. Daniel admitió que, sin saberlo su hermano, él había decidido seguir a Ariel Guzmán —levantó la vista—. Con toda esa información Emilio y yo estuvimos de acuerdo en que era necesario avisar a la Seguridad del Estado.

Tony asintió con un gesto.

—Y en lo que usted venía hacia acá, profe —dijo Emilio—, llamamos al Instituto Cubano de Biotecnología. Gustavo Cárdenas no ha salido de allí— en toda la tarde. Está participando en un trabajo muy urgente junto con el doctor Rigoberto Perea. El mismo Perea nos dio cita para cualquier hora de la noche, pues dice que van a seguir trabajando —miró a su superior—. Y eso es todo.

—Han realizado un buen trabajo —felicitó Tony—, Si hay algo de espionaje, habrá que hacer una investigación profunda a cada uno de los vecinos del edificio Colonial: Myrna, Esteban Quiroz, Fernando y Gladys. Incluyendo, por supuesto, a Daniel Cárdenas y a... ¿cómo se llama el portero?

—Nicolás —dijo Marusha.

Emilio se inclinó hacia adelante y con un rápido movimiento de la mano, se apartó el pelo de los ojos.

—Sí, profe —dijo—. Pero antes es imprescindible descubrir cómo se cometió el crimen.

Esta vez fue Tony quien se corrió hasta el borde del asiento, para quedar más cerca de los tenientes.

—Oye, Emilio —sonrió—, Y tú también, Marusha. El tiempo en que yo era profesor de ustedes en el Instituto ya pasó. No me olvido, porque fueron los mejores expedientes, pero ya pasó —los señaló con el índice—. Ahora, aquí, para los demás, somos los tenientes Angela Marín y Emilio Serrano, y

el capitán Antonio Ravelo —describió un círculo imaginario con la mano—. Pero, entre nosotros, somos Marusha, Emilio y Tony. ¿Bien? Lo importante es hacer un buen trabajo de equipo.

Emilio asintió con la cabeza.

—Sí, profe... —dijo, y al encontrarse con la mirada del otro, rectificó—: Sí, Tony.

El capitán se golpeó las rodillas con las palmas de las manos.

—Bien —dijo—, vamos a ver los videos.

Cuando los tres investigadores llegaron tras el mostrador, ya el portero se hallaba sentado ante los televisores. El viejo indicó con un movimiento de cabeza que todo estaba preparado.

—Póngalos, Nicolás —pidió Emilio, y señaló para el aparato correspondiente al recibidor.

A los pocos segundos apareció Ariel Guzmán en la pantalla.

—Ése es Ariel —explicó Marusha.

Tony se volvió un instante hacia ella.

—Algo viejo para ser amante de Myrna, ¿eh? Le lleva casi treinta años.

En la pantalla, Ariel desaparece y entra Cárdenas, con su ropa de vistosos colores.

—¿Daniel, no? —puntualizó Tony y, sin quitar la vista del televisor, vio cómo Ariel Guzmán aparecía de nuevo en cámara y ambos hombres entraban en el elevador.

La puerta se abrió en la pantalla correspondiente al tercer piso. Daniel Cárdenas salió y llamó al apartamento. Luego abrió y entró después de intercambiar unas palabras con Guzmán. El elevador se cerró. Los siete televisores mostraron idéntica inmovilidad hasta que en el del sexto se abrió la puerta. Ariel Guzmán estaba muerto en el piso. Myrna apareció y se inclinó sobre el cadáver. La puerta se cerró para abrirse al momento.

—Parece como si hubiera ido a registrarlo —comentó Tony, mientras se veía a la griega desaparecer de la pantalla.

Marusha puso una mano sobre el hombro del portero.

—Nicolás, por favor. Hágalo retroceder hasta el momento en que Cárdenas entra en el apartamento, en el tercero —se vuelve hacia los dos

investigadores—. Hay algo que me hizo dudar la primera vez, pero ahora creo que lo tengo.

—Ya —anunció el viejo.

La pantalla cobró vida en el momento en que Daniel Cárdenas entraba en el apartamento. La puerta del elevador se estaba moviendo, cuando Marusha se acercó al televisor y señaló con el índice.

—¡Fíjense en los botones de la chaqueta de Ariel! ¡Están cerrados los tres! Ahora verán en el piso de Myrna.

Todas las miradas fueron hacia el último televisor. Al abrirse en él la puerta del elevador, Marusha exclamó:

—¡Deténgalo! —y se volvió a sus compañeros—. ¡Miren! El botón de arriba está abierto. Cuando Ariel Guzmán llegó al sexto piso ya lo habían registrado. Alguien entró en ese elevador en el cuarto o en el quinto piso —y concluyó moviendo la cabeza—: No sé cómo.

La muchacha quedó observando con atención los rostros de sus dos compañeros como si buscara en ellos la explicación que no encontraba. Emilio miraba alternativamente, con inquietud, los televisores. Tony, recostado a la pared y con los brazos cruzados, tenía la vista fija en un punto impreciso del mostrador. De pronto levantó la cabeza.

—Nicolás —dijo—, pase otra vez el video completo —y mientras el viejo preparaba el equipo, se volvió a sus compañeros de investigación—: Me parece haber descubierto algo y lo vamos a corroborar ahora. Está relacionado con el tiempo.

Marusha y Emilio se miraron.

—¿El tiempo? —repitió la muchacha.

—Sí, ya verán. ¿Listo, Nicolás?

—Ya, compañero.

—Póngalo.

La acción empezó a repetirse en el primer televisor. En el momento en que Guzmán y Cárdenas ya estaban en el elevador y la puerta se cerraba, Tony oprimió un botón en su reloj pulsera. Al abrirse en la pantalla del tercero, lo volvió a oprimir. Cárdenas entró en el apartamento. Cuando la puerta se cerraba de nuevo, Tony repitió la operación y esperó. Comenzaba a

abrirse en el televisor del sexto piso cuando Tony manipuló por cuarta vez su reloj y quedó un instante observándolo.

—Detenga el video —pidió a Nicolás, y se volvió a sus compañeros—. Hay un problema con el tiempo —aseguró con satisfacción—. El elevador se demora doce segundos desde el recibidor al tercer piso. Pero se tarda veinte, ¡veinte segundos!, desde ahí al sexto. O sea, que del tercero al sexto se demora ocho segundos más —abrió la mano hacia los televisores—. En algún lugar estuvo detenido el elevador entre el tercero y el sexto piso.

—Cierto —reconoció Marusha—. Nosotros no nos dimos cuenta porque paramos el video varias veces.

Emilio, excitado, adelantó un paso hacia el capitán y negó con la cabeza.

—Puede ser verdad, profe —dijo y señaló para dos televisores—. Pero las puertas del cuarto y quinto no se han abierto ni un centímetro y no es posible... —el joven investigador quedó en silencio. Su mirada estaba fija en las pantallas. De pronto, se volvió hacia Nicolás—. ¿Dónde están los registros de la instalación del video en cada piso?

El portero movió su largo y delgado cuerpo para mirar a Emilio.

—¡Ah, compañero! —dijo, señalando para la reja cerrada en una esquina del recibidor—. Al fondo de los apartamentos, por la escalera. Son unas cajitas rectangulares. Por ahí los arreglan cuando se rompen.

—Ábrame la reja —pidió Emilio y salió caminando hacia allí, Nicolás lo siguió con toda la rapidez que pudo. Cuando el portero abrió la reja, Emilio se dirigió a sus dos compañeros—: Fíjense en los televisores del cuarto y quinto piso. Las imágenes son iguales. Demasiado iguales —y subió corriendo las escaleras.

Marusha y Tony se acercaron a los dos televisores. En ellos se reflejaban sendas puertas del elevador al igual que en los otros aparatos. Sin embargo...

—¡Increíble! —exclamó el capitán—. ¡Es la misma puerta reproducida en los dos aparatos! —se volvió a Marusha y abrió más los ojos—. Unieron los cables para que se repitiera una de las dos puertas. Así la otra podría abrirse y cerrarse sin que se notara.

—Entonces, a Ariel lo asesinaron en uno de esos dos pisos, en el cuarto o en el quinto —pensó en voz alta la muchacha—. Pero, ¿en cuál? ¿En el

desocupado? ¿O en el de Esteban Quiroz? Esteban dice no haber salido de allí. Si fue en su piso, él es el asesino o un cómplice.

Nicolás regresaba al mostrador. Tony le preguntó cuando estaba próximo a él:

—¿Qué pasó hoy con el aire acondicionado?

—Nada de importancia, compañero —comenzó el viejo al tiempo que ocupaba su silla—. Por la tarde se rompió y me pidieron que lo arreglara.

—¿Quién avisó?

—Fernando Montecassino, el del tercero.

—¿Qué tenía el aire?

—Nada —el viejo hizo un movimiento con la mano—. Un desajuste.

—¿Pudo haberlo desajustado alguien?

Nicolás se encogió de hombros.

—A veces se rompen solos —dijo y añadió señalando para la puerta del recibidor que daba para la calle—: Pero yo le aseguro que si fue alguien, no entró por aquí.

—¿Y se puede entrar por otro lugar?

—Sí —el hombre contestaba sin mirar de frente al investigador—. El aire acondicionado es para todo el edificio Colonial y éste es sólo uno de los cuatro bloques. También están la tienda, la cafetería, el mercado, la peluquería y el bar —señaló hacia el piso—. En el sótano está la máquina central que lleva el aire a todos esos lugares. Éste es un edificio grande.

—Y usted bajó más de una vez —quiso puntualizar Tony.

—Sí. Cuando entraba ese señor, Ariel, aquí en el recibidor, Esteban me había acabado de avisar que el aire no funcionaba otra vez en su piso.

Marusha intervino:

—Esteban dice que él no lo llamó.

—Fue él —insistió el viejo—. No hablaba bien por la gripe. Esteban tiene gripe desde hace dos días —volvió la cabeza hacia Tony, pero no lo miró—. Bueno, yo fui al sótano y no vi nada malo. Revisé todo y subí. Me demoré unos cinco... o seis minutos.

Emilio bajó de un salto los últimos escalones y fue corriendo hasta el mostrador.

—Profe —dijo con agitación—, es la puerta del cuarto la que se repite en el televisor del quinto.

Tony se volvió hacia Marusha.

—Lo mataron en el quinto piso.

La muchacha se encogió de hombros.

—Entonces pudo haber sido cualquiera del edificio —dijo.

Tony le hizo una señal a Emilio.

—Muchas gracias, Nicolás —dijo el teniente.

—No, compañeros, ¡qué va! —dijo el portero mientras se levantaba del asiento para alejarse del sitio—. Yo estoy aquí para lo que sea necesario. ¡No faltaba más! —y se retiró.

—Emilio, el Mecán —ordenó Tony.

El joven investigador miró hacia la puerta que daba a la calle y le hizo una señal al sargento Álvarez.

—Trae el «perrito» —le dijo.

Tony puso una mano en el hombro de Emilio y la otra en el de Marusha.

—Escuchen. Estoy seguro de que el asesino esperó en el quinto y tocó el botón para que el elevador se abriera en ese piso. Ustedes han hecho las entrevistas. Díganme —y los miró significativamente a los dos—. ¿Quién fue?

Marusha movió la cabeza.

—Yo sólo pudiera hacer conjeturas —confesó la muchacha.

—Dímelas.

—Esteban pudo haber subido por la escalera y esperarlo allí.

—También Myrna pudo haber bajado —intervino Emilio—. Quizás después de matarlo subió por la escalera y apareció en el video al abrirse el elevador, para hacerse la inocente. A lo mejor por eso se demoró en aparecer.

Marusha señaló hacia el portero, que estaba sentado en uno de los butacones del recibidor.

—También es posible que Nicolás —dijo—, en vez de bajar al sótano, subiera por la escalera. Hay que tener en cuenta que Daniel Cárdenas entró en el recibidor cuando ya él no estaba allí. Y Ariel, después de muerto, no podría decir si Nicolás bajó al sótano o subió por la escalera. Además, él pudo subir

desde que vio entrar a Ariel. De esta forma tendría un amplio margen de tiempo.

Emilio asintió y se quitó el mechón de pelo de los ojos.

—Y Fernando, si fuéramos a ver —opinó—, pudo no haber estado bañándose. Quizás esperaba a la víctima en el quinto y, después de matarla, regresó a su apartamento y se puso a conversar con Cárdenas.

Tony los miró a los dos.

—Pero cualquiera de ellos que hubiera sido —objetó— tendría que saber que ya Ariel subía por el elevador.

—Eso no es difícil —recordó la muchacha—. Desde la sala de Esteban comprobé que, mirando por la ventana lateral de los apartamentos, se puede ver al que se encamine a la entrada del edificio —buscó el asentimiento de Emilio—. El asesino, si no estaba ya en el quinto, podría haber ido en ese momento, ¿no?

El joven movió afirmativamente la cabeza. Tony señaló con el índice a Marusha.

—Estoy pensando —dijo— si Daniel Cárdenas podría haber tenido tiempo para matar a Ariel.

Marusha respondió con expresión dudosa en su bello rostro:

—Él dice que se quedó mirando el tablero del elevador. ¿Y si en vez de eso salió por el fondo y subió corriendo las escaleras? ¿Habría tenido tiempo?

—Recuerda que él dijo haber visto subir el elevador hasta el quinto piso y nosotros, equivocados, lo rectificamos —apuntó Emilio—. Ahora resulta que tenía razón. De seguro se quedó mirando el tablero.

—¿Y si hubiera sido el asesino, no conocería de sobra que el elevador iba a parar en el quinto? —sonrió la muchacha—. ¿No podría él mismo, al entrar con Ariel, haber oprimido el botón del quinto piso?

—Tienes razón —Emilio se tocó la frente, en referencia a su olvido, pero, después ladeó la cabeza con duda—. De todas formas —dijo—, me parece un poco difícil.

Tony estuvo a punto de decir algo, pero al ver al sargento atravesar la puerta de entrada, prefirió callar por el momento. Álvarez caminó hacia ellos. Traía un gran maletín colgado al hombro. Tony hizo una señal a sus compañeros.

—Vamos al quinto piso —dijo.

**10:21 p.m.**

Desde el umbral de la puerta trasera, en el apartamento del quinto piso, Emilio guiaba al Mecán gracias a su tablero de control remoto. Tony y Marusha, a su lado, escuchaban los datos que el joven les comunicaba según surgían en la pantalla del tablero.

Ya al pasar junto a las puertas de las habitaciones interiores, el aparato había establecido que, al menos en los últimos cinco días, nadie se había acercado por allí. El asesino, por tanto, se había limitado a mantenerse en la sala y, quizás, pasar al pequeño recinto entre la puerta delantera y el elevador.

—Hasta ahora parece que se trata de una sola persona, profe —informó Emilio mientras atendía a los controles.

El Mecán, un CIE-202, estaba a punto de terminar su recorrido por la sala. Partiendo de la puerta, se había deslizado cerca de las paredes hasta completar una vuelta e iniciar otra, más pequeña, hacia el centro. Había avanzado hasta el piano de cola y la banqueta, y ahora Emilio lo mantenía cerca de la puerta de entrada y del elevador.

—La persona es del sexo masculino, profe.

—Descartada Myrna Andreopoulos —dijo Marusha.

—Entró aquí unos treinta minutos antes del crimen —continuó Emilio observando la pantalla—. Estuvo cerca de la ventana esa —la señaló sin mirarla—. Luego se trasladó hasta aquí —con un movimiento de cabeza indicó detrás de un butacón—. Después no estuvo fijo, en ningún otro lugar, el tiempo suficiente para que se registrara el calor de su cuerpo.

—Hay que estudiar ese recorrido —afirmó el capitán—. Nos podría ayudar a saber qué hizo el asesino.

El Mecán se detuvo en medio de la sala.

—Bueno —Emilio se volvió hacia Tony—; ya el «perrito» terminó su trabajo.

A una señal del jefe, los tres investigadores entraron en el apartamento.

—¿No hay más datos personales, Emilio? —inquirió Tony mientras echaba una ojeada al lugar.

—Sí. Los está procesando ahora.

—No aparece el arma —dijo Marusha, después de recorrer con la vista la habitación—. Ni siquiera el casquillo de la bala.

Emilio se acercó a Tony sin dejar de observar la pantalla.

—Ahí van los datos —anunció—: es un hombre de setenta y siete coma tres kilogramos. Estatura: un metro ochenta. Temperatura normal. Olor característico: alterado. Al parecer, usó pastillas perfumadoras. Sí, el «perrito» lo indica.

Tony se dirigió al teléfono.

—Piensen en lo que les voy a decir —pidió, y los jóvenes lo atendieron—. Esteban dice que él no fue quien llamó a Nicolás por segunda vez. Esa llamada, por tanto, se mezcla, sospechosamente con el crimen. Es muy probable que la haya hecho el asesino.

—Está bien —convino Emilio—. Pero, ¿de qué le podría haber servido?

—Hay dos respuestas —aseguró Tony y comenzó a oprimir los botones del teléfono—. Una: nadie llamó y es una coartada de Nicolás para darse más tiempo. Recuerden que no respondió cuando Myrna lo llamó, sino que demoró algo. Dos: el asesino llamó para alejar al portero del recibidor y poder salir del edificio sin ser visto —Tony terminó de marcar el último número—. A los que viven en el edificio les daba igual que Nicolás estuviera o no en el recibidor. Pero alguien de afuera, que quisiera salir después del asesinato, sí necesitaba que Nicolás no estuviera.

—¿Usted quiere decir, profe, que...?

—Que existe la posibilidad de que el asesino no sea nadie del edificio.

—¡Cómo! —exclamaron a la vez los dos jóvenes.

De pronto, Tony les dio la espalda.

—Es Ravelo, coronel —dijo sosteniendo el teléfono—. Sí, desde el Colonial. Esto parece estar complicado con espionaje científico, Es necesaria la restricción de salidas del país a toda persona de un metro ochenta de estatura y setenta y siete kilogramos de peso —escuchó por unos segundos—. Sí, coronel, lo sé. Es tiempo de olimpiada, entran y salen cientos de personas. Pero es necesario. Tengo causas claras y justificadas. Yo respondo por eso — se mantuvo de nuevo en silencio. Miró a Emilio y Marusha—. ¿Una hora? Necesitamos al menos... diez horas de margen para hacer el trabajo.

La muchacha se volvió a Emilio y abrió los ojos.

—¡Diez horas! —dijo en voz baja—. ¿Cómo vamos a resolver el caso en ese tiempo?

—Sí —continuó Tony en el teléfono—. Yo le aseguro que el asunto puede ser difícil —esperó—. Sí, una hora a partir de este momento. Pero... —quedó inmóvil, escuchando—. Es que necesitamos más tiempo —silencio de nuevo. Asintió con interés—. Sí, y dígame de la gravedad del caso. El viceministro entenderá. Le repito que es urgente. Trate de hacer lo posible, coronel. Yo espero su respuesta —y colgó.

Marusha hizo algunas tachaduras en su libreta.

—Quedan descartados Daniel Cárdenas, Nicolás y Fernando Montecassino. Ninguno de ellos mide ni pesa lo que marca el Mecán.

Emilio se acercó a Tony.

—Profe, me parece que se apresuró mucho al pedir la restricción de las salidas al coronel. Estoy seguro de que Esteban Quiroz tiene ese peso y esa estatura —el joven investigador señaló hacia la puerta trasera—. Él pudo subir a este piso, unir los cables del video, entrar y esperar a Ariel —miró un instante hacia la puerta principal—. Cuando se abrió el elevador, lo mató con una escopeta adaptada para balas calibre 22. Luego pudo regresar a su piso, limpiar el arma y esperarnos tranquilamente.

Tony lo observó por un segundo.

—Trae el Mecán —dijo de pronto—. Vamos a ver a Esteban Quiroz.

## **10:52 p.m.**

Marusha se hallaba sentada en una de las sillas de estilo. Emilio, muy cerca del crítico de ballet, manipulaba el Mecán.

—No tengo duda, Quiroz —dijo Tony, de pie frente al hombre—. Este crimen no es consecuencia de un acto pasional y descontrolado. Aquí hubo mucha premeditación, mucho cálculo. Por cierto, ¿qué sabe usted de Myrna Andreopoulos?

—Mucho cálculo —repitió Esteban, como hablando consigo mismo. Cerró los ojos con especial calma y, al abrirlos, se dirigió a Tony—: Yo conocí a Myrna en París. Ella era primera bailarina de la compañía Universal

Dancers que estaba presentando una versión muy escandalosa de *La bella durmiente*. La fui a ver. El espectáculo no me gustó. Pero a ella sí le vi condiciones. Aunque, para ser sincero, en el Ballet Nacional de Cuba ella no sería ni bailarina principal.

—¿Por qué? ¿No es buena? —se interesó Tony.

—Sí, indiscutiblemente. Pero aún no está madura para trabajos con los clásicos como primera bailarina. Bueno, después ella me fue a ver e hicimos amistad. Myrna había pasado un curso de la Escuela Cubana de Ballet por video cassette. Pero tenía interés en recibir un curso aquí. Decía que solamente percibiendo el ritmo propio de la vida en Cuba podría captar con profundidad lo característico del estilo cubano. Y en eso tenía razón. Yo le gestioné el curso.

Emilio miró a su jefe.

—Idéntico peso y estatura —dijo.

Tony señaló al hombre.

—¿Usted dice que no ha salido hoy del apartamento?

—No he salido.

—Capitán, aquí hay algo —interrumpió Emilio—. Él tiene treinta y ocho grados de temperatura.

Marusha iba a intervenir, pero su jefe la contuvo con un movimiento de cabeza. Había comprendido, pues él también pensó lo mismo. La muchacha iba a advertirle que Esteban pudo haber usado un medicamento que le bajara temporalmente la fiebre. Tony le hizo una señal a Emilio.

—Coloque sus manos aquí, por favor —le pidió el joven a Esteban indicándole la superficie del Mecán.

El hombre se inclinó hacia adelante en el asiento y obedeció a Emilio. Miró a Tony.

—Capitán —dijo—, si no me inquieto es porque confío en que usted, como buen profesional que debe ser, se convencerá de mi inocencia.

—Entonces, despreocúpese, Quiroz. Ésta es la mejor forma de probar que es inocente.

Emilio se volvió a su jefe.

—Nada —afirmó.

Y el joven sabía las implicaciones de sus palabras. Esteban Quiroz no tenía restos de pólvora. Si se le pedía al sujeto que colocara las manos en el aparato era para acercarlo lo más posible a él. El Mecán CIE-202 era capaz de detectar cualquier partícula que hubiera quedado en la ropa o hasta en el cuello y el rostro de la persona. Esteban, por tanto, era inocente.

—¿Todavía crees que me apresuré al pedir las restricciones? —preguntó Tony al joven investigador para que comprendiera que había entendido todo. Se volvió al crítico como si acabara de recordar algo de pronto—: Por cierto, ¿no ha recibido usted ninguna invitación para viajar al extranjero recientemente?

—No... Pero no entiendo qué relación...

—No se preocupe —sonrió Tony y le hizo una especie de saludo de despedida—. Para rompernos la cabeza estamos nosotros. Usted debe seguir trabajando para que nuestro ballet sea cada vez mejor.

### **10:56 p.m.**

Otto Düster esperaba su vuelo en el salón C del aeropuerto internacional José Martí. Quince minutos más y saldría de Cuba. El constante movimiento de personas ante su vista, de las más variadas nacionalidades, no le daba cabida al aburrimiento.

Otto Düster observaba. Y meditaba. Él, que contaba con ganar una buena suma en esta misión, debía regresar ahora a informarle al cascarrabias de Sturgeon lo que había sucedido. Ya se imaginaba la ira de su jefe. Y no era para menos. Había mucho en juego en la operación. Düster lo sabía. Los datos que había logrado obtener en Checoslovaquia hablaban de algo muy gordo.

Era increíble. Un trabajo tan sencillo, por el que sería bien gratificado, y, ¡puaf!, todo se desbarataba en un instante. No habría segunda fase de la misión, ni regreso triunfal, ni felicitaciones... ni dinero. El fabuloso plan deshecho en un segundo, como una pompa de jabón, con una simple llamada telefónica a su habitación del Lido hecha desde el edificio Colonial. El contacto le había comunicado el asesinato de *Salesman* y, lo peor de todo, que el termo había desaparecido.

Bueno, Düster, al menos, estaba conforme consigo mismo. Él había seguido todas las instrucciones al pie de la letra. Era, a pesar de sus crisis de soledad, un verdadero profesional, un especialista.

Una vez más lo había demostrado.

Entre las órdenes que le dio Warren Sturgeon al asignarle la misión, estaba la de adquirir siete pasajes de salida de Cuba, con nombres falsos: un pasaje para cada día de la semana, siempre en el vuelo de las once y diez. Era la única forma de garantizar el rápido traslado del encargo.

Düster había estado a punto de infringir esa disposición de su jefe, adquiriendo, en beneficio propio, sólo tres de los siete pasajes, para días alternos. Pero su sentido de la responsabilidad primó. Y ahora veía las consecuencias: era tal la cantidad de personas, entre turistas, atletas, funcionarios y periodistas, que resultaba imposible obtener un boleto de viaje en pocas horas. Y él tenía el suyo en las manos. Esa noche su tarjeta de identificación y su pasaje estaban a nombre de Helmut Stangerberg, con residencia en Frankfurt.

La voz amable de la muchacha interrumpió sus pensamientos. Estaban anunciando la salida de su vuelo para dentro de diez minutos. Düster se sobrepuso a los temores que le producía el avión, tomó su maletín de manos y se encaminó hacia el túnel número cinco. Pasó ante la cafetería, la oficina de reservaciones de hoteles, la tienda de los licores y tabacos, el mostrador de revisión de documentos... Y, en el trayecto, algo le llamó mucho la atención.

Se detuvo, y como quien recuerda a última hora un encargo de un amigo, entró donde se vendían licores y habanos. Desde allí, junto a las cajas de aromáticas maderas que guardaban los tabacos cubanos, podía observar lo que estaba sucediendo en el mostrador de revisión de documentos. Y era algo interesante, imperceptible para el neófito, pero significativo para él.

Minutos después, cuando por los altavoces anunciaron el despegue de su vuelo, salió presuroso de la tienda, alcanzó el túnel cinco y se dejó llevar hasta el avión.

Otto Düster acababa de comprobar por sí mismo que era cierto lo que había escuchado sobre la eficiencia de la policía cubana. Esos hombres no perdían tiempo. Y sabían usar el Mecán. No era necesario ser un genio para

comprender que lo que acababa de ver tenía relación con el asesinato de *Salesman* en el Colonial.

—Ya en el avión, hacia la cola, ocupando uno de los asientos de tercera clase, no pudo dejar de pensar en los datos que le llevaba a su jefe.

Y Düster sabía bien lo que era capaz de lograr Warren Sturgeon con una información de esa índole.

### **11:30 p.m.**

—La llamada era del laboratorio —informó Emilio al acercarse a Marusha y Tony, que se hallaban sentados en los muebles del recibidor. Ocupó él un lugar en el sofá, junto a la muchacha—. Aseguran que la bala fue disparada por una pistola o revólver.

Tony, echado hacia adelante en el borde del butacón, asintió.

—Ese dato me ayuda más. Nada fue dejado al azar, la culpabilidad de Esteban fue muy bien planeada. Lo del peso y la estatura fue concebido para burlar al Mecán y culpar a Esteban.

—Pero, profe, ¿cómo puede estar tan seguro?

—No estoy tan seguro, Emilio. Son suposiciones. Pero encajan. Primero: el asesino sabía que nosotros utilizaríamos el Mecán y que éste nos proporcionaría sus señas personales. ¿Cómo burlarlo? —se encogió de hombros, abrió las manos y ladeó la cabeza—. Echando las culpas sobre otra persona con las mismas características.

—No estoy de acuerdo —manifestó la muchacha—, porque, ¿y si no hubiera habido nadie en el edificio con el peso y la estatura del asesino?

—Entonces el asesino hubiera sido otro, cuyo peso y estatura correspondieran con Fernando, Nicolás o Santander,

Marusha miró extrañada a su jefe.

—No comprendo —confesó.

—Miren, lo primero que hay que hacer es olvidarse de crimen por celos o robo —con dos palmadas, Tony fingió limpiarse una mano con la otra. Luego, su dedo índice describió un círculo sobre su rodilla—. Esto es un complot muy bien fraguado. Quien lo planeó, estudió a los habitantes del

edificio y, luego, buscó a un criminal con las características físicas de uno de los vecinos.

Emilio, como para darse tiempo a reflexionar, se pasó una mano por los cabellos antes de hacer la pregunta:

—¿Y qué le hace pensar así?

Tony sonrió.

—Las invitaciones desde el extranjero —dijo—. El asesino necesitaba, primero: un apartamento vacío. Y después: un inquilino con sus características. ¿No les resulta a ustedes extraño que los Santander recibieran una invitación, y Fernando y Gladys otra, para viajar? El único que no recibió invitación fue, casualmente, el que pesaba y medía lo mismo que el criminal. Es mucha coincidencia.

—Está bien —admitió Emilio con un rápido movimiento de la cabeza—. Querían vaciar un apartamento. Y lo lograron: los Santander salieron de viaje —sus ademanes eran ágiles, inquietos—. Pero, ¿cómo podían asegurarse de que la persona sobre la que pretendían echar las culpas iba a encontrarse en el edificio en el momento del crimen? ¿Y si hubiera salido al trabajo, o a pasear?

Tony se echó hacia atrás en el butacón.

—Dime, Emilio, ¿sobre quién echaron la culpa?

—Sobre Esteban.

De repente, el capitán se inclinó hacia adelante y se golpeó la rodilla con la palma de la mano.

—¿Y dónde se hallaba Esteban Quiroz cuando se cometió el crimen?

—En el edificio —asintió el joven con excitación—. Pero, mire, era porque estaba enfermo y... —quedó mudo y sus ojos se fueron abriendo desmesuradamente—. ¡Espere! —dijo, y chasqueó los dedos—. ¿Usted quiere decir que...?

—¿No te parece muy conveniente para el asesino que Esteban se encontrara enfermo?

—Sí, profe, ¿pero cómo pudo haber hecho que enfermara?

Tony movió la cabeza, asintiendo.

—Existen mil maneras —aseguró—. Pueden haber rociado su apartamento con algún virus, o el sitio que acostumbra ocupar en su trabajo, o

el auto. ¡Quién sabe! Pero no es difícil. Y así garantizaban que iba a estar en la casa.

Emilio se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Está claro, clarito —admitió.

Marusha no participaba totalmente del entusiasmo.

—Hay algo que falla en el plan criminal —dijo, como pensando en voz alta, y miró a sus compañeros—. Nosotros hemos descubierto la inocencia de Esteban debido a que el cadáver apareció de inmediato. Así, en cuanto logramos averiguar dónde se había cometido el crimen, llevamos el Mecán; éste dio, entre otras cosas, la diferencia de temperatura y, luego, pudimos comprobar que Esteban no había disparado un arma.

—Te sigo —afirmó Tony—. Continúa.

—Bien. Pero si el asesino hubiera dejado el cadáver en el quinto piso, lo más probable es que no se hubiera sabido nada en varios días. Incluso ni conoceríamos ahora que había ocurrido un asesinato. Myrna se quedaría esperando a Ariel, quizás lo llamaría a su casa, pero nada más —su rostro adquirió una expresión de seguridad que la hizo aún más atractiva—. Con sólo dos días de demora en descubrir el cadáver y comenzar la investigación, hubiera cambiado todo.

Emilio ya tenía una pregunta en mente y la hizo:

—¿Por qué? ¿Por qué hubiera cambiado?

—Porque dentro de dos días la prueba de la pólvora no tendría efectividad. Esteban no estaría enfermo y sus características físicas serían idénticas a las del asesino, incluyendo la temperatura —lo miró cariñosamente retadora—. ¿Y cómo probaríamos entonces su inocencia?

Emilio asintió convencido.

—Ya veo —dijo y se dirigió a Tony—. Nosotros trataríamos de probar que Esteban era el culpable y, mientras, el asesino escaparía con facilidad.

—Por eso la gran incógnita es —dijo Marusha—, ¿por qué el criminal no ocultó el cadáver y, en cambio, dejó que apareciera en el sexto piso?

Tony se echó hacia atrás en el asiento y se cruzó de brazos. Así se mantuvo por unos segundos.

—Me siento incapaz de responder ahora —confesó y, de pronto, rompió la pasiva postura y señaló a la muchacha—. Pero creo que puedo reconstruir

lo hecho por el asesino —miró a los dos—. Si hay algo en lo que no estén de acuerdo, me lo dicen.

—Sí, profe.

Marusha asintió.

Tony se acomodó y fijó la mirada en un punto impreciso de la pared.

—En horas de la tarde —comenzó— el asesino entró en la tienda, el mercado o el bar y de ahí pasó al sótano y desajustó el aire. Luego salió por el mismo sitio y se apostó en la calle Curazao, cerca de la entrada del bloque B, a vigilar a Nicolás. Sólo tuvo que esperar a que el aire defectuoso molestara a uno de los inquilinos, como sucedió. Fernando llamó a Nicolás y éste bajó al sótano. Ése fue el momento que aprovechó el criminal para penetrar en el recibidor —miró a sus compañeros en busca de opiniones.

—Sí, puede ser —convino Marusha y Emilio la secundó con un gesto.

—Bueno —continuó Tony—. Ya en el salón, en lugar de dirigirse al elevador, donde podría ser filmado por el video, fue hasta la reja de la escalera del fondo. La cerradura la puede haber abierto con un juego de fichas maestras.

—¿Y cómo encontró en Cuba un juego de fichas? —se extrañó Emilio.

—¿Y quién nos asegura —replicó Tony— que no lo haya logrado pasar por la aduana trayéndolo del extranjero? —ahora cambió su mirada rápidamente de uno a otro joven—. Es más —dijo sin apuro, dándoles especial énfasis a las palabras—, ¿quién nos asegura que el criminal sea un cubano?

—¿Cómo, profe?

—Cierto —intervino Marusha—. Pudiera tratarse de un extranjero. Hay miles de visitantes y turistas por la Olimpiada.

Tony aprobó sus palabras con la mirada.

—Por eso era tan importante —afirmó— que la restricción de salida funcionara de inmediato. En caso de que quiera salir de Cuba, no podrá hacerlo.

—Al menos por una hora —advirtió Emilio.

Tony movió la mano, como pidiéndole calma al joven investigador.

—El coronel va a hacer todo lo posible porque el viceministro autorice diez horas más —señaló su reloj—. Si en ese tiempo no lo localizamos, se

nos puede ir.

—Diez horas es muy poco —estimó Marusha—. Será muy difícil.

—Por lo mismo —ratificó Tony y unió las manos en una palmada—, tenemos que aprovechar el tiempo. Sigo: el asesino abrió la reja, subió al cuarto piso y allí, en el registro de los videos, unió los cables que bajan del quinto piso con los del cuarto. Así logró que se reprodujera la imagen del piso de Esteban en los televisores de ambos pisos. ¿Eh?

—Así fue, profe.

—Con el mismo juego de fichas maestras entró en el apartamento desocupado, colocó pastillas perfumadas contra el Mecán, y vigiló desde la ventana —inclinó la cabeza hacia la puerta de entrada—. Al ver llegar a Ariel Guzmán —indicó hacia el mostrador—, llamó por teléfono a Nicolás y fingió la voz acatarrada, para que éste creyera que se trataba de Quiroz. Así se aseguraba de que, al bajar después de cometer el crimen, Nicolás no estaría en el recibidor.

—Quizás no vio entrar a Daniel Cárdenas —dijo Marusha y Tony asintió.

—Es lo más probable. De todas maneras él debe de haber oprimido el botón del quinto piso, donde se encontraba, para que el elevador se detuviera allí.

Marusha se inclinó hacia el capitán.

—¿Y si hubiera subido alguien junto con Ariel hasta el piso?

—Ya pensé en eso —afirmó Tony y se encogió de hombros—. Lo más probable es que el asesino haya abierto la puerta de la sala que da al elevador y se haya situado tras el butacón —miró a Emilio—, donde el Mecán detectó que estuvo un tiempo. Desde allí, oculto en la penumbra del apartamento, podía vigilar el elevador. Si al abrirse hubiera habido alguien más que Ariel, hubiera decidido en ese momento si disparar o no.

—Claro —apoyó Emilio con entusiasmo—. Pero al abrirse y ver solo a Ariel, disparó, entró en el elevador, lo registró y, probablemente, encontró lo que quería... —ladeó la cabeza—. Aunque en eso tengo una duda.

Tony se movió hasta el borde del asiento.

—¿Cuál?

—La del termo roto, profe. ¿Por qué lo rompió? ¿O sería que se rompió solo?

Tony apoyó los codos en el butacón y entrelazó los dedos de las manos.

—Al parecer eso tampoco lo podremos saber por ahora —dijo. Se echó de nuevo hacia atrás en el asiento—. Bueno, el asesino inmediatamente salió del apartamento, bajó al recibidor y salió a la calle antes que Nicolás subiera del sótano.

Marusha se volvió hacia Emilio, a su lado.

—Es indiscutible que se trata de un profesional. No sólo por el ángulo y perfección del disparo, sino por todos los preparativos.

—También parece que Ariel andaba en algo indebido —opinó el capitán—. Todo indica que estaba metido en espionaje científico y quisieron robarlo.

Emilio se arregló el mechón de pelo. Se veía inquieto.

—En ese caso, Myrna pudiera estar complicada también.

¿Por qué no la investigamos en el Centro?

Tony chasqueó los dedos.

—De acuerdo —dijo.

El sargento Álvarez se acercaba a ellos.

—Capitán, lo llaman por teléfono.

Tony se alejó rumbo al mostrador. Cuando regresó, al cabo de unos minutos, los dos jóvenes estaban revisando las notas tomadas por Marusha.

—El coronel me acaba de avisar —anunció Tony caminando hacia ellos— que nos dieron ocho horas de restricción en las aduanas —miró su reloj—. Son casi las doce. Tenemos hasta las ocho de la mañana para localizar al asesino.

—Me parces poco tiempo —apreció Emilio.

—A mí también —admitió Tony—, pero no tenemos otra alternativa. Estamos en olimpiada y controlar las aduanas por más horas podría provocar malestar en los visitantes.

Emilio se puso de pie.

—El asesino contó con eso —dijo—. Todo estuvo bien pensado.

—Claro. Y nosotros tenemos que pensar mejor y más rápido que él — Tony le hizo una seña a la muchacha, que se levantó entonces del sofá. Los tres avanzaron hacia la puerta principal—. Marusha y yo vamos a encargarnos del Instituto Cubano de Biotecnología. Hay que averiguar qué sucedió allá y a qué experimentos tenía acceso Ariel Guzmán —puso una

mano en el hombro de Emilio—. Tú vas a estar en el Centro de Computación. Ocúpate de hacer una buena semblanza de Myrna Andreopoulos —le palmeó el hombro—. Posiblemente sea una impostora

—Sí, profe.

Ya habían llegado a la puerta.

—Nos vamos juntos —dijo el capitán a Emilio—. Te dejamos en el Centro y, después, te enviaré un carro.

Emilio señaló hacia la acera, donde descansaba su moto.

—No hace falla. Puedo irme en ella.

—Perfecto —aceptó Tony—. Ahorraremos tiempo. Y recuerda: el que primero encuentre algo debe avisar al otro enseguida, ¿bien?

El joven asintió. Tony dio media vuelta y se encaminó a su automóvil. Marusha, antes de seguirlo, permaneció unos segundos junto a Emilio.

—¡Cómo se nos ha complicado este caso! ¿Eh?

—Tú misma lo dijiste, Maru. «Las cosas no son tan simples.»

Marusha asintió.

—Cierto. No lo son, Emilio.

El joven oficial se sentó en la moto y accionó la llave del encendido. Al instante, el motor dejó escuchar como un susurro y él lo aceleró varias veces.

—Este caso lo vamos a resolver tú y yo, Maru —dijo—. Y más ahora que estamos con el profe... —y después de observar el rostro de la muchacha en silencio, por un segundo, ladeó la cabeza a modo de despedida—. Nos vemos.

—Nos vemos —repitió Marusha. Ya la moto se alejaba por la calle Curazao, cuando la muchacha añadió en voz baja—: ¡Cuídate!

## *Cuarta parte*

### **Antecedentes de un crimen (2)**

#### **1**

—Los tiempos cambian —aseveró tristemente Dust Cagney mientras abría otras dos cervezas—. Y a nosotros nos van tirando para el desván.

Junto a él se encontraba Brian Oddley, quien, despreocupado desde tiempo atrás por su obesidad, extraía de su maletica del almuerzo un segundo sandwich.

—Ya viste cómo vino Sturgeon a cogerla con el pobre viejo Dust. ¿Y qué culpa puedo tener yo, Brian? Dime: si el buen hijo de perra de Fielding te llama y te pide información diciéndote que está trabajando con el otro, ¿tú se la vas a negar? ¿No hubieras hecho lo mismo que yo?

—Humm —convino el otro hombre y acomodó su voluminoso cuerpo en el asiento sin dejar de comer el sandwich.

—Después ellos se arreglan. Pero la refriega la recibe el que ha caído en desgracia. ¿Quieres más cerveza?

Dust Cagney y Brian Oddley almorzaban sentados en la estrecha oficina que ambos compartían en el Centro de Información de la TGI, o «el hueco», como Cagney prefería llamarlo por hallarse en los sótanos de The Gold Pyramid. —Es triste —continuó el pálido y arrugado Dust Cagney—. Al final de tu vida, después que ya estás exprimido, al latón de basura. Y lo grande que fuiste, no importa. ¿Te acuerdas de los viejos tiempos, Brian?

Oddley movió la cabeza por toda respuesta.

—Ahora viene Sturgeon y guarda la información en ese aparato, en una clave que sólo él conoce. Y nosotros, «los archiveros, únicamente podemos

manosear datos sin importancia y de vez en cuando algún *top secret* pasado de moda. Pero los asuntos confidenciales de la Texxon... ¡No, señor! Están guardados en clave 400 y sólo el narizota de Sturgeon sabe cómo sacarlos. Y además, me humilla. ¿Tú crees que él hubiera podido hacerme eso treinta años atrás? Yo por entonces era uno de los mejores oficiales de enlace en el cuarto piso. ¡Aquellos tiempos de Langley! Estaban a punto de darme el Medio Oriente para mí solo. Había hecho maravillas. Provoqué problemas en la frontera sirio-jordana, preparé la sucesión al trono en Arabia Saudita, plagué de agentes nuestros el Gobierno egipcio. En fin, un excelente trabajo. Y entonces vino el cataclismo. Tú estabas por aquel tiempo en la oficina América Central, ¿no?

Oddley hizo un gesto vago con la mano.

—Bueno, a ustedes sí que no les iba muy bien. Pero yo... De mí se hablaba mucho. Por aquella época Sturgeon hubiera tenido que arrodillarse para que le diera un trabajito. Pero tuve mala suerte, Brian. Todo sucedió casualmente cuando yo acababa de tener aquel ruidoso fracaso con el canciller palestino. En el peor momento de mi carrera se les ocurre a los sesudos del Congreso emprenderla contra la Compañía. ¿Abro la última?

Cagney no esperó respuesta para hacer saltar la tapa del plástico y dividir la helada cerveza.

—Y después, a dar tumbos hasta caer aquí, bajando cada vez más. ¡Rayos! Pensar que podía haber sido un gran hombre en Norteamérica si a unos senadores hijos de buena madre no se les hubiera ocurrido revolver el asunto aquel del presidente asesinado. Pero, ¡mi Dios!, si ya nadie se acordaba de eso. Y después, ya no se pudo detener la cosa. Se supo lo de los experimentos con enfermos mentales, lo de los agentes que traficaban con drogas, los que chantajeaban a los congresistas homosexuales... Y todo se acabó. ¡Qué triste, Brian!

El gordo alargó la mano hasta alcanzar su plástico de cerveza.

—Que el porvenir de un hombre como yo se haya ido a pique por un montón de bastardos de la Compañía que se estaban enriqueciendo con cosas sucias. No les interesaba nada. No digas ya la patria, que, a fin de cuentas... Pero al menos la carrera. Ser alguien, que la gente te admire y te diga «señor». Pero no. Todo lo que querían era el dinero. Aunque ellos mismos

fueran fango. Eso eran, sí. Fango con dinero. ¡Mierda! Necesito otra cerveza. ¿Se acabaron?

Oddley se encogió de hombros.

—Voy a buscarlas. Te voy a invitar. Es que hoy necesito emborracharme. Porque, ¿tú comprendes? Acabaron con mi porvenir, Brian. Y eso es triste. El porvenir de un hombre. El mío. ¡Mi vida! ¡Cielos! Y yo tirado ahora aquí como un trapo inútil. ¡Que se vayan todos al infierno!

Dust Cagney estrujó en sus manes el envase de la cerveza y, poniéndose de pie, lo lanzó centra el piso. Luego se mantuvo de espaldas para ocultar su rostro de la mirada de Oddley, quien tranquilamente concluía su sandwich.

—Voy a buscar más cerveza. No me importa que esté prohibido beber aquí —dijo Cagney después de reponerse—. Hoy necesito soltar lo que siento con un amigo como tú, Brian.

Y sin mirar atrás, salió de la oficina y avanzó por el pasillo flanqueado de computadoras hasta desaparecer por la puerta final.

Con toda calma, Brian Oddley se levantó del asiento, se sacudió las migajas y las recogió con la aspiradora. Dispondría de unos quince minutos antes de que Cagney regresara.

Parsimoniosamente, tomó su maletica del almuerzo, abandonó la oficina y se acercó a las computadoras, balanceando su voluminoso cuerpo al caminar. Se detuvo ante uno de los más modernos aparatos. Allí, media hora antes, Sturgeon había guardado el informe secreto de la reunión.

Era prácticamente imposible lograr que la computadora entregara la información. Solo el propio Sturgeon, que poseía la clave 400, podía hacerlo. Y ni Dust Cagney ni él conocían la clave.

Pobre Dust. Seguía tan tonto como siempre. Era un clásico *old fashioned*, que no comprendía cuánto ni por qué había cambiado el mundo. Mira que creerse la historia de que la CIA había dejado de existir por el asunto del asesinato del presidente de los Estados Unidos y los maricones del Congreso... Eso fue lo que informó la prensa: que la CIA era disuelta y, con otro nombre, pasaba a ser un aparato de seguridad nacional con limitaciones, debido a su participación en múltiples acontecimientos oscuros.

«Cuentos para niños», se dijo Brian mientras desatornillaba una tapa lateral de la computadora.

El viejo Dust siempre había sido un pobre diablo con delirios de grandeza, a quien nadie creía su falsa historia de superagente. Había que ser cretino para haber trabajado en la Compañía y no darse cuenta de que se había ido a pique por el espionaje industrial.

Aquellos sí eran buenos tiempos. Cualquier corporación ofrecía miles por un dato, ya fuera sobre la producción rival o algo sucio en la vida privada de un directivo enemigo. Y enriquecían a un agente por sabotear una industria o envenenar un producto de otro consorcio. Entonces sí que cualquier hombre CIA, siempre que tuviera experiencia en el trabajo, podía ser considerado «un señor». Y Brian Oddley había sido uno de los que más había aprovechado su fachada de agente Langley. ¡Y de qué forma!

«Sí, señor», sonrió Brian para sí mismo y se arrodilló trabajosamente junto a la computadora. Echando a un lado la tapa metió sus regordetes manos en las entrañas del aparato.

Con delicadeza inusual en alguien tan grueso, sus dedos fueron desactivando conexión tras conexión en una labor que le llevó largos minutos. Finalmente extrajo del interior de la computadora una cajita negra, del tamaño de un televisor de bolsillo, y la guardó en la maletica del almuerzo.

Aquellos tiempos... llegó un momento en que sólo dos o tres tontos como Cagney hacían su trabajo. La mayoría se vendía al mejor comprador. Era una buena forma de vivir. Es cierto que algunos se excedieron y ahí terminó todo.

Fue cuando, por encargo de la Stonweel International Corporation, un comando CIA llegó a planear el asesinato de varios directivos de la Associated Technologies Corp. Se podía eliminar al presidente de la nación, pero no al de un consorcio de la magnitud de la Associated Technologies.

Smith, Kelvin, Raft y otros cuyos nombres Brian no recordaba y que participaron en el estúpido plan, aparecieron asesinados en distintos sitios del país. Y para evitar una guerra interna los directivos de los más poderosos consorcios se reunieron y acordaron la disolución de la CIA por haberse convertido en una agencia gubernamental sin control alguno. De ahí en adelante cada corporación se valió sólo de su propio aparato de espionaje. Allá los ingenuos como Cagney que creyeron la patraña de la CIA desactivada por resquebrajamiento moral y político.

«Tontos», pensó Brian mientras terminaba de atornillar la tapa de la computadora. «Resquebrajamiento moral y político», sonrió mirando su maletica del almuerzo. Allí dentro estaba la Orchid I, esa misteriosa cajita negra que se colocaba adecuadamente en cualquier ordenador que procesara datos confidenciales, para hurtárselos. En verdad se trataba de uno de los más recientes inventos salidos de los laboratorios secretos de la Multilever y que no había sido detectado por los consorcios rivales.

Era bien cierto que después de Sturgeon introducir la información resultaba imposible extraerla sin conocer la clave 400. Pero la Orchid I era una computadora parásita, que obtenía la información en el mismo momento y a la vez que los datos entraban en la computadora madre. No extraía los secretos, sino que los captaba en el instante en que estaban siendo guardados. La Orchid I era la primera *parasitic computer* de que Brian Oddley hubiera tenido noticias en su larga vida como espía.

El hombre regresó pausadamente a la oficina con la maletica. Él sí que no se lamentaba de su trabajo como «archivero». Allí los tipos simples como Dust que se dejaban aplastar por los jefazos. Él se burlaba calladamente de ellos a la vez que sacaba su tajada. Kurt Hoffman le daría una bonita suma por esa Orchid I «cargada». Era un modo de vida como otro cualquiera.

Cuando Dust Cagney entró en la oficina con media docena de cervezas, Brian Oddley se encontraba acomodado en el asiento engullendo su tercer sandwich.

—Aquí tienes, Brian —dijo Cagney, pasándole una cerveza—. Estuve pensando en lo que sucedió con Sturgeon. Un hombre honesto como yo no merece que lo humillen así. Yo tengo mi historia. Fui un gran tipo en mi momento. Yo derroqué a un mandatario árabe, provoqué revueltas, organicé atentados. Y ahora, en mi vejez, hay que respetarme. Yo no me he ganado este final. Ni tú, si fuéramos a ver, merecerías que te trataran así, ¿no crees?

—Hum.

## 2

«Tienes el presupuesto más alto en la Multilever: úsalo», se dijo Kurt Hoffman, en la soledad de su despacho, remedando el tono grave de su jefe.

Ya quisiera mostrarle a Dickens el famoso presupuesto si tuviera a su cargo cuatro o cinco agentes tan caros como Brian Oddley.

Sesenta mil dólares por una información. No era muy parco a la hora de pedir el viejo Oddley. Pero valía la pena. La información que le había llevado en la Orchid confirmaba un presentimiento. Su olfato como jefe de Control del consorcio continuaba tan agudo como siempre. Y a juzgar por lo que acababa de leer, en la reunión de la Texxon se había formado un avispero.

No tenía que esforzar mucho la imaginación para ver la escena: Wilbur T. Fielding, el todopoderoso, tratando de mantener a raya al judío Meyer, su más serio opositor. Peligroso. Por nada del mundo hubiera querido tener Hoffman un enemigo como Meyer.

En eso sí había que reconocer la inteligencia de Allan Dickens. El Gran Viejo apartó desde el inicio todo lo que pudiera oponerle sombra en su camino al poder. En la Multilever disponía Dickens como un tirano con la satisfacción de los principales accionistas. Por supuesto, Hoffman había tenido mucho que ver en el desbrozamiento de ese camino. Había sido la mano derecha de Dickens. Y lo seguía siendo.

Aquel informe sobre su mesa no le dejaba opción.

Según su costumbre, había ido subrayando los puntos más importantes. Y bajo los renglones se concentraban multitud de rayas rojas. Los relejó de nuevo y trató de meditar fríamente.

Aquella cepa obtenida por los cubanos podía convertirse en el Leviatán destructor del consorcio. De poder robarla la Texxon, tal como había asegurado en la reunión Warren Sturgeon, no era necesario ser adivino para prever el futuro: la quiebra de la Multilever como productora de alimentos. Pese a la reñida victoria de Fielding, Hoffman no dudaba que los accionistas apoyarían al final la tesis de Meyer. Sería un disparate conservar sin uso, durante tanto tiempo, un recurso tan poderoso como esa cepa.

Si Sturgeon no lograba sus planes, y la cepa seguía en poder de los cubanos, sucederían muchas cosas. Y ni una sola sería favorable a la Multilever.

Era necesario apropiarse de la cepa. Con ella todo podía cambiar para la transnacional... La Multilever experimentaría un renacimiento indetenible, volvería a ocupar el lugar que nunca debió perder.

Pero, ¿de qué manera lograrlo?

Sturgeon había aludido a un plan, pero sólo lo esbozó en la reunión. Así y todo parecía simple. Tenía un agente en Cuba, trabajando en el Instituto de Biotecnología. De seguro, haría uso de él para robar la cepa. Luego mandaría un enlace para trasladarla y, de esa manera, la Texxon patentaría el descubrimiento antes que los cubanos.

Sí, en realidad tenía que ser sencillo el plan de Sturgeon.

Lo difícil sería interferirlo.

Hoffman no sabía siquiera el nombre del agente de la Texxon en Cuba. Sturgeon lo había grabado como *Salesman* y así, por ese seudónimo, lo conocía Hoffman.

La primera vez que oyó hablar de él fue por boca de Brian Oddley. El agente le había contado que uno de los hombres del archivo, Dust Cagney, recibió una reprimenda por parte de Sturgeon cuando el subalterno le suministró cierta información sobre *Salesman* a Fielding sin contar con la autorización del vicepresidente de Inteligencia de la Texxon. Hoffman debía buscar por allí. No creía difícil que el astuto Oddley pudiera sacarle a su socio de archivo el verdadero nombre del agente cubano, su dirección y cualquier otro dato de interés.

El jefe de Control de la Multilever puso ante sí una hoja en blanco y anotó esto último como primer punto. Y pasó al segundo: el enlace.

¿A quien podía destinar Sturgeon para esta misión? Debía averiguarlo. Conociendo al enlace, podría saber el momento justo en que la cepa de los cubanos se encontraba lista. Anotó como segundo punto: «Averiguar nombre de enlace», y agregó seguido, después de meditar un momento: «Activar los agentes cercanos a los directivos de la Texxon.» Esto le hizo recordar algo. Volvió al informe y releyó las páginas hasta encontrar lo que deseaba. Luego agregó en el punto dos: «En especial a Dumpy.»

Hoffman se echó hacia atrás en su silla y unió los dedos de ambas manos bajo su mentón.

Para empezar, con esos dos puntos tendría bastante. Después podría planear la ofensiva. Un buen plan y, luego, lo más difícil: llevarlo a la práctica.

Necesitaría un especialista.

Alguien con una mente prodigiosa que pudiera preverlo todo, sin detenerse ante nada. Sonrió. Kurt Hoffman conocía a ese hombre.

—Marcel Fontenay —dijo en voz baja.

### 3

—Ok, será bueno para tu gripe, pero sabes bien que no bebo —dijo Sturgeon, rechazando desde su butacón el ofrecimiento de Menotti y, al observar la botella, añadió con cierto dejo irónico—: Y ya veo que tú tampoco bebes... el whisky nuestro.

El grueso Menotti, después de darse un trago, se acercó a su huésped.

—Entre nosotros, Warren —dijo en fingido tono confidencial—, nuestro whisky es pura mierda. Si se vende mucho es por las campañas publicitarias que ordeno hacer. Pero, ¡diablos!, ¿pretendes que me crea nuestras propias mentiras? El mejor whisky del mundo, hoy día, es éste: Black Century, producido por la Multilever.

Conversaban en la biblioteca de la casa de Menotti, donde la estantería de bebidas ocupaba más espacio que la de los libros. Dos butacones forrados con piel natural servían de cómodo mobiliario al recinto, totalmente cubierto en las paredes por maderas preciosas. «Mucho lujo», pensó Sturgeon observando desde las costosas lámparas *art nouveau* hasta los lapiceros de oro macizo sin estrenar que yacían sobre la mesa. En realidad, era enemigo de lo ampuloso, que tanto gustaba a Menotti. Esa residencia tenía que haberle costado una millonada.

Warren Sturgeon apartó la vista de su anfitrión, quien se servía otro trago. El olor de aquella bebida apenas lo soportaba y Menotti impregnaba con ella la habitación. Su mirada saltó a través de la ventana y fue más allá del jardín, hasta la cancha de tenis cercana donde un hombre canoso y un joven de short y pulóver blancos disputaban un encarnizado partido.

—Aquél es mi hermano. Lo he traído a pasar una temporada en casa para que me ayude a cuidar a Junior.

—Junior —repitió Sturgeon mirando a los jugadores.

—No, Warren —aclaró Menotti después de un largo trago—. Te equivocas Ese que ves es Salvatore.

—¿Y tu hijo?

—Junior no quiere salir de la habitación. Se siente débil... No tiene voluntad.

Sturgeon movió la cabeza molesto. Nunca había aprobado ciertos métodos «sicológicos» para educar a los niños. En el fondo servían para justificar las debilidades de carácter de los padres. Y él estaba convencido de que Menotti era débil con Junior. Sturgeon no tenía hijos ni los quería. Pero, de haber tenido alguno, lo hubiera criado rudamente, como su padre lo crió a él: con golpes y castigos bien dosificados. Un bofetón de vez en cuando no perjudicaba a ningún niño. Al contrario, lo iba preparando para la lucha en la vida. Y Junior, según pensaba, necesitaría algo de eso: una mano férrea que lo controlara y metiera en cintura de una vez.

—Robert —dijo Sturgeon sin poder contenerse—, ¿por qué no obligas a tu hijo a que salga del encierro, a que haga una vida social?

—Tú no lo has visto últimamente, Warren. No es ni la sombra del muchacho fuerte y jovial que conocías. Yo no podría exhibirme a su lado en las condiciones en que está. Perdería mi prestigio. Tuve la gran suerte de encontrar a Salvatore. Trabajaba como diseñador para nuestra compañía y, al comprobar cuánto se parecía a mi hijo, no demoré en hablarle. Le hice una proposición tan buena que no dudó en aceptar. Desde hace diez meses él es el «Junior» que has visto a mi lado.

—Pero, ¿tú no has hecho nada porque Junior abandone los ostrichers?

—Lo primero que he hecho es maldecirme —afirmó Menotti y se vio interrumpido por una molesta tos.

—Lo comprendo —dijo Sturgeon agarrando con sus manazas los brazos del butacón.

Y era cierto que lo comprendía. Toda la paradójica historia le era bien conocida. Tanto, que había sido parte de ella.

Dos años antes, los directivos de la Texxon se habían alarmado por la creciente rebeldía juvenil que se respiraba en la nación, sobre todo en las universidades y centros fabriles de mayor importancia. El propio Fielding, cuando la Convención de Directivos de la Industria Automovilística, en Detroit, había sido testigo y parte de uno de los disturbios al recibir su auto una andanada de huevos lanzados por jóvenes iracundos. Los muchachos, al

parecer, habían olvidado sus acostumbradas y tontas diversiones y se estaban preocupando por su futuro y, más aún, por los problemas políticos y sociales del país.

Ya ciertos grupos en New York, Chicago y Filadelfia estaban impugnando particularmente la influencia que ejercía la Texxon en algunas decisiones gubernamentales. Lo peor de todo era que se hablaba de «cambios necesarios» y otras locuras.

Lógicamente, Sturgeon, como vicepresidente de Inteligencia e Información, fue encargado de neutralizar esa naciente amenaza. Los primeros intentos represivos resultaron catastróficos. Cuando la policía federal, siguiendo «sugerencias» de la TGI, disolvió una reunión de estudiantes en la Universidad de Princeton, éstos, al día siguiente, marcharon en manifestación apoyados por jóvenes sindicalistas. Los actos juveniles de protesta por tal o más cual actividad de las corporaciones se repetían casi diariamente en New York, Los Ángeles, Cleveland y otras ciudades. La situación se tornaba peligrosa.

Y entonces había aparecido Menotti con una interesante noticia: en el olvidado pueblo de Scituate, cerca de Boston, un grupo de jóvenes se reunía para mostrar su inconformidad social de muy curiosa manera. Los muchachos protestaban contra la realidad evadiéndose de ella. Habían fundado una especie de sociedad cuyo símbolo era el avestruz, por esa peculiaridad del animal de esconder la cabeza. Su lema era *Run away* y el único objetivo que perseguían era huir de toda responsabilidad ante la vida, incluso la de amar.

De inmediato, Sturgeon, prestando gran atención al asunto, coordinó con Menotti la posibilidad de propagar esas ideas. Los jóvenes estaban guiados por un tal Jason O'Shaughnessy, ex profesor de Filosofía de Harvard, que se hacía llamar The Great Ostricher. Sus seguidores, los ostrichers, no pasaban de dos docenas.

Poco después los órganos de prensa comenzaron a prestarles atención a los ostrichers, y raro fue el día en que el *Times*, el *Washington Post* o cualquiera de los grandes rotativos norteamericanos, no le dedicara un artículo al naciente movimiento.

O'Shaughnessy, quien a sus treinta y cinco años se sentía totalmente frustrado, fue el primer sorprendido con la amplísima difusión que recibía su

doctrina. Pero su sorpresa no terminaba allí.

La maniobra de la Texxon sólo comenzaba.

El ex profesor de Filosofía recibió cierta tarde a uno de sus seguidores de nuevo ingreso. Pero no trataron en aquella ocasión los reiterados temas evasionistas de siempre. El joven dijo ser huérfano, heredero de una gran fortuna y que, desengañado de la miserable realidad de este mundo, ponía todo su dinero a disposición de la causa ostricher.

Cuando Jason O'Shaughnessy echó una mirada al primer cheque que le extendió el seguidor, todas sus dudas se esfumaron. Con una energía de la que, hasta ese momento, no se creía capaz, recorrió los Estados de la Unión ofreciendo conferencias en las ciudades más importantes. La notoriedad del Great Ostricher se extendió con rapidez.

Cierto es que muchas personalidades e instituciones, atacaron al movimiento —entre otras cosas porque los ostrichers consideraban la droga como el más rápido y mejor camino para huir—. Pero esa oposición fue sutilmente manejada por Menotti, quien la presentó como expresión de una fuerte lucha generacional: eran los viejos quienes estaban en contra de que la juventud alcanzara la cumbre de la libertad: la evasión. El supuesto enfrentamiento provocó que más jóvenes se sintieran atraídos por los ostrichers.

Al cabo del año más de la tercera parte de la población juvenil entre trece y dieciocho años pertenecía al movimiento. Los tiempos de las manifestaciones políticas iban quedando atrás. El lema de la juventud norteamericana era *Run away*.

Unos toques a la puerta interrumpieron los pensamientos de Sturgeon.

—Adelante —dijo Menotti y se sintió turbado al ver entrar a un muchacho pálido, flaco y ojeroso cubierto por un pijama que, a todas luces, le quedaba ancho—. ¡Junior!

Por mucho que Sturgeon se esforzó en mostrar indiferencia no pudo lograrlo. Este joven demacrado de unos diecisiete años, que avanzaba con pasos vacilantes y cuyo cuerpo se estremecía por momentos, no tenía nada que ver con el alegre y saludable Junior de sus recuerdos.

—Papá —dijo el muchacho con voz ronca y ahogada—, ¿co... cómo has seguido hoy de tu gripe?

—Algo mejor —respondió Menotti mirando alternativamente al joven y a Sturgeon.

—Te traje tu pastilla —dijo Junior alargando su temblorosa mano—. Tómalas, para que te pongas bien. No me gusta verte enfer... enfermo.

Menotti cogió la cápsula y, viendo que su hijo quedaba inmóvil a la espera, se la llevó a la boca y bebió un trago de whisky.

—Gracias, Junior —dijo.

—Me voy al cuarto —anunció el muchacho alejándose despacio hacia la puerta—. Quie... Quiero descansar —y después de saludar vagamente a Sturgeon, abandonó la biblioteca.

—Desde que estoy con gripe se preocupa mucho por mí —aseguró Menotti algo apenado y al ver cómo Sturgeon se movía inquieto en el asiento, lo invitó—: Vamos a salir de aquí.

—¿A dónde?

—Quiero hablar contigo lejos de la casa.

Sturgeon, encogiéndose de hombros, se puso de pie. Menotti, sin soltar el vaso, cogió en el bar la botella de Black Century. Los dos hombres dejaron la biblioteca, atravesaron el recibidor y salieron al jardín. En la cancha jugaban todavía el hombre canoso y el muchacho vestido de blanco. Se alejaron de ellos a buen paso, internándose en una arboleda primero para salir después a un pequeño descampado cercano a una laguna artificial.

El sol iluminaba el verde césped que se extendía hasta casi perderse de vista. Un fuerte aroma a hierba recién cortada los acogió al llegar a un promontorio de piedras. Atrás, a más de quinientos metros, habían dejado la residencia. Estaban completamente solos.

Menotti se sentó sobre una de las rocas y sirvió whisky en el vaso.

—Aquí hablaremos con más seguridad —dijo—. Junior se pone nervioso cada vez que me visita alguien. Trata de escuchar mis conversaciones. Está aterrorizado con la idea de que yo lo pueda enviar a un sanatorio, porque no mejora. Si no fuera por la absoluta confianza que tengo en los que lo rodean, pensaría qué está recibiendo droga.

Sturgeon se recostó a la mayor de las piedras y cruzó los brazos.

—¿No has hablado con él, Robert? ¿No lo has obligado a abandonar esa porquería de los ostrichers?

—Traté de convencerlo, pero pronto descubrí que me odiaba, sólo porque yo era un adulto. ¿Comprendes, Warren? Nuestra campaña fue un éxito. Ahí tienes a Junior. Nunca protestará contra nadie. Pero se ha destruido como ser humano.

—Eres el culpable. ¿Cómo es posible que si tú mismo organizaste todo, hayas dejado que Junior se convierta en ostricher?

Menotti se volvió hacia Sturgeon. Su rostro mostraba pesadumbre.

—Me descuidé, Warren. Tenía que cuidar mi puesto en la Texxon y me descuidé de Junior. Pensé que era feliz con sus autos de competencia y todas las comodidades que siempre le he dado.

Sturgeon se sentía molesto. No podía soportar a los seres débiles y Menotti era uno de ellos.

—¿Qué rayos has hecho para salvarlo? —le preguntó.

—Todo. Le regalé un nuevo auto: no quiso ni verlo. Le conseguí muchachas: las botó a patadas. Le traje... ¿Comprendes? Yo estaba desesperado. Le traje un joven, para ver si... Fue terrible. Le tiró ácido a la cara y tuve que pagar daños y perjuicios. Finalmente fui a ver a O'Shaughnessy y...

—¿No le habrás dicho que éramos nosotros quienes...?

Menotti bajó la mirada hasta su vaso de whisky.

—Se lo tuve que decir, Warren. Se trataba de mi hijo. De mi carrera.

—¡Mierda! —soltó colérico Sturgeon y dio unos pasos por la hierba—. ¿Sabes lo que has arriesgado? Si se descubre el pastel, la vamos a pasar mal tú y yo.

Menotti, desde su improvisado asiento rocoso, sonrió mordazmente.

—También lo hubiéramos pasado mal hace unos años cuando organicé aquella campaña de cobertura para tapar el problema de las trillizas. Hubiera estado feo que los diarios publicaran la verdad. ¿Te imaginas? Warren Sturgeon, vicepresidente de Inteligencia e Información de la Texxon, acostumbra hacer el amor con las trillizas Linda, Sondra y Brenda Jenkins. Sondra Jenkins aparece muerta sobre la cama del respetable directivo. Sus hermanas, aterradas, no se atreven a hacer declaraciones, a pesar de haber sido testigos presenciales.

Sturgeon miró con un desprecio tan intenso a Menotti que éste bajó la cabeza y fijó la vista en la hierba.

—Vamos al grano, Robert —dijo Sturgeon conteniendo su rabia—. Acabemos este asunto. Después tenemos que tratar problemas más importantes que *tu* hijo y *tu* carrera.

—De acuerdo. Seré breve —convino Menotti sin atreverse a levantar la mirada—. Me entrevisté con O’Shaughnessy y lo obligué a venir aquí y hablar con Junior. Pero fue inútil. Mi hijo había llegado a lo que los ostrichers llaman el *nothing paradise*. Ya en ese estado ellos no permiten otra autoridad que la droga.

—Al grano dije, Robert. ¿Qué pretendes que yo haga?

—Necesito que hables con Fielding...

—¿Para qué?

—Quiero que lo convenzas de que estimule con más énfasis la campaña de los optimistas. Así se puede ir dejando de apoyar a O’Shaughnessy para que la pesadilla de los ostrichers quede en el olvido. Quizás de esa manera pueda salvar a Junior.

—¿Estás loco? —dijo Sturgeon paseándose irritado ante Menotti—. No es el momento de quitar a unos y poner a otros como pudiera hacerse con una camisa. Gracias a los ostrichers, hemos logrado contener a ciertos sectores juveniles por un tiempo. Pero bien sabes que queda otra parte de la juventud que no simpatiza con ellos y ha habido que trabajarla de otra forma: con las *optimist songs*. Necesitamos ambos movimientos, Robert. ¿Sabes por qué?

Menotti asintió a su pesar.

—Porque hay que matar todo vestigio de rebeldía política en los jóvenes —continuó Sturgeon—. Porque hay que hacerles ver con canciones que éste es el mejor de los mundos posibles o demostrarles filosóficamente que es tan malo que no vale la pena luchar por él. No, Robert. Los ostrichers y los optimists deben coexistir para poder neutralizar la inconformidad de la juventud. No hay disyuntiva posible y tú lo sabes.

Menotti, al escuchar la negativa, hundió la cabeza entre los hombros. Sturgeon lo miró de reojo y agregó, inmovible:

—Si quieres, puedo hacer algo por Junior. Conozco un lugar en Montana donde lo pondrán derecho en un par de meses, te lo aseguro. El doctor que lo

atiende es de la vieja escuela, tiene la mano más dura que estas piedras.

—¿Un sanatorio? No, Warren... Junior no lo soportaría...

—Bien —cortó Sturgeon—. Entonces, no. Eres blando. Un trozo de mantequilla puesto al sol. Pero es cosa tuya. Ahora es necesario entrar en materia y necesito que prestes atención.

Sturgeon recogió la chaqueta que había puesto sobre las rocas, hurgó en sus bolsillos y sacó un sobre lacrado, que extendió a Menotti.

—Aquí están los objetivos de la campaña que debes desplegar sobre las supuestas investigaciones de la Texxon en cuanto a la nueva cepa. No se debe hablar de propano ni biomasa, porque alertaríamos al enemigo. Sólo se trata de sembrar en la opinión mundial la idea de que estamos trabajando con énfasis en la biotecnología, específicamente con maravillosos microorganismos. Tú sabes cómo hacerlo. Todo debe parecer brillante y vas a tener un presupuesto amplio para ello. De esa manera, el día que patentemos la cepa, nadie sospechará la verdad. Al menos, nadie más que los cubanos y el CIPEP. ¿Entendido?

Menotti, algo más repuesto, aseguró:

—No será difícil conseguirlo.

—Así me gusta oírte hablar —Sturgeon palmeó un hombro de Menotti y añadió—: Para finalizar, voy a comunicarte algo sobre el plan que elaboré para conseguir la cepa cubana.

Menotti levantó la vista. La silueta de Sturgeon se recortaba imponente contra el sol y era difícil verle los ojos. ¿Qué se traería ahora entre manos? El vicepresidente de Inteligencia e Información no acostumbraba confiar sus planes o parte de ellos a nadie. Menotti comenzaba a preguntarse qué querría de él, cuando creyó comprenderlo todo.

—Es sobre Myrna Andreopoulos —dijo Sturgeon, para quien no había pasado inadvertido el proceso mental de su interlocutor—. A estas alturas nos sería difícil colocar en Cuba un enlace, con una buena leyenda. Y he decidido utilizarla. Esa griega puede solucionar el asunto. Al menos ya está en Cuba.

—Pero, Warren... ¿Es que no se va a dejar en paz nada mío?—

—Perdón, no has entendido. En primer lugar, Myrna *no es tuya* —puntualizó Sturgeon—. Pertenece a la Texxon; sus estudios, éxitos en la carrera, todo, nos lo debe a nosotros. Si te divertiste con ella durante un

tiempo y la pasaste bien, me alegro. Eso es normal. Pero no podrás impedir que nos ayude en la tarea...

Menotti intentó protestar, pero lo detuvo el gesto cortante de Sturgeon.

—Y tú contribuirás para lograrlo. La prepararás en lo que tiene que hacer. Además, no temas: será imposible que la descubran. Volverá a ti de nuevo y te seguirá fingiendo amor.

—¿Cómo?

—Ella te pagó, Robert. ¿No habrás sido tan tonto de creer que te amaba? Yo siempre supe también que las trillizas me estaban pagando favores anteriores.

—¡Cállate! —suplicó más que exigió Menotti.

Sturgeon, que se alejaba en medio de la fresca brisa, se detuvo sólo el tiempo necesario para decir:

—Estudia bien los documentos. Por lo demás, la vida es así, Robert. Hay que ser duro para sobrevivir —y caminando hacia la residencia sin mirar atrás, dijo—: Adiós.

#### 4

Con la pelota de tenis en una mano y la raqueta en la otra; el ágil Salvatore subió las escaleras que llevaban a las habitaciones superiores. Al llegar arriba avanzó por el pasillo y se detuvo ante una de las puertas. Sacó una llave del bolsillo del short y cuando se disponía a introducirla en la cerradura, miró a ambos lados. De inmediato guardó la llave y se dirigió presuroso hacia la puerta que se veía al final del pasillo.

—Junior, Junior —llamó en voz baja mientras daba ligeros toques en la madera.

La puerta demoró en abrirse. Salvatore se introdujo con rapidez en la habitación y cerró tras de sí. El desorden que ofrecía el cuarto era total. Sábanas, almohadas y libros se hallaban desparramados por el suelo. La pantalla del televisor, colgada al revés, mostraba a los gánsters disparando de cabeza. En un rincón se apilaban pedazos de fotos de veloces automóviles y sobre la cama había restos de comida.

Pero lo más insólito resultaba ver a dos jóvenes de la misma edad y estatura y de rasgos tan similares. Sólo que mientras un rostro reflejaba maldad el otro mostraba desolación. Junior parecía el cadáver de Salvatore.

—¿Lo trajiste? —inquirió Junior con su ahogada voz llena de ansiedad.

—Sí. Pero antes dame la grabación —exigió Salvatore y añadió bruscamente—: Apúrate.

Junior, alterado, intentó sonreír mientras hurgaba con mano temblorosa en el bolsillo de su camisa.

—Está por aquí. Ya verás.

—Apúrate, hijo de perra, que me van a descubrir con la carga arriba.

Junior sacó con dificultad su mano del bolsillo y la extendió hacia Salvatore.

—Co... coge, Dumpy. Mírala —dijo—. Ahora da... dame lo otro.

Dumpy Salvatore desenroscó rápidamente el cabo de su raqueta, extrajo un sobrecito del hueco e introdujo en él la microcinta que el otro muchacho le entregó. Después de colocar de nuevo la tapa, le extendió el sobre a Junior.

—Ahí tienes, basura. Para que te diviertas. Y recuerda que no me gusta que me llamen Dumpy. Dime Salvatore.

Junior, asintiendo nervioso, le arrebató el sobre de las manos y se alejó con pasos vacilantes hasta un extremo de la habitación.

Salvatore abrió con cautela la puerta y se asomó al pasillo. Estaba ya a punto de salir cuando se volvió hacia el otro.

—¿Cómo pudiste «colgarle el micrófono al viejo?»

Junior, luchando desesperadamente por romper el sobre con sus torpes manos, respondió sin levantar la vista:

—Lo pu... puse en una cap... cápsula que... que le di.

—Eres un buen bastardo, bebé —soltó Dumpy entre dientes—. Todos ustedes los ricos son buenos bastardos.

Y cerró la puerta tras de sí.

## 5

Fue el propio Dean Lewis quien le abrió la puebla a Sturgeon. Dean estaba despeinado, con un ridículo camisón verdoso puesto al revés y un aliento

capaz de embriagar a una manada de cebras.

—¿Warren...? —hipó con expresión estúpida. Retrocedió para facilitar el paso del visitante—. No te esperaba hoy...

Sturgeon lo apartó de un empujón. En silencio dio unos pasos por la sala en penumbra. La recorrió con la mirada y olisqueó el ambiente.

—¿Estás solo? —preguntó.

—No... Es decir, hay una amiga conmigo...

El hombre de hierro de la Texxon echó a andar rumbo al pasillo sin preocuparse de Lewis, quien lo seguía vacilante. Abrió las puertas de varias habitaciones hasta llegar a una semicerrada. La empujó.

—¿Dean?

Una mujer gigantesca, cuyas caderas ocupaban la mitad de la cama, trató de cubrirse los inmensos senos con la almohada mientras clavaba una mirada sorprendida en Sturgeon.

—No, preciosa —dijo éste—. No es Dean. Pero te diré lo que vas a hacer: recogerás toda tu ropa, te vestirás rápido y, después, te largarás de aquí más rápido todavía. ¿Okey?

Dean Lewis dio un leve tirón al brazo de Sturgeon.

—No, Warren... No puedes...

Sturgeon se inclinó, recogió de la alfombra varias prendas femeninas y las arrojó sobre la cama. Luego tomó a Lewis por los hombros y lo hizo girar hacia el pasillo. A empujones, lo llevó hasta el baño. Lo encerró dentro del cuadrado de plástico que rodeaba la bañera.

—¿Warren..., no! ¡Por favor!

Sturgeon tecleó en el programador de temperatura y lo graduó para ducha helada. El ruido de los seis dispersos chorros de agua al caer sobre el cuerpo de Lewis se confundió con sus lamentos. Sturgeon se apartó y lanzó una mirada hacia el cuarto. Allí terminaba de vestirse la mujer sin dejar de observar de reojo al funcionario de la Texxon. Éste no pudo evitar una sonrisa.

Al pequeño Lewis seguían gustándole las mujeres altas, voluminosas. Pero con ésta se había excedido. Al mismo Sturgeon, un hombre de casi seis pies de estatura, le llevaba un palmo. Lo comprobó cuando la mujer, temerosa, trató, de pegarse a la pared del pasillo al pasar y él la detuvo.

—Espera —dijo. Buscó en su cartera y extrajo un par de billetes de cincuenta dólares—. Toma, para el taxi. Y lárgate...

La gigante casi corrió ante el gesto de amenaza de Sturgeon. Se escuchó un fuerte portazo en la sala.

—Warren... ¿por qué has hecho esto?

Sturgeon se volvió. La exigua figura de Lewis parecía más empequeñecida aún con el cabello pegado al cráneo, sobre las cejas y el camisón chorreante ceñido al cuerpo. El funcionario de la Texxon eligió una toalla del closet y se la lanzó a Lewis.

—Sécate —ordenó—. Te espero en la sala.

Cinco minutos después, un Lewis cabizbajo, con el largo cabello peinado hacia atrás y vistiendo un pijama de colores chillones se sentaba frente a él, en la sala.

Sturgeon encendió las luces.

—Detesto hablar con borrachos —dijo a manera de bienvenida.

—No te esperaba hoy —protestó débilmente Lewis—. De verdad, Warren...

—Bien: dejémoslo. ¿Qué pasa con el cantante?

—¿Con Sadd...?

—¿Tienes problemas con otro gritón?

—No, no. Espera... —Lewis abrió una pitillera dorada, de pésimo gusto, y sacó un cigarro de largo filtro. Lo encendió y aspiró el humo con avidez—. Todo está bien. Es sólo Sadd. El muchacho, ¿sabes?, se ha negado a seguir cooperando con ese asunto de Dickens, el presidente de la Multilever.

—¿Por qué?

—No sé. Dice que él es cantante, no un espía.

—¿Ah, sí?

Lewis adelantó una mano, suplicando calma.

—Espera, Warren. No podemos obligarlo...

Sturgeon se puso de pie y ordenó:

—Vístete. Vamos a hacerle una visita a ese imbécil. Ya te demostraré si podemos obligarlo o no.

—Un minuto, Warren —pidió Lewis aferrándose al brazo de su butaca, como si sospechara que Sturgeon lo arrancararía de allí—. Siempre estás

apurado. Si quieres hablar con Sadd, sólo tendrás que esperar una hora. El muchacho viene. Tiene que firmar esos contratos.

Señaló una carpeta roja, sobre la mesa.

Sturgeon volvió a sentarse. Observó al manager artístico con mirada iracunda y dijo:

—¿Y cómo pensabas recibirlo? ¿Borracho y con una ramera en la casa?

—No, ya ella se iba...

—No me extraña que se niegue a colaborar —sentenció—. Se está aprovechando de tus debilidades. Te has reblandecido, Dean. Antes, cuando no andabas con los gritones, eras un hombre. Ahora no sé lo que eres.

—Pero, ¿qué dices, Warren? protestó Lewis—. Soy el mismo de siempre... Y tú eres mi amigo...

—Exacto: has definido la situación. Yo soy tu amigo. Te he convertido en un empresario famoso, tienes una docena de artistas a tu cargo que te proporciona un millón de dólares al año, posees este palacio de cristal en el centro de Las Vegas... Y no estás conforme.

—Lo estoy, Warren... Seguro.

—No lo estás —cortó secamente Sturgeon—. Ya no te impones como antes con esos peleles, no exiges que se cumplan nuestros intereses... —añadió con un matiz de amenaza—: Al parecer, deseas regresar a Hollywood y arrastrarte detrás de algún gritón mediocre, suplicándole que te deje representarlo...

Lewis abrió los ojos, espantado.

—Sabes que puedo hacerlo, Dean —continuó Sturgeon. Se puso de pie y caminó hacia la puerta de la terraza. Corrió las cortinas y miró hacia el invernadero a través del cristal, dándole la espalda a Lewis—. Piénsalo —dijo y añadió con tono indiferente—: Mientras, prepara una jarra de café y vístete decentemente, sin esos colores ridículos. Hay que esperar a Sadd Cleans como se merece.

## 6

—Datos, *monsieur* Hoffman. Sólo eso necesito. Con detalles, muchos detalles, *comprenez-vous*?

Kurt Hoffman levantó la mirada y observó al sirviente que acababa de entrar en el comedor. En silencio, aguardó a que mediara las copas de vino transparente y se volviera a marchar. Entonces preguntó:

—¿Qué tipo de detalles?

El francés parpadeó, como asombrado.

—Detalles, simplemente —respondió y, levantando su copa, probó un sorbo de vino—. ¿Quién sabe lo que nos será útil o no? Usted me acaba de facilitar un nombre de mujer, Myrna Andreopoulos, y su dirección en la ciudad de La Habana. Pero no basta con eso, *monsieur*. Suponga que puedo mandar alguien que la vigile y pueda saber el momento exacto en que recibirá la cepa de manos del otro agente, ¿cree usted que la Texxon no la protegerá? De seguro, habrá alguien, un *professionnel* que se encargará de escoltarla y le evitará disgustos. Y no se trata de llamar la atención con un duelo o algo similar en Cuba, un país *très difficile, mon ami*.

Fontenay suspiró. Tomó los cubiertos y apartó con delicadeza el caparazón de la langosta antes de cortar un diminuto pedazo de carne y llevarlo a la boca.

—¡Excellent! —exclamó con placer, bebió otro sorbo de vino y, mirando preocupado a Hoffman, añadió—: Veo que apenas ha cenado usted. ¿No tiene apetito?

—Muy poco. En realidad, estoy cansado por el viaje.

—¡Cuánto lo siento! Si lo desea, puedo brindarle la mejor habitación de mi casa. Se repondrá usted y podremos seguir conversando más tarde.

—Le agradezco su interés, señor Fontenay —repuso Hoffman con rápida cortesía—. Pero deseo acordar con usted las condiciones del trabajo lo antes posible.

—¡Ah, la prisa, la prisa...! ¿Sabe? Conozco a tres personas que llevan un corazón artificial por culpa de la prisa. Y no es que esté en contra de *rechanqer... pardon*, sustituir, un corazón dañado por uno nuevo. Pero me alegraría morir con el que he nacido —dijo y agregó con un guiño—: Odio la prisa, *monsieur*.

Hoffman se cubrió la boca con la servilleta para impedir que su anfitrión notara una sonrisa burlona.

Le daba gracia Fontenay.

La cara redonda, algo mofletuda y cuidadosamente afeitada del francés, su vocabulario y modales impecables, le otorgaban un aspecto de sacerdote que podía confundir a cualquiera sobre su verdadera profesión. Pero no a Hoffman, por supuesto. El jefe de Control de la Multilever conocía el oficio de Marcel Fontenay, uno de los mejores organizadores de crímenes que pudiera encontrarse en Europa. Aunque recordaba un pasaje de la biografía del francés —incluida en su archivo personal— que tenía relación con el sacerdocio.

Marcel Fontenay había heredado dotes artísticas de sus padres. Hijo de la famosa cantante lírica Simone Duperey, quien conservó su apellido de soltera al casarse con Antoine Fontenay, conocido fabricante de instrumentos musicales, Marcel recibió una esmerada y completa educación.

Cuando rebasó la pubertad se consolidó como tenor, dueño de una voz fuerte, agradable y prometedora. Sin embargo, una grave afección en las cuerdas vocales que contrajo en Italia, a raíz de su primera actuación de importancia en la ópera, cortó sus aspiraciones de artista a los dieciocho años. El joven Marcel comenzó a sufrir entonces una crisis de misticismo de la que no pudieron apartarlo sus padres ni sus mejores amigos. Nadie pudo evitar que poco tiempo después ingresara en un seminario franciscano y se ordenara de sacerdote. Pero no llegó a vestir el ropaje eclesiástico más de cinco años.

Según le confesó más tarde a un amigo, todo el tiempo que pasó como cura en un pequeño pueblo cercano a Marsella sólo le había revelado un par de cosas: en primer lugar, la tremenda complejidad del ser humano, en cuanto a su conciencia y comportamiento; y en segundo término, algunos detalles sobre sí mismo que ignoraba hasta ese instante, entre ellos una gran capacidad de observación y, sobre todo, cierta rara virtud para descifrar la psicología de una persona, conocer su carácter y prever cómo reaccionaría ante determinado problema.

Al salir de la orden franciscana, Marcel se convirtió en un convencido iconoclasta, aunque siguió frecuentando algunas amistades del seminario. Esto hizo pensar a *madame* Duperey que su hijo volvería a las andadas y, como nunca había aprobado el sacerdocio, movió un resorte en el Gobierno francés y consiguió para Marcel un cargo de agregado cultural en la

Embajada de su país en Indonesia. Prefería verlo lejos que vestido con sotana.

Marcel Fontenay aceptó gustoso la oferta y partió hacia Jakarta armado con sus nuevos conocimientos sobre sí mismo y las personas que lo rodeaban. Y pronto tuvo ocasión de ponerlos en práctica.

Su carácter afable y amena conversación le abrieron las puertas de la comunidad francesa en la capital del país asiático. Una tarde en que visitaba a Jacques Soreil, un nuevo amigo, éste le confesó angustiada que se hallaba en apuros. Fontenay le pidió que le contara el problema y escuchó en silencio, sin interrumpirlo una sola vez, su historia.

Soreil, a pesar de ser francés, trabajaba para una compañía norteamericana en Indonesia y su empleo de comprador le permitía manejar grandes cantidades de dinero. También le permitió relacionarse con muchos norteamericanos, entre ellos Harold Morgan, un funcionario de la Embajada estadounidense. Morgan, además de su cargo diplomático, se dedicaba a un lucrativo negocio: tráfico de menores. Una semana antes le había propuesto a Soreil que invirtiera diez mil dólares en un futuro cargamento de niños hacia América del Norte. El asunto sería sencillo y en cinco días triplicarían las ganancias. Soreil aceptó y tomó un «préstamo» de la compañía donde laboraba. Sólo que, vencido el plazo, Morgan se disculpó diciendo que toda la operación se había descubierto y sería imposible recuperar el dinero. La preocupación del amigo de Fontenay era ahora reponer los dólares que sustrajo para el negocio.

Marcel Fontenay analizó el problema. Aun con la postura nihilista, cínica y sin valores que había adoptado ante la vida, rechazaba interiormente mezclarse en un asunto tan sórdido. Pero decidió ayudar a Soreil. Le daba lástima la ingenuidad de su compatriota y odiaba el fraude del norteamericano. Además: no podía tolerar a Morgan.

Había coincidido varias veces con Harold Morgan en la casa de Soreil, y siempre le resultó repulsivo el carácter prepotente y vanidoso que engalanaba al embajador traficante. Por otra parte, estaba seguro de que Morgan se había burlado de Soreil. Ni para Fontenay ni para nadie era un secreto que en Indonesia se podía comerciar con todo lo que pudiera existir en el mundo, desde drogas hasta seres humanos, si antes se les ocupaban las manos y los

ojos a ciertos gobernantes en la tarea de contar dólares. Y entre esos funcionarios, Morgan era un hombre mimado.

Así pues, Marcel Fontenay decidió vérselas con alguien de influyentes relaciones, poderoso y rico. El francés dedicó unos minutos a recordar el carácter de Morgan. La vanidad y la prepotencia eran rasgos definitorios. Pero debía agregar a ellos una real tendencia a la cólera, que se manifestaba al sufrir cualquier contrariedad. Y de esa cólera había que cuidarse. Fontenay encontró el único remedio para contrarrestarla en alguien como Harold Morgan: el miedo al ridículo.

Le preguntó a Jacques si conocía algún detalle sobre el norteamericano, aunque se tratara de rumores, y escuchó atento a su amigo durante un buen rato. Luego lo tranquilizó, se marchó y elaboró un plan en la soledad de su casa.

Tres días después, un elegante indonesio se sentó junto a Morgan en el cinódromo de Jakarta. Al finalizar la primera carrera de galgos, comentaron el resultado hasta el comienzo de la segunda. Entonces, el indonesio se puso de pie, entregó una videograbadora a Morgan, acompañada de un sobre cerrado, y se marchó.

Lleno de curiosidad, el norteamericano puso en marcha el equipo. Y no tardó en ver una escena que le produjo escalofríos: en la micropantalla apareció una mujer gruesa, no muy joven, que vestida únicamente con un delantal y armada de un látigo, propinaba una soberbia paliza a un individuo desnudo que no cesaba de correr por toda la habitación tratando de evitar el castigo. Luego, con visible cansancio, la mujer soltaba el arma, se abrazaba al hombre y ambos hacían el amor con torpeza sobre la alfombra.

Por supuesto, la conmoción de Morgan se debía a que en los actores del drama se había reconocido a sí mismo y a su esposa, una sádica contumaz.

Su primera reacción fue arrojar al piso del cinódromo la videograbadora y patearla hasta reducirla a un amasijo de cables y plástico, ante la mirada atónita de los aficionados que lo rodeaban. Pero después de la tempestad vino la calma. Se acordó del sobre y, con manos trémulas aún por la cólera, lo abrió. Y leyó. En una escueta nota, se le comunicaba que si no entregaba de inmediato veinte mil dólares en un cheque computado, cobrable en el mismo cinódromo, millones de televidentes verían al cabo de media hora las escenas

de su vida doméstica por un canal de transmisiones pornográficas cuya «moralidad» era de sobra conocida, ya que aceptaba filmes de cualquier procedencia. Morgan pensó muchas cosas. Sobre todo en que los programas de dicho canal despertaban gran interés entre sus amigos, y los que no lo eran. Sintió miedo. Y eso lo perdió.

Cuando, diez minutos más tarde, el indonesio desconocido se sentó de nuevo a su lado, ya el norteamericano le tenía listo el cheque. A cambio recibió otra nota, pero esta vez redactada en francés: «*Ayez plus de soin à l'evenir, monsieur.*» Morgan no sabía mucho francés, pero tenía la suficiente inteligencia como para percatarse de que, en el futuro, pendería una filosa espada sobre su cabeza. Así pues, guardó su orgullo y juró respetar a la colonia francesa en Jakarta.

Fue ésta su primera victoria en la profesión que Marcel Fontenay iba a emprender poco tiempo después.

Hastiado de su residencia en el país asiático, aburrido de su cargo en la Embajada, Fontenay leyó una mañana, en uno de los periódicos que recibía de Francia, una noticia que habría de decidir el rumbo de su vida.

Según contaba el diario en cuatro columnas, acababan de someter a juicio en Inglaterra a uno de los llamados «organizadores de crímenes» en Europa Occidental. Marcel ignoraba este oficio. Leyó con interés creciente que estos organizadores eran hombres de una inteligencia fuera de lo común y solían actuar con casi total impunidad, por lo difícil que resultaba probarles un delito.

Al recibir una encomienda, señalaba el periódico, ya se tratara de un asesinato o de un robo, el organizador debía trazar el plan sin ayuda de nadie. Sólo él controlaría la labor futura de los agentes, quienes trabajaban en forma compartimentada y jamás se conocían mutuamente. Después de preverlo todo en los más mínimos detalles, el organizador se aislaba en una coartada irrompible y ponía en marcha el plan. De fallar éste —algo poco probable— y capturar la policía a algún delincuente, la investigación podía tropezar con barreras infranqueables: el prisionero podía jurar que cierto desconocido le había pagado para que abriera la puerta de un carro que no era suyo, a una persona a quien veía por primera vez en su vida. Con este alentador comienzo terminaban las pesquisas casi siempre.

Fontenay analizó los errores que permitieron la captura del organizador inglés y se echó a reír. A él, pensaba, nunca le hubiera sucedido algo semejante. Arrojó el periódico sobre la mesa y contestó un par de cartas protocolares. Pero la idea le siguió dando vueltas en la cabeza, trabajando lentamente. Apenas había transcurrido un mes desde que leyó la noticia, cuando presentó su renuncia al cargo en la Embajada y regresó a Francia.

Su carrera delictiva resultó meteórica. Nunca tuvo altibajos. Como organizador de crímenes, era codiciado por la Inteligencia de las transnacionales más poderosas. Se le ofrecían ofertas increíbles por pasar a las nóminas de algún consorcio. Sin embargo, siempre se mantuvo independiente y sólo aceptaba lo que él llamaba «trabajos excepcionales». Entre ellos, según algunos entendidos, podía contarse el asesinato del presidente de Norteamérica poco después de que el mandatario, obligado por la correlación de fuerzas en el mundo y la gran crisis política y económica que atravesaba su país, agudizada por el Gran Desastre, se vio obligado a firmar el tratado SALT IV y eliminar de esa manera las cabezas nucleares en Europa Occidental.

Fue un crimen inútil, ya que las firmas de los acuerdos por el desarme se sucederían unas a otras, pero se buscó un culpable y se encontraron tres... Todos eran agentes de la CIA o vinculados a ella, como quedó demostrado en el proceso judicial, pero con la particularidad de que no se conocían mutuamente.

Un desconocido, cuyas señas dio cada uno de los agentes de distinta forma, los había contratado para tareas menores: información, vigilancia que se llevaría a cabo durante el recorrido del presidente y cobertura de una de las calles libres. Ninguno de los tres sabía quién disparó la bala asesina. Y, por supuesto, el desconocido nunca apareció. Tampoco el magnicida. Pero la Agencia estaba mezclada en el sucio asunto y recibió por ello la repulsa mundial.

En cuanto a Marcel Fontenay, el día del crimen celebraba en su próspera granja, cercana a la villa de Arbois, la boda de uno de sus servidores con una joven campesina del lugar. Todos, amo y servidumbre, se acostaron tarde esa noche y vinieron a saber la noticia por los periódicos del otro día.

Al menos, eso le habían dicho sus informantes a Kurt Hoffman. Aunque el jefe de Control de la Multilever intuyó siempre que en el crimen del presidente estuvo mezclado el francés con un contrato de la CIA.

—¿Café, *monsieur*? —preguntó Fontenay y, ante el asentimiento de su huésped, tomó una campanilla de plata y la hizo sonar con un tañido cristalino. Luego dijo—: Volviendo a nuestro asunto, *mon ami*, mientras más detalles usted me proporcione, mejor podré hacer el trabajo.

—¿Qué necesita concretamente?

—Por ejemplo... El edificio donde reside Myrna Andreopoulos en La Habana, según usted asegura, fue construido en colaboración con la UNESCO y participaron en el proyecto arquitectos suecos, ¿no es así? Pues bien, necesito los planos de ese edificio. No creo que le sea difícil conseguirlos.

—¿Qué más?

—Debo saber quiénes viven allí, además de la muchacha, y qué relación tienen con ella. Me interesa si es amistosa o no. Con respecto al agente cubano de la Texxon, necesito su dirección exacta y un plano aproximado de la casa, así como todos los datos que pueda reunir sobre él, sean rumores o no.

Hoffman arrugó el ceño. Se preguntó para qué necesitaría todo aquello el francés. Lo obligaba a mandar varios agentes a Cuba y el riesgo de alertar al enemigo aumentaría.

Fontenay pareció adivinar su pensamiento.

—Si investiga bien, no arriesgará nada, *monsieur*. Sus agentes en Cuba trabajarán sobre lo que yo llamo «objetivos no básicos». La Seguridad cubana no tiene por qué darse cuenta. Tampoco advertirá nada el agente que la Texxon destine a la protección de Myrna... ¿No dijo usted que ellos ignoran que la Multilever conoce sus planes con la cepa?

—Así es.

—Entonces, ¿para qué preocuparse, *mon ami*? —sonrió Fontenay y aguardó a que el sirviente se situara frente a ellos, empujando un carrito metálico con una hornilla encendida en el centro y varias vasijas alrededor—. Mientras tanto, disfrutemos del café *Diable* que nos preparará Pierre. Es

delicioso, *monsieur*. Después, si gusta de acompañarme, lo beberemos en la terraza y contemplará mis viñedos. Los mejores de la comarca, se lo aseguro.

7

—Creo que he hablado claro, Lewis —dijo Sadd Cleans en tono firme—. No haré lo que me pides. No lo haré más, ¿okey?

—Lo harás, muchacho.

Sadd volvió el rostro hacia Sturgeon. Hasta el momento, era la primera frase que decía aquel desconocido, de expresión indiferente, a quien Dean Lewis le había presentado como un viejo amigo, de toda su confianza.

—¿Quién me va a obligar? —preguntó retador.

—Yo mismo —contestó suavemente Sturgeon.

Y sonrió.

Lewis conocía demasiado bien a Sturgeon, y comprendió lo que presagiaba aquella sonrisa. Se estremeció. Sintió lástima por Sadd Cleans.

—Warren, por favor —dijo y, golpeando una rodilla del cantante, agregó—: Podemos entendernos, ¿verdad? Somos amigos, será como un favor que te pido...

Warren Sturgeon se puso de pie frente a Sadd, con las piernas abiertas y las manos en las caderas.

—Lo harás, maldito.

—¿Quién es usted? —preguntó el joven y trató de incorporarse del asiento.

Sturgeon lo empujó por el hombro, impidiéndolo.

—Soy quien te ha dado todo lo que tienes —comenzó—. Tu fama, tus autos de gasolina, esos contratos millonarios que firmas... Todo: absolutamente todo. Sin mí no serías nadie, ¿entiendes?

—No me importa nada eso que ha dicho.

—¿No? ¿Quieres perderlo todo? ¿Volver a tus reses?

—Las prefiero a ustedes dos. Son más humanas.

Sadd recogió los contratos de encima de la mesa y los rompió en dos mitades.

—Mire lo que hago con sus millones —dijo y arrojó los papeles al pecho de Sturgeon—. Le devolveré sus autos también. Y la fama puede metérsela en el trasero.

Warren Sturgeon enrojeció.

Que recordara, pocos, muy pocos, le habían hablado así. Y no iba a permitírsele a aquel mocoso.

Aprovechó la ventaja que le daba estar de pie. Rápido, se inclinó sobre Sadd, le aferró un brazo y doblándoselo en la espalda, lo obligó a voltear el cuerpo en el asiento.

—Obedecerás, bastardo —dijo presionando la llave todo lo que pudo—. Seguirás haciendo lo que yo ordene.

Sadd apretó los labios, sin soltar un quejido. En silencio, trató de quitarse de encima aquella mole de músculos, pero le fue imposible.

—Obedecerás —rugió Sturgeon en su oído—. ¿Te interesa seguir viviendo, verdad? —sintió una resistencia mayor—. ¿No? ¿Tienes padres? ¿Hermanos? Por supuesto que sí. Y no querrás que les pase lo mismo que a tu amigo, el intelectual de pacotilla... No lo querrás...

Sturgeon percibió cómo los músculos elásticos del joven se aflojaban, entre sus manos. Sadd dejó de luchar.

—¿Edgar...? ¿Usted mató a Edgar Kramer?

—¿Quién ha dicho eso? —replicó Sturgeon y soltó el brazo de Sadd. Le pareció que ya estaba maduro.

Pero se equivocaba.

El joven cruzó con agilidad sobre el brazo de la butaca y quedó un segundo frente a Sturgeon antes de arrojarse sobre él. Sin embargo, fue el diminuto Lewis quien, al tratar de interponerse entre los dos hombres, recibió todo el empuje del salto.

Warren Sturgeon sacó ventaja de la situación.

Mientras Lewis era despedido hacia atrás en una corta voltereta, el ex boxeador flexionó su cuerpo y lanzó el puño derecho con toda la fuerza del hombro contra Sadd Cleans, quien recibió el gancho en pleno mentón y cayó sin conocimiento sobre la butaca.

Dean Lewis gateó entre los muebles y se acercó a Sadd. Comenzó a darle palmadas en el rostro.

—Pero, ¿qué has hecho, Warren? —gimió—. ¡Este muchacho vale millones...!

—Sólo está desmayado —aclaró Sturgeon frotándose los nudillos de la mano derecha—. Dormirá un rato, el muy bastardo.

—Traeré agua —dijo Lewis poniéndose de pie.

Sturgeon lo detuvo. Atenazó el brazo del empresario.

—Presta mucha atención, Dean —advirtió—. Por tu bien y el de este gritón, lo convencerás...

—Trataré, Warren.

—Lo convencerás. Seguro, Dean. No harás otra cosa en tu maldita vida que convencerlo. Recuérdale sus padres, eso no fallará.

Lewis asintió.

—¿No dijiste hace un rato que no tenía dónde vivir?

—Así es, Warren. La casa que tenía fue asaltada por un grupo de *fans*, ya sabes, esas que se han tatuado en la frente el retrato de Sadd. La cosa se nos escapó de las manos a Menotti y a mí. Creímos que sólo se reunirían frente a la casa, y arrasaron con ella. Si la policía no aparece a tiempo, como habíamos convenido, no hubieran dejado una astilla.

—Bien, bien. Yo le conseguiré una casa al gritón. A mi gusto, por supuesto —sonrió—. Pero le dirás que has sido tú quien la compró, ¿okey?

—Sí.

—Otra cosa. No me molestarás en el futuro con tonterías como éstas.

—Está bien, Warren.

—Si no te endureces, ya sabes: mendigarás de nuevo por las calles de Hollywood. No tienes opción. Y no me llames a Jersey City a menos que sea imprescindible. Estaré muy ocupado durante un tiempo.

2

ENTREGA PERSONAL

EUROPEA DE ACTIVIDADES ESPECIALES LDA.

«Más de 30 años de experiencia en el mundos

## Operación «Old History»

Señor Kurt Hoffman

Estimado cliente:

Aprovecho la oportunidad para reiterarle que nos sentimos muy honrados con su elección. El hecho de que haya escogido nuestra compañía para llevar a cabo sus objetivos nos llena de satisfacción.

Le recordamos, para futuras ocasiones, que ni en sus agentes propios ni en ninguna otra compañía podría encontrar usted la seguridad que le brinda la Europea de Actividades Especiales Lda. Además de poseer personal altamente calificado, sólo nosotros ofrecemos contratos con una particularidad especial que le garantiza absoluta discreción: en el insólito caso de ser detectado alguno de nuestros agentes, éste iría a la cárcel y cumpliría condena sin divulgar un solo dato que pudiera comprometer al cliente. Más de 30 años de experiencia avalan nuestra seriedad en el trabajo.

A continuación paso a detallarle los factores tenidos en cuenta para establecer nuestros honorarios en la operación «Old History»:

1. DIFICULTAD DEL TRABAJO: Se trataba de fotografiar documentos no supersecretos, en edificio protegido electrónicamente, sin dejar huellas. Clasificamos el trabajo como «Hurto 2».
2. PLAN: En el proceso de elaboración del plan intervinieron ingenieros en electrónica, acústica, física y otros especialistas.
3. AGENTES: Fue necesario utilizar tres hombres: un chofer con experiencia de conducción en la City. Un agente de apoyo, chofer y especialista en pirotecnia. Y un ingeniero en electrónica como jefe del comando.
4. IDIOMA: El sueco lo consideramos idioma C. Para mayor seguridad, los tres agentes hablaban sueco.
5. PAÍS: A Suecia la tenemos clasificada como país con grado de dificultad III para trabajar en él.
6. EQUIPOS: Empleamos los más modernos y sofisticados equipos. Esto implica un gasto extra de transportación que incluye entrada clandestina para burlar la aduana.

Por cortesía con usted por ser su primer encargo, decidimos no añadir

el rubro LEJANÍA. Nuestros hombres salieron de la casa matriz en Gran Bretaña.

7. ESTANCIA: Los agentes necesitaron dos días en Estocolmo. La tarifa mínima es precisamente de dos días.
8. CIRCUNSTANCIALES: Hubo necesidad de quemar un fotoróvil de uso.
9. URGENCIA: A petición suya, consideramos la operación como «Prioridad 1».
10. ENTREGA: De tipo personal, a Estados Unidos. Por lo que hubo de utilizarse un agente en viaje trasatlántico.

El costo de cada epígrafe y el monto total vienen consignados en hoja adjunta a este documento. Le recordamos que debe enviar su cheque a la cuenta Pamela Toys, en el Banco Industrial de Ginebra.

Finalmente, a petición suya, le informaré sobre algunas cuestiones en el desarrollo de la operación: Nuestros hombres llegaron a Estocolmo y de inmediato se trasladaron a la City. Como usted sabrá, las oficinas de la compañía constructora Miljö radican en el segundo de los cinco edificios situados entre Sergelgatan y Sveavägen. Ese día, los agentes se dedicaron al estudio de las condiciones.

Al día siguiente, en horas de la noche, se dirigieron al lugar en dos autos. Uno de ellos, ocupado solamente por el agente-chofer, se situó en Sergels Torg, frente a la Casa de Cultura. El otro, con el ingeniero y el agente de apoyo, fue parqueado en Master Samuelsgatan, entre Sergelgatan y Sveavägen. El agente de apoyo activó en el auto un mecanismo ya preparado. Luego ambos agentes se adentraron por Sergelgatan hasta llegar al edificio. El ingeniero entró en el recibidor, donde se encontró con el guardián. Tal como estaba planeado, le hizo una pregunta intrascendente y abandonó el edificio, no sin antes rociarlo, al encender su fosforera, con un *sleeper* de acción retardada, muy eficaz, proveniente de nuestros laboratorios propios. Cuatro minutos después entró de nuevo en el inmueble —el guardián estaba ya momentáneamente dormido—, tomó el elevador y llegó al piso 14, donde se hallan las oficinas de la Miljö.

Obvio los procedimientos que utilizó para penetrar en las oficinas y evadir los sistemas electrónicos de vigilancia: algunos de los aparatos utilizados por

el agente-ingeniero son de uso exclusivo de nuestra compañía y, por tanto, totalmente secretos. Sabemos que usted comprenderá nuestras razones.

El ingeniero llevó a cabo su trabajo con la limpieza y rapidez planeadas.

Le garantizamos que al fotografiar los documentos no dejó huellas ni indicio alguno de que alguien hubiera penetrado en dichas oficinas.

El agente de apoyo, situado frente al edificio, lo mantuvo al tanto de los acontecimientos en Sergelgatan. Así le avisó del despertar del guardián, quien, como es usual con nuestro *sleeper*, no sospechó nada de lo sucedido.

A la hora prevista el fotomóvil abandonado se incendió y creó un foco de atención que influyó sobre el guardián. Nuestro agente de apoyo, solicitándole ayuda, contribuyó a que la salida del ingeniero se efectuara sin contratiempo alguno.

Luego ambos agentes se dirigieron a Sergels Torg, abordaron el auto que los esperaba y esa misma madrugada abandonaron a Suecia. La operación fue un total éxito.

En el sobre adjunto se hallan las solicitadas fotocopias de los planos y la descripción de la planta del edificio Colonial en La Habana. Como usted podrá comprobar, la calidad de las imágenes es insuperable.

De esta forma la Europea de Actividades Especiales Ltd. da cabal cumplimiento a los compromisos estipulados en el contrato.

Adjunto le envió un catálogo de las especialidades que abarca nuestra compañía, donde se incluyen varios programas de facilidades de pago.

Esperamos contarle ya como un habitual cliente. El lema de «Limpieza y discreción» rige todas las operaciones que llevamos a cabo en el mundo.

Le deseamos prosperidad en su vida privada y profesional.

Suyo,

*Donald Attenborough*

Vicepresidente de Relaciones Públicas de la EAE Lda.

## 9

Ya atardecía cuando Sadd Cleans, acariciando su guitarra, salió a la terraza. El lugar era ancho, bordeado por un muro de piedra con balaustre y piso de

losas rojas, un tanto rústicas. Al final tenía cuatro escalones que bajaban hasta el patio: el lugar de la casa preferido por el joven.

Sadd bajó los escalones y se detuvo bajo un roble. Aspiró con deleite el aire cargado de humedad por la lluvia caída y contempló la parte trasera de la casa. En realidad, no acababa de acostumbrarse a su nueva vivienda.

Dos semanas antes, al término de su actuación en el cabaret del hotel en Las Vegas, Dean Lewis lo había llamado para darle la noticia: al fin había visto una casa adecuada para el cantante. Se trataba de una propiedad en Jersey City, en un lugar alejado, donde sería imposible que a Sadd lo molestaran de nuevo. El joven quiso verla enseguida, pero Lewis le pidió que aguardara un tiempo y le concediera «un voto de confianza para decorarla».

Y el resultado no pudo ser peor.

Sadd había viajado a la ciudad de madrugada. Deseaba pasar sus tres días libres a partir del lunes en un lugar solitario, lejos del bullicio de los casinos y cabarets. La primera impresión que tuvo del exterior de la casa fue favorable. La vivienda recordaba, el colonial español, y le agradó mucho su amplio portal, las tejas rojizas que adornaban ambas plantas y el aspecto sólido y austero que poseía. Pero cuando entró en ella quedó anonadado. Lewis había escogido unas alfombras, gruesas como colchones, cuyos colores contrastaban explosivamente con el bermellón del papel en las paredes y los tonos brillantes de los muebles («supermodernos, Sadd. Te van a gustar»). Observándolo todo, daba la impresión de que ni un daltónico se sentiría a gusto allí.

Pero el patio era diferente. La mano de Lewis quizás no tuvo tiempo de llegar al bosquecillo de robles que, bordeando la terraza, se extendía cincuenta metros hasta el límite de la propiedad con la siguiente.

Era un bonito sitio, lleno de sombra y frescor. Y Sadd Cleans lo convirtió desde su llegada en una especie de antídoto contra el colorido intenso de la casa.

Se sentía muy a gusto allí. Caminó entre los árboles mientras el sol, declinando, alargaba su silueta y la de los troncos para recostarlas contra el muro de piedra que ponía fin a la arboleda. Se acercó al muro, eligió dos piedras planas bajo un roble y se sentó.

Despacio, comenzó a ajustar las cuerdas de su guitarra sin pensar en una pieza determinada.

Se sentía triste. Y muy solo.

Después que se alejó de su familia, Sadd se sintió siempre un solitario. Pero la conciencia absoluta de la soledad llegó más tarde. Fue a raíz de su pelea con Warren Sturgeon. En la casa de Lewis se hicieron añicos sus sueños de regresar a Oklahoma.

Dean Lewis lo había alertado: si volvía con su familia, podía ponerla en peligro de muerte. Así pues, debía resignarse y aceptar su destino. Obedecer en todo a aquel hombre que hacía estremecer de miedo al empresario. Y Sadd lo había obedecido. Sólo que a medias.

Al regresar a su hotel, el joven estudió el diálogo que había arrojado el procesador. Se trataba de una conversación entre un tal Kurt Hoffman y el viejo esposo de Elaine Dickens. Lo leyó varias veces hasta sacar sus propias conclusiones sobre lo que sería importante o no para Sturgeon. Y esto último fue lo que entregó a Lewis al día siguiente.

Incluía todo lo que habían dicho sobre Sadd los dos hombres —le pareció una muestra de obediencia hacerlo—, la historia de la compra de un Rembrandt en oscuras condiciones y cierta discusión final sobre la inversión en el sector científico de la Multilever, en la cual Hoffman y Dickens no se pusieron de acuerdo. Y no dejó nada más. Su conducta en lo adelante sería ésa: recibir las cuadrículas de Elaine, procesarlas y, luego, podar el resultado.

Después de hacerlo por primera vez, quedó más tranquilo consigo mismo. Pero la venganza no lo consoló por la pérdida de su sueño y mucho menos borró la soledad.

Quizás por ese motivo, comenzó a cantar una canción que no se parecía en nada a las melosas y optimistas composiciones interpretadas ante el público. Era una canción suya, cantada para sí mismo, y en ella no existían las frases típicas, repetidas hasta el cansancio, que una computadora de la Texxon intercalaba en las letras impuestas por Dean Lewis.

Sin que reflejara por completo su estado de ánimo, la canción resultaba pesimista.

Contaba la historia de un viajero que arribó a una ciudad del Sur. Deslumbrado por las luces tan hermosas encontradas a cada paso, creyó

haber descubierto su sitio en el mundo y detuvo el camino allí para buscar el amor. Pero no halló ese sentimiento en nadie ni en nada, y comprendió que las luces por sí solas no bastaban para vivir. Sin embargo, no continuó su viaje. Agotado por la búsqueda, se quedó en la fría ciudad y guardó sus sueños inútiles para siempre.

Cuando terminó de cantar, Sadd se quedó repitiendo en la guitarra la melodía. Fue entonces cuando escuchó la voz de una mujer:

—Bonita canción.

Sadd se puso de pie y buscó inquieto a su alrededor. Todavía estaba fresco en su memoria el recuerdo de las jóvenes enajenadas que asaltaron su primera casa y la sangrienta represión de los policías, que acudieron a una llamada de Lewis con increíble rapidez. Tan increíble, que Sadd sospechó siempre de que aquello fue un plan de publicidad concebido por su empresario, quien, por otra parte, subvencionaba secretamente el club de admiradoras.

—Quizás un poco triste, pero bonita —volvió a escuchar.

Sadd descubrió por fin a la joven. Se hallaba en la parte alta de la cerca, apoyada en los antebrazos, y le sonreía. Sadd observó la frente, blanca y despejada, sin sombra de tatuaje. Y sonrió también.

—Me llamo Margaret —dijo ella y agregó—: Margaret Heinz. Soy su vecina.

## 10

Kurt Hoffman leyó complacido la carta de la Europea de Actividades Especiales. Una vez más, se felicitó por la brillante idea que tuvo al comprar esta empresa cuando la vio en peligro de quiebra unos años atrás. Con el dinero de la Multilever, lo que había sido una simple agencia de detectives privados se convirtió en la EAE Lda., cuyo perfil era muy amplio: una empresa útil, rápida y eficiente.

Sacó la lista de costos adjunta a la carta y la puso en el extremo de la mesa. Debía pagar todo con gratificación si quería mantener el anonimato, como hasta el momento. Extendió los planos del edificio Colonial, acabados

de recibir. Los examinó. Las líneas eran nítidas, precisas. Satisfecho, sacó de la gaveta el informe del tercer agente enviado a Cuba.

Contenía todos los detalles que le había pedido Fontenay en la última entrevista y complementaba los dos informes anteriores. El francés se había vuelto muy exigente, pero Hoffman estaba seguro de que ahora no pondría reparos.

Guardó los planos y el informe dentro de un sobre de seguridad y presionó el lacre con el pulgar. Pero sólo después de hacerlo, se dio cuenta de que no había incluido la carta que debía enviar a Fontenay.

Descolgó el micrófono de su máquina de escribir, pero lo pensó mejor y volvió a colocarlo de inmediato en su lugar.

Era necesaria una entrevista personal con el francés. Debía advertirle sobre algunas disposiciones que serían necesarias en el futuro. Y convencerlo. Fontenay no debía permanecer en la granja como le había dicho a Hoffman. Era indispensable su traslado a un lugar seguro en cuanto el plan estuviera listo para su ejecución.

Descolgó el teléfono y se comunicó con su ayudante. Ordenó que el avión privado estuviera listo dentro de dos horas. Un tiempo razonable, estimó. Partiría de Bruselas a las seis en punto y comería temprano en París antes de dirigirse a la granja de Fontenay. Definitivamente, la alta cocina del francés terminaba siempre por indigestarlo.

## 11

Margaret condujo a Sadd Cleans hasta una esquina de la sala y dijo:

—Ya puedes abrir los ojos.

El joven obedeció. Parpadeó varias veces mientras recorría con la mirada la habitación.

—Increíble...! —exclamó asombrado.

Y era para estarlo.

En la sala no quedaba ni uno solo de los muebles y objetos «supermodernos» con que Dean Lewis había pretendido decorarla. El cambio era total. Y Sadd no se explicaba cómo Margaret, en solo cinco días, había podido lograrlo.

La muchacha, después de su primera visita, espantada por la decoración de Lewis, le había pedido permiso para hacer «algunos cambios» en las habitaciones. Sadd estuvo de acuerdo y le entregó las llaves antes de marchar a Las Vegas ese miércoles.

Al quedar sola, Margaret decidió partir de cero. Arrancó los chillones colores de las paredes y limpió de adefesios la casa. Entonces decoró a su antojo. Colocó muebles antiguos, de cuero natural y madera barnizada en tonos oscuros, que se correspondían con el estilo de la vivienda. Luego sustituyó el bermellón y el rojo cervical de las paredes con colores claros, sin estridencias. El resto —cojines, gobelinos y adornos— llevaban ese último toque de buen gusto que todo conocedor logra impartir.

Sadd, impresionado, se volvió y preguntó en tono de sospecha:

—¿No serás una hechicera?

Margaret se dejó caer en un sillón de alto respaldo.

Miró hacia el techo y, levantando los brazos, dijo:

—Ya no se puede guardar un secreto...

—No te rías —dijo Sadd acercándose a ella—. Estoy seguro de que eres una hechicera.

—¿Ah, sí?

Sadd asintió.

—He estado contando las horas para regresar.

—¿Para ver el cambio?

—No. Para verte a ti... ¿Cómo lo lograste?

Margaret sonrió.

—¿Eso es una declaración?

Sadd bajó la cabeza. Súbitamente, se sintió cortado, fuera de lugar. Su tono fue algo frío, alejado de lo que sentía en realidad, cuando dijo:

—Confío en ti, Margaret.

El rostro de la joven se tornó serio.

Sadd, notándolo, echó la culpa a sus palabras. Trató de remediarlo.

—Aunque cambies el tema —dijo sonriente—, sigues siendo una mujer misteriosa.

—¿Por qué?

—Nunca me hablas de ti. Y de mí lo sabes todo.

—Pregunta entonces...

—¿Puedo?

Margaret asintió, sin sonreír.

—Vives sola, con una criada japonesa y le hablas en su idioma. También te visita un tío japonés..., y no tienes ni un solo rasgo asiático. ¿Cómo puede ser eso?

—No sé. Debe de ser un problema de herencia. Ni mi hermana ni yo nacimos con los ojos rasgados?

—¿Tu hermana? No sabía que tuvieras una.

El rostro de Margaret se ensombreció.

—Está muerta —dijo—. Al igual que mis padres.

Sadd movió la cabeza contrariado. Por lo visto, no hacía otra cosa que equivocarse.

—Le siento.

—Sigue preguntando —lo apremió Margaret.

—Está bien —dijo Sadd, meditó un momento y preguntó—: ¿A qué te dedicas, además de coleccionar muebles antiguos?

—A eso: a coleccionar muebles. Viajo para conseguirlos.

—¿Viajas? ¿Por todo el mundo?

—Sí. ¿Otra pregunta?

—Pensaba hacerla —dijo Sadd incorporándose—, pero creo que tengo la respuesta. Espera un segundo.

Con pasos rápidos fue hasta su maletín y regresó sosteniendo una caja pequeña, envuelta en papel azul.

—Ábrela —dijo enigmático—. Es un regalo.

Margaret, curiosa, quitó la cubierta.

Dentro de la caja había una muñeca. Los cabellos eran tan rojos como los de Margaret y también el tono de la piel subrayaba el parecido. Largas pestañas cubrían los párpados cerrados. La muchacha la contempló sin atreverse a sacarla del estuche.

—Es muy linda, Sadd —sonrió Margaret.

—¿No le vas a decir nada?

—¿A ella?

—Claro. ¿Nunca has tenido una muñeca? Si no le hablas, no se despertará.

Margaret la sacó de la caja con cuidado.

—¿Qué le digo?

Sadd fingió pensar un momento. Luego dijo:

—Llámala por su nombre. Está escrito en sus ropas.

—Pero... ¿Es una broma, Sadd? Se llama igual que yo.

—Llámala... —ordenó el joven.

Margaret obedeció. Al pronunciar su nombre, los ojos de la muñeca se abrieron como sorprendidos. Eran grandes, como los de Margaret, y cambiaban de color a cada segundo. Pasaban de un verde claro al oscuro hasta llegar al violeta.

—¿Ves? Son parecidos a los tuyos —afirmó Sadd y añadió—: En la juguetería me explicaron el mecanismo, pero lo olvidé. Demasiada electrónica para mí.

La joven apretó la muñeca contra su pecho.

—¿Y eso contestó tu pregunta?

—Sí —dijo Sadd—. Ninguna ecuación podrá lograr el color de tus ojos.

Margaret se puso de pie y caminó hasta la ventana de cristales.

—¡Qué galante regresó el señor vaquero! —dijo y añadió para ocultar su turbación—: ¿No has notado que hace un día espléndido? Te invito a nadar.

Sadd arrugó el ceño.

—¿En tu piscina?

—Claro.

—¿Y si viene el tío japonés? Cuando estuve en tu casa, dijiste que no le gustaban las visitas...

—¿Qué importa? —Margaret se encogió de hombros. Luego enarcó una ceja y preguntó con curiosidad—: ¿Cuánto tiempo demora un vaquero en quitarse las botas y los pantalones de montar?

Sadd se echó a reír.

—Ahora verás —amenazó en broma.

Pero la muchacha le dio la espalda y, antes de abrir la puerta de la terraza, le gritó:

—Te espero en la piscina. No tardes.

La tierra era blanda en aquella parte del bosque. Don Kelgare sacó una última paletada y la arrojó fuera del hoyo recién abierto. Luego lo observó un instante con aprobación, abandonó la pala y se acercó al bulto carmelita que descansaba sobre la hierba del claro.

Se inclinó. Sus manos fuertes, enormes, acariciaron la cabeza del perro, peinaron la áspera pelambre del lomo. Pero esta vez no escuchó el gruñido satisfecho de siempre. Ni tampoco lo escucharía más. Cargó sin esfuerzo el cuerpo inerte del animal y lo depositó en la abertura. Despacio, comenzó a recubrir el hoyo con la tierra húmeda.

En realidad, pudo haber sentido la muerte del perro. Fue una vieja amistad de casi quince años, y la única quizás en su vida. Pero la existencia de Kelgare estaba tan sembrada de cadáveres que uno más apenas importaba. Y mientras echaba una paletada tras otra sobre la tumba, sólo sentía una gota de amargura que se negaba a resbalar en su interior, frío y liso como un pedazo de hielo.

No podía ser de otra manera. Pocos hombres habían compartido sus días con la muerte como Don Kelgare.

Apenas tenía ocho años de edad cuando oyó nombrar por primera vez a la muerte. Había sido su padre quien la mencionó, ignorando la presencia de Don, mientras le contaba a su esposa las atrocidades y crímenes en que se vio envuelto durante dos años de asesoría militar en Guatemala, antes de que triunfara allí la revolución.

Esa noche en que oyó hablar a su padre, el pequeño Don no pudo dormir. Lo atormentaron las pesadillas. Con absoluta certeza, veía encimársele en sueños aquel hombre alto, de ceño fruncido y mirada terrible que le infundía un miedo irracional cuando llegaba en sus esporádicas visitas a la casa.

Hasta ese día, el niño tuvo una imagen borrosa de su padre. Antes ni siquiera lo consideraba parte de la familia. Su mundo había estado compuesto por dos personas: su madre —una mujer triste, que le hablaba con añoranza de Australia— y la hermanita, dos años menor que Don, pero con una actitud mucho más comprensible.

Pero, de pronto, el regreso, definitivo del padre lo trastornó todo. En pocas semanas, Don le cobró odio a cada una de las personas y cosas que lo rodeaban en aquella casita de madera, sin jardín, fabricada en las afueras de Mobile, en el Estado de Alabama.

Odió mucho. Sobre todo las violentas crisis nerviosas que sufría su padre, quien, inesperadamente, se ponía a gritar como un poseso mientras rompía todo lo que encontraba en su camino. Después de uno de estos ataques dejó de verlo durante mucho tiempo. Tanto, que recibió incrédulo la noticia del regreso cuando se la oyó decir a su madre.

Don se atemorizó. Se sabía incapaz de soportar la presencia de aquel hombre silencioso y hostil, cuya pipa apestaba a hierbas quemadas y de quien nunca recibía la más sencilla caricia. Su rechazo fue tan grande que, en cuanto el padre llegó a la casa, comenzó a rehuirlo de cualquier manera.

Y esto le salvó la vida.

Una tarde, meses después del regreso, Don bajó al sótano y se encerró allí como de costumbre. Poco a poco había ido llevando sus juguetes preferidos a ese lugar y no permitía que nadie, ni siquiera la hermana, penetrara en los oscuros dominios. Permanecía horas en la soledad del sótano hasta que percibía la voz de la madre llamándolo. Sólo entonces subía a la casa con tranquilidad. Sabía ya que su padre se encontraba durmiendo en uno de los cuartos, lejos de su vista. Pero aquella tarde resultaría diferente.

Dormitaba cuando oyó los gritos en la casa. Soñoliento todavía, pudo distinguir apenas las voces de su madre y hermana, pero de algo estuvo seguro: no lo llamaban a él. Se acercó con curiosidad a la puerta, observó por una de las ranuras y lo que pudo ver lo dejó aterrorizado.

Su padre apuntaba con una pistola a la niña mientras apretaba el cuerpo de la mujer contra la pared. Y no vio más. En ese instante sonaron los primeros disparos. Don los escuchó con los ojos apretados, sin moverse, y le resultaron incontables para su miedo. Estuvo tentado de abrir, pero sintió los alaridos de su padre llamándolo por toda la casa. Temblando, pasó el seguro de la puerta. Al rato, oyó un disparo solitario. Y luego percibió el silencio, acompañado de un humo gris y picante, que comenzó a filtrarse en el sótano.

Cuando minutos más tarde, uno de los bomberos logró abrirse paso con el hacha y rescatarlo, Don no recordó de inmediato lo que había sucedido.

Casi inconsciente, medio asfixiado por el humo, tuvo que recobrase para ir descubriendo uno a uno los cadáveres de sus familiares mientras la casa terminaba de arder hasta los cimientos. Fue éste su primer contacto con la muerte. Y no tardó en tener conciencia de ello. Lo que no podía prever entonces era su futuro. Ignoraba que la muerte seguiría recordándolo para el resto de su vida.

Una semana después del suceso, Don recibió una mala noticia. Su pariente más próximo —una hermana de la madre, casada y con cuatro hijos, residente en la lejana Australia— declinó hacerse cargo de mantenerlo, alegando falta de recursos.

De esa manera, Don Kelgare ingresó a los diez años en un orfanato del Estado sureño.

Pocos días de estancia le bastaron para comprobar que el lugar estaba podrido, a pesar de la orgullosa fachada neoclásica y de los impecables uniformes de los empleados y profesores.

Por cualquier motivo, los que allí se albergaban recibían refinados y crueles castigos. La mirada cada vez más endurecida de Don presencié escenas insólitas de sadismo físico y mental. Y juró que no sería actor de ninguna de ellas. Pronto se acogió a la ley principal del orfanato: la del más fuerte.

Y no tuvo que aguardar mucho para aplicarla.

Cierta noche, en el comedor, Don fue despojado de su cena por uno de los muchachos mayores. Condicionado por lo que había visto, ni siquiera pensó en rebelarse. Media docena de empleados sólo aguardaban una pelea o algo similar para ensañarse con los causantes. Por ese motivo, Don optó por presenciar con calma el rostro de su adversario, grabarlo bien en su memoria y repetirse con precoz frialdad que aquél no era su momento.

El desquite llegó tres días más tarde. Siguiendo de lejos los pasos de su oponente, Don Kelgare penetró en la nave donde se cambiaban de ropa antes de practicar deportes. Con cuidado, se colocó a las espaldas del muchacho. Cuando éste levantó los brazos para quitarse el suéter, Don se los llevó hacia atrás, envueltos en la prenda, y con dos rápidos y profundos cortes, el vidrio que apretaba en su mano derecha abrió una cruz sangrienta en el pecho del

adversario. Después de hacerlo, Don se alejó sin prisa mientras mostraba a todos los demás el filoso vidrio que sostenía.

Para su sorpresa, no fue castigado por la acción. Esperó en vano durante toda la noche que alguno de los empleados se asomara a la puerta del dormitorio y lo condujera al lugar que allí llamaban «el paraíso», una especie de mazmorra en los sótanos, donde el agua subía siempre hasta el rostro del ocupante, obligándolo a un supremo esfuerzo para respirar.

Tuvo que esperar la mañana para comprender el motivo de su impunidad. Ésta podía resumirse en la palabra *miedo*. Nunca, a pesar del ensañamiento que se respiraba en el orfanato, uno de los muchachos se había vengado de una manera tan sangrienta de un ultraje. A partir de ese día temieron a Don y con el silencio trataban de evitar una segura represalia.

Y el atacante sacó provecho de esto en lo sucesivo. Cuando bajaban al comedor, solía colocar el vidrio sobre la mesa, bien a la vista, mientras saqueaba la cena de los demás sin apurarse. No se ganó un solo amigo, ni se le vio hablar jamás con nadie en los cinco años que pasó allí. Pero aprendió a venerar el poder y la fuerza sobre todas las cosas, mientras robustecía sus con toda clase de ejercicios.

Cuando su tía, acompañada del esposo, se decidió a visitar el orfanato, quedó sorprendida al ver a Don. Esperaba hallar un niño débil y pálido, y se encontró un adolescente de hombros cuadrados, sólido pecho y una mirada que la hizo estremecer por su dureza. Obviando esto último, la práctica mujer convenció al marido sobre la utilidad que prestaría Don como estibador en el negocio de transporte emprendido por ellos. El hombre evaluó la musculatura del joven y, dos meses más tarde, Don Kelgare partía hacia Australia acompañando a sus familiares.

A partir de su llegada, Don trató de sacudirse el ritmo de encierro que había llevado hasta el momento. Y lo logró con increíble rapidez. Cargando mercancías en la bahía de Port Jackson, conoció al capitán de cierto buque mercante, quien le propuso un empleo como marinero de cubierta. Ganaría el doble del miserable salario que le asignaban sus tíos y tendría la posibilidad de viajar y conocer el mundo. A Don le agradó la idea, pero esta vez tampoco se apuró. Con calma, sin ningún aviso, aguardó a que el barco estuviera a

punto de zarpar para recoger sus cosas, robar todo lo que tuviera algún valor en la casa de sus parientes y encaminarse al puerto.

Dos años se mantuvo como tripulante del buque. Una tarde en que recorría los burdeles y bares de Cape Town, en Sudáfrica, presencié un hecho singular. Tres marineros de su barco, completamente borrachos, arrancaron el toldo de un comercio, arrojaron en el centro de la tela a una joven prostituta y comenzaron a mantearla con violencia, lanzándola por los aires entre risas y gritos. En cualquier otra ocasión Kelgare hubiera sonreído con crueldad y pasado de largo, sin prestar mayor interés. Pero encontró algo en los ojos implorantes de la mujer que lo retuvo con una fuerza desconocida. Después, nunca llegó a explicarse la razón que lo obligó a saltar sobre sus compañeros y, con furor irracional, acabar destrozándolos a golpes de sus puños. Sólo cuando los contempló tendidos en el suelo, cobró conciencia de su acción.

Había vapuleado, eliminándolos del trabajo por largo tiempo, a tres de los mejores hombres de su barco. Y sabía que el capitán nunca le perdonaría aquello. De esa manera, casi sin proponérselo, había puesto fin a su vida de marinero, aunque esto aún no lo supiera. Incluso, cuando se volvió para marcharse, estaba pensando en buscar un nuevo barco al día siguiente. Pero no continuó su camino. De pronto sintió la mano de la prostituta apoyarse en su brazo y lo retuvo la misma mirada suplicante. En silencio, la muchacha le señaló la puerta de un hotelucho cercano y, obediente, Don Kelgare la siguió sin preguntarse nada. De esa manera se inició la única relación amorosa que tendría en su vida.

La prostituta, una adolescente de raza malaya, había sido comprada en la isla de Samar, Filipinas, por unos tratantes sudafricanos. Victoria, como le dijo que se llamaba, sólo hablaba tagalo y español, lenguas que, por aquella época, apenas conocía Kelgare. Pero, realmente, no hicieron falta muchas palabras para que la dureza del norteamericano se hiciera trizas mientras abrazaba aquel cuerpo frágil, casi infantil, que se le ofreció sumiso y apasionado. Junto a Victoria lo olvidó todo, hasta cómo salir de la estrecha habitación donde se alojaron durante una semana. Pero al final la realidad se impuso.

Sin dinero, atado a Cape Town por un sentimiento inexplicable hacia Victoria, Kelgare resultó incapaz de enrolarse en otro barco. Cuando buscó

trabajo de estiba en los muelles, notó que los salarios eran risibles y que ningún blanco se hacía cargo de esas labores. Pasó algún tiempo desconcertado. Desconocía aquel país, lleno de reglas inviolables para las razas, y rechazaba de plano las proposiciones de Victoria para volver a prostituirse en los bares y burdeles. No encontraba salida. Pero fue la joven quien se la ofreció, sin querer, poco tiempo después.

Uno de los tratantes para quienes Victoria trabajaba, conociendo la situación nueva de la muchacha, sólo le pidió a Kelgare el dinero que había invertido en ella. Don lo escuchó en silencio, con aparente interés, mientras analizaba en qué lugar de Cape Town escondería el cadáver del sudafricano. Pero, de manera inesperada, el tratante salvó la vida. Con una sonrisa ladina, comenzó a hacerle ciertas preguntas a Kelgare.

¿Sabía el yanqui disparar un arma de fuego? ¿Tenía algún impedimento físico? ¿Le disgustaba ver la sangre derramada? Kelgare fue contestando como pudo y supo, sin imaginarse a dónde quería ir a parar el tratante. Pero, después del interrogatorio, el sudafricano le entregó un papel con una dirección en el centro de la ciudad.

Tres días más tarde, Don Kelgare compraba los derechos sobre Victoria, alquilaba una casa lejos de los muelles y le entregaba a su amante dos mil dólares antes de marcharse por un tiempo que no podía precisar. Acababa de firmar un contrato como mercenario y debía pasar enseguida su primer entrenamiento.

Los progresos de Kelgare en el oficio emprendido fueron sorprendentes. Dueño de una fuerza y habilidad poco comunes, resistió sin problemas las agotadoras marchas en el desierto, las asfixiantes noches en la selva, y convenció de su destreza en el manejo de las armas al entrenador jefe del comando mercenario. Éste quedó tan satisfecho que dispuso el grado de oficial para Kelgare y le entregó un pelotón que se ocuparía de misiones delicadas en ciertas fronteras.

Las primeras tareas las cumplió con todo éxito. Saboteó puentes en Bostwana y Mozambique, quemó varias aldeas limítrofes con Sudáfrica sin dejar un habitante con vida y, cada vez más audaz, penetró en la República Independiente de Namibia para destruir una de sus recientes industrias.

Sólo un hecho enturbió su vertiginosa carrera como mercenario a sueldo de las transnacionales. En cierta ocasión, recibió la orden de hacer volar la hidroeléctrica más poderosa del sur de Mozambique. Con cuidado extremo, alistó su comando y partió a ejecutar la orden. Sólo que no pudo cumplirla. Ni siquiera llegó a las cercanías del objetivo. Descubierta por un destacamento del ejército mozambiqueño, su grupo fue perseguido y tiroteado hasta unas antiguas minas de oro. Uno a uno, sus hombres fueron cayendo en la acción.

Según morían, Kelgare iba recogiendo las chequeras magnetizadas que pendían de sus cuellos. Pero sabía que no estaba solo. Otro hombre de su comando, un joven llamado Dick Harrinson, logró llegar con él hasta la entrada de un ancho túnel y afianzarse en esa posición.

Desde allí combatieron hasta la caída de la noche. Un rato antes, una bala había atravesado la pierna derecha de Harrinson, quien, desmayado por el dolor, apenas se dio cuenta cuando su jefe le arrancó la chequera del cuello y se introdujo en el interior de la mina dejándolo a merced de su suerte.

Dos días caminó Kelgare por las entrañas del yacimiento abandonado, lamiendo el agua que se filtraba en algunas galerías mientras buscaba una salida. Finalmente, extenuado, encontró una abertura tapiada por arbustos entre cuyas ramas se filtraba la luz exterior. Al salir de allí, Kelgare emprendió un penoso viaje de cien kilómetros entre selvas y pantanos, evitando las aldeas y toda presencia humana, hasta llegar a un puesto fronterizo sudafricano cinco días más tarde, casi sin poder hablar.

Aunque no le gustaba recordarlo, cada noche que pasó en el hospital contaba las chapillas metálicas hurtadas a los miembros de su extinguido comando. Gracias al hurto, podía considerarse un hombre rico. Y comenzó a hacer planes futuros, en los cuales incluía a Victoria y al hijo que esperaban ambos. Pero en aquellos momentos ignoraba que la muerte no se había olvidado de él.

Convaleciente todavía, recibió la noticia. Victoria había tenido un parto prematuro y, aunque la criatura sobrevivió, el organismo adolescente de la madre no pudo resistir la prueba. Anonadado, Kelgare partió hacia Cape Town para ocuparse de los funerales de su amante. Nunca había sentido un dolor tan agudo, y esto fue motivo de que le cobrara aversión a su hija: la

creía causante de la muerte de Victoria y tardó meses en ir a verla, aunque había destinado un buen sueldo a una enfermera para que la cuidara.

Durante ese tiempo Kelgare estuvo en Suiza. Necesitaba depositar el dinero que le produjeron las doce chequeras hurtadas y nada mejor que un banco respetable, en un país sin las convulsiones revolucionarias que padecía Sudáfrica. Después de hacerlo, se dedicó a vagar por los cantones suizos y a tratar de olvidar la muerte de Victoria.

Aunque el futuro inmediato no lo preocupaba, sí se resistía a regresar a su oficio de mercenario algún día. Fresco estaba aún en su memoria el riesgo corrido en Mozambique, cuando estuvo a punto de perder la vida. Pero, por otra parte, ya se había habituado a recibir de manera periódica buenas sumas de dinero y jugosas gratificaciones. Se debatía en la duda, cuando una tarde se tropezó con un antiguo subordinado en las calles de Berna.

Kelgare notó de inmediato las ropas costosas del ex mercenario y la ostentación que hizo al invitarlo a un restaurante de lujo para «brindar con champán francés por el reencuentro». Allí, después de un rato de conversación, escuchó una proposición a medias.

Don debería de cambiar de oficio. Ser mercenario no era rentable. Ni llenando de ellos África se podría atajar el comunismo. Existían otras profesiones más lucrativas. ¿Acaso Don no era un excelente tirador, capaz de alojar una bala en la cabeza de una gaviota en pleno vuelo? Pues entonces no tendría dificultades para realizar cierto trabajo, con mucho menos riesgo que el de enfrentarse a los ejércitos africanos. ¿No estaba interesado? Kelgare asintió y ambos convinieron en verse al día siguiente en el mismo lugar y hora.

Al otro día, Don Kelgare fue presentado a un francés de mediana estatura, ventrudo, de cara redonda y afable, que respondía al nombre de Marcel. Después de la presentación, el antiguo conocido los dejó a solas en el restaurante y el francés encargó la cena.

Kelgare notó que Marcel apenas probaba los platos que había pedido pomposamente —cubrió de injurias cada uno de ellos—, pero, en cambio, completó la proposición que le hicieron el día anterior. Se trataba de un asunto que requería nervios y una puntería a toda prueba. Había que eliminar a un hombre que se hallaría a más de cien metros de distancia, con un solo

disparo. ¿Era capaz de hacerlo el señor Kelgare? Si tenía éxito, ingresaría en la cuenta de su banco cien mil dólares: tres veces la cantidad que tenía depositada en ese momento.

Al oír la última frase y observar la sonrisa del francés, Don comprendió que el encuentro con el ex mercenario no había sido casual y que detrás del aspecto beatífico de Marcel se encontraba el cerebro de un verdadero profesional del crimen. Ciertamente, de seguro había averiguado muchas cosas sobre él antes de hacerle la proposición. La personalidad del francés acabó magnetizándolo. Y Don Kelgare aceptó el trato.

Al otro día, después de comprobar que en su cuenta bancaria habían ingresado cincuenta mil dólares —la mitad, según el convenio—, Don partió para Suecia y se alojó en un hotel de Götebor. Había recibido antes indicaciones muy precisas del organizador del crimen.

Todo el trabajo estaría rigurosamente compartimentado. Por ningún motivo, Don volvería a entablar una conversación con el hombre que le había presentado al francés. Éste sólo tuvo la tarea de buscar un tirador excepcional, y ya lo había hecho. En lo adelante, Kelgare no vería a uno solo de sus colaboradores, pero estarían a su disposición en el momento preciso. Y esto se cumplió con exactitud.

En la recepción del hotel sueco recibió un paquete dirigido al nombre falso de su tarjeta de viaje. Contenía un fusil de absoluta precisión, con silenciador y mirilla infrarroja, y dos direcciones. La primera pertenecía a una granja de las afueras de Götebor donde podría familiarizarse con el arma. La segunda indicaba la casa del individuo que debía morir.

Como explicó Marcel, después de darle a Kelgare varias fotos del hombre, se trataba de un científico sueco que estaba a punto de descubrir un medicamento para sanar cierta enfermedad hepática. Un poderoso consorcio le había estado haciendo ofertas cuantiosas, pero el sabio se empecinaba en no aceptarlas y pretendía poner su descubrimiento en manos del Estado sueco. Esto afectaría las ventas del consorcio, el cual producía medicamentos similares, pero con pobres resultados.

Éste era el motivo por el cual debía eliminarse al sabio. Pero Don tendría una dificultad para hacerlo. El científico no salía jamás de su casa, donde tenía instalado un gran laboratorio. El lugar más cercano a su hogar era un

hotel que estaba a más de cien metros de allí. Y el disparo debía efectuarse desde una de las habitaciones superiores enfocando en la distancia los ventanales del laboratorio donde trabajaba la futura víctima.

Cuando Kelgare llegó al hotel señalado, ya estaban esperándolo sus habitaciones reservadas. Desde ellas aquilató una nueva dificultad. Tenía el sol de frente durante las horas de la tarde y, en las mañanas, se reflejaba en las ventanas del laboratorio con intensos destellos. El disparo tendría lugar entonces, inevitablemente, por la noche.

Desde la caída del sol hasta bien entrada la madrugada, Kelgare esperó su oportunidad durante varios días. Hasta que ésta se presentó.

A través de la mirilla infrarroja de su fusil, siguió al científico una noche mientras éste recorría todo el laboratorio en busca quizás de un documento extraviado. Pero el movimiento constante del objetivo, comenzó a afectarle. Entonces, sin perder la calma habitual, buscó con la mirilla el rectángulo de la puerta y fijó la puntería unas pulgadas encima del picaporte. Después sólo tuvo, que esperar a que el científico intentara salir.

El disparo fue perfecto. El sabio recibió una bala entre los homóplatos que le atravesó el corazón de inmediato. Al apretar el gatillo, Kelgare había ganado cincuenta mil dólares más y perjudicado a toda la humanidad. Pero esto último no le importaba en absoluto al *killer*.

A partir de ese crimen, fue contratado por Marcel Fontenay en varias ocasiones. Y se olvidó de su arriesgada vida de mercenario. Sólo se acordaba de Sudáfrica cuando le giraba a la institutriz de su hija el dinero necesario para que ambas vivieran con comodidad.

Esta actitud hacia la niña no varió en cinco años. Sin embargo, en cierta ocasión tuvo necesidad de pasar por Pretoria y se decidió entonces a visitarla en Cape City durante unas horas. Y quedó sorprendido.

Su hija era una réplica exacta de la madre. Como Victoria, era un ser frágil y dulce, con idénticos ojos negros, grandes y suplicantes. Y tal como le había sucedido ya una vez con la filipina en los muelles de Cape Town, sintió que su dureza se resquebrajaba al contemplar a la niña. Su visita a Sudáfrica se prolongó varias semanas.

Al cabo de ese tiempo, Kelgare viajó con su hija a Norteamérica. Allí adquirió una casa enorme, en las afueras de San Francisco, y añadió media

docena de criados a la vieja institutriz de su hija que se encargarían de cumplir el menor antojo de la chiquilla. Así se dedicó varios años a la niña olvidada. Pero, en realidad, fueron pocos. Todos los que podía permitirle la avariciosa muerte antes de volver a recordarlo.

Fue una mañana de agosto, en un hotel de Londres, cuando tuvo la primera noticia sobre el Gran Desastre. Acababa de cumplir una faena encargada por Marcel Fontenay en Liverpool y se disponía a regresar a Norteamérica. Para ganar tiempo, decidió llamar al aeropuerto y reservar pasaje para dos horas después. Sin embargo, la empleada que lo atendió le dijo con voz sin emoción que los viajes hacia Norteamérica estaban suspendidos. Agregó que un accidente de catastróficas consecuencias, había sucedido durante la madrugada en el Oeste de ese continente y que sentía mucho no complacerlo.

Kelgare, con la intuición trágica que poseía, pensó en su hija. Y conectó el televisor del cuarto. En la imagen, un locutor norteamericano, directamente desde New York, informaba sobre el hecho.

En primer lugar, hizo referencia al famoso chiste del senador demócrata Stanley Finn cuando un año atrás aseguraba ácidamente, a la hora de criticar un astronómico presupuesto de 367 mil millones de dólares para gastos militares, que: «Vamos, a estar tan bien protegidos que si un gato maúlla un poco fuerte por la noche en el jardín de nuestra casa, el DSCC se encargaría de eliminarlo con un misil de dos megatonnes. El locutor aclaró que Finn sólo hacía referencia al Defensive System Computer Center, un complejo de ordenadores que controlaba todo el sistema defensivo norteamericano, impugnado ya docenas de veces porque se había sofisticado tanto —se trataba de un proceso muy fragmentado, cuyas operaciones se realizaban en décimas de segundo— que ya muy pocos seres humanos eran capaces de comprender por qué motivo las computadoras emitían determinadas órdenes. Pues bien, recalcaba el locutor, el famoso DSCC había fallado, pero esta vez las consecuencias podían verse materializadas en millones de muertos y zonas de desastre total que no podían precisarse por completo.

Abundó en detalles. Se suponía que todo había ocurrido de la manera siguiente, según la primera investigación del Buró Especial de Inteligencia, adjunto al Departamento de de Estado.

Durante la madrugada anterior, el teniente Roy Phillips, destacado en la isla del Oso —una isla artificial, creada en la costa del oeste— fue avisado por un amigo del Servicio Nacional de Narcóticos, que había sido descubierto como jefe de una red de traficantes, quienes utilizaban los aviones de la Fuerza Aérea para transportar drogas. Al conocer que una brigada gubernamental había partido para la isla con la misión de detenerlo, Phillips subió al primer avión en condiciones de vuelo que halló, con la idea de llegar al continente, aterrizar en cualquier aeródromo particular y luego esfumarse en el interior del país. Pero no se dio cuenta de que la nave en que volaba transportaba dos misiles Squirrel, con sendas cabezas nucleares, colocadas en el avión varias horas antes durante una prueba de rutina.

El oficial, sin saberlo, enderezó la nariz del super BG—34 hacia el oeste del continente a velocidad máxima. Cuando recibió la orden de identificarse no lo hizo —por supuesto— y el DSCC lo detectó por llevar carga nuclear. Esto fue el inicio de todo. La información llegó al sistema contraofensivo y de allí salieron al instante órdenes de computadoras hacia otros ordenadores situados en las bases regionales y particularmente para el AEBS —Atomic Emergency Broadcasting System—, el cual, de inmediato, cortó las emisiones de televisión y radio y comenzó a transmitir orientaciones para la protección de los seres humanos contra ataques nucleares.

Mientras tanto, tres bases de misiles Liberty Curtain se activaron en California y enviaron otros tantos cohetes interceptores en busca del avión. Las demás bases Liberty Curtain en todo el país se colocaron en posición Uno, y las bases de misiles Rising Dragoon —cada uno portador de doce ojivas nucleares y capaz de atravesar el Atlántico o el Pacífico en minutos— se activaron y movieron sus indicadores en posición de espera.

El desastre se inició cuando el avión fue tocado por uno de los cohetes sobre la ciudad de San Francisco, justamente sobre el Golden Gate, a 45 mil pies de altura. Esto completó el sistema de orientación de los fatídicos Rising Dragoon. Por una inexplicable falla en su mecanismo, uno de los misiles indicó una trayectoria cercana y se dirigió con sus ojivas nucleares hacia el supuesto centro promotor del ataque: la ciudad de San Francisco, en los propios Estados Unidos. Al caer, se produjo al momento una explosión nuclear que destruyó gran parte de la ciudad. Por suerte, si es que se le podía

llamar así, todo terminó con ese disparo, ya que de producirse respuesta, todos los Rising Dragoon se hubieran activado y la tragedia hubiera adquirido proporción nacional. La matanza terminó abruptamente cuando un minúsculo ordenador de ajuste en el DSCC determinó FALLA TÉCNICA y desactivó todo el complejo centro contraofensivo.

El locutor finalizó agradeciendo al mundo entero su activa participación y ofrecimientos de ayuda durante las horas terribles que estaba viviendo Norteamérica. Reconoció la «actitud de los países socialistas al garantizar la inactividad nuclear y brindarse desde el primer momento con atención médica y todo tipo de recursos». Luego se despidió y el canal comenzó a pasar imágenes actualizadas de San Francisco.

Kelgare se sobrecogió al verlas. Le recordaban viejas fotos de Hiroshima y Nagasaki. Pero no podía haber comparación. Las anteriores fotografías sólo habían despertado su curiosidad sin impresionarlo. Las que observaba ahora tenían una magnitud desconocida: una lluvia de hongos atómicos y su hija allí, en medio de ellos.

Sin dedicar un solo pensamiento a su país, ni a los millones de víctimas, Kelgare lanzó una mirada al teléfono.

Apenas la noche antes, a su llegada de Liverpool, donde acababa de asesinar a un hombre por encargo, Don había conversado durante media hora con su hija. Le había prometido un rápido regreso y multitud de regalos. Y ahora...

Desechó la idea de volver a llamar a San Francisco. Sería inútil. Quiso vestirse y partir de inmediato al aeropuerto. Allí exigiría, imploraría, trataría de sobornar un pasaje a cualquier precio. Pero no lo hizo. Con total fatalismo permaneció tendido en el lecho. Ya sabía que todo lo que hiciera sería en vano. Ya nada podría devolverle la vida a su hija.

Con frialdad, le dedicó un último adiós a la chiquilla y cerró herméticamente el resquicio por donde ella y Victoria habían penetrado. La muerte había vuelto a ganarle la partida.

Varios meses después, Don Kelgare viajaba a Canadá y adquiriría una casa rodeada de bosques en lo más apartado de Winnipeg, cerca del lago del mismo nombre. De manera ocasional, cumplía algún contrato con Marcel Fontenay, pero siempre regresaba después a su retiro. Un día se negó a

realizar una misión del francés y éste pareció olvidarse de él. Transcurrieron varios años. Pero el olvido sólo sería aparente, aunque en el momento en que enterraba a su viejo perro, Don Kelgare no lo sabía aún.

## 13

La piscina de Margaret tenía una forma peculiar. Separada de la casa unos veinte metros, sus bordes semejabán una concha gigantesca cuyo vértice apuntaba hacia el muro de piedra que dividía ambas propiedades. Una estrecha arboleda —continuación de la de Sadd— limitaba uno de sus lados, mientras muy cerca del otro se erguía un invernadero de cristales brillantes.

Sadd Cleans se dejó caer desde el muro sobre el césped mullido y verde, mientras contemplaba con admiración el cuerpo perfecto de Margaret.

La muchacha sonrió y le extendió una mano. Caminaron juntos hasta el borde de la piscina.

—¿Qué te parece? —preguntó Margaret.

—¿Tú? Maravillosa...

—¡Tonto...! Hablo de la piscina. Muchos la encuentran demasiado grande.

Sadd lanzó una mirada evaluativa y negó con la cabeza.

—No lo creo —dijo—. A pesar de la forma, tiene un tamaño normal.

—Eso pienso yo —afirmó Margaret y añadió—: Pero los amigos de mi hermana no podían atravesarla por su parte más ancha.

—No sabrían nadar.

Margaret volvió a sonreír.

—Según ellos, eran expertos nadadores.

Sadd reparó en la sonrisa de la joven. Había percibido en ella algo extraño, un matiz entre travieso e ingenuo que lo tenía desconcertado. Y si bien no llegaba a explicárselo, sabía que aquélla no era la sonrisa habitual de Margaret.

Se acercó al borde más amplio de la concha y, señalando el agua transparentes dijo:

—La atravesaré en un segundo.

Margaret levantó una mano, tratando de impedirlo, pero ya Sadd se había lanzado con un movimiento elástico del cuerpo.

Al sumergirse, Sadd comprendió la razón de la incapacidad de los que habían tratado de cruzar la piscina.

Su memoria sólo registraba un hecho similar.

En cierta ocasión, estando de visita en casa del tío Burt, en Indiana, salió a cazar con su hermano. Era invierno y el lago cercano a la granja se encontraba helado. Al intentar atravesarlo, detrás de una presa herida, Sadd resbaló y, al caer, el peso de su cuerpo rompió la capa más fina de hielo. En aquella oportunidad, se sumergió durante breves segundos en el agua más fría que había sentido jamás. Sin embargo, le resultaba cálida en el recuerdo comparada con el hielo líquido de la piscina.

Llevado por el impulso, Sadd llegó casi hasta el fondo. Al tratar de emerger, sintió que sus sentidos se embotaban, como si todo su cuerpo estuviera cubierto por una capa de sólida escarcha.

Con los pulmones a punto de estallarle, sacó la cabeza fuera del agua y expulsó el aire dolorosamente. De reojo, observó a Margaret.

Entonces, Sadd Clean decidió continuar.

Movió sus miembros contraídos por el frío y comenzó a nadar con todas sus fuerzas hacia el extremo contrario. Al principio, sus brazadas le parecían lentas y el muro demasiado lejano mientras escuchaba la voz de Margaret. Luego dejó de oír a la muchacha. Supo que había llegado cuando una de sus manos chocó contra el pulido concreto.

Con una rara sensación de inconsciencia, se aferró al borde y, elevando su cuerpo con impulso, logró sentarse en el muro. Como en sueños, sintió los brazos de Margaret rodeando sus hombros.

—¡Loco...! ¿Por qué lo hiciste? —le preguntó la muchacha al oído—. Pensé que probarías el agua primero. No me diste tiempo a desconectar el Gelix.

Sadd había escuchado hablar del Gelix, un dispositivo que mantenía el agua bajo cero sin permitir que se congelara. Algunos gastaban bromas a sus invitados con él. Pero, en el caso de Margaret no comprendió. ¿Para qué querría la muchacha mantener helada el agua de su piscina?

Miró a Margaret, reparó en su cabello húmedo, pegado a la piel cubierta de gotas.

—¿Tú la cruzaste también?

—Sí, detrás de ti.

—¿Y cómo pudiste...? —comenzó a preguntar desconcertado. Pero no terminó la frase.

Los labios de Margaret, suaves y tibios, rozaron los suyos un segundo antes de besarlos con ternura. Sadd correspondió al beso sintiendo una emoción nunca antes percibida, profunda y sencilla a la vez.

Acarició los cabellos de la muchacha.

Y la volvió a besar.

## 14

Don Kelgare salió del bosque y subió la cuesta que conducía hasta su casa. Se detuvo allí, apoyándose en la pala, mientras contemplaba el lujoso auto, negro y brillante bajo el sol de la mañana. No vio a nadie alrededor. Bajó la cuesta y, dando un rodeo, se acercó a la casa.

El chofer del auto dormía con la gorra del uniforme sobre el rostro, recostado a la ventanilla. Iba a despertarlo cuando oyó la voz a su espalda.

—¡Lindo día, *mon ami*!

Se volvió.

Marcel Fontenay le hizo una ligera reverencia. Y sonrió. Pero Kelgare no correspondió a la sonrisa ni al saludo. Sin decir palabra, arrojó la pala cerca de la baranda y subió al portal del chalet.

—¿Así se recibe a un viejo amigo? —preguntó el francés con diplomacia, sin perder la sonrisa su redondo rostro.

—Entremos —dijo Kelgare y penetró en la casa.

## 15

El sistema de vigilancia había sido estricto.

Kurt Hoffman observó la foto con detenimiento. En la imagen, un hombre rubio, con un traje azul impecablemente cortado, sostenía una maleta de viaje mientras miraba hacia arriba con ojos soñolientos. Al fondo se veía la nariz de un avión y una ventana de cristales.

—Fue en el aeropuerto Charles de Gaulle. Esperaba el vuelo hacia New York —aclaró el joven bajito y grueso que se sentaba frente a Hoffman—. Es el agente alemán. Se llama Otto Düster y en este momento se encuentra reunido con Sturgeon en *The Gold Pyramid*.

Hoffman hizo girar la foto con el índice sobre la superficie de la mesa. Así que había sido Düster el agente que la Texxon seleccionó para que recogiera la cepa en Cuba. Excelente, pensó. Pero, ¿y si se trataba de una cortina de humo para despistar? Con Warren Sturgeon nunca se podía estar seguro.

—¿Y los demás? —preguntó Hoffman.

—Continúan vigilados. Todos. Hasta la muchacha llamada Margaret Heinzl, aunque me parece que no se moverá de su casa —el gordo sonrió irónico y añadió—: Está en pleno romance con el cantante de *country music* Sadd Cleans.

El rostro de Hoffman se distendió. Era todo el asombro que podía mostrar su cara de jugador de póker.

—¿Puedes darme más detalles?

El gordo borró su sonrisa. Siempre creía ver un reproche en cada palabra de su jefe.

—Claro, claro —contestó adoptando una postura rígida en el asiento—. En realidad, sólo exteriorizaba mi opinión, señor Hoffman. Si bien creo que no se moverá por ahora de allí, no piense que por eso hemos levantado la vigilancia sobre ella. Se encuentra bajo el rigor del sistema Uno de Máximo Interés, según sus órdenes, al igual que todos los agentes estrellas de Sturgeon.

—Continúa —lo tranquilizó Hoffman.

—En fin... —suspiró el gordo—. Hemos estado vigilando a Margaret Heinzl durante tres semanas. Permanece en su casa por lo regular. Cuando viene el cantante, de lunes a miércoles, a veces salen a cenar, pero regresan enseguida. Son vecinos. Sus patios se comunican, pero siempre duermen en

la casa de él. Se levantan tarde. Luego se dan un chapuzón en la piscina, Sadd Cleans lleva su guitarra, le canta algunas canciones a la chica y al otro día el programa se repite...

—Debe de ser aburrido verlos arrullarse, ¿verdad Ronald?

—No lo crea, señor Hoffman —sonrió lascivo y añadió con un guiño—. Schwits, el que se encarga de vigilarla, tiene unos binoculares infrarrojos muy potentes. Sin ir más lejos, el último día que fui a supervisar su trabajo...

Ronald se calló de pronto, turbado, al observar el rostro serio, tenso de su jefe. Temió haber dicho una incorrección, ofendiendo la extraña moralidad de Hoffman. Pero estaba equivocado.

Kurt Hoffman no le había prestado atención a su última frase. Meditaba fríamente, como de costumbre, pero ahora no podía evitar que un matiz de odio zigzagueara en sus razonamientos. Odiaba la burla. Y la presentía detrás de todo aquello.

Siempre el asunto del cantante le había dado mala espina. A pesar de la confianza que mostraba Dickens.

El Gran Viejo aseguraba que Sadd Cleans era inofensivo para el amor — como le había dicho el siquiatra del joven—, y Hoffman sólo se explicaba la relación amorosa con Elaine por el deseo de venganza insaciable que tenía la esposa de Dickens.

Sabía que Elaine no se detenía al escoger a sus amantes: le interesaba tenerlos y mostrárselos a su marido. Y estuvo pensando hasta aquel momento que Sadd era uno entre los muchos que la secundaban en su interés vengativo. Pero ya no razonaba así.

Tenía que haber algo más.

La relación del cantante con Margaret Heinz, una agente de la Texxon, así lo demostraba.

Miró con fijeza al gordo.

—¿Sabes, Ronald? Se me ocurre una idea.

—Usted dirá.

—Dentro de unos días, cuando estemos seguros de que Düster está en Cuba y es en realidad el agente escogido por la Texxon, no le levantarás la vigilancia a la muchacha.

—¿No, señor Hoffman?

—Te mantendrás al tanto y me avisarás día y hora de llegada del cantante. Me gustaría hablar con él.

## 16

El descubrimiento fue casual, inesperado.

Era lunes, y Margaret esperaba a Sadd Cleans. Unas horas antes habían conversado por teléfono. Sadd le aseguró que, en cuanto terminara un concierto vespertino en Dallas, saldría para Jersey City al momento. Agregó que deseaba cenar con ella en cualquier restaurante donde se pudiera bailar toda la noche si querían. Y la invitación trastornaba un poco a Margaret.

Le hubiera gustado lucir para la ocasión un vestido que Sadd no hubiera visto nunca. Pero la disgustaban los que tenía en su ropero y ya no habría tiempo de encontrar algo de su gusto en las tiendas. Fue entonces cuando recordó los bellos vestidos de su hermana.

En otro tiempo, antes de conocer a Sadd, Margaret se hubiera sentido triste, deprimida, con sólo recordar a Candice. Sin embargo, en pocos meses, la imagen de su hermana muerta ya no la torturaba. Seguía estando presente en ella, en la casa, pero de una manera distinta. Y Margaret sólo se acordaba de la risa de Candice, sus bromas y la alegría de vivir que siempre tuvo hasta poco antes de suicidarse.

Quizás por eso no se sintió angustiada cuando subió a la habitación que había ocupado Candice y, abriendo el extenso ropero, comenzó a buscar entre las cajas donde Yoko guardaba los vestidos más hermosos. Se trataría, pensaba, de un préstamo. Ni más ni menos que, como años atrás, hacían ambas al intercambiarse las prendas.

Fue al sacar una caja, demasiado alta en el estante, cuando cayó al suelo el Diario de Candice.

El libro, de gruesas tapas negras cubiertas de polvo, se abrió debido al impacto y mostró la letra fina y elegante de su hermana.

Margaret lo contempló sin tocarlo. Muchas veces había visto a Candice inclinada sobre él, escribiendo en sus páginas.

Le parecía un sacrilegio poner sus manos sobre el mayor confidente de su hermana. No, no podía leerlo, pensó. Lo recogería y guardaría en el mismo

lugar donde había estado todo ese tiempo. Con esta firme idea, se inclinó para hacerlo. Fue entonces cuando su mirada leyó una línea al final de la página abierta: «...y Margaret lo sabrá algún día».

La joven, sin poder apartar los ojos de la frase, retiró las manos del Diario. Llena de dudas, se sentó en el suelo, muy cerca de él. No pudo evitarlo. Buscó la línea superior. Y leyó: «Tío me ha impedido que se lo diga. Pero es inútil...»

...y Margaret lo sabrá algún día —completó la frase en voz alta.

¿Qué debía saber ella? ¿Por qué su tío Nakadai impidió a Candice que se lo dijera?

Con gesto resuelto, Margaret recogió el Diario y lo abrió, sobre sus rodillas.

Estuvo leyendo mucho rato. Leyó y lloró sin tener noción del tiempo. Y, al término de la lectura, sintió lástima de Candice y también de ella.

Ahora podía explicarse muchas cosas. Sobre Candice y sobre sí misma. Conocía el porqué de la separación entre su hermana y el hombre que amaba, poco antes de la boda. Y cobraba sentido, un terrible sentido, el suicidio de la muchacha encerrada en aquel cuarto.

Margaret sintió un agudo dolor en el pecho. A duras penas se puso de pie y dio unos pasos torpes por la habitación mientras apretaba el Diario entre sus manos.

Pensó en Sadd. Debía verlo, contarle todo aquello que iba a terminar por ahogarla.

Salió del cuarto y cruzó el pasillo que llevaba a la terraza. Estaba anocheciendo. El tiempo había pasado rápido para ella, y ya Sadd se encontraba en su casa. Podía ver una luz en la ventana del cuarto que el cantante usaba como estudio de grabación.

Casi corriendo, Margaret bordeó la piscina y se dirigió hacia el muro de piedra. Lo saltó, como acostumbraban ambos cuando querían verse, y caminó entre los árboles hasta que algo la detuvo. Fue una sensación imprecisa, extraña, acompañada de un razonamiento. Si Sadd había llegado, ¿por qué no la llamó enseguida, como siempre?

Miró hacia la gran terraza rodeada de balaustres y sintió miedo. La ventana quedaba a la derecha, casi al final y no tenía árboles enfrente.

Venciendo su primer impulso de marcharse, Margaret se acercó al rectángulo iluminado.

En el cuarto de estudio de Sadd había tres hombres. Uno de ellos pateaba en ese momento un equipo de grabación mientras le decía algo inaudible al hombre grueso y bajito que se hallaba a su lado. El tercer intruso se limitaba a contemplar la escena, muy serio, mientras se pasaba una mano por las solapas del atildado traje gris que vestía.

## 17

El auto se detuvo unos metros después de rebasar a Margaret.

Sadd asomó la cabeza por la ventanilla e intentó bajar, pero la muchacha se lo impidió.

—¡Espera...! —dijo y, rodeando la parte trasera, abrió la puerta y se sentó junto a Sadd. Después añadió en el mismo tono perentorio—: Dobla a la derecha.

—Pero...

—¡Dios...! ¡Te digo que dobles! Vámonos de aquí.

Sadd, sin entender nada, obedeció. Aceleró el automóvil y tomó por la calle lateral. Intentó frenar el auto a las dos cuadras, pero Margaret se opuso.

—Sigue hasta los edificios en construcción.

El joven subió por Walter Mitty Street hasta llegar a Union Terrace, una futura avenida sin asfaltar, oscura y solitaria, en cuyo final se alzaban algunos edificios nuevos.

Parqueó debajo de un roble, a la orilla del camino, y apagó las luces. Se volvió a Margaret.

—¿Puedes decirme qué sucede? Me detienes mucho antes de llegar a casa, me obligas a desviarme y ahora no dices nada...

Margaret recostó la cabeza en la ventanilla.

—Había tres hombres en tu casa —dijo—. Lo registraban todo.

—¿Tres hombres?

Asintió.

—Y te están esperando allí. ¿Tienes alguna idea sobre eso?

Sadd Cleans apretó los labios.

—¿No? —preguntó ella—. Yo sí la tengo. Creo que estás metido en un gran lío, Sadd. Y con Warren Sturgeon.

—¿Sturgeon...? ¿Lo conoces?

—Trabajo... trabajamos para él, Sadd.

—¿Tú?

—Soy una espía. Ése es mi trabajo —soltó Margaret con rencor—. ¿No querías saber a qué me dedicaba? Pues ya lo sabes. Y te diré más. Warren Sturgeon consiguió esa casa para ti, personalmente. Y lo hizo para que yo hiciera amistad contigo y lo mantuviera informado...

El joven se apartó y la miró incrédulo.

—No lo hice, Sadd. Te amo...

Se abrazaron. Sadd la sintió temblar contra su cuerpo.

—Pero no debí callarme —continuó ella mirándolo a los ojos—. Si le hubiera dicho algo, cualquier cosa, ahora no estaría buscándote...

—¿Estás segura de que se trata de él?

—¿De quién entonces?

Sadd le acarició los cabellos.

—¿Cómo eran esos hombres?

Margaret los describió. Lo hizo con tantos detalles que no le fue difícil al joven identificar a uno de ellos.

—Kurt Hoffman —dijo.

—¿Quién?

—El jefe de Control de la Multilever —explicó Sadd—. He estado espionando durante meses la casa de su jefe por orden de la Texxon.

—¿Se habrá enterado?

—Seguro. No sirvo como espía.

Sonrieron. Pero la sonrisa de Margaret duró muy poco.

—Te perseguirán...

—Lo sé —dijo mirándola muy serio—. Tendré que ocultarme.

Margaret le apretó una mano.

—Estaré contigo, Sadd. No me separaré de ti.

## Quinta parte

### Amanecer sobre la ciudad

#### 1

Emilio avanzaba por el pasillo del segundo piso, en el Centro de Computación del MININT, precedido por el oficial investigador que le asignaron. El joven nunca antes había trabajado en un caso que necesitase computación a nivel internacional, y sus conocimientos en ese sentido se limitaban a las clases de dicha asignatura en el Instituto Superior de Criminalística. Por eso iba dispuesto a poner en práctica lo que hasta ahora habían sido sólo conocimientos teóricos.

—Así que es un posible caso de impostura —dijo el hombre que lo precedía, sin mirar atrás. Era de baja estatura, complexión fuerte y cabeza redonda coronada por escasas canas—. Esos trabajos me gustan.

El oficial investigador por computadora se detuvo ante una puerta que exhibía el nombre CILDA en letras negras. La abrió e invitó al joven a pasar. Emilio se encontró en una salita cómoda, de paredes blancas, con un ancho sofá y una mesita por único mobiliario. Sobre la mesita, un termo y dos tazas de café anunciaban la presencia del sabroso y acostumbrado néctar.

—Siéntate —le indicó el hombre y ambos ocuparon el sofá—. Vamos a trabajar un rato juntos. Mi nombre es Oscar Torres.

—Mucho gusto. Emilio Serrano.

—¿Serrano? —exclamó Oscar asombrado—. ¿El nieto de Samuel? —y rompió a reír—. Pero si es verdad... Eres igualito a él: flaco y largo como una vara, con el pelo sobre los ojos... Mira que el mundo es chiquito. Oye, muchacho, tu abuelo y yo fuimos pioneros en esto de la computación

aplicada a las ciencias criminales. ¿No te contó él de los casos que resolvió con la ayuda de Oscar? Ése soy yo.

—¡Cómo no! —recordó Emilio—. Si dice abuelo que usted es el mejor oficial investigador del Centro.

—El mejor no, pero sí el de más experiencia. Aquí se dice «más sabe Oscar por viejo que por sabio». Y tuviste suerte, porque CILDA es la más avanzada de las computadoras que tenemos. Bueno, dime cuál es el asunto.

Emilio se hallaba sentado en un extremo del sofá y Oscar en el otro. El hombre se inclinó sobre la mesita y sirvió café del termo en las dos tazas.

—Myrna Andreopoulos —dijo Emilio al coger su taza de café—. Es una bailarina griega qué está en Cuba pasando un curso. Baila en una compañía llamada Universal Dancers. Hace un año presentaron *La bella durmiente* en París. Eso es todo.

—¿Nada más? —preguntó el hombre, y al ver que Emilio se encogía de hombros, sonrió—. Eres igual que Samuel. Venía aquí con tres daticos para que yo lo ayudara en un caso. ¿Oíste, CILDA?

Una voz extraña, clara pero impersonal, respondió:

—Sí.

—Quiero la biografía primaria de Myrna Andreopoulos. Todos los datos que me des, de ahora en adelante, los quiero en español —dijo Oscar mientras terminaba de saborear su café.

No había dejado todavía la taza sobre la mesita cuando la voz, con una rara articulación a saltos, dijo:

—*Estoy lista.*

—Quiero leerla en pantalla —afirmó el hombre.

Emilio, que nunca antes, salvo en clases, había presenciado este tipo de trabajo, se maravilló de la interrelación que se percibía entre el hombre y la máquina. En la blanca pared que tenía ante él, comenzó a aparecer, línea a línea, la información en letras luminosas:

*Myrna Andreopoulos.*

*Hija de Georgio y Alki Andreopoulos.*

*Nació en Salónica, Grecia.*

*A los dos años de edad la familia se trasladó para Tricala, al oeste de Grecia.*

*Un año después, los Andreopoulos emigraron a los Estados Unidos y se establecieron en Los Ángeles, donde la familia fue prosperando lentamente.*

*Myrna cursó estudios primarios en las escuelas Traman y Santa Rosa, ambas en Los Ángeles. A los once años comenzó a estudiar ballet en la San Diego Arts Academy, en San Diego.*

*Cuatro años después ingresó en el Old Ballet de California, en el cuerpo de baile. A los diecinueve años pasó al coro.*

*Se trasladó a Europa, donde llegó a ser de inmediato bailarina principal de la compañía Universal Dancers, de Londres. Tenía veintiún años.*

*A los veintidós llegó a primera bailarina de la compañía.*

*Myrna se hizo conocida en Europa gracias a las novedosas y excéntricas versiones de los clásicos presentadas por Universal Dancers.*

*Se destacó en una Giselle, versión de John Bird, en la cual todos los personajes eran vagabundos y pordioseros que vivían bajo los puentes del Támesis. Su última atracción fue La bella durmiente, que se estrenó el año pasado en París y que transcurría totalmente en una estación espacial.*

*Myrna Andreopoulos, muchacha nacida en el seno de una familia pobre, hija de inmigrantes griegos, pudo hacer carrera gracias a su esfuerzo y tesón personal. Norteamérica, su patria adoptiva, le brindó las oportunidades.*

—¿Quién informa? —preguntó el oficial.

La voz impersonal de CILDA respondió:

—La información proviene de JENNY, del Who's Who Review.

Oscar se volvió hacia el joven.

—Linda biografía —le dijo—. Tiene por donde trabajarla.

—¿Cómo empezamos? —inquirió Emilio muy interesado.

—CILDA —llamó el oficial investigador por computadora—, acópiame fotos de Myrna Andreopoulos en saltos cronológicos inversos de dos años. Quiero ver una cada diez segundos —el hombre se dirigió a Emilio—. Las fotos son el mejor sistema. Sobre todo las de grupos. Quien quiera adular una leyenda podrá más fácilmente cambiar un nombre en una lista que incluir un rostro en una vieja foto de grupo —y añadió con orgullo—: CILDA puede, con dos fotos distintas, determinar si se trata del mismo rostro, aunque haya diferencias de tiempo, de ángulo o de mímica de la persona. Es capaz de descubrir la verdad aunque el sujeto haya sufrido cambios debido a enfermedades.

Emilio asintió.

—Eso lo sé por teoría —dijo—. Nos lo explicaban en clases. Pero nunca lo he visto aplicado en la práctica a un caso real.

La voz de CILDA se escuchó:

—*Estoy lista.*

—Quiero ver las fotos —afirmó Oscar.

La primera fue un pequeño retrato de Myrna, muy reciente. Sus cejas, muy arqueadas, y la sonrisa bella, pero inexpresiva, le recordaron a Emilio la entrevista que le hicieron él y Marusha en el edificio Colonial.

Bajo la imagen, una frase informaba:

*Del carnet del curso práctico de la Escuela Cubana de Ballet.*

—CILDA —dijo Oscar—, quiero saber si todas las fotos de Myrna Andreopoulos son de la misma persona. Bajo cada texto, si es ella misma, añade su nombre: Myrna.

—Sí —respondió la voz de la ordenadora.

En la pared surgió otra fotografía. En ella se veía a Myrna en un salón junto a otras personas, cada una llevaba una copa en la mano y brindaban alegremente. El pie de foto informaba:

*Hace un año, en París. Recepción con motivo de la première de La bella durmiente, por Universal Dancers. MYRNA.*

—¡Ése es Esteban Quiroz! —exclamó Emilio, señalando hacia el hombre que se veía a la derecha de la bailarina.

—¿Quién? —preguntó el oficial.

—Un crítico y guionista cubano —dijo el joven.

La fotografía desapareció y en su lugar surgió otra en la que se veía a Myrna, por una calle, tomada del brazo de un hombre. Abajo se leía:

*Myrna Andreopoulos pasea por la calle Batistei, en Bucarest, en compañía de Rudolph, su partenaire. Foto tomada hace tres años.*

*MYRNA.*

La siguiente mostraba a Myrna bajando la escalerilla de un avión. La información decía:

*Llegada del Old Ballet de California al aeropuerto de Linate, en Milán, hace cinco años.*

*MYRNA.*

—Por ese tiempo había acabado de pasar al coro —recordó Emilio y el otro hombre asintió.

En la nueva foto que surgió, ambos oficiales descubrieron a Myrna entre las demás muchachas del cuerpo de baile.

*Gira realizada hace siete años por el Old Ballet de California a la URSS. Representaron La consagración de la primavera en el Bolshoi.*

*MYRNA.*

La siguiente era una foto de conjunto de todo el elenco del Old Ballet de California. Perteneía a un folleto propagandístico y estaba tomada nueve años atrás. Myrna se veía mucho más joven y era la más bella de las bailarinas

—No va a ser difícil reconocerla —afirmó Emilio—. Fíjese en las cejas. Aquí se le notan más espesas, pero tienen igual forma que en la actualidad.

—Me va pareciendo que no hay impostura —opinó Oscar y señaló para la nueva fotografía, dónde se veía a la Andreopoulos entre un grupo de muchachitas, todas en fila y paradas en punta—. Mírala, allí tendría unes trece años. Y es ella, sin duda.

CILDA informó que se trataba de la graduación del tercer curso de ballet en la San Diego Arts Academy, de California, y que la foto databa de once años atrás.

De inmediato surgió la imagen de un grupo de muchachas en una clase de ballet de primer año, en la misma academia. Myrna era la quinta de izquierda a derecha. Diez segundos después surgió un retrato de carnet, de cuando Myrna tenía nueve años y estudiaba en la Santa Rosa School, de Los Ángeles. La diferencia de edad entre esa foto y la anterior fue notable. En ésta, Myrna se veía muchísimo más niña. La siguiente traía la información de pertenecer al carnet de ingreso en la Santa Rosa School.

—Detén la imagen, CILDA —ordenó el OIC y añadió—: Quiero ver este retrato y el anterior juntos.

Al instante, las dos fotografías ocuparon cada una la mitad de la pared. Eran idénticas.

—CILDA, quiero saber si es el mismo retrato.

La voz de la ordenadora resonó en la salita de estar.

—Sí —dijo—, *es el mismo retrato*.

El viejo oficial se volvió a Emilio.

—¿Qué tú crees? —le preguntó—. No es impostura, pero está extraño.

Emilio se quitó el mechón de pelo del rostro antes de hablar:

—Se ve muy aniñada en ese retrato. Quizás se lo tomaron para el carnet de ingreso y luego lo fueron repitiendo cada curso.

Oscar sirvió dos nuevas tazas de café y le entregó una al joven.

—Puede ser —admitió—. Pero es extraño. CILDA —llamó—, continúa.

La primera de las tres fotografías restantes databa de diecinueve años atrás y en ella se veía a un grupo de alumnos de la Truman School, escuela pública de Los Ángeles. Myrna era una niñita delgaducha que ocupaba un asiento al fondo del aula. Por el aspecto del recinto y las ropas de los muchachitos se percibía pobreza económica.

La segunda foto estaba en una tarjeta de viaje para menores de edad, visada por Norteamérica hacía veintiún años. Myrna era una pequeña extremadamente seria.

La última había sido publicada en el *Salónica News*, de Grecia, y mostraba una fiesta infantil con motivo del primer cumpleaños de Myrna, hija del próspero naviero Georgio Andreopoulou.

—*Eso es todo* —anunció la voz de CILDA.

Oscar miró algo asombrado a Emilio.

—¿Qué te parece lo de «próspero naviero»? —señaló.

El muchacho asintió, también intrigado.

—Es curioso —dijo y agregó—: ¿Se fijó usted en que el apellido del padre aparece aquí como Andreopoulou y no Andreopoulos?

—Eso no tiene importancia —aseguró el viejo oficial—. Sucede mucho a los emigrantes. Al llegar al otro país, o bien se cambian el apellido ellos mismos, para facilitar su pronunciación, o se equivoca un funcionario de aduana, y así se queda porque no tienen dinero para hacer los trámites y arreglarlo. Te aseguro que eso no es importante. ¿Qué te parece si averiguamos qué le pasó al «próspero naviero»? ¿Eh? CILDA —llamó—. Quiero información sobre Georgio Andreopoulou, de Salónica, de hace veintidós años.

—*Estoy lista* —respondió la ordenadora de inmediato.

Emilio no pudo evitar sonreír de admiración.

—Quiero leerla —pidió el OIC.

En la pared surgió un fragmento del *Salónica News*, donde se leía:

#### QUEBRÓ LA ANDREOPOULOU LINE

*El anuncio oficial de la quiebra de la compañía naviera Andreopoulou Line, de Salónica, fue hecho ayer junto con la acusación a su director, Georgio Andreopoulou, de estafa sobre los accionistas y utilización para beneficio personal de los fondos de la firma. El señor Andreopoulou ha sido arrestado y fuentes allegadas a la fiscalía informaron que los cargos podrían acarrearle una condena de hasta doce años de prisión.*

—CILDA, quiero más informes, con la misma referencia, ahora.

Al instante apareció la imagen de otra noticia, también del *Salónica News*, que reseñaba el juicio donde el jurado, gracias a la labor de los abogados de Andreopoulou, condenaba al hombre a un año de cárcel. El periodista, en medio de la información, sugería que la familia habría tenido que vender todas sus propiedades para costear el juicio.

—Muy interesante —comentó Oscar después de leer el texto.

—Así que el padre de Myrna era un estafador.

—Sí, pero no me refiero a eso —advirtió el viejo OIC—. Lo más importante que hemos descubierto es que, si bien Myrna no es una impostora, pues las fotos demuestran que es la misma desde el primer cumpleaños hasta la actualidad, su biografía ha sido trabajada.

Emilio miró al hombre sin comprender.

—¿Cómo lo sabe?

—Sencillo. Su padre pasó un año preso. Por tanto, no podía estar en Tricala buscando trabajo, como informó JENNY, la ordenadora del *Who's Who*.

—¿Y no pudiera ser —sugirió el joven— que al tratarse de una simple biografía artística, obviarán lo de la condena del padre?

—Es posible —admitió Oscar sin mucha convicción—. Pero, ¿y si hay algo más que un inofensivo ocultamiento? —y añadió con mirada no exenta de malicia—: ¿Qué te parece si le hacemos una «revisión de leyenda»? ¿Eh?

Emilio sonrió.

—A eso vine —dijo.

—CILDA —llamó el viejo oficial—, quiero una revisión del desarrollo lógico, socioeconómico y profesional de Myrna Andreopoulos. Avísame cuando la tengas —se dirigió a Emilio—: Muchacho, ésta es la parte realmente investigativa del trabajo nuestro. Aquí hay que escarbar en el pasado de las personas y buscar pistas y datos, indicios, sospechas. Es como investigar, pero ante una computadora.

—Abuelo me contó que ustedes pasaban noches enteras trabajando aquí.

El hombre asintió con orgullo.

—Sí —dijo—. Aunque Samuel a veces me dejaba las interrogantes y se iba a la calle a seguir investigando otros aspectos.

Emilio miró con franqueza a Oscar.

—Yo también prefiero la actividad de la calle —admitió—. Aunque sé que hay cosas que sólo se descubren aquí.

—Los comprendo, muchacho. Pero mi vida es esto. Amo mi trabajo a pesar de que cada día la labor se hace más difícil, pues las transnacionales tergiversan y ocultan la información. Y si se trata de alguien que espía para ellos, inventan historias completas y las introducen en cuantos ordenadores pueden —el hombre añadió, encogiéndose de hombros—: Por otra parte, los países capitalistas menos desarrollados han tomado medidas proteccionistas en cuanto a la información. Sobre todo después del caso de la Know All Corporation. Tú eras chiquito, pero ya debes de haberte enterado.

Emilio asintió. Él lo había leído posteriormente. La Know All había sido una distribuidora de consolas terminales individuales. Pero en vez de brindar un servicio de consolas como el cubano o el húngaro, a los que se puede preguntar cualquier interrogante desde el teléfono de la casa para evacuar una duda, estaba ofreciendo, por sus ordenadores, información secreta sobre la economía de varios países pobres a los futuros inversionistas. El asunto terminó en un escándalo internacional.

—Vamos a encontrar algo, muchacho —aseguró Oscar—. CILDA está autorizada en este caso para trabajar a nivel confidencial III, con los ordenadores de los ministerios del Interior del campo socialista.

—*Estoy lista* —dijo la voz de la computadora.

—Quiero leer la información en pantalla —pidió el hombre.

De inmediato surgió el texto en letras luminosas:

*Hay dos saltos ilógicos en la vida de Myrna Andreopoulos.*

*Primero: entre los cinco y los siete años asistió a la Truman School, escuela para niños pobres. A los siete ingresó en la Santa Rosa School, una de las más caras escuelas de Los Ángeles, y después en la exclusivísima San Diego Arts Academy, de San Diego. Segundo: en dos años saltó del coro a bailarina principal y luego a primera bailarina, sin pasar por solista de segunda y solista de primera.*

—¿Qué te parece? —señaló Oscar—, Hay algo, hay algo... —y decidió —: Vamos a lo primero: a los siete años Myrna pasó de una escuela pobre a una cara. Quizás la familia tuvo un cambio económico, una mejora.

—¿Y cómo podemos saberlo? —inquirió Emilio.

El hombre le hizo una señal de espera con la mano.

—CILDA —llamó—. Quiero saber la situación de Georgio Andreopoulos en el Seguro Social de Los Ángeles. Primero, cuando Myrna estaba en la Truman School. Segundo, cuando pasó para la Santa Rosa School. Y tercero, cuando entró en la San Diego Arts Academy. Identifícame la fuente, por si no es digna de confianza.

La voz de la computadora afirmó de inmediato:

—*Estoy lista.*

—Quiero leer la información en pantalla.

El texto apareció al instante:

*Myrna Andreopoulos: Truman School.*

*Georgio Andreopoulos: seguro social para cuatro personas.*

Emilio miró significativamente al OIC. ¿Quién sería esa cuarta persona en la familia Andreopoulos?

La información continuó surgiendo en la pared:

*Myrna Andreopoulos: Santa Rosa School.*

*Georgio Andreopoulos: seguro social para tres personas.*

Los dos investigadores intercambiaron una nueva mirada. Ahora el seguro social era sólo para tres. ¿Y la cuarta persona? ¿Quién era y qué había pasado con ella?

*Myrna Andreopoulos: San Diego Arts Academy.*

*Georgio Andreopoulos: No aparece registrado en el seguro social.*

*Informaron: BOOKY, de la Secretaria de Educación, oficina de Los Ángeles. SONDRA, del archivo del Seguro Social del Estado de California.*

—CILDA —dijo rápidamente Oscar—, quiero saber si aparece entonces registrada en esa fecha Myrna Andreopoulos o su madre Alki en el seguro social. Quiero la respuesta en pantalla.

La computadora obedeció enseguida:

*Myrna Andreopoulos: no está registrada en el seguro social.*

*Alki Andreopoulos: no está registrada en el seguro social.*

*Informó: SONDRA.*

Emilio se quitó el pelo de los ojos.

—Es evidente que cuando Myrna tenía once años la familia mejoró su situación económica —opinó—, pues dejó de percibir seguro social.

El viejo Oscar se inclinó hacia el joven y levantó el índice, a modo de advertencia.

—¿Y cómo es posible —comenzó— que el seguro social norteamericano, antes de cumplir Myrna los once, le siguiera pagando al señor Andreopoulos, si tenía a su hija en una escuela tan cara como la Santa Rosa? Eso no lo hubieran pasado por alto los inspectores del seguro. Únicamente que... que Myrna estuviera becada en la Santa Rosa —el hombre achicó los ojos—. Vamos a hacerle un chequeo a la escuela esa, ¿eh? —propuso y, sin esperar la aceptación de Emilio, llamó—: CILDA, quiero las listas de matriculados y egresados de la Santa Rosa School, de Los Ángeles, en el tiempo en que Myrna Andreopoulos estuvo allí. Quiero verlas en cuanto las tengas.

Dos segundos después, en la mitad izquierda de la pared, surgió la lista de los matriculados y en la derecha, la de los egresados. Myrna apareció en la primera a los siete años y en la segunda a los diez.

—Quiero ver la lista de los becados en esa etapa —pidió el OIC—. Subráyame el nombre de Myrna Andreopoulos donde esté.

En cuanto CILDA reprodujo la información, los dos investigadores comprobaron extrañados que la muchacha griega no estaba entre los becados.

—Ahora sí que no entiendo —reconoció Emilio—. Hay algo que no encaja. Si no está becada, quiere decir que pagaban la escuela. Si pagaban, no podían recibir el seguro social. Y en el seguro dicen que sí recibían dinero de ellos. Aquí hay algo falso.

—Existe otra posibilidad —aseguró el viejo oficial—. Quizás Myrna fuera aceptada por tener condiciones para la danza, con la idea de mejorar el nivel cultural de la escuela, para las competencias entre planteles. Las escuelas privadas hacen eso también en el deporte. En ese caso es posible que no la hayan registrado como becada, porque para las competencias entre escuelas, los becados no cuentan. Sólo tienen derecho a competir los alumnos que pagan. CILDA —llamó—, quiero ver la lista de aficionados a la danza en la Santa Rosa. Quiero también a los aficionados a cualquier manifestación cultural... Y a los de deportes. Lo quiero en pantalla.

Casi al instante surgieron seis listas en la pared. Y Myrna Andreopoulos no estaba en ninguna de ellas.

—Tal parece que no hubiera estudiado en esa escuela —observó Emilio. Oscar lo miró por un momento.

—CILDA —dijo después—, quiero ver las fotos de grupo de esa fecha en la Santa Rosa School, donde aparezca Myrna Andreopoulos.

Esta vez la computadora demoró unos segundos más antes que su voz anunciara:

*—Myrna Andreopoulos no está en ninguna de las fotos de grupo en la Santa Rosa School. Repito: Myrna Andreopoulos no está en ninguna de las fotos de grupo de la Santa Rosa School.*

El viejo OIC se volvió hacia Emilio.

—Myrna no aparece en esas listas ni en las fotos de grupo, porque no estudió en esa escuela —aseguró convencido—, Vamos por buen camino, muchacho. Vamos por buen camino.

Oscar Torres ya estaba trabajando de forma enfebrecida. Viéndolo, Emilio comprendió mejor las anécdotas que su abuelo le había hecho de los casos en que él y Oscar investigaron juntos.

—CILDA —llamó el OIC—, quiero ver todos los datos que existen sobre Myrna Andreopoulos entre los siete y los diez años de edad, excepto que estudió en la Santa Rosa School.

La voz de CILDA no se hizo esperar mucho.

*—No hay datos de Myrna Andreopoulos en esas edades. Sólo las listas de matrículas y egreso y las dos fotos idénticas de carnet. Repito: no hay datos.*

Oscar se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

—¡Esto es «amnesia provocada» en los ordenadores! —exclamó excitado—. Se hace cuando hay algo muy feo que ocultar. Cuesta carísimo. Es muy difícil lograrla por completo, porque tiene que ser un ocultamiento mundial. Siempre queda aunque sea un residuo de la información verdadera. Y vamos a encontrarlo, muchacho. Ya verás.

Emilio sintió la confianza que le transmitía Oscar.

—Podemos investigar a su padre o a su madre —sugirió el joven—. Quizás encontremos algo a través de ellos.

Oscar chasqueó los dedos.

—¡Me has dado una idea mejor! —afirmó y llamó a la computadora—: CILDA, quiero informes sobre M. Andreopoulos, en Los Ángeles, de la época que estamos analizando.

Emilio lo miró intrigado.

—¿M. Andreopoulos?

—Si —explicó el OIC—. Quienquiera que sea, puede haber borrado todos los datos que hubiera sobre Myrna Andreopoulos. Pero, ¿y si quedó alguna información sobre ella registrada sólo como «Myrna A.» o «M. Andreopoulos»? ¿Eh?

Emilio tuvo que aceptar que el razonamiento era bueno.

—Vamos a empezar por M. Andreopoulos, porque no debe de haber muchas personas con ese apellido en Los Ángeles. Yo te diría que casi ninguna, salvo la que buscamos.

—*Estoy lista* —anunció la voz de CILDA.

—Quiero leer la información.

En la pared surgió una noticia proveniente del *Los Ángeles Magazine*:

*GANAN M. ANDREOPOULOS CURIOSA COMPETENCIA.*

*M. Andreopoulos, joven ingeniero de ciento cincuenta kilos de peso, ganó ayer la competencia anual organizada por la Doggy Foods.*

*Más de veinte mil personas que asistieron al anfiteatro Hollywood Bowl, fueron testigos de la hazaña del joven, quien fue capaz de ingerir, en los cinco minutos reglamentarios, el contenido de doce latas de carne para perros, estableciendo un*

*récord para estos certámenes. Interrogado por nuestro periodista cuando era trasladado al hospital, Andreopoulos aseguró haber ganado competencias similares en Eureka, Sacramento y Pasadena. «Es una forma de vivir mientras encuentro empleo», declaró el joven. «Al menos me alimento y me paso después un día o dos durmiendo bajo techo en un hospital con los gastos pagados por las compañías. Creo que soy un hombre afortunado.*

Los dos investigadores intercambiaron una expresiva mirada.

—CILDA —dijo Oscar—, quiero la siguiente información.

En cuanto la pared se iluminó, tanto Emilio como Oscar quedaron en silencio, impresionados por lo que veían. A pesar de estar buscando datos sobre Myrna Andreopoulos y suponer que lo que se trataba de ocultar debía de ser desagradable, ninguno de los dos esperaba encontrar algo como lo que estaban viendo.

Era una foto salida en el *Diario de Los Ángeles*, periódico hispano. Estaba tomada en una calle. Sobre el asfalto, rodeado de curiosos, se veía el cuerpo ensangrentado de una niña. Junto al cadáver, otra pequeñuela observaba la escena sobrecogida. El rostro de la niña aterrorizada era inconfundible. Se trataba de Myrna Andreopoulos.

Bajo la foto se leía:

*ASESINAN A UNA NIÑA EN SUNSET BOULEVARD*

*M. Andreopoulos, de once años de edad, fue asesinada ayer por un maniático sexual cuando ejercía la prostitución en Sunset Boulevard. El hombre se dio a la fuga en su auto y no ha podido ser localizado. La hermana menor de la niña, de nueve años de edad —a la derecha en la foto—, quien se dedica a las mismas actividades, declaró que el criminal intentó también asesinarla dentro del auto y ella logró huir.*

—¡Carajo! —exclamó el viejo Oscar lleno de indignación y se puso de pie. Caminó unos pasos y se alisó el escaso cabello blanco—. Discúlpame, muchacho. Es que estas cosas me hacen hervir la sangre.

Emilio había quedado mudo con lo que había acabado de ver.

—Vamos a averiguar lo de la hermana —dijo el OIC al volver a sentarse en el sofá—. CILDA, quiero saber nombres y edades de los Andreopoulos que entraron con Myrna en los Estados Unidos.

Cuatro segundos de silencio bastaron para que CILDA localizara la información y ésta surgiera en la blanca pared:

*Georgio Andreopoulos, treinta y cinco años.*

*Alki Andreopoulos, veintinueve años.*

*Melia Andreopoulos, cinco años,*

*Informó: RAMY, del aeropuerto J. F. Kennedy, de New York.*

—Ahí lo tienes —señaló Oscar—. Myrna tenía una hermana llamada Melia, dos años mayor que ella. Fue la que asesinaron.

Emilio se inclinó hacia adelante en el asiento.

—¡Ésa era la cuarta persona que aparecía en el seguro social! —exclamó el joven—. Cuando murió, quedaron sólo Myrna y los padres.

Oscar abrió los brazos.

—Bueno, muchacho, ya ves —dijo—. Myrna no estuvo en la Santa Rosa School porque practicaba la prostitución en Sunset Boulevard, a los nueve años. Alguien quiso ocultar esa parte de su pasado y ella misma no pudo ser. Ese proceso es tan caro que una bailarina nunca podría pagarlo. A eso debemos añadir que saltó del coro a primera bailarina de una compañía internacional en sólo dos años, lo cual no es imposible, pero si resulta una gran excepción. Y ya sabemos que hubo «amnesia provocada» en los ordenadores —el hombre concluyó muy convencido—: Myrna está subvencionada por alguien.

Emilio se movió inquieto en el asiento.

—Si se trata de un hombre, un amante —dijo el joven—, no nos preocupa. Pero, ¿si es una institución reaccionaría o una transnacional?

Oscar se inclinó hacia el joven y le palmeó el hombro.

—Vamos a trabajar, muchacho —dijo—. Vamos a revisar todo lo que haya influido en el salto profesional de Myrna: publicaciones especializadas en ballet, jurados de concursos en que haya ganado premios, contratos de

Universal Dancers. Ya verás. Ya verás que vamos a encontrar cosas. Te lo aseguro.

## 2

Rigoberto Perea, jefe del Departamento de Microorganismos Industriales, extrajo una llave de su bolsillo y abrió la puerta metálica.

—Éste es el cepario —dijo.

Marusha y Tony penetraron en el recinto tras él. Se hallaban en uno de los edificios del Instituto Cubano de Biotecnología, en San José de las Lajas.

El ICB, comparado con el Instituto del Cerebro, el de Matemática, Cibernética y Computación o el de Geología y Paleontología, es uno de los institutos y centros de la Academia de Ciencias de Cuba de más reciente creación.

A pesar de haber llegado en el auto pasada la medianoche, los dos investigadores habían admirado la moderna arquitectura de los edificios, la excelente iluminación y el cuidado con que se mantenían los jardines.

En cuanto se identificaron en el Departamento de Microorganismos Industriales, el portero los condujo a la sala de fermentación. Allí, ante un panel de control, hallaron al doctor Rigoberto Perea midiendo los indicadores del proceso de fermentación. El científico, un mulato alto, que no ocultaba ser un hombre expresivo, había respondido con su rápido hablar a las preguntas que le hicieron sobre Ariel Guzmán.

Cuando Marusha se interesó por lo sucedido a Gustavo Cárdenas con unas cepas, el hombre había preferido guiarlos hasta el cepario para explicarles allí, con más facilidad, lo ocurrido.

El cepario era una pequeña habitación con una mesita junto a la entrada y cinco gaveteros refrigerados de algo más de un metro de altura que, colocados contra las paredes, dejaban un pasillo entre ellos.

—Aquí mantenemos las cepas— a la temperatura adecuada —informó Perea y añadió—: Claro, éste es el cepario de trabajo del Departamento. Existe un cepario central del Instituto, mucho más grande.

—¿Y qué fue lo que sucedió con Cárdenas? —insistió Marusha.

El científico se ayudaba mucho con los gestos al hablar.

—Nada grave —dijo—. Cárdenas es un excelente investigador y no tiene horario para el trabajo, siempre quiere seguir. Pero éste es su segundo descuido en seis meses y se lo tuvimos que señalar. La vez anterior olvidó cerrar la puerta del cepario. Él lo admitió y estaba muy apenado. Sin embargo, antes de ayer cambió de sitio un vial.

—¿Un vial? —preguntó Marusha.

—Sí, miren —Perea tomó un libro de encima de la mesita—, éste es el registro del cepario —mostró la primera hoja. En ella se veía un rectángulo cuadriculado—. Eso es el esquema de una gaveta —fue a un gavetero y abrió una—. ¿No ven? Cada gaveta tiene dieciséis compartimentos y en cada uno hay varios viales.

—¿Se llaman viales esos...? —comenzó Marusha.

—Sí, mire —dijo Perea con gentileza y tomó un tubito plástico que entregó a la muchacha—. Esto es un vial. Es el recipiente donde mantenemos las cepas. Como usted ve, está rotulado para identificar al bicho —sonrió—. Nosotros llamamos «bichos» a los microorganismos.

—Aquí dice AC-3042 —leyó la joven en el vial.

—Exactamente —convino el científico—. Ése es el nombre de la cepa. Estaba en el compartimento... cinco —señaló para el rótulo de la gaveta—. Y ésta es la veintinueve. Bueno, pues buscamos en el registro la gaveta veintinueve —hojeó el libro hasta detenerse en una página—, miramos en el compartimento cinco —señaló para una de las cuadrículas del esquema—, y aparecen las cepas AC-3040, AC-3041 y... Mire: AC-3042. ¿No estaba ese vial en el tercer orificio?

—Sí —afirmó Marusha.

—Pues así es de sencilla la cosa —dijo Perea cerrando el libro—. Cada vial tiene que estar donde mismo indica el registro. Y Gustavo Cárdenas movió uno de sitio. Enseguida me di cuenta porque, precisamente, estamos trabajando con las cepas de esa gaveta. No hubo grandes consecuencias porque sólo la cambió con la de al lado. Pero si su equivocación hubiera sido mayor, podría haber ocasionado una demora innecesaria. Y usted debe imaginarse el valor del tiempo para nosotros.

—¿Y cómo sabe usted que fue él? —se interesó Tony.

El científico se encogió de hombros:

—La llave del cepario sólo la poseemos cuatro personas —explicó—: Jordán, el subjefe del Departamento; Cárdenas, como investigador; Isabel, la microbióloga, quien, entre sus obligaciones, tiene la de atender el cepario, y yo —tomó el vial que le entregaba Marusha, lo colocó en la gaveta y la cerró—. Jordán había estado trabajando conmigo todo el día —continuó—. Isabel... Bueno, ella es precisamente la que se ocupa de ordenar y mantener en buen estado las cepas. Y su labor ha sido impecable, meticulosa, durante años. Por eso llamamos a Cárdenas y le criticamos su negligencia al no dejar bien ordenada la gaveta. Y él... Bueno, él negó ser el culpable y tuvimos una discusión.

Marusha escribió algo en su libreta. Ahí estaba anotado que, según les había informado Perea, Ariel Guzmán laboraba como técnico en equipos de fermentación continua. Era buen trabajador. Y no tenía acceso a los experimentos.

—¿Sucede algo grave, compañeros? —inquirió preocupado el científico.

—Así parece —admitió Tony—. ¿Pudiéramos ver a Cárdenas?

—Cómo no —invitó Perea—. Síganme.

—Yo no fui —aseguró Gustavo Cárdenas, y añadió abriendo los brazos—: De haber sido yo, lo hubiera admitido. Pero es que ni siquiera toqué esa gaveta.

Marusha, Tony y los dos científicos se hallaban ocupando banquetas metálicas en el laboratorio de Cárdenas, donde habían encontrado al hombre revisando unos gráficos obtenidos el día anterior. Cerca de ellos, una centrífuga trabajaba silenciosamente.

—Después, en mi casa —prosiguió Cárdenas—, contándoselo a uno de mis hermanos, recordé que al ir a almorzar dejé la bata en el laboratorio. Y la llave del cepario estaba en el bolsillo —miró a Perea—. Sé que fue un descuido y no debí hacerlo. Pero así ocurrió. Y en el lugar sólo había quedado otro compañero.

—¿Ariel Guzmán? —intervino Tony.

Cárdenas lo observó extrañado.

—Sí, Ariel Guzmán —afirmó y, después de un instante de duda, continuó—. Yo estaba seguro de que ni Perea ni Jordán ni Isabel habían sido. Por eso pensé en Ariel. Después, tratando de hacer memoria, no recordé que él tuviera algún trabajo específico que realizar a esa hora en el Departamento y, sin embargo, estaba allí: no había ido a almorzar.

Una señal luminosa en el panel de la centrífuga indicó que había concluido la corrida.

—¿Por qué no informó eso a la Oficina de Secreto Estatal de aquí del Instituto? —le preguntó el capitán.

—Primero pensé que había sido una confusión de alguno de mis compañeros, y que, sin darse cuenta, me echaban la culpa a mí. Después, hablando con mi hermano, sospeché de Ariel Guzmán. Y me preocupé. En esa gaveta se guardan cepas de importantes investigaciones que realizamos y, en el departamento, la documentación sobre ellas. Decidí hablar con Ariel en cuanto viniera a trabajar. Pero no lo vi. Luego averigüé que pidió el día para ir al médico. Cuando llegaron ustedes, yo dudaba entre esperar a Ariel mañana o contarle todo a los compañeros de la Oficina. Temía que pensarán mal, que yo trataba de justificarme por la negligencia.

Perea se dirigió a Marusha y Tony.

—Esto puede ser grave —advirtió—. Estamos trabajando en un proyecto que es vital para nosotros.

—¿Ustedes usan termos autorrefrigerados para trasladar las cepas? —preguntó inesperadamente el oficial.

Perea lo miró intrigado.

—Si se trata de un viaje común, no hace falta. La cepa se mantiene bien en el vial, a temperatura ambiente, por unos días.

—¿Y si la persona que quiere trasladarla —dijo Tony, como pensando en voz alta— no supiera con qué obstáculos se pueda tropezar, o qué tiempo pueda demorar en el viaje o por cuántos países tenga que pasar antes de llegar a su destino?

—Entonces sí necesitaría uno de esos termos —afirmó Perea y se percibió gran inquietud en el tono de su voz—. Hay termos muy pequeños hechos con ese fin.

Tony se volvió hacia Cárdenas.

—Su hermano siguió hoy a Ariel Guzmán.

El hombre quedó sorprendido.

—¿Daniel? —dijo—. Pero, ¿por qué lo hizo?

—Explicó que estaba preocupado por usted —Tony hizo un gesto ambiguo con la mano—. Pero eso no es lo peor —dijo y se dirigió a Perea—: Ariel Guzmán portaba un termo autorrefrigerado —abarcó con su mirada a los dos científicos—. Y hace unas horas, fue asesinado.

### 3

Emilio y Oscar habían avanzado sustancialmente en el trabajo. En muy corto tiempo habían analizado las relaciones profesionales de Myrna Andreopoulos. Entre contratos quizás demasiado fabulosos para una compañía como Universal Dancers y premios de dudoso merecimiento recibidos por la bailarina griega, se había destacado la labor de un crítico inglés.

Anthony Wren, del *Morning Mirror*, después de censurar la inmadurez profesional de Myrna para enfrentar a los clásicos y señalarle sus deficiencias en *El lago de los cisnes* y *Giselle*, había cambiado de repente su opinión, rectificando e, incluso, contradiciendo sus críticas anteriores. El comentario de Wren sobre la actuación de Myrna en *La bella durmiente* estaba lleno de elogios a la bailarina.

Gracias a CILDA, los dos investigadores habían logrado descubrir que el cambio de opinión de Wren coincidía con un cambio de vida muy favorable para él. El crítico había pasado a trabajar para el influyente diario *Greater London News* a la vez que se mudaba para un costoso apartamento en Picadilly.

CILDA también informó que el *Greater London News* estaba subvencionado por el Financial Bank of London, que a su vez respondía a los intereses del Mayor Guaranty Trust de New York.

Otro dato digno de ser tomado en consideración fue que, en un trabajo de Wren aparecido en el *Morning Mirror*, el crítico hablaba de las tres pretendientes a primera bailarina de Universal Dancers, debido al retiro de Susan Salonen. Se trataba de Amy Paonessa, Leena Oprecht y Myrna

Andreopoulos. Wren calificaba a la griega como la menos apta de las tres. Sin embargo, finalmente, Myrna fue quien alcanzó la vacante.

Oscar hizo que CILDA averiguara qué sucedió con las otras dos bailarinas. La Paonessa había recibido una inesperada mejor oferta para otra compañía. Leena Oprecht, en cambio, tuvo peor suerte: sufrió la fractura de una pierna en un accidente.

El viejo OIC consideró que eran muchas casualidades.

—Si Myrna está manejada por una transnacional —le dijo a Emilio—, puede haber participado en trabajos para ella —miró al joven con astucia—. ¿Qué te parece si nos lanzamos por un camino cortico que yo me sé? A veces da resultado.

—Usted es el que más sabe —dijo Emilio aceptando.

—Yo soy el más viejo —rectificó el otro y llamó—: CILDA, quiero un «chequeo exploratorio de coincidencias». De un lado: Myrna y Universal Dancers. Del otro: casos de espionaje, sobornos y sabotajes, en los últimos tres años. Transmítemelo, cuando lo tengas.

—En el Instituto —recordó Emilio— nos advirtieron que esos chequeos no pueden tomarse como algo concluyente.

Oscar sonrió.

—Lo sé —admitió—. Pero a veces dan resultado y ahorran mucho tiempo. Imagínate que encontremos una relación evidente entre una transnacional en actividades delictivas y Universal Dancers, ¿eh? A esos pulpos les encanta meterse con la cultura. ¿No conoces lo de los pintores alienistas brasileños?

—No.

—La Britton Industries Inc., de Massachusetts —dijo el viejo—, que antes del Gran Desastre producía misiles tierra-aire y otros artefactos de la cohetería nuclear, poseía la mayor colección de pintura brasileña del movimiento alienista. Cuando en Brasil querían presentar una retrospectiva de sus mejores pintores, tenían que pedir prestados los cuadros a la transnacional. Y en el programa se señalaba que gran parte de la exposición se realizaba por cortesía de la Britton.

Emilio se encogió de hombros.

—¿Y para qué quería los cuadros una corporación armamentista?

—Por varias razones —explicó el OIC—. Primero: al invertir el dinero evaden los impuestos. Segundo: lo invierten en algo estable que, incluso, adquiere valor con el tiempo. Tercero: mejoran su fachada ante el mundo, como institución benefactora de la cultura. ¿Qué te parece?

—Ya casi nada me extraña.

—Eso es en sus relaciones públicas con la cultura. En las secretas, tú lo sabes tanto como yo: compran escritores, cantantes, actrices... Está el caso de la connotada comediente y espía norteamericana Hope Roberts, y el más oculto de la actriz Elizabeth Monroe, que realizó actividades de espionaje para la General Technologies Corporation y cuando se negó a continuar, fue asesinada y todo quedó, oficialmente, como suicidio.

La voz de CILDA se dejó escuchar:

*—Con Myrna Andreopoulos se dan cinco coincidencias. Estuvo en la RDA, Hungría y Checoslovaquia en los momentos en que hubo tres casos descubiertos de espionaje industrial. No hay relación visible entre ella y los culpables: A nivel confidencial III hay un aviso del coronel Novar, de la Seguridad checoslovaca, para el OIC que se interese por Universal Dancers y espionaje.*

*Informa VERA, de Praga.*

—CILDA, pídele a VERA la autorización para recibir el aviso del coronel Kovar —ordenó el experimentado investigador—. Mientras, continúa tú con el chequeo.

*—Hay un caso de soborno en Bonn y un robo de documentos en Bruselas, que coinciden con sendas visitas de Myrna a esas ciudades. No hay relación visible entre Myrna y esos casos.*

*Informaron INGEBORG y MONIQUE.*

Oscar se volvió hacia Emilio. Se notaba algo contrariado.

—No es suficiente —dijo—. No es suficiente.

La voz de CILDA se escuchó de nuevo:

*—Tengo el aviso del coronel Kovar. Es holográfico. Fue dejado hace año y medio.*

—Quiero verlo —ordenó Oscar—, con traducción en pantalla.

De inmediato, la figura de un hombre grueso, de mejillas rojizas, sentado en una silla, surgió delante de la pared. Vestía el uniforme de la Seguridad

checoslovaca y daba la impresión de estar realmente conversando allí, junto a los dos cubanos. Según hablaba, el texto traducido se leía a sus espaldas, en la pantalla:

*Coronel Kovar, de Praga. Acabamos de descubrir un caso de espionaje industrial contra la fábrica de motores Skoda, pero no lo hemos cerrado aún. El culpable fue capturado y confesó. Pero, aunque conocía a quien lo contrató, un alemán que, evidentemente, usó seudónimo, no sabía para qué corporación trabajaba. Nosotros, analizando el caso y la utilidad de ese espionaje tecnológico, llegamos a la conclusión de que cuatro grandes transnacionales podían estar interesadas en esos datos y una de ellas debía ser la culpable. Eran la Meese Corporation, la Almot, la Texxon y la United Motors Company. En el momento, de la captura, según confesó, el culpable tenía la orden de ir al Teatro Nacional, donde actuaba Universal Dancers, de gira en Praga. Él debía tomar asiento y esperar a que alguien se le acercara con una contraseña. Aseguró no conocer a la persona, pero insinuó que pudiera ser de la compañía de ballet, aunque no supo explicar por qué imaginaba eso. Lo convencimos para que fuera al teatro. Pero algo falló. Nadie se le acercó. Quizás el contacto se dio cuenta. Quizás todo fue una patraña del espía. No pudimos comprobar nada. Dejo el aviso porque quizás el dato puede ayudar a otro investigador.*

La figura desapareció de la habitación y en la pared quedó una frase:

*Informó: VERA, de Praga, a nivel confidencial III.*

Oscar se volvió, hacia Emilio.

—Los datos del chequeo son insuficientes —admitió—. Tenemos que seguir por el camino lento. Hay que averiguar quién apoya a Myrna. CILDA —llamó—, quiero informes sobre Universal Dancers. Los quiero en pantalla.

—Estoy lista.

—Adelante.

*Universal Dancers, Compañía de ballet creada en Gran Bretaña hace quince años. Desde hace unos diez años viene realizando giras por otros países de Europa Occidental y Oriental. Sin embargo, no logra costearse a sí misma. Universal Dancers está subvencionada por la West Arts Foundation, de Gran Bretaña. Informó: CHARLOTTE, de High Ballet Magazine.*

—CILDA, quiero información sobre West Arts Foundation.  
Nada demoró la computadora en mostrar el texto en la pared.

*West Arts Foundation. Subvenciona a varias instituciones culturales, como el Instituto de Estudios sobre la Música Rock, en Liverpool; la academia de pintura Red and Blue, de Birmingham, y la compañía de ballet Universal Dancers, de Londres. West Arts Foundation fue creada por sir Winston Temple. En la actualidad se mantiene con donaciones de particulares. Es conocido que no acepta dinero de corporaciones para no comprometerse con ellas. Informó: CHARLOTTE.*

—En esos casos —comentó Oscar con el joven investigador—, las transnacionales usan a particulares como pantalla. Bueno, pues vamos a buscar entre los «particulares». CILDA —llamó—, quiero una lista de personas que estén en estos indicadores: Uno: personalidades que puedan influir económicamente en el movimiento artístico de Europa Occidental. Dos: con suficiente poder para provocar amnesia en computadoras del mundo. O sea, al menos con grado Dos de influencia. Tres: que tengan o hayan tenido relación con West Arts Foundation y con los críticos, empresarios y jurados de concursos que hayan favorecido a Myrna Andreopoulos.

Emilio cambió de posición en el sofá.

—¿Cuánto demorará eso? —inquirió el joven. Oscar sonrió.

—Muchacho, eres igualito a Samuel —advirtió el OIC—. Cuando llevaba un ratito encerrado con una computadora, tenía necesidad de salir a la calle, a investigar «en caliente», como le gusta decir a ese viejo, ¿eh?

—Me preocupan algunas cosas que han quedado en el aire y que no puedo resolver desde aquí —confesó Emilio—. Y es que tenemos poco tiempo.

—CILDA y yo somos los más rápidos aquí. Así que has tenido suerte en...

La voz de la computadora lo interrumpió:

—*Estoy lista.*

—¿No te dije? —señaló Oscar al joven y añadió, para CILDA—: Quiero verlo en pantalla.

De inmediato surgió en la blanca pared una lista con siete nombres:.

1. *Neil Ellington: ex astronauta norteamericano.*

*Vicepresidente de Producción de la compañía agrícola Golden Harvest. En su momento, algunas publicaciones sugirieron que Ellington cultivó una excelente variedad de marihuana en el invernadero de la nave y trajo a la Tierra las nuevas semillas «cósmicas», de calidad muy superior.*

2. *Jackson Rabbitter: dueño de la revista escandalosa Tom Is a Girl.*

3. *Efrain Efrat: presidente de la Sweet Heart Corp., que controla el comercio de corazones artificiales en Europa Occidental.*

4. *Vittorio Manfredi: excéntrico millonario italiano, relacionado con la mafia.*

5. *Robert Menotti: vicepresidente de Imagen Pública de la Texxon Group Incorporation.*

6. *Ambrosio Zukrowski: director del Banco del Vaticano.*

7. *Esmat El-Labbad: vicepresidente egipcio. Tiene residencia de descanso en Londres.*

Oscar sirvió café de nuevo.

—Bueno —dijo mientras le entregaba una taza a Emilio—, ahora yo voy a tirar un «chequeo exploratorio de coincidencias» entre Myrna Andreopoulos y esa lista. Y tú, ¿no preferirías ir a la calle a «investigar en caliente»?

—¿Cómo?

—Sí —recalcó el viejo OIC—. Esto demora mucho y lo puedo hacer yo sólo. Puedes venir dentro de dos o tres horas a buscar el resultado.

Emilio dejó la taza sobre la mesita y se puso de pie.

—Voy a llamar al capitán Antonio Ravelo. Si no vengo yo, vendrá él a buscar la información.

—¿Tony? Yo he trabajado con él —afirmó Oscar cuando ya Emilio se hallaba en la puerta—. Saludos al viejo Samuel, ¿eh, muchacho?

#### 4

El doctor Rigoberto Perea abrió la puerta de un laboratorio y se asomó.

—Isabel —dijo—, ya puedes pasar por la sala de fermentación a recoger los resultados que me diste a revisar. Mañana nos vemos, porque quiero discutirlos contigo. Son muy interesantes.

Por sobre el hombro del científico, Tony pudo ver a la muchacha en el laboratorio. Tenía el pelo rizado y un rostro agradable. El oficial observó que, aun estando con bata de trabajo y notándose cansada, era una mujer atractiva.

—¿No piensas ir a dormir? —le preguntó Perea—. Es muy tarde.

Isabel se fijó en Tony y Marusha, que esperaban en el pasillo, e hizo una especie de saludo con la cabeza al afirmar:

—Es que no tengo sueño.

Perea se despidió de la muchacha y cerró la puerta. Los tres salieron de la edificación. La noche estaba clara y agradablemente fresca después de un día veraniego tan caluroso. El auto de Tony se hallaba estacionado a unos metros de ellos, en el parque que usaban en común los departamentos de Microorganismos Industriales y Producción Experimental de Medicamentos.

Tony se sentó al timón y Marusha a su lado. Perea, desde el asiento trasero, les indicó por dónde tomar. El auto avanzó por una calle bordeada de edificaciones.

—No pensé que el Instituto fuera tan grande —confesó la muchacha.

—Éste es un centro muy importante en América —afirmó con cierto orgullo Perea—. Aquí se dan conferencias, simposios, cursos de verano y reuniones regionales científicas. Miren, es como una pequeña ciudad —señaló hacia donde iluminaban los faros del auto—. Aquél es el Bioterio, donde se crían los animales para pruebas. En este edificio que estamos pasando se hallan los departamentos de Informática, Computación y

Matemáticas Aplicadas. En este otro están las aulas para estudiantes universitarios y cursos de posgrado. Y aquél es el anfiteatro.

Desde su ventanilla, Marusha disfrutó de la arquitectura de las edificaciones. Se percibía en cada instalación un ambiente moderno y funcional, con cierto toque de cubanía.

Cuando sobrepasaron el taller de diseño, reparación y mantenimiento de equipos, el científico indicó tomar a la derecha y el auto avanzó, por una carretera que se alejaba de los edificios.

—Perea —dijo Tony sin dejar de atender al vehículo—, ¿qué opina de lo sucedido?

—Como usted vio, capitán, lo primero que hice al enterarme del asesinato de Ariel fue regresar al cepario y comprobar que el vial de la P-1-936 estaba en su compartimento. Pero, para serle sincero: eso no nos garantiza nada. Ariel pudo tomar una porción del cultivo de ese vial antes de dejarlo de nuevo en su sitio.

La brisa penetraba por las ventanillas del auto, que avanzaba apartando con sus luces las sombras de la carretera.

—¿Por qué le preocupa esa cepa en particular?

Perea no respondió de inmediato a la pregunta del oficial. No resultaba fácil para él explicar en dos palabras el significado que tenía para todos en el Instituto la cepa P-1-936.

Años atrás, un grupo de investigadores bajo su dirección, tuvo la idea de —aprovechando la fermentación alcohólica— hacer un bloqueo en el paso posterior a la formación del piruvato, que favorecería su desvío hacia la producción de propano.

Para esto, un equipo de trabajo se dio a la tarea de obtener un mutante deficiente en la enzima piruvato descarboxilasa, que luego llamó P-1. Al mismo tiempo, otro grupo se entregó a la labor de hallar cuatro enzimas que, unidas en un complejo multienzimático, redujeran el piruvato a propano. Mientras, un tercer colectivo se ocupó de los genes que codificarían la síntesis del complejo, al que todos decidieron llamar «complejo multienzimático piruvato reductasa».

El trabajo fue arduo y prolongado. Habían sido años de investigación en los que se llegaron a realizar 936 experimentos.

Perea nunca podría olvidar aquella mañana en su laboratorio cuando, al seguir su arraigada costumbre de sentir las emanaciones de los cultivos después de las horas reglamentarias de incubación, había inhalado uno que tenía precisamente, aquel olor con que soñó encontrarse alguna vez.

A simple vista se apreciaba, en el tubo de ensayo, la formación de minúsculas burbujas que, al reunirse, ascendían y llegaban a la superficie. No había duda: era propano. Acababa de nacer la P-1-936. La etapa más importante y difícil del proyecto se había cumplido.

Después surgieron otros problemas: la cepa no tenía una producción estable. Esto hizo necesaria la colaboración de Tomás Araújo.

Con un incesante trabajo de meses, mientras el Departamento de Evaluaciones Nutricionales de Fuentes no Convencionales de Alimentos confirmaba la elevada calidad de la biomasa, el guatemalteco logró estabilizar el complejo multienzimático.

Muchos fueron los recursos y el personal empleados. Habían transcurrido casi seis años desde el inicio de los experimentos. Pero la cepa existía.

—La P-1-936, capitán —dijo al fin Perea—, además de una biomasa de alto valor nutritivo, produce propano.

—Aquí tienen su casa —brindó Rigoberto Perea al detenerse el auto—. No es muy grande, pero resulta cómoda.

Cuando Marusha descendió del vehículo se sintió muy bien en el lugar. El reparto donde vivían los científicos y empleados del ICB era en realidad muy agradable. Desde que entraron en él, Perea había ido señalándoles los diferentes sitios, la mayoría de reciente construcción: el campo deportivo, la Casa de la Cultura...

Desde el jardincito de la casa de Perea se observaban las luces del cercano campo de aviación que habían contemplado al venir por la carretera. El científico les había explicado que contaba sólo con dos aviones para el uso particular de varios centros e institutos de la zona, adscriptos a la Academia de Ciencias y a la Universidad de La Habana.

—Al principio me molestaba un poco el ruido de los motores —afirmó Perea mientras abría la puerta principal—. Como ustedes ven, ésta es la casa

que más cerca queda del aeropuerto. Pero ya estoy acostumbrado.

El hombre los invitó a pasar y Tony y Marusha lo siguieron hasta una sala-comedor donde los muebles estaban dispuestos de tal manera que ofrecían una impresión de amplitud.

—Siéntense —dijo Perea indicando para tres butacones que rodeaban una mesita, cerca del televisor—. Voy a ver cómo está la casa. Hace horas que salí de aquí.

El científico se alejó unos pasos hasta una puerta abierta de la que salía luz.

—¿Todavía despierto, Tomás? —preguntó desde el umbral.

—Le estoy escribiendo a Jana para que prepare todo. El mes próximo voy a Bratislava —afirmó una voz con acento extranjero, latinoamericano, y añadió—: Carmencita sí que está durmiendo desde hace horas. La llevé al parque infantil y se cansó de jugar.

—Envíale mis saludos a Jana —dijo Perea y advirtió—: Voy a estar trabajando con unos compañeros aquí. ¿Cierro la puerta para no molestarte?

—Oye, hermano —lo detuvo la voz—, hace un momento hice café y todavía debe de estar caliente.

—¡Qué oportuno! —exclamó Perea y, después de cerrar la puerta de la habitación, se acercó a los dos oficiales—. Es mi amigo Tomás Araújo, bioquímico guatemalteco que vino a ayudarnos con la P-1-936 —siguió hacia la cocina y habló desde allí—, y se quedó en Cuba impartiendo un curso sobre Enzimas Inmovilizadas. Pero creo que, en cuanto lo termine, se casa en Eslovaquia y regresa con su esposa a Guatemala.

—¡Qué lejos fue a enamorarse! —bromeó Marusha.

Perea reapareció en la sala. Llevaba una bandeja con tres tazas y la colocó sobre la mesita.

—Tan lejos como Dalia y yo —dijo y, dirigiéndose a Tony, añadió—: Pero, bueno, a todo hombre le llega su día de enamorarse y formar familia, ¿no?

—A unos más tarde y a otros más temprano —opinó el capitán mientras se llevaba la taza a los labios.

Perea se sentó en el tercer butacón.

—Disculpen que los haya hecho venir hasta aquí —dijo—, pero quería saber de mi hija —señaló para un retrato de una mujer que miraba, atenta, una flor en su mano—. Dalia, mi esposa, está en El Salvador dictando conferencias sobre Bioenergética. Y yo aquí, además de investigador, estoy de niño y amo de casa. Hasta Araújo ha tenido que darme una mano.

Tony colocó su taza en la bandeja.

—¿Se encuentran muy adelantados los trabajos con esa cepa?

—Estamos en la etapa de proceso en planta piloto —explicó el científico—. Si todo marcha tan bien como hasta ahora, próximamente la registraremos en todo el mundo con una patente computadorizada y la llevaremos a escala industrial. Ya el CIPEP estudió y aprobó el proyecto para montar la tecnología y poner la cepa a producir —y añadió, como quien informa algo por todos conocido—: Por otra parte, Cuba cedería la licencia de explotación a países en vías de desarrollo.

Marusha aprobó con la mirada.

—Esa cepa, para los países pobres —dijo—, sería de gran ayuda en los campos de la energía y alimentación —hizo un gesto de inquietud—. Pero en manos del enemigo...

—Varias corporaciones podrían estar interesadas en ella —opinó Perea—. No creo que sea un trabajo del SIB.

Tony asintió. Él pensaba de igual manera. El Buró Especial de Inteligencia de los Estados Unidos estaba más limitado a trabajos puramente políticos. En los últimos tiempos casi se había dedicado, cada vez con menos suerte, a la desestabilización de gobiernos progresistas y a la vigilancia y represión de personalidades con ideas avanzadas dentro del propio país. Pero, en espionaje industrial y científico... La propia CIA había dejado de existir por inmiscuirse en ese campo, y Tony no creía que las poderosas corporaciones permitieran un nuevo desliz. No. Esto era obra de una transnacional. Estaba seguro.

—¿En que corporación pensaría usted? —le preguntó a Perea.

El científico se echó hacia atrás en el asiento, pero no demoró ni un instante en responder:

—La cepa produce propano partiendo del jugo de la caña de azúcar, lo cual es una fuente siempre renovable. Cualquier corporación que extraiga el

propano del petróleo se vería afectada. Ya no podría chantajear a los países pobres con los altos precios debidos a la escasez —hizo un movimiento vago con la mano—. Yo pensaría en la Peel, la Texxon, la Abyss...

—La Model Oil —siguió Marusha.

—Sí, la Model... —aceptó Perea y, como recordando algo, miró a los oficiales—. Pero también hay que tener en cuenta que la P-1-936 es una gran productora de biomasa de alto valor proteico y, cuando el CIPEP comience la elaboración de productos alimenticios a bajo costo, las corporaciones fabricantes de alimentos verán muy perjudicadas sus ventas —esperó la aprobación de Tony y Marusha antes de continuar—: Entonces pudiéramos pensar en la Multilever, la McDuck, la Pleasant... la misma Texxon. ¡Imagínense lo que pueda significar para una transnacional que intenta dominar con la tecnología, recibir un golpe económico debido, precisamente, al factor tecnológico!

Tony sabía que el científico tenía razón. Una transnacional se podía permitir hasta la nacionalización de una de sus fábricas en el extranjero, porque el país nacionalizador se vería en la necesidad de seguirle comprando las nuevas licencias de patentes. Por eso, todo pueblo que quisiera lograr la independencia, tendría que hacer, en primer lugar, una revolución y, de inmediato, emprender dos tareas: vincularse económica y tecnológicamente al Consejo Industrial de Países de Economía Planificada, para recibir la ayuda que le negarían las transnacionales, y hacer en su país otra revolución: la científico—técnica. Perea estaba en lo cierto. Una transnacional no se podía dar el lujo de atrasarse tecnológicamente en relación con otra y, mucho menos, con el CIPEP. Antes, sería capaz de cualquier cosa. Tony estaba consciente de eso.

—En caso de que la obtuvieran —aventuró—, ¿podrían ellos patentar la cepa?

Perea se encogió de hombros.

—Pudieran tratar de patentarla sin tener toda la documentación —admitió y, al instante, se inclinó hacia el capitán—. Y nosotros demandaríamos. Pero eso provocaría un litigio que podría tardar años en resolverse. Y esa demora sería muy perjudicial.

Tony golpeó con el puño cerrado sobre el brazo de la butaca.

—Voy a ordenar un examen dactiloscópico a cada uno de los viales de esa gaveta. Y si Ariel Guzmán se robó algún cultivo de la P-1-936 —dijo mirando a Marusha y a Perea—, tenemos que hacer lo imposible para que no llegue a manos de ninguna transnacional.

## 5

—Vamos, Otto. Analiza —pidió Sturgeon, buscando infundirle confianza al alemán—. No se trata de que empecemos a buscar un hombre así. Abundan. Otto. Yo también mido un metro ochenta de estatura y casi tengo el mismo peso...

Düster sonrió. Un poco forzadamente. Pero sonrió. Intentó imaginarse por un momento lo que estaba sintiendo su jefe, pero supo de antemano que sería imposible.

—¿Puedo? —preguntó señalando la botella de Chivas Regal que Sturgeon tenía como adorno en el bar de la casa. Ante el asentimiento, se sirvió una línea de aquel whisky añejo, casi imposible de encontrar ya en el mercado, y lo paladeó sin prisa antes de sugerir—: Podemos repasar algunos nombres, jefe. No creo que abunden los profesionales con ese físico.

—¿Un asesino profesional?

—Estoy seguro. Quizás, si usted revisa su archivo, sea posible que lo encuentre.

Warren Sturgeon se frotó la mejilla. Aunque sus facciones reflejaban una meditación pasiva, en realidad estaba pensando con intensidad. Como nunca lo había hecho. Las noticias que acababa de traer Otto Düster de Cuba eran para sacar de paso a cualquiera. Pero su mente debía trabajar con serenidad.

Según le contó el alemán, el agente *Salesman* fue asesinado cuando intentaba llevarle a Myrna aquella dichosa cepa. De inmediato, la griega registró el cadáver, pero no encontró lo que buscaba. El nexa entre la cepa y el crimen era evidente. Pero, ¿quién pudo hacerlo? ¿Un hombre de un metro ochenta de estatura, y más o menos setenta y cinco kilogramos de peso, parecido a los que Otto vio detener en el aeropuerto de La Habana? Era posible. Pero, si de algo estaba seguro Sturgeon, era que detrás de ese hombre

se escondía una organización interesada en el descubrimiento. Y la mano ejecutora no le interesaba por el momento.

—Ese hombre no importa tanto, Otto.

—¿Cómo?

—Supongo que estará todavía en Cuba, ya que la policía de allá lo busca. Pero, como sabes, un *killer* nunca trabaja solo. Necesita un organizador. Y a éste le encargó alguien el trabajo. ¿No te sugiere eso alguna idea?

Düster se encogió de hombros. Buscó con la mirada la botella de Chivas Regal y la observó codicioso. Era una bebida cuyo precio resultaba prohibitivo para su régimen de ahorros. Y confiaba en la preocupación de Sturgeon para dar buena cuenta de ella, mientras estuviera en su casa.

—Deja esa botella, Otto —lo atajó su jefe—. Si quieres, puedes llevártela. Pero ahora necesito tu cerebro bien claro. ¿Qué te sugiere lo que he dicho?

—¿Un organizador?

Sturgeon asintió.

—Sólo conozco a tres que se atreverían a trabajar en Cuba o en otro país socialista. Por supuesto, cualquiera puede intentarlo, pero sin calibre para pretender el éxito.

—Nombres.

Düster bebió el último sorbo de su vaso.

—Hay un inglés a quien llaman Huntings. Es un organizador de los viejos y no será difícil encontrarlo: tiene su residencia fija en Bristol —hizo una pausa y meditó un momento. Luego añadió—: Tampoco habrá problemas para localizar a un francés de apellido Fontenay: vive en una granja cercana a París. El tercero no tiene residencia fija, me parece. Se llama John Horderlein y viaja continuamente de una parte a otra del mundo.

—Bien. ¿Alguien más?

Düster negó lentamente.

—Estoy descartando a Giuliano Vespasi. Está vinculado a la maffia y no creo que ella tenga algo que ver con esto.

—¿Por qué no?

—Algo me lo dice —Düster se llevó el índice a la cabeza—. Este problema se sale de su terreno. ¿Quiere mi opinión?

—Por supuesto.

—Busque a alguien interesado en la cepa, y tendrá al organizador. Con perdón de usted, pienso que su sistema de seguridad tiene una grieta y algo se escapó. Sólo eso explica que hayan interceptado a *Salesman* en el momento justo, cuando iba a entregarle la cepa a Myrna.

—¿Piensas que alguien conocía mis planes?

—Sí, jefe. Espías de cualquier otro consorcio, ¿comprende? Es lógico suponerlo.

Sturgeon asintió. Entrecerró los ojos y estuvo un buen rato meditando. Luego dijo:

—¿Sabes, Otto? Te has ganado esa botella. Pero habrá más para ti —prometió—. Mucho más.

Düster sonrió. Un destello de codicia brilló en sus ojos penetrantes.

—Pero no ahora —advirtió Sturgeon—. Debes ir a tu apartamento y no salir de allí hasta nueva orden. Es posible que te vuelva a necesitar.

Warren Sturgeon señaló al más viejo de los dos hombres que se sentaban frente a su mesa de despacho.

—Bien, George. Puedes hablar.

El nombrado asintió. Extendió sus dedos largos y finos y abrió una carpeta.

—Veamos primero al inglés —dijo con voz gutural mientras, detenía el índice sobre una hoja—. Hubo cierta dificultad para ubicarlo debido a la hora: no estaba en su casa y nuestros agentes en Bristol tuvieron...

—Al grano, George —cortó Sturgeon.

—Bien. Thomas Huntings: descartado. Se comprobó que ya no se dedica a la organización ni se mezcla en ningún acto delictivo. Se casó hace dos semanas con una chica que puede ser su nieta —el hombre sonrió irónico y añadió—: No creo que le quede mucho tiempo libre después de eso. Con Horderlein la tarea fue más difícil. Nuestros agentes tuvieron que rastrearlo a partir de Oslo, el último lugar donde se le había visto. En este momento se repone de un infarto cardíaco en Amsterdam, en el hospital de la prisión. Hace un mes, fue detenido por las autoridades holandesas. Se encuentra

involucrado en la organización de un robo. Podemos descartar también a Horderlein.

—¿Y el francés?

George asintió.

—Si no me equivoco, y puedo apostar a que no, Marcel Fontenay es el hombre que buscamos. Nuestros agentes en Francia le hicieron una visita a la granja que posee en Arbois. Estaba ausente desde hace una semana. Les dijo a todos sus servidores que pensaba pasarse un tiempo en La Riviera, pero hay un dato que desmiente eso.

—¿Cuál?

—Se llevó a su cocinero. Según supimos, Fontenay es un sibarita, apegado a los placeres de la buena mesa. Le sirve un cocinero llamado Pierre Bordeaux, cuyo arte lo tiene atado a la granja. Fontenay jamás emprende un viaje que demore más de tres días y es primera vez que se lleva consigo al cocinero. ¿Para qué lo necesitaba en La Riviera? No conozco ningún hotel allí donde ese Pierre pueda entrar en funciones.

—Ya veo...

—Pero hay más —advirtió George enarcando las cejas—. Pierre está casado con una campesina del lugar. Antes de partir, le confesó a la chica que no esperara postales ni cartas y que ignoraba el tiempo que estaría ausente. Este detalle despertó la curiosidad de uno de nuestros hombres, quien buscó un servidor propicio al que pudiera sobornar. Consiguió la dirección de un jardinero que había sido despedido por Fontenay y obtuvo informes sugerentes. Entre los meses de mayo y julio, visitó la granja un «personaje», según lo calificó el jardinero. Era inglés o norteamericano, vestía con elegancia, en tonos grises, y viajaba en una *limousine* de gasolina.

—¿Un potentado?

—Exacto —sonrió George, enigmático—. Como comprenderá, no nos fue difícil averiguar el rumbo de un auto así, teniendo las fechas casi exactas de las visitas en nuestro poder. Su trayectoria fue la misma siempre, excepto en la última ocasión en que se detuvo, antes de dirigirse a la granja, en un restaurante para vegetarianos de Saint-Germain-des-Près. Partía del aeropuerto privado de un tal Orville, pero éste no es su verdadero dueño.

—¿No?

George negó con un gesto y leyó un instante su informe antes de contestar:

—Los terrenos pertenecen en realidad al complejo de alimentos enlatados Micheaux-Chenard, una empresa Multilever en Francia.

Sturgeon se recostó en el asiento y golpeó con la palma de su mano contra la mesa.

—¡Oh, Cristo...! —exclamó—. ¿Kurt Hoffman...?

—Ni más ni menos —afirmó George—. El mismísimo jefe de Control de la Multilever. Fontenay partió en el avión privado de Hoffman desde ese aeropuerto. A partir de ese momento pasamos la información a Alpers, aquí presente —señaló a su vecino, un joven alto y huesudo cuya mirada recordaba la de las aves de presa—. Supongo que tendrás algo entre manos, ¿no, Alpers?

El joven asintió. Aguardó una señal de Sturgeon para comenzar.

—Nuestro equipo partió de un detalle concreto. El rumbo que pudo emprender el avión nos era desconocido —dijo—. La nave era un jet DCF-21, bimotor, con combustible para recorrer largas distancias. Pero tenía un dueño y no fue difícil imaginar a dónde se dirigió. Rastreamos en Bruselas, más exactamente en el aeropuerto privado de la Multilever, y comprobamos que estuvo allí la semana pasada, de vuelta de Francia. Nuestro informante, un mecánico especializado en aviones cuatrimotores, nos dijo que había recibido la orden de alistar un DEF-503 esa misma noche. Y varias cosas fuera de lo común le llamaron la atención...

Alpers hizo una pausa y miró el lápiz que sostenía como el halcón observaría un canario. Luego continuó:

—En un extremo del hangar oeste, existe una edificación parecida a un chalet. Allí suelen bañarse y cambiarse de ropa los empleados del aeropuerto, pero esa noche no dejaron entrar allí a ninguno de los cuatro mecánicos que alistaban el avión. Nuestro informante vio cuando se detuvo una camioneta enfrente del chalet y varios hombres comenzaron a bajar cajas y valijas que colocaban dentro de la casa. Después, ese grupo de hombres entró y no los vio más. Antes de marcharse, oyó el diálogo entre un piloto y el mecánico jefe. El primero se quejaba del viaje tan largo que harían; cuando el otro le preguntó en broma si sería hasta Finlandia, el piloto le respondió que mucho

más lejos, pero no dijo el lugar. Eso es todo lo que puedo informar por el momento.

Sturgeon miró su reloj y luego a los dos hombres.

—¿Cuánto tiempo demorarán en encontrar dónde aterrizó?

—No podemos decirle, señor —contestó el de la mirada rapaz—. Estamos buscando en un círculo muy amplio, y no olvide que todo esto sucedió hace una semana.

—Reduzcan el círculo —ordenó Sturgeon—. Entérense del nombre del piloto, dónde vive, si tiene esposa, madre o cualquier otro familiar. Sobornen, chantajeen, amenacen... No me importa lo que hagan, pero consíganlo. Quiero una respuesta dentro de dos horas a más tardar. Eso es todo.

Los dos hombres se pusieron de pie en silencio. Warren Sturgeon detuvo al más viejo con un gesto de la mano.

—Un momento, George. Te haré un encargo aparte —aguardó a que Alpers saliera para añadir—: Necesito que localices a Dick Harrinson. En cuanto lo hagas, le dices que se presente aquí de inmediato. Adviértele que esta vez no permitiré tardanzas, ¿okey?

—Perfectamente. Puedo encontrarlo.

—Lo sé. Eres mi mano derecha. No tengo que indicarte lo que debes hacer ni cómo conseguirlo. Pero esta vez nos estamos jugando muchas cosas, George.

—Me lo imagino.

—No, no puedes imaginártelo. Dentro de poco amanecerá —dijo señalando las ventanas del despacho—. Nos quedan apenas tres horas para buscar a ese francés y capturarlo, a cualquier precio. Fielding es puntual, como sabes. Si no le informo lo sucedido a las ocho, con un plan trazado al menos, perderemos el puesto tú, Alpers y yo. De eso se trata, ¿comprendes? Ahora márchate.

George asintió silencioso y salió de la habitación.

Al quedar solo, Warren Sturgeon se levantó y pasó al saloncito contiguo. Estuvo tentado de darse una ducha, pero prefirió dejar correr el agua fría por el rostro un buen rato. Conectó la cafetera instantánea y, después de peinar sus escasos cabellos, regresó con una taza humeante al despacho.

Había convertido el recinto en The Gold Pyramid en una especie de cuartel general, a partir de su conversación con Otto Düster, pocas horas atrás. Y los acontecimientos confirmaban por completo la astucia y experiencia del alemán.

«Busque a alguien interesado en la cepa y tendrá al organizador», había dicho Otto. Y, aunque el orden se alterara, el efecto era el mismo. Así que Kurt Hoffman... Sturgeon sacudió la cabeza. ¿De qué manera el jefe de Control de la Multilever se había enterado de sus planes?, se preguntó.

Si bien en forma rutinaria, había mantenido un chequeo sobre Allan Dickens, en la propia casa del Gran Viejo. Y sabía de sobra que Hoffman no daba un paso sin consultarlo antes con el presidente de la Multilever. ¿Cómo era posible? Dickens había estado durante mucho tiempo sin poder salir de la casa. Primero con fractura en una pierna, después neumonía... En fin: achaques de todo tipo. Y la vigilancia sobre él había sido efectiva.

¿Efectiva...?

Las facciones de Sturgeon se endurecieron al recordar algo. Con ansiedad, tecleó de prisa en la combinación digital de sus gavetas y hurgó entre incontables papeles hasta encontrar un sobre de plástico con el rótulo: «Allan Dickens». Esparció su contenido sobre la mesa.

Fielding siempre le había criticado veladamente —un poco burlándose de él— su afán por guardar hasta los más viejos informes, incluso después de haber pasado por la computación y archivarlos en los sótanos del edificio. Y ahora podría comprobar su utilidad.

Hojeó los informes. Eran los originales del VRED-12A, una máquina sin patentar por la Texxon que había sido entregada como equipo de espionaje a Sadd Cleans, en cuanto el cantante comenzó sus relaciones con Elaine Dickens.

Al principio no descubrió nada. Parecían estar en orden, sin cambio ni mixtificaciones. Fue al separarlos y tomar las hojas fotocopiadas cuando reparó en un detalle: dos de las páginas eran más cortas que el resto. Las unió sobre la mesa golpeándolas por el borde para emparejarlas. No pudo. Estaba en lo cierto entonces: la diferencia era de apenas medio milímetro, pero existía. Alguien había recortado esas hojas que la máquina arrojaba en un tamaño uniforme.

Leyó las páginas anteriores a las cortas y luego éstas. El tema que trataban tenía relación, pero en ninguno de los dos casos era el mismo. El costurón era evidente ahora, aunque antes, al leerlas por primera vez, no se hubiera dado cuenta. Era un trabajo bien hecho, sin ninguna duda. Pero, ¿quién? ¿Dean Lewis acaso? Sturgeon rechazó la idea. El empresario artístico le temía demasiado para hacerlo. Sólo quedaba alguien que podía haber adulterado la información: Sadd Cleans.

Warren Sturgeon pasó una mano por el rostro.

—Ya verás, gritón —pensó en voz alta, amenazante—. Espera que salgamos de esto...

## 6

Emilio estacionó la moto frente a su casa. Acababa de salir del Centro de Computación después de llamar a Tony, y necesitaba comer algo y aclararse las ideas antes de continuar el trabajo.

Abrió la puerta, entró y la cerró, tratando de no hacer ruido, para no despertar a sus abuelos. Esa indicación de su madre —«Tú llegas de madrugada y ellos se acuestan temprano»— siempre le hacía preguntarse qué hubieran hecho sus abuelos de haber vivido todos juntos diez años atrás.

Hasta que Emilio tuvo doce años, había existido el taller de mecánica en la casa. Su padre, corredor de motocross, arreglaba los motores de las máquinas que luego utilizaría en sus competencias. No pocas madrugadas, el pequeño Emilio había acompañado al padre mientras éste hacía los últimos ajustes a una motocicleta que sería enviada al día siguiente a un campeonato nacional o internacional.

No era extraño, pues, que el niño aprendiera a manejar y hasta arreglar dichos vehículos. Prácticamente, vivía entre el ruido de motores de combustión interna y conversaciones sobre equipos y carreras.

Pero, de improvisto, todo cesó.

Un día, diez años atrás, su padre murió en un accidente automovilístico, paradójicamente, cuando era subcampeón panamericano de motocross y figuraba entre los mejores del mundo.

El hecho fue terrible para Emilio y pasaron algunos días en que no daba crédito a lo sucedido. Mientras, el silencio se hizo en la casa. Su madre desmanteló el taller y se negó rotundamente a que Emilio montara motocicletas. Él, comprendiendo que por esa época era necesario complacerla, pretendió olvidar que existían. Al menos por un tiempo.

Entonces sucedió algo que fue conveniente para ambos. La madre de Emilio, por su destacada labor como neurocirujana, fue escogida para dirigir un equipo de médicos que prestaría su colaboración en el extranjero por algo más de un año. Esto ayudó mucho a la mujer en su recuperación emocional.

Y, además, provocó que, en una especie de consejo familiar, los abuelos de Emilio por parte de padre decidieran venir a vivir con ellos, lo que fue un incentivo para el muchacho y tuvo un gran significado en su vida.

Samuel Serrano, ser abuelo, había sido investigador policíaco y estaba retirado desde años atrás. En su nueva casa, al igual que siempre, el viejo recibía visitas de antiguos compañeros oficiales que venían a conversar con él. Los unos, para recordar momentos memorables de la profesión; los más jóvenes, para tomar experiencia.

Samuel Serrano era casi una leyenda y Emilio quedaba absorto escuchando esas historias donde se combinaba la valentía con el esfuerzo y la inteligencia.

Así conoció de muchos casos resueltos por su abuelo.

Uno de ellos, el que más lo impresionó, fue el de «El espía involuntario». Se trató del caso de Pablo Aldama, funcionario del Ministerio de la Industria Ligera que, estando de viaje por el extranjero, sufrió una fractura en la cabeza y hubo que operarlo con urgencia. En cuanto mejoró, fue trasladado a Cuba y poco después se incorporó de nuevo a su trabajo. Pero, a partir de ese momento, casualmente, comenzaron a malograrse diversas operaciones comerciales en la industria textil de nuestro país. Y la labor de Aldama estaba relacionada con esa esfera de nuestra economía.

Samuel Serrano, gracias a una paciente tarea que requirió la ayuda del Centro de Computación y otras entidades, descubrió que el médico que operó a Aldama en el extranjero trabajaba para la Randolph. Y esa transnacional, especializada en tejidos de fibras vegetales, había sufrido varios descalabros en el mercado debido a los excelentes tejidos elaborados por el CIPEP y,

especialmente, por Cuba. Este médico, al operarlo, le había instalado un bug de lámina en el parietal.

La solución hallada fue muy interesante. Un equipo de neurocirujanos, entre los que se encontraba la madre de Emilio, se comprometió a realizar con éxito la cuidadosa operación de extraer —sin que fuera advertido por los receptores— el diminuto micrófono. Y lo lograron. Sin duda que la falsa información que la Seguridad cubana envió después a través del bug fue la causa de los problemas económicos que presentó posteriormente la transnacional.

Samuel Serrano, mientras se mantuvo en activo, fue un investigador muy al tanto de las últimas técnicas y métodos científicos de investigación. Pero, además, poseía lo que él daba en llamar «olfato».

Por esto a nadie extrañó que su nieto matriculara en el Instituto Superior de Criminalística. Convertido ya en un joven alto, delgado pero musculoso, muy alegre y vestido siempre a la moda, Emilio se distinguió por dos cosas: jugaba en el equipo de pelota del Instituto contra otras facultades de la Universidad, y atendía a las clases de una forma que, a veces, a sus compañeros les parecía exagerada: quedaba ensimismado, como si estableciera un túnel imaginario que en un extremo tuviera al profesor, el buró y la pantalla, y en otro, a él y su pupitre.

Después, revisaba los discos holográficos en el Centro de Información y sacaba las mejores notas. Así fue, año tras año, el mejor expediente de su curso.

Hasta que llegó Marusha.

La muchacha, que venía de la Universidad de Guantánamo a concluir la especialidad en el Instituto, sorprendió a todos con su altísimo rendimiento académico, en asignaturas tan disímiles como la Computación Aplicada y el Tiro Sobre Siluetas. Desde su llegada se estableció una fraternal emulación entre ella y Emilio en cuanto a los estudios, a la vez que nació una gran amistad. Marusha fue, para Emilio, una condiscípula muy difícil de superar en inteligencia y capacidad organizativa. El muchacho no podía mirarla sin sentir que era alguien a quien debía imitar y admirar.

Después de graduado, el joven pasó a trabajar en el Laboratorio Nacional de Criminalística como jefe de equipo. Y, con el sueldo de los tres meses

iniciales, logró otro de sus anhelos: comprarse una motocicleta propia.

Ahora, al caminar en silencio por la sala, no pudo dejar de pensar en el sueño de sus abuelos y en la posibilidad de instalar un pequeño taller en la casa. Pero todo no pasaba de una idea. Su trabajo le gustaba mucho y le dejaba poco tiempo libre.

Se dirigió a su habitación y se tiró sobre la cama. Cerró los ojos, alargó la mano hasta el teléfono y oprimió el botón de los recados. De inmediato reconoció la voz de su madre:

—Te llamé a la guardia y no estabas. Me encuentro en el hospital. Si tienes hambre, te dejé comida en el refrigerador para que la calientes. Si quieres algo más rápido, prepárate un bocadito. En el estante hay pan. No dejes de comer, que estás muy flaco. Un beso.

Emilio sonrió. Para su madre seguiría siendo siempre un niño. Ni aun porque...

La grabación de la voz de Ivette interrumpió sus pensamientos:

—Emilio, si te dije que me iba en la moto con Reinaldo, fue por molestarte. Ya no sé qué decirte para que me hagas caso. Cuando te conocí, me gustaste entre los demás motociclistas porque eras investigador policíaco, y eso me pareció emocionante. Pero, ¿de qué me ha servido? Tú nunca me cuentas nada. Nunca sé las cosas bonitas de tu trabajo que le pudieran interesar a mis amigas. Ellas hablan de sus novios y yo no puedo contar nada de ti. ¿Entonces, para qué somos novios? ¿Para pelear siempre como el perro y el gato? No estás de acuerdo conmigo en nada. Te parece mal todo lo que yo hago. ¿Por qué no te buscas otra? Perdóname, ya no sé ni lo que digo. Pero es que estoy aburrída de que tú no me hagas caso, y no puedo seguir así. Mis amigas dicen que soy bonita, pero yo creo que tú no estás enamorado de mí. Entonces yo te voy a proponer algo que me aconsejaron y es que nos peleemos por un tiempo... un mes o dos meses. Y si después los dos queremos, nos llamamos y volvemos. Yo creo que es lo mejor...

Emilio se levantó de la cama y fue a la cocina. Encendió la luz y comenzó a prepararse un bocadito y una taza de café con leche.

Quizás Ivette tenía razón, pensó. Él no sabía por qué, pero siempre estaban discutiendo y a él le molestaban sus cosas. Es cierto que le gustaba. Ivette era bonita. Pero él nunca hablaba con ella de sus actividades, a pesar de

que la mayoría de los casos que resolvía no eran secretos. En realidad —y se dio cuenta en ese momento—, a pesar de que la veía muy atractiva, él no sentía la necesidad de comunicarle sus problemas. De seguro no estaba enamorado y lo mejor era concluir esa relación. Él debía de buscar una muchacha que pudiera entenderlo, que comprendiera cuándo necesitaba de un poco de cariño y a la que admirara en vez de criticar. Quizás a esa sí se viera motivado a participarle sus cosas. No todo, claro, sino... Bueno, más o menos lo que le contaba a Marusha. O un poco más. Si pudiera encontrar para él una muchacha que se pareciera a Maru... Aunque no fuera tan bonita como ella, estaba seguro de que se sentiría muy bien.

Llevó la bandeja con el bocadito y la taza de leche a la mesa del comedor. Antes de sentarse, sacó del bolsillo del pantalón un sobre con las cosas de Ariel Guzmán y las colocó sobre el mantel: la cartera con varios carnés, dinero, la tarjeta de identidad, un llavero con tres llaves.

Mientras comía observó los objetos. Una llave sería de la casa, otra del auto y la tercera parecía de un candado o una taquilla. Tomó conciencia por primera vez desde que comenzó la encuesta, de que Ariel Guzmán había sido una persona viva, un ser humano con familia y amistades, con relaciones amorosas y problemas quizás parecidos, quizás distintos de los de él. Pero, en fin, una persona.

Y Ariel, independientemente de que estuviera complicado en algo serio, iría al cine, a pasear, al trabajo, se cansaría. Y unos días se quedaría en la casa. Y otros...

De repente, dejó la taza sobre el plato. Una pregunta lo había asaltado: ¿Cómo se enteraría el asesino de que Ariel llevaba un termo para transportar microorganismos? Además, ¿cómo sabía que iba al edificio Colonial? Tendría que haberlo vigilado. ¿Y cómo? ¿Desde dónde? Era necesario averiguarlo.

Emilio olvidó lo que había preparado para comer, se levantó de la mesa y fue al teléfono. Marcó el número del Laboratorio Nacional de Criminalística.

Una mañana, siete días antes del crimen, Don Kelgare entró en el recibidor de un hotel en el Vedado, se quitó los espejuelos para el sol y se dirigió a la carpeta. Allí reclamó una reservación a nombre de Alan Coatsworth y mostró una tarjeta de identidad que lo reconocía como al ciudadano británico de ese nombre.

Muy amable, el carpetero, después de revisar en el registro, le entregó la llave de la habitación, la 2110, junto con un sobre que había sido dejado para él.

Kelgare tomó el elevador hasta el piso 21. En la habitación, comprobó que todo se hallaba como Marcel Fontenay le había prometido. El francés no olvidaba detalle alguno y era meticulado en su trabajo. Kelgare rompió el sobre y en él encontró una llave y una nota con el número de matrícula de un auto.

Luego regresó al recibidor y se encaminó hacia el garaje del hotel, en el sótano. No le fue difícil localizar el vehículo. Era un buen auto de gasolina. Tomó la llave que halló en el sobre, abrió la puerta y se sentó al volante. Dio vuelta al encendido y el motor respondió al momento. Lo apagó. Comprobó en la pizarra que tenía el tanque lleno y que todo estaba correcto.

Sacó del bolsillo de su camisa una libreta de notas y, con la pluma, tachó donde decía: ALAN COATSWORTH - AUTO Y HOTEL. Leyó la línea siguiente: SCOTT SAVAGE - HOTEL NUEVO REGIS - AUTO.

Guardó la libreta. Descendió del auto y lo cerró. Dejó caer la llave en su bolsillo, junto con la de la habitación 2110.

Al salir del edificio, el brillante sol habanero lo obligó a ponerse de nuevo los espejuelos antes de mezclarse con las personas que colmaban la acera.

## 8

Emilio entró en la cocina-comedor del apartamento de Ariel Guzmán.

—¿Nada, Juanito? —preguntó.

El otro negó con la cabeza sin detener su minuciosa búsqueda, inclinado sobre el piso de la habitación. En su mano derecha, sostenida por el asa, llevaba una cajita negra, que mantenía a unas cuatro o cinco pulgadas del suelo.

Emilio miró su reloj, impaciente. Luego, se sentó en una de las sillas de la mesa. Debía tener calma, pensó. Después de todo, se podía considerar afortunado. Al llamar al Laboratorio Nacional de Criminalística y solicitar un perito en detección de equipos de espionaje, le habían informado que uno de los tres que estaban de guardia era Juan Rosabal. Y Juanito —todos lo sabían— tenía gran experiencia. Se había especializado en la técnica antibug, y por tanto, no había micrófono miniaturizado que se le escapara en un registro.

A la media hora de búsqueda, después que el perito determinó que, al menos, no existían cámaras de televisión ocultas, había ocurrido un incidente que sorprendió a ambos. Se hallaban en su labor, cuando sintieron un ruido inconfundible: alguien introducía una llave en la cerradura e intentaba abrir la puerta. De inmediato, Emilio había empuñado su pistola mientras Juan se ocultaba tras una columna.

El verdadero sobresalto lo recibió la mujer que, al entrar, se encontró con un joven que le apuntaba con una pistola. Sólo al ver aparecer a Juan, vestido con el uniforme del MININT, se tranquilizó algo.

Se trataba de una vieja amiga de Ariel Guzmán, vecina del edificio, que al observar luz en el apartamento fue a ver qué sucedía. Josefa, que así dijo llamarse, estaba enterada de lo ocurrido.

Había sido terrible lo que le había pasado a Ariel. Una persona tan buena. Eran muy amigos. Ella lo atendía. Como ambos vivían solos... Pensar que esa tarde, al llegar de su trabajo a eso de las cinco, había pasado por allí y arreglado un poco la casa y abierto las ventanas, pues Ariel acostumbraba llegar una hora después. Pero, viendo que se demoraba, fue a su apartamento. Y luego llegó la noticia. Y, bueno... ¿Qué iba a hacer ahora? Ariel y ella eran... eran tan amigos.

Al irse la pobre mujer, Juan le había dicho a Emilio:

—Si las ventanas no se encontraron abiertas todo el tiempo, y en este lugar hubo algún bug, puede estar desintegrado.

Y mientras dejaba el detector y comenzaba el trabajo con la caja magnética, el perito le había explicado al joven oficial que un micrófono miniaturizado, ya fuera un walker, un flying o un bug inmóvil, denotaba siempre la existencia de espionaje electrónico. Y todo espía profesional trataba de desaparecerlos después de realizar su misión. Si en este caso él

había insistido con el detector de bugs, había sido porque, al encontrar las ventanas abiertas, pensó que sólo existían dos posibilidades: que el asesino hubiera utilizado flying bugs y los extrajera después de cometer el crimen o que no hubiera tenido tiempo de sacarlos y los micrófonos aún se mantuvieran en activo. Él, simplemente, decidió pensar en la segunda variante, que era la única que les podía ofrecer éxito.

Pero ahora, la información de Josefa de que las ventanas estaban cerradas y ella las había abierto, aportaba una nueva posibilidad: que el asesino, al llegar al edificio con la intención de extraer los bugs, se hubiera encontrado con el apartamento totalmente cerrado y no hallara otra alternativa que desintegrar los micrófonos.

Pero ya Juan llevaba más de quince minutos revisando el piso, centímetro por centímetro, y la búsqueda seguía siendo infructuosa. Emilio estaba por pensar que no tendrían éxito cuando una lucecita roja se encendió en la caja magnética y el perito se volvió a él con el rostro radiante.

—¡Encontramos uno! —aseguró—. Está desintegrado en partículas minúsculas, pero no tengo duda: era un bug. Probablemente un flying bug. Si cada uno repele al otro a una distancia aproximada de tres o cuatro metros, vamos a encontrarlos todos enseguida—.

Emilio observó, con admiración, cómo el perito se movía ya hacia lugares más precisos, con perfecto conocimiento de su especialidad. No pasaron dos minutos antes de que hallara otro bug desintegrado. Al poco tiempo tenía localizados tres de ellos.

—Es posible que haya alguno más —afirmó Juan—, pero eso no aporta nada nuevo. Ya tienes lo que querías. Este apartamento estaba bajo vigilancia. Al menos había en él tres flying bugs.

—¿Y cómo los pudo desintegrar el asesino?

—Ciertos bugs vienen preparados para desintegrarse en caso de recibir una señal de determinada frecuencia. Si al llegar frente al edificio el hombre encontró las ventanas cerradas, de seguro utilizó un silbato electrónico ajustado a dicha frecuencia y los destruyó.

Emilio se quitó el mechón de pelo de los ojos.

—¿Cómo habrán podido entrar esos equipos en el país? —preguntó, como hablando consigo mismo en voz alta.

Mientras guardaba sus equipos, Juan le dijo:

—Varios bugs, una guía de luz-activada para manejarlos y el silbato electrónico ocupan poquísimo espacio, lo mismo que el receptor que debía captar lo que aquí se hablaba —y añadió—: Pero quiero decirte algo: cuando se vigila a un individuo los bugs son complementarios, pues la persona que está sola, generalmente, no habla. Es necesario también ver sus movimientos.

Emilio lo apoyó con su mirada.

—Más aún en este caso —reconoció el joven—, que buscaban el termo con la cepa y necesitaban saber cuándo el hombre lo traía o se lo llevaba.

—Con un bug —explicó el perito— tú puedes escuchar una conversación por teléfono, pero no puedes saber a qué número llamaron —y concluyó—: Estoy seguro de que utilizaron un eyelaser.

Juan se acercó a una ventana y se asomó. Después se volvió a Emilio.

—Si me das veinte minutos, hago un estudio de las posibilidades de visión que permite cada ventana sobre los puntos de mayor interés del apartamento, selecciono las más idóneas para vigilancia y, después, te hago una lista con los tres o cuatro edificios desde los cuales se pueda haber utilizado un eyelaser.

—¿Podrás? —le preguntó Emilio, sabiendo que, si existía alguien capaz de hacerlo, ése era Juan Rosabal.

—Al menos debo intentarlo. ¿No crees? —sonrió el perito.

—¿Y qué esperas?

## 9

Una noche, cuatro días antes del crimen, Don Kelgare ocupó una banqueta en la barra del bar Calesa, del edificio Colonial y, sin soltar el pequeño maletín de mano, pidió un Daiquirí. En lo que le preparaban el coctel, fue a la cabina telefónica y marcó el número de Myrna Andreopoulos. Cuando escuchó la voz de la griega, colgó.

La mujer estaba en su apartamento.

Kelgare regresó al asiento. El espumoso hielo batido del Daiquirí lo esperaba. Probó un sorbo de la bebida, preguntó por el baño y se dirigió hacia donde le indicaba el camarero.

Sin embargo, al llegar frente al letrero que decía HOMBRES, siguió de largo hasta otra puerta. La abrió y salió a un estrecho pasillo al aire libre. Desde allí pudo contemplar las luces de las habitaciones, en los bloques A y B del Colonial. Extrajo sus guantes del maletín y se los puso. Sacó también un plano y un juego de fichas maestras. Después de echar una mirada al dibujo, avanzó por el pasillo y se detuvo ante la tercera puerta. En unos segundos la abrió, entró y descendió por una escalera.

Se hallaba en el sótano central del edificio, que se comunicaba con cada uno de los bloques. Caminó hacia donde se encontraba la instalación de aire acondicionado y, al llegar, revisó de nuevo el plano. Después se acercó sin vacilar a la sección donde se hallaba el difusor y los conductores de aire del bloque B. Cuando localizo la válvula solenoide de entrada, tomó uno de los dos cables que iban a ella y lo torció hasta partirlo por dentro del forro. A simple vista, los cables quedaban como los había encontrado.

Miró su reloj. Tendría que esperar una media hora.

Al regresar al bar, acabó su Daiquirí y, pidiendo otro, lo saboreó con calma.

Veinticinco minutos después salió a la calle Curazao. El calor húmedo le resultó molesto en el cuerpo a pesar de las ropas ligeras que usaba. Kelgare no lograba acostumbrarse al calor del trópico.

Cruzó a la acera de enfrente y, desde allí, pudo observar que varias ventanas del bloque B habían sido abiertas ya. Una de ellas era del apartamento del sexto piso.

Caminó sin prisa mientras extraía una cigarrera y un encendedor de su maletín. Antes de llegar a la esquina se detuvo y abrió la petaca.

Y, como quien demora en escoger un cigarro, fue animando con la luz-activada que proyectaba su encendedor los tres flying bugs que contenía la cajita. Luego, uno por uno, los hizo ascender por el concentrado haz de luz del grosor de un Lápiz hasta el sitio que él deseaba: la ventana de la sala de Myrna Andreopoulos.

Después de comprobar que la tarea de introducirlos en el apartamento había concluido sin problemas, se alejó tranquilamente hacia la calle Arsenal, bajó a la estación del Metro y esperó.

Un minuto más tarde, sentado en el tren subterráneo, abrió su libreta y pasó una raya sobre las palabras MYRNA - F.B. Antes de cerrar, observó la siguiente tarea de esa noche: ARIEL-LOCALIZADOR y F.B.

## 10

El hotel Nuevo Regis, de Prado y Colón, era el segundo en la lista que le había confeccionado Juan. Antes de entrar en él, Emilio estuvo examinando el exterior del edificio. Por su situación y altura, según comprendió, sólo desde dos habitaciones del último piso se pudo haber vigilado el apartamento de Ariel Guzmán.

En la carpeta se encontró con un empleado que tenía los ojos saltones y ganas de pasar su turno de madrugada hablando. Sí, cómo no, compañero. En la habitación de la esquina se hospedaba un matrimonio finlandés con su hijo: Annuka y Samuli Landström. Paavo se llamaba el niño, sí. Más blanco que un pomo de leche. Y ese Landström tenía un carácter más extraño... Siempre andaba un poco encorvado y con los ojos encogidos, como si la luz le molestara. Bueno, toda esa gente de por allá arriba: Noruega, Suecia, Dinamarca... eran igualitos. No había forma de que se pusieran los espejuelos normalmente. No. Tenía que ser en la punta de la nariz o encima de la cabeza, enganchados en el pelo. Para eso no me compro espejuelos, señor. ¿La habitación de al lado? Deje ver. Se desocupó ayer por la tarde. Scott Savage. Un inglés. Aunque tenía más bien tipo de yanqui. Caminaba rápido, pisando fuerte. Y se ponía unas combinaciones... Bueno, usted sabe: los norteamericanos nunca han tenido gusto para vestirse. Son chambones. Pero su tarjeta de identificación decía que era inglés. ¿El número de la tarjeta? Sí, aquí está. Mírelo.

Emilio se dirigió al teléfono y llamó al Centro Nacional de Identificación. Al minuto le contestaron que no existía ciudadano ni visitante en Cuba con el nombre de Scott Savage y que esa numeración debía corresponder a un habitante de Irlanda, no de Inglaterra. Era falsa.

Evidentemente, Juan Rosabal había tenido razón. Ariel fue vigilado con un eyelaser además de los bugs. Pero, ¿cómo introduciría el asesino esos equipos en el país? Aunque el perito le había asegurado que había algunos tan

pequeños que resultaban asombrosos, no era fácil pasarlos por la aduana. Claro, es época de olimpiada, con la cantidad de personas que entraban y salían... Pero, ¿y el arma? Ésa sí que era imposible introducirla en el país sin que fuera detectada. Sin embargo, a Ariel lo habían matado con una pistola.

Emilio fue de nuevo a la carpeta.

—Por favor, compañero.

—Leoginaldo. Leoginaldo Almazán —dijo el de los ojos saltones—. Lo que usted necesite.

—Este huésped, Scott Savage, ¿se podría saber aproximadamente a qué hora salió del hotel?

Mientras el joven oficial hacía la pregunta, el otro ya estaba buscando en un tarjetero. Con dos dedos, separó uno de los cartoncitos.

—Savage, Scott —dijo—. Ese señor pagó su cuenta a las cinco y dieciocho minutos pasado meridiano.

—¿Usted me lo pudiera describir?

Claro que sí. Leoginaldo podía. Después de todo, compañero, el Nuevo Regis no era el Habana Libre ni el Giraldilla. En cualquiera de esos hoteles hubiera sido imposible. Éste era un hotel reformado, muy cómodo y céntrico, eso sí; pero con pocas habitaciones. Sí, mire, el señor Savage era un hombre relativamente joven, de unos cuarenta y pico de años. «Más o menos como yo», dijo. Musculoso y corpulento. Él le calcularía unos setenta y cinco kilogramos de peso, y de estatura... Bueno, no. Él sí era malo en eso de saber lo que medía la gente. Quizás un poco más bajito que Emilio, una gótica. Eso sí, andaba para arriba y para abajo con un maletincito que no soltaba para nada. ¡Ah, y hablaba español! Sí, bastante bien.

—¿Podría usted describirme cómo iba vestido cuando se fue?

No. El de los ojos saltones no podía. Pero que se esperara. Tito, el maletero, que trabajaba doce por veinticuatro y que había estado allí a esa hora, seguro que lo vio salir. Tito había ido a la cocina a tomar café, pero él lo iba a llamar por teléfono. Eso era rápido. Sí, Felo, que lo pusiera con Tito. Y Tito, que lo oyera bien: ¿no había visto irse del hotel por la tarde a ese tipo grande del maletín chiquito? Sí, el canoso. ¿Y cómo iba vestido? ¿Que no se acordaba del color del pantalón? ¿Y la camisa? Ancha... blanca. ¿La de

cuadritos azules? Él se la había visto puesta el otro día. Sí, que Tito no se olvidara de traerle un poquito de café cuando Felo terminara de colar.

—¿Tienen ustedes servicio de taxis? —le preguntó el investigador cuando el hombre colgó el teléfono.

—Sí. Tenemos tres fотomóviles y uno de gasolina —respondió Leoginaldo mientras sacaba una tablilla de debajo del mostrador y la revisaba—. Pero el señor Savage no pidió taxi. Aquí en la lista no está su nombre.

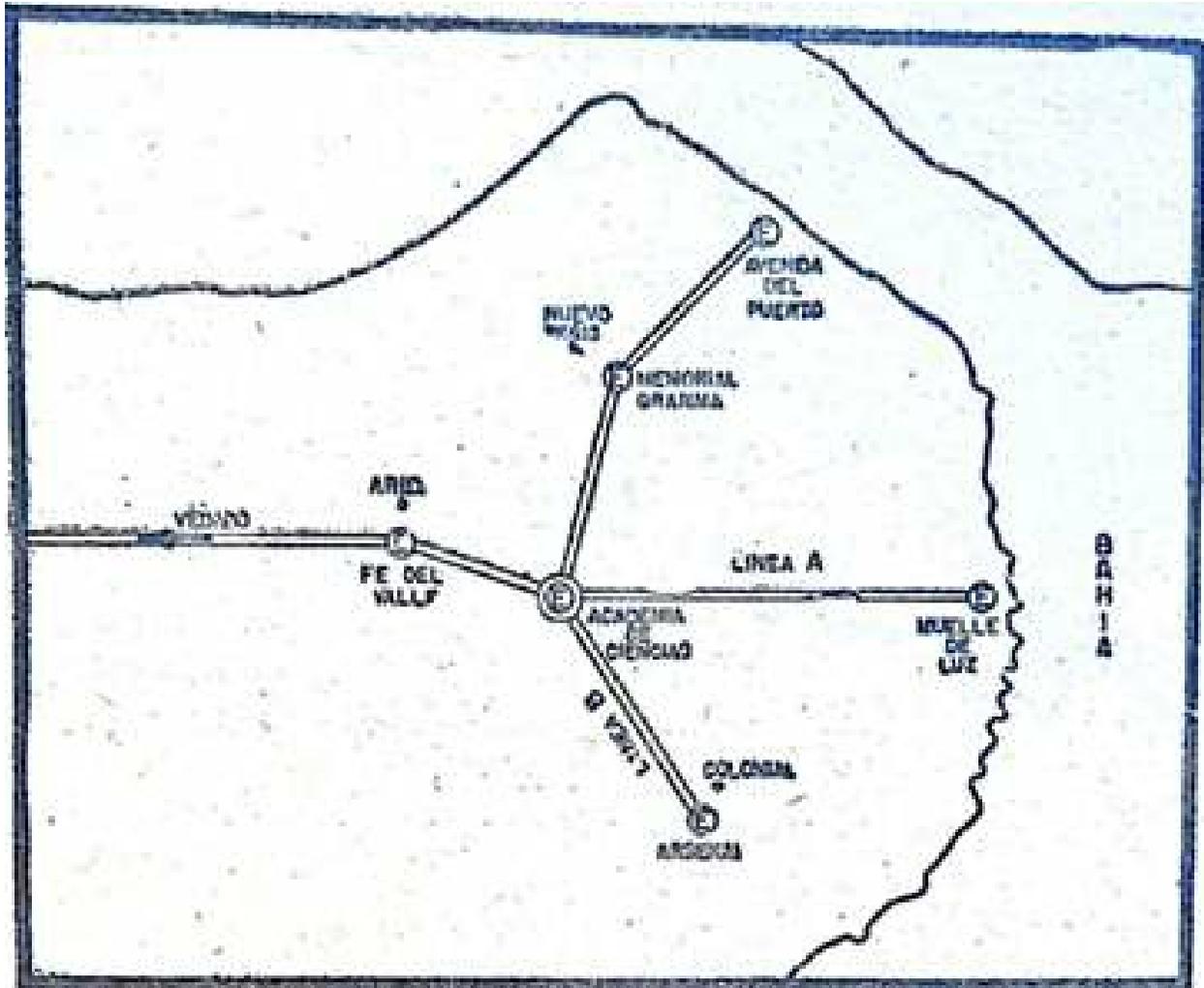
Emilio se extrañó. Tomar un taxi, en tiempo de olimpiada, no era tarea fácil en ninguna calle de La Habana. Y el hombre no aprovechó los del hotel. Hummm... Pero había otra posibilidad: tanto los residentes como los visitantes conocían que, debido a la aglomeración de vehículos y las dificultades del parqueo, no había forma más rápida de trasladarse en la ciudad que bajando al Metro.

—¿Puede darme unas hojas de papel? —pidió al carpetero.

Cuando el de los ojos saltones le dio las hojas con el membrete del hotel, Emilio se sentó en una butaca del recibidor y se inclinó sobre la mesa de centro. Necesitaba definir algunas cosas. Y verlas escritas le iba a servir de ayuda.

Primero: Josefa llegó alrededor de las cinco de la tarde a casa de Ariel y abrió las ventanas. Segundo: el asesino salió del hotel a eso de las cinco y veinte. Tercero: si luego de matar, hubiera ido primero al Nuevo Regis, al salir del hotel después de las cinco para la casa de Guzmán, hubiera hallado las ventanas abiertas ya, y habría sacado los bugs en vez de destruirlos. Cuarto: por tanto, el asesino fue a casa de Ariel antes de las cinco de la tarde, encontró las ventanas cerradas y tuvo que desintegrar los bugs con el silbato. Conclusión: el hombre fue primero a casa de Ariel y después al Nuevo Regis.

Emilio tomó otra hoja y dibujó en ella un esquema del tren subterráneo metropolitano. Cuando concluyó, se dedicó a estudiarlo con calma.



Emilio no tuvo duda para establecer el recorrido del hombre después del asesinato. Para él estaba claro y los horarios concordaban. El asesino, después de matar a Ariel en el Colonial, bajó al Metro en la estación Arsenal. En la Academia de Ciencias cambió de la línea B para la A y se dirigió a la estación Fe del Valle. Fue a casa de Ariel, desintegró los bugs y regresó al Metro. En la Academia de Ciencias hizo el cambio de nuevo para la línea B. Siguió hasta la estación Memorial Granma y vino para el Nuevo Regis. Hasta ahí no había problemas. Pero, ¿qué hizo después que abandonó el hotel a las cinco y veinte?

Como no solicitó taxi, Emilio supuso que regresaría al Metro por la estación más cercana: Memorial Granma. En ese caso, el asesino pudiera haberse dirigido a la zona del Vedado, a los muelles o a la estación Avenida del Puerto, la última de la línea B.

El investigador tomó otra hoja de papel y comenzó a hacer anotaciones para ayudarse a pensar.

Después de cometer el crimen, el hombre debía ir al Nuevo Regis y a casa de Ariel. Pero podía hacer el recorrido en el orden que quisiera. Su trayectoria estaría determinada por el sitio al que finalmente deseara dirigirse, o sea, su lugar de destino. Primero: de querer terminar en el Vedado, hubiera ido directamente de la estación Arsenal al Nuevo Regis y, después de abandonar el hotel, habría tomado de nuevo el Metro en Memorial Granma, cambiado de línea en Academia de Ciencias y salido en Fe del Valle. En la casa de Ariel hubiera sacado los bugs y habría regresado a Fe del Valle y cogido el Metro rumbo al Vedado.

Emilio observó el mapa. Eso hubiera significado coger cuatro trenes.

Segundo: si su destino, por el contrario, fuera la estación Muelle de Luz, también hubiera ido de Arsenal al Nuevo Regis y de ahí, por el Metro, cambiando en Academia de Ciencias, hasta Fe del Valle. Al regresar de casa de Ariel, habría tomado el Metro, directo, hasta Muelle de Luz. En ese caso, también hubiera abordado cuatro trenes.

Sin embargo —y esto era importante para Emilio—, ir a casa de Guzmán antes que al hotel, si su intención final era dirigirse al Vedado o al Muelle de Luz, implicaba tener que coger nada menos que ¡seis trenes!

Y si algo resultaba indudable para Emilio era que el asesino había ido a casa de Ariel antes que al hotel.

¿Por qué?

Según determinó el joven oficial, había sólo una explicación: el hombre fue primero a casa de Guzmán y después al hotel porque pensaba seguir luego para la estación Avenida del Puerto.

—¿No va a esperar el café? —le preguntó Leoginaldo cuando lo vio levantarse de prisa y caminar hacia la puerta—. Tito debe de estar al traerlo.

—No, gracias —respondió Emilio y abandonó el hotel rumbo al Metro.

En realidad le hubiera gustado una taza de café. Pero en ese momento, lo que más necesitaba era hallar al asesino. O, por lo menos, intentarlo.

El auto abandonó la calzada de Güines y tomó por la avenida de Dolores. La brisa de la madrugada penetraba por la ventanilla y movía los cabellos de la muchacha. Al salir del Instituto Cubano de Biotecnología, Marusha y Tony habían comentado algo sobre la información que les brindó Perea y la importancia de la cepa. Luego, de manera inconsciente, habían quedado ambos en silencio y así habían permanecido casi todo el viaje.

El oficial aprovechaba lo desierto de la avenida para avanzar a mayor velocidad. En un momento en que miró de reojo a Marusha creyéndola dormida, se extrañó al ver que sonreía.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—¿Eh? —dijo ella sorprendida.

—Te estabas riendo.

—¡Ah! —comprendió la joven y se apenó—. Nada. Me recosté a la ventanilla a repasar mentalmente lo que habíamos averiguado hasta ahora y, cuando llevaba un rato así, me di cuenta de que estaba pensando en mi mamá, mi hermanito, mi padre, todos en Baracoa... Y me reí de mí misma y de todas las cosas que tengo en la cabeza.

Tony detuvo el auto en el semáforo de Porvenir.

—No hay mejor computadora que el cerebro humano —afirmó—. Y esa frase no la inventé yo.

Cuando la luz cambió, el carro continuó su marcha por Dolores.

—El mismo Perea... —dijo Marusha—. Trabajando de madrugada, y llegamos nosotros y le hablamos de la posibilidad de espionaje. ¿Cómo se le habrá puesto la cabeza? Y sin embargo, pensaba en su hija, hablaba de su esposa y hasta le envió recuerdos a una amiga en Checoslovaquia. Yo sé que eso es así, pero me molesto conmigo misma cuando estoy en medio de una investigación y me vienen otras ideas a la mente.

—A todos nos pasa igual —confesó Tony.

Y era cierto. Él mismo, cuando Perea había dicho que a todo hombre le llegaba su momento de enamorarse y casarse, se vio tentado a pensar sobre el asunto. Era algo que le tocaba de cerca. Quizás los demás no se lo imaginaran. La propia Marusha, que había sido su alumna durante todo un curso, debía de tener una idea equivocada sobre él en ese sentido.

El auto atravesó la calzada de Diez de Octubre, insólitamente silenciosa, y avanzó por Lacret.

—¿Qué sucede? —le preguntó la joven.

—¿Cómo?

—Que ahora no era yo quien sonreía.

El investigador se encogió de hombros.

—Me pasó lo mismo —admitió—. Me acordé de algo que me dio risa, igual que a ti.

Pero no era totalmente cierto. Las dos sonrisas habían sido diferentes. La de él estaba motivada por una paradoja. Porque Tony se sentía un solitario mientras todos pensaban que le sobraba compañía.

¿Cómo podrían comprender sus compañeros que si lo veían cada cierto tiempo con una muchacha distinta era porque no acababa de hallar una con la cual se sintiera plenamente bien? Quizás fuera cierto que se ocupaba demasiado de su trabajo y que «a la pareja hay que darle calor», como le había dicho en una ocasión Ileana. Pero él se negaba a admitirlo. Estaba convencido de que toda la ternura del mundo se podía entregar en un instante si uno amaba y era comprendido. Lo difícil era encontrar una mujer que lo entendiera, a él y a su profesión. Tendría que sentirse ella realizada en su labor, fuera cual fuera, tanto como él en la suya.

Tony guió el auto por Goicurúa y se detuvo ante un portal. Marusha iba a decirle algo, pero el hombre no la dejó.

—Lo mejor es que bajes y descanses un rato —dijo y, extendiendo el brazo, abrió la puerta del lado de la joven—. Dentro de dos horas vendré a buscarte. Voy derecho al Centro de Computación. Tengo ganas de saber qué descubrieron Emilio y Oscar por allá.

Marusha salió del auto y comenzó a buscar las llaves en su cartera. Tony se asomó por la ventanilla.

—Te hubiera gustado estar allá, ¿verdad?

—¿Dónde?

—En el Centro de Computación —aclaró. Hizo una pausa antes de agregar—: Trabajando con Emilio.

Marusha dejó de buscar las llaves y lo miró muy seria.

—Para mí, tan importante es un lugar como el otro.

Tony sonrió.

—De eso estoy seguro. Te hablo solamente de *gustos*.

—¿Cómo?

—Sí, de una de esas cosas que se le meten en la cabeza a uno aunque esté ocupado en un trabajo.

—No entiendo —dijo Marusha a la defensiva.

—Yo sí. Está claro.

—¿La importancia del Centro de Computación?

—No trates de confundir al jefe.

—Tony, yo... —comenzó a explicar Marusha.

El oficial aceleró el motor y sonrió.

—Que descanses —finalizó en tono de broma antes de despedirse de la joven y dejarla inmóvil sobre la acera, mientras su auto doblaba por la avenida General Lee.

Marusha sacó las llaves de su cartera y abrió la puerta. Al entrar encendió las luces de la sala. Una mirada alrededor le hizo comprender que esa semana la casa se le iba a antojar demasiado grande. La butaca preferida de su madre estaba vacía y un juguete de Alfredito, su hermano, yacía abandonado en medio del pasillo.

Cualquier otra noche, sin importar la hora, hubiera encontrado a su mamá leyendo en la sala o escribiendo apuntes para un trabajo científico en la mesa del comedor. Pero Marusha sabía que era un pretexto. Tanto la madre como la hija no podrían dormir tranquilas sin la presencia de ambas en la casa. Y esta costumbre era invariable, aunque el arquitecto Marín, el padre de Marusha, se hallara en La Habana con algunos días de descanso.

Sin embargo, esa semana sería un poco especial. El arquitecto se encontraba trabajando en un plan de construcciones en Baracoa. Y su esposa, aprovechando las vacaciones escolares de Alfredito, había solicitado al Instituto de Etnología, donde trabajaba, viajar hasta la sede del centro radicada en esa ciudad oriental. Era un buen momento para llevar al niño.

Ahora ambos estarían ya en Baracoa y, en compañía del padre, recorrerían las calles y parques que tantos recuerdos le traían a Marusha. Pensándolo, la joven no pudo evitar un sentimiento de nostalgia hacia la ciudad más antigua de Cuba, donde ella había nacido veintiún años atrás.

Sus padres se habían conocido en Baracoa y allí vivió Marusha una buena parte de su niñez y juventud. También recordaba que fue en ese lugar donde se definió su vocación como criminalista, para absoluto asombro del arquitecto Marín e inquietud por parte de la etnóloga: fue un giro en la vida de la muchacha que sus padres no pudieron ni siquiera sospechar.

Cuando era niña, Marusha demostró tener una clara tendencia artística. La madre, notándolo, la estimuló para que hiciera una prueba en la Escuela de Arte de Baracoa. De esa manera, comenzó a estudiar ballet y se mantuvo en la danza hasta los catorce años. Pero ocurrió un hecho en esta época que cambiaría su futuro.

Cierta mañana, la Escuela de Arte amaneció consternada. Según declaró el sereno, unos ladrones habían penetrado allí durante la madrugada y, después de golpearlo en la cabeza y dejarlo sin sentido, robaron una buena cantidad de instrumentos musicales del almacén.

La indignación era muy grande, pero se impuso sobre ella la serenidad e inteligencia de la investigadora policial que atendía el caso. Marusha la admiró desde el primer momento. La oficial de criminalística se entrevistó con profesores y alumnos de una manera resuelta, segura, cuidando no omitir ningún detalle en sus preguntas.

Una extraña fascinación se adueñó de la joven mientras la veía desenvolverse en la escena del delito. Y le resultó inevitable tratar de encontrarse cerca —todo lo que se le permitía— mientras la investigadora trabajaba.

Resolver el robo se tornaba difícil, según podía comprenderse. Los ladrones habían penetrado por una de las ventanas del almacén. Pero sólo dos elementos podían confirmarlo: los pedazos de yeso de un florero de utilería para teatro se hallaban esparcidos por el suelo del recinto, al pie de la ventana, mientras que del otro lado, sobre el fango de un cantero, se encontraron unas extrañas huellas semicirculares.

Marusha estaba cerca cuando la investigadora examinó los trozos del florero y pudo escucharla asegurar a uno de los peritos que no creía que por allí hubieran penetrado los ladrones.

La oficial señaló los fragmentos y, mientras abría y cerraba la ventana para ejemplificar su hipótesis, explicó que de encontrarse el florero sobre la

mesita, interrumpiendo el camino de la ventana, hubiera sido derribado de otra manera. Al caer, los pedazos se hubieran esparcido en forma de abanico en la misma dirección del supuesto golpe. Sin embargo, no aparecían así: según confirmó el técnico al trazar con tiza la trayectoria, el ángulo de caída era casi el opuesto al pie de la ventana y quedó demostrado que empujaron el florero desde adentro.

Al salir del almacén, la investigadora observó las huellas. Eran de zapatos, pero con la particularidad de que el autor de ellas había caminado de puntillas. El técnico aseguró que, a juzgar por el tamaño de la puntera y la profunda línea que marcaba el diámetro del semicírculo, se trataba de un hombre alto y de buen peso.

Marusha notó en las pisadas un detalle que le resultó familiar. Y, ante la sorpresa de las compañeras que la rodeaban, llamó a la investigadora para decírselo.

La muchacha había apreciado que las huellas se parecían mucho a las que dejaban sus zapatillas de ballet cuando caminaba con ellas normalmente, sin pararse en puntas: siempre las punteras artificiales marcaban un rastro leve, distinto del resto de la suela, al no oprimirlas ningún peso.

Su observación fue escuchada con interés y seriedad por parte de la oficial. Pero a Marusha le pareció descubrir en su sonrisa de agradecimiento que ya la mujer había tenido en cuenta el detalle.

Y no se equivocó la muchacha. Como pudo enterarse después, ya en ese momento la investigadora sabía que el autor de las huellas había usado un zapato mayor que el de su pie, lo cual explicaba lo profundo de la base del semicírculo y la superficialidad del resto.

Era claro que lo había hecho para despistar, tratando de hacer creer que encontró la ventana abierta y penetró por allí en el almacén. Los fragmentos del florero confirmaban esta apreciación.

Poco después, la investigadora encontró, dentro de la ropa de utilería, unas botas grandes que se adaptaban a las huellas y probó que sólo alguien de la escuela podía saber dónde se encontraban, al no observarse registro en el lugar. De ese detalle pasó a tener en cuenta la pequeña herida del sereno — insuficiente para provocarle la inconsciencia— y las llaves que mantenía en

su poder. El resultado fue la detención del hombre como cómplice del robo y el posterior descubrimiento de los ladrones.

Cuando los instrumentos fueron devueltos a la escuela, la oficial investigadora felicitó cariñosamente a Marusha y, después de alabar su poder de observación, le preguntó en broma si no habría equivocado la carrera.

Sin motivo aparente, la idea comenzó a dar vueltas en la cabeza de la jovencita. Y cuando terminó la enseñanza media superior matriculó Criminalística en la Universidad de Guantánamo. En realidad, sus padres no se opusieron. La mayor reserva la encontró en la madre, quien no se explicaba cómo Marusha podía abandonar un prometedor futuro en la danza para emprender otros estudios. Pero los dos primeros años docentes de su hija, culminados con las mejores notas, borraron toda inquietud de su parte.

Al cabo de ese tiempo, la familia se trasladó definitivamente a la ciudad de La Habana, con excepción del padre, que continuaría su trabajo en las provincias orientales. La joven matriculó los tres últimos años en el Instituto Superior del MININT. Y allí había conocido a Emilio y a Tony. Marusha entró en su habitación y encendió la luz. De forma inconsciente se acercó a una foto que colgaba de la pared. Allí estaban retratados los alumnos del último curso con sus profesores. La segunda de izquierda a derecha era ella. A su lado estaba Emilio. Tony se hallaba de pie, detrás, junto con los otros profesores.

¿Qué habría querido decir el capitán con sus últimas palabras, antes de despedirse? ¿Se imaginaría algo?

Cuando la muchacha comenzó en el Instituto, no le prestó gran atención a Emilio. Fue después, más bien hacia el último curso, en que el joven y ella comenzaron una tácita emulación por obtener las mejores notas, cuando Emilio Serrano empezó a ser para ella algo más que un magnífico compañero. No supo si fue por la admiración que sentía por el muchacho, por la modestia y simpatía que lo caracterizaban o por la forma tan especial en que la trataba; pero lo cierto fue que comenzó a sentirse atraída por él.

En realidad lo comprendió el día en que una amiga le dijo en broma: «A Serrano le deben de estar sonando los oídos todo el día.» Y al ella preguntarle por qué, la muchacha le respondió burlona: «Porque tú no paras de hablar de él.»

En ese tiempo, Emilio se hizo novio de Ivette. Y Marusha, aunque siguió sintiéndose atraída por el joven, decidió no exteriorizar sus sentimientos.

Estaba segura de haberlo logrado. Sin embargo, ahora...

¿Por qué Tony habría dicho eso?

Marusha se alejó de la foto. Pensativa, fue hasta el closet a buscar la ropa que se pondría después de bañarse. Y una vez más se recriminó por estar pensando en cosas totalmente ajenas a la investigación.

## 12

La magia estaba comenzando. La luz, como color que llega de no se sabe dónde, se deslizaba sobre las calles y aceras, sobre los bancos de los parques y los contornos oscuros de los edificios. No entraba como la dueña deslumbrante que sería horas después, sino como un flotar silencioso e inofensivo, incapaz casi de mover la noche.

El hechizo del despertar de una ciudad iba difundiéndose por callejuelas y plazas de La Habana Vieja, apartando las tinieblas hasta zaguanes y portales. Sobre esas paredes impregnadas de brisa marina, donde las manos del visitante tocaban siglos, renacería uno de los más viejos ardidés del planeta para marcar la vida de los hombres. Era el amanecer sobre la ciudad.

Emilio lo contemplaba.

Parado a la entrada de la estación Avenida del Puerto, miraba hacia el canal de la bahía, por donde un buque se deslizaba en busca de la salida al mar. Había llegado allí diez minutos antes y sólo encontró un vendedor de periódicos y la soledad. Y ahora no sabía qué hacer.

—Oiga, joven —llamó una voz a sus espaldas y, cuando se volvió, observó que el viejo vendedor de periódicos.— situado junto a la escalera de entrada, le hacía señas.

Emilio se le acercó.

—¿Está esperando a una muchacha? —le preguntó el hombre y añadió—: Dígame cómo es ella y yo le voy a decir si ha estado por aquí. Hace una hora que llegué y nada más que han pasado cinco mujeres. Y tres de ellas... Bueno, eran un poco mayores que usted.

Emilio sonrió con la ocurrencia del vendedor.

—Busco a un amigo —dijo y, como apenado por lo ilógico de sus palabras, agregó—: Hace horas que pasó por aquí.

—¿Cuándo?

—Por la tarde, alrededor de las cinco y media —dijo el joven ayudándose con un ademán de la mano—. ... O seis menos cuarto.

—¿Cómo es él?

Sin detenerse a pensar, Emilio le describió los datos que poseía del asesino.

—Ese señor no ha pasado por aquí —afirmó el viejo de manera concluyente.

Emilio se echó a reír sin poder evitarlo y, luego, puso su mano sobre el hombro del viejo vendedor.

—¿Cómo lo puede saber? —le preguntó.

—Desde hace años vengo aquí dos veces al día —explicó el hombre mientras entregaba un diario a una señora que pasaba, y recogía en su mano la moneda—. Ahora, a vender el periódico de la mañana, y a eso de las cuatro, a vender el de por la tarde. Ya me conozco casi todas las caras. Son las mismas personas que día tras día cogen el Metro a esas horas. Yo sé los que compran y los que no. Las caras nuevas me llaman más la atención porque no sé si me van a comprar o no un periódico, y me fijo en ellas. Un hombre así no pasó a esa hora.

—Gracias, mi viejo —dijo Emilio y, después de despedirse del hombre, bajó las escaleras.

El mundo estaba lleno de personajes y ese que acababa de conocer era uno. ¿Cómo iba a saber el vendedor si el asesino había pasado o no por allí? El Metro transportaba, en total, unas cincuenta mil personas cada hora. ¿Cuántas saldrían por esa estación alrededor de las cinco y media de la tarde? El viejo estaba loco. Así que un hombre con esas características no pasó por allí. ¡Y con la seguridad que lo decía!

—¿Volvió para tomarse un cafecito? —le preguntó Leoginaldo Almazán cuando lo vio entrar de nuevo en el recibidor del hotel—. Aquí está. Yo dejé un poco para luego, pero lo podemos compartir.

Emilio le agradeció al carpetero y cogió la tapa del termo donde le había servido el café.

—¡Tito...! —llamó el de los ojos saltones, y un hombre gordo y bajito, que estaba sentado junto a la puerta, se desperezó y se acercó a ellos.

—¡Óigame —dijo con voz ronca Tito—, si no fuera por el café, a esta hora había que recogerme en camilla!

Leoginaldo le sirvió.

—Mira —te dijo—. Éste es el compañero que estuvo preguntando por el hombre canoso del maletincito.

—Humm —dijo el ronco mirando a Emilio mientras saboreaba el café—. Sí, yo lo vi ayer cuando se fue —Tito señaló hacia su izquierda—. El tipo no quiso que le cargara el maletín. ¡Y eso que lo llevaba lleno!

Emilio miró sorprendido al hombre.

—¿Por qué usted señaló hacia allá?

—Porque... ¿Cómo?

—Sí —insistió el oficial—. ¿Por qué usted señaló hacia Prado cuando habló de Scott Savage?

Tito abrió, las manos.

—Porque por allí se fue él. Salió por esa puerta, caminó hasta Prado y dobló a la derecha.

—¿Hacia Malecón?

Tito asintió.

—Claro —reafirmó con voz ronca—. Hacia Malecón.

Emilio se sentía igual que un rato antes, cuando se hallaba en la estación Avenida del Puerto. Hacía unos minutos que había salido a caminar por Prado, rumbo a Malecón, sin saber exactamente qué hacer. Sólo tenía los datos físicos de un individuo que había abandonado el Nuevo Regis a las cinco y veinte de la tarde del día anterior, a pie y con un maletín en la mano. Y ya había amanecido.

Al mirar hacia una de las calles laterales, el letrero lumínico del policlínico de la calle Refugio llamó su atención. Debajo del anuncio se encontraban estacionados dos autos de alquiler. ¿Y si el asesino, por

despistar, hubiera desdeñado los taxis del hotel para venir a tomar uno en esta piquera? Caminó hacia el lugar.

El responsable de la piquera usaba una gorra azul, de chofer de ómnibus, y tenía una cara de sueño que daba lástima. Emilio se identificó y le dijo lo que quería: necesitaba saber si un individuo con esas características, que llevaba un maletín, había cogido un auto allí, alrededor de las cinco y media de la tarde.

—¡Compañero! —exclamó el hombre ante la petición del investigador.

El de la gorrita explicó que allí trabajaban cinco autos por el día y dos de madrugada. Pero, obviamente, no eran los mismos choferes. ¿Cómo podía saber entonces si doce horas antes un individuo así alquiló o no un carro?

—¿Y ustedes no anotan los viajes? —insistió el investigador.

El responsable de la piquera abrió una libreta.

Por supuesto, compañero. Ellos si anotaban los viajes. Pero ¿no se daba cuenta el compañero que en la libreta no decía si el cliente era bajito o alto? Quizás hubiera otra forma de averiguarlo. A lo mejor. Casimiro había doblado el turno y estaba allí por la tarde... Tenía que ser una casualidad, pero no había peor gestión que la que no se hacía. ¿Casimiro, tú no habías doblado el turno? ¿No? Ya ve, compañero. Es difícil.

—¿Y no podríamos saber, al menos, si a esa hora alguien, quienquiera que fuese, tomó un auto? —sugirió Emilio.

¡Ah, compañero! Eso sí lo decía la libretica. Que lo dejara ver... Que lo dejara ver... Aquí. Aquí estaba. Sí, a las cinco y treinta y cuatro había salido un carro para la Víbora. Sí. ¡Ah, y que mirara el compañero! A las cinco y cuarenta habían alquilado otro para Guanabacoa, la tierra del babalao, como decían los viejos. Los tres taxis no habían regresado hasta después de las seis. Hasta las seis y diez la piquera había estado vacía.

—Necesito hablar con esos choferes.

—¿Cómo? ¿Ahora? Pero, compañero. Ellos deben de estar durmiendo.

—Es importante —aseguró Emilio.

El de la gorrita buscó en la última hoja de la libreta y leyó.

—Santiago tiene teléfono —dijo—. Y Perico vive aquí al doblar, en Industria y Colón. ¿Los despertamos?

Por tercera vez en la noche Emilio se sintió desconcertado, vacío de ideas.

Había llamado por teléfono a Santiago y el hombre, con voz soñolienta, les explicó que el pasajero para la Víbora había sido una viejita con un gato. Por otra parte, Perico, que afortunadamente cuando Emilio llegó a su casa ya se había levantado y preparaba café, le contó que había llevado para Guanabacoa a dos hombres, pero que ninguno de ellos se parecía en nada al que describía el investigador.

Y ahora Emilio se encontraba de nuevo en Prado sin saber hacia dónde buscar. El asesino había salido del hotel. Sin embargo, no pidió taxi allí, no se dirigió hacia el Metro y tampoco aprovechó la oportunidad de la piquera del policlínico. Y el hombre iba a pie y con un maletín.

Cuando el joven, siguiendo por Prado, vio el parqueo, comprendió que existía otra posibilidad. El asesino podía haber tenido un auto a su disposición. Para transitar por La Habana tomaría el Metro, pero para salir de ella usaría vehículo.

Emilio se encaminó hacia la oficina del parqueo. Una mujer de mediana edad y pelo teñido de rojo, muy amable, lo atendió.

Ella había acabado de entrar en el turno de por la mañana, joven. Pero no era molestia. Ella estaba para servirlo. Bueno ¡qué lástima!... Pero saber si un hombre así, canoso, de cuarenta y pico de años, alto y corpulento, había sacado un carro a esa hora, era prácticamente imposible. Petra, la señora de edad que trabajaba en el turno de por la tarde, tenía una memoria... malísima. Ella, en cambio, sí se hubiera fijado. Seguro que sí. Pero lo que se podía hacer era buscar en las boletas de ayer. Allí se anotaba la chapa del carro, la hora de entrada y salida para poder cobrar después. ¡Ay, a ella le parecía que se iba a poner de suerte, joven! Porque, que Emilio mirara. Ella era tan ordenada que, en cuanto llegaba por la mañana, anotaba lo que se había recaudado y botaba todos los papelitos. Pero como Emilio la había cogido en el mismo momento en que ella empezó... Ahí estaban, sí. Después de las cinco y media habían salido tres autos y una moto, y ahí se veían anotadas las chapas. Pero que el investigador la escuchara. La moto era de un muchachito que vivía enfrente, Pepito. Ahí todo el mundo lo conocía. ¡Ay, compañero, esos muchachos con las motos! Andaban por ahí hechos unos locos. A ella no había quien la montara en un aparato de esos. ¡Qué va! Cuatro ruedas o el

Metro. Ella se lo decía para que supiera que el de la moto no era el canoso alto, corpulento, que buscaba. Y aquel otro tampoco, porque, que Emilio mirara, ese carro era de Alfonso, el administrador de la cafetería del Packard. Un hombre alto, sí, pero delgado y de pelo negro. ¡Una persona más seria y distinguida! Muy correcto. Él era divorciado, sí. ¿Eh? No, los otros dos carros no los conocía por la chapa.

—¿Puedo usar el teléfono? —preguntó el oficial.

—Ay, joven. ¡Claro que sí! Mire. ¿Quiere la guía?

Emilio movió la cabeza mientras marcaba el número del Registro de Vehículos.

—No, gracias. No es necesario —dijo.

La mujer le sonrió antes de devolver la guía telefónica a su sitio.

Una hora después, Emilio se hallaba junto al carro. Al llamar al Registro le habían respondido que uno de los autos pertenecía al doctor Betancourt, Joaquín Betancourt, que trabajaba en el hospital Ortopédico. El otro era un auto de alquiler para turistas y había sido sacado de la agencia once días antes. El investigador mandó a circular el vehículo alquilado y pidió que le avisaran al teléfono de la piquera, en el policlínico de Refugio. Y, luego de agradecer a la mujer del pelo rojo, se dirigió allí.

En la piquera, el de la gorrita, después de asombrarse de verlo de nuevo, le prestó el teléfono y Emilio comprobó, de una llamada, que el doctor Betancourt era mulato y bajito.

Cuando recibió el aviso, en el cual le comunicaban que el auto alquilado se hallaba después de cruzar el túnel, cerca de la Vía Monumental, Emilio tomó un taxi de la propia piquera y se trasladó hasta allá. El carro patrullero que lo había localizado se encontraba esperándolo.

Emilio examinó el lugar. Al auto lo habían estacionado frente a uno de los edificios de apartamentos donde vivían las familias de los médicos y empleados del hospital Díaz Soto. Más adelante había otros automóviles. Todo estaba aparentemente en orden. Pero, ¿no era ésa la intención del asesino? —

—¡Sargento! —llamó Emilio a uno de los agentes del carro patrullero y le encargó una tarea.

—Los policías debían averiguar si, en ese edificio o en alguna casa cercana, vivía o conocían a un hombre con las características que él les daba. En caso positivo, avisarían de inmediato al puesto de mando para que se comunicaran con el capitán Ravelo. Eso era todo.

Emilio tenía otra idea. Si ése era el carro que usó el asesino, éste había ido primero a casa de Ariel y luego al Nuevo Regis, porque cerca del hotel tenía el vehículo donde se alejaría. Pero ahora lo abandonaba. No debía de estar muy lejos. Y el joven había visto, a una cuadra del auto, una parada de ómnibus. Allí se dirigió.

El letrero decía: AL SERVICIO DE LA OLIMPIADA. Media cuadra más adelante había otra parada oficial de ómnibus, para cualquier pasajero, que también se dirigía a la Villa Olímpica. ¿Era muy descabellado pensar que el extranjero que buscaba se pudiera hallar entre tantos otros que había en la Villa? Emilio creyó que no. Y esperó.

El amanecer se había convertido ya en una calurosa mañana de verano.

## 13

El día del crimen, en la habitación que ocupaba en el hotel Nuevo Regis a nombre de Scott Savage, Kelgare enfocó la imagen. En la pantallita del eyelaser se veía parte del cuerpo de Ariel Guzmán. Y éste hablaba por teléfono. Don Kelgare tenía en su oído derecho un diminuto audífono que le transmitía los sonidos captados por los bugs, tanto en casa de Guzmán como en la de Myrna Andreopoulos.

Cuando Ariel colgó el teléfono, Kelgare apagó los equipos y, con calma, se dirigió a la ventana y la cerró. Al regreso, desarmaría el emisor del eyelaser, que estaba sobre el trípode. Revisó su maletín, y después de comprobar que llevaba en él todo lo necesario, abandonó la habitación.

Después, al salir del hotel, se dirigió a la estación Memorial Granma y bajó al Metro. Mientras parecía contemplar el gallo de gran colorido que mostraba la pared del andén, repasó mentalmente los pasos del plan. No era difícil y, sin embargo, resultaba evidente que se había requerido de gran

cantidad de datos y horas de estudio para conformarlo. Marcel Fontenay era insuperable en su profesión.

Minutos más tarde, Kelgare ascendía las escaleras de la estación Arsenal y se encaminaba a la calle Curazao. En la barra del bar Calesa pidió un Daiquirí y fue hasta el teléfono. La voz enronquecida de Esteban Quiroz le corroboró que el crítico de ballet se hallaba en su apartamento. Todo iba saliendo como estaba previsto.

Luego de saborear la mitad del Daiquirí, se dirigió hacia el baño, pero no se detuvo hasta llegar al sótano del edificio. Allí revisó el plano y, sin prisa, se acercó a una puerta. Extrajo del maletín un *adviser* de contacto y lo clavó en la madera como si fuera una tachuela. Para probarlo, empujó la puerta con la mano y, de sólo ese leve estremecimiento, el zumbido del receptor del *adviser* comenzó a sonar en su maletín. Kelgare desactivó este último de momento y fue hasta la instalación de aire acondicionado.

En el panel, localizó la sección correspondiente al bloque B y manipuló el control de las ventanillas de regulación, moviéndolo hacia la posición de CERRADO. No podía dejar de admirar al francés por lo perfecto del plan. Todo estaba calculado. Al salir se quitó los guantes.

Tenía oportunidad de tomar otro Daiquirí y lo pidió. El sitio, con su refrescante temperatura, lo invitaba a quedarse. Midiendo el tiempo, Kelgare terminó el coctel, pagó y salió a la calle Curazao. Caminó despacio hacia Jesús María, como buscando una casa. Cuando escuchó en su maletín el zumbido del *adviser*, se dirigió a la puerta del bloque B y entró. Como esperaba, el recibidor estaba desierto. El portero había bajado al sótano. Kelgare se puso los guantes, caminó hasta la reja de la escalera, sacó un juego de fichas maestras y, en menos de veinte segundos, abrió la cerradura.

En el cuarto piso reinstaló los cables del registro de videos tal como Fontenay se lo había explicado ante el plano, en su casa de Canadá. Luego subió al quinto piso y, gracias de nuevo a las fichas maestras, entró en el apartamento. Estaba deshabitado.

Cerró la puerta y observó la sala. A un costado se hallaban una mesa y sus sillas. Al otro, dos butacones de respaldar alto y un televisor. Cerca de la puerta principal estaba situado un piano de cola, con su banqueta.

Kelgare extrajo del maletín dos pastillas odoríferas y las situó en ángulos opuestos de la sala. Luego, activó el *adviser* y lo dejó sobre el piano, junto al maletín. Sacó de este último una pistola y un silenciador. Los acopló con toda calma, como si se tratara de un rito.

Con la pistola en la mano, fue a uno de los butacones y lo rodó hasta situarlo directamente a tres metros ante la puerta principal. Se parapetó tras él, separó algo las piernas, apoyó la mano con el arma sobre el respaldar y apuntó al frente. Sería un trabajo facilísimo. Pocas veces se le proporcionaban mejores condiciones.

Después, colocó la pistola sobre el butacón y fue hasta la ventana. Por ahora sólo debía esperar a que el hombre que había espiado hablando por teléfono a través de su eyelaser apareciera por la calle Curazao.

Había transcurrido más de media hora cuando vio surgir a Ariel, proveniente de Merced. Kelgare se separó de la ventana y fue al teléfono. Sacó del bolsillo una banda de distorsión y la ajustó sobre el micrófono del aparato. Luego marcó el número del recibidor. Cuando le respondieron se presentó como Esteban Quiroz y, con voz entrecortada, le dijo al portero que el aire se había roto otra vez. Inconscientemente, miró el *adviser* sobre el piano. El equipo le sería de una utilidad incalculable para la sincronización del plan.

Colgó y fue a abrir la puerta principal. Desde allí comprobó en el panel de luces que, como esperaba, el elevador estaba descendiendo. Lo habían llamado desde abajo.

Un zumbido en el *adviser* le hizo saber que la puerta que iba del recibidor del bloque B al sótano, había sido abierta de nuevo. Un nuevo paso que se cumplía correctamente. El portero dejaba abandonado el recibidor. Ahora comenzaba la etapa más difícil, la que requería mayor precisión y rapidez. Todo debía efectuarse en el tiempo justo para permitirle salir del edificio antes que el empleado regresara del sótano.

Cuando las luces le indicaron que el elevador comenzaba a subir, oprimió el botón de llamada. El aparato se detendría en ese piso. Conocedor del tiempo que poseía, Kelgare fue hasta el butacón, tomó la pistola y se colocó tras él. Sin prisa, fue adoptando la más cómoda posición para disparar. Él,

que era capaz de acertar sobre una silueta, a una distancia de cincuenta metros, mientras saltaba por el aire en plena carrera, no gustaba, sin embargo, de los riesgos innecesarios.

Y de repente sucedió algo inesperado. En el panel de luces vio que el elevador se detenía en el tercer piso. Don Kelgare se mantuvo inmóvil. Esto no estaba previsto. Y tenía que decidir. Si Ariel continuaba solo, no habría variación en el plan. Pero, ¿si venía alguien más con él?

No lo pensó demasiado. Esperaría. Debía comprobar que era Guzmán el que había subido. De ser así, no se iba a detener todo el proyecto porque viniera acompañado.

El panel indicó que el elevador reiniciaba su ascenso. Kelgare se mantuvo en su posición. Se podía saber que no era una estatua porque su pecho y las aletas de la nariz indicaban su respiración.

El elevador llegó al piso. La puerta se abrió lentamente. Y para alivio de Kelgare, se borró su preocupación, no de matar a más de una persona, sino de tener que ocultar los cadáveres y tomarse más tiempo del debido. Ariel Guzmán estaba solo en medio del elevador y en su rostro se reflejaba la sorpresa por esa inesperada detención en el quinto piso.

Don Kelgare no le dio tiempo a comprender. Disparó.

## *Sexta parte*

# **Última Alternativa**

### **SALESMAN (VIDEOBOX)**

*Eddy... ¿Cómo estás, hijo? Sé que no esperabas verme así, en un video, a tu regreso de Palestina. Pero lo comprenderás bien cuando te explique.*

*Hubiera preferido escribirte, tachar frases, si era necesario, para volver a empezarlas otra vez. Sé que hubiera sido mejor así. Una carta estaría limpia, sin incoherencias. Y piensa en esto, hijo: ¡qué estupendo sería que la vida fuera como escribir una carta! Un día haces algo que no te gusta, ¿no? Bien, entonces tachas o borras, y empiezas de nuevo como si no hubiera pasado nada. Así, Eddy, no cometeríamos errores nunca. Y yo no me vería obligado, como ahora, a recibirte de esta forma.*

*Sí, es de un error mío de lo que quiero hablarte. Un error y un secreto. El único secreto que he tenido para ti desde que levantabas tres cuartas del piso. Por eso he preferido que me veas en lugar de leerme y puedas imaginar que estoy sentado frente a ti, en la sala de la casa, como hacíamos todas las tardes cuando los dos llegábamos del trabajo. Algo que quizás demore mucho tiempo en repetirse...*

Harrinson ajustó la barra de las pesas en los soportes. Luego se tendió sobre la tabla acolchada y, apresando la barra con las manos, la hizo descender sobre su pecho. Repitió el ejercicio treinta veces y devolvió la barra a su lugar.

Se sentó en la tabla mientras respiraba rítmicamente para recobrase. Se sentía en plena forma y esto lo hizo sonreír vanidoso. Ya muchos jóvenes, pensaba, quisieran encontrarse en su lugar, tener su fuerza física y agilidad, a los cuarenta y cinco años.

Y de cierta manera no le faltaba razón. Aunque el Richard Harrinson de ese momento no fuera ni la sombra del joven futbolista de Harvard que hacía poner de pie a los asistentes al estadio. Pero de aquello habían pasado más de veinte años y, a su manera, trataba de resignarse.

Nunca fue un buen estudiante y el deporte no le garantizó el futuro. Repetía, un año tras otro en la Universidad gracias a la tolerancia de los directores, quienes no querían prescindir de una estrella del rugby en su equipo. Pero un buen día —malo para el joven Harrinson —tuvo necesidad de buscar trabajo y se encontró sin calificación profesional en un país de veinte millones de desempleados.

Gravitó por varios Estados de la Unión sin encontrar algo que mereciera la pena y calmara su ansia de aventuras. Fue en esta época cuando conoció a un grupo de muchachos que, partiendo de la zona del Greenwich Village, asaltaba a los transeúntes en cualquier calle solitaria. Muchos de ellos eran graduados universitarios y Harrinson supo nuclearlos a su alrededor. Pensaba utilizar aquella inteligencia desperdiciada para empeños mayores, con menos riesgos.

¿Para qué asaltar a jubilados y gente mediocre que apenas tenía cinco dólares en el bolsillo?, argumentó ante el grupo. Tampoco era rentable arremeter contra los pequeños comercios del Bronx o Harlem y muy riesgoso lanzarse a las tiendas principales, preñadas de alarmas. Con respecto a los bancos: ni soñarlo. Eso pertenecía a otra época y a las películas de gánsteres. Había que imponer la inteligencia. Y él, Richard Harrinson, se encargaría de hacerlo.

Los primeros robos de la pandilla tuvieron éxito. Harrinson se dedicaba a estudiar los palacios de la periferia, indagaba entre los criados de la zona,

seguía a los dueños y montaba un eficaz sistema de vigilancia hasta reunir toda la información necesaria. Luego trazaba un plan, distribuía las tareas y efectuaba el hurto. De esa manera saqueó las casas de varios magnates.

Pero un día encontró, la horma de su zapato.

Un miembro de la banda sugirió asaltar una mansión en Park Avenue. Según se había informado, la habitaba un viejo enclenque que vivía solitario, con la excepción de un par de criados. Harrinson se interesó. Y averiguó más detalles.

La casa pertenecía a un tal Moshe Goldbell, un judío comerciante en pieles. A primera vista, semejaba una fortaleza. Estaba rodeada de una cerca de hierro bastante alta y todas las ventanas inferiores eran enrejadas. Tenía un sistema de alarma sencillo, pero eficaz. Varios del grupo se opusieron a penetrar en ella. Pero a Harrinson no lo detenían aquellas nimiedades. Decidió dar el golpe ayudado por dos muchachos.

Uno de ellos era ingeniero en electrónica y, antes de comerse el diploma con salsa de tomate, prefirió integrar la banda de Richard. Éste le destinó la tarea de desactivar el sistema de alarmas. El otro, apodado el Flaco, lo ayudaría en el robo.

El momento apropiado llegó una noche en que vieron salir al dueño de la casa en un auto, conducido por uno de sus dos sirvientes. Harrinson no lo pensó más.

Seguido por sus cómplices, saltó la cerca y, rodeando la edificación, escogió el mejor sitio para lanzar un garfio hacía el muro de la azotea. Tuvo éxito al primer intento. Luego, con su destreza de atleta, escaló la pared sostenido por la cuerda y ayudó a sus compañeros a subir después de forzar una de las ventanas de la segunda planta.

El ingeniero desactivó las alarmas en pocos minutos y regresó abajo, por orden de Harrinson, a esperar allí el producto del robo. Para efectuarlo, el jefe tomó distinta dirección que el Flaco, conviniendo antes en que se encontrarían en aquel salón al cabo de diez o quince minutos.

El plan se cumplió en sus dos primeros tercios. Harrinson penetró en la biblioteca y, sin peligro de que sonaran las alarmas, descolgó pinturas de las paredes y enrolló varios tapices. También algunos objetos de oro y plata pasaron a su bolsa sin tropiezo alguno. Satisfecho, se dirigió de nuevo al

salón y, no hallando al Flaco, se dispuso a bajarle al ingeniero su botín. Pero tampoco pudo ver a éste en las intermediaciones. Ya iba a llamarlo con un silbido cuando sucedió algo que lo dejó clavado en el piso.

Ante sus ojos, la cuerda con el garfio cayó desde la azotea de manera silenciosa. Desconcertado por el hecho, Harrinson se volvió hacia el salón.

Al principio, no distinguió bien la silueta que se movía bamboleante en el otro extremo, junto a las puertas. Pero no demoró mucho en reconocerla. Harrinson sintió un escalofrío que le erizó los cabellos de la nuca cuando, para que no le quedara duda, la luz del salón se encendió y el enorme oso pardo abrió sus fauces, libres del bozal que uno de los hombres acababa de quitarle.

La bestia se lanzó hacia Harrinson, pero éste tuvo tiempo de reaccionar. Aguardó a que se encontrara a pocos metros de él, para llevar atrás la pesada bolsa que portaba y arrojársela con todas sus fuerzas contra el hocico. Esto entretuvo al oso unos segundos, pero le parecieron suficientes a Harrinson. Con una rápida carrera, le dio un empujón al hombre más próximo que trataba de cortar el paso y, saltando con las rodillas y codos por delante, rompió el ventanal de la pared. La caída de casi seis metros fue amortiguada por el mullido césped, pero no evitó que perdiera el conocimiento de inmediato.

Al despertar, se encontró atado a una sencilla cama de hierro en un cuarto en penumbras. Pero no se hallaba solo. Unos gruñidos a su izquierda delataron la presencia del oso mientras frente a la cama, sentado en una butaca, lo miraba con una sonrisa astuta un hombre alto y canoso.

El viejo se presentó como Moshe Goldbell y su primera frase resultó curiosa para Harrinson. Le dijo que admiraba la valentía como la primera virtud del hombre y felicitó a Richard por considerarlo valiente. Acababa de demostrarlo. En cambio, sus otros dos compañeros... Uno de ellos, el que esperaba al pie de la casa, había saltado la reja en un solo movimiento al presentir a *Sharon* —señaló al oso—, mientras que al otro hubo que despegarlo con pinzas de la lámpara de la sala. Los había dejado marchar, ya que no le interesaban.

Sin tener la menor idea de lo que se traía entre manos el viejo, Harrinson lo escuchó hablar sin interrumpirlo una sola vez.

Según explicó el judío, alguien, un amigo, le había puesto en antecedentes que varios jóvenes rondaban su casa y, para salir de duda, decidió colocar un cebo esa misma noche. El resultado era ya conocido. Pero Goldbell no se arrepentía. Discursó unos minutos sobre las pocas oportunidades que recibían los jóvenes en el país para poner en práctica sus iniciativas y terminó haciéndole una «oferta generosa» a Harrinson.

Necesitaba gente de valor para algunas misiones que lo requerían. Como ya Richard había comprendido, no era un simple exportador de pieles finas, aunque eso dijera su tarjeta de presentación. Su negocio era otro, algo más lucrativo, y si el joven se interesaba ganaría mucho dinero a su lado.

Richard Harrinson no lo pensó mucho. Y, pocos días después, partía en un avión comercial de las aerolíneas israelíes rumbo a Centroamérica. Por supuesto, las grandes cajas que se transportaban bajo el visto bueno del Buró Especial de Inteligencia norteamericano no contenían pieles. Moshe Goldbell contrabandeaba armas de una manera bastante legal. Las adquirían grupos fascistoides y todo tipo de mercenarios, semejantes a los que en años anteriores trataron de desestabilizar a los gobiernos revolucionarios de Nicaragua y El Salvador, y ahora lo hacían con el de Guatemala y varias repúblicas africanas.

La labor de Harrinson era hacerles llegar las armas, con el beneplácito del Departamento de Estado, a esos «luchadores contra el comunismo». Con ello ganaban los mercaderes judíos varios millones de dólares y el Gobierno norteamericano cuidaba su imagen ante el mundo al «no intervenir en los asuntos internos de otros países».

Sin embargo, Harrinson no estaría mucho tiempo junto a Goldbell. En realidad encontraba aburrido el trasiego de armas y, salvo un par de escaramuzas sin importancia, el negocio no le saciaba la intensa sed de cambios y aventuras que necesitaba su carácter.

Fue en Marruecos, durante una de sus travesías para abastecer a los grupos que hostigaban a la República Saharaui, donde conoció a Tahreh Ansari.

Jefe de un comando de mercenarios a las órdenes de las transnacionales, Ansari —un traidor a la revolución iraní— deslumbró al norteamericano. Ante él, Harrinson creyó encontrarse con un alter ego, alguien que sólo

necesitaba una tarea riesgosa para ser feliz, como le sucedía a él mismo. Su amistad con Ansari creció durante un segundo embarque de armas a Marruecos. Y una noche, en que habían dado cuenta juntos de media docena de tintos españoles, quedó sellado un pacto entre ellos.

Al día siguiente, se despedía de Goldbell en una escueta nota y pasaba a formar parte de los Angry Leopards, el comando de Ansari, con el grado de sargento primero.

Harrinson se destacó en las primeras tareas. En ellas descubrió que matar podía ser una prueba constante de sus capacidades. Por el contrario de los asesinos profesionales, que daban muerte a un semejante sin sensaciones, como pudieran presenciar la caída de una hoja en otoño, el norteamericano apretaba el gatillo con un placer morboso, netamente sádico.

Se convirtió en la mano derecha de Ansari. Juntos emprendieron sabotajes contra las industrias saharauíes, destruyeron pozos de petróleo en Irán y hostigaron las construcciones que se llevaban a cabo en las regiones fronterizas de Libia.

Pero la labor que consagró a Harrinson fue el rescate de un alto gerente de la Kruppen alemana en Turquía. Los Angry Leopards fueron llamados por el consorcio con toda urgencia a ese país. Se trataba, según les explicó un funcionario de la Kruppen, de intervenir en cierta mansión de las afueras de la ciudad de Izmir antes que el problema llegara a trascender, incluso al Gobierno turco, en toda su magnitud.

En el lugar se hallaba secuestrado un gerente con toda su familia, y el grupo de musulmanes que lo tenía prisionero iba a exigir que se hiciera pública una denuncia. Por esa época, la Kruppen había estado probando una extraña arma química, de uso individual, que esterilizaba por contacto a los seres humanos como reacción secundaria. Para corregir este defecto y perfeccionarla, el consorcio había escogido varias ciudades turcas superpobladas. Pero la noticia se había filtrado a una organización religiosa musulmana cuyos miembros tomaron por asalto la vivienda del gerente.

Ansari y Harrinson estudiaron un plan tras otro, pero los desecharon todos. El norteamericano decidió, como única solución, atacar de frente mientras él se descolgaba de un edificio aledaño hasta el techo de la vivienda y trataba de entrar por un desván. El funcionario de la Kruppen no puso

reparos. Sólo pidió que trataran de rescatar vivo al gerente. Y esto se cumplió.

Harrinson, mucho antes de que llegaran sus compañeros, logró entrar en la casa y ametralló sin cesar a todos los que encontró a su paso. En la acción murieron tres hijos del gerente y la esposa, pero el alemán sólo recibió un arañazo de bala en una mano.

Pese al pedestre desenlace, la acción fue calificada como un éxito por la directiva del consorcio. Todos los musulmanes habían resultado muertos en la balacera y ya no habría denuncia que mancillara el buen nombre de la Kruppen.

Sin embargo, algunos de los Angry Leopards perecieron también. Entre ellos Tahreh Ansari, su jefe, de un balazo en la cabeza. Con su muerte, el comando perdió cohesión por más esfuerzos que hizo Harrinson para mantenerlo. La mayoría de los mercenarios comprendió que el pellejo era uno solo y había que cuidarlo.

Desestabilizado, el norteamericano vagó por algunos países africanos ofreciendo sus servicios. Fue en ocasión de una visita a Sudáfrica cuando le hablaron de Don Kelgare.

Cuando lo conoció, quedó impresionado por la dureza y sangre fría de su compatriota. Le recordaba a Tahreh Ansari, pero reconocía en Kelgare menos improvisación y mucha más cautela. Tardó poco en integrar el comando de Misiones Especiales que dirigía Don. Pero sólo le quedó como recuerdo una herida en una pierna, diez años en la prisión de Mozambique y un odio contra el jefe de su comando que fue creciendo con el tiempo.

Después de salir en libertad, Harrinson regresó a Norteamérica. De sus antiguas amistades, sólo encontró al ingeniero que le había ayudado en aquel intento de asalto a la casa de Moshe Goldbell. Según le contó al viejo Dick, apodo que se ganó Harrinson en África, le iba bien en su profesión. Trabajaba en algunas misiones delicadas de espionaje para la Texxon, y su jefe, Warren Sturgeon, estaría encantado de conocerlo.

Pocas semanas después, Richard «Dick» Harrinson entraba en la plantilla de la Texxon Group Inc. como hombre de acción. Y le bastaron sólo unos meses para convertirse en el mejor agente de Sturgeon cuando se trataba de una labor riesgosa, sangrienta y difícil.

En ellas se encontraba en su elemento, como el pez en el agua. Y por eso sintió cierto placer cuando George White, la mano derecha de Sturgeon, penetró en su gimnasio privado, donde se entrenaba cada mañana durante tres horas, y le advirtió con el rostro tenso:

—El calvo te necesita. Ahora mismo. Y dice que no admitirá demoras...

## 2

El jugador evadió hábilmente el gardeo y, de espaldas al aro, saltó mientras alargaba el brazo con el balón. Fue una canasta perfecta y sus compañeros lo felicitaron. De inmediato, el entrenador les indicó otra combinación.

Emilio no atendía al terreno. Con la mayor rapidez posible, pasaba revista a los pocos espectadores que presenciaban las prácticas, en busca de uno que reuniera las características del asesino. Y nuevamente los resultados fueron negativos.

Desde que llegó a la Villa Olímpica, había visitado la pista de atletismo, el campo de hockey sobre césped y la piscina de clavados. En cada sitio había observado a funcionarios, delegados, atletas, periodistas y hasta simples espectadores. Más todo había sido inútil.

El asesino podía estar allí. Pero el joven oficial sabía que la tarea era titánica. ¿Cómo hallarlo? ¿Visitando cada una de las instalaciones deportivas? ¿Y los edificios donde se hospedaban las delegaciones? ¿Y el Centro de Prensa?

Emilio optó por sentarse en las gradas del tabloncillo de baloncesto. Era necesario analizar la situación antes de proseguir la búsqueda.

La Villa Olímpica se había edificado entre la Vía Monumental y el pueblo de Casa Blanca, a continuación de la fortaleza de La Cabaña. El lugar se escogió por estar a escasos minutos de La Habana metropolitana, con fáciles vías de acceso, ya fuera a través del túnel de la bahía o por medio de los ómnibus anfibios que hacían el trayecto entre Casa Blanca y el muelle de Caballería.

Allí se construyeron los edificios que albergarían a las delegaciones de los múltiples países participantes. Y, para facilitar el buen funcionamiento de

la Olimpiada, se habilitaron campos de entrenamiento para distintas disciplinas, lo que evitaría el innecesario movimiento de los atletas.

Como los terrenos se consideraron apropiados, se levantaron en ellos algunas nuevas instalaciones que, durante el encuentro, servirían para las competencias oficiales. La piscina olímpica y el velódromo —este último construido con maderas preciosas cubanas— se destacaban por su belleza y perfección.

Pero lo que más había resaltado la Prensa, quizás por lo novedoso de su diseño, era el Monorriel. Diversas fotos habían salido en diarios y revistas donde se veían las distintas estaciones y hasta se había publicado un mapa con un esquema de su ruta. Su instalación era de tipo experimental y en el recorrido llevaba a sus ocupantes en un paseo por toda la Villa.

Emilio lo recordaba. Y ahora él se encontraba allí, en medio de las obras creadas para el evento, y su propósito no tenía relación con el deporte, sino con una investigación policíaca.

Abandonó las gradas, bajó las escaleras y salió a la calle. A pocos pasos de él, cerca de la esquina, había un poste señalizado. Se aproximó. Allí se informaba que, hacia la derecha, estaban los campos de entrenamiento de softbol y tiro, y el Centro de Prensa. A la izquierda, las piscinas de nado sincronizado y polo acuático, y las instalaciones de práctica de esgrima y judo. Según se indicaba, el boxeo, tenis de mesa, lucha y otras disciplinas, quedaban más adelante.

Allí, detenido ante tantas posibilidades, fue evidente para él que necesitaba ayuda, que podía ser un grave error querer hacerlo solo. Y decidió llamar a Tony. Se dirigió hacia la derecha, en busca del Centro de Prensa. Según avanzaba, unos estallidos secos, que primero llegaron vagamente a él, fueron creciendo en intensidad.

«¡Disparos!», pensó de repente, y la tensión que le contrajo los músculos se aflojó al instante, al comprender que se trataba del entrenamiento en el cercano campo de tiro.

Y no supo si fue porque la necesidad de comunicarse con el capitán le hizo recordar las grandes dudas que aún quedaban en la investigación o porque, sin él saberlo, en su mente había estado naciendo una idea. Lo cierto

es que a unos metros del Centro de Prensa, al escuchar nuevos disparos, se detuvo y, en un segundo, lo vio todo con claridad.

### 3

—Robert Menotti. Oscar no tiene duda —afirmó Tony mientras guiaba su auto por la calle Desamparados, bordeando el puerto—. Menotti y Myrna coincidieron en Los Ángeles, en varias ocasiones, cuando ella tenía diez años de edad y se dedicaba a la prostitución. Poco después Myrna ingresó en la San Diego Arts Academy, a estudiar ballet. ¿Quién le costó los estudios?

—¿Y no pudo ser otro que Menotti? —inquirió Marusha tratando de analizar la información.

—Menotti y ella han estado, coincidiendo periódicamente en distintos sitios durante los últimos catorce años. Si Myrna se hospeda en un hotel de París, él alquila una casa en las cercanías. Si ella inicia una gira por Italia, él visita las filiales de la Texxon en ese país. Son demasiadas coincidencias. Además, Menotti ha estado en constante relación con West Arts Foundation, que subvenciona a Universal Dancers. Y ha hecho grandes donaciones.

—¿Tan poderoso es? —preguntó la muchacha.

El auto abandonó Desamparados y tomó por Egido.

—Menotti es vicepresidente de Imagen Pública de la Texxon Group Incorporaron. Decir Robert Menotti es decir Texxon.

Marusha se volvió hacia el oficial.

—¿No fue la Texxon una de las compañías que nombró Perea como productoras de propano y alimentos?

Tony aminoró la marcha del vehículo y lo guió por la calle Merced.

—Sí —dijo—. Y Oscar me informó que la mayoría de las acciones de la Texxon pertenecen al grupo financiero Mayor Guaranty Trust, el mismo que, indirectamente, manipula al periódico *Greater London News*. Y allí trabaja Anthony Wren, un crítico de ballet que ha contribuido mucho a elevar el prestigio de Myrna.

El auto se detuvo en la calle Curazao, ante el bloque B del edificio Colonial.

—Al parecer, Menotti me vio tan bella que quiso tomarme exclusivamente para él. Yo tenía sólo diez años, pero estaba ya tan cansada de luchar contra el mundo que vi una oportunidad de hacer mi vida más fácil. ¿Él no quería mi cuerpo, mi belleza? Bien. Yo necesitaba ser importante, sentirme respetada. Le pedí que me pagara una academia de ballet. Siempre me había gustado ver a la gente bailando, y sola, en mi casa, imitaba ademanes y movimientos. Para Menotti fue un antojo de niña. Para mí era una forma de comenzar a ser persona, de hacer, por primera vez en mi vida, algo que en verdad me gustara.

La joven bailarina griega hablaba con aparente tranquilidad, sentada ante Tony y Marusha, quienes escuchaban su confesión en la sala del apartamento. Tan pronto los dos investigadores llegaron acompañados del sargento Álvarez y, haciendo uso de la información que poseían, la acusaron de ser cómplice del asesinato, la joven se limitó a sonreír.

—Nadie se merece que yo me sacrifique tanto —dijo entonces, con sólo un ligero temblor de los labios—. No he tenido nada que ver con esa muerte. Voy a decir cuál ha sido mi única participación.

Y comenzó su historia, que sólo detuvo, en algunas ocasiones, para encender un cigarro.

—En París, fingí estar de acuerdo en todo con Esteban Quiroz porque, además de que él me gustaba, me podía ayudar a obtener el curso de la Escuela Cubana de Ballet, muy difícil de conseguir en el mismo año en que uno lo solicite. Él también logró que me alquilaran este apartamento. Después me era cómodo tenerlo de amante. Hasta que recibí un aviso de Menotti.

Marusha dejó de anotar en su libreta por un instante.

—¿Relacionado con Ariel Guzmán? —preguntó.

—Sí. *Salesman*, como le decían ellos. Querían que lo chantajeara, que lo obligara a trabajar de nuevo para la Texxon. Y comprendí que lo mejor que podía hacer era romper con Esteban, pues éste se daría cuenta y su amor por mí no iba a evitar que me denunciara. Esteban pensó que lo dejaba por Ariel y yo preferí que lo creyera así —la muchacha miró al piso y sonrió con cierta tristeza—. Después de todo, la pasé bien con Esteban. Es un hombre formidable, muy apasionado y tierno. No es brutal, como Menotti.

Tony, que había estado escuchando todo echado hacia atrás en su asiento, se inclinó hacia la griega.

—¿Usted tenía entonces que recibir la cepa y llevarla para el extranjero?  
Myrna negó con la cabeza mientras encendía un nuevo cigarro.

—Ariel me avisó que, un día de esta semana, iría al Departamento de Microorganismos Industriales con el pretexto de revisar los equipos de fermentación y que no saldría de allí hasta llevarse la cepa. Yo lo comuniqué a la Texxon y ellos enviaron un agente a recogerla.

—¿Por qué? —se interesó el capitán.

Myrna evadió su mirada al responder con resentimiento:

—No fue Menotti quien pagó mi carrera. Él me incluyó en la lista de agentes que la Texxon prepara para cuando los necesita. Y mi fachada había costado demasiado para dejar sospechas sobre ella. El agente que enviaron se llevaría la cepa y yo continuaría mi curso en Cuba —la muchacha miró a Tony por un instante—. No se preocupen ya por ese hombre. Yo le avisé de la muerte de Ariel y desde hace horas debe de haber salido del país.

Marusha se volvió hacia su jefe, intrigada.

—No fue la Texxon quien asesinó a Ariel Guzmán —dijo—. ¿Quién entonces?

—Cuando se abrió el elevador y lo vi muerto, no entendí nada —intervino Myrna—. Sólo atiné a entrar y registrarlo. Pero el termo no estaba —dejó caer al suelo la colilla que sostenía en la mano—. Después pensé que lo hizo cualquier otro consorcio: Abyss, Kruppen o como se llame. El nombre da igual —levantó la vista, pero no miró a nadie en particular—. También comprendí que yo había terminado, que en cuanto fuera descubierta ya no le serviría a la Texxon ni a nadie. Que se acabaría el ballet, la fama, la vida. Comprendí que sería el fin.

#### 4

—Cuba proporciona las armas y proyectiles de práctica. Ésas las controlo personalmente. Las armas que traen las delegaciones se guardan después de las competencias. Y sólo las pueden extraer o guardar los entrenadores de cada equipo.

En la oficina del campo de tiro, Emilio escuchaba al funcionario cubano, encargado de organizar las sesiones de entrenamiento y competencias de ese deporte. El hombre, de pequeña estatura y muy activo, se movía constantemente tras su buró, pero su explicación resultaba muy precisa.

—Tanto las carabinas como las pistolas—explicaba el organizador— se guardan en la armería central. Ni una sola arma sale del campo de competencia.

—¿Y ningún equipo ha reportado la pérdida de una pistola? —inquirió Emilio, temiendo una respuesta negativa—. Hay un arma de la Olimpiada complicada en un delito.

El hombre movió la cabeza.

—Eso no es posible —aseguró—. Yo mismo sellé las cajas de armas de los equipos eliminados y están en la armería hasta que esas delegaciones partan. Y los equipos que están practicando no han reportado pérdidas. Debe de haber alguna equivocación, teniente. De aquí no ha salido ninguna pistola.

Después de escuchar las palabras del funcionario, Emilio corroboró que no podía acometer él solo la tarea. Ya había llamado al puesto de mando y allí localizarían a Tony. El capitán no demoraría en llegar.

—Voy a observar las prácticas —dijo al organizador—. En cuanto lleguen mis compañeros, avíseme.

Cuando abandonó la oficina, Emilio bordeó la cerca que rodeaba el campo de tiro hasta alcanzar la entrada. Allí se identificó y caminó hasta la plataforma de los tiradores. Se estaba realizando una sesión de entrenamiento de pistola libre, para hombres. El joven oficial avanzó despacio, tratando de no molestar en lo más mínimo la concentración de los deportistas, y se situó junto a una columna. Desde ese sitio, se dedicó a examinar, como había hecho antes en otros lugares, a los participantes, funcionarios, delegados, periodistas...

Y descubrió algo.

No a la persona que buscaba. Pero algo casi tan importante.

Observando a un atleta al disparar, Emilio había visto cómo el entrenador analizaba en la pantalla que tenía ante sí, la efectividad del impacto en la diana. Era el conocido sistema de la cámara de televisión con un

superobjetivo, que captaba la imagen del blanco y la reproducía en el aparato con toda nitidez. Y cada equipo de tiro poseía el suyo.

La electrónica al servicio del Reporte. Un sistema de observación a distancia. Una pantalla que permitía ver, desde un sitio, lo que ocurría lejos, en detalle. Aparatos que cada delegación había traído para sus entrenamientos. Que habían pasado por la aduana, al igual que las armas.

En un instante, Emilio había acabado de completar un conjunto de suposiciones que explicaba muchas de las incógnitas nacidas en la investigación.

Entonces escuchó su nombre por los altavoces. Lo llamaban de la oficina del organizador. Pensando que Tony ya había llegado, no se detuvo un segundo.

Pero al entrar en la oficina, sólo se encontró al funcionario, que lo esperaba ansioso.

—Teniente. —dijo de prisa el hombre—, cuando usted se fue, pensé que si entre los equipos que estaban practicando se hubiera perdido un arma, la habrían reportado. Pero recordé que había cajas de equipos que no han sido eliminados y que no están practicando en este momento. Fui a la armería y descubrí que falta una pistola del equipo de Australia. Por eso lo llamé.

—¿Y ellos no han reportado pérdida alguna?

—No —respondió el funcionario—. Si usted quiere podemos hablar con el entrenador principal de ellos. El edificio de su delegación no está lejos.

—Vamos —dijo el investigador.

Por el camino, Emilio pensó que, a la vez que todo avanzaba, la situación se iba complicando. Y tenía que hacerle frente él solo. Le hubiera gustado que el Profe estuviera junto a él. Casi por instinto, tocó su pistola por encima de la ropa. Debía evitar usarla. Pero, a la vez, era necesario estar preparado para lo que pudiera suceder.

Al llegar a la sede de la delegación de Australia, la muchacha de la recepción, les localizó de inmediato al entrenador principal del equipo de tiro. Era un hombre alto, de pelo rojizo y nariz afilada, que respondía al nombre de Lois Roger. Y desde que el organizador cubano, en perfecto inglés, comenzó las preguntas, los ojos del australiano se movieron inquietos, como asustados.

—Yo no sé qué puede haber pasado con esa pistola —afirmó—. No tengo nada que ver.

—Pero sólo usted o uno de sus entrenadores pudo haberla extraído de la armería —insistió el funcionario cubano—. Y no informaron pérdida alguna.

—Yo no tengo nada que ver —repitió Roger en su idioma, y esta vez Emilio sí percibió sus temores con claridad—. Quizás alguno de mis entrenadores suplentes... Yo no tengo nada que ver.

Emilio miró directo a los huidizos ojos del hombre.

—Necesito hablar con sus ayudantes —dijo en inglés—. Ahora mismo.

El entrenador asintió.

—Hay uno aquí abajo —afirmó—. Está en la sala de recreo viendo el televisor. El otro está en su dormitorio, en el tercer piso.

—Vamos a ver primero al más cercano.

Mientras caminaban por un pasillo hacia la sala de recreo, Roger se pasó la mano por su rojo cabello. Un joven, componente de la delegación australiana, con el que se cruzaron en ese momento, lo saludó y, después de avanzar unos pasos más, como quien olvida algo, se detuvo y miró atrás. Luego de comprobar que los tres hombres se perdían al final del pasillo, se dirigió al teléfono de la recepción. Marcó un número.

## 5

Don Kelgare se sentía tranquilo. Después de un sueño reparador, se había lavado la cara y vestido. Pero no tenía apuro alguno. Ni siquiera debía preocuparse por su fachada de entrenador suplente, pues el equipo de tiro de Australia no practicaría en la mañana. Por tanto, se había tirado sobre la cama a repasar mentalmente los últimos acontecimientos.

No había duda: el plan elaborado por Fontenay era brillante.

El francés, durante la visita que le hizo para explicárselo en la casa de Canadá, lo había calificado como «su obra maestra en el oficio de organizador». Y no le faltaba razón para asegurarlo.

Había tenido en cuenta hasta los más mínimos detalles. Esta vez el trabajo de Kelgare sería en Cuba y había que tomar todas las precauciones posibles. El encargo provenía de un gran consorcio, la Multilever, según le confió

Fontenay. Y la cifra que estaba dispuesto a pagar resultaba tan fabulosa que puso un temblor en la voz del organizador y logró que Kelgare parpadeara asombrado.

Dicho encargo consistía en interceptar la labor de dos agentes a sueldo de la Texxon. Uno de ellos trabajaba en un instituto científico cubano y robaría un descubrimiento que estaba a punto de obtenerse allí. Kelgare se mantendría al tanto y, en el momento de la entrega, eliminaría al agente antes de que se comunicara con el enlace. Para ello, Fontenay le aseguró que contaría con equipos modernísimos de espionaje, tanto de escucha como de visión; una pistola con silenciador, y una fachada para entrar y salir de Cuba sencillamente impecable.

Kelgare se interesó de inmediato. Nunca había trabajado en un país comunista y sabía que muy pocos organizadores y *killers* profesionales se atrevían a hacerlo. Para él representaba un verdadero reto, lo mismo que para Marcel Fontenay.

Pidió más detalles. ¿De qué manera podrían introducirse en Cuba los equipos y el arma?

Fontenay le aseguró que todo estaba previsto. Kelgare entraría en Cuba como entrenador suplente del equipo de tiro deportivo de Australia, durante la Olimpiada. *Monsieur* Hoffman, como llamó al empresario que costeara el trabajo, se encargaría de mover ciertos resortes en el Gobierno de ese país y conseguiría además, en pocas horas, la nacionalidad de Kelgare como ciudadano australiano. Dentro del equipaje normal de la delegación sería fácil hacer pasar todo lo necesario. Una pistola no llamaría la atención entre las docenas que transportarían los deportistas y los medios de escucha y visión no serían advertidos entre otros similares, de uso técnico en el entrenamiento.

La principal dificultad estribaba en el crimen y la manera en que debía cometerse. Kelgare debía estudiar los planos del edificio donde se alojaba el agente receptor. En el momento justo, obedecería estrictamente las instrucciones que el francés había elaborado. Después de explicárselas a Kelgare, éste tuvo ciertas dudas.

Rechazaba la idea de robar la cepa y cometer el asesinato en el interior de un edificio, donde un simple Mecán podía descubrir su físico. Fontenay lo convenció con facilidad.

Precisamente en aquel detalle radicaba toda la seguridad de Kelgare. Se había descartado asesinar al agente, Ariel Guzmán, en la calle: había que registrarlo después y podía haber testigos. También resultaría inconveniente la idea de eliminarlo en su propia casa: una mujer que mantenía relaciones con él, lo visitaba todas las tardes y poseía llave de la casa. Descubrir el cadáver y que apareciera la policía con el Mecán era cosa de minutos. Por el contrario, el edificio Colonial ofrecía todas las ventajas.

Ya en aquel momento, *Monsieur* Hoffman había cursado invitaciones a los residentes en dos apartamentos del edificio para viajar al extranjero. Para ello movió influencias poderosas en algunas instituciones culturales de prestigio internacional. Sólo quedarían dos vecinos: una joven bailarina griega, Myrna Andreopoulos —la agente que recibiría el descubrimiento— y Esteban Quiroz, un crítico de ballet. Según conocía Fontenay, ambos tuvieron una relación amorosa de intensa magnitud que fue interrumpida abruptamente. La chica fue obligada a romper con el crítico para aparentar ser la amante de Ariel.

No se podía subestimar a la policía cubana. Si, por cualquier causa, sucedía un imponderable y el cadáver de Guzmán era descubierto antes de lo previsto, se le achacaría momentáneamente el crimen a Quiroz, quien tenía la misma estatura de Kelgare y un peso aproximado. Era ésta, además de su conocimiento del español, una de las arzones por la que Don fuera escogido para cometer el crimen: echaría una cortina de humo sobre el Mecán y despistaría el tiempo necesario a los investigadores. Los celos podían ser un motivo creíble.

Kelgare hizo una pregunta: ¿cómo podían saber si Quiroz se encontraría ese día en el edificio? Fontenay le contestó que ya eso estaba previsto: un agente enviado a Cuba tropezaría con Quiroz días antes y, de manera casual, le inocularía un virus lo suficientemente fuerte para mantenerlo en su casa el tiempo necesario.

Con respecto al crimen, se habían tenido en cuenta dos circunstancias que se relacionaban con la salida de Kelgare de Cuba. De transcurrir todo de manera normal —asesinato de Ariel en el elevador, ocultamiento del cadáver en el piso vacío y consecuente demora para la policía cubana—, Don saldría

a la mañana siguiente debido a una supuesta necesidad de su delegación. La segunda variante contemplaba lo imprevisto.

De no poder ocultar el cadáver, las sospechas también recaerían sobre Esteban Quiroz, pero no demorarían los policías en saber la verdad: al no transcurrir el tiempo necesario, bastaría una simple prueba para determinar que el crítico no había disparado un arma de fuego. En ese caso, aun con los datos proporcionados por el Mecán, las autoridades no podrían controlar las aduanas por más de veinticuatro horas, máxime habiendo una olimpiada en el país. Entonces Kelgare, simplemente, esperaría unos días a que la delegación de Australia o su equipo de tiro saliera de regreso después de competir.

A pesar de su confianza en el éxito, Fontenay le habló de otras dos opciones de huida, más riesgosas, en las que tendría que utilizar a Lizzy. Pero el francés estaba convencido de que no llegaría a necesitarlas.

Kelgare también fue informado de que, a su llegada a Cuba, tendría habitaciones reservadas en dos hoteles distintos, con sendos autos a su disposición en cada uno, y recibió la explicación de cómo debía usarlos dentro del plan general.

Después de analizarlo todo, Don Kelgare puso un reparo: ¿tendría la suficiente libertad de movimientos, como entrenador del equipo australiano de tiro, para realizar sus actividades? Fontenay lo tranquilizó. El cargo de Kelgare era de suplente y, hasta cierto punto, nominal. Le permitiría estar en contacto con las armas de competencias —una de ellas serviría para el crimen—, y sólo tendría que rendirle cuentas al entrenador principal, un individuo comprado por *Monsieur* Hoffman y que no haría preguntas de ningún tipo. Para más seguridad, el técnico encargado de los equipos electrónicos de la delegación era un hombre de Fontenay que, aunque no tenía conocimiento del plan, podría servirle de ayuda en caso de necesidad y no pondría reparos a los aparatos que trasladaría Kelgare.

Don hizo una última pregunta: ¿cómo sabría, durante su estancia en Cuba, el momento idóneo para vigilar al agente que transportaría el descubrimiento? Fontenay se lo aclaró con nitidez. *Monsieur* Hoffman tenía montada una estrecha vigilancia sobre los agentes estrellas de la Texxon y, en cuanto partiera uno de ellos hacia Cuba, sería la señal de que el descubrimiento estaba listo y a punto de entrega. Kelgare lo sabría al recibir una llamada, en

la sede de la delegación de Australia, donde, sus queridos tíos le preguntarían por su salud y le desearían éxitos en las competencias.

A partir de ese momento, Don debía introducir los flying bugs y colocar un localizador imantado bajo el auto de Ariel, para conocer si éste decidía ir directamente a casa de Myrna después de robarse la cepa del Instituto. En ese caso tendría que matar a Myrna y no al hombre, pero tratando igualmente de hacerlo en el piso desocupado, cuando ella fuera a bajar para entregar la cepa al agente enviado. En tercer caso, pudiera quitarle la cepa al propio agente después de matarlo, pero Fontenay, que odiaba las improvisaciones, estaba seguro de que no sería necesario.

Y en honor a la verdad, pensó Kelgare desde la cama, el francés había tenido razón en todo. El plan había resultado casi en su totalidad. Y, ¿podía achacársele acaso a Fontenay el imprevisto ocurrido? Por supuesto que no.

Desde su lugar de vigilancia en el hotel Nuevo Regis, a partir de la llamada de «sus tíos», Kelgare había visto llegar a Ariel e introducir un tubito en un microtermo —parecido al que le entregó Fontenay para insertar en su bolígrafo hueco—, y guardarlo en la gaveta inferior del escritorio. Don mantuvo su observación toda la noche. Vio llegar a la mujer y besar a Ariel antes de recoger el apartamento y preparar la comida. Tuvo que esperar hasta la mañana siguiente a que Ariel llamara a Myrna —conversación que escuchó completa gracias a los bugs que colocó en ambos apartamentos—, para salir hacia el Colonial en el Metro. Como le había informado Fontenay, no existía forma más rápida de moverse dentro de la ciudad.

El resto del plan transcurrió tal como estaba previsto. Hasta que disparó sobre Ariel.

El hombre, al caer de bruces, fulminado por un certero disparo al corazón, había roto el termo con el peso de su cuerpo. Cuando Kelgare se acercó al cadáver y se percató de lo sucedido, se alarmó. ¿Qué tiempo podía estar aquel tubito sellado fuera del termo? Él lo ignoraba. Fontenay sólo le había dado un termo dentro del bolígrafo hueco para pasarlo con más facilidad por la aduana. Pero no le había hecho ninguna especificación. Quizás cualquier demora podía ser fatal.

No titubeó. Vio a un metro de él la banqueta del piano, la tomó y la situó contra la puerta abierta del elevador. Y de inmediato cogió el tubito y fue

hasta su maletín. Todo esto había ocurrido en escasos segundos. Estaba introduciendo el tubito sellado en su termo, cuando descubrió con sorpresa que la puerta había movido la banqueta giratoria, y el elevador se cerraba.

No tuvo tiempo de correr a evitarlo. Después del primer instante de impresión, recuperó la sangre fría que lo había salvado en tantas ocasiones anteriores. El *adviser* todavía le indicaba que Nicolás no había subido al recibidor, pero podía hacerlo en cualquier momento. Devolvió la banqueta al apartamento, cerró la puerta principal, guardó el termo, la pistola y el *adviser* en el maletín y salió por la puerta del fondo.

La retirada del edificio se realizó sin contratiempos. Sólo el incidente de la rotura del termo había cambiado los planes, frustrando la perfección que perseguía siempre Fontenay.

De todas formas, pensaba Kelgare mirando al techo de su dormitorio, lo sucedido solamente le quitaba los dos o tres días de ventaja que hubiera tenido de haber logrado ocultar el cadáver. Todo apuntaba hacia Esteban Quiroz: el peso y la estatura, los celos como motivo criminal y su estancia en la casa como él comprobó por teléfono. Eso entretendría a los investigadores por un tiempo. Y, después, quedarían en el aire, sin pistas por las que...

El zumbido del teléfono interrumpió sus pensamientos. Se levantó de la cama y descolgó el aparato.

Cuando escuchó la voz del muchacho encargado de los equipos electrónicos que le decía «Tienes visita», quedó atónito. No pudo comprender.

Su mano devolvió el teléfono a su sitio. Pero su mente se resistió a aceptar el verdadero significado del aviso. Varios segundos estuvo inmóvil, de pie, en medio de la habitación. La policía cubana no tenía —a pesar de conocer su peso y estatura— cómo llegar hasta él. Ni siquiera podían saber si era extranjero. Él había desintegrado los bugs para que no sospecharan vinculación con transnacional alguna. Era, sencillamente, imposible.

Pero estaban allí.

De repente, comprendió que no podía demorarse. La segunda opción brindada por Fontenay había que descartarla. Debía olvidar desde ahora la delegación de Australia y la posibilidad de salir normalmente del país. Tenía que huir.

Huir.

Introdujo en su maletín el equipo que lo comunicaría con Lizzy y comprobó que en otro compartimento estaban el bolígrafo hueco con el termo y las dos llaves. Sacó la pistola con silenciador de debajo del colchón y la colocó entre la faja del pantalón y su piel. Dejó que la holgada camisa la ocultara. Y, abriendo la puerta, se dirigió hacia el final del pasillo.

Se encontraba a unos pies del elevador cuando se percató de que éste venía subiendo y estaba a punto de llegar al piso. Dio media vuelta, y corrió hacia las escaleras. Antes de alcanzarlas, pudo escuchar una voz que preguntaba con urgencia: «¿Es ése?»

Se volvió instintivamente y tuvo tiempo de ver, entre el pelirrojo entrenador principal y el organizador cubano de tiro, a un joven delgado que lo miraba también, dispuesto ya a lanzarse a correr tras él.

## 6

Warren Sturgeon le alcanzó el mapa.

—Busca arriba, Dick —advirtió—. Más a la izquierda.

Harrinson trazó una línea con el índice hacia donde le decía su jefe.

—*Mackenzie Mountains* —deletreó—. ¡Rayos, Warren...! Esto queda en el trasero del mundo...

—Pues allí es donde está metido el francés. Y escucha bien: lo necesito vivo, ¿comprendes?

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Una hora para agrupar tus hombres y otra más antes de partir. ¿Qué necesitas?

Harrinson no contestó de inmediato. Leyó de nuevo las dos cuartillas que acababa de traer Alpers al despacho. Era el informe sobre la localización de Marcel Fontenay.

Siguiendo la propuesta de Sturgeon, el piloto de la Multilever fue localizado en Canadá y se le obligó a confesar con los métodos que requería la urgencia del caso.

Después de abandonar Europa, contó, había volado directamente hasta Montreal. Allí subieron al avión tres hombres que, sumados a los cuatro que

ya componían el grupo inicial, además del francés y un acompañante, arrojaban un total de siete agentes de Kurt Hoffman. Luego de recargar la nave de combustible, partieron hacia un lugar espantosamente frío llamado Fort Simpson, donde aterrizaron. El resto del viaje, el piloto condujo un helicóptero. Dejó al grupo en una casa insospechada, metida entre dos montañas del grupo de las Mackenzie, y regresó a Montreal en espera de nuevas órdenes.

El informe venía acompañado de varias fotos hechas desde el satélite exclusivo de la Texxon. Y Harrinson las estudió con calma.

La casa donde estaba Fontenay era bastante moderna, con dos plantas y una especie de invernadero de cristal en uno de sus lados. Contaba con cuatro emisores de ultrasonido situados en cada extremo. Pintada de gris, parecía un pájaro solitario dormitando sobre la nieve.

Harrinson sacó una de las fotos y se la mostró a su jefe. ¿Y esto?

—Es un bosque, cercano a la casa. ¿Piensas utilizarlo?

Quizás.

Sturgeon lo miró impaciente.

—¿Qué necesitas? —repitió.

—Las armas de siempre. Balas termodireccionales —meditó un instante y agregó—: Un equipo espiral A-12, con silenciador de precisión...

—Lo tendrás.

—El satélite debe ponerse a nuestras órdenes. Llevaré a Frampton, el ingeniero.

—Bien, ¿qué más?

—Y nieve.

—¿Nieve?

Harrinson asintió.

—Sí. Toda la que puedas hacer caer sobre ese maldito lugar.

## 7

Al ver que Kelgare, casi a punto de perderse en la escalera, se llevaba la mano a la cintura, Emilio sólo tuvo el tiempo justo de empujar a los dos hombres que lo acompañaban y lanzarse sobre el piso. El impacto seco del

proyectil se escuchó contra la puerta metálica del elevador. Cuando Emilio, ya con su pistola en la mano, levantó la vista, el asesino había desaparecido.

El joven oficial se incorporó y alcanzó las escaleras. No dudó en bajarlas a toda prisa: el hombre le llevaba ventaja y no podía dejar que escapara. Ya en el primer piso se volvió un instante, sólo para comprobar que el organizador cubano de tiro descendía también tras él. Al llegar al recibidor, los sorprendidos rostros de los presentes le confirmaron que el asesino había pasado por allí, quizás empuñando la pistola. Guardó la suya antes de salir al medio de la calle.

De inmediato, no logró descubrirlo. Decenas de personas transitaban por las aceras. El funcionario cubano llegó, agitado, junto a él. Sin intercambiar palabras, ambos miraron con ansiedad hacia distintas direcciones de la calle.

—¡Allá va! —dijo de pronto el organizador y señaló a su derecha.

Emilio se volvió a donde le indicaban, a tiempo de advertir a Kelgare entrando en una instalación deportiva. Y echó a correr hacia el lugar, con el otro hombre pisándole los talones. Ambos entraron en el edificio.

La algarabía reinante los confundió por un segundo. Allí se estaba celebrando un encuentro muy reñido entre el equipo de voleibol femenino de Perú y el de Japón, campeón olímpico. Con un rápido cambio de miradas, Emilio y el organizador acordaron dividirse la tarea de la búsqueda. Emilio tomó hacia las gradas de la izquierda y su compañero hacia el lado opuesto.

Mientras el público voceaba, animando a sus favoritas, y disfrutaba y sufría con cada jugada en el terreno, Emilio caminaba, llamándose de continuo a la serenidad, en atenta observación a cada espectador, a cada grupo de fanáticos, a cada movimiento que pareciera inusual. Avanzaba inquieto, controlando su prisa, cuando, de repente, algo sucedió. El ruido de las voces y gritos se fue apagando hasta quedar en un murmullo.

Por instinto, el oficial miró al tabloncillo.

Dos rematadoras peruanas acababan de realizar con éxito una jugada de engaño. Pero no era eso lo que había llamado la atención del público hasta hacerlo callar. Sino algo muy diferente, que no tenía relación alguna con el deporte: un hombre con un maletín en la mano, se había lanzado al terreno y lo atravesaba, perseguido por otro, ante la sorpresa de jugadores, funcionarios y espectadores que colmaban la instalación.

Emilio, al darse cuenta de que el asesino se dirigía hacia una puerta no muy lejana de donde él se encontraba, fue hasta la baranda, la saltó y cayó en el terreno. Corrió tras el hombre con toda la rapidez que pudo. Pero éste alcanzó la puerta antes que él y entró. El joven lo imitó y, de inmediato, se pegó a la pared. Era un pasillo largo con varias bifurcaciones. Y no había nadie en él.

El organizador entró y se detuvo al verlo. Tras él surgió otro hombre, vestido con el traje oficial de los funcionarios olímpicos, quien, mostrando en su mano un carnet que lo identificaba como Leandro Núñez, del CO cubano, se disponía a pedir cuentas a Emilio. El joven investigador le enseñó rápidamente y en silencio su carnet y se mantuvo atento al pasillo.

Entonces, por una de las entradas laterales, surgieron cinco jugadores del equipo masculino de voleibol cubano, quienes, al descubrir a los tres hombres en actitud expectante, se inmovilizaron extrañados.

Ésa fue la oportunidad que aprovechó Don Kelgare para, saliendo de una de las últimas bifurcaciones, alcanzar la puerta del fondo y huir.

Emilio y el organizador apartaron a los atónitos deportistas y corrieron por el pasillo. Al salir del edificio avistaron a Kelgare que ascendía los últimos peldaños de la escalera de la estación y subía al segundo vagón del Monorriel.

Los dos cubanos se disponían a perseguirlo cuando vieron que el tren se movía e iniciaba su recorrido.

—¡No lo van a alcanzar! —dijo una voz a sus espaldas. Era Leandro Núñez—. Vengan conmigo.

Emilio no dudó en seguirlo. El funcionario del COC corrió unos metros hasta un parqueo cercano y el joven investigador y su acompañante fueron tras él. Después de identificarse Leandro ante el cuidador, los tres abordaron un auto al servicio de la Olimpiada.

—Núñez, desde el volante, informó sin volverse atrás:

—El Monorriel de la Villa no es rápido —dijo—. Ofrece un paseo por todo el lugar y tiene pocas paradas —el auto se desvió por una calle que ascendía hacia una ligera elevación—. Desde el mirador podemos observarlo y saber dónde se baja ese hombre. Creo que lo veremos antes de que llegue a la próxima estación —entraron en la zona de parqueo de la cafetería y

Leandro dirigió el vehículo hasta cerca de una escalera que anunciaba MIRADOR—.

¿Es peligroso el hombre?

—Mucho —aseguró Emilio mientras abandonaba el auto y subía con rapidez las escaleras.

El mirador, situado encima de la cafetería Olimpo, estaba enclavado en el mayor promontorio de la Villa y ofrecía a los visitantes la posibilidad de saborear un coctel de su bar mientras contemplaban la ciudad de La Habana a través de uno de los telescopios.

Al llegar arriba, ante la vista del investigador se abrió un paisaje de incomparable belleza. Hacia adelante, se veía la mayor parte de las edificaciones de la Villa Olímpica: edificios, instalaciones, terrenos de juego. Y, más allá, después de la Vía Monumental, el ancho mar azul. A sus espaldas tenía el pueblo costero de Casa Blanca, la bahía de La Habana y, después del canal de entrada, la parte vieja de la ciudad, con sus antiguos palacios, plazas y fortificaciones.

Pero Emilio no podía ocuparse del paisaje en ese momento. Su atención se concentraba en el Monorriel, que estaba arribando a la siguiente estación.

—Por aquí, teniente —lo llamó Leandro Núñez, a la vez que le mostraba uno de los telescopios—. Creo que el hombre está de pie, en la parte delantera del segundo vagón.

Emilio observó por el telescopio el tren detenido. Después de un momento de búsqueda comprobó que el funcionario tenía razón. Se podía distinguir al asesino con nitidez. Estaba de pie y en su mano sostenía el maletín. Y no parecía tener intención de apearse allí.

El Monorriel reinició su recorrido.

—Ahora sólo queda una estación —afirmó Leandro—. Es fuera de la Villa, en Casa Blanca, junto a la parada de los anfibús —y añadió dudoso—: Quizás podamos llegar a tiempo en el auto.

Emilio no lo pensó dos veces.

—Vamos —dijo.

Y mientras los tres bajaban las escaleras, le pidió al organizador de tiro que llamara a la rampa de los ómnibus y ordenara, en nombre de la policía, detener por unos minutos la salida de dichos vehículos. El hombre accedió y

salió en busca de un teléfono. Leandro encendió el motor del auto y en cuanto Emilio se sentó, no esperó a que el joven cerrara completamente la puerta para partir rumbo a la última estación.

Cuando llegaron, las autoridades del lugar mantenían dos ómnibus anfibios, cargados de pasajeros, detenidos ante la rampa. Emilio se identificó y, acompañado de uno de los guardias, se aproximó al primer ómnibus.

Por orden suya, los pasajeros comenzaban a bajar, cuando sucedió algo que dejó perplejos a casi todos los presentes.

El segundo ómnibus, con menos personas a bordo, salió de repente de atrás y, con un giro rápido, avanzó hacia la rampa. Emilio sólo tuvo tiempo de apartar a dos mujeres para que no fueran atropelladas y de ver, a través del parabrisas delantero del vehículo, cómo Kelgare encañonaba al chofer en medio de los gritos de algunos pasajeros.

Leandro Núñez, quien desde su auto había estado observando ese ómnibus, trató, en un gesto de inusitada valentía, de impedir la fuga y, sin titubear un segundo, encendió el motor de su carro y aceleró hasta situarlo casi en medio de la rampa de bajada.

El ómnibus aminoró la marcha, pero sólo por un instante. Enseguida aumentó la velocidad y, acercándose lo más posible a la acera para evitar un choque frontal con el auto, lo embistió por un costado, lo sacó de su sitio y continuó su trayecto hacia la rampa.

Emilio ordenó que terminaran de desocupar el primer anfibús y corrió hacia el auto chocado, del cual Leandro salía ya con algunos rasguños y magulladuras.

—Llévenlo a un hospital —indicó el oficial a uno de los guardias.

—No es nada —aseguró el funcionario del COC mientras abría y cerraba la mano lentamente.

Emilio le sonrió agradecido a la vez que hacía señas al chofer del ómnibus, ya desocupado, para que avanzara hacia él. Cuando llegó a su lado, subió al vehículo.

—¿Te atreves a seguirlo? —le preguntó al chofer.

El hombre oprimió el acelerador y avanzó resueltamente hacia la rampa de bajada, rozó casi el auto de Leandro y, con una hábil maniobra, introdujo el ómnibus en el agua hasta que se deslizó estable.

Avanzaban ya a través de la bahía cuando, sin volverse a Emilio, el chofer dijo:

—El que maneja la otra guagua, Manolo, es como si fuera mi hermano. Si le sucede algo, soy capaz de buscar al loco ese hasta debajo de la tierra.

Emilio, sentado en el primer asiento a la derecha, observaba cómo el anfibús que iba delante, a cierta distancia, se había desviado de su ruta y, en vez de dirigirse al muelle de Caballería, se alejaba más hacia el centro del puerto.

—Va para el muelle de Luz —opinó el chofer, quien se había percatado de la maniobra.

—¿Lo podremos alcanzar? —preguntó el investigador.

El hombre se encogió de hombros.

—Nosotros vamos más rápido porque estamos vacíos —dijo—, pero ellos salieron antes. Por lo menos nos estamos acercando. ¡Mire!

Emilio no necesitó el aviso para darse cuenta. Ya había visto el buque que, acercándose al canal en busca de la salida de la bahía, parecía que iba a interponerse en el recorrido del primer ómnibus.

—Ese loco lo está obligando a seguir —dijo con rabia el chofer—. Capaz de que le pase algo a la gente que va en la guagua.

Emilio atendía a lo que se desarrollaba ante su vista. El barco había pitado en más de una ocasión, pero el anfibús donde viajaba el asesino continuaba su trayecto. Se encontraba ya tan cerca del buque, que parecía inminente una colisión.

Sólo había una oportunidad: desviarse un poco hacia la derecha y tratar de pasar antes que la embarcación lo embistiera.

—Manolo puede hacerlo —dijo el chofer, como pensando en voz alta—. Él sabe para eso.

Emilio observó cómo el anfibús se le interponía peligrosamente al buque y avanzaba, tratando de huirle a la temible quilla. Y cuando ya parecía que el navío iba a golpearlo con fuerza por la parte posterior, el ómnibus acabó de pasar, dejando una estela que, al instante, fue desdibujada por la proa del barco.

—Pasó —murmuró con alivio el chofer.

Emilio también respiró.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo mirando al hombre.

—¡Qué va, compadre! Nosotros sí vamos a pasar cómodos —aseguró el chofer mientras aproximaba el anfibús a los muelles de La Habana—. Que el buque ese nos pase por el lado, que va a tener espacio. ¿No ves que ya me estaba preparando? Y le vamos a ganar tiempo. Usted va a ver.

Y el hombre tuvo razón.

Cuando el primer ómnibus subió la rampa del muelle de Luz, el de Emilio estaba a sólo unos cincuenta metros de ella y avanzaba a toda velocidad. Mientras se acercaban, el investigador no perdía de vista el vehículo que transportaba al asesino: haciendo caso omiso de su ruta establecida para dentro de la ciudad, se dirigía a la estación del Metro.

Enseguida que las ruedas delanteras golpearon en la rampa y el anfibús de Emilio subió por ella, el chofer le preguntó al joven:

—Lo seguimos a donde vaya, ¿verdad?

—Sí —respondió el oficial mientras anotaba algo en un papel.

Emilio levantó la mirada y vio detenerse al otro vehículo. Kelgare descendió de él y corrió a la entrada del Metro. El investigador le alargó una nota al chofer.

—Llama aquí —le pidió— e informa lo que ha pasado.

En cuanto el anfibús se detuvo junto al otro, Emilio descendió y echó a correr hacia la entrada del Metro.

## 8

—¿Falta algo? —preguntó Harrinson.

Frampton miró dentro de la caja de madera y negó con la cabeza. Luego hizo una señal y el recipiente fue introducido en el avión. Desde un rato antes, la nave calentaba sus motores.

—Todo está normal —dijo Peter Kruger, el tercer hombre junto a la caseta del aeropuerto privado de la Texxon, no lejos de Jersey City.

—Sólo esperamos por Freddy —acotó Frampton.

—Estoy aquí —contestó una voz a la espalda de Kruger—. Ya ni siquiera puede uno...

Richard Harrinson lo hizo callar de una mirada. Freddy salió de la caseta y subió la cremallera de su traje isotérmico, tan blanco como el que vestían todos.

Harrinson observó a los tres hombres con detenimiento. Después, satisfecho, miró su reloj. Había ganado media hora. No podía quejarse de su comando.

—Bien, Subamos —ordenó.

## 9

Cuando el tren subterráneo se detuvo en el apeadero de la línea A, en la estación Academia de Ciencias, Emilio salió del último coche, avanzó hasta el siguiente y vigiló los pasajeros que abandonaban los vagones anteriores.

Al bajar en la estación Muelle de Luz, sólo había tenido tiempo de comprobar que el asesino no se hallaba en el andén y entrar rápidamente en el Metro, antes de que se cerraran las puertas. Durante el trayecto de una estación a otra, se había ocupado de revisar el vagón donde viajaba y ahora, afuera, cuidaba de que el hombre no saliera sin él advertirlo.

El aviso de arrancada sonó. Emilio esperó hasta el último momento y, un instante antes de cerrarse las puertas, se introdujo en el cuarto coche.

Al llegar a la estación Fe del Valle, el investigador repitió la operación. Abandonó el cuarto vagón, donde había comprobado que el hombre no se hallaba, y avanzó hasta la última puerta del tercero.

Aunque a media mañana, por ser hora laboral, no era costumbre que hubiera mucho pasaje, el tiempo de olimpiada había multiplicado los transeúntes de la ciudad, lo cual se reflejaba en el Metro.

La búsqueda era difícil.

Todo había ocurrido de forma tan precipitada en la Villa Olímpica, que no había dado tiempo a que el capitán llegara. ¡Cuánto daría por tener a Tony y Marusha allí, junto a él!, pensaba. Aunque sus compañeros recibieran enseguida el aviso que había dejado con el chofer del ómnibus, no sabrían exactamente dónde encontrarlo. Ni él mismo conocía hacia dónde iba. Sólo seguía al asesino. Sólo trataba de que no se le escabullera entre la gente.

Emilio atendía a las puertas de los tres coches que le faltaban por revisar, y sus ojos se movían inquietos, tratando de no perder un detalle.

Entonces fue cuando lo vio.

Kelgare asomó medio cuerpo por la puerta delantera del primer vagón. La mano derecha la tenía oculta dentro del maletín. Miraba a Emilio y quería que éste lo viera.

El joven comprendió de inmediato. El asesino lo estaba amenazando. Seguramente, dentro del maletín sostenía la pistola. Emilio quiso probarlo. Hizo ademán de acercarse a la puerta del tercer vagón y, al instante, el hombre levantó el maletín y se dispuso a sacar la mano. El joven se detuvo.

Estaba en un momento difícil. De quedar inmóvil, el asesino huiría en el Metro y sería imposible después determinar en qué estación bajó. Si, por el contrario, intentaba entrar en el carro, el hombre —no lo dudaba— dispararía. Y en ese caso, más que su propia vida, peligrarían las de todos los pasajeros que se hallaran entre ellos dos.

El aviso de salida se escuchó en todo el andén.

El hombre no se quitó de la puerta. Emilio, sin mover los pies del lugar, inclinó su cuerpo alejándolo del coche. Transcurrieron unos segundos en los que la parte del apeadero más cercano al tren fue quedando desierta. Sólo el joven, inmóvil en el andén, y el asesino, recostado a la puerta, mirándose mutuamente a los ojos, parecían existir allí.

De pronto, el aviso de arrancada cesó. Kelgare dejó que la puerta le empujara el cuerpo dentro del carro. Y Emilio saltó.

Con las manos, el joven trató de evitar que las puertas se cerraran y, aferrándose a ellas, se impulsó hacia adentro. Un recluta de la Marina, que lo vio lanzarse, lo ayudó halándolo hacia él.

Emilio había logrado entrar en el coche.

—¡Óigame, usted está loco! —exclamó el marinero y, al observar al investigador con mirada de reproche, se percató de la pistola que éste llevaba bajo la camisa: la culata había quedado un instante al descubierto, debido al forcejeo.

Emilio se dio cuenta de que el muchacho, cambiando de actitud, se puso alerta. Y decidió aprovecharlo. Tenía poco tiempo. Sacó su carnet y se lo mostró. Sin perder un segundo, escribió un número de teléfono y un corto

mensaje en un papel. Levantó la vista hacia el rostro del recluta. En su mirada percibió que estaba dispuesto a ayudarlo.

—En la próxima parada llamas y pasas este aviso —le dijo—. No pierdas tiempo, buscando un teléfono público. Ve a la oficina y llama desde allí.

El tren se detuvo.

Habían arribado a la estación Belascoaín, donde una ampliada *Gitana tropical* embellecía la pared del andén. Al abrirse las puertas, el marinero descendió junto con otras personas. Emilio sólo se asomó. El asesino, desde el primer vagón, había hecho lo mismo. Los dos se descubrieron de inmediato. Y quedaron estáticos.

El marinero, sorteando a las personas que subían con paso normal, corrió escaleras arriba hasta llegar al piso intermedio. Allí, se dirigió aprisa a la oficina de cristales que se hallaba junto a los cobradores automáticos y llamó a la puerta. El hombre de uniforme que controlaba el tránsito de los abonados, le hizo señas con la mano para que esperara. Pero el recluta insistió. Tocó una y otra vez en el cristal sin detenerse, hasta que al guardián no le quedó más remedio que abrirle.

El tren avanzaba a toda velocidad por el túnel, dejando atrás la estación Belascoaín. Emilio se acercó a la puerta interior del tercer vagón y, después de quitarle el cerrojo, la abrió. Cuando los pasajeros comenzaron a increparlo por su imprudencia, ya se encontraba con el cuerpo fuera del carro y tratando de abrir la puerta trasera de seguridad del segundo coche. Estaba precisamente sobre el brazo de hierro que unía los dos vagones y la velocidad que alcanzaban le hacía sentir en los pies el estremecimiento del tren al deslizarse sobre los rieles. El fuerte aire le echaba los cabellos sobre los ojos mientras forcejeaba por abrir la puerta.

Un pasajero del segundo carro, al mirar atrás y verlo en tan grave peligro, no dudó en descender el seguro y ayudarlo a entrar.

—Pero, ¿usted quiere matarse? —dijo el hombre incrédulo aún ante lo sucedido—. Está prohibido abrir esa puerta.

—Gracias —fue todo lo que dijo el joven oficial, y avanzó entre los pasajeros que lo miraban asombrados, hasta llegar a la parte delantera del coche.

Cuando arribaron a la estación Infanta, Emilio se limitó a observar al asesino, en el primer vagón, a través de los cristales de las dos puertas que los separaban. Kelgare, por su parte, asomado desde el coche, no logró descubrir esta vez al policía. Y se extrañó.

El auto de Tony avanzaba velozmente por el Malecón. Marusha, a su lado, acababa de escuchar también la voz del marinero. Era el tercer aviso que recibían de Emilio en la mañana y no habían podido hacer nada por ayudarlo. Primero, estando en el apartamento de Myrna, recibieron un mensaje del puesto de mando donde le informaban que Emilio los esperaba en el campo de tiro de la Villa Olímpica. De inmediato se habían dirigido allí.

Pero no lo encontraron. Según les dijeron, había salido con el organizador de las prácticas de tiro hacia el edificio de la delegación de Australia. Llegando al lugar, recibieron un segundo aviso del puesto de mando en el cual Emilio les comunicaba que perseguía a un hombre e iba a bajar al Metro.

Entonces decidieron poner en alerta a tres carros patrulleros de la Seguridad y ordenarles que se dirigieran a las estaciones del Metro más cercanas a la del Muelle de Luz.

Y ahora recibían este mensaje por el que se enteraban de que Emilio, siguiendo al individuo, iba hacia la zona del Vedado. Marusha estaba molesta. La impotencia ante el peligro de su compañero, más el desconocimiento de lo que ocurría, la hacían sentirse incómoda.

La muchacha cortó la comunicación con la oficina de Belascoaín y solicitó al ordenador la localización de los tres patrulleros. Marusha observó la respuesta en la pantalla mientras el capitán atendía al volante.

—El 201 está a un minuto y treinta segundos de la estación de Infanta —le informó—. El 209, a tres minutos. El 213, a cuatro minutos y diez segundos de la estación Coppelia —y concluyó—: Nosotros estamos a cuatro minutos.

—Distribúyelos. —pidió Tony y añadió—: Ponme con Infanta.

Cuando, al instante de manipular la muchacha los controles, la imagen del jefe de estación apareció en la pantalla, el capitán le preguntó:

—¿Tienen ustedes el tren en el apeadero?

—No —respondió el hombre—. Ya salió para Coppelia.

—¿Cuánto demorará en llegar?

—Un minuto —aseguró el rostro de la pantalla.

Tony se dirigió a Marusha sin dejar de atender al timón.

—Comunícate con el Centro Técnico del Metro —le dijo.

En medio del recorrido, Emilio trataba de pasar del segundo vagón al primero. Mientras se sostenía de la manija, le hacía señas a un anciano que, estupefacto, se limitaba a mover la cabeza, sin poder dar crédito a lo que veía. Una señora, a su lado, al percatarse, hizo precisamente lo que Emilio quería evitar: se asustó y gritó.

Eso fue suficiente. Al igual que los demás pasajeros, el asesino miró hacia él. Pero, a diferencia del resto, el hombre estaba armado. Emilio regresó al segundo carro y ordenó —

—¡Al suelo todos!

Muy pocos obedecieron de inmediato. Pero cuando el cristal de la puerta de seguridad delantera fue atravesado por un proyectil y se fraccionó en esféricos pedazos, todos se agacharon. Emilio comprendió que el disparo sólo había sido un aviso.

—No puedo detenerlo en Coppelia, capitán —aseguró el jefe del Centro Técnico del Metro—. Tengo que dejarlo seguir hasta la estación América Arias, que es la última de la línea A. Si no, puedo provocar trastornos en el flujo de pasajeros.

—Deténgalo —insistió Tony—. Éste es un caso priorizado. Deténgalo en la estación Coppelia.

Cuando el Metro se detuvo en la estación, Kelgare casi obligó con sus manos a abrirse la puerta y, ante la mirada de los asombrados ocupantes del andén, salió corriendo del primer vagón dejando tras de sí gritos de pánico e imprecaciones. Los que lograron advertir que en su mano derecha llevaba una pistola, quedaron paralizados por la sorpresa. Los otros simplemente se extrañaron y no comprendieron qué ocurría. Mucho menos cuando vieron salir del segundo coche a un joven alto y delgado, que pasó entre ellos también con demasiada prisa.

Emilio se detuvo un instante, junto a la inmensa reproducción de *La jungla* que se exhibía a sus espaldas. En el tumulto, había perdido a Kelgare de vista. Miró hacia las escaleras que bajaban hasta la línea C, todavía en construcción. El asesino no hubiera escogido ir por ahí. Sería meterse él mismo en una trampa. Observó la escalera a su derecha. Y lo vio.

El hombre iba por la mitad de su recorrido y, al parecer, había guardado la pistola en el maletín para no llamar la atención.

Emilio corrió hacia la escalera de la izquierda, más cercana a él, y subió a saltos los escalones. Cuando llegó al piso intermedio miró a todos lados y alcanzó a descubrir a Kelgare, que entraba en la juguetería Coppelía. Emilio lo siguió de inmediato y, antes de entrar en la tienda, se palpó la culata de la pistola por encima de la camisa. Allá adentro, donde habría niños, se le haría más difícil aún usarla. Pero él tenía que detener a ese hombre. Entró.

Al principio, no vio a Kelgare. El establecimiento estaba lleno de personas, sobre todo niños, solos o acompañados de sus padres. El mayor interés de los clientes residía en adquirir un simpático almiquí Quique, mascota oficial de los Juegos Olímpicos, cuya reproducción se ofrecía en varias mesas.

El investigador, ansioso, paseó la mirada por la tienda y, entre decenas de personas, descubrió a una que caminaba con una prisa inusual. Era el asesino. Y se dirigía a otra puerta de salida.

Emilio echó a correr por uno de los pasillos entre mostradores, paralelo al que usaba el hombre. Con ágiles movimientos, el joven evitó chocar con las personas que se hallaban de compras y avanzó hasta la pared final, a unos metros de la puerta.

Don Kelgare estaba a punto de sobrepasar el último mostrador cuando su instinto lo hizo volverse a la derecha. Y descubrió al policía que lo había estado siguiendo por el Metro.

Emilio llevó la mano a su cintura mientras el otro hurgaba en el maletín. El investigador se paró firme, levantó el arma con las dos manos y la fue bajando hasta apuntar al cuerpo del asesino. Kelgare alzaba su pistola cuando un grupo de escolares, acompañado de su maestra, entró en el establecimiento y se interpuso entre los dos hombres.

Emilio, de inmediato, desvió el arma y, por el ademán que percibió en el otro, echó su cuerpo a un lado. Kelgare disparó.

El proyectil atravesó el hombro del joven y, por unos centímetros, gracias a su rápido movimiento, no lo hirió en el pecho. Los niños gritaron. Algunos adultos corrieron y otros se inclinaron tras los mostradores.

El asesino había desaparecido.

Emilio se llevó la mano a la herida y trató de alcanzar la puerta. Sus últimos pasos fueron inseguros. La vista se le nubló. Antes de desmayarse, creyó ver que alguien se acercaba en su auxilio. Y todo se borró.

## 10

Escuchas a Warren Sturgeon, pero prefieres seguir con la vista clavada en el televisor. A pesar de la gravedad de lo que te ha informado, debes darle la impresión de calma. No reñirle. No exaltarte. Ése es tu secreto para dominarlo.

Además, Sheila te ha dicho hace unos instantes, antes de la llegada de Warren, que hoy debes tomar las cosas como surjan, sin darles mayor importancia. Existe un poquito de tensión nerviosa y debes combatirla. Sheila fue explícita: relajarse en el diván y dos horas de televisión. Nada con Brigitte.

Y tú la obedeces, Fielding, porque Sheila te conoce mejor que nadie. Aunque te interese poco ver en las imágenes esos atletas olímpicos, en plena marcha de competencia, por una de las principales calles de La Habana.

Sturgeon se mueve inquieto a tu derecha. Presientes que quiere preguntar algo. Pero debes cortarle la iniciativa.

—Muy bien, Warren —dices mirándolo de reojo—. Al parecer, lo tienes todo bien planeado. No dudo de tu agente...

—Harrinson, señor, Richard Harrinson.

—...y de que sea capaz de recuperar la cepa. No lo dudo —repites y entrelazas los dedos sobre el pecho—. Pero no puedo entender que me hayas comunicado ahora la muerte de *Salesman*.

Sturgeon tose discretamente, titubea.

—No quise molestarlo, Fielding. Sheila me advirtió que usted no se siente bien hoy. No había por qué inquietarlo tan temprano, y mucho menos sin tener un plan estudiado, bien concreto, para ofrecérselo.

Observas un segundo a Sturgeon. En su rostro cansado y oscuras ojeras aquilatas una noche de insomnio, el despliegue de una agotadora actividad. Ha llegado el momento de alabarlo.

—Eres sabio, Warren. Aplicas la costumbre de acompañar las malas noticias con las buenas.

Intuyes que se encuentra confuso y agregas:

—Te felicito.

—Gracias, Fielding.

Entonces, eres tajante:

—Pero quiero resultados.

—Hay que esperar...

—Lo sé. Pero me mantendrás informado de lo que suceda. Y sin dilaciones de ningún tipo. Ahora puedes marcharte.

Aunque no lo mires, sabes que se ha puesto de pie y se acerca a la puerta. Y mientras escuchas sus pasos detrás de ti, contemplas la escena del televisor.

Aburrido, ves pasar por la avenida a los mismos atletas de hace un rato. Te importa poco que compitan, Wilbur. Te es ajeno el sudor y el esfuerzo que necesitan para que reluzca en sus pechos una medalla. Ni siquiera llama tu atención que la cámara se mueva y tome una vista general de la calle, con su edificio alto al fondo —al parecer un hotel— y sus aceras repletas de espectadores.

Tampoco rompe tu hastío que la misma cámara introduzca un plano medio y tome a uno de los espectadores que, separándose del tumulto,

comienza a cruzar la avenida con rapidez, sin mirar atrás, rumbo a la acera opuesta.

Sin embargo, Wilbur, de haber reparado en él, tampoco hubieras sabido que contemplabas, a través de miles de kilómetros, a Don Kelgare, tu principal enemigo por el momento.

## 11

En cuanto la foto de Don Kelgare, enviada por los funcionarios de la Olimpiada, llegó al ordenador del auto de Tony, éste la transmitió al resto de los patrulleros y esperó.

El oficial estaba preocupado.

Por no poder ellos acudir a tiempo a la estación Coppelia, Emilio había sido herido y hubo necesidad de trasladarlo en el patrullero 213 hasta el Calixto García. Marusha lo había acompañado.

Mientras, él se mantuvo dentro del auto, estacionado a la entrada del cine Yara, organizando la operación de captura por medio de su ordenador.

Para colmo, los atletas de la marcha olímpica, que pasaban por toda la calle 23, agrupaban a cientos de espectadores que entorpecían la labor de búsqueda. El asesino podía escapar.

Tony había distribuido a los agentes de los patrulleros 201 y 209 con la orden de chequear en los hoteles e instalaciones aledañas a la zona, en un despliegue relámpago, equipado cada uno con un transmisor individual.

Y la espera, que ya se le hacía insoportable, se interrumpió. En la pantalla surgió el rostro de Despaigne, del 209.

—Ese hombre tenía reservado aquí en el Habana Libre, capitán —dijo—. Voy a subir a la habitación.

—Perfecto —convino Tony.

De inmediato comunicó al resto de los agentes que acudieran al Habana Libre y sus alrededores. Después tomó su transmisor individual de la guantera del carro, lo ajustó para que pudiera utilizarse en la misma frecuencia del ordenador y abandonó el auto.

Alcanzar el borde de la acera de la calle 23, entre el tumulto, fue casi una odisea. Varios agentes de la policía y funcionarios de la Olimpiada cuidaban

la avenida para el mejor desenvolvimiento de la competencia. Tony se identificó ante uno de los agentes y, aun así, tuvo que esperar el momento preciso para cruzar la calle sin interferir la competencia.

A grandes pasos se acercaba al recibidor del hotel cuando Garrido salió a su encuentro.

—Uno de los porteros dice que lo vio bajar hace unos minutos al sótano —informó el agente.

—Vamos —dijo Tony.

Descendían por la escalera móvil, cuando el rostro de Despaigne surgió en la reducida pantalla del transmisor individual del capitán,

—Aquí en la habitación no hay nadie —dijo el hombre—. Encontré algunas ropas, tintes de pelo, postizos, espejuelos. Pero nadie los ha tocado últimamente. Mire usted.

Y, en la pantalla. Tony pudo apreciar, gracias al paneo que realizaba allá arriba Despaigne, dos maletas abiertas sobre la cama, que contenían todo lo necesario para que un hombre pudiera cambiar aceptablemente su fisonomía.

—Está bien, Despaigne —dijo el oficial—. Puedes bajar.

Garrido y él habían llegado al sótano. A primera vista, no percibieron nada anormal en el parqueo. Un auto, que acababa de descender por la rampa, maniobraba sin prisa en busca de un sitio donde estacionar.

Tony y el agente avanzaron por una de las calles interiores hasta llegar a la oficina que custodiaba la salida de autos. Un empleado del hotel, sentado en una silla, los miró con cara de aburrimiento. Pero, al observar el uniforme de Garrido, adoptó una actitud expectante.

—Buenas —saludó el capitán y, sin saber por qué, comenzó a temer que la entrevista fuera a resultar infructuosa.

—Buenas —respondió el hombre y añadió solícito—: Dígame.

Tony sintonizó su transmisor en la frecuencia del ordenador del auto y, al momento, la foto de Kelgare apareció en la pantalla. Se la mostró al hombre.

—Esta persona salió por aquí en un auto —dijo, y esperó a que el otro observara bien las facciones del asesino—. ¿Puede usted decirme cómo era el auto que él sacó?

El hombre frunció los labios, abrió los ojos y ladeó la cabeza.

—Imagínese, compañero —dijo, mostrando las palmas de las manos—. Por aquí sale tanta gente... En tantos carros... ¿Quién se va a estar fijando en cada uno de ellos?

## 12

La tercera opción había que descartarla también. Ya no sólo se trataba de restricciones por peso y estatura en las aduanas. No. La policía cubana debía contar, con una foto suya. Quizás la del carné que lo acreditaba como Ted Roughsey, entrenador suplente del equipo de tiro de Australia. Las copias de esas credenciales estaban en manos del CO de Cuba, desde antes del comienzo de la Olimpiada.

Ahora estarían en manos de la policía.

Don Kelgare desconfiaba siempre. Esa actitud le había salvado la vida más de una vez.

Y ahora, no iba a ser la excepción.

Cuando, después de escapar, casi por milagro, de una cerrada persecución por el Metro, logró tomar el auto en el Habana Libre y huir de la zona de peligro, se dirigió hacia las playas del Este.

La brisa que penetraba por la ventanilla del carro, el paisaje que se contemplaba desde la Vía Blanca, con el mar azul intenso siempre tan cercano, y el alivio por haber conseguido evadirse, le habían hecho recobrar la confianza en sí mismo, perdida al ser descubierto, de improviso, en la Villa Olímpica. Cómo habían llegado a él era algo que tendría que averiguar cuando estuviera en el extranjero, en un lugar seguro. Quizás Fontenay pudiera hallar el quid del asunto. Él, mientras, como estaba previsto, había encaminado su auto hacia el aeropuerto de Tarará, para recurrir a la tercera opción.

En verdad, al escuchársela al francés, le había parecido sencilla. Tenía sus riesgos, pero no mucho más que otras operaciones que él había realizado a menudo.

Secuestrar un avión de paseo, destinado a sobrevolar la ciudad de La Habana, como parte del plan turístico que brindaban las playas del Este a los

visitantes cubanos y extranjeros, no era una tarea que él pudiera considerar difícil.

Siempre, claro está, que él fuera un pasajero más dentro de ese avión de paseo y lo desviara en pleno vuelo.

Fontenay le había brindado esta tercera opción para el posible caso de que las restricciones de peso y estatura en Cuba se extendieran unos días, y Kelgare no pudiera salir entonces con la delegación de Australia. Aunque el francés estaba seguro de que no la necesitaría.

«Por supuesto», le había dicho Fontenay, «¿por qué pensar siquiera que van a existir restricciones sobre peso y estatura? No, Don. Yo te esperaré en Australia.»

Pero el experimentado organizador de crímenes no tuvo en cuenta que la policía cubana no sólo obtendría algunas señas personales de Kelgare, sino que llegaría a tener hasta su propia foto.

Claro que el aeropuerto de Tarará, pequeño y destinado sólo a ese tipo de vuelos, no poseía aduana y hubiera sido relativamente fácil haber escapado por allí sólo unas cinco o seis horas antes. Pero ahora, con su rostro reproducido en cada uno de los ordenadores de los patrulleros...

Don Kelgare no tuvo más que desviarse de la Vía Blanca y aproximarse a la entrada del aeropuerto turístico para desconfiar totalmente de la posibilidad del éxito.

Y era mejor un *killer* desconfiado que muerto.

Retomó la Vía Blanca y, al llegar al puente de Santa María, se desvió a la derecha. Según estaba indicado en su mapa, la zona de Barreras era lo bastante solitaria como para utilizar a Lizzy sin molestas interferencias.

Después de bajar la pendiente, se internó por una calle deshabitada hasta alejarse algo de la carretera y detuvo el auto. Levantó el capó como si tuviera una rotura y regresó al interior del vehículo. Extrajo del maletín el equipo preparado por Fontenay para comunicarse con Lizzy. En menos de diez minutos tuvo listo el mensaje.

Ahora debía esperar.

Marcel Fontenay le había indicado las horas idóneas para enviarle un aviso a través de Lizzy, el satélite privado que la Multilever había puesto a su disposición.

Seguía nevando. Los esquíes trazaban líneas sinuosas que bordeaban la colina y se perdían detrás, lejos, en el lugar donde había quedado el helicóptero.

Richard Harrinson se detuvo y, subiendo el cuello de su abrigo, observó de reojo a los tres hombres que lo seguían. El ingeniero Frampton, con ayuda de Kruger, tiraba de un trineo cargado con un bulto redondo y cubierto por una lona. Freddy, como siempre, venía un poco rezagado.

Harrinson esperó a los del trineo.

—¿Falta mucho?

—No creo —afirmó Frampton. Sin dejar de deslizarse con los esquíes, señaló una pequeña elevación al final de una hondonada—. Detrás está el bosque. Supongo que desde allí podremos ver la casa.

Y no se equivocaba.

Un rato después, el grupo bajaba por un cañón estrecho, metido entre dos riscos y se detenía ante los primeros arbustos de un bosquecito de pinos.

Harrinson ordenó prescindir de los esquíes y caminaron con menos dificultad por la nieve endurecida. Las copas de los árboles protegían el suelo cubierto de semillas y ramas. En la parte más tupida dejaron el trineo.

Frampton se quitó los guantes y buscó dentro del bulto. Sacó una maleta achatada, protegida por un impermeable.

—¿Qué pensarán de esta nevada, Dick? —preguntó.

Pero Harrinson no contestó.

Se inclinó sobre las ramas y, apartándolas con cuidado, miró hacia la casa, a menos de cien metros de allí.

—Pareja de reinas —dijo el rubio colocando las cartas abiertas sobre la mesa.

El rostro del otro no se inmutó. Abrió las suyas en abanico y, poniéndolas frente a la nariz del rubio, dijo:

—Escalera de color.

El rubio soltó un bufido.

—De verdad, no sé cómo lo haces, Welch...

—¿Insinúas que hago trampas?

—No... Es que...

—Ésa es la excusa de los tontos o de los que no saben jugar. Me debes veinte dólares, Hamilton.

El rubio apretó los labios mientras veía a Welch apuntar la cifra en una hoja.

—¿Dejamos de jugar? —preguntó después de anotarla.

—No, ¿por qué? —contestó Hamilton. Frotó sus hombros desnudos después de echar una mirada a través de los cristales que los rodeaban—. Se está bien aquí.

Welch asintió.

—Es el lugar más cálido de la casa.

—Sigue nevando...

—Sí. ¿Reparto cartas?

Frampton oprimió uno de los botones de la pizarra. La pantalla se iluminó y una línea verde comenzó a parpadear en el centro. Al extremo derecho apareció un número sesenta.

—Ya está —dijo.

Harrinson, en cuclillas junto a él, miró hacia arriba. Pero, las copas de los pinos le impidieron ver el cielo azuloso. Aunque de poder observarlo, pensó, no hubiera notado nada. Ambos aguardaban el paso de un satélite.

—Se acerca —advirtió Frampton.

De pronto, el número sesenta se convirtió en cincuenta y nueve, y fue descendiendo en orden inverso hasta llegar a un doble cero. En la pantalla apareció una multitud de líneas que tomaron rápidas una forma rectangular. Cuando quedaron fijas, se definió la planta arquitectónica de la casa. Varios puntos rojos, ocho en total, salpicaron el dibujo. Casi todos distaban de los demás, con excepción de una pareja.

—Aquí hay dos hombres —observó el ingeniero—. Al final de la casa.

Harrinson se llevó al rostro unos binoculares. Estuvo mirando hacia la casa durante varios segundos.

—Están en la construcción de cristal.

—¿El invernadero?

—Sí. ¿Y los demás?

Frampton apretó un nuevo botón. Por el costado de la máquina salió una hoja de papel brillante con la foto de la pantalla. Luego fue repitiendo las fotos con intervalos de cinco segundos hasta obtener media docena.

—Esos dos del invernadero están inmóviles —dijo después de examinarlas—. Deben de estar conversando. Hay dos más que tampoco se mueven: uno en lo que parece la sala de vigilancia o de control...

Larsen bostezó. No había nada más aburrido que pasarse allí seis horas encerrado, contemplando las pantallas de cuatro televisores y atento a cualquier bip-bip del panel. Pero qué remedio...

Por suerte, pronto sería relevado por Wise. Y podría jugar a las cartas con Hamilton y Welch. O irse a dormir un rato antes del almuerzo.

Paseó la vista por las imágenes. Todo normal. Casi idénticos paisajes, con excepción del manchón verde del bosque, en el primero de los televisores. De allí, a veces, surgía la figura de algún animal que quebraba la monotonía.

En realidad, nunca pensó que se sentiría contento al ver corretear una ardillita o posarse un pájaro. Pero la vida tenía esas cosas. Y para quien no lo creyera, le recetaba una semana delante de aquellos cuatro televisores.

La puerta a su espalda se abrió.

—Hey —saludó un hombre barbudo, de cejas muy espesas—. Traje un poco de café.

Larsen se volvió.

—Debieras quedarte desde ahora, Wise.

El otro no contestó. Le puso una taza delante y se llevó la suya para una butaca cercana.

—Hablo en serio —reiteró Larsen—. ¿Qué más te da?

—¿Para que vayas a jugar póker? Ese Welch los pelará como a pollos a todos ustedes. Es un jugador profesional.

—¿Quién te dijo eso?

—Lo sé. Y me basta.

Larsen saboreó un sorbo de café.

—Okey —dijo—. Pero quédate un rato. Me harás compañía.

Frampton observó de nuevo la pantalla.

—Acaba de unírsele otro —dijo—. Ahora hay dos en la sala de control —pasó el índice por tres puntos separados entre sí por varias rayas y añadió—: Juraría que esos tres hombres están durmiendo. Se encuentran en cuartos diferentes y no se mueven...

—¿Y éste? —preguntó Harrinson y señaló un punto rojo solitario, en el extremo de la casa opuesto al invernadero.

—Es el último.

—¿Cómo?

—Sí. El octavo. Está caminando en esta habitación de la planta alta.

Marcel Fontenay se paseó preocupado por el dormitorio. ¿Qué podía haberle fallado a Don Kelgare? Escoger aquella cuarta alternativa, cuando todo se encontraba planeado hasta la perfección, era suponer un error. Pero, ¿de quién? ¿Suyo o de Kelgare? Descartó la primera posibilidad.

Ignoraba los contratiempos que pudo tener el asesino, pero con respecto a la concepción estaba seguro. No tenía una sola resquebrajadura. Aquel crimen era su obra maestra. Y se sentía herido en su amor propio ante aquella solución de regreso, casi desesperada, propuesta por el *killer*.

Apenas media hora antes, cuando se comunicó con el centro receptor de Kurt Hoffman, en Fort Simpson, se sentía optimista, sin ningún tipo de prevención. Pero ahora todo había cambiado. Echó una mirada al transmisor.

Debía llamar de nuevo e informar a *monsieur* Hoffman.

Frotó sus manos gordezuelas y suspiró. *Tres bien*. Aquello no tenía remedio. Debía prepararse entonces.

Abrió una gaveta de la mesa y extrajo un sobre marcado con un número cuatro en el centro. Volcó su contenido y fue separándolo. Dos tarjetas pasaportes que convertían a Don Kelgare y a él en funcionarios de Australia ante la ONU. Dos juegos de llaves, uno para el auto y el otro para el yate. Por supuesto, este último por si se presentaba cualquier contingencia.

Sacó una llave de cada llavero y las intercambió. Se echó un juego en el bolsillo y el otro lo introdujo en el sobre junto con las tarjetas pasaportes.

Ahora todo quedaba a la habilidad de Kelgare para salir de Cuba. Y volvió a sentirse pesimista. Odiaba el azar o cualquier circunstancia relacionada con la suerte. Pero le deseó mucha a Don Kelgare.

—No puede ser —dijo Harrinson.

—¿Por qué?

—Falta un hombre. El piloto dijo que eran nueve.

Frampton le mostró la pantalla.

—El piloto pudo equivocarse. Pero el satélite no. Las radiaciones térmicas son diferenciables en...

—Espera —lo interrumpió su jefe—. Si vas a explicar algo, hazlo como un ser humano.

El ingeniero se encogió de hombros.

—No hay margen de error —dijo—. Imagínate una gran radiografía de la casa. Las líneas son los huesos, es decir: las habitaciones, baños y todo lo que se encuentra en una vivienda normal. Los puntos rojos son los hombres. Despiden calor, como todos los seres vivos de sangre caliente, y esto lo capta un dispositivo del satélite que lo transmite aquí. Si tuvieran un perro, se vería también.

Harrinson señaló unos manchones rojizos, mucho más brillantes que los puntos, diseminados en la pantalla.

—¿Y esto qué puede ser? ¿Elefantes?

Frampton sonrió.

—Radiadores, hornillas, chimeneas —enumeró—. Emiten calor, pero con mayor intensidad.

Pierre batió la salsa con una cuchara de madera. Pero lo hizo sin deseos. Resultaba imposible preparar un plato que valiera la pena en aquella inmunda cocina. Tendría que hablar muy seriamente con el señor Fontenay.

Era muy fácil, razonaba, pedir una exquisitez y luego esperar a que Pierre se la sirviera. Ya quisiera ver a otro cocinero enfrentarse con aquellas condiciones.

Ya apenas le quedaba mayonesa. El queso se había agotado el día anterior, al igual que los vegetales más útiles, ¿Con que adornaría el próximo plato de carnes? Miró despreciativamente una diminuta zanahoria colocada sobre la bandeja. Ni siquiera quedaban petit-pois...

¡Y qué chusma aquella, la que se sentaba a la mesa...! No valía la pena idear combinaciones para ellos. Les daba igual cualquier cosa. Tenían el paladar de acero. Incluso uno de ellos había protestado cuando encontró trocitos de piña en el pollo... *Oh, mon Dieu!* Sólo se sentía estimulado por el señor Fontenay, un verdadero *connaisseur* de la alta cocina. Pero la gentuza, en cambio...

Dejó la salsera sobre la mesa y, escogiendo un paño, abrió el horno unos centímetros.

Tenía que vigilar el pavo. Aquel horno antediluviano se descontrolaba con facilidad, y Pierre podía intuir que estaba roto. Pero, ¿quién lo arreglaría? ¿Aquellos matarifes?

Arrugó con asco el labio superior.

—El mejor lugar es el invernadero —opinó Harrinson y buscó con la mirada el acuerdo del técnico.

Frampton volvió a la pizarra, debajo de la pantalla, y oprimió un botón. Luego comenzó a darle vueltas a una antena orientándola al Norte.

En la imagen, el plano de la casa desapareció. Su lugar fue ocupado por una esquina del invernadero y una porción sin color en línea recta con el manchón verde. En el centro de este último aparecieron cuatro puntos rojos.

—Se puede—dijo Frampton—. No hay troncos ni tocones en el camino. Densidad a cero ochenta.

—Me parece suficiente. Ya dejó de nevar con fuerza.

El ingeniero miró una vez más la pantalla. Luego señaló los postes negros, que se hallaban uno en cada extremo de la casa, y dijo:

—Sólo puedo, neutralizarlos tres segundos.

—Bastarán —aseguró Harrinson y se volvió a Peter Kruger y Freddy—: Alisten el espiral. Y preparen las armas con silenciador. Tú, Frampton, te ocuparás de conducirnos.

—Puedo ir con ustedes...

—No. Con nosotros tres sobra.

## 14

El coronel Andrés Medina tenía cerca de sesenta años aunque sólo su cabello muy blanco, corto y peinado hacia atrás como se usó en su juventud, delatara el paso del tiempo. Su cuerpo delgado y musculoso le otorgaba un aspecto juvenil que él contribuía a conservar, al correr diariamente diez vueltas a la pista en el estadio del Ministerio.

De su juventud también conservaba la mirada alegre, campechana, que siempre lo había caracterizado. Dos únicas arrugas en su rostro, profundas y curvadas, bajaban a los lados de la boca, reflejando un franco sentido del humor que siempre infundía confianza a quien lo trataba.

Y este sentimiento era el que predominaba en Josefa Moreno. La amiga y vecina de Ariel Guzmán había vencido su nerviosismo inicial por encontrarse en las oficinas de Contraespionaje Científico, nada menos que ante un coronel de la Seguridad.

La mujer estaba sentada casi en el borde de la silla y daba la impresión de querer marcharse de inmediato. Sostenía una cartera anticuada de piel sobre las rodillas y apretaba con ambas manos el resorte metálico.

Medina la observó con curiosidad, antes de preguntar:

—¿Y dice usted que Guzmán le dejó un recado?

—Bueno, no fue eso exactamente —aclaró Josefa—. Es más bien un encargo para su hijo. No sé si sabrá que Ariel tenía un hijo que se encuentra ahora en Palestina...

—Por supuesto. Ya le enviamos un aviso a la Embajada para que gestione su regreso.

—¡Ah, sí...! No sabe cuánto me alegro, coronel. Así podrá asistir a los funerales del padre. Pero, bueno, le decía que Ariel dejó un encargo en mis manos. Un favor, como él dijo. Pocos días antes de su muerte, me llamó para

hablar conmigo. Lo noté un poco triste y pensé que estaba enfermo, pero no era por eso. Me confesó que era posible que no estuviera en la casa el día en que regresara Eduardo. Pensaba dar un viaje a Camagüey y demoraría un tiempo por allá, cuestión de un mes o dos, me dijo.

—¿A Camagüey?

—Sí. A mí no me extrañó porque allá vive una hermana. Y si iba a estar tanto tiempo, yo tendría que cuidarle la casa mientras tanto. Pero también quería otra cosa de mí. Me dijo que si llegaba su hijo y él se encontraba todavía fuera de La Habana, le entregara de parte suya un encargo —Josefa abrió la cartera y sacó una cajita cuadrada—. Mire, es esto —dijo y la colocó sobre la mesa.

El coronel la examinó.

—¿Un videobox?

—Sí, compañero. Pensé guardarlo hasta la llegada de Eduardo. Pero anoche vi dos policías en la casa de Ariel y me puse a pensar si esto no tendría importancia para ustedes. Lo llevé primero al Departamento de Criminología, porque vi el nombre en el auto de los policías que le mencioné. Pero de allí me mandaron que lo viera a usted.

Medina tomó la caja de video entre las manos y la observó por ambas caras. Era de quince minutos de grabación y no tenía ningún marbete de fábrica. Se puso de pie.

—No sé, a lo mejor me equivoco y... —comenzó a decir Josefa.

Medina le sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Aunque así fuera, hizo bien en venir.

Se acercó a un televisor de gran tamaño, en una esquina del despacho, y le introdujo el videobox. Luego lo encendió. Al momento, la imagen de un hombre canoso, de rostro serio, apareció en la pantalla. Su expresión se suavizó cuando comenzó a hablar:

*Eddy... ¿Cómo estás, hijo? Sé que no esperabas verme así, en un video, a tu regreso de Palestina. Pero lo comprenderás bien cuando te explique...*

Larsen puso la taza al pie del panel de control. Se volvió hacia Wise y preguntó:

—¿Qué nos tendrá Pierre de almuerzo?

Wise sonrió.

—Alguna de sus «exquisiteces». Cuando fui en busca del café, lo vi meter un pavo en el horno.

—Bueno, ya eso es algo que...

Larsen no terminó la frase.

Un pitido extraño sonó durante varios segundos en la bocina de aviso mientras un bombillo se mantenía encendido igual tiempo encima de la pantalla número cuatro.

—¿Qué sería eso? —preguntó Wise.

—No sé.

Los dos hombres se inclinaron sobre el televisor. Pero no observaron nada. El paisaje permanecía inalterable, con el poste negro en línea recta con el manchón verde del bosque.

La última vez que había sonado la alarma, tres o cuatro días antes, se debió a algo que resultó bien acogido por todos, menos para Pierre, el cocinero.

Un viejo reno, al parecer dejado atrás por la manada, había cruzado entre dos de los postes. Su muerte fue casi instantánea. De un poste a otro se transmitía una corriente de ultrasonido que ningún ser vivo podría resistir. Si alguien trataba de pasar entre ellos, perdía de inmediato el conocimiento, pero la reacción continuaba, hasta que sus órganos internos comenzaban a vibrar y a dislocarse. La casa estaba rodeada por esta cerca invisible en forma de cúpula.

—Habría sido algún pájaro —dijo Larsen.

El barbudo levantó una de sus cejas con suspicacia. En la mano derecha sostenía una pistola.

—¿Y por qué no cayó sobre la nieve?

Larsen se echó a reír.

—Caería en el techo —dijo—. Está lleno de pájaros. Si cruzan por encima, no se salvan. Vamos, guarda esa pistola Wise... Puede dispararse.

—*Full* de ases —soltó sin alegría Welch.

El rubio pasó las dos manos por su cabello.

—No puede ser... ¿Cuál es el truco?

—No sé de qué hablas.

—Dímelo —pidió Hamilton e, inclinándose sobre la mesa, añadió en tono confidencial—: Palabra, no les diré nada a los demás muchachos...

Welch lo miró con rostro inalterable.

—Me debes veinte dólares más, Hamilton.

El rubio se echó atrás en la silla. Iba a ponerse de pie cuando la sorpresa se lo impidió.

Frente a él, a la espalda de Welch, acababa de suceder algo fuera de lo común. A través de los cristales del invernadero, Hamilton pudo ver que la nieve comenzó a vibrar en silencio, como si la moviera algo oculto en las entrañas.

Su sorpresa aumentó al comprobar que el temblor se aproximaba cada vez más, en línea recta, hacia ellos.

Welch lo miró al rostro.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Hamilton no tuvo tiempo de responder.

En fracciones de segundo la nieve se abrió con violencia. Semejante a la nariz de un tiburón, pero mucho más ancha, un largo torpedo blanco acabó de brotar del suelo y penetró en el invernadero con un estruendo de cristales y listones de aluminio despedazados. Enseguida, la parte superior se dividió a lo largo en dos mitades. Tres hombres vestidos con ajustados trajes isotérmicos se incorporaron y, corriendo en direcciones opuestas, dispararon sobre los dos jugadores de póker. Welch cayó sobre la mesa sin un quejido. Pero el rubio logró llegar de un salto a la puerta y abrirla. Una ráfaga silenciosa del arma de Harrinson lo detuvo.

«Bien, Dick», escuchó el jefe del comando en su oído, a través del diminuto audífono. «Entren ahora por esa puerta y tuerzan a la derecha del

pasillo. Uno de los que están en la sala de control quiere salir.»

Harrinson le señaló la puerta a Freddy y se situó detrás de Kruger. Los tres corrieron por el pasillo en ese orden. Al doblar a la derecha, estuvieron a punto de tropezar con un hombre alto y barbudo, quien, al verlos, se puso en cuclillas y levantó una pistola con ambas manos. Harrinson le disparó casi a quemarropa, pero no pudo evitar que el adversario apretara el gatillo de su arma. El estruendo sacudió el pasillo.

Peter Kruger lanzó un gemido y chocó contra la pared. Freddy y Harrinson, sin mirarlo, penetraron en la sala de control y ametrallaron a Larsen, quien se disponía a salir.

«Sube a los cuartos. Uno de ellos se despertó», oyó Harrinson y, seguido por Freddy, obedeció con rapidez.

Después de subir las escaleras, se detuvieron al comienzo de un recibidor amplio, con cuatro puertas. Harrinson le señaló dos de ellas a Freddy y se tendió en el suelo frente a las demás.

«Va a salir», escuchó la voz de Frampton.

Una de las puertas se abrió y un hombre, vistiendo short y pulóver, se asomó con intención de gritar algo. Pero Harrinson se lo impidió con una corta ráfaga de su ametralladora con silenciador.

Los otros dos hombres fueron eliminados en sus camas, sin oponer resistencia. A Freddy le repugnaba la tarea. Pero el jefe del comando lo libró de ella con placer.

«Queda uno, Dick. Está al final, en el último cuarto.»

—Marcel Fontenay —se dijo Harrinson y acarició el gatillo de su arma.

Pero recordó la advertencia de Warren Sturgeon. El francés debía quedar vivo, cayera quien cayera. Se trataba de una orden inviolable. Harrinson, disgustado, arrojó su metralleta y esgrimió una pistola cargada con dardos neuroparalizantes.

Freddy lo siguió cuando echó a caminar por el corredor. Al final se encontraba una puerta.

Emilio abrió los ojos nuevamente. Pero esta vez los párpados no se le cerraron. Un techo blanco. Paredes amarillas. La puerta. El respaldar de un sillón vacío... Quiso alzar la cabeza, pero no estuvo seguro de poder hacerlo. Se hallaba acostado en la cama de una habitación de hospital. Intentó llevarse la mano derecha al rostro.

Entonces comprendió que tenía el brazo inmovilizado y lo recordó todo: el asesino disparó sobre él y escapó.

Volvió la cabeza hacia el lado derecho. Le habían vendado el hombro. Y descubrió a Marusha.

La joven se hallaba ante la ventana, mirando hacia afuera. Sólo de verla, Emilio juzgó que su herida no era grave, sin poder explicárselo.

La observó.

La luz que penetraba desde el exterior se filtraba entre los cabellos de la muchacha y silueteaba su figura y el perfil de su rostro. Emilio la contempló y, casi sin percatarse, fue invadiéndolo una suave sensación de tranquilidad. Se sentía atendido, cuidado y muy cercano a Marusha, más que nunca. Había creada una cálida corriente entre esa bella muchacha que miraba por la ventana y él, que la observaba desde la cama.

¿Por qué, si se encontraba herido en un hospital, casi se alegraba de su situación y no deseaba cambiarla por ninguna otra? ¿Era que sólo la cercanía de Marusha lo llenaba de seguridad, lo hacía sentirse distinto, o sería que, por primera vez, percibía que ella podía estar...?

—¿Estás despierto! —dijo la muchacha cuando, al volverse hacia él, lo descubrió observándola—. ¿Por qué no me llamaste?

Se acercó a la cama y quedó de pie a su lado. Emilio la siguió con la vista.

—Te miraba.

El color de las mejillas de la muchacha pareció subir de tono por un instante.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó—. ¿Te duele mucho?

—No. Es como si tuviera esa parte dormida. ¿Y el hombre? ¿Escapó?

Marusha ladeó la cabeza.

—No te preocupes. Tony le está cerrando el cerco. No demorará en ser capturado.

—Se me fue entre las manos y, para colmo, me dejé herir.

—Hiciste un magnífico trabajo. Eso dijo el capitán —afirmó la joven mientras estiraba la sábana—: Tu mamá estuvo aquí hasta hace unos minutos. Me dijo que le avisara cuando despertaras y fue a llamar a tus abuelos —lo miró a los ojos antes de decir—: Si quieres, dame el teléfono de tu novia para avisarle.

Emilio negó con la cabeza.

—Eso terminó.

Marusha bajó la vista.

—¡Ah!

Emilio la contempló de nuevo. Que cerca estaba Marusha de él. No sólo en el sentido directo, sino... Era otra. Más suave, más dulce, más tierna. Emilio siempre la había visto tan segura de sí misma, tan perfecta, tan lejana. Sin embargo, ahora... ¿Qué había sucedido? Algo estaba cambiando entre los dos. Él lo percibía en medio del silencio.

Marusha tomó una de sus manos.

—¿Qué te pasó aquí? Tienes un arañazo en el dedo —advirtió la joven.

—No sé. Puede haber sido con la puerta del Metro.

Cuando Emilio sintió que la muchacha iba ya a retirar la mano, se la sujetó entre sus dedos. Y fue él quien le acarició los suyos, como si también estuvieran lastimados. La muchacha no rechazó la caricia.

—Maru...

—¿Qué?

La joven lo miró.

Emilio creyó ver en sus ojos que ella también se hallaba desconcertada, y le pareció que ambos estaban tomando conciencia de algo que quizás se estuviera incubando desde mucho tiempo atrás y salía a flote precisamente hoy, con él herido de bala en el hospital. Algo nuevo, inmensamente bello, tal vez demasiado...

—Maru, después que lo capturen, ¿vendrás a verme al hospital? —dijo Emilio y con esfuerzo se inclinó hacia ella—. ¿Eh?

Marusha retiró sus dedos de entre los de él.

—Te vas a lastimar —le reprochó echándolo hacia atrás en la cama. Luego, con un suave movimiento de la mano, le acomodó el mechón de pelo

—. ¿Crees que podría dejar de verte, tonto?

17

El pavo tenía un aroma delicado, sutil. Pierre bajó al mínimo el calor del horno y lo dejó allí. Debía preparar la vajilla del señor Fontenay. La chusma podía comer en cualquier plato, hasta en los de cartón, y no se resentiría por ello.

El cocinero recordó con aversión el reno que la gentuza le había obligado a preparar. Jamás sus manos aderezaron una carne tan dura y correosa como aquélla. Le calculaba no menos de cien años al detestable animal. Y todos lo comieron hasta mondar los huesos, como verdaderos salvajes. Por supuesto, en ese «todos» no se incluía ni a sí mismo ni a su señor.

El reno había muerto en condiciones extrañas, y Pierre no quiso ni probarlo. Y pensar que también él pudo morir de una manera idéntica...

Fue el primero o segundo día de su llegada. Cuando se disponía a lanzar fuera de la casa un recipiente cargado de desechos —en aquella horrible cocina no había un simple desintegrador—, estuvo a punto de rebasar uno de los postes negros. Por suerte, se acordó de la advertencia que le había hecho el señor Fontenay y no continuó. Pero, al volverse, se encontró con tres de los matarifes que lo miraban ansiosos, burlones, como esperando que diera un paso más. No, Pierre no podría perdonarlos nunca.

Levantó los ojos y se quedó asombrado al comprobar la hora en el reloj de pared. Era bien pasado el mediodía y el señor Fontenay se encontraría hambriento. En la granja de Arbois ya hubiera hecho sonar la campanilla del comedor, llamándolo. Pero aquí, ¿de qué manera avisaría a Pierre? Metido en aquel tugurio maloliente, sin ventilación apenas, era imposible que escuchara una llamada. Tendría que ir personalmente a comunicarle que todo se encontraba listo.

Al subir el corto tramo de escalones y doblar el primer recodo del pasillo, lo primero que vio Pierre fue el cuerpo de Wise retorcido en el suelo. Receloso, ya que podía tratarse de una de las bromas habituales, se acercó y le echó una mirada. Entonces notó las piernas de Larsen debajo del panel en

la sala de control. Estupefacto, se dio cuenta de que ambos estaban muertos. Y pensó en Fontenay.

Cuando unos minutos después, venciendo su miedo a duras penas, el cocinero entró en el cuarto del francés y no lo encontró allí, tuvo que dejarse caer en una silla. Las extremidades no querían obedecerlo. Sólo el zumbido incesante del transmisor lo devolvió a la realidad.

## 18

El capitán Antonio Ravelo acababa de comprobar, en la pizarra del puesto de mando, que todas sus disposiciones se habían cumplido. Resultaba prácticamente imposible que el hombre pudiera escapar: la provincia Habana había sido cercada por un cinturón de seguridad. Cada uno de los compañeros que trabajaban en la habitación, bajo sus órdenes, se estaba ocupando de un aspecto distinto.

El oficial se echó hacia atrás en el asiento. Decidió pasar revista de nuevo, mentalmente, a todas las posibilidades de huida o captura, por si olvidaba alguna. En este caso se daba una circunstancia muy importante: a pesar de tener la foto, la Olimpiada favorecía mucho al asesino. No era lo mismo controlar las aduanas, los puertos, las carreteras, en un momento de vida normal del país, que ahora, cuando miles de turistas, funcionarios, periodistas y atletas entraban y salían de Cuba y muchos, se trasladaban de La Habana a las otras provincias subsedes del evento.

La primera medida que tomó, por tanto, fue la de aislar a La Habana del exterior y del interior del país, específicamente para un hombre con ese rostro. Ya le habían informado que estaban controladas las carreteras que iban a Pinar del Rio y a Matanzas, además de la que comunicaba a Batabanó con la Isla de la Juventud.

También había recibido el aviso de Guardafronteras, asegurándole que los puertos y embarcaciones de las costas norte y sur se hallaban vigilados.

Estaba repasando la situación de los aeropuertos comerciales y turísticos, cuando sintió abrirse la puerta y vio entrar a Marusha. Por la expresión de la muchacha comprendió que Emilio se encontraba fuera de peligro.

—¿Cómo está? —le preguntó.

La muchacha sonrió al responder.

—En unos días lo tenemos de nuevo con nosotros.

Entonces, mirando a Marusha, fue cuando a Tony le pareció recordar fugazmente algo. No alcanzó a concretar de qué se trataba. Pero tenía relación con lo que había estado pensando y, quizás, cierta conversación que había tenido con la muchacha... O algo que habían visto juntos.

Marusha se aproximó a la pizarra.

—¿Hay noticias? —preguntó.

Tony negó con un ademán.

—Se han tomado todas las medidas... —comenzaba a decir, cuando el teniente Zamora se levantó de su escritorio y se acercó a toda prisa.

—¡Capitán! —dijo el hombre—. ¡Tenemos una emergencia! ¡Es en el campo de aviación del Instituto Cubano de Biotecnología, en San José de las Lajas!

En un instante, Tony comprendió que era lo que Marusha le había hecho recordar.

—¡Vamos! —le dijo a la muchacha—. ¡Hay que avisar al coronel!

## 19

Kurt Hoffman se dejó llevar por la ira. No recordaba la última vez que le había sucedido, pero ahora, durante un minuto, perdió el control de sí mismo. Y frente a un subalterno.

—¡Estúpido...! —exclamó—. Pero, ¿es posible que no lo conozcas?

Ronald negó, con un temblor de su papada.

—Muy poco, señor. Se llama Richard Harrinson y es uno de los agentes de Sturgeon que usted me ordenó vigilar.

—¡Es más que eso...! —gritó Hoffman esgrimiendo la foto y mostrándosela al gordo—: Harrinson es un hombre de acción. Ejecuta las misiones más duras de Sturgeon, ¿comprendes?

—Sí, señor Hoffman.

—Seguro que la captura de Fontenay la llevó a cabo él, puedes apostarte tu hueca cabeza. ¡Dios...! Pero, ¿cómo pude estar tan ciego? Dejó su firma

allí, en la casa de las montañas. Harrinson es un sádico... Mató a siete de mis hombres...

Hoffman se llenó los pulmones de aire. Debía dominarse. Gritar ante un subordinado era un signo de debilidad. Controlaría su ira antes de volver a hablar. Sin embargo, de sólo contemplar aquella foto...

En ella aparecía un grupo de hombres. Cuatro en total. Todos vestían trajes isotérmicos blancos y se hallaban delante de una caseta de plástico. Harrinson era el del centro y de su hombro colgaba una metralleta con silenciador.

Hoffman señaló la foto con el índice.

—¿Por qué la traes ahora?

Ronald captó el tono ecuánime de su jefe y supo que era el momento de explicarlo todo sin peligro.

—No pude hacer otra cosa, señor. Como usted sabe Harrinson estaba en la lista de los agentes de Sturgeon que debíamos vigilar. Esa foto fue tomada por la mañana, en el aeropuerto de la Texxon en Jersey City. La tomó Henry Suderer, el agente encargado de vigilar a Harrinson, y la envió a mi oficina de aquí, en Las Vegas. Pero como usted me ordenó otra tarea, no pasé por allí hasta hace un rato. No podía adivinar que esta foto estaba en mi mesa, señor...

Hoffman pasó una mano por sus cabellos, cuidadosamente peinados. Se sentía sereno por completo. Terminaba de acalorarse por gusto. La culpa, de manera indirecta, le pertenecía.

No bien había recibido el mensaje de Fontenay, comunicándole la necesidad de la variante Cuatro, dispuso el envío de los hombres que servirían de escolta al francés en el viaje hacia el punto acordado. Y comisionó para esta labor a Ronald. Resultaba claro que el grueso agente no tenía la culpa de que sus hombres encontraran una casa llena de muertos y a un cocinero histérico, que nada pudo decir sobre aquella matanza y el secuestro de su amo. Y, por supuesto, tampoco era culpable de haber encontrado la fotografía demasiado tarde.

¿Tarde?, se preguntó Hoffman. Aún no. Haría circular la foto de Harrinson entre los hombres que partirían hacia el lugar de recepción y... Se

detuvo en esa idea. Contra Harrinson había que oponer astucia, no violencia. Tenía que prever cualquier golpe. Hasta el de la mala suerte.

Con gesto resuelto descolgó el teléfono.

—¿Lansing? Comuníqueme con el agente 231-A... Sí, en Europa Dos. Urgente —miró a Ronald y añadió dirigiéndose al gordo—: Nada se ha perdido todavía...

## 20

—¿Qué pide? —preguntó el coronel Medina mientras descendía de su auto.

La situación era difícil. El asesino había tomado a cuatro empleados como rehenes: dos hombres y dos mujeres, y se había encerrado con ellos en la torre de control. Desde su carro, el capitán Antonio Ravelo había establecido comunicación telefónica con él y conocido sus exigencias. El campo de aviación estaba completamente rodeado de agentes y carros patrulleros. Desde que vio acercarse el auto del coronel, Tony avanzó a su encuentro.

—Quiere un piloto y que le abastezcan el avión —informó el capitán—. Si accedemos, él iría desde el edificio al aparato en un vehículo con los cuatro empleados. Dice que no los soltará hasta que el piloto no esté ya sentado en la cabina —y concluyó—: Está esperando nuestra respuesta. Dio media hora de plazo antes de matar al primer rehén.

El coronel se llevó las manos a la cintura.

—Es capaz de hacerlo —dijo—. Este hombre no es un loco ni mata por placer. Es un asesino profesional. Pero aquí está en juego su vida.

—Tengo dos proposiciones, coronel —aseguró Tony y, a un gesto de Medina, continuó—: Primera, si hace falta un piloto, debo ser yo mismo. En cualquier caso siempre sabría mejor qué hacer y cómo defenderme.

El coronel hizo un movimiento con la mano.

—Veremos —dijo—. ¿La otra proposición?

—Es una idea de la teniente Marín. Preferiría que ella misma la explicara.

—Llámala.

Tony se volvió hacia su auto y le hizo una seña a Marusha, que los observaba desde allí. La muchacha se acercó de inmediato.

—¿Qué proposición tienes? —le preguntó el coronel.

Marusha lo miró a los ojos.

—Desde la cabina del otro aeroplano, con un fusil KEL de mirilla de láser, puedo dispararle un proyectil paralizante cuando su avión pase junto al mío —aseguró—. Todo está en que el piloto mantenga la ventanilla izquierda abierta y haga caminar el aparato a poca velocidad.

—Yo seré el piloto —informó Tony apoyando la idea.

El oficial superior movió la cabeza de izquierda a derecha, con lentitud.

—No va la segunda proposición —dijo.

—Coronel —intervino Tony—, la teniente fue alumna mía en el Instituto Superior de Criminalística. Yo le garantizo que ella puede hacer el disparo con éxito.

—No va, Ravelo —puntualizó el oficial—. Hay otros métodos más seguros. Por ejemplo, al abastecer nuestros hombres el avión, podrían ocultar en él una cápsula controlable de gas *sleeper*... digamos, un *sleeper* Zep de acción rápida, inodoro e incoloro. En cuanto tú entres al aparato, nosotros, desde afuera, con una señal de radio, abríamos la cápsula. Antes de cuatro segundos estarían los rehenes, tú y el asesino dormidos en el avión, y nosotros actuaríamos de inmediato y sin ningún riesgo.

Marusha y Tony intercambiaron una rápida mirada.

—Excelente idea —dijo el capitán—. ¿Trajeron ustedes la cápsula?.

—No, Ravelo. No lo vamos a hacer. Tú serás el piloto. Pero el hombre debe escapar con esa cepa.

—¿Cómo?!

—Que va a escapar. Lo vamos a dejar ir.

Marusha parpadeó sin poder dar crédito a lo que escuchaba. Tony respiró hondo.

—No entiendo, coronel —dijo.

—¿Recuerdas el examen dactiloscópico que ordenaste hacer a los viales en el Instituto? —comenzó Medina y, después que Tony asintió, se volvió hacia el teniente que había venido con él en el carro—: Carbonel, que abastezcan el avión —luego, miró de nuevo a Tony y a Marusha y puso una mano en el hombro de cada uno—. Pues escuchen. Esta tarde recibí un videobox de Ariel Guzmán en mi oficina —dijo mientras los guiaba hacia el auto del capitán.

El señor Klaus Schindler no se atrevió a mirar por la ventanilla cuando la aeromoza indicó que las luces lejanas que se veían a la izquierda eran de la Isla de la ONU. Tampoco se movió al explicar la muchacha que se trataba de Santa María de la Concepción, la segunda isla descubierta por Cristóbal Colón en América después de una larga y peligrosa travesía hacia lo desconocido.

¡Para peligrosas travesías estaba el señor Schindler!

Desde que salieron de New York había cerrado los ojos para pasar mejor el mal rato del vuelo. Pero eso no le había evitado escuchar la información, en la voz amable de la aeromoza, de que las Bahamas o Lucayas era un archipiélago que se extendía desde Santo Domingo hasta la península de la Florida y que constaba de treinta islas, seiscientos sesenta islotes y dos mil escollos.

El señor Schindler pensó que, si bien era cierto que la noche impedía apreciar el verdor de las islas sobre el intenso azul de las aguas —uno de los más bellos paisajes aéreos del planeta—, a él le importaba poco, pues ni aun de día se hubiera atrevido a echar un vistazo. Un viaje en avión era algo a lo que nunca había llegado a sobreponerse.

Era que Otto Düster, ya viajara a nombre, de Hegelbrechten, Doderer, Spangerberg, Hüttner o Schindler, sentía terror por los aviones.

Por eso, la idea de la llegada hizo que no le molestara tener que oír, por enésima vez en los últimos tiempos, la historia de cómo, debido a la propuesta de una aplastante mayoría de países en la Asamblea General, se decidió retirar la Organización de las Naciones Unidas de New York, ante el peligro que ofrecía la ciudad a los diplomáticos.

En medio del temor que le producía el próximo aterrizaje, Düster sintió algo de nostalgia al recordar los buenos tiempos, no tan lejanos, en que se vigilaba con facilidad a un representante de un país socialista o se le preparaba una trampa con drogas o sexo a un diplomático que hubiera atacado con demasiada vehemencia a los Estados Unidos y su política en defensa de las transnacionales.

¡Ah! ¡New York, New York! Desde allí se entorpecían con relativa facilidad los planes que el CIPEP pretendía desarrollar con los países más pobres, que intentaban salir de las zonas de influencia de las corporaciones. En el caso de la Texxon, a veces una entrevista con un delegado donde se le recordaba que la entidad podía cesar su ayuda en alimentos, era suficiente. En otras ocasiones, se presionaba con los productos de la Pharmaceutical Division. Y, en los ejemplos más graves: un trabajito de los *boys* de Harrinson, sólo para amedrentar, era capaz de hacer cambiar de opinión, al menos por un tiempo, al más empecinado diplomático.

Todo era fácil en New York. Se trabajaba en la misma casa y con total impunidad. La alta tasa de delincuencia justificaba los «incidentes» que sufrían los representantes de países enemigos. Y la policía —esos muchachos sabían hacer bien su papel— siempre llegaba tarde. No había peligro ni, ¡cuán importante!, tampoco era necesario montarse en un condenado avión para hacer el trabajo.

Pero, ahora... ¡La Isla de la ONU! Tenían razón los que decían que esa organización había sido copada por los comunistas. Con el pretexto de «mayor seguridad para los delegados» no se podía entrar ni una sola pistola por la aduana, a no ser en una valija diplomática. ¡Qué clase de lugar! ¿Introducir armas mayores o explosivos en un avión privado? Olvidarlo. Hasta allí sólo permitían llegar a las líneas aéreas comerciales autorizadas y, cuando la ocasión lo justificara, un avión oficial donde se trasladara un jefe de Estado que fuera a intervenir en la Asamblea General.

La aeromoza continuó explicando que el gobierno de las Bahamas había cedido a la organización internacional una isla de setenta y cinco kilómetros cuadrados, llamada Rum Cay y, al ser aprobado el proyecto, lo que era un sitio despoblado se había convertido en uno de los centros neurálgicos del mundo en menos de diez años.

El centro del aburrimiento mundial, pensó Düster. Porque, salvo las instalaciones para el recreo de los diplomáticos, no había zona turística en la Isla. Decían que eso implicaba un movimiento de entrada y salida constante de personas, ajeno a las necesidades de la ONU, y que propiciaba, además, el espionaje.

Otto Düster dejó a un lado sus pensamientos y se ajustó el cinturón de seguridad con cierta aprensión al leer la señal lumínica. Inconscientemente, miró por la ventanilla y, antes de cerrar los ojos asustado por la altura, alcanzó a ver la figura circular del Edificio de las Conferencias.

Iban a aterrizar en la Isla de la ONU.

Como era costumbre, el avión entró por el Oeste. La muchacha explicó que la franja luminosa que se veía abajo era la avenida de la Paz y las luces a la derecha pertenecían al Residencial de los Embajadores.

Düster se conocía de memoria el vuelo a ciegas, es decir, con los ojos cerrados. Desde la inauguración oficial de la Isla había realizado dos misiones en ella que lo habían obligado a efectuar viajes de ida y vuelta en avión. Y no tenía la menor idea de cómo podía lucir la Ciudad de las Naciones desde el aire. Es más, ni siquiera pensaba averiguarlo.

En el momento en que el aparato tocó tierra en el aeropuerto internacional Amistad, el hombre maldijo interiormente a Warren Sturgeon. El calvo lo había mantenido alerta a su regreso de Cuba y, casi sin permitirle dormir, lo había montado de pronto en un avión con órdenes precisas e invariables.

Después que la aeromoza les deseó una feliz estancia Düster pasó al túnel de salida y se deslizó por él. ¡Buena gracia le hacía este viaje! Tenía que hospedarse en la habitación 315 del hotel Mundial. Para trasladarse hasta allí debía tomar con urgencia un taxi, aunque fuera de gasolina. La reservación estaba hecha. Su comida: ordenada ya. No había esta vez la más mínima posibilidad de alterar una cifra, de inventar un gasto extra. Era una misión «seca».

Y lo peor de todo, la tarea encomendada: esperar.

## 22

Las ruedas del avión acababan de tocar tierra y el aparato avanzaba veloz sobre la pista, levantando una nube de polvo a su paso. Era evidente que el desconocimiento de aquel terreno agrietado, repleto de arbustos y hoyos conspiraba contra la pericia del piloto.

Don Kelgare se aferró a la puertecita lateral, dos metros detrás de Tony, y observó por el cristal de la cabina. Los saltos y giros estremecían los cuerpos

mientras la nave pasaba junto a los hangares y otras construcciones en minas. De pronto, Kelgare notó algo alarmante: el avión salía de la pista. Inquieto, vio al piloto hacer esfuerzos por controlar la dirección, pero eran inútiles a simple vista. Frente a la nariz del avión aparecieron dos hangares semiderruidos, con una separación entre uno y otro de apenas quince metros. Y por allí debía pasar la nave...

El choque sería inevitable. Si no se estrellaban contra una de las edificaciones, las alas quedarían en el intento.

Don Kelgare miró ansioso por la ventanilla. El suelo, cubierto de hierbas, ya no pasaba debajo de ellos con la misma vertiginosa rapidez. No lo dudó un segundo. Soltó el cinturón magnético que rodeaba su cintura y, abriendo la puerta de un tirón, se asomó al exterior. Dejó caer el maletín.

Se lanzó fuera en el momento justo. Mientras su cuerpo, al chocar los pies con la tierra, perdía el equilibrio y comenzaba a rodar entre la tupida vegetación, escuchó el chirrido y, después, el estruendo del choque contra los hangares.

Cuando pudo incorporarse, Kelgare quedó impresionado. No quiso pensar en lo que hubiera podido pasarle de continuar en la nave.

El avión yacía de costado, semicubierto por los escombros y maderas podridas que arrancó de los edificios. Una de las alas había penetrado en un profundo corte y terminó arrastrando una parte del techo del hangar sobre la cola del aparato.

Mientras sacudía sus ropas y se frotaba despacio el hombro izquierdo, golpeado en la caída, a Don Kelgare no le cruzó por la cabeza la idea de auxiliar al piloto. Su suerte le era indiferente. Ahora lo importante era encauzar la suya propia.

Sin mirar atrás, echó a andar hacia la pista y recuperó el maletín. Después, trató de ubicarse en el lugar.

Se encontraba en el primer aeropuerto construido en la Isla. Al comienzo, sirvió para el traslado de materiales de construcción y de los trabajadores que levantarían los edificios. Pensaban aprovechar todo el Este de la isla para las viviendas de los funcionarios por las bellezas naturales que poseía. Pero luego esta idea fue desechada. La ampliación de una diminuta bahía al Oeste posibilitó un transporte más barato y disminuyó la importancia de aquella

zona. Al cabo de los años, ya el primer aeropuerto estaba olvidado, y sólo la playa cercana, a la cual se bajaba por una carretera que rodeaba los altos riscos, era visitada ocasionalmente por jóvenes y parejas de excursionistas.

Según le había indicado Fontenay, debía dirigirse hasta el último hangar y aguardarlo allí, en caso de que él no hubiera llegado primero. También le dijo que traería en el auto ropas para él y una tarjeta pasaporte como funcionario de la delegación permanente de Australia ante la ONU. El francés había previsto que, de tener alguna dificultad en este sentido para salir de la Isla, un yate aguardaría por ellos en la playa y en él viajarían hasta Nassau. Pero la acreditación era tan perfecta que el viaje en yate casi quedaba descartado.

Kelgare, con paso rápido, rebasó la pista y se detuvo junto a las ruinas de un almacén. Desde allí contó las edificaciones. Encontró el hangar sin dificultad. Estaba a menos de quinientos metros de allí, pegado a la carretera que descendía hasta la playa.

Apretó el maletín y se dirigió rumbo al edificio.

Frampton, el ingeniero, se asomó por la ventana y miró a través de los cristales rotos, cubiertos de telaraña. Luego se volvió a Harrinson levantando el pulgar derecho.

El jefe del comando se acercó a Fontenay.

—Ya viene —dijo—. Sólo quería decirte que me obedezcas. Es la única forma de que quedes vivo.

—¿Qué garantías tengo?

—Ninguna. No tienes opción —acarició con delicadeza las solapas del traje que vestía el francés—. No es tu puerca vida lo que me interesa. Ahora, oye bien. En cuanto entre Kelgare, le pides lo que trae, con el pretexto de verlo. Cuando lo recibas, apártate —miró hacia el automóvil de gasolina, a poca distancia de la puerta abierta del hangar, y agregó—: Si quieres, puedes meterte debajo. No me importa. Pero debes proteger lo que te dará Kelgare, ¿entiendes?

Sí, Marcel Fontenay entendía. Pero confiar en Harrinson era semejante a intentar argumentarle a una cobra.

Lo había comprobado durante el largo viaje que acababan de culminar hasta la Isla: Aunque, si no se equivocaba, hubo un momento en que creyó poder convencerlo.

Fue después de salir de la casa en las montañas, cuando esperaban el helicóptero que los sacaría de allí. Mientras el que apodaban el Ingeniero se comunicaba con el piloto, habló a solas con Harrinson. Le ofreció medio millón de dólares, la parte que le correspondía por planear el crimen. En aquella ocasión fue sincero. Le explicó que si el asunto fracasaba, su nombre como organizador no valdría un centavo. Estaba dispuesto a darle el dinero si dejaba que su *killer* llegara a la Isla y entregara el descubrimiento a la Multilever.

Harrinson lo escuchó con interés. Medio millón no era una cifra despreciable. Pero, entonces, Fontenay cometió un error. Mencionó confiado el nombre del asesino que aguardaría en la Isla. Y, de súbito, el rostro de Harrinson cambió y también la suerte de Fontenay. El jefe del comando se apartó sin decir una palabra más.

Después vino el viaje, y todos sus intentos de soborno fracasaron. En Nassau, mientras esperaban las tarjetas pasaportes falsificadas que los acreditarían como funcionarios y metían las armas en una caja sellada por la Embajada norteamericana —única forma de introducirlas en la Isla—, Marcel Fontenay intentó hablarle de nuevo a Harrinson, pero el ex mercenario ni siquiera lo miró.

En lo sucesivo, el francés mantuvo la boca cerrada y su cerebro en actividad. Aún le quedaba una última opción. Y para ello contaba con la astucia de Kelgare.

Harrinson se apartó unos pasos.

Le hizo una seña a Freddy indicándole unos restos de aviones que se amontonaban contra las paredes, a todo lo largo del hangar. Luego Frampton se apartó de la ventana y se escondió detrás de unos escombros, en el lado opuesto.

—Ahora te quedas aquí, ¿okey?

Fontenay asintió.

Cuando Harrinson se unió a Freddy en su escondite, quedó el francés, solitario, junto al auto. Se apoyó en la carrocería y metió su mano derecha en

el bolsillo.

Allí acarició un juego de llaves.

Antes de llegar, Kelgare trató de penetrar con la vista las sombras del interior. Pero no pudo. El hangar estaba en silencio. Sólo cuando estuvo cerca de la puerta, distinguió dentro la parte trasera de un auto y a la persona que, de pie, se recostaba en la ventanilla opuesta al timón.

—¿Don? —escuchó preguntar.

Kelgare avanzó hacia Fontenay y sus pasos se repitieron en el eco del hangar. Se detuvo cerca del auto. Trató de escrutar el rostro del francés. ¿Qué pasaba en él? No tenía la sonrisa beatífica de siempre. Extrañado, observó la mano tendida que se le ofrecía. Fontenay nunca saludaba de esa manera.

Harrinson apuntó con su pistola de dardos paralizadores. Les había advertido a los otros dos hombres que no debían disparar sobre Kelgare. Lo quería vivo. Al menos, todo lo posible. Pero en el ángulo en que se encontraba el que había sido su jefe en África, era inseguro hacer un disparo certero.

Decidió aguardar a que entregara el maletín a Fontenay. Entonces, el techo del auto no protegería a Kelgare. Y lo derribaría con un dardo.

Don Kelgare estrechó la mano del francés. Al retirarla, sintió un objeto duro, metálico, y lo apretó con los dedos. Lo palpó. Era una llave.

—¿Lo conseguiste? —preguntó Fontenay.

Kelgare asintió mientras, de reojo, comprobaba que en el panel del auto no había llaves. Y debían estar allí. Se suponía que el francés acababa de llegar del aeropuerto internacional en aquel vehículo.

Harrinson no pudo preverlo. En el momento en que Kelgare parecía dispuesto a entregar el maletín, ocurrió lo inesperado. Con absoluta sorpresa, vio cómo

el *killer*, en segundos, abría la puerta derecha del auto y, entrando en él, se sentaba frente al timón seguido por Fontenay.

Cuando pudo reaccionar, ya el vehículo se hallaba en marcha y corría por el centro de la edificación.

Entonces lo comprendió lodo.

Cuando interrogó al organizador en la casa de la montaña, este le había entregado un sobre. Contenía, según dijo, un juego de llaves. La más pequeña pertenecía a un auto que estaría esperándolo a su llegada al aeropuerto de la Isla. La segunda pondría en marcha el motor de un yate en la playa, una posibilidad de emergencia del francés.

Y mucho antes, cuando registró a Fontenay, lo había hecho en busca de armas. No le vació los bolsillos. Y ahora lo estaba pagando caro. Las llaves del sobre tenían un duplicado.

No le resultaba difícil saber a dónde se dirigirían en el auto si lograban salir del hangar.

De un salto, abandonó su escondrijo, echó a un lado su ya inservible pistola de dardos y esgrimió una Magnum.

Apuntó al vehículo.

Kelgare oprimió el acelerador. Mientras enfilaba el auto hacia la puerta trasera del hangar, situada en el otro extremo, echó una rápida mirada a Fontenay y preguntó:

—¿Quién?

—Uno llamado Harrinson... ¿Lo conoces?

Don no contestó.

El tronar de los disparos era intenso. Repercutía como un eco en las viejas paredes carcomidas mientras las balas se incrustaban en la carrocería del vehículo. Kelgare disminuyó la marcha del carro y estuvo a punto de detenerlo antes de llegar a la puerta cerrada. Un vistazo le bastó para darse cuenta de que no sería fácil abrirla.

Un gigantesco candado, cubierto de óxido, sujetaba el largo portón de corredera.

Mientras Harrinson y Freddy disparaban contra el auto sin dejar de correr, Frampton, en cambio, se mantenía de pie en un costado de la puerta delantera con ambos brazos al frente para buscar mejor puntería de su pistola automática. Realmente, fue el primero de los tres en darse cuenta de la maniobra y el único con posibilidades de evitarla.

Bajando el arma, el Ingeniero vio doblar el auto y dirigirse a toda velocidad en camino de regreso, hacia ellos. Comprendió enseguida. Con rapidez, guardó el arma y echó a correr hacia la puerta.

Don Kelgare había optado por la única solución. No lo pensó mucho cuando hizo girar el auto con destreza y lo lanzó hacia la puerta abierta en el otro extremo del hangar. En el camino, estuvo a punto de atropellar a dos de sus perseguidores, pero éstos saltaron con agilidad a un lado y se pegaron a la pared. Kelgare imprimió más velocidad al auto para dejarlos atrás. No eran ellos quienes le preocupaban por el momento.

Frente a él, acaba de ver a un tercer hombre llegar hasta la puerta, pegar el hombro a ella y empezar a correrla. Comprobó Kelgare que la abertura se tornaba a cada momento más estrecha y, sin disminuir la aceleración, sacó su pistola y disparó a través del cristal.

Frampton, herido en la cabeza, cayó de rodillas y luego se encogió en el suelo. Pero ya había cumplido una parte de lo propuesto.

La puerta semicerrada fue un duro obstáculo. El automóvil la embistió con fuerza por el costado, dobló la estructura metálica y convirtió en astillas la madera. Pero Don logró sacarlo del hangar. Sin embargo, cuando atravesó la pista y tomó por la carretera que rodeaba los acantilados hasta la playa, notó que algo le sucedía al vehículo.

Fue Harrinson, al salir del hangar, el primero en verlo tomar la curva despacio y detenerse antes de poder rebasarla por completo. Le indicó a Freddy la dirección del auto con el cañón de la pistola y ambos echaron a correr por la carretera.

El automóvil se detuvo. Kelgare pensó que la rotura podía ser sencilla. Quizás una desconexión del conducto de gasolina a los carburadores. Pero era imposible arreglarlo. La noche caía de prisa sobre la Isla. Y sus perseguidores, a quienes veía salir del hangar en ese momento, se encontraban demasiado cerca para permitírselo.

Abrió la puerta del carro. Creyó que el francés haría lo mismo, pero al mirarlo cambió de idea. El grueso organizador apretaba el maletín entre sus brazos y, a juzgar por la mirada fija en el parabrisas agujereado, no parecía comprender la situación.

Sólo al sacudirlo por el hombro, Don se dio cuenta de que Marcel Fontenay estaba muerto.

—Vamos... ¡Sigue! —gritó Harrinson.

Pero Freddy no obedeció. Sostenía el maletín que había arrancado de los brazos inertes de Fontenay, sin decidirse a dar un paso. Mostró el recipiente y dijo:

—¿Para qué, Dick? Ya tenemos lo que buscábamos. Harrinson se detuvo.

—¡Suéltalo? —ordenó furioso.

—Pero...

Freddy observó a su jefe. Jamás había visto así a Harrinson. Parecía un hombre enloquecido... Sí, eso era: un loco con una idea fija, peligrosa. Cuando notó que levantaba el arma hacia él, soltó el maletín dentro del auto.

Ambos bajaron por la carretera en persecución de Kelgare. La figura del *killer* resaltaba en la franja gris de la estrecha vía, pero pudieron verlo muy poco tiempo. De un salto, aprovechando la alta vegetación que crecía a los costados, Kelgare salió del camino y se ocultó de sus perseguidores.

Harrinson detuvo la carrera. El sonido de un disparo y el plomo que rebotó en los riscos, muy cerca de su cabeza, hizo que se arrojara al suelo. Pero había tenido tiempo de observar el terreno.

Kelgare estaba metido en una trampa. Al saltar a la izquierda del camino, tenía muchos lugares donde esconderse, arrecifes y rocas desde los cuales podía disparar. Pero detrás se hallaban los acantilados, que sobresalían encima de una porción de playa, también rocosa.

Solamente tenía que empujarlo hacia ellos un poco más y le cortaría la retirada, pensó Harrinson. Y así lo puso en práctica.

Freddy y él se dirigieron hacia la izquierda y, separándose varios metros uno del otro, se arrastraron entre las hierbas. La respuesta de Kelgare no se hizo esperar. Dos balas silbaron por encima de Harrinson, quien buscó un lugar protegido.

Encontró dos grandes rocas y se parapetó detrás. Luego se asomó tratando de divisar al *killer*. Pero ya le fue imposible a simple vista. La oscuridad cada vez era más intensa. Sabía que se enfrentaba a un excelente tirador, más ahora, la noche los igualaría a ambos.

Esperó un buen rato. Cuando las sombras ennegrecieron los acantilados, ordenó:

—Dispara, Freddy... ¡Ahora!

Al oír a Harrinson, Freddy se incorporó un poco y vació el peine de su automática contra la punta de arrecifes donde podía hallarse Kelgare. Pero el *killer* no estaba allí. Richard Harrinson, atento como jamás en su vida, vio algo que Freddy ya no volvería a observar nunca: el disparo de Kelgare.

Fue apenas un chispazo, como correspondía a un arma de reducido calibre, pero bastó para el jefe del comando, quien, desechando el grito de agonía de Freddy, apuntó a la pequeña llama y disparó tres veces su Magnum.

Bajó hasta la playa bordeando el acantilado. Había escuchado caer a Kelgare y, después de correr hacia los arrecifes, pudo verlo rodar en el declive.

No tomó precauciones. Esta vez no harían falta.

El bulto oscuro se apoyaba contra las piedras de la playa, tan inmóvil como ellas. Harrinson se acercó sin prisa y quedó de pie frente a él. Se miraron en silencio los dos durante un largo rato. El rostro del *killer* apenas era visible, pero a Harrinson se le antojó que sonreía con sarcasmo cuando dijo:

—No cambias..., Dick.

Harrinson le mostró la pistola que había recogido en lo alto del acantilado./

—Tú sí —dijo burlón—. Ahora disparas con juguetes.  
Lanzó la pistola al agua. Levantó la Magnum y le acarició la culata.  
—¿Cómo te trataron los negros? —preguntó el *killer* con sorna.  
—No puedo quejarme.  
—Me alegro...  
—Pero fueron diez años, Don. Todo ese tiempo y mucho más esperando.  
Kelgare no contestó.  
—Te busqué. Pero ya casi sin esperanzas. Ahora, voy a matarte.

Apuntó el cañón de la Magnum al pecho de Kelgare, pero al cabo de unos segundos lo bajó de nuevo. Hubiera sido inútil. Harrinson comprendió que le dispararía a un cadáver. La muerte acababa de recordar por última vez a Don Kelgare.

## 23

Sintió frío. Fue la primera sensación después de la inconsciencia y tardó un rato en explicárselo. Sus ropas y el cabello se hallaban húmedos, y pensó que el cristal de la cabina estaba roto y dejaba pasar la llovizna que caía sobre el fuselaje del avión.

Entumecido, Tony Ravelo trató de moverse. Entonces llegó el dolor. Era agudo, en algún lugar del pecho, y le hizo recordar de pronto todo lo ocurrido.

No había podido dominar el avión durante el aterrizaje. Ya al sobrevolar la pista, comprendió las dificultades que encerraba. Estaba llena de hoyos y entre la capa de asfalto salían grandes arbustos y raíces. Si Carlos, su amigo mecánico, lo hubiera visto con intenciones de aterrizar allí, seguramente se lo habría impedido a toda costa. Pero no era Carlos quien viajaba con él. Era un asesino que empuñaba una pistola y, apuntándole con ella, lo conminaba a bajar en ese sitio.

Desde que salieron de Cuba, el extranjero apenas pronunció una palabra. Se limitaba a trazarle la ruta en un mapa que colocó encima del panel. Debía dirigirse, según le ordenó, a las Bahamas y aterrizar al Este de la cercana Isla de la ONU. Y así lo hizo Tony, aunque nunca pudo suponer que se vería precisado a tomar tierra en condiciones tan pésimas.

Había sido un reto a su pericia y lo intentó. Recortó el motor para disminuir la velocidad y trató de posar la nave. Lo logró. El avión avanzó entre tumbos y saltos por la pista y Tony redujo aún más la velocidad. Pero no podía contar con lo imponderable: ante él, en medio de la franja semiasfaltada, se amontonaban unos escombros. Aplicó el freno derecho, la nave realizó un giro hacia ese lado y enfiló a los hangares.

En medio de sus esfuerzos por controlar el aparato, Tony se percató de que el asesino saltaba del avión mientras él se aproximaba inevitablemente a los hangares. No había suficiente espacio para pasar entre ellos. Se paró sobre los frenos hasta que reventaron las gomas. Pero la nave, incontenible, incrustó un ala contra el primer hangar. Después, ya no supo más.

Miró a la pizarra. Todavía algunas luces brindaban información sobre los instrumentos. Sacó la linterna del bolsillo de su traje y la encendió. Lo primero que vio fue sangre en su mano. Luego comprobó que su ropa también estaba manchada. Se pasó una mano por el rostro y, al tocarse la frente, fue cuando encontró la herida. No parecía profunda.

Iluminó la esfera del reloj y se asombró al comprobar que llevaba algunas horas sin sentido. Se preguntó qué sería de sus compañeros.

Por orden del coronel, al abastecer la nave, los técnicos habían situado un localizador en el fuselaje, que transmitiría constantemente su posición. Dos aviones de la Fuerza Aérea Cubana lo seguirían a distancia. Sin embargo, era evidente para él que había estado un buen tiempo sin sentido. Y no aparecía nadie a socorrerlo.

Enseguida se dio explicación a lo sucedido. Al ver que se aproximaba a la Isla de la ONU, los aviones cubanos que lo seguían no habrían podido continuar debido a las restricciones especiales del sitio.

Pero la Isla poseía un Cuerpo de Seguridad Internacional. Sus compañeros habrían avisado para que acudieran al lugar. Todo indicaba que el localizador se había descompuesto con el choque. Debía esperar.

Trató de acomodarse en la cabina y evitar la llovizna. El piso de la nave estaba inclinado y, al ir a ponerse de pie, hizo un movimiento brusco y sintió de nuevo el dolor en el pecho. Debía de tener alguna costilla rota. Volvió a sentarse con lentitud. La llovizna mojaba la pizarra de controles. ¿Y el

transmisor de alta frecuencia? ¿Por qué no probaba a utilizarlo? Quizás hubiera resistido el golpe.

Se inclinó hacia adelante, manipuló los botones y, cuando creyó que podía estar listo, comenzó a transmitir la señal internacional de socorro: MAY DAY... MAY DAY... MAY DAY... MAY DAY... MAY DAY... MAY DAY...

## 24

Harrinson la miró disgustado.

—No puedo evitarlo —se quejó la mujer con defectuoso inglés—. Sólo de pensar que viajo en un avión, comienzo a sentir vértigos. Por favor, ¿sería usted tan amable de cambiar de asiento conmigo? Quizás a usted le guste la ventanilla o esté más habituado a viajar que yo... ¿Puede?

Harrinson accedió. Con tal de que aquella vieja cerrara el pico, estaba dispuesto a todo. Ya lo tenía mareado con su charla incansable desde que salieron del aeropuerto. Se incorporó, dejó que la mujer ocupara su asiento y se sentó junto a la ventanilla. Después, cerró los ojos.

Fingiría dormir. Era una buena solución para quitársela de encima. Además, realmente, se sentía cansado aquella mañana.

La noche antes, después de comprobar la muerte de Freddy y del ingeniero Frampton, tuvo que arreglar sin ayuda el automóvil. Le costó horas dar con la avería debido a la oscuridad y su poco conocimiento de mecánica. Luego debió conducir hasta la parte residencial, en el otro extremo de la Isla.

Por suerte, Sturgeon lo había previsto todo. Y tenía habitaciones en el hotel. Pero le pareció que acababa de meterse entre las sábanas cuando escuchó los toques de Düster. De haberlo conocido más, le hubiera tirado la puerta en las narices y...

Sintió unos golpecitos en el brazo.

—Perdone, que vuelva a molestarlo —dijo la mujer. Sonrió tímidamente y añadió ceceando—: pero quizás usted puede aclararme una duda...

Harrinson le lanzó una mirada iracunda, pero ella pareció ignorarla y continuó sin esperar respuesta:

—Usted verá. Como le dije hace un rato, mi sobrino trabaja en la Isla como funcionario de España. Pero tiene tantas obligaciones, tanto trabajo,

que el pobrecito se le olvidó decirme los cambios que debía hacer en el aeropuerto de Nueva York. Me dirijo a Madrid, ¿sabe? Y no tengo costumbre de viajar... Quizás usted...

—¿Por qué no le pregunta a la aeromoza? —soltó Harrinson en tono áspero, tratando de interrumpir la avalancha de frases.

—¿La aeromoza?

—Claro. Yo no sé nada de eso.

Trataba de ser desagradable a propósito, pero la mujer no se dio por enterada. Sonrió, como si le hubieran brindado una idea excelente.

—¡Gracias, muchas gracias! —dijo—. ¿Cómo no se me había ocurrido?

Harrinson volvió a cerrar los ojos mientras escuchaba a la mujer llamar a la aeromoza con voz chillona. Trató de quedarse dormido, pero la charla con la empleada se extendía bastante. Y, de pronto, sintió en su brazo los conocidos golpecitos.

—Perdone de nuevo...

—¿Qué pasa ahora?

La mujer señaló a la aeromoza y dijo:

—Ella nos pregunta si deseamos beber o comer algo. Y pensé que si usted tenía hambre, quizás...

—No tengo hambre —gruñó Harrinson.

—¿Sed entonces? Quizás pueda aconsejarme, como no tengo costumbre de viajar... ¿Qué bebería usted?

Harrinson miró a la vieja con odio. Y ordenó a la aeromoza en tono maligno:

—Un whisky doble, sin hielo.

Pero la mujer, para su sorpresa, acogió con una sonrisa de placer sus palabras.

—¡Oh, gracias! ¡Qué magnífica idea! Un estimulante, ¿cómo adivinó que lo necesitaba? —se volvió a la aeromoza y pidió lo mismo que Harrinson. Luego volvió a la carga—: Algunos están en contra de las bebidas alcohólicas. Lo he leído en los diarios de Madrid. Pero a mí me parece una tontería porque...

Harrinson estuvo a punto de taparse los oídos. ¿De qué manera —se preguntaba—, vino a parar junto a ella en el avión? ¿No pudieron destinarle

otro asiento? Era el colmo de la mala suerte. Miró a la izquierda y notó con envidia cómo el otro pasajero, del asiento contiguo al de ellos, no sólo no tenía compañero de viaje, sino que dormía plácidamente, sin tener que soportar la conversación de aquella maldita cotorra.

Ni siquiera se aliviaron sus oídos con la llegada de la aeromoza. Después de tomar su vaso y beber un trago, Harrinson clavó la mirada en la ventanilla. Debía hacerle saber que no quería hablar. Pero sintió un aliento cálido cerca de su cuello y se volvió sorprendido.

—¡Oh, perdone! Trataba de ver qué ciudad sobrevolamos. Pero tengo miedo. Me dan vértigos enseguida... ¿Sería usted tan amable de decirme cuáles?

Harrinson estuvo a punto de estallar. Pero se contuvo. De ninguna manera podía llamar la atención durante el vuelo: viajaba con acreditación falsa y estaba rodeado de funcionarios extranjeros. Incluso podía haber alguien del Cuerpo de Seguridad Internacional que servía en la ONU.

Con rostro de mártir, miró por la ventanilla y le dijo a la mujer:

—Parece Norfolk...

—No conozco esa ciudad —replicó la vieja—. Bueno, realmente no he visto nada de Norteamérica. Es la primera vez que viajo fuera de Europa... Pero me parece que ya se lo había dicho antes, ¿verdad? Si es así discúlpeme, pero...

Harrinson suspiró resignado. Se llevó a la boca el vaso y bebió de un sorbo el resto del whisky.

Antes de hacerlo, hubiera dado cualquier cosa por dejar de oír a la vieja. Y quedó complacido. En menos de ocho segundos, sintió una leve contracción en el estómago, cierta sensación de asfixia y murió con la vista fija en el asiento delantero.

Gertrudis Monforte aguardó un rato más. Luego, quitó de las manos de Harrinson el vaso y lo sustituyó por el suyo, casi lleno. Se inclinó sobre el cadáver y, después de mirar de reojo al pasajero de la izquierda, que dormía, comenzó a registrarlo sin prisa.

Sabía lo que buscaba.

Hoffman, en cuanto Gertrudis bajó del avión francés en el aeropuerto de New York, le había mostrado un curioso bolígrafo hueco con un termo en su

interior. Le especificó que uno semejante traería encima el hombre de la foto. Y, después de entregarle la imagen de Harrinson ampliada, le ordenó esperarlo en el aeropuerto de la Isla, averiguar el asiento que ocuparía en el avión y robarle el bolígrafo a toda costa.

Por su parte, advertida de antemano, Gertrudis llevó en su maleta de viaje un nebulizador común para la sinusitis, una diminuta hipodérmica de inoculación por aire comprimido —idéntica a las usadas por los diabéticos— y un frasquito con gotas de colirio anunciadas en la etiqueta. Para asesinar a Harrinson había preferido esto último. Aunque el contenido de cualquiera de los objetos hubiera bastado para despoblar una ciudad.

No encontró el bolígrafo en la chaqueta y, siempre con cautela, pasó a la camisa de Harrinson. Hurgó en los bolsillos del pantalón después, pero en ninguno de los dos lugares encontró lo que buscaba.

Registró minuciosamente —como sólo ella sabía— durante mucho rato. Tuvo más de una hora para hacerlo. Sin embargo, a su llegada al aeropuerto norteamericano, estaba convencida de que el objeto no se encontraba en las ropas del cadáver. Ni siquiera en el cuerpo.

En ninguna parte del cuerpo.

Y mientras le dejaba a la aeromoza la ingrata tarea de despertar a Harrinson y bajaba por la escalerilla del avión, decidió comunicarle la mala noticia de inmediato a míster Hoffman.

## 25

En el puerto lo esperaban una ambulancia, un carro del CSI y otro automóvil. Cuando la lancha del Cuerpo de Seguridad Internacional atracó en el muelle, Tony tuvo que dejar que lo acostaran de nuevo en la camilla para bajarlo a tierra. Después de todo, el dolor en el pecho renacía de cualquier movimiento un poco brusco.

Al final de la pasarela lo aguardaba un mulato alto, de bigote. Tony se percató de que, según se acercaban al hombre, éste lo examinaba a él con mirada ansiosa.

—Ravelo —dijo el mulato y echó a caminar junto a la camilla—. Soy Echenique, de la Delegación cubana en la Isla —observó la herida en la

frente de Tony—. No parece grave. ¿Qué más tienes? ¿Cómo estás?

—Vivo —respondió el investigador y sonrió.

Echenique entró en la ambulancia junto con el oficial.

—El coronel nos avisó —dijo el mulato cuando el carro echó a andar abriendo paso con el sonido de su sirena—. Los aviones que te seguían pidieron permiso al Gobierno de las Bahamas y éste los autorizó a cruzar sobre su territorio. Pero pasaron de largo sobre la Isla. Luego los pilotos informaron que habían perdido el contacto contigo.

—El localizador —dijo Tony— se rompió con el choque.

—Eso pensó el coronel.

Echenique miró hacia afuera por la ventanilla de la ambulancia. Atravesaban la Ciudad de las Naciones por la avenida de la Paz.

—Ya estamos cerca del hospital —informó y se volvió a Tony—. Nosotros avisamos al CSI y se comenzó la búsqueda. Ustedes aterrizaron al este de la Isla, en la zona deshabitada. Cuando la lancha recibió tu señal de auxilio ya un carro estaba llegando por la carretera, pero prefirieron traerte por mar. Por allá los caminos no están buenos.

—Ni el aeropuerto tampoco —recordó el oficial.

La ambulancia aminoró la velocidad e hizo un giro a la derecha.

—Esto te puede interesar, Ravelo —dijo el mulato mientras extraía un sobre del bolsillo de su chaqueta—. Los del CSI hallaron cuatro cadáveres en el lugar y de inmediato nos transmitieron las fotos por si podíamos identificar a alguno —se las mostró al investigador—. Nosotros no los conocemos.

Tony tampoco. Al menos a tres de ellos. El cuarto sí le era bien conocido. Los había tenido en jaque durante casi cuarenta y ocho horas y gracias a él lo estaban transportando en una ambulancia.

—Don Kelgare —dijo Echenique al ver su interés en esa foto—. Es lo único que informó la computadora del CSI. Don Kelgare, cuarenta y cinco años y con residencia fija en Canadá. No se le conoce empleo alguno.

## 26

Otto Düster llegó al final de las escaleras. Ya ni recordaba desde cuándo estaba roto el elevador de su edificio. Caminó por el pasillo y se detuvo ante

la puerta del apartamento. Sacó su llavero. Tomó la mayor de las cuatro llaves y la introdujo en la cerradura superior. Cuando la hizo girar, por la dificultad que tuvo para correr el cerrojo, comprendió que una vez más los muchachos del Bronx habían tratado de robarle. New York también tenía sus inconvenientes.

Con la llave más pequeña abrió la tercera cerradura. La segunda era de combinación y la dejó para el final. ¿Quién podía imaginarse que la clave escogida era la de la numeración del primer dólar que logró birlarle a Sturgeon? La cuarta y quinta cerraduras abrían con las dos llaves gemelas, siempre que se las hiciera girar a la vez.

Cuando entró, además del olor a humedad, sintió la satisfacción de hallarse de nuevo en el hogar. Con sólo dos pasos, llegó a la ventana y la abrió. Los ennegrecidos ladrillos de la pared de enfrente eran siempre preferibles a una ventana indiscreta. Hubiera sido el colmo que después de andar por el mundo arriesgando el pellejo en aviones para vigilar la vida de los demás, fuera a tener a menos de dos metros de su cuarto un vecino que se inmiscuyera en la suya.

Después de echar un vistazo de pequeño propietario al pasillo lleno de latones de basura que quedaba seis pisos bajo su ventana, cerró ésta y encendió la luz. Era importante que nadie viera lo que iba a hacer. Quitó la mesa de la esquina del cuarto, alzó la punta de la alfombra y, ayudándose con las uñas, levantó uno de los listones del piso. Minutos después había quitado cuatro listones y sacaba del hueco una caja empolvada. La llevó a la cama y se acostó junto a ella.

Se sentía un hombre afortunado. Horas antes, en la Isla de la ONU, al estudiar la salida de los vuelos, había descubierto uno, de madrugada, que resultaba mucho más barato que el resto. Todo dependía de que el señor Harrinson le entregara a tiempo el encargo. Por eso, en vez de acostarse a dormir, se había dado a la tarea de ir a su habitación cada media hora y tocar fuerte a la puerta. Y había logrado su objetivo. En una de las ocasiones, Harrinson, con una cara de sueño terrible, le había entregado el bolígrafo. Él quiso disculparse, pero el otro cerró la puerta sin darle tiempo. Seguramente, ahora dormía como un bendito.

Düster sacó su billetera de bolsillo. Ese viajecito de madrugada le había permitido ahorrar unos dólares. Separó dos billetes. Cuando bajara, llamaría desde el teléfono público a Gerda Wölfe, la compatriota, inmigrante también, que había conocido en una de esas noches en que regresaba al Bronx después de vigilar a Raymond Le Cain, presidente de la Genenten. La muchacha tenía dos grandes ilusiones: viajar por todo el mundo —por eso lo admiraba tanto a él— y ahorrar hasta poder mandarse hacer una dentadura. La invitaría a irse de juerga al bar de Humphrey y luego la subiría a su cuarto. ¡Esa Wölfe! Cuántas veces se había desquitado con ella, sobre esa misma cama, de las soledades y tristezas acumuladas durante días de encierro en cualquier hotel.

Cogió el resto de los billetes, abrió la caja y sacó todo el dinero. ¡Sus ahorros de quince años! Al regresar de Cuba los había extraído de su cuenta privada para tenerlos a mano en el instante preciso. Se dio a la agradable tarea de contarlos. Cada vez estaba más decidido a llevar a cabo su propósito. Ésta era la oportunidad que había estado esperando en su vida. La idea fue naciendo como una semilla, en Bratislava, en el hotel Devin, cuando captó una estupenda información al vigilar al doctor Perea. Luego creció en los jardines de Karlovy Vary. Floreció en los tediosos días de encierro en un hotel de La Habana y terminó por convertirse en un apetitoso fruto en la Isla de la ONU. Cualquier otro agente hubiera pasado por alto la ocasión. Pero él, que tenía una larga experiencia en espionaje científico, enseguida comprendió que la fortuna había tocado a su puerta. Y él le abriría.

Había estado moviendo sus influencias. Después de todo, no sólo los que daban propina tenían amistades. Y así logró averiguar que el día en que la Energy Division decidiera poner a funcionar la cepa, lo haría en la Big Still Company, una filial de la Texxon que, en la actualidad, apenas daba para pagarles a los empleados.

No. Su idea no era impensada. La había consultado con Henry Drake, un astuto corredor de bolsa que, aunque cobraba poco, sabía mucho, y éste —sin conocer los detalles, por supuesto— le había aconsejado de inmediato invertir, invertir todo el dinero posible. Y eso iba a hacer.

Era el momento justo. Había ahorrado, en esos quince años, unos pocos miles de dólares para asegurarse una vejez tranquila, sin tener que viajar más,

viviendo en su cuarto, quizás con Gerda y hasta —¿por qué no?— un niño. Algunos, si salían saludables, no resultaban muy caros.

Pero no podía demorarse. Lo fabuloso de la maniobra radicaba, según Drake, en que las acciones de la Big Still estaban en el piso, valían menos que el papel en que estaban impresas. Y que a ese precio, él compraría todas las que pudiera.

Esa mañana, acababa de entregar el microorganismo a Sturgeon. Días después, cuando la Texxon patentara y la cepa fuera del conocimiento público, muchos ex propietarios de las acciones se suicidarían y él, Otto Düster, sería rico, inmensamente rico. Podría pintar el apartamento, comprar una cama nueva y hasta ocuparse del gasto de la dentadura de Gerda. El resto del dinero, por supuesto, lo guardaría en un banco... y un poco en la cajita. Pero su vejez, entonces, sí estaría segura, aunque se enfermara y tuviera que pagar médicos y hospitales. El dinero alcanzaría para todo.

Extendió su pañuelo sobre la cama y, luego de colocar en él todos los billetes, dobló las puntas hacia adentro y las amarró. Cogió el bulto, se lo guardó entre la camisa y la camiseta, aprisionado por la faja del pantalón, se miró en el espejo y abrió la puerta.

Al cerrarla, se escucharon los ruidos de las cinco cerraduras. Otto Düster iba en busca de la fortuna.

## *Séptima parte*

### **Error de cálculo**

#### **SALESMAN (VIDEOBOX)**

*Ya Josefa te habrá dicho... o quizás no. Me parece estarla viendo, a la espera de tu llegada para entregarte el videobox. Pero ella no te dirá nada. Lo sabrás ya de otra manera, claro. Noticias así llegan rápido. Pero, antes de ir a verme y hablar conmigo, si es que lo deseas, te pido que me oigas. Y luego juzgues. Hace años, muchos, cuando era más joven que tú y terminaba de graduarme como técnico, recibí la oportunidad de viajar por varios países de Europa Occidental con una delegación del Instituto. Se trataba de que nos pusiéramos al tanto de ciertas tecnologías en equipos científicos, estudiarlas y después proponer la compra de las más útiles.*

*Allí, en uno de esos países, fui contactado por la Agencia Central de Inteligencia norteamericana. Explicarte cómo, sería demasiado largo. Y el por qué, podría achacárselo a mi inexperiencia, pero no sería totalmente sincero. Era ambicioso, pero no en el sentido que tú lo eres, hijo. Mientras en ti se manifiesta en superarte para ser útil, como lo acabas de ser en Palestina, en mí adquiriría una forma mezquina. Me deslumbró todo lo que podía conseguir sin riesgos, con sólo brindar informaciones periódicas de los adelantos del Instituto a la Agencia. Transcurrió un buen tiempo así. Después me casé y*

*naciste tú. Entonces, comencé a sentir miedo. Temía que llegara un día como hoy, en que quizás tuviera que rendir cuentas y mi familia se enterara de todo. El miedo lo tenía siempre, Eddy. Día y noche. Y sólo me abandonó cuando la Agencia fue desmembrada y, al parecer, quedé libre. Pero estaba equivocado, hijo. Esa gente no se olvida de uno tan fácil...*

## 1

«Debe de decir lo mismo», pensó Nakadai e hizo girar entre sus dedos el largo sobre azul. Una mirada le bastaba para reconocer al remitente. El sobre tenía, en el borde derecho, la inconfundible clave afiligranada que utilizaba Warren Sturgeon en su correspondencia confidencial.

Se trataba del octavo mensaje que recibía el japonés en aquellos días. Todos inquirían, de manera apremiante, por los resultados obtenidos en laboratorio con la cepa arrebatada a los cubanos. Y todos habían corrido igual suerte: la boca del desintegrador que el científico tenía al pie de su escritorio.

Nakadai sólo había contestado a la primera misiva. En su respuesta, confirmó a Sturgeon que la cepa producía propano, como todos esperaban, pero que se necesitaría cierto tiempo para conocer a fondo sus particularidades. ¿Qué pretendía entonces el jefe de espías de la Texxon con sus frecuentes mensajes?, se preguntaba Nakadai. ¿Sacarlo de su ecuanimidad? ¿Poner a prueba su paciencia?

Molesto, tiró el sobre encima de la mesa sin abrirlo. ¿Qué podía saber Warren Sturgeon sobre caracterizaciones de microorganismos? ¿Acaso pensaba que un bioquímico podía presionar los medios de cultivo de la misma forma que podía hacerse con los espías? En cuanto recibió la cepa, Nakadai la puso en manos del mejor equipo de especialistas. Eran científicos capaces, con muchos años de experiencia y merecedores de toda su confianza. Ellos informarían en el momento oportuno. Eso le bastaba a Nakadai y debería bastarle a Sturgeon.

Sin embargo, el japonés sabía que no era así. De dejarse llevar por un primer impulso, hubiera echado en el desintegrador este último mensaje. Pero Nakadai no actuaba por impulsos. Su cerebro analítico terminaba por

imponerse y, en esta oportunidad, le dictaba que era necesario contestar a aquella carta. Y de una manera terminante. A Warren Sturgeon no debían quedarle dudas acerca de quién era la persona que ordenaba y disponía en el instituto de la Texxon.

Abrió el sobre. Pero su mirada no tropezó de entrada con la conocida letra de Sturgeon. En lugar de ella observó un párrafo mecanografiado, sin encabezamiento alguno, que atrajo su atención. Comenzó a leerlo:

Señor: Confirmado. Nuestro hombre en la Organización Mundial de Patentes acaba de notificarme que en la mañana de hoy, a las 9:30 horas, el Instituto Cubano de Biotecnología inició los trámites legales para el registro de una cepa con las características conocidas por usted. Espere más detalles en la tarde, por la vía de costumbre. Suyo,

*Alphers.*

A continuación, Nakadai leyó un par de líneas agregadas con tinta por Sturgeon: «¿Me creerá ahora? Recibí hoy esta información. Si mañana no tengo respuesta suya, hablaré con Fielding.»

Nakadai quedó pensativo.

Por supuesto, no le asustaba la tonta amenaza final. Si algo bueno tenía Fielding era su comprensión ante hechos de este tipo. Ya Nakadai había hablado con él y obtenido su consentimiento para estudiar a fondo la cepa cubana. Lo que hacía meditar al japonés era el problema de tiempo que se planteaba.

Si los cubanos acababan de pedir su patente computadorizada internacional, disponían entonces de una semana para presentar la documentación necesaria y ser visitados entonces por un grupo de especialistas de la OMP, quienes dictaminarían si el descubrimiento merecía obtener el registro.

Mientras tanto, la semana otorgada al instituto que dirigía Nakadai expiraría en las próximas cuarenta y ocho horas. Claro, podía pedirse un plazo mayor. Pero si rebasaba el de los cubanos y la patente de éstos fuera aceptada antes que la suya, se establecería de seguro una reclamación larga y

tediosa que podría costarle millones a la Texxon. Y ya este asunto no sería bien recibido por Fielding.

Tenía entonces dos días a su favor. No debía preocuparse por la documentación, pues se había preparado de forma convincente. Sólo faltaba que se presentara de manera concreta la cepa. Debía salir de dudas.

Sin mostrar tensión alguna, Nakadai descolgó el teléfono y pidió comunicación de inmediato con Van Hörn, su especialista a cargo de la cepa.

## 2

Kurt Hoffman estaba preocupado. Mientras conducía su Rolls Royce hacia la casa de Dickens, no dejaba de repetirse que debía tomar una determinación. Y pronto.

La entrevista con Gertrudis Monforte lo había sacado de dudas: la cepa ya nunca estaría en poder de la Multilever. De alguna manera —quizás pasándosela Harrinson a otro agente en la Isla—, Warren Sturgeon acababa de arrebatársela. Y Hoffman sabía lo que aquello significaba.

Por supuesto, no se sentía culpable. Había hecho todo lo que pudo desde su cargo como jefe de Control de la Multilever. Pero, al ser imposible adueñarse del descubrimiento, no era difícil prever lo que sucedería en un plazo más o menos corto. Por tanto, había que ser práctico y obrar en consecuencia.

Hoffman debía evitar todo sentimentalismo en relación con Allan Dickens. No olvidaba que, debido a la poca previsión del Gran Viejo, la Multilever se encontraba al borde del descalabro. Cuando los principales accionistas del consorcio se reunieran para analizar la situación, alguien tendría que pagar los platos rotos. Y ese alguien no podía ser él.

Pero, ¿cuál sería su determinación? Desde mucho antes, Hoffman sólo veía un único camino ante sí: redactar un informe. Éste sería voluminoso y con muchas copias, tantas como accionistas principales. En sus páginas, contaría muchas cosas, todas las que había callado antes por gratitud hacia Dickens. Adjuntaría al informe varias fotocopias de las actas levantadas en los Consejos Internos. Ellas contrastarían la actitud de Hoffman, a favor de

mayor inversión en el desarrollo científico del consorcio, con la de Dickens, muy negativa al respecto.

Después de la lectura del informe, los accionistas comprenderían. Al quedar esclarecida la posición de Hoffman, el Gran Viejo sería retirado de su cargo. Y, quizás, con alguna suerte de por medio, Kurt Hoffman llegaría a ser presidente de la Multilever...

¿Por qué no?, se preguntó Hoffman. De cierta manera, siempre fue su sueño oculto inyectar nueva vida al consorcio, invertir más en las ramas colaterales y desarrollar un instituto científico comparable al de la Texxon. Todo eso haría y mucho más, de esfumarse Dickens de su camino.

No, se repitió, dejaría de ser blando con el Gran Viejo. Se imponía una solución drástica. Y Kurt la tomaría sin vacilar. Pero, antes, debía entrevistarse con Dickens. Era necesario.

Cuando llamó a su casa, unos minutos atrás, para comunicarle el fracaso de Gertrudis en la Isla de la ONU, Hoffman notó a su jefe muy pensativo. Y lo conocía demasiado bien como para no sospechar que alguna idea daba vueltas en su cabeza. Si Dickens tenía algo en mente, Hoffman debía saberlo antes de actuar. Aunque ello no significaba que pudiera cambiar sus planes.

Detuvo el auto frente a la casa de Dickens y tocó el timbre varias veces.

Fue Elaine quien le abrió la puerta.

—¿Vienes a ver a tu papá, niño?

Hoffman no contestó. Apartó a Elaine con cierta delicadeza, y entró en la sala.

La muchacha lo observó burlona mientras él dirigía la mirada hacia el piso superior, donde se encontraba el despacho privado de su jefe. Arrebujándose en la bata de felpa que la cubría, se pegó despacio a su espalda y le dijo al oído:

—No lo busques, niño.

Hoffman se volvió hacia ella.

—¿Salió?

—Hace un rato. Después que llamaste.

—¿Seguro? ¿A dónde?

Elaine describió un vago círculo con la mano y sonrió enigmática.

—Hacia algún lugar. En cuanto colgó el teléfono, le ordenó al chofer que tuviera listo el auto.

—¿Demorará mucho?

—No sé —respondió ella y levantó los brazos para acariciar los hombros de Hoffman. Al hacerlo, la bata resbaló y quedó desnuda, muy cerca del hombre—. ¿No vas a esperarlo, niño?

Kurt la observó. Era una mujer muy bella. Y siempre se había contenido en su presencia, debido a Dickens. Pero, ¿ya le importaba tanto la opinión del Gran Viejo?

Elaine no lo esperaba. Resultó sorprendida cuando Hoffman la abrazó y dijo para sí mismo:

—¿Por qué no?

### 3

Si algo llamó la atención de Nakadai al llegar al laboratorio, fue el aspecto de Van Hörn, su especialista principal. El holandés, hombre culto y refinado, quien se caracterizaba por una extrema pulcritud, parecía otra persona.

Mientras caminaban juntos, rumbo a la habitación donde se hallaba la cepa, Nakadai se fijó en él sin sutilezas. Van Hörn vestía una bata de un blanco sospechoso, repleta de manchas grises y amarillentas. El cabello rubio y largo, antes bien peinado hacia atrás, era ahora una madeja enmarañada y sin brillo. Y el rostro... Aquellas arrugas recientes, la mirada enfebrecida y fija. Todo ello era una sorpresa para Nakadai. Aunque no iba a ser la única que recibiría esa tarde.

Después de recorrer el corto pasillo y trasponer una puerta de seguridad, ambos científicos se detuvieron en una habitación muy iluminada, pintada de blanco, cuyo mobiliario consistía en una enorme mesa metálica y dos butacas de gomaespuma. Sobre la mesa estaba instalado un moderno cromatógrafo, de alta resolución, que se acoplaba al fermentador donde los científicos habían puesto a crecer la cepa.

—Aquí la tiene, doctor —dijo Van Hörn y su voz tembló al añadir—: Es algo diabólico... No encuentro palabras para calificarla.

Nakadai miró al holandés con toda calma.

—No entiendo por qué se expresa así —se acercó al fermentador—. ¿Acaso han cambiado las características de la cepa?

Van Hörn sacudió la cabeza.

—No se trata de eso... —el holandés arrancó la hoja que salía sin cesar por una abertura del cromatógrafo. Se la extendió a su jefe—. Mire, analícelo usted mismo.

—No veo nada raro —dictaminó Nakadai después de leer un par de cifras—. Si ésta es la cantidad de propano obtenida en un segundo, entonces no hay...

Van Hörn, contra su costumbre, lo interrumpió:

—Perdone, doctor. Pero se equivoca. Usted está leyendo un total...

—¿Cómo dice?

—Sí, doctor. Ésa es la cantidad producida *desde anoche*...

—¡Imposible!

Van Hörn se pasó una mano por los cabellos.

—Apenas ocho centímetros cúbicos... ¡Gran Dios! ¡Más de catorce horas para producir esa miseria!

Incrédulo todavía, Nakadai se inclinó ante el display adosado al cromatógrafo y estudió los números que surgían en la pantalla. Sus ojos rasgados parpadeaban de asombro cuando se volvió a su especialista principal.

—Pero... usted me aseguró...

Van Hörn lo miró con cansancio desde sus profundas ojeras.

—Sí, doctor. Recuerdo lo que le dije. Pero en aquel momento pensaba que la baja producción de la cepa tenía alguna causa lógica y que terminaría por encontrar la dificultad. Pero aún no la conocía bien, no sabía de lo que era capaz... —suspiró penosamente y continuó—: Hemos experimentado con esa cepa todos los métodos conocidos: variamos sus índices de crecimiento, alteramos los valores de acidez y temperatura, cambiamos la concentración de los nutrientes... En fin, docenas de horas de trabajo ininterrumpido, y todo en balde... ¡Esta maldita no se altera un ápice!

—¿Entonces?

El holandés negó con fuerza.

—No tiene solución. Estamos ante un engendro malévolos; un microorganismo luciferino capaz de enloquecer al más cuerdo. Nadie la hará trabajar jamás por encima de lo que ella quiera...

#### 4

Elaine se deslizó de la cama y, riéndose todavía, se dejó caer desnuda sobre una butaca, a la derecha de Hoffman.

—Ya está bueno, niño —dijo burlona—. ¿Sabes?, como amante no vales un dólar... No tienes imaginación.

Hoffman se sentó en la cama y recostó la espalda a la pared.

—¿Menos que Sadd Cleans? —preguntó mordaz.

—¿Sadd?

—Oí decir que tú no lo inspirabas...

Elaine parpadeó.

—Según me enteré —siguió Hoffman, tratando de herir la vanidad de la muchacha—, te encontraba demasiado vulgar, incluso llegó a decir que se exhibía contigo en Las Vegas porque tú lo ayudabas... en ciertas cosas.

—¿Dijo eso el bastardo?

—Como lo oyes.

Elaine, recelosa, enarcó una ceja y preguntó:

—¿Dijo en qué lo ayudaba?

—Por supuesto —aseguró Hoffman y aguardó un par de segundos antes de añadir—: Se lo confesó todo a una espía de la Texxon, que es su amante y está comprada por nosotros.

—¡Hijo de perra...! —soltó entre dientes, furiosa. Luego, mordiéndose los labios, agregó—: Lo único que siento es que estés enterado... Pensaba decírselo al viejo, y después a ti, pero cuando estuvieran arruinados los dos...

Hoffman sonrió fríamente.

—Tonta... Si Dickens va a la ruina, tu vida de lujos se acabaría de inmediato. Y no podrías soportarlo.

—Ya había previsto eso. Tenía mi cuenta particular en un banco de Bruselas. Pero Dickens la descubrió y también la invirtió por completo...

—¿También...?

—Claro que sí. No esperaba otra cosa de él. Todo lo ha vendido: la casa, sus malditos cuadros y objetos de arte, ¡todo! En este momento no tiene dinero en efectivo ni para comprar la gasolina de su automóvil.

Hoffman abrió sus ojos con asombro.

—¿Pero no lo sabías? —Elaine ladeó la cabeza mirándolo incrédula. Se echó a reír—. ¡Imposible!

—Mientes —dijo Hoffman con calma—. Sus cuadros están en el despacho. Esta mañana los vi cuando llamé por teléfono.

—¡Estúpido! Son reproducciones... Los verdaderos los vendió hace meses. Igual que la casa, los autos... hasta su cepillo de dientes. Ha gastado millones en las acciones de la Multilever. De hecho es ya el principal accionista.

Hoffman se encontraba mudo por la sorpresa. Pero trataba de no reflejarla en su rostro. Si lo que decía Elaine era cierto todos sus planes se vendrían al suelo.

—En este momento continuó la joven—, por si no lo sabes, está reunido con James Thunderland, otro de los grandes accionistas. En cuanto colgó el teléfono, después de tu llamada, pidió cita con él. Piensan ejercer presión para convencer al resto y unirse al consorcio Pleasant

Hoffman se incorporó.

—¡No puede ser! ¿Cómo sabes eso?

—Hace una semana que me acuesto con el hijo de Thunderland. Me lo ha contado todo. También sé que el Gran Viejo, como ustedes lo llaman, se retira del negocio activo... ¿Sabes lo que significa eso para ti?

Sí, Hoffman lo sabía. Era una jugada maestra de Dickens. Mientras él buscaba la cepa, el viejo compraba acciones. Si la cepa era un éxito, sería el principal accionista. Si no lo era, vendería. Y Hoffman mismo había sido quien le dio la orden de vender al contarle el fracaso de Gertrudis Monforte. Al pasar la Multilever a formar parte de otro consorcio, estaría regida por otra gerencia, una directiva nueva. Y Hoffman quedaría fuera.

Elaine se levantó y se cubrió con la bata de felpa. Después lo miró con lástima y dijo:

—Eres un pobre tipo... Con tantos espías a tu cargo, y no se te ocurrió destinar uno a tu jefe...

Hoffman no encontró qué decir.  
Después de todo, Elaine tenía razón.

## 5

El garaje quedaba a un costado de la casa, al fondo de una vereda bordeada de árboles que dividían un terreno solitario. Margaret, unos metros antes de llegar, tecleó los dígitos que transmitían desde el auto la clave de las puertas. Éstas se abrieron permitiéndoles el paso y cayeron después con un chasquido metálico. Las luces del garaje se fueron encendiendo.

—Vamos, Sadd —dijo ella—, llegamos.

Sadd Cleans se incorporó en el asiento trasero, donde había estado tendido, y se quitó la frazada de encima. Se quedó mirando a la muchacha un momento antes de decir:

—Si te pasara algo por mi culpa...

Margaret se inclinó hacia él y lo besó.

—Es lo mejor, compréndelo —dijo—. No podemos seguir en los hoteles.

—¿Cuántos días estaremos aquí? —preguntó dudando.

—Pocos... Después podremos irnos del Estado.

—Bien, de acuerdo.

Ambos bajaron del auto.

Margaret lo precedió por el pasillo del garaje. Pero se detuvo al llegar a un saloncito que recordaba, por sus muebles, un recibidor francés de la época de Luis XVI. Después de observar la lámpara, que pendía iluminada sobre ellos, comentó:

Es raro.

—¿Pasa algo?

—No sé —Margaret señaló la lámpara—. Está encendida. Y Yoko siempre la apaga antes de acostarse.

Recorrió con la mirada el recibidor.

Entonces, al bajar los ojos, lo vio encima de la butaca. Era un libro grueso, con tapas negras. Y le hizo recordar muchas cosas a la vez.

—¿Es el Diario de tu hermana?

Margaret asintió.

Ya se lo había contado todo a Sadd Cleans, la misma noche en que consiguieron escapar de Hoffman.

La lectura del Diario le había permitido conocer la verdad sobre sí misma y su hermana. Aunque, en realidad, descubrió que Candice y ella no tenían parentesco alguno, como no fuera el haber formado parte de un mismo experimento científico.

Según Candice pudo saber y luego reflejó en las páginas del Diario, tres décadas atrás un grupo de expertos en ingeniería genética se dedicó a estudiar las células cerebrales o neuronas. En aquel entonces, el joven científico japonés Hiroshi Nakadai estaba al frente de este equipo que subvencionaba la Texxon.

Para Nakadai estaba claro que en la corteza cerebral existen unas zonas bien delimitadas que regulan la memoria, las emociones, inteligencia, voluntad y un gran número de capacidades. Y la complejísima labor del cerebro y de estas zonas está determinada por el funcionamiento de las neuronas. Ellas, como toda célula, en última instancia están reguladas por la información que, contenida en los genes, está presente en los cromosomas.

Nakadai estaba convencido de que si llegaba a conocer estos numerosos grupos de genes, podría influir decisivamente sobre las funciones del cerebro. Y este detalle interesaba mucho a la Texxon.

La primera dinastía de la —en aquella época— recién fusionada transnacional comenzó a soñar con una avanzada de científicos, con la conciencia manipulada desde su nacimiento, trabajando en sus laboratorios. Imaginaba poseer, en el plazo que nace y crece un hombre normal, una raza de neoesclavos, altamente tecnificados, que servirían de base a la pirámide de sus ingresos por los siglos de los siglos.

De esa manera, el científico japonés y sus expertos recibieron todos los recursos para proseguir las investigaciones y experimentos.

El método de Nakadai era muy laborioso, exigía enormes cuidados y, sobre todo, paciencia para saber aguardar.

Partiendo de un óvulo recién fecundado, se tomaban células en estado embrionario, todavía indiferenciadas, y por medio de micromanipulaciones se les inyectaba con una sonda de vidrio —mucho más delgada que un cabello humano— un grupo de genes escogidos por Nakadai.

Después de este tratamiento, las células se dejaban un tiempo en una solución nutritiva hasta que comenzaban a multiplicarse adecuadamente. Mientras, de un numeroso grupo de mujeres facilitadas por la Texxon, se escogían con mucho cuidado las futuras receptoras. En el momento oportuno del ciclo reproductivo, se les insertaban las células en el útero. Y luego había que esperar el tiempo de gestación normal.

Durante los primeros años, Nakadai sufrió fuertes decepciones. Al parecer, su técnica de micromanipulación no estaba bien perfeccionada. Los seres morían con frecuencia o nacían con malformaciones congénitas muy graves.

Finalmente, después de cientos de pruebas, logró obtener tres niños cuyo desarrollo empezó normalmente. Pero en esta época sus esperanzas se cortaron de raíz.

Los directivos de la Texxon decidieron que debía poner fin a los experimentos. Una importante convención internacional acababa de prohibirlos y no querían manchar su imagen pública subvencionándolos. Al menos, ésa fue la respuesta que recibió el japonés. Pero, en realidad, el presidente del consorcio, el viejo Jonathan Hoppe, se había negado a ««seguir manteniendo aquellos vagos con batas blancas, que pasaban el tiempo haraganeando en los laboratorios»».

Nakadai tuvo que esperar la llegada de Rosenfield, unos años después, para que se reconocieran sus méritos y el instituto de la Texxon comenzara a vivir su época de oro.

Pero, mientras, los tres niños habían ido creciendo. Uno de ellos, el único varón, presentó a los cuatro años una complicada anomalía— en el sistema nervioso central y dejó de existir. Las dos niñas, Candice y Margaret, de cinco y dos años respectivamente, continuaron sin dificultades.

El científico sintió lástima por ellas. Según le confesó a Candice, las veía crecer sanas y hermosas en una sala de cuidados especiales, pero sin familia. Entonces habló Nakadai con una hermana suya, casada con un norteamericano de apellido Heinz, y convenció al matrimonio para que las adoptara luego de prometerles que él se haría cargo de mantenerlas. Pocos años más tarde, cuando su hermana y cuñado murieron en un accidente, las niñas pasaron al cuidado del japonés, quien las llevó a su casa.

Pero, en realidad, Candice y Margaret pertenecían a la Texxon Group Inc. Esto le fue recordado a Nakadai cuando, al alcanzar ellas la mayoría de edad, le fueron solicitadas por la nueva directiva del consorcio.

Wilbur T. Fielding, el recién electo presidente, deseaba insuflar nueva vida a la TGI. Para ello pensaba basarse en un desarrollo científico-técnico nunca visto. Y estudió personalmente todos los proyectos que en este sentido se hicieron antes de su regencia y que fueron rechazados por los antecesores. Entre ellos estaban las investigaciones hechas por Nakadai y sus expertos.

Al principio se echó a reír, escéptico de las pretensiones del japonés. En este tiempo resultaba claro que sería casi imposible introducir una información genética donde se controlara una zona de la conciencia humana, como es la voluntad, sin confundirla con otras. Sin embargo, siguió leyendo los expedientes. Y hubo algo que le llamó la atención.

En los dos casos que lograron sobrevivir, se mostraba una particularidad que podía ser útil. Tanto Candice como Margaret habían «heredado» una memoria fabulosa.

Las niñas habían sido sometidas a diversas pruebas. Y los resultados fueron increíbles. De cien objetos situados en una habitación, Margaret, la menor, recordaba por su nombre y detalles físicos el noventa y ocho por ciento de ellos. Candice, mientras tanto, memorizaba el ciento por ciento. Aprendían ambas a dominar cualquier idioma en cuestión de semanas. Después de leer una página impresa, podían recitarla al momento con precisión, sin equivocaciones.

Fielding no dudó en pasarle los expedientes a Warren Sturgeon, quien de inmediato vio la aplicación práctica. Según razonó, Candice y Margaret servirían para eliminar los riesgos de detección de un microfilme a sus espías. Con aquella memoria, podía prescindirse de esa técnica, en una época en que era más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja que dejarle caer un micrófono a un tonto en el bolsillo.

Candice narraba en las páginas de su Diario que Nakadai se había opuesto a la idea. Pero a la larga, sólo obtuvo la concesión de que se le hicieran pruebas a la mayor de las dos muchachas.

Poco después, Candice era aceptada. Y comenzó su vida como espía al servicio de Sturgeon. Pero no tardaría muchos años en ser relevada de la

tarea.

El primer síntoma de su enfermedad, lo sintió en un aeropuerto europeo. Al regreso, Nakadai la hizo examinar por un equipo médico de primera línea. Y el resultado, aunque le sorprendió, tuvo explicación para él. Candice presentaba la misma anomalía que el varón que había sobrevivido cuatro años. Sólo que en ella tuvo un proceso retardado en su desarrollo. A Candice le quedaba muy poco tiempo de vida.

Al enterarse, obligó a Nakadai a decirle toda la verdad y, más tarde, quiso que el científico se la contara a Margaret también. Pero el japonés se negó con un argumento de peso: después de conocer la enfermedad de Candice, había llevado a la hermana menor con los mismos médicos. Y se sentía tranquilo, ya que la anomalía hubiera comenzado a manifestarse a partir de la pubertad y no había sido así. Margaret no la sufriría ya en el futuro.

En las últimas páginas de su Diario, Candice escribía su decisión irrevocable. Era incapaz de resistir una muerte lenta, irreversible, y condenar con ella a todas las personas que la rodeaban. Debía morir antes.

Con la lectura del Diario, a Margaret le asaltaron grandes dudas. Si bien quedaban explicadas muchas cosas, otras no lo estaban tanto. Y ella sola no se sentía dispuesta para definir las.

Cuando le contó todo a Sadd, quedaron ambos mucho rato en silencio en aquel cuarto de hotel donde se habían refugiado. Luego, poco a poco, fueron comprendiéndolo todo. Y hablaron largamente aquella noche, encontrando algunas respuestas. Para ellos quedó claro que, tanto uno como el otro, habían sido víctimas de un engranaje monstruoso cuyos efectos eran evidentes.

El camino de Sadd Cleans, razonaron, también había sido cortado. Y de una manera tan poco casual como el de Margaret. Si la joven era un experimento de laboratorio, Sadd también podía serlo desde un punto de vista social. Tan útil era la memoria de Margaret para asimilar secretos como la voz de Sadd para distraer a la juventud de la lucha activa.

Aquella noche, encontraron un culpable en la Texxon. Y recurrieron a la única salida que podían ver: huir. Sin tener definido a dónde, debían alejarse lo más rápido posible de todo aquello que los había estado manipulando a su antojo, sin permitirles vivir su propia vida.

Sadd Cleans se dirigió a la butaca y recogió el Diario de Candice. Luego preguntó:

—¿Te asusta verlo?

La joven negó con firmeza.

—No es eso. Me ha sorprendido encontrarlo aquí.

—¿Dónde estaba?

—En mi cuarto. Lo dejé hace tres días sobre la cama, antes de salir a prevenirte.

Sadd la observó perplejo.

—Entonces, no me explico...

—Yo sí —lo interrumpió Margaret y añadió—: Ésta era la casa de mi tío. Y siempre prefirió leer en esa butaca del recibidor.

## 6

—¿La Multilever dueña de la cepa? —preguntó Nakadai.

—¿Y por qué no? —repuso Warren Sturgeon—. Supongamos que todo ha sido una cortina de humo contra nosotros. Fontenay, el hombre que organizó el plan de Hoffman, era muy astuto. Pudo ordenar que uno de sus agentes viajara a Cuba, recogiera la cepa de manos de Kelgare y a cambio le diera una que fuera falsa, previendo el caso de que lo interceptáramos. Nosotros iríamos detrás de Kelgare, mientras la Multilever tendría en su poder la verdadera cepa desde mucho antes...

Nakadai apoyó un codo en el extraño mueble que los separaba y, acariciándose el mentón, dijo sereno:

—Usted se contradice. Hace un minuto, me aseguró que un hombre como ese Kelgare jamás hubiera aceptado un enlace para sacar de Cuba la cepa. Y que su seguridad y la del dinero que cobraría, estaría en dependencia de mantenerla consigo. ¿Por qué ahora me acaba de decir lo contrario? ¿Cómo puedo entenderlo, caballero?

Warren Sturgeon titubeó ante el razonamiento del asiático. En silencio, se pasó ambas manos por el rostro demacrado, cuyas grandes ojeras denunciaban muchas horas sin poder dormir.

Observó a Nakadai y odió su impasible calma. Hubiera borrado de un puñetazo aquel absoluto dominio de sí mismo, aparente o no, que exhibía. El mismo de que había hecho gala, minutos antes, mientras le contaba que la cepa conquistada a sangre y fuego no valía un centavo.

—Váyase y descanse —sugirió el japonés—. Y arroje esa idea de su cabeza: la Multilever no tiene ninguna cepa. Piénselo...

El tono parsimonioso sacó de quicio a Sturgeon.

—Ya lo he pensado —replicó conteniéndose—. Y mientras más lo hago, más convencido me siento. De alguna manera, todo esto ha sido un truco, una burla... ¿Qué puede saber usted, metido entre las pestilentes probetas de su laboratorio, de la guerra no declarada que sostengo contra la Multilever?

—Usted, caballero, ha delimitado el campo: las «probetas» las atiendo yo y los *espías* los pone usted. No tengo nada más que añadir —dijo Nakadai y se puso de pie.

Warren Sturgeon lo imitó. Estaba rojo de ira.

—¿No le interesan los espías?

—No veo la razón.

—Pues yo sí. Y del tamaño de esta casa. ¿No sabe que un vecino suyo nos estuvo desinformando todo el tiempo? Es un cantante, muy amigo de su sobrina...

—No sé de qué me habla.

Sturgeon dio un paso hacia él.

—¿No? ¿No busca a Margaret acaso? Pues yo puedo decirle que está con ese espía, escondida en cualquier lugar y revolcándose con él como una ramera...

—Cuide sus palabras —advirtió el japonés con frialdad—. No le permitiré insultos de ninguna clase.

—¿Insultos? ¿Y acaso ellos no me han insultado a mí? Los dos se han burlado de la Texxon, de mi capacidad, de los especialistas que dirijo... de *usted* también. ¿Quiere mayor insulto?

Nakadai puso las manos sobre el antiguo mueble japonés que semejaba un escritorio. Las extendió sobre la superficie de madera mirando los nudillos pálidos, llenos de arrugas y tan tensos como su rostro.

—Caballero... —comenzó a decir.

Pero algo que escucharon ambos le impidió continuar.

Warren Sturgeon siguió el rumbo de la mirada del japonés y sonrió. Su sonrisa era extraña, sin alegría, pero no ocultaba un sentimiento de triunfo que puso en guardia a su interlocutor.

—¿No lo adivina? —preguntó—, ¿No sabe todavía quién o quiénes pueden ser?

Nakadai guardó silencio.

Sturgeon llevó su mano derecha al costado y sacó una pistola automática. Luego le dio la espalda y salió de la habitación.

## 7

Abrió los brazos, indecisa.

—No sé —dijo—. Mi tío duerme muchas veces aquí. También puede estar en el cuarto de Candice, suele entrar cuando viene... O, quizás, esté en la biblioteca...

Margaret, diciendo esto último, miró hacia una puerta al otro extremo del recibidor, situada entre dos tapices

La puerta se abrió de repente.

Pero no fue Nakadai quien salió por ella.

—¿Usted...?

Warren Sturgeon la miró con odio. Pero su mirada se enturbió aún más cuando se fijó en Sadd Cleans, a pocos pasos de ella. Sin mediar palabras, el hombre de hierro de la Texxon levantó la pistola y apuntó al pecho de Sadd.

Margaret se interpuso entre los dos hombres.

—¿Está loco? —le gritó.

En el recibidor sonó un disparo. Tronó seco, apagado por los gobelinos y tapices.

Sturgeon abrió los ojos de una manera extraña, como si hubiera algo difícil de comprender. Luego bajó el arma y se deslizó despacio, pegado a la pared, hasta caer en la alfombra.

Nakadai estaba detrás, en la biblioteca. Su mano derecha colocó sobre el escritorio un diminuto revólver niquelado, aún humeante. Luego cruzó junto al cadáver y se acercó a Margaret.

La joven encontró en su tío una gran ansiedad. Sintió que la examinaba atento, como si quisiera cerciorarse de que estaba intacta. Pero, también, Margaret notó en él un detalle que rebasaba su preocupación normal.

Y no le costó trabajo definirlo.

Su entrenada memoria registraba otra mirada idéntica. Una que había tenido ocasión de ver siete años atrás.

La descubrió en los ojos del pintor aquel día en que derribó el caballete, cuando daba los toques finales al retrato de Candice. En aquella oportunidad, el artista había recogido el óleo examinándolo minuciosamente, tratando de hallar algún desperfecto por la caída. Y su preocupación era muy semejante a la que descubriría ahora en su tío.

Margaret se rebeló:

—No temas —dijo incisiva—. Tu experimento está bien.

Nakadai palideció. En silencio, se dirigió a la butaca, tomó el Diario en sus manos y se sentó sin mirar a la muchacha.

—Eres injusta, Maggy —acarició el libro con los dedos—. Tú y ella siempre fueron mis seres más queridos.

—¿Por lo que significábamos?

El japonés volvió el rostro y la observó intensamente.

—Al principio, sí. No voy a negarlo. Eran tan bellas las dos, tan inteligentes... Fueron muchos años, Maggy. Toda mi juventud entre cuatro paredes, estudiando la manera de perfeccionar al hombre, hacerlo más capaz y receptivo al conocimiento...

—¿Para qué? O mejor, ¿para quién?

—Ya no sé. Pude haber seguido experimentando cuando Hoppe dejó de dirigir la Texxon. Tenía un gran instituto, con eminentes científicos bajo mis órdenes... Pero no lo hice. Ni lo haré. Candice me lo impedirá siempre...

—No resultó perfecta, ¿verdad?

Nakadai bajó la cabeza.

—Sigues siendo injusta. No pude prever que Candice enfermaría... —miró a Margaret y añadió con pasión—: Es cierto. Ella no era perfecta. Pero tú sí lo eres Maggy. Eres maravillosamente perfecta. Incluso, como toda obra maestra, tienes tus pequeños defectos que para mí no lo son —Nakadai se había puesto de pie y siguió hablando de prisa, sin detenerse—: Tus ojos, que

cambian de color según tus emociones, los deberían tener todos los seres humanos. Así nos entenderíamos mejor unos con otros... Ahora sé que me odias, porque se han tornado oscuros, pero algún día comprenderás...

Margaret se abrazó a Sadd.

—Quizás, tío —dijo y sintió lástima. Después, dirigiéndose al joven, pidió—: Llévame de aquí, Sadd.

## 8

Te sientes mal. Acabas de despertar después de dormir más de... ¡Wilbur! ¡Has estado durmiendo durante diez horas! Sheila te aconsejó que tomaras pastillas y te acostaras, pero quizás te excediste en la cantidad. Y lo único que lograste fue aumentar tu preocupación.

Te levantas de la cama y te pasas la mano por el rostro.

No puedes culpar a Sheila. Ella te aconsejó bien. El efecto que te causó la noticia fue terrible. Un escueto informe de los laboratorios. Y tú lo tomaste entre tus dedos como algo de rutina. La conmoción que te provocó leerlo resultó grave y pudo perjudicar tu estabilidad. De hecho, aunque Sheila no te lo dijo quizás para no atemorizarte, tu presión arterial cambió peligrosamente. No era para menos.

El maldito japonés te informaba así, con esa pasividad que lo caracteriza, que la cepa obtenida después de tanto gasto en tiempo y dinero, no servía para nada. Sentiste que la hoja te quemaba los dedos. ¿No sabía Nakadai lo que eso implicaba para ti? Nada, nada en el mundo pudiera ser peor. La noticia de otro Gran Desastre te hubiera preocupado mucho menos...

Caminas hasta la sala de tu casa y te acercas al teléfono. Marcas el número de Sturgeon. No responde y decides dejarle un mensaje:

—Comunícate de inmediato conmigo, Warren.

Cuelgas y te sientas en el butacón predilecto, ante el televisor apagado. Cuando Sturgeon escuche tu orden y el tono en que está dicha, no tardará un segundo en llamarte. Es un tipo sin clase, sin elegancia. Casi despreciable. Pero, si alguien puede llevar a cabo un plan desesperado, ése es él. Como tú, es capaz de cualquier cosa por mantener el puesto. Sonríes. Quizás aún haya

tiempo de hacer algo. No importa lo que cueste ni quien caiga. La gravedad del momento lo exige.

Porque, luego de la noticia, las consecuencias no se habían hecho esperar. Poco después, Sheila te informó que Avner Meyer había solicitado una reunión urgente del Concejo de Accionistas. El maldito judío. ¿Cómo se habría enterado? ¿Cuántos hombres de la aparente confianza tuya trabajarían para él?

Un Consejo de Accionistas.

Allí Meyer informaría que la TGI no poseía el verdadero microorganismo productor de propano, a pesar del enorme presupuesto dedicado a investigaciones, mientras que en Biotec-4, de Cuba —¿te lo imaginas diciendo: «...mientras que en una islita...»?—, sí lo tenían: lo habían descubierto ellos y lo llevarían a gran escala industrial por medio del CIPEP.

En fin, estás en el vértice de un alarmante problema.

¿Sheila no se dará cuenta de que te sientes mal?

En esa reunión, para los accionistas, resultarás culpable por partida doble. Porque, siendo el presidente de la Texxon Group Incorporation, no lo previste y no pudiste luego conjurar el peligro. Pero también porque la Energy Division es la rama principal de la TGI y tú estabas responsabilizado, personalmente, de ocuparte de ella: su producción actual, sus perspectivas y el mantenimiento de su hegemonía en tantos países del mundo.

Los accionistas votarán en tu contra, lo sabes. Cualquier cosa antes de perder su dinero. Y contigo caerán los que te apoyaron: Warren Sturgeon, Hiroshi Nakadai y Robert Menotti. Cada uno de ellos sabe qué ocurrirá con sus vidas después de ser desplazados en la Texxon Group Incorporation. Tú también lo sabes.

Porque el poder pasará a manos de tus enemigos. Del arribista Martin Duncan y su obsesión por las computadoras. Del viejo Ernst Binder, quien, una vez más, ha logrado situarse junto al vencedor. Y de Avner Meyer, que con su influencia y el apoyo del grupo financiero Mayor Guaranty Trust, hará lo posible por aplastarte hasta hacerte lodo, para que nunca más puedas ser una amenaza para él.

No, es necesario evitarlo.

—Sheila —llamas y no recibes respuesta—. Sheila...

¿Qué sucederá?

¿Se habrá descompuesto el reloj pulsera? ¿No estará recibiendo la información de que estás disgustado, que te sientes inquieto, deprimido? ¡Cuánta falta te hace Sheila en este momento! Ella ha sido una de tus mejores iniciativas. ¿Cómo confiar tus problemas, tus dudas y debilidades a una secretaria? Los seres humanos traicionan. Pero Sheila no. Ella vigila que siempre estés en óptimas condiciones físicas y anímicas. Y te señala cuál es el momento adecuado para cada cosa. Gracias a Sheila, no caes en las bajas pasiones que hundan a los seres inferiores. Está programada para avisarte ante la aparición de cualquier sentimiento que implique una debilidad. Si tu odioso abuelo, que te inculcó esas ideas, hubiera poseído una Sheila, habría llegado casi tan lejos como tú.

¿Qué pasa con Sturgeon que no llama? ¿Y Sheila?

—¡Sheila! —alzas la voz y te sorprendes. Estás a punto de gritar.

No, Wilbur. Eso no. La desesperación no está a la altura de un hombre como tú. Regresa a la calma. Acomódate en el asiento. Eso es. Trata, al menos, de serenarte.

¿No querrá indicarte Sheila con su silencio, que debes ver a Brigitte? Quizás no haya otra forma de relajarte. No puedes hacer nada sin hablar con Sturgeon. ¿Por qué no vas con Brigitte?

Te levantas. Percibes que estás un poco nervioso, pero... Ya pasará, Wilbur, ya pasará. Avanzas por el pasillo que conduce a las habitaciones. Llegas a la de Brigitte y abres la puerta.

Allí está ella, dormida. Es hermosa, Wilbur, no lo puedes negar. Si no fuera porque estás tan preocupado, te detendrías como en otras ocasiones a observar sus bellas formas, mientras sus ojos están cerrados. El pelo castaño brillante, largo, le cae sobre la mejilla y sigue hasta rozarle el hombro. Aun bajo la sábana se pueden apreciar sus senos erguidos, la estrecha cintura, de la que tanto disfrutas al abrazar cuando Sheila te lo indica, sus amplias caderas que anuncian unos muslos de piel tersa, tan agradable para el roce de tus dedos. Pero ahora no es eso lo que te interesa.

Te acercas a la cama, te sientas junto a ella y le tocas la mejilla. Con sólo el contacto de tu mano, Brigitte ha despertado. Su cuerpo se torna tibio de inmediato. Cuando esté preparada, abrirá los ojos. Ya lo hace.

—*Wilbur, te amo* —dice, como cada vez que la despiertas.

—Brigitte.

No sabes por qué. Nunca antes había sucedido. Pero acabas de sentir un irrefrenable deseo de recostar tu cabeza en su pecho. Y lo haces.

—*Wilbur, eres bello* —dice.

—Brigitte, te necesito.

¿Qué te sucede? Jamás le has dicho estas cosas. Pero ahora... Estás sintiendo hasta la necesidad de que te acaricie el cabello.

—*Wilbur, eres maravilloso*.

Pones tus manos por detrás de sus hombros y la oprimes contra ti. La tibieza de su piel te reconforta.

—Tengo un problema, Brigitte.

Lo has dicho sin pensar. Simplemente, las palabras brotaron de ti sin poder evitarlo. Y sentiste un dolor en el pecho, pero algún alivio también.

—*Wilbur, te amo*.

—Estoy a punto de perderlo todo, todo.

¡Ah, Wilbur! Has aflojado la tensión de tus músculos. No como en otras ocasiones, es cierto. Porque ahora hay algo que quiere salir por tu garganta, como un lamento, un sollozo... No sabes.

—*Wilbur, eres bello*

Sientes una apremiante necesidad de que te acaricie, de abandonarte sobre su cuerpo y saberte protegido.

—*Wilbur, eres maravilloso* —dice y sus brazos te acogen cálidamente mientras se entreabren los labios.

—Brigitte —la besas y, sin saber por qué, tú mismo te separas algo de su rostro y le dices—: No quiero perderlo, ¿comprendes?

—*Wilbur, te amo*.

Te apartas. Algo te hace rechazarla. Y no lo entiendes.

—*Wilbur, eres bello*.

Te levantas de la cama.

—¡Sheila! —gritas y, al darte cuenta de lo que haces, te asustas y un nuevo y desgarrador grito sale de tu garganta—: ¡Sheila! —y lo repites, sin dejar de mirar a la pantalla de la habitación que, como todas las de la casa, está apagada—. ¡Sheila! ¡Sheila!

Entonces percibes, las letras luminosas que surgen. Es ella. Te escuchó y viene en tu auxilio, como siempre. Sheila. Te acercas a la pantalla. Tienes que controlarte y leer bien su consejo.

*Lo siento, señor, no puedo atenderlo. Estoy estudiando la personalidad de Avner Meyer.*

No. Imposible. Sheila es tu creación. Cuando tomaste la presidencia la mandaste construir en la Texxon Electronic Division y...

De pronto, comprendes. Como un golpe. La Electronic Division está controlada por Martin Duncan. Y Duncan pertenece al grupo de Meyer, de los que están tomando el poder.

—*Wilbur, eres maravilloso.*

Te echas a reír. No puedes evitarlo. Y sin dejar de reírte abandonas la habitación. Vas a tu cuarto, abres el closet y tomas un palo de golf. Ríe, Wilbur, no puedes contenerte.

Te diriges al estudio de la casa. Sheila no lo enciende cuando entras. Tú mismo mueves los controles y en las cuatro paredes comienzan a proyectarse escenas de tu vida, de tu gloriosa vida de guerrero moderno. Y se escuchan los aplausos y los gritos de Wil-bur Fiel-ding. Y subes al máximo el volumen y toda la casa se llena de aplausos y de gritos. Wil-bur Fiel-ding Wil-bur Fiel-ding.

Llegas a la sala y con un golpe del palo de golf rompes el teléfono. Luego descargas tu fuerza sobre la pantalla de Sheila. De otro golpe destruyes la lámpara y el recinto queda a oscuras.

Estruendosos aplausos. Wil-bur Fiel-ding Wil-bur Fiel-ding.

Sigues para la habitación de Brigitte. Lo primero que derribas es la pantalla de Sheila. Luego te vuelves para la muñeca electrónica y la despedazas a golpes.

Te ensordecen los aplausos, Wil-bur Fiel-ding Wil-bur Fiel-ding.

Vas al estudio. El fragor se mezcla con tu risa. Ríe, Wil-bur, ríe.

Wil-bur Fiel-ding Wil-bur Fiel-ding.

El mundo te admira. Ríe. Todos te aplauden. Te reclaman. No dejes de reír.

Wil-bur Fiel-ding Wil-bur Fiel-ding.

Y en medio de tu risa levantas el palo de golf y con toda tu fuerza lo dejas caer sobre la mesa de controles y la destruyes.

Ríes.

Ríes cada vez menos.

Ríes apenas mientras tus piernas se aflojan y vas cayendo hasta quedar sentado en el piso.

Ríes y escuchas tu propio sollozo.

Después sólo queda el silencio y la oscuridad.

### **SALESMAN (VIDEOBOX)**

*Como recordarás, hace unos años, cuando tu mamá vivía aún, fuimos los dos a México. Soñábamos con ese viaje que siempre pospusimos después de casarnos. Y hubiera sido maravilloso de no ser por algo que ocurrió allí. En Veracruz, me abordó el mismo agente de la CIA a quien entregaba la información. Según me dijo, ahora trabajaba para otro grupo de inteligencia, en un consorcio llamado Texxon, y que todo podía seguir como antes. Me negué, pero fui chantajeado con revelar todo allí mismo a tu mamá, y otras represalias que te incluían a ti y a la Seguridad cubana. Y fui obligado a darle de nuevo información. Pero ya mi temor era distinto, hijo. Era más débil y poco a poco desapareció. Comencé a desinformarlos o a darles datos de poca magnitud. Cuando tu mamá murió y te vi marchar, graduado ya, hacia Palestina, dejé de hacerlo. No me interesaba que me denunciaran o te dijeran algo de mi pasado. Pero hace unos meses, volví a saber de ellos.*

*Cuando salí del parqueo, después de dejar allí el auto, me esperaba una muchacha extranjera, muy bonita. A veces la amenaza viene envuelta en papel de lujo.*

*Porque eso era: una amenaza para ti. Me dijo que tu vida peligraba si no robaba una cepa que acababan de descubrir en el Instituto. Creo que ella misma sentía miedo, cuando me dijo que*

las manos de quienes la dirigían eran tan largas que podían llegar a cualquier parte. Incluso hasta dónde estabas trabajando. Y que era mejor obedecer sin condiciones. Pensé mucho, Eddy. Días y noches. Y regresó el miedo como antes. Eres lo más valioso para mí. Pero no sólo los hijos aprenden de los padres. También la educación se invierte muchas veces. Y me pregunté, Eddy, qué habrías hecho tú en mi lugar. La respuesta me quitó el miedo. Algo más que te agradeceré siempre. Había tomado la decisión de entregarme a la Seguridad y confesarlo todo. Sabía que se encargarían de protegerte en cualquier lugar donde estuvieras. Pero hacerlo no era tan sencillo. Razoné que estarían vigilándome. De ser así, podrían verme ir al MININT y, entonces, quizás llegaran hasta ti más rápido que cualquier aviso. Necesitaba un momento propicio, un día en que me supiera sin vigilancia, para ir a la Seguridad.

Entonces se me ocurrió darles aparentemente lo que querían. A primera vista, las cepas no se diferencian unas de otras. Es necesario hacerles pruebas, caracterizarlas, para saber sus propiedades. Por aquellos días, oí hablar de cierta levadura con la que los jóvenes licenciados en bioquímica hacían bromas. Pregunté por ella a varios muchachos y supe que no tenía valor industrial alguno. Averigüé su número en el cepario del Instituto. Dentro de unos días podré sacar una porción de ella en el momento oportuno, cuando ya la que me pidieron se encuentre en prueba industrial.

Ese mismo día, cuando entregue la cepa, iré a la Seguridad y lo diré todo...

## Epílogo

—Entonces, ¿el asesino trabajaba para la Multilever Foods?

—Sí, ya está confirmado —contestó el coronel Medina a Isabel, la joven microbióloga, y continuó—: La policía de París identificó a uno de los que murieron en la Isla de la ONU. Se trata de Marcel Fontenay, organizador del crimen contratado por la Multilever. Los detalles los brindó el cocinero de Fontenay, un tal Pierre Bordeaux, quien lo acompañó a las montañas de Canadá y sobrevivió a una masacre cometida allí por gente de la Texxon. Sus declaraciones nos fueron enviadas.

Isabel tenía una expresión de duda.

—Lo que no acabo de entender todavía —dijo— es la razón por la que se dejó escapar a ese hombre.

—¡Muchacha! —exclamó el capitán Antonio Ravelo, sentado a la derecha de la joven—. Si cuando el coronel me dijo que debíamos dejarlo ir, casi no podía creerlo.

—Y no era para menos —aceptó Medina—. Mire, Isabel, resultaba evidente que el asesino trabajaba para otro consorcio. Pero si ese rival había sido capaz de arrebatarse la cepa a la Texxon cuando ya la creía conquistada, era lógico pensar entonces que también podía estar al tanto del descubrimiento a su mismo nivel. Por otra parte, ignorábamos la calidad de la información que Ariel Guzmán había estado suministrando a la Texxon.

El doctor Perea bebió un sorbo de su vaso y dijo:

—El coronel tiene razón. Cuando me llamó para que viera el video que dejó Guzmán antes de morir, lo puse al tanto de la campaña propagandística

que llevaba a cabo la Texxon desde meses atrás. Alardeaban de ciertos trabajos que revolucionarían el campo de la biotecnología. En aquel momento pensaba en dos cosas. Primero: la propaganda era una cortina de humo para encubrir el robo de la cepa, y segundo, que la Texxon había seguido de muy cerca nuestro experimento por medio de Guzmán y, por tanto, podía tener en su poder una cepa parecida a la cubana. Le expuse mis dudas —dijo Perea dando una palmada en el hombro de Medina—, y él ideó el plan que debíamos seguir.

—Nuestra tarea consistía en desinformar al enemigo, cualquiera que éste fuera —explicó Medina—. Y la oportunidad era excelente. Por las pruebas que Tony ordenó hacer en el laboratorio, sabíamos que Guzmán no había tocado el vial donde se encontraba la mejor cepa...

—La P-1-936 —puntualizó Perea.

—Exacto, doctor. Pero sí encontramos sus huellas en otro recipiente. En este caso, el video nos ayudó mucho.

—¡Muchísimo! En cuanto escuché que Ariel Guzmán se refería a cierta cepa con la que se hacían bromas en el Instituto, me acordé enseguida de la HC-3317, en cuyo vial encontramos las huellas. Esta cepa —continuó Perea—, como sabemos casi todos aquí, también produce propano, pero tiene un defecto irreparable en el complejo multienzimático. Se trata de un error en la secuencia del DNA que codifica una de las cuatro enzimas del complejo. Debido a ello, la velocidad de producción de propano a partir del piruvato es muy baja e inalterable. Para nosotros ni siquiera tiene valor teórico, pero a algunos muchachos de aquí, recién graduados, se les ocurrió cogerla de símbolo para designar a cualquier departamento cuando se retrasaba en la emulación. Le pusieron un apodo, el Majasito, y siempre estaban fastidiando con ella. Ésa fue la cepa que dejamos llevar...

Marusha recostó la cabeza en el hombro de Emilio y dijo:

—Me gusta mucho este lugar.

—A mí también. Es bello.

Desde la terraza principal donde se hallaban, se podía apreciar mejor el esmero con que los trabajadores del Instituto habían decorado la Casa de la

Cultura y los jardines que la circundaban.

Sobre el césped, verde y mullido, colocaron decenas de mesas adornadas con flores. Las plantas ornamentales y los cocoteros realzaban la belleza natural del sitio y los alrededores, sin otro artificio que las luces de colores ocultas a la vista.

Hasta los jóvenes llegaba sin estridencias, a través de las cercanas puertas de cristal del salón, la música que bailaban las demás parejas. Pero tanto Marusha como su novio se limitaban a escucharla desde hacía un buen rato, sentados en aquel cómodo banco de la terraza bordeado de arecas.

—De poder hacerlo, ¿vendrías a trabajar aquí? —preguntó curiosa Marusha, apartándose algo de Emilio.

—¿Y separarme de ti? ¡Nunca! —fue la rápida respuesta—. Hemos perdido mucho tiempo y tenemos que recuperarlo.

Marusha le apartó el cabello de la frente y lo besó con ternura.

—Es verdad —dijo y, cambiando el tono, agregó—: Bueno, ni tú ni yo quisiéramos trasladarnos. Pero conozco a uno que si lo dejaran...

—¿Quién es?

—Tú lo conoces. Mira, aquel que está sentado en la última mesa, junto al coronel y el doctor Perea —señaló la muchacha y añadió—: El que le está hablando ahora a Isabel.

—¡Tony...! No te lo puedo creer.

Marusha se echó a reír.

—¿No lo sabías? Viene muy a menudo por aquí...

—Es natural —dijo Emilio—. Está reuniendo las pruebas para llevar a la ONU y...

—Hum... Ésa es una razón, pero no la única.

Emilio la miró sin entender.

—¿Hay otra razón?

—¿No te has fijado cómo mira a Isabel?

—La verdad es que no.

—Habrán hombres ciegos...

Emilio le acarició los hombros.

—Si lo dices por mí...

Marusha sonrió.

—No —dijo mirándolo a los ojos—. Creo que has sanado definitivamente.

Tony removi6 pensativo el contenido de su vaso, del que sobresalían varias hojas muy grandes y verdes de hierbabuena, y dijo:

—Doctor, hay algo que me cuesta trabajo entender. Sí ambas transnacionales podían tener una cepa imperfecta, incluso esa que, haragana y todo, producía propano, ¿por qué razón no intentaron patentarla y entablar un problema legal contra la del Instituto?

Perea se quitó los espejuelos y comenzó a frotar los cristales con su pañuelo.

—Es una pregunta muy interesante, capitán. En efecto, tanto la Texxon como la Multilever, podían tener una cepa imperfecta. Pero, con toda seguridad, cuando recibieran la que le enviamos y la tomaran como la verdadera, aprovecharían para estudiarla y presentar una documentación más sólida ante la Organización Mundial de Patentes —Perea se colocó de nuevo los espejuelos y continuó—: Ese tiempo lo tendríamos a favor de nosotros para presentar nuestro descubrimiento y registrarlo. Hecho esto, en aparente «igualdad» de condiciones, estábamos seguros de la victoria. Y así fue en realidad. El examen de la delegación científica de la OMP siempre es riguroso en estos casos, si hay litigio mucho más. Y creo que ningún instituto científico del mundo se atrevería a presentar un pleito teniendo como base una cepa del tipo de la HC-3317 u otra semejante. El descrédito sería enorme y perderían a la larga todo el prestigio.

Tony arrugó el ceño.

—¿Prestigio? Ese concepto no le queda bien a la Texxon o la Multilever, doctor. Hay que tener en cuenta las atrocidades que han cometido. Primero se dedican a espiar la labor de nuestros científicos; después tratan de robar el descubrimiento, envían espías a Cuba y ponen en peligro la vida de docenas de personas... Por último, dejan un reguero de cadáveres en Canadá y convierten en campo de batalla el territorio de la ONU, utilizando pasaportes falsos con ayuda de la misión norteamericana... ¿Cómo puede hablarse de prestigio en este caso?

—Estamos de acuerdo, capitán —concedió Perea—, pero lo cortés no quita lo valiente. Un consorcio como la Texxon, que presume de tener el mejor centro científico de Occidente, jamás se arriesgaría a defender un propio fraude sin tener el triunfo en sus manos. Su imagen pública sufriría un golpe contundente y, además, junto con el descrédito, disminuiría algo sagrado para sus intereses: la venta de productos.

—Creo que el doctor está en lo cierto, Tony —intervino Medina—. Y para tu tranquilidad, te adelantaré algo de lo que pensaba informarte mañana: la ONU acaba de designar los magistrados que juzgarán, en el Tribunal de Seguridad, los delitos contra su territorio y el de Cuba. Muy pronto podrás llevar las pruebas que hemos reunido y testificar ante la comisión superior.

—¡Vaya, ésa si es una buena noticia! —se alegró Tony—. Estoy seguro de que quedará muy clara la participación de Multilever y Texxon en delitos de crimen y espionaje. Y habrá sanciones, por supuesto...

—No lo dudes.

Isabel se volvió a Tony con mirada interrogante.

—¿Y cuándo partirá, capitán?

—No sé... Quizás el coronel pueda decirlo.

—La semana entrante —aseguró Medina y añadió—: Myrna Andreopoulos irá contigo. Ha comprendido muchas cosas y está dispuesta a declarar todo lo que sabe. Mientras tanto, debes redactar el informe final y llevármelo dentro de tres días al Departamento.

—¿Myrna? —preguntó Isabel—. ¿Quién es ella?

—Una espía de la Texxon —respondió Tony—. Iba a ser la encargada de recibir la cepa cuando la robara Guzmán.

—¡Ah...!

Tony la observó con los ojos entrecerrados. En ellos latía un brillo risueño cuando dijo:

—A propósito, Isabel... Nos has hecho muchas preguntas, pero tú no contestas a la que te hice hace un rato.

—¿Cuál es, capitán?

—Llámame Tony.

—Sí, Tony. No recuerdo...

El joven oficial sacó de su vaso las hojas de hierbabuena, enormes en realidad, y aclaró:

—Sobre el tamaño de estas hojas. Nunca he visto nada igual.

El doctor Perea las señaló con el índice.

—Ése es un descubrimiento de Isabel que aún no está patentado.

—¿Ah, sí?

—No le creas al doctor. Está jugando.

—Pero, ¿cómo lo lograste? —insistió Tony.

Isabel movió la cabeza, como si dudara en hablar de ella misma.

—Bueno, la idea surgió aquí, en una de estas mesas, pero el año pasado —comenzó—. También celebrábamos el aniversario del Instituto y comenzaron a escasear las hojas de hierbabuena para preparar los mojitos. Soy aficionada a la botánica y, pensé que si la hoja fuera mayor, sin perder las cualidades aromáticas de la planta, rendiría mucho más...

Tony la escuchaba con gran interés. Cada vez se sentía más seguro de que la joven microbióloga era una mujer enamorada de su trabajo, muy realizada en su vida diaria repleta de objetivos.

—Entonces, se me ocurrió someter a un tratamiento mutagénico las células de la planta y favorecer la dimensión foliar —Isabel se interrumpió y dijo insegura—: Pero a lo mejor estoy aburriéndote, ¿no es cierto?

—No, no —protestó Tony, y ya iba a agregar algo más cuando una observación hecha por el coronel Medina le hizo volver la cabeza.

—Miren, por ahí se acercan los tórtolos.

Y en efecto: Medina tenía razón.

Por el sendero se aproximaban a la mesa Marusha y Emilio, cogidos de la mano y con una expresión falsamente seria en sus rostros.

—Traemos una proposición —dijo Marusha al llegar.

—¿Cuál? —preguntó Tony.

—Que ustedes dos vengan a bailar con nosotros. ¿O piensan pasarse toda la noche sentados aquí?

El doctor Perea apoyó con calor la sugerencia:

—Es verdad, Isabel. Ustedes no han bailado todavía.

—Bueno, no sé si el capitán..., si Tony, querrá.

—Por mi parte, encantado.

El oficial se puso de pie y, colocándose detrás de Isabel, la ayudó a apartar la silla. Las dos parejas echaron a andar por el sendero de losas rústicas que subía hasta la Casa de la Cultura. Marusha y Emilio, que caminaban delante, sonreían.

—No es tan difícil hacer de Cupido, ¿verdad, Emilio? —comentó Marusha sin cuidarse mucho de que la oyeran.

Isabel preguntó:

—¿Qué dijo ella?

—No le hagas caso —contestó Tony y añadió tomando del brazo a la muchacha—: Sigue contándome lo que hiciste con las hojas. Me interesa oírte...

*Septiembre de 1980 - Diciembre de 1982.*

## TÍTULOS PUBLICADOS

GUERRA SECRETA,

*Luis Báez*

LOS SIETE PASOS DEL SUMARIO,

*Arnoldo Tauler*

EL SECRETO DE PLÁCIDO Y OTRAS NARRACIONES,

*Varios*

A LA LUZ PÚBLICA,

*Luis Adrián Betancourt*

ENIGMA PARA UN DOMINGO,

*Ignacio Cárdenas Acuña*

LA RONDA DE LOS RUBÍES,

*Armando Cristóbal Pérez*

NO ES TIEMPO DE CEREMONIAS,

*Rodolfo Pérez Valero*

LOS HOMBRES COLOR DEL SILENCIO,

*Alberto Molina*

EL CUARTO CÍRCULO,

*Luis Rogelio Nogueras y  
Guillermo Rodríguez Rivera*

PROYECTO "C",

*Julio Andrés Chacón*

CRIMEN EN SANTIAGO,

*Juan Carlos Reloba*

EL ÚLTIMO CRÍMEN,

*Leonelo Abello Mesa*

AQUÍ LAS ARENAS SON MÁS LIMPIAS,

*Luis Adrián Betancourt*

JOY,

*Daniel Chavarría*

NO HAY ARREGLO,

*Daniel Lincoln Ibáñez*

CUENTOS FANTÁSTICOS CUBANOS,

*Varios*

EL ARCOIRIS DEL MONO,

*Ángel Arango*

EXPLOSIÓN EN TALLAPIEDRA,

*Armando Cristóbal Pérez*

CUENTOS POLICIALES CUBANOS,

*Varios*

TESTIMONIOS POLICIALES,

*Varios*

ASALTO A LA PAGADURÍA,

*José L. Escasena*

POR UN PUÑADO DE SOL,

*Reynaldo Castellanos*

UNA VEZ MÁS,

*Berta Recio*

VIENTO NORTE,

*Carmen González Hernández*

EL AMERICAN WAY OF DEATH,

*Juan Ángel Cardi*

Y SI MUERO MAÑANA,

*Luis Rogelio Nogueras*

EL VIAJE,

*Miguel Collazo*

TODO ES SECRETO HASTA UN DÍA,

*Juan Carlos Fernández*

KAPPA 15,

*Gregorio Ortega*

CON PERDÓN DE LOS TERRÍCOLAS,

*F. Mond*

COMPLETO CAMAGÜEY,

*Daniel Chavarría*

LA VENGANZA DEL MUERTO,

*Rubén Vázquez Pérez*

ESPACIO ABIERTO,

*Chely Lima y Alberto Serret*

DOS CASOS DE UN DETECTIVE,

*Juan Ángel Cardi*

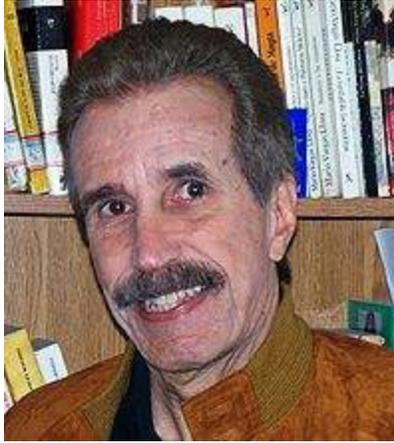
## **AL LECTOR**

*La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Palacio del Segundo Cabo, O'Reilly 4, esq. a Tacón, Ciudad de La Habana, Cuba.*

---

## SOBRE LOS AUTORES

---



**RODOLFO PÉREZ VALERO (1947), ha publicado:** No es tiempo de ceremonias (**Novela, 1974**); Para vivir más de una vida (**Cuento, 1976**); Crimen en noche de máscaras (**Teatro, 1981**); y Las siete puntas deja corona de Tragamás (**Teatro, 1978**). Es asesor de Teatro del Grupo Rita Montaner.



**JUAN CARLOS RELOBA (1947), trabaja como editor en la Editorial Gente Nueva y tiene publicado** Crimen en Santiago (**Cuento, 1979**).

Entretejiendo métodos de exposición propios de la novela problema, la de espionaje y la policiaca de aventuras —fundamentalmente—, los autores incursionan en una trama donde se unen la ciencia ficción y el tema de contraespionaje. Un descubrimiento científico cubano desencadena la codicia de dos consorcios transnacionales y los hechos que surgen y provocan la inevitable «confrontación» entre las partes.

**RODOLFO PÉREZ VALERO** (1947), ha publicado: No es tiempo de ceremonias (Novela, 1974); Para vivir más de una vida (Cuento, 1976); Crimen en noche de máscaras (Teatro, 1981), y Las siete puntas de la corona de Tragamas (Teatro, 1978). Es asesor de Teatro del Grupo Rita Montaner.

**JUAN CARLOS RELOBA** (1947), trabaja como editor en la Editorial Gente Nueva y tiene publicado Crimen en Santiago (Cuento, 1979).